

Apartada soledad. Pan milagroso — Destructor de sandalias

DÍA 1.º DE JULIO

SAN DOMICIANO

ABAD Y FUNDADOR († 440)

Ya en la época de las persecuciones, pero sobre todo al convertirse el emperador Constantino, muchos cristianos se retiraron a los desiertos para darse libre y totalmente al Señor. Tal fue el origen de la vida monástica. Los primeros monjes solían vivir en celdillas separadas, pero, andando el tiempo, juntáronse en comunidades regidas por un abad.

San Domiciano, obrero de la primera hora en la magna empresa de la fundación de monasterios en Occidente, nació en Roma a principios del siglo v, imperando Constancio III. Sus nobles y cristianos padres guardaron pura la fe del bautismo en medio de los malos ejemplos de los arrianos. Tan pronto como el muchacho se halló en edad de estudiar, diéronle maestros católicos, los cuales le comunicaron gran amor a la Sagrada Escritura. El niño, que era de por sí muy aficionado a las lecturas santas, juntó a tan piadosa inclinación continua laboriosidad, de suerte que salió aprovechadísimo en la ciencia de las divinas Letras.

Siendo de edad de doce años, logró que sus padres vendiesen parte del patrimonio familiar para ayudarle a emprender estudios superiores. Domiciano pretendía llegar a ser valeroso defensor de la fe. Pasados tres años escasos, los arrianos mataron al padre de nuestro Santo por la fe.

Tal fue el dolor de la esposa, que quedó ciega, y no tardó en seguir al santo mártir. Con estas terribles pruebas afinaba Dios el temple de Domiciano.

LA VERDADERA LIBERTAD

HUÉRFANO el virtuoso joven, quedó tan desconsolado y sobre manera afligido, que de buena gana hubiera bajado él también al sepulcro con sus padres a quienes tanto amaba. Dos meses pasó dudando en qué emplearía sus cuantiosas riquezas. Estando así perplejo y sin saber qué partido tomar, se le ocurrió preguntar a un criado suyo:

—Oye, Sisinio, ¿crees tú que el hombre, siendo libre y pudiendo vivir en libertad, tiene por fuerza que someterse a mil servidumbres, sólo para darse el gusto de disfrutar de estos bienes caducos?

—Yo juzgo —respondió Sisinio— que, pudiéndolo, vale infinitamente más ser libre que esclavo.

—Bien respondiste —repuso Domiciano—. Doctrina es del Apóstol, como en la escuela me lo enseñaron *Si puedes vivir libre, prefiere la libertad a la servidumbre.* Resuelto estoy a observar tan sabio y santo consejo. Hoy mismo daré libertad a mis esclavos, en cuanto a mis bienes, los venderé y repartiré el dinero a los pobres. Y ejecutó su determinación.

Pasadas dos semanas, habiendo ya vendido y distribuído cuanto tenía, dejó el siglo y se fue a un monasterio.

Ignórase el lugar de su retiro; lo que sí se sabe de seguro es que permaneció en él brevísimo tiempo disfrutando de la deseada paz y tranquilidad. Partió para las Galias, visitó de paso el famoso monasterio de Leríns, y acabó por fijar su residencia en Arlés, cuyo prelado, San Hilario, brillaba por entonces cual resplandeciente antorcha de aquella Iglesia.

FUNDA SU PRIMER MONASTERIO

LUEGO echó de ver San Hilario la virtud y piedad de su huésped, por lo que juzgó poderle conferir la dignidad sacerdotal. Domiciano, que veía en ello la voluntad de Dios, consintió en recibir los sagrados órdenes, mas no quiso nunca honras y dignidades eclesiásticas, porque sólo anhelaba volver a la soledad. Atraíale más que ningún otro lugar el monasterio de la isla de Leríns, tenía ya dispuesto el viaje, cuando oyó hablar de la vida admirable de San Euquerio, obispo de Lyon. Mudó al punto de camino y fue remontando el valle del Ródano hasta llegar a la capital de las Galias, objeto de aquella larga peregrinación.

Euquerio le recibió con paternal bondad, le oyó referir la historia de su vida y peregrinaciones, y aprobó sus planes de vida solitaria. Hízole entrega de un ara con reliquias de los santos Crisanto y Daría, para que sobre ellas celebrase el Santo Sacrificio. Domiciano se fue a vivir en lugar apartado, donde edificó una ermita en honor de San Cristóbal. Allí levantaron más tarde los fieles la aldea llamada Burgo San Cristóbal.

En tan solitario lugar se entregaba de lleno a la oración, vigilias, ayunos, y celebración de los divinos misterios, pero pronto empezó a llegar una multitud de discípulos deseosos de imitar el modo de vida del Santo. Aun muchas personas mundanas, al tener noticia del retiro donde vivía, acudieron a él en tan gran número que el santo varón determinó edificar un monasterio en lugar todavía más retirado. Fue antes a consultar, como solía, con San Euquerio, a quien había tomado desde su llegada como director espiritual.

—Venerable padre —le dijo—, el lugar en que resido es ya tan frecuentado por toda clase de personas, y de tal manera llega hasta él el ruido del mundo, que ya no parece adecuado para monasterio, y más si tenemos en cuenta que es terreno árido y no hay en él agua que pueda beberse.

San Euquerio le respondió.

—Ve, hijo, busca donde quieras una soledad que sea conforme a tus gustos. El Señor te acompañará y favorecerá tus deseos.

Y después de darle sus últimos paternales consejos, lo bendijo y se despidió de él.

EN BUSCA DE SOLEDAD

Al día siguiente, celebrada la misa, partió Domiciano camino de Levante con otro monje llamado Modesto. Después de caminar larguísimo trecho, llegaron a un espacioso valle cercado de espesos bosques, guarida en otro tiempo de ciertos acuñadores de moneda falsa. El paraje era sumamente delicioso y ameno, lo exploraron cuidadosamente y hallaron en él varias fuentes de purísimas aguas.

A eso de media noche, tuvo San Domiciano una visión. Aparecíósele Nuestro Señor, quien mirándole con benevolencia, le dijo

—Domiciano, sé valeroso, yo mismo te ayudaré en tus empresas. Aquí vendrán a juntarse contigo innumerables hijos que seguirán tus ejemplos. Ea, pues, manos a la obra, empieza ya a ejecutar lo que determinaste.

Había Domiciano concebido la víspera un verdadero plan de monasterio. Sobre la colina donde brotaba la más caudalosa fuente, edificaría un amplio convento para los monjes, en la parte baja, cerca del camino, una

hospedería y una iglesia para los transeúntes y peregrinos. Al despertarse dio gracias a Dios, y corrió a notificar a los religiosos el feliz hallazgo y las bendiciones que el Señor le había prometido.

Encargó a un virtuoso sacerdote el cuidado de la ermita de San Cristóbal y sus anejos, y él pasó con los monjes a la nueva soledad. A más del monasterio y la hospedería, edificó dos ermitas, una dedicada a la Virgen y otra a San Cristóbal. El mismo San Euquerio las consagró.

Dedicáronse los monjes a roturar y sembrar buena parte del terreno. Un día de verano, tras un trabajo penosísimo, bajó San Domiciano con algunos monjes a bañarse en un riachuelo cercano. Estando todos ellos dentro del agua, llegó una zorra y empezó a roer el calzado del siervo de Dios. Viola Domiciano y, levantando al cielo los ojos, oró así al Señor

—¡Oh Dios!, criador de todos los seres, pídote por favor que en adelante, así nosotros como nuestros sucesores, no recibamos daño ninguno, ni del animal que está allí en la orilla del riachuelo, ni de los de su especie.

No bien hubo acabado de orar, cayó muerta la zorra a la vista de los monjes. De allí en adelante nunca las zorras ocasionaron daño alguno en el monasterio.

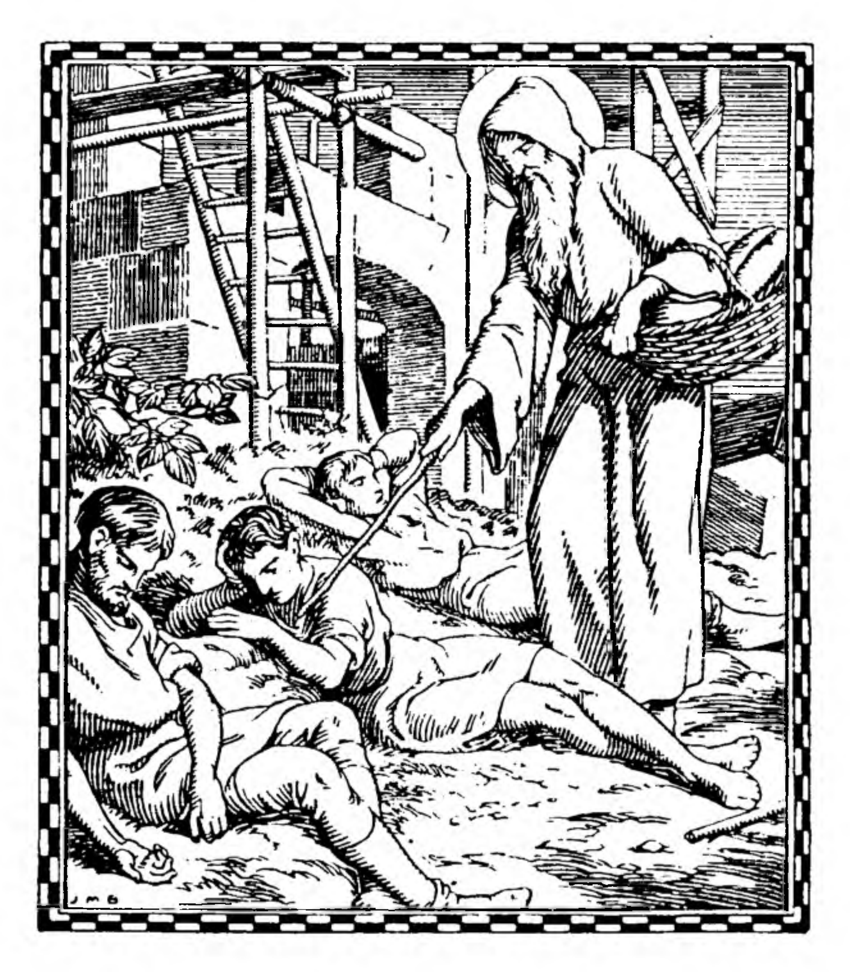
DON DE MILAGROS

Por entonces favoreció el Señor a su siervo con el don de arrojar a los demonios del cuerpo de los posesos, no fue menester más para que las muchedumbres aprendiesen el camino del nuevo monasterio. Pero Domiciano, para evitar las muestras de veneración de aquellas gentes, se ocultaba en algún lugar apartado y no volvía al convento hasta el domingo, y sólo para ver a los monjes y tomar su frugal sustento, pues no comía entre semana. Afligiéronse los monjes con tan prolongadas ausencias de su superior, a quien manifestaron que a cada paso necesitaban sus consejos. Prometióles el Santo quedarse con ellos y consintió, además, en comer un poco cada día para quitarles la cariñosa preocupación que por su salud tenían.

Al ver que día tras día afluían más peregrinos, resolvió Domiciano edificar una espaciosa iglesia que sería lugar de peregrinación.

Los monjes, muy conformes con la determinación de su santo abad, empezaron sin demora a excavar el terreno para poner los cimientos del edificio. Llamaron para ayudarles a algunos albañiles de las cercanías, con lo que en breve tiempo levantaron un edificio digno de admiración.

Sobrevino entre tanto fuerte hambre que asoló algunas provincias de las Galias y en particular el valle del Ródano. Monjes y albañiles se quedaron sin pan. Mas el Santo no perdió ni por un instante su esperanza.



QUÉ *hacemos así, hermanos? —dice San Domiciano a los obreros desfallecidos—. Tres días ha que estáis sin trabajar; ya basta. Aquí os traigo pan para que recobréis fuerzas». Despiértanse los obreros, toman alimento, y en poco tiempo terminan la construcción de la iglesia.*

—Seguid trabajando —les dijo—, entretanto, daré yo una vuelta por los pueblos vecinos en busca de alimento para vosotros.

Montado en su jumentillo partió para la aldea de Torciaco, adonde llegó cabalmente un día en que los habitantes se habían juntado para cocer el pan. Sucedió que habiendo ya cada cual reconocido y tomado su provisión, sacaron del horno un pan grandísimo y más hermoso que los otros. Todos a una prorrumpieron en gritos de admiración y convinieron en que el Señor lo había enviado a su siervo Domiciano, que buscaba pan para sus monjes y criados. Diéronle, pues, el milagroso pan, y el Santo volvió con él gozoso al monasterio. Todos salieron alborozados a recibirle.

—Aquí tenéis la comida que el Señor os ha preparado —dijo a los monjes y albañiles—; confiad siempre y el cielo no os abandonará.

Otro prodigio obró el Señor, multiplicando el exquisito regalo de tal manera, que bastó para dieciséis monjes y cuatro albañiles, durante los diez días siguientes.

ECHA POR TIERRA DOS TEMPLOS PAGANOS

Hacía ya días que Dios sustentaba milagrosamente a su siervo, cuando salió éste a dar otra vuelta por los pueblos en busca de provisiones. Fue más allá de Torciaco, dobló el monte vecino y llegó a Latiniaco, así llamado por ser dueño del lugar un rico señor galorromano por nombre Latino. Hallóle el Santo sentado a la sombra, hablando con su mujer Siagria y con los aldeanos que iban a comprarle trigo. Acercóseles Domiciano, montado en su borriquillo y, apeándose, les dijo

—El Señor os conceda prosperidad y larga vida, nobles esposos. Unos siervos de Dios que viven cerca de aquí en el desierto, me enviaron a pediros a vosotros y a los demás señores del país algunas provisiones. Bien merecen que seáis caritativos con ellos, puesto que les faltó el pan mientras edificaban una iglesia. Sed generosos y el Señor os lo recompensará.

Latino le respondió

—Más cara tienes de bandido, que de siervo de Dios. ¿Cómo pretendes, pues, mi trigo, que sólo ha sido cosechado para gentes honradas?

—En el clavo diste, noble señor —repuso Domiciano—, porque realmente no vivo yo conforme a mi profesión.

Era Latino hereje arriano, y, como todos sus correligionarios, aprovechaba cualquier ocasión de discutir sobre asuntos religiosos. Contento, pues, de hallar con quien hablar de tales cuestiones, preguntó al monje·

—Ya que te presentas como superior de los siervos de Dios que viven en el desierto, dime, ¿qué fe profesas?

Conoció Domiciano la intención de la pregunta y respondió presta-

mente: —La fe, si es variable, engendra almas endebles y ciegas; si es invariable y universal, lleva seguramente a cuantos la tienen a la eterna bienaventuranza, que sólo a quienes la tienen ha sido prometida.

—¿Cuál es la fe invariable y universal? —preguntó Latino.

—La que yo recibí de mis maestros, sucesores de los Apóstoles. Contra ella se han enfurecido los arrianos, predicadores de nuevas doctrinas.

—¿Cuál es? —tornó a preguntar el hereje aun más intrigado.

Apuntando entonces directamente a la herejía arriana que negaba la divinidad de Cristo, Domiciano hizo ante Latino magnífica profesión de fe católica tal como la enseñó siempre la Iglesia.

—Creer en Dios Padre todopoderoso —dijo— y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, y en el Espíritu Santo. Digo Dios Padre, porque tiene Hijo, Dios Hijo, porque tiene Padre, a quien se asemeja totalmente por la divinidad. De ambos procede el Espíritu Santo, que es consubstancial y coeterno con el Padre y el Hijo. Confesamos que hay tres Personas en un solo Dios, porque sólo hay una Divinidad, un Poder, una Eternidad, una Majestad Indivisa.

—¿Acaso el poder del Padre no es mayor que el del Hijo?

—No, porque Padre e Hijo tienen un solo y mismo poder divino.

—Lo que dices, no puede ser así —repuso el arriano—. ¿Por ventura serío yo prudente si dejara mis bienes y mi dignidad al arbitrio de mi hijo, cuando aun es incapaz para usar de ellos cumplidamente? Por lo mismo no pudo Dios comunicar su poder y dignidad a su Hijo, habiéndole engendrado.

—Tu sabiduría es del todo carnal —respondió Domiciano—. Para demostrarte que dije verdad, mira. En el nombre del Hijo único de Dios, coeterno y semejante en todo a su Padre, caigan al suelo al punto aquellos templos paganos que han sido siempre guarida de los demonios.

Había cerca de allí dos templos dedicados a Júpiter y a Saturno, donde los aldeanos supersticiosos solían presentar a ocultas ofrendas y oraciones. A la voz del Santo, tembló la tierra, y los dos templos se derrumbaron con horroroso estruendo. Al mismo tiempo cubrióse el cielo con negros nubarrones y, en medio de relámpagos y truenos, cayó espantosa granizada. Latino, vuelto en sí del susto, había corrido a guarecerse y entendió ser aquel prodigio señal con que el cielo manifestaba que la fe del monje limosnero era la verdadera. Los consejos de su mujer, católica de corazón hacía tiempo, acabaron por decidirle a tomar una lógica resolución.

La tormenta duró sólo unos momentos; otra vez resplandeció radiante sol en el límpido azul del cielo. Latino y los suyos salieron en busca del siervo de Dios, y le hallaron en la era, donde se entretenía haciendo surcos con su bastón para que el agua no llegase hasta el trigo, al que no

mojaron ni la lluvia ni el granizo. El hereje se echó a los pies del Santo le pidió perdón y le rogó que le instruyese en la verdadera fe. Túvole en su casa tres días, pasados los cuales le dejó partir para el monasterio con abundantes provisiones. Quiso también proveer a las necesidades que pudieran tener los monjes en lo sucesivo, y así, por acta notarial firmada de su mano y refrendada por su mujer e hijos, hizo donación de extensísimas heredades en favor del monasterio de San Ramberto al que protegió desde entonces.

ALBAÑILES DORMIDOS. — MUERTE DEL SANTO

VUELTO al monasterio, quedó asombrado al ver que los albañiles dormían en vez de trabajar. Despertólos al punto y les dijo

—Pero ¿qué hacemos, hermanos? ¿A qué dejar sin más ni más la obra empezada? ¿Acaso no tenéis ya fuerza para trabajar?

—No, padre —le respondieron todos a una—. Diez días hemos comido del delicioso pan que nos trajisteis, pero ayer, viernes, ya nos quedamos sin probar bocado, y hemos decidido abandonar la obra y volver a casa.

—No, hijos míos, no —repuso el Santo—, comed lo que os traigo, y a trabajar otra vez. Hay que ser, más constantes en la obra de Dios.

Comieron los albañiles y emprendiendo el trabajo con nuevo ardor, prontamente dejaron concluída la iglesia. San Euquerio fue también a consagrarla, y bendijo al mismo tiempo el nuevo monasterio. Pronto acudieron numerosos discípulos, atraídos por la fama de santidad de Domiciano.

Finalmente, siendo ya muy entrado en años, dejó la dirección del monasterio a un santo monje llamado Juan, para poder con más libertad prepararse a la muerte, porque parecíale ya muy cercano el momento.

Acometido de repentina enfermedad el año 440, llamó a los monjes y, cuando ya estuvieron todos alrededor de su lecho, les dijo

—Vivid en paz y santidad, porque es condición indispensable para ver un día al Señor en la gloria. Obedeced siempre a quien el Cielo os designare por superior. Yo os dejaré ya dentro de poco, puesto que Dios me llamará a Sí el día primero de julio.

Al oír tales palabras prorrumpieron todos en llanto·

—¿Por qué dejarnos tan pronto, venerable padre? —le preguntaron.

—No os dejo, hermanos, alegraos, voy a ser vuestro protector y medianero cerca de Dios.

El día primero de julio celebróse una misa en el aposento del moribundo, en ella comulgaron Domiciano y los monjes. Levantó luego el Santo las manos al cielo, y habiendo dicho «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu», expiró dulcemente en brazos de sus religiosos.

Al mismo tiempo, llenóse la celda del Santo de fragancia suavísima que sanó a algunos monjes enfermos. Enterraron su sagrado cuerpo en la iglesia del monasterio, cerca del altar del mártir San Ginés. En el correr de los siglos obró el Señor en su sepulcro, innumerables milagros.

RELIQUIAS DE LOS SANTOS RAMBERTO Y DOMICIANO

El monasterio que fundó San Domiciano, se llamó en un principio abadía de Bebrón, nombre del torrente que por allí pasaba, pero luego le llamaron de San Domiciano.

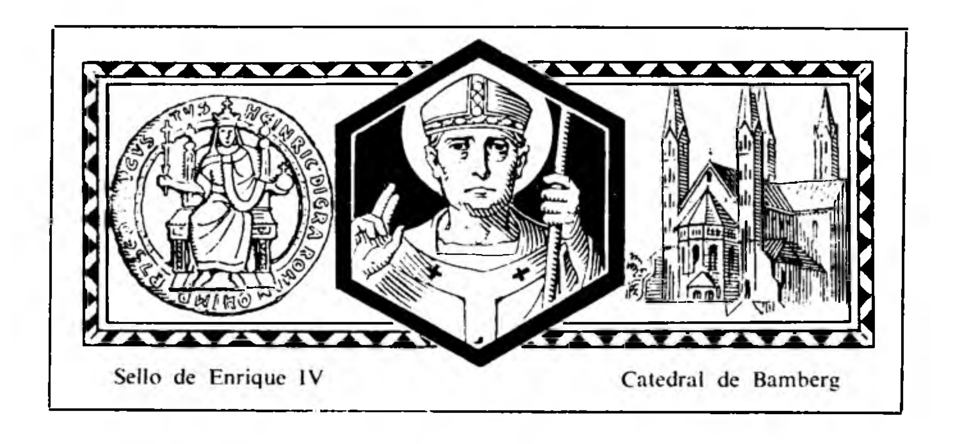
El año 680 los monjes enterraron en el monasterio el cuerpo de San Ramberto, emparentado con la familia real francesa, y asesinado a orillas del Bebrón por mandato de Ebroín, mayordomo de palacio.

Andando los años, el monasterio se llamó de los Santos Domiciano y Ramberto; así le llamaban todavía en el año 1138. Pero más adelante, se fue borrando la memoria de San Domiciano y arraigó más y más la de San Ramberto. De aquí vino el nombre de San Ramberto de Joux que tuvieron el monasterio y la aldea próxima, la cual se llama hoy San Ramberto de Bugey. Los monjes adscritos a la Orden benedictina de Cluny permanecieron allí hasta la Revolución francesa. El día 12 de junio de 1789 trasladaron a la iglesia parroquial las reliquias de ambos santos y las demás conservadas en el monasterio. Aun hoy día se las venera en dicha iglesia, encerradas en un solo relicario desde el año 1763.

Otras reliquias de ambos Santos se hallan en la iglesia de San Ramberto de Forez, encerradas desde el año 1872 en un magnífico relicario.

SANTORAL

La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (véase nuestro tomo «Festividades del Año Litúrgico»). — Santos **Domiciano, abad y fundador;** *Aarón, Sumo Sacerdote, hermano de Moisés;* Rumoldo, obispo en Irlanda y en Bélgica. *Galo, obispo de Clermont;* Conrado, obispo de Tréveris, a quien dieron muerte precipitándole cuando iba a posesionarse de su diócesis; Pedro el Patricio, el cual dejó las glorias militares para retirarse y hacer penitencia; *Teodorico,* Cibardo y Carilefo, abades; Casto y Secundino, obispos y mártires, en Sinuesa; Martín, discípulo de los Apóstoles y obispo de Viena de Francia; Leoncio, obispo de Autún; Julio y Aarón, mártires en Bretaña, Simeón el Simple, dechado de heroica humildad, Simón el Labrador, venerado en Navarra; Teobaldo, perteneciente a la familia de los condes de Champaña, y Lupiano, anacoretas. Santa Reina de Denain, esposa de San Adelberto y madre de Santa Ragenfrida, abadesa.



Sello de Enrique IV   Catedral de Bamberg

DÍA 2 DE JULIO

SAN OTÓN

OBISPO, APÓSTOL DE POMERANIA (1062-1139)

FUE San Otón natural de Mistelbach de Franconia. Allí nació, por los años de 1062, de padres nobles, pero pobres en bienes terrenales. Desde jovencito se dio al estudio de las letras humanas y llevaba ya algunos años de grande aprovechamiento, cuando, casi a un tiempo, se le murieron los padres, con lo que se tornó más apurada su situación.



Para no ser gravoso a su hermano mayor, pasó a Polonia, que por entonces carecía de maestros, y puso escuela, a la que en breve acudieron muchísimos alumnos. Con su ciencia, piedad y finos modales se ganó muy presto la confianza de los principales señores de Polonia, los cuales no sólo se hicieron amigos de Otón, sino que a menudo ponían en sus manos muy enmarañados pleitos para que él los compusiera. Creció tanto su fama, que el duque Boleslao II le nombró su capellán; y habiendo muerto su primera mujer, eligió al Santo para que fuese a pedir para él la mano de Judit, hermana de Enrique IV de Alemania.

El negocio salió admirablemente, pero el duque perdió en él a su prudente y sabio consejero; porque el emperador, prendado del embajador de Boleslao lo retuvo en su corte. Y Otón, que dejara su patria, pobre y casi desconocido, volvió a ella como personaje importante y calificado. Su

principal oficio fue por entonces, rezar salmos a coro con el emperador.

Vacó entretanto el cargo de canciller, y el emperador, no hallando persona más capaz que su capellán para desempeñarlo cumplidamente, le nombró canciller del imperio. El Santo ejerció tan importante empleo por espacio de algunos años con celo y acierto tales, que nunca prosperaron tanto los negocios de palacio como en el tiempo en que los administró San Otón. Quiso el emperador premiarle dándole un obispado, aun a costa de los intereses del imperio que perdería a tan sabio ministro, pero el Santo no aceptó aquella dignidad. No llegaba a entender Enrique IV cómo un varón tan virtuoso y prudente rehusaba el obispado, siendo así que eran muchos los que con intrigas y amaños lo solicitaban. Ignoraba que su canciller tenía corazón muy noble para allanarse a tamaña bajeza. Sabía Otón que el poder de distribuir beneficios y obispados, lo había usurpado el emperador a la Iglesia, y temía manchar su alma con el crimen de simonía, si aceptaba la propuesta de su señor.

OBISPO DE BAMBERG. — FIDELIDAD AL PAPA

El año 1102 quedó vacante el obispado de Bamberg. Otra vez propuso el emperador a su canciller que aceptase el ser obispo. El santo varón que tan obstinadamente había hasta entonces rehusado tal dignidad, la aceptó ahora para evitar que en la silla de Bamberg se sentasen hombres indignos. Hizo más, consintió en recibir de manos del impío emperador el anillo y el báculo pastoral, aunque con propósito de permanecer fiel de corazón a la Iglesia, y haciendo voto de no aceptar la consagración episcopal hasta tanto que el Sumo Pontífice ratificase aquella elección.

Por disposición del emperador, los obispos de Wurzburgo y Augsburgo acompañaron a Otón hasta Bamberg. Hicieron el viaje a principios del mes de febrero en que el frío es rigurosísimo en aquellas tierras. En cuanto vio de lejos la torre de la catedral, Otón se descalzó, y prosiguió el viaje andando sobre hielo y nieve, rodeado del clero y pueblo que salieron a recibirle con grande alborozo.

Lo primero que hizo al llegar, fue escribir al papa Pascual II, para informarle de lo sucedido y pedirle consejo sobre lo que tenía que hacer. Al mismo tiempo le afirmaba estar pronto a partir para Roma, si tal era la voluntad del Pontífice.

—Por espacio de dos años —dice en la carta— serví a Enrique, mi señor, logré ganar su amistad, pero dos veces he rechazado la investidura que me ofrecía, por juzgar yo que el emperador no es quién para otorgar la dignidad episcopal. Instóme a ello tercera vez y me nombró

obispo de Bamberg, mas si yo supiera no ser del agrado de Vuestra Santidad el investirme y consagrarme, renunciaría al obispado. Por tanto, suplícole me dé a conocer cuál sea su voluntad en este negocio, para que al acudir yo a Vuestra Santidad no sea en balde.

Mucho se regocijó el Papa al leer la carta de Otón, pues raras veces recibía tales muestras de adhesión y respeto de parte de los prelados alemanes. Al punto correspondió Su Santidad con otra en la que le decía:

—Pascual, siervo de los siervos de Dios, a Otón, hermano amadísimo, obispo electo de la iglesia de Bamberg, salud y bendición apostólica. El hijo sabio llena de alegría el corazón de su padre. Tus obras y todas tus trazas dan a entender que eres varón prudentísimo. Nos juzgamos que es menester respetar y amparar tu promoción. No dudes de Nuestra benevolencia, ven cuanto antes a darnos con tu presencia cumplido gozo.

La paternalísima acogida que el Padre Santo le brindaba, calmó de momento las ansiedades de Otón; no obstante lo cual, preparóse el celoso obispo para acudir cuanto antes. Urgíale resolver de manera definitiva aquel enojoso asunto que le preocupaba. Porque, además de las razones alegadas en su carta a Roma, había otras de carácter personal que influían en su ánimo y le invitaban a descargarse de su responsabilidad.

Partió el siervo de Dios para Italia, acompañado de nutrida representación de los fieles de Bamberg. El Papa le recibió en la ciudad de Anagni. Otón le refirió cuanto hacía a su elección, entregó al Vicario de Cristo el báculo y anillo recibidos de mano del emperador, y le pidió humildemente perdón de cuanto hallara de reprensible en su conducta. Al mismo tiempo confesó ante el Pontífice ser indigno del episcopado, e insistió para que le quitase de los hombros carga tan pesada. Pero el Papa, admirado de tan grande humildad, le dijo «Cerca estamos de la fiesta del Espíritu Santo; encomendémosle este asunto». Al volver a casa, Otón se puso a considerar las dificultades de aquellos tiempos, los peligros a que estaban expuestos de continuo los obispos, y la indocilidad de reyes y vasallos a la Iglesia. Aun temió que su elección estuviera contaminada con algún rastro de simonía. Estando en estas consideraciones, vínole el pensamiento de renunciar a las dignidades y honras vanas de este mundo para vivir en apartado retiro hasta su muerte. Resuelto ya a poner por obra su propósito, partió a toda prisa para Alemania, pero aun estaba en la primera jornada del viaje cuando le alcanzaron los embajadores del Sumo Pontífice que le llevaban mandato de obediencia de desandar lo andado, y volver a presentarse al Papa. A vista de orden tan expresa y formal, bajó el Santo la cabeza y volvió a ver al Pontífice, el cual le consagró obispo, el 17 de mayo del año 1103, fiesta de Pentecostés.

PROPAGA LA VIDA RELIGIOSA Y HACE VOTO DE OBEDIENCIA

VUELTO ya a Bamberg, juzgó el nuevo prelado que para ejercer acción duradera en los fieles de su diócesis, necesitaba auxiliares que le ayudasen eficazmente. Por eso su primera providencia fue favorecer cuanto pudo a las Órdenes religiosas. En breves años fundó y dotó en Alemania unos veinte monasterios, merced a la liberalidad de los fieles. Quejábanse algunos de que levantase tantos monasterios, pero él solía responderles: «Hermanos, nunca edificaremos demasiadas hospederías para los que se consideran extranjeros y desterrados en este mundo».

En tanto que de esta suerte se mostraba liberal para con los prójimos, llevaba él mismo vida tan pobre y austera, que todos cuantos le servían quedaban admirados.

Llevaba de ordinario vestidos remendados como los pobres; en la comida era sobrio como un anacoreta. Muy a menudo salía del comedor sin haber casi probado los manjares, lo cual hacía de intento para que los diesen a los menesterosos. Un día de ayuno, trájole el administrador un pescado hermoso, pero algo caro. «¿Cuánto ha costado? —le preguntó el obispo—. Dos monedas de plata —respondió el criado—. Pues no se dirá que el pobrecillo Otón se ha comido hoy él solo cosa tan cara.

Tomó luego la fuente y añadió: «Lleva este manjar a Jesucristo. Ofréceselo en la persona de algún pobre enfermo o paralítico. Por lo que a mí hace, ya estoy bastante robusto; me bastará con un pedazo de pan».

Más adelante padeció el Santo larga enfermedad. Cuando ya estuvo curado, mandó llamar al abad Wolfrán de quien era íntimo amigo, y le rogó con vivas ansias que se dignase admitirle entre sus monjes. Díjole además que estaba resuelto a dejar las insignias episcopales para vivir apartado de los vanos cuidados del siglo, y entregado a la pobreza, obediencia y mortificación. Alabó mucho el abad tan santo propósito, y accediendo a los deseos del prelalo, recibió su voto de obediencia. Pasada una temporada, volvió Otón a ver a su superior para pedirle que le admitiese ya en el monasterio y le diese el hábito de monje.

No quería el abad Wolfrán privar a la Iglesia de Dios de un apóstol tan celoso como el santo obispo de Bamberg; recordaba quizá lo que hizo el abad de San Vanne cuando el emperador Enrique II le pidió que le admitiese entre los monjes.

—¿Estáis dispuesto —preguntó al obispo— a observar fielmente el voto de obediencia por el que os habéis obligado conmigo?

—En el nombre del Hijo de Dios «que se hizo obediente por nosotros hasta la muerte», dispuesto estoy a observarlo —respondió Otón.



CUÁNTO *costó ese pescado? —pregunta Otón al administrador. —Dos piezas de plata. —Retíralo —ordena el prelado—. No quiero se diga de mí que en día de ayuno he comido por tanto valor. Llévaselo a Jesucristo en la persona de algún pobre enfermo que lo necesite. Estoy bastante robusto y me bastará un pedazo de pan.*

—De ser así —repuso el abad— os mando, santísimo Padre, que prosigáis las buenas obras y santas ocupaciones que habéis emprendido para gloria de Dios. Creo que ésa es la divina voluntad.

Otón se sometió humildemente. De allí adelante, el palacio episcopal de Bamberg fue para el Santo como un monasterio en el que vivió como humilde religioso y donde hallaban cariñosa acogida todos los pobres.

APÓSTOL DE POMERANIA

Por aquel entonces conquistó a Pomerania Boleslao, duque de Polonia, el cual, para someter a los súbditos, bárbaros e indisciplinados, no halló mejor camino que ganar su amistad trayéndolos a la fe católica que él profesaba. Ocurriósele encargar al celoso obispo de Bamberg la evangelización de aquella provincia, propuesta que el Santo acogió con indecible gozo de su alma. Y en cuanto supo que el Papa bendecía aquella empresa, a toda prisa preparó lo necesario para el viaje. De sobra sabía que Pomerania era una provincia opulenta, donde se odiaba y menospreciaba a los pobres, por eso juzgó ser necesario presentarse con mucho aparato y ostentación, para que los bárbaros entendiesen que no buscaba sus bienes sino sus almas. Llevó consigo algunos virtuosos clérigos y también se proveyó, de misales, salterios, cálices, ornamentos sagrados y de cuanto era menester para el servicio del altar. Llevó asimismo telas y otros regalos de mucho precio para jefes y principales de aquella nación.

Partió el celosísimo apóstol el día 24 de abril de 1124, cruzó a Bohemia y fue primero a la ciudad de Gnezno, que era a la sazón capital de Polonia. Siete días le tuvo albergado en su palacio el duque Boleslao. Al despedirle, diole algunos intérpretes entre los que iba un tal Paulicio que ayudó mucho al Santo en el ministerio de la predicación.

Después de seis días de penoso caminar a través de la selva, hicieron alto a orillas del río Netze. En la ribera opuesta acampaba el duque de Pomerania, que vino con quinientos soldados al tener noticia de la llegada del Santo. Cruzó el río con unos cuantos hombres y fue a saludar al obispo. Ambos se abrazaron muy efusivamente, pues ya entonces el jefe de los bárbaros era cristiano, si bien en secreto por temor de los infieles.

San Otón ofreció al príncipe, entre otros preciosos regalos, un lindo bastón de marfil, que el duque tomó al punto y utilizó desde aquel instante, agradeciendo al Santo tan fino obsequio.

La piadosa caravana partió para Piritz, adonde llegó al anochecer, pero nadie quiso entrar en la ciudad. Aquel mismo día habían celebrado los paganos una fiesta en honor de sus dioses, con bacanales y bulliciosas diversiones, y aun de noche seguía el ruido y alboroto.

Al amanecer del siguiente día, Paulicio y algunos delegados del duque fueron a entrevistarse con los principales señores de la ciudad, para darles parte de la llegada del obispo de Bamberg, y mandarles que saliesen a recibir al prelado. Embarazados por lo inesperado de la visita, pidieron por favor que les dejasen deliberar unos instantes; pero los delegados entendieron ser aquello una artimaña, y así les dijeron que convenía determinarse cuanto antes, porque el prelado estaba ya a la puerta de la ciudad, y, si le hacían aguardar, lo tomarían a mal los duques de Pomerania y Polonia. Los señores de Piritz se espantaron al oír que el obispo estaba tan cerca. Determinaron salir a recibirle, pues «no podemos —decían— resistir al Dios verdadero que sabe frustar todos nuestros planes; bien comprendemos que nuestros ídolos no son dioses». Dieron parte a toda la ciudad de su determinación, y todos a una pidieron a gritos que viniese el obispo. Los bárbaros, que salieron en tropel a recibirle, se quedaron admirados ante sus nuevos huéspedes, y, cuando ya hubieron curioseado a su gusto las personas, hábitos y enseres de los recién llegados, los aposentaron lo mejor que pudieron en su ciudad y los honraron con muestras de profundo aprecio.

Entretanto, el santo obispo vestido de pontifical, subió a una eminencia, y habló con intérprete al pueblo que ansiaba oírle.

—Bendígaos el Señor —les dijo— por la buena acogida que me habéis otorgado. No ignoráis por qué causa hemos venido a vosotros de tan lejanas tierras; sólo para traeros la dicha y la salvación; eternamente seréis felices si queréis conocer y servir a vuestro Criador.

Estaba así hablando al pueblo con admirable familiaridad y sencillez, cuando todos a una voz clamaron que deseaban conocer y abrazar la fe cristiana. Una semana pasó el Santo enseñándoles la doctrina, ayudado en tan excelente ministerio por los demás sacerdotes y clérigos. Mandóles luego que ayunasen tres días, al cabo de los cuales hizo que se vistiesen de blanco para disponerse al bautismo que había de administrarles poco después.

SANTA EMULACIÓN ENTRE DOS CIUDADES

No tuvo el Santo igual acogida en Vollín, ciudad comercial situada en la desembocadura del río Oder, pues aun cuando el prelado se albergó en el palacio ducal, todo el pueblo, alborotado y furioso, acudió allí dando voces contra él. La paciencia del santo misionero los impresionó, sin embargo, de tal manera, que acabaron declarándose dispuestos a abrazar la fe cristiana, si los habitantes de Stettín les daban ejemplo convirtiéndose primero, proposición que el apóstol aceptó complacido.

Partió San Otón para la ciudad de Stettín. Paulicio y los delegados del duque se adelantaron al Santo, y fueron a hablar con los principales hombres de la ciudad, proponiéndoles que recibiesen a Otón. «No queremos dejar nuestras leyes y costumbres —respondieron ellos—; nuestra religión nos gusta muchísimo. Corre la voz que hay entre los cristianos muchos ladrones a quienes les cortan los pies y les sacan los ojos; se dice que entre ellos se cometen toda suerte de delitos y que se odian entre sí. Religión así, no la queremos». Como se ve, la calumnia ponía obstáculos.

Dos meses permanecieron obstinados los de Stettín. Finalmente, dos mancebos nobles vinieron a ver al santo obispo, para que los adoctrinase. Con ternura indecible acogió San Otón a aquellos jóvenes, que eran las primicias de nueva y abundante cosecha; los instruyó, y luego los tuvo consigo ocho días, vestidos de blanco como solían estar los neófitos. Dioles unas túnicas bordadas de oro, cinturón dorado y vistoso calzado. Al volver a casa y juntarse con sus compañeros, contáronles cuanto habían observado en el misionero: su vida ordenada y santa, su mansedumbre, caridad y liberalidad con los pobres. Otros jóvenes paganos, alentados con lo que oían, siguieron el ejemplo de sus dos compañeros; lo propio hicieron luego mozos y ancianos, de suerte que toda la ciudad se convirtió en poco tiempo a la religión que antes repudiara.

El padre de los primeros bautizados se hallaba fuera de casa cuando se convirtieron aquéllos. Al saber que su dos hijos y casi toda su familia eran ya cristianos, enfurecióse sobremanera y juró vengarse del obispo. Pero después, apaciguado con las súplicas de su mujer y movido de la gracia de Dios, fue a ver a San Otón, se echó a sus plantas bañado en lágrimas, y le declaró que había ya recibido el bautismo en Sajonia, mas que por haberle ofrecido los paganos cuantiosas riquezas, no quiso nunca mostrarse públicamente cristiano. Hecha esta humilde confesión, aquel hombre se trocó en celoso apóstol de la fe de que había renegado.

Volvió San Otón a la ciudad de Vollín, y esta vez halló al pueblo dispuesto a recibir la luz del Evangelio. Habían enviado secretamente delegados a Stettín para que se informaran de la acogida que los de aquella ciudad habían otorgado a los misioneros. Recibieron, pues, en Vollín al santo prelado con grande alborozo, y para reparar los malos tratos que le habían dado en su primer viaje, colmáronle de atenciones y agasajos.

Rasgos semejantes a éste se repitieron en multitud de casos. Que así como el mal ejemplo de algunos había provocado la apostasía de muchos, la vuelta al redil de los débiles fue en parte consecuencia de la rectificación de aquellos a quienes la santidad y mansedumbre del siervo de Dios atrajeron al recto camino. El santo prelado podía estar satisfecho de su obra. Finalmente, tras una ausencia de casi un año, regresó a Bamberg.

SEGUNDA MISIÓN. — MUERTE DEL SANTO

El año de 1128, con la bendición del papa Honorio II y el beneplácito del rey Lotario, Otón dejó nuevamente a Bamberg y partió para Pomerania, donde la idolatría amenazaba desvanecer totalmente las halagüeñas esperanzas concebidas en los principios de la misión. Detúvose primero en Stettín, donde halló muy divididos a los habitantes: unos perseveraban firmes en la fe, pero los más habían vuelto al paganismo. Los sacerdotes de los ídolos amotinaron a los apóstatas que, como fieras, asaltaron a gritos la casa del obispo, dando mueras al apóstol.

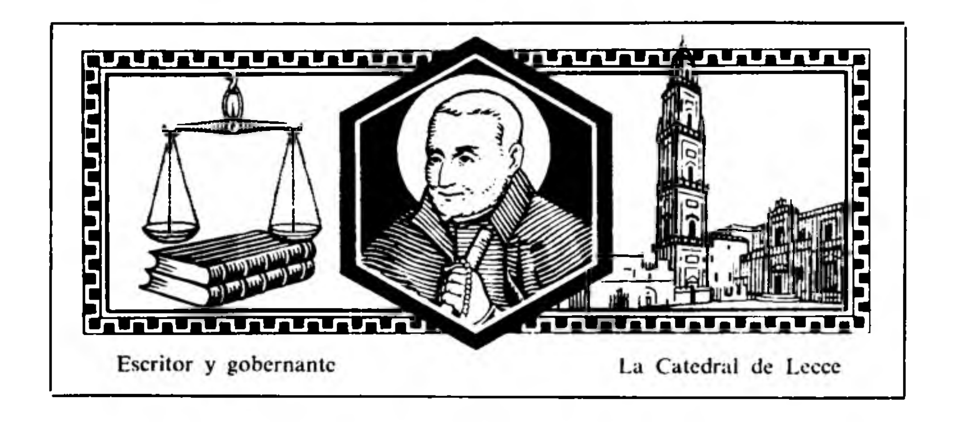
San Otón, ansioso de ser mártir de la fe, vistióse de pontifical, mandó alzar la cruz, y entonando himnos y salmos, salió procesionalmente con su clero para encomendar al Señor aquel postrer combate. Maravillados los bárbaros al ver el buen temple de aquellos hombres que aun estando a punto de morir tenían humor para cantar, empezaron a amansarse un tanto. Pero al ver llegar al sumo sacerdote de los ídolos que había mandado matar al Santo los apóstatas enristraron sus lanzas para atravesar con ellas al misionero. ¡Oh maravilla! Los brazos de aquellos desdichados se paralizaron de repente y permanecieron rígidos y como petrificados. El Santo se movió a compasión y con sólo bendecirlos sanólos a todos. Al ver tan grande prodigio, pidieron perdón al Santo y lloraron sus pasados yerros.

San Otón pasó después a la ciudad de Vollín, cuyos habitantes recibieron humildemente sus amonestaciones; y dejando en Pomerania algunos sacerdotes, volvió a Bamberg, donde murió a 30 de junio de 1139.

Canonizado por Clemente III en 1189, celébrase su fiesta el 2 de julio.

SANTORAL

La Visitación de la Virgen María a su prima Santa Isabel (véase nuestro tomo «Festividades del Año Litúrgico»). — Santos **Otón, obispo y apóstol de Pomerania;** *Proceso y Martiniano, mártires en Roma; Aristón y compañeros, mártires en Campania;* Bernardino Realino, confesor, cuya fiesta se celebra mañana; Bonifacio y compañeros, monjes, mártires de los vándalos, en Cartago; Acesto y Longinos, soldados encargados de custodiar a San Pablo, fueron mártires por la fe tres días después que el santo Apóstol; Sabino y Cipriano, mártires en Brescia, Swithuno, capellán en la corte de Egberto de Inglaterra, y luego obispo de Vinchester; Lindano, abad benedictino; Gerundio y Adeodato, presbíteros y confesores. Beatos Juan de Vicenza, dominico; Pedro de Luxemburgo, cardenal, obispo de Metz. Santas *Marcia* y Sinforosa, mártires; Monegunda, solitaria, en Francia.



Escritor y gobernante — La Catedral de Lecce

DÍA 3 DE JULIO

SAN BERNARDINO REALINO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1530-1616)

No siempre se manifiesta la vocación religiosa con la espontaneidad del primer impulso, a veces permite el Señor que los llamados al divino servicio orienten su vida hacia otros rumbos, y aun los deja prosperar y afianzarse en ellos hasta que, lograda ya la deseada cumbre, advierten que el camino se les ha terminado y que el apetecido ideal queda aún muy lejos. Es el momento crítico aprovechado por Dios para insinuar la invitación. «Si quieres ser perfecto. ». Momento en que el alma se llama a reflexión para descubrir, desde la atalaya íntima, los horizontes que hasta entonces permanecieron ocultos tras el primer plano de otras preocupaciones. Tal es el caso de San Bernardino Realino.

INFANCIA Y PRIMEROS AÑOS

Nació nuestro Santo el 1.º de diciembre de 1530 en Carpi, ciudad italiana de la provincia de Módena. Fueron sus padres don Francisco Realino, caballerizo mayor del príncipe don Luis de Gonzaga, más tarde hombre de confianza del cardenal Madruzzo, y doña Isabel Bellentani, mujer ilustre y piadosísima.

En la ceremonia del santo Bautismo, celebrada ocho días después, recibió el niño los nombres de Bernardino Luis.

Las excelentes disposiciones del niño y el sabio gobierno con que las encauzara su madre fueron despertando en el alma de aquél las virtudes que darían carácter a su vida toda. No dejó de costarle trabajo este perfeccionamiento espiritual: su natural vivo e impetuoso trató de salirle al paso y hasta alguna vez le cortó la marcha, mas, apenas estuvo sobre aviso, combatiólo con tan buena maña que llegó a dominarlo por completo.

Descollaba principalmente por la integridad de sus costumbres y la exquisitez de modales con que a todos admiraba. Cuando estudiante, hizo gala de extraordinaria memoria y de inteligencia privilegiada que le mantenían en primer plano dentro de la competencia escolar; pero jamás se prevalió de los talentos en desmedro de sus condiscípulos, y aun, siempre que en su mano estuvo procurarles una ayuda, la realizó con tanto desinterés como generosidad, y tratando de no ofender a nadie en su amor propio.

EN LA UNIVERSIDAD

DECIDIDO a estudiar filosofía, eligió para ello la Universidad de Módena. Pronto el brillo de su talento y aquel notabilísimo tacto y don de gentes característicos en él le conquistaron el nuevo escenario de su actividad. Fueron magníficos comienzos.

Algunos malos compañeros —que nunca faltan aliados al demonio—, seducidos por las prendas personales de Bernardino, cayeron en la pérfida intención de malearlo. Dadas las aficiones del incauto joven, nada más fácil que acogerse a la literatura y a la filosofía para entrar en materia. La víctima se dejó prender en la tenue red de aquel mísero engaño y fue cediendo paulatinamente en sus disposiciones. Ya no gustaba con la misma fruición de los ejercicios piadosos. Aquella intensidad en los estudios decayó igualmente, y el que tiempo antes hallaba escaso el margen de horas para concentrarse sobre los libros, malgastábalo ahora sin tino ni provecho. Fue, por gracia de Dios, una crisis pasajera. Su buena madre lo respaldaba al igual que hiciera Mónica por su hijo Agustín, mientras Bernardino se dejaba arrastrar a la deriva, las oraciones de Isabel preparaban la vuelta definitiva del hijo pródigo.

Muy pronto se percató éste del mal paso en que se encontraba y rompió valientemente con aquellos sus perversos amigos. Y aun, para asegurar mejor sus propósitos de recuperación, dejó la Universidad de Módena y trasladóse a la de Bolonia, Remedio costoso, pero plenamente eficaz.

Acaeció por aquellos días la muerte de doña Isabel, golpe terrible para Bernardino cuyo corazón había sido siempre una hoguera de amor hacia su santa madre. Ni aun la gracia tuvo de recibir su último suspiro.

Ciertos litigios, provocados por algunos deudos con motivo de herencia, obligáronle a trasladarse a Ferrara para tomar sobre sí aquel negocio. En vista de que aquello le robaba un tiempo precioso, acordóse con la parte contraria en nombrar un árbitro. Éste, contra toda razón y derecho, desposeyó a Bernardino. Volvió nuestro joven para pedir explicaciones, pero el incorrecto juez se limitó a recibirlo de mala manera. Arrebatado por aquel desprecio, atacóle Bernardino espada en mano. Esquivó el golpe su contrario, no sin recibir una herida en la frente. Enteróse el duque y, aunque admirador y amigo del agresor, desterrólo de sus estados. Comprendió el joven cuánto dañaba a su reputación y valer personal la irascibilidad de su temperamento, y diose con el mayor ahinco a corregirla, a fin de eliminar hasta los menores asomos de la pasión.

Muy duros eran los golpes con que el Señor probaba las fuerzas de su elegido. Bernardino supo aprovecharlos como avisos del cielo, y entregóse desde entonces a la voluntad divina. Dedicaba diariamente varias horas a la oración y meditación, sin que por ello descuidara en lo más mínimo sus estudios. Hasta halló ocasión para escribir varios importantes libros. Doctoróse, por fin, en ambos derechos, y consiguió de la Universidad un magnífico lauro que aún hoy se conserva en Roma.

EN LOS CARGOS PÚBLICOS

Don Francisco Realino, que estaba entonces al servicio del cardenal Madruzzo, gobernador de Milán, llamó a su lado al flamante doctor. Llegó Bernardino el 8 de octubre.

Al poco tiempo, por haber vacado la gobernación de la ciudad de Felizzano, pusieron sus habitantes los ojos en el recién llegado y, valiéndose de la influencia del príncipe Segismundo, consiguieron el nombramiento de aquél. Bernardino tomó posesión en diciembre de 1556. Duraba un año el ejercicio del cargo, pasado el cual, los de Felizzano pidieron que continuara, pero él negóse rotundamente· apuntaban a más sus aspiraciones y no veía posibilidad de satisfacerlas caso de proseguir allí.

Por aquel entonces, al cesar en su mandato el cardenal Madruzzo, perdió Bernardino el apoyo que hasta entonces tuviera. Acudió por carta al monarca español Felipe II, en cuyo nombre había sustituído el duque de Alba al cardenal. Fue enviado a Alejandría de Piamonte, en calidad de abogado fiscal, allí permaneció durante dos años, al cabo de los

cuales pasó como gobernador a Cassino por dos años más. Con tan admirable acierto desempeñó tales cargos, que su fama llegó a extenderse por toda Italia. Influído por ella el marqués de Pescara, entonces gobernador de Milán designóle para el gobierno de Castel-Leone, la ciudad principal de sus estados. Tenía Bernardino treinta y dos años.

Hallábase la región profundamente dividida por bandos que con pretextos de compensaciones o venganzas sembraban el crimen y la muerte y favorecían el pillaje. El nuevo gobernador pulsó primeramente todos los resortes de la bondad y de la paciencia. Los resultados eran casi nulos. En vista de ello, depuso aquella primera actitud y acudió al rigor de la justicia.

Púsose personalmente a la cabeza de su gente de armas, y salió a imponer la ley doquier la veía conculcada, sin que valieran escondrijos para los infractores. Mantenía el derecho a par del rigor, sin hacer caso alguno de recomendaciones. Fue labor de algunos meses· al cabo de ellos, lo que había llegado a juzgarse mal incurable, desapareció de raíz.

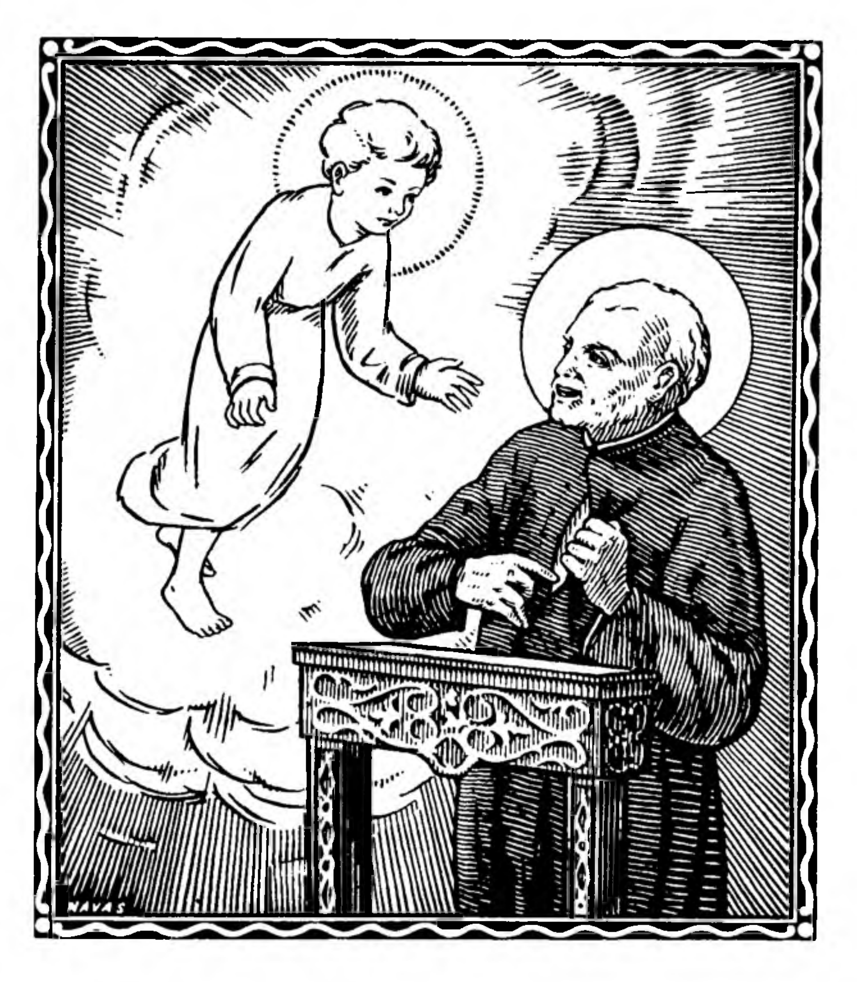
No eran estos méritos exclusivos del hombre prudente y del discreto político: el gobernador pasaba largos ratos en oración, meditaba asiduamente; oía misa y rezaba el rosario cada día, llevaba con fervorosa puntualidad su examen de conciencia y frecuentaba los santos Sacramentos. Así, pues, y como él hizo constar en sus Memorias, había en todo aquel éxito una parte principalísima de lo Alto.

Cuando se hubo cumplido el plazo de dos años, tras el cual solía el gobernador de Milán remover a sus subordinados, los de Castel-Leone acudieron a la marquesa doña Isabel de Gonzaga, que gobernaba en ausencia de su marido, para pedir la vuelta de Bernardino. Accedió ella gustosísima y éste comenzó un nuevo período en enero de 1564.

De vuelta ya el marqués de Pescara, quedó asombrado de la profunda transformación ocurrida durante el mando de su subalterno y resolvió traerlo a su corte en calidad de oidor y lugarteniente general. Previamente mandóle escribir una memoria respecto a cómo debían regirse los gobiernos y envió una copia a cada uno de los jefes de los Estados.

LA VOCACIÓN RELIGIOSA

Bernardino no había sentido hasta entonces ninguna inquietud formal respecto a su manera de vida. Dios Nuestro Señor había venido asentando los pilares para sobre ellos afirmar con sólida estructura la vocación religiosa de su siervo que, por entonces, sólo pensaba en mantener la trayectoria primitiva.



UNA *noche en que Bernardino meditaba absorto en el misterio de la Navidad, aparécele el Divino Niño envuelto en vivísima luz. «¿Dónde quieres ponerme?» — pregúntale al Santo. Aunque embebecido ante tamaña sorpresa, aun atina éste a entreabrir el hábito. «Aquí» — responde, mientras señala el corazón.*

Un día, yendo por una de las calles de la ciudad, topó con dos jóvenes religiosos que marchaban en sentido inverso. Impresionóle sobremanera la modestia que en ellos había observado y quiso conocerlos. Supo que pertenecían a la Compañía de Jesús, y el domingo siguiente acudió a oír misa en la iglesia de los jesuítas. Allí precisamente le esperaba el llamamiento divino. En el momento en que Bernardino entraba, el padre Juan Carminata, discípulo de San Ignacio de Loyola, ponderaba la necesidad de menospreciar los bienes caducos y escuchar los divinos llamamientos.

Nuestro Santo pasó la mañana en su despacho, a vueltas con las verdades de aquel sermón. Por la tarde, presentóse en la residencia de los Padres y preguntó por el predicador. Oyóle el Padre Carminata muy serenamente y, después que hubo estudiado y admirado las excelencias de aquella alma, aconsejóle un retiro espiritual de ocho días. Durante estos ejercicios, Dios Nuestro Señor habíase servido iluminarle la senda por donde iba a conducirle a la santidad. Comprendió Bernardino que su vocación estaba en la vida religiosa y diose a examinar cuál género de ésta se avendría mejor con sus inquietudes. Y tras mucho discurrir y encomendarse a Dios, decidióse por la Compañía de Jesús.

Apenas hubo resuelto aquella duda, asaltóle una terrible desazón: pensaba en su anciano padre, harto maltrecho y quebrantado después de una grave enfermedad que padeciera, y sobrevínole el temor de romper, con su resolución, el último hilo de que humanamente dependía aquella vida. Turbábale, por otra parte, el pensamiento de ofender al marqués de Pescara, de quien poco antes recibiera el honroso cargo de la privanza. En estas congojas andaba, cuando un día, mientras rezaba con extraordinaria devoción el Santo Rosario, aparecíósele la Santísima Virgen y le invitó con muy dulces palabras a desechar aquellas tentaciones y titubeos y a ingresar sin más dilación en la Compañía. Bernardino corrió a su confesor el Padre Carminata. Ignorante de la visión que nuestro Santo había tenido, púsole éste por delante una larga serie de dificultades, mas, ante la férrea decisión de Realino, acabó por ceder.

Cuando don Francisco Realino supo por carta de su hijo la resolución que éste había tomado, bendíjole de todo corazón. Arregló, pues, Bernardino sus asuntos temporales, despidióse del de Pescara, y el 13 de octubre de 1564, ingresó en el Noviciado de Nápoles.

Aquel período de probación transcurrió en medio de extraordinario fervor y de repetidos favores sobrenaturales. Un día también mientras rezaba el santo Rosario, aparecíósele nuevamente la Virgen, para arrancar de su corazón el *fomes peccati:* y tan libre de él quedó el santo novicio que ya nunca volvió a sentir incentivo alguno contra la santa pureza.

Las extraordinarias muestras de virtud que en él habían observado,

determinaron a los superiores a romper en su favor con una costumbre de la Compañía. Porque a mitad del Noviciado —que es regularmente de dos años— ya le dedicaron a los estudios. En el año 1567, el 24 de mayo, fue ordenado sacerdote, y en la fiesta del Corpus Christi celebró su primera misa. Por nueva excepción, debida al General de entonces, San Francisco de Borja, hizo la profesión solemne de cuatro votos el 1.º de mayo de 1570. Durante tres años ejerció el ministerio en Nápoles, intensamente dedicado a la catequesis entre los pobres.

EL APÓSTOL DE LECCE

DIOS Nuestro Señor teníale reservado un escenario de más humilde apariencia a los ojos del mundo. la ciudad de Lecce. En ella había de gastarse íntegra la energía del Santo.

Esperábale una ingente labor, pero el Cielo había de ayudarle en ella y premiar su esfuerzo con abundantísimo fruto. Asistíale, además, con gracias sobrenaturales, que se hicieron notar en repetidos milagros. Pronto cambió el aspecto religioso de la ciudad.

El Padre Bernardino cuidaba, con muy especial amor, de los pobres y más abandonados. La cátedra sagrada ocupaba muchas de sus horas, es-especialmente en los domingos y fiestas, en que la catedral se llenaba de bote en bote por el ansia general de escuchar sus sermones.

De igual manera, el fervor popular y su misma fama como director de conciencias, obligábanle a permanecer largos ratos en el confesionario. Ya antes de que se abriera la iglesia, estaba el Padre Bernardino en oración, mientras aguardaba el desfile de los penitentes, desfile que ciertos días duraba hasta ocho o diez horas ininterrumpidas, para, después de ellas, volver a empezarse y continuar hasta muy tarde. Veces hubo en que, rendido nuestro Santo por el esfuerzo, llegó a caer desmayado, no obstante lo cual, apenas repuesto y a pesar de los ruegos que se le hacían, volvía otra vez a su tarea. Y cuando el estado de postración le impedía reintegrarse al confesonario, quedábase en la enfermería y allí, recostado en un sillón, o acostado en la cama, seguía recibiendo a los penitentes.

En varias oportunidades habían querido los superiores sacarlo de Lecce para llevarlo a más vastos escenarios, en todas ellas pareció oponerse el Cielo a semejante propósito, pues lo mismo era disponerse el Padre Bernardino para el viaje que caer con altísima fiebre. En una de aquellas ocasiones, ya prevenido, ordenó el General que en caso de enfermar el buen Padre, saliera hacia Roma tan pronto como curase. Ocho meses se sucedieron en la espera. Los médicos habían agotado sus reme-

dios sin procurarle alivio alguno y confesaron ser aquel un mal extraordinario. Uno de ellos, quizá el más avisado, llegó a decir que sólo una contraorden del Padre General podía resolver aquel caso. Efectivamente; todo fue venir la revocación del mandato y desaparecer la pertinaz calentura.

SANTIDAD Y MILAGROS

EL milagro más grande que a un hombre pueda pedirse es el de la propia santificación, y en este aspecto constituye la vida de San Bernardino un prodigio constante. Aquellas virtudes incipientes que admirábamos en su infancia habían venido evolucionando hasta completar el ciclo de su progreso en la madurez de la vida. Sus contemporáneos atestiguaron unánimemente que jamás habían podido sorprender en él palabra alguna que rozara los límites del pecado venial.

Dormía, de ordinario, no más allá de cuatro horas y lo hacía en el duro suelo o sobre un basto tablón que le robaba hasta la más ínfima comodidad. Cubría su cintura ancho y muy áspero cilicio y se azotaba con unas recias disciplinas. A par de estas penitencias iba su ayuno. En la cuaresma tomaba sólo pan y algunas raíces o hierbas simplemente cocidas en agua. En lo restante del año añadía un poquito de queso. El brevísimo descanso que se permitía, dejábale un no estrecho margen de tiempo, que el Santo dedicaba a la oración, ya ante el Santísimo Sacramento, ya en su propia habitación. Era extremoso en guardar la modestia durante los rezos, pero muchas veces quiso Dios ensalzar los méritos de su siervo. Viósele entonces despedir del encendido rostro brillantes destellos que duraban largo rato. Otras veces, cuando más recogido se hallaba en su unión con Dios, alzábase varios palmos sobre el suelo.

La gente de Lecce, conocedora de su gran valimiento para con Dios, acudía a mil industrias para apoderarse de algún objeto o prenda que hubiera servido al Santo valiéndose de los niños, cambiábanle la caña de que en su ancianidad se servía a guisa de báculo, cortábanle trozos del hábito mientras confesaba, y hasta le quitaron varias veces el rosario.

Una noche de Navidad, hallábase sumido en profunda meditación, cuando se iluminó repentinamente la estancia. Rodeado de luz vivísima, el Niño Jesús miraba sonriente a su amado siervo. «¿Dónde quieres ponerme?» —preguntó al estupefacto religioso. Sin dejar de contemplarlo con emocionado embeleso, colocó el Padre sus manos sobre el corazón. «Aquí», —le respondió. Y en un arrebato de ternura, arrojósele el Niño al cuello para abrazarle y besarle.

En otra ocasión sacáronle del confesonario transido de frío. Lleváronle a la enfermería y, no bien hubo salido el Hermano que lo cuidaba,

llenóse de luz la estancia y apareciósele la Santísima Virgen con el Niño en los brazos. «¿Por qué tiemblas?», —preguntó la Divina Madre. «Tengo frío Señora», —respondió él. María puso entonces a su Santísimo Hijo en brazos del bienaventurado. Cuando un rato después volvía el enfermero, oyó la voz ansiosa del Padre que decía· «¡Oh!, no, Señora, todavía no, dejádmelo siquiera un instante más.»

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE

Tenía ochenta años nuestro Santo. Aquel día 3 de marzo había pasado toda la mañana en el confesonario y acababa de subir a su aposento. Al querer bajar la escalera, pisó en falso y se vino al suelo con gran violencia. Acudieron los Padres y halláronle sin sentido y con dos profundas heridas por las que salía abundantísima la sangre.

Después de aquel accidente, aún vivió el Siervo de Dios seis años.

El 29 de junio de 1616, sobrevínole una debilidad extraordinaria. Al día siguiente perdió el habla; los médicos juzgáronle gravísimo. El Padre Rector administróle los últimos Sacramentos, y el Santo los recibió con devoción tal, que arrancaba lágrimas a los presentes.

El 2 de julio, sábado, fiesta de la Visitación, dijéronle que quizá en aquel día esperaba la Santísima Virgen recibirle en el cielo. «¡Oh, Santísima Señora mía», exclamó. Fueron sus últimas palabras. Poco después del mediodía, mientras tenía la mirada en el crucifijo, entregó al Señor su bendita alma. El Consejo de la ciudad tomó los funerales a su cargo.

San Bernardino Realino fue beatificado por León XIII el 27 de septiembre de 1895. Su Santidad Pío XII canonizóle en junio de 1947

SANTORAL

Santos **Bernardino Realino, jesuita;** *León II, papa y confesor; Anatolio, obispo de Laodicea; Heliodoro, obispo de Altino;* Beltrán, obispo de París; Félix, presbítero e Ireneo, diácono, mártires en Toscana; Eulogio, mártir de los arrianos en Constantinopla; Jacinto, chambelán del emperador Trajano, mártir; Trifón, Marcos, Muciano, Pablo y compañeros, mártires en Alejandría; Focas, hortelano y mártir en Sínope (Turquía); Dato, obispo de Ravena, y Agrícola de Nevers; Agapio, venerado en Córdoba; Raimundo de Tolosa, confesor; Gutacón, príncipe irlandés, ermitaño y confesor. Beatos Roberto Estuardo, príncipe escocés, franciscano; Juan Grande, de la Orden de San Juan de Dios, y Miguel, solitario en Cazorla. Santa Mustiola, mártir en Toscana. Beata doña María, llamada la Pobre Franciscana, en Toledo.



Sabio prelado y vigilante pastor — Medalla del emperador Otón

DÍA 4 DE JULIO

SAN ULRICO

OBISPO DE AUGSBURGO (890-973)

SAN Ulrico es el primer Santo solemnemente canonizado por la Iglesia. Este acto, de singular importancia histórica como bien puede entenderse, fue el más notable del pontificado del papa Juan XV, que ocupó la silla de San Pedro desde el año 985 hasta el 996.

Ulrico de Dillingen, llamado también Udalrico, nació en el año 890 en Augsburgo. Hijo del conde Ubaldo, estaba unido por su madre Ditperga, hija del duque Burchard, a la casa de Suabia, la más ilustre de Alemania en aquella época, tal unión se trocó en parentesco por el matrimonio de su hermana Huitgarda, cuyo marido reinó también en dicho Ducado. Vino Ulrico al mundo con una complexión tan delicada que sus padres temían verle morir de un momento a otro, así las cosas, y ante el peligro de perder el hijo único que Dios les había dado, elevaron al cielo fervorosas oraciones para pedir la salud y la vida de aquel ser que tan querido les era. Sus súplicas fueron favorablemente acogidas y no sólo el niño recobró las fuerzas físicas sino que dio prueba de muy enérgico y poderoso carácter. El cielo preparaba así, con una especial bendición, al que había de ser muy pronto dechado de espiritual fortaleza y rigurosa austeridad.

ULRICO EN EL MONASTERIO DE SAN GALO

Hacía ya tres siglos que San Galo, discípulo de San Columbano, había fundado cerca del lago de Zug el célebre monasterio que llevaba su nombre. En el siglo x, la abadía, regida según la regla de San Benito, había llegado a su máximo esplendor, hasta el punto de que muchos príncipes y nobles del imperio enviaban a ella a sus hijos para que fueran instruídos en todas las ciencias conocidas entonces. En esta escuela dióse Ulrico a la virtud, al mismo tiempo que se entregaba al estudio de las letras divinas y humanas con fervoroso entusiasmo.

Pronto llamó la atención el joven estudiante, a su penetración de espíritu unía las virtudes del verdadero religioso, y fue el modelo de sus condiscípulos por la asiduidad en el estudio. A las pasiones que en esta edad suelen dominar a la juventud oponía él las armas poderosas de la oración y de la austeridad, fortalecido con ellas, progresaba de continuo por los ásperos caminos de la virtud. Su inalterable afabilidad y mansedumbre le ganaban los corazones de cuantos le trataban, jamás salió de su boca una palabra ofensiva para nadie. Fuera de esto, tenía un dominio tal sobre los movimientos y afectos del corazón, que vivía en este mundo como si realmente no estuviese sometido a sus influencias.

Los monjes de San Galo, admirados de tan hermosas disposiciones, instaron al joven para que vistiese el hábito benedictino. Ulrico consultó largamente cuál fuese la voluntad de Dios sobre su vocación, y al fin fue atendido. En efecto, Santa Guiborada, que vivía retirada cerca de San Galo, le predijo el episcopado, anunciándole que Dios le destinaba para grandes luchas. Su humildad le hizo vacilar un instante, pero las instancias y ruegos de la santa le determinaron a volver a su patria, «porque —le decía— allí te llama Dios para socorrer a muchísimas almas afligidas».

A partir de aquel momento el estudiante se sintió inflamado de encendidísimo deseo de conquistar almas para Jesucristo, y convencido de que el Señor le llamaba hacia el nuevo estado de su vida, entregóse de lleno a cumplir las obligaciones que le imponía esta resolución con el fin de prepararse convenientemente para el sacerdocio.

Aunque no hizo profesión como benedictino, guardó durante toda la vida, no sólo el espíritu de la Orden, sino también el hábito y hasta la observancia regular en cuanto ello le fue posible.

De esta manera, imprimió a su conducta un carácter de austeridad y fervor, gracias al cual se le hizo más fácil y asequible el camino que había de llevarlo a las grandes conquistas de la santidad.

PEREGRINACIÓN A ROMA. — EL EPISCOPADO

Por aquellos días ejercía el episcopado en Augsburgo, Adalberón, preceptor de Ulrico desde el año 906. El joven clérigo fue nombrado familiar del obispo y, luego, canónigo de la catedral. Deseoso de visitar el sepulcro de los Apóstoles, comunicóselo al prelado, el cual le aprobó y le dio, además, cartas para el Sumo Pontífice.

Ulrico tomo el camino de Roma vestido de peregrino, y edificó con sus virtudes a cuantos hubieron de tratarle durante el viaje. Una vez satisfecha aquella devoción, visitó al Papa a fin de cumplir ante él el encargo de su obispo. Recibióle Sergio III con bondad, y le anunció, al mismo tiempo, la muerte de Adalberón, suceso que el Padre Santo había conocido por inspiración de Dios. Aún más, le insinuó la idea de consagrarle obispo y designarle como sucesor del prelado difunto, el cual, en una de las cartas de que Ulrico era portador, hacía grandes elogios de su familiar y canónigo. El peregrino, sinceramente asustado, alegó su gran juventud y su inexperiencia —tenía entonces diecinueve años— y suplicó al Papa que no le impusiese una carga tan por encima de sus fuerzas. Sergio III no le instó más, pero le aseguró, de parte de Dios, que su negativa no le libraría del episcopado más adelante. Predíjole que grandes calamidades afligirían a su futura diócesis.

Ambas profecías se realizaron en efecto catorce años más tarde cuando al morir el obispo Hiltino, sucesor de Adalberón, todos los sufragios de clero y pueblo, recayeron sobre Ulrico. A pesar de su resistencia fue llevado en triunfo a la Catedral y, con gran solemnidad, consagrado obispo el 28 de diciembre del año 923. Realmente era la voluntad del Señor.

EPISCOPADO DE ULRICO

Como le había predicho Sergio III, el nuevo obispo encontró la capital de la diócesis presa de las mayores calamidades. Las terribles invasiones de los húngaros, aún paganos, habían devastado iglesias y conventos, el rebaño estaba disperso, sin guía y sin pastor, y, lo que era peor aún, muchos cristianos llevaban vida poco edificante. A la vista de tan triste espectáculo, Ulrico se sintió penetrado de vivo dolor y suplicó al Señor tuviese piedad de su pueblo.

Los cristianos fieles que le habían reconocido por su obispo ayudáronle a reconstruir la ciudad que se hallaba medio en ruinas. El prelado procuró al mismo tiempo elevar la decaída moral de sus diocesanos por

medio de continuas y celosas instrucciones, corrigió los abusos que se habían introducido entre los clerigos, y reprimió los vicios con gran energía. Ningún obstáculo podía detenerle en sus viajes apostólicos, pues dedicado por completo al cuidado de su rebaño, iba de pueblo en pueblo socorriendo a los pobres y consolando a los afligidos.

Varios aldeanos le visitaron un día para suplicarle que fuese a bendecir una capillita que ellos mismos habían construído en lo alto de unas rocas, el camino era de muy difícil subida y varios obispos habían ya rehusado ir a tal lugar por considerarlo inaccesible. Ulrico no vaciló en complacer a los campesinos, y siguiólos a través de las rocas, feliz y dichoso en sufrir esas incomodidades por Jesucristo, su divino modelo.

Gracias a esta solicitud, cada día mayor en el santo obispo, la Iglesia de Augsburgo volvió a resurgir floreciente, parecía que todos habían olvidado las desgracias pasadas, a las que sucedieron días de paz; pero aquella calma era sólo aparente no tardaron en presentárseles nuevas y graves amenazas.

DOBLE RESCATE DE AUGSBURGO. — DERROTA DE LOS HÚNGAROS

La guerra había estallado entre el emperador Otón I, llamado el Grande y su hijo Luitolfo, que pretendía destronarle. Ulrico se declaró lógicamente contra el desnaturalizado hijo. Éste, en venganza, envió contra Augsburgo a uno de sus mejores generales llamado Arnoldo, que tomó por sorpresa la ciudad y la entregó al pillaje, pero, al pretender apoderarse del obispo, fue duramente castigado. En efecto, mientras estrechaba el sitio de la ciudadela donde Ulrico se había refugiado, un reducido ejército de campesinos que corrió a socorrer al prelado, derrotó a las huestes de Arnoldo, no obstante la superioridad de éstas. Tal suceso, tenido por milagroso, fue atribuído a las oraciones de Ulrico, el cual, apenas se vió libre, apresuróse a mediar entre el emperador y su rebelde hijo hasta conseguir reconciliarlos hacia fines del año 954.

Al año siguiente, en una nueva invasión, los húngaros pasaron a sangre y fuego los países de la Nórica desde el Danubio hasta la Selva Negra. Llegados poco después a las puertas de Augsburgo, pusiéronle cerco, saquearon los alrededores e incendiaron la iglesia de Santa Afra, pero como en otro tiempo el ejército de Átila fue contenido en su marcha triunfal sobre Roma, así también los nuevos bárbaros encontraron en Ulrico a un nuevo León, que se opuso a su avance y a sus devastaciones. El obispo tuvo conocimiento de la invasión, por una aparición de Santa Afra, pa-



SAN *Ulrico, revestido de pontifical, acude a las murallas para animar a los habitantes de la ciudad que resisten al invasor, en defensa de su fe e independencia. Bajo una verdadera nube de piedras y de flechas, el Defensor de la ciudad infunde a todos el valor que da la victoria.*

trona de la ciudad. En ella le anunció al mismo tiempo el triunfo contra el invasor. Al acercarse las hordas paganas, revistióse Ulrico con los ornamentos sagrados y determinó a los habitantes a defenderse, recordándoles que combatían por su fe y su independencia. Bajo la lluvia de piedras y flechas lanzadas por los bárbaros, el obispo recorría las murallas inflamando los ánimos y sosteniendo el ardor de los sitiados. Después, rodeado de sus clérigos, dirigía a Dios y a la Santísima Virgen públicas oraciones para pedir la salvación de la ciudad. Gracias al proceder del obispo, Augsburgo contuvo el choque de los bárbaros el tiempo suficiente como para dar tiempo a la llegada del emperador Otón al frente de su ejército. Al acercarse éste, los húngaros, que habían sufrido ya durante el sitio sensibles pérdidas, se desalentaron, y fueron completamente derrotados. Era el 10 de agosto de 955. En su precipitada huída dejaron abandonados gran número de muertos sobre el campo de batalla.

Reconocido Otón, agradeció a Ulrico la ayuda generosa y valiente que le había prestado en tan críticas circunstancias, y ofrecióle los medios necesarios para reparar los daños causados en la ciudad por los sitiadores. Tal suceso que el pueblo atribuía a la virtud de su pastor, redobló el cariño y veneración de todos. Ulrico, por su parte, no descuidó medio alguno para reparar los desastres anteriores. Se le apareció de nuevo Santa Afra para revelarle el lugar de su sepultura, y el piadoso obispo se apresuró a reconstruir en dicho lugar la iglesia dedicada a la santa mártir.

Recogió en su palacio episcopal a todos los sacerdotes a quienes la invasión de los bárbaros había privado de medios de vida, multiplicó las limosnas en favor de los desgraciados, a quienes distribuyó todos sus haberes, de suerte que su nombre vino a considerarse como sinónimo de caridad y como expresión de grandeza de alma y de religiosa sencillez.

PEREGRINACIÓN A ROMA

Cuando la ciudad de Augsburgo estuvo libre de todo peligro, el santo pastor ordenó en toda la diócesis solemnes oraciones en acción de gracias, y no contento con esta pública manifestación de su reconocimiento hacia la bondad divina, resolvió hacer por segunda vez el viaje a Roma para agradecer a los santos apóstoles Pedro y Pablo, su insigne y visible protección sobre la capital del episcopado, ya que en su poder y guarda había confiado cuando los húngaros la amenazaban.

Cumplió Ulrico esta peregrinación con gran piedad y sincera humildad. Acogido a su paso por las ciudades como libertador, refería a Dios cuanta gloria le tributaban, y exhortaba a los fieles a confiar en Aquel

que puede dar el triunfo sobre los malvados. «Demos gracias al Señor —decía—, pues nos ha otorgado la victoria sobre nuestros enemigos temporales, pero no olvidemos que, si nos ha dispensado tal favor, es para que vigilemos con más diligencia y atención las puertas de nuestra alma, a fin de evitar los asaltos del demonio, nuestro más formidable rival».

Llegado a Roma, fue recibido solemnemente por el papa Juan XII. El duque Alberico de Camerino, gran cónsul de Roma, para demostrarle su adhesión fervorosa le hizo donación de la cabeza de San Abundio, insigne reliquia que el prelado aceptó con gran alegría para enriquecer el tesoro espiritual de su diócesis.

En 927, a pesar de su ancianidad y de sus achaques. Ulrico peregrinó de nuevo a Roma, pues quería, antes de morir, visitar por última vez el sepulcro de los Apóstoles, hacia quienes sentía gran veneración.

PODER DE LA ORACIÓN Y DE LA FE

En uno de estos viajes, Ulrico se vio detenido por el Taro, que, al desbordarse, había inundado las tierras de ambas márgenes. Cuantos le acompañaban buscaron en vano un medio para atravesarlo. Comprendió el santo obispo que era necesario recurrir a Dios, y ordenó que levantasen un altar a la orilla del río, celebró en él la santa misa y, por la sola eficacia de su oración, el agua retrocedió a su cauce, con lo cual pudieron los viajeros continuar su camino sin peligro alguno.

Otra vez, atravesando el Danubio, al chocar el barco que le conducía contra una roca, abrióse en él profunda brecha. Todos los pasajeros se apresuraron a ganar tierra. Ulrico se quedó el último a fin de favorecer el salvamento de los demás, y Dios le recompensó este acto de caridad, haciendo que llegara sano y salvo a la orilla. En el mismo momento de poner pie en tierra, el barco, hasta entonces sostenido como por una fuerza invisible, se hundió en las aguas del río.

En otra ocasión, dirigiéndose a Ingelheim para asistir a un concilio provincial, encontró en el camino a un mendigo gravemente herido. Lleno de compasión, el santo obispo le ofreció generosa limosna diciendo «En nombre de Nuestro Señor, toma esto y vete en paz». Poco después, Roberto —que así se llamaba el mendigo— se sintió completamente curado.

El santo pastor había fundado en uno de los arrabales de la ciudad un convento de religiosas. Una de ellas, a quien sus hermanas querían confiar el encargo de administradora, a causa de su práctica en los negocios, asustada del tráfago que acompaña de ordinario a dicho cargo, rehusó aceptar. El obispo le mandó que se sometiera por caridad a sus herma-

nas, mas, a pesar de ello, aún se resistió. Sin embargo, aconteció que una noche, mientras dormía, recibió aviso sobrenatural de que en castigo de su desobediencia quedaría paralítica. Efectivamente, al despertar se sintió sin movimiento en ambas piernas. En tal estado, la condujeron a presencia del obispo, a quien pidió perdón de la falta cometida, y, recibido que hubo su bendición, se levantó completamente curada; con lo que dio muchas gracias a su bienhechor.

Cierto día corrió el rumor de que el obispo de Constanza había muerto, todos esperaban las órdenes de Ulrico para saber las honras fúnebres que se habían de celebrar por el eterno descanso del alma de su colega en el episcopado. «Permaneced tranquilos —les respondió el hombre de Dios—, que mañana sabremos lo que hay de cierto respecto a esa noticia», al día siguiente, en efecto, un mensajero llegado de Constanza anunciaba que el obispo de aquella diócesis gozaba de perfecta salud.

Refieren los biógrafos de Ulrico que los Santos Fortunato y Adalberón, sus predecesores, se le aparecieron durante la celebración del santo sacrificio de la misa, y, le asistieron de una manera especialísima en la bendición de los santos óleos que se hace el Jueves Santo. Un gran número de dolientes recobraron la salud al ser ungidos con dichos óleos. el mismo Ulrico, gravemente enfermo, recobró la salud de esta manera.

A la vuelta de su tercera peregrinación a Roma, fue llamado a Ravena, donde el emperador quería consultarle algunas cuestiones importantes. Apenas Otón supo que se acercaba el Santo, salió a su encuentro y lo recibió con grandes honores, pues lo tenía en particular estimación.

La emperatriz Santa Adelaida, que se hallaba también en Ravena, sintió grande alegría al poder conversar con el siervo de Dios de las cosas referentes al servicio divino y a la salvación de las almas. Santa Adelaida, modelo de princesas por la eminencia de sus virtudes, aprovechó los avisos y ejemplos que con muy fraternal afecto le prodigó el celoso obispo.

FALTA Y REPARACIÓN

QUISO Ulrico, antes de morir, proveer de sucesor a su Iglesia, y pensó para ello en su sobrino Adalberón, a quien estimaba grandemente por sus eminentes cualidades. Juzgando que no podía ser más favorable la ocasión de obtener para él el obispado, habló sobre el particular al emperador, quien accedió a su demanda. Semejante proceder era contrario a los sagrados cánones, los cuales castigaban con la pena de entredicho a los obispos que nombraran en vida a sus sucesores.

En un Concilio reunido en Ingelheim, los obispos censuraron unánimes la conducta de su colega y prohibieron a Adalberón el ejercicio de

las funciones episcopales. Ulrico se sometió humildemente a todas las exigencias del Concilio, pidió perdón de su falta y solicitó permiso para tomar la cogulla benedictina. Los obispos juzgaron que debía continuar ejerciendo sus deberes episcopales, a lo que se sometió sin réplica; pero él se impuso severas penitencias a fin de expiar lo que llamaba su crimen. La espontaneidad y fervor de su gesto causaron gran admiración.

MUERTE DEL SANTO

Los últimos años de la vida de San Ulrico fueron una larga cadena de penitencias, que aumentaban en número y en rigor a medida que sentía acercarse la muerte. A pesar de sus fatigas continuó visitando su diócesis y predicando al pueblo la palabra de Dios. El tiempo que le quedaba e incluso muchas veces el de la comida y descanso, lo consagraba a la oración, a las santas lecturas y a la meditación. Supo por revelación divina, que muy pronto iría a unirse definitivamente con Aquél que llenaba su alma, y este pensamiento le colmó de alegría. Distribuyó entre los pobres los poquísimos bienes que aun le quedaban y, momentos antes de expirar, con el fin de imitar a Jesucristo hasta el último suspiro, se extendió sobre un lecho de ceniza preparado en forma de cruz. Ocurrió su santa muerte el día 4 de julio del año 973.

Enterrado en Augsburgo en la iglesia de Santa Afra, obró desde su sepultura numerosos milagros. Fue canonizado solemnemente por Juan XV el primero de febrero de 993. El texto de la Bula se ha conservado hasta nuestros días, y hacen mención de ella muchos historiadores. Este precioso documento lleva, además de la firma del «obispo de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana», la de cinco obispos, diez cardenales, un arcediano y tres diáconos, y constituye una joya bibliográfica.

SANTORAL

Santos **Ulrico o Udalrico, obispo de Augsburgo;** *Laureano, arzobispo de Sevilla, mártir; Odón, arzobispo de Cantórbery; Sisoés de Egipto, solitario;* Elías, patriarca de Jerusalén, Flaviano II, patriarca de Antioquía, Ageo y Oseas, profetas; Jocundiano, Nanfanión y compañeros, mártires en África; Teodoro, obispo de Cirene de Libia; Florencio, obispo de Cahors (Francia); Procopio, abad, en Praga. Beatos **Valentín de Berrio Ochoa, obispo y mártir** (véase su biografía el 1.° de noviembre); Barduccio y Juan Vespignano, confesores; Bernoldo, Bruno y Hatton, benedictinos. Santas Moduvena, virgen irlandesa; Berta, viuda y abadesa.



Hoguera de amor divino — Virginal imitador de Cristo crucificado

DÍA 5 DE JULIO

SAN MIGUEL DE LOS SANTOS

TRINITARIO DESCALZO (1591-1625)

San Miguel de los Santos —llamado en el Bautismo Miguel Jerónimo José— nació el 29 de septiembre de 1591 en la muy noble y leal ciudad de Vich.

Sus padres, Enrique Argemir y Margarita Monserrada, tan ilustres en prosapia como ricos en méritos de virtud, residían en la villa de Centellas, donde Enrique ejercía el oficio de escribano. Ocho hijos les había concedido el Cielo, los cinco que sobrevivieron fueron objeto de esmeradísima educación. Rezaban diariamente el Santo Rosario y, con frecuencia también, el Santo Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Cuatro años tenía nuestro Santo cuando perdió a su virtuosa madre, y ya entonces asistía con su padre y sus hermanos a las Completas que, en honor de Nuestra Señora, se cantaban los sábados en la iglesia llamada la Rotonda.

María premió desde el Cielo la piedad y confianza de sus fieles devotos otorgando a uno de ellos, al pequeño Miguel, gracias extraordinarias que lo llevarían a la santidad.

Cinco años tenía cuando el relato de los padecimientos del divino Salvador le hacía derramar abundantísimas lágrimas, determinó entonces odiar con toda su alma el pecado y darse a rigurosa penitencia. Había

oído contar cómo muchos santos llevaron vida penitente en los desiertos y, decidido a imitarlos con otros dos amiguitos de su misma edad, salió hacia el Montseny, elevada montaña que dista unas tres leguas de Vich. A poco de ponerse en camino, volvióse uno de ellos por miedo de sus padres. Miguel y su compañero siguieron adelante hasta dar en una cueva que pronto abandonaron por hallarla plagada de sabandijas. A poco andar encontraron no uno sino dos refugios adecuados a su propósito y en ellos se instalaron. Mas como el niño que se había vuelto refiriese en el pueblo todo lo ocurrido, los padres de ambos solitarios salieron a buscarlos.

Don Enrique halló a Miguel aún dentro de la cueva, hincado de rodillas y llorando amargamente.

—¿Por qué lloras, hijo mío? —le preguntó.

—Lloro —respondió Miguel— por lo mucho que los hombres han hecho padecer a Nuestro Señor Jesucristo.

No esperaba el padre tal respuesta y se quedó suspenso unos instantes.

—Pero, dime, ¿cómo piensas que vas a poder vivir en un lugar tan abandonado y peligroso en el que no encontrarás ni qué comer?

—Mire, padre —repuso ingenuamente Miguel—; Dios que se cuidó tan bien de los demás santos, ya se cuidará de mí.

Quedaron los padres muy edificados de la piedad y animosa determinación de sus hijos, pero con todo, juzgaron prudente llevárselos a casa.

De allí en adelante fue Miguel tan modesto y recatado, que todos le llamaban *flor de los Santos*. Conservó el espíritu de piedad y penitencia que le había llevado al Montseny, huía del trato y conversaciones inútiles con los demás niños, y se retiraba a los rincones de casa a llorar la Pasión del Salvador. Su piadoso padre que le mandaba de cuando en cuando salir a recrearse un poco con sus hermanos, le envió cierto día a una viña no muy distante de la ciudad. Al ver en el camino un matorral de abrojos y espinas, el niño se desnudó y fue a revolcarse en él, para imitar, decía, al Patriarca de Asís. Muy grato debió ser al Señor aquel gesto, pues impidió que las espinas lastimaran ese inocente cuerpo.

Desde los siete años ayunaba ya toda la Cuaresma, y en lo demás del año, tres veces cada semana. Al igual que San Luis Gonzaga, disciplinábase con frecuencia; llevaba, además, en la espalda, una cruz llena de puntitas aceradas y hacía muchas otras penitencias que le sugería su amor a Jesús Crucificado. Era muy asiduo para visitar las iglesias, en ellas permanecía largas horas en oración, y en su casa levantó un altarcito ante el cual se reunía con sus amigos para rezar.

Cumplía Miguel los doce años cuando murió su cristiano padre. Poco después, transportado de alegría, comunicaba a su hermana cómo aquél

se había salvado y gozaba en el purgatorio de los sufragios que entonces, dos de noviembre, celebraba la Santa Iglesia por los difuntos.

Llegado Miguel a la edad de elegir carrera, preguntóle su tutor hacia cuál se sentía inclinado —«Seré Religioso» —contestó; pero aunque llamó a muchas puertas, en ningún convento quisieron recibirle por juzgarle demasiado joven. Tomóle entonces a su servicio uno de los tutores, para que ayudase en la tienda, y poco después le puso de dependiente en casa de un vinatero; esperaba que así se desvanecerían aquellos deseos de vida religiosa que él no quería aprobar bajo ningún concepto.

EN EL CONVENTO DE LOS TRINITARIOS

No sucedió lo que se imaginaba el tutor. Miguel siguió siendo tan mortificado y virtuoso como en su casa. Si bajaba a la bodega a despachar el vino, se quedaba luego a orar en un rincón, lo que le valió mil reprensiones. Dormía en el suelo, rezaba dos veces cada día los salmos penitenciales en sufragio de sus difuntos padres, y muy a menudo guardaba casi toda su comida para darla a los pobres. Lleváronle a una granja llamada Mas Mitjá, poco distante de la ciudad, para que descansase. Lo primero que hizo al llegar fue pedir haces de leña y dos piedras que le sirvieron de cama. Todo su solaz consistió en disciplinarse duramente, hacer en todas partes cruces que besaba repetidas veces, y andar por allí cantando los nombres de Jesús, María y José.

Consta, en el folio 52 del Proceso vicense, que al volver de la granja, mientras Miguel estaba orando en una capillita de Nuestra Señora colocada detrás de las puertas de Gurb y Manlleu, se le apareció su padre y le alentó a que se hiciese religioso. Decidido a ello, presentóse nuevamente a las puertas de todos los conventos de Vich, pero aún no lo admitieron. Viendo que los hombres le cerraban los caminos por donde Dios le llamaba, resolvió presentarse en algún monasterio de Barcelona.

Partióse, pues, ocultamente, a pie, sin guía ni recomendación ninguna y casi sin dinero. Al día siguiente llegó a Barcelona rendido de cansancio. La Divina Providencia guió los pasos del fugitivo hasta topar con la mujer de un honrado obrero, la cual, compadecida de verle en tal estado, le llevó a su casa para que descansase. Maravillóse la buena señora del aire de nobleza, de la amabilidad y candor del joven, y lo trató con cariño y bondad maternales. También el marido se mostró muy benóvolo con él y le ofreció hospitalidad. Al amanecer del siguiente día, preguntó Miguel si había en los alrededores alguna iglesia donde pudiese oír misa. Señaláronle la de los padres Trinitarios. Allí fue, sin sospechar siquiera

que el Señor le llevaba como por la mano al término del viaje, porque en aquel convento iba Miguel a ver cumplidos sus anhelos de vida religiosa. El Señor premió allí su fidelidad a la gracia con nuevos y maravillosos favores. Aquel día oyó Miguel todas las misas que se dijeron en la iglesia de los Padres, y en días sucesivos se ofreció con fervorosa insistencia para ayudar algunas.

Los religiosos se admiraron grandemente al ver la piedad, recato y modestia del angelical mancebo, por eso, cuando pasado algún tiempo vino a suplicarles que le admitiesen como novicio, recibiéronlo de muy buena gana. En agosto de 1603, siendo tan sólo de edad de trece años, vistió el hábito de la Orden de los Trinitarios, fundada en el siglo XIII por San Juan de Mata y San Félix de Valois en honra de la Virgen María.

En el noviciado fue Miguel dechado perfectísimo para sus hermanos. Señalóse en la obediencia cumpliendo con escrupuloso cuidado todos los empleos, aun los manuales, por los que sentía natural repugnancia.

Fue extraordinariamente devoto de Jesús Sacramentado y de la Virgen María. Pasaba todos los ratos libres al pie de los altares derramando su corazón en el de su amadísimo Señor, y tanto llegó a dilatarse su amor al divino Prisionero del Tabernáculo, que hablaba con Él como si lo viese cara a cara. Pidió y logró de sus superiores que le destinaran al servicio de la sacristía y a ayudar a misa, cargos que desempeñaba con tanta devoción y tan grande edificación de los fieles, que muchos mudaron de vida sólo con ver la compostura y dulce modestia del buen religioso.

Estaba a la sazón en el convento de Barcelona el ilustre padre Jerónimo Dezza como lector de filosofía de los jóvenes profesos. Luego que conoció a Miguel, quedó prendado de su preclaro talento, pues el santo joven no tenía menos ingenio que devoción y virtud. Logró llevárselo al convento de Zaragoza donde lo dedicó al estudio de las letras humanas. Mas habiendo oído hablar al padre Manuel de la Cruz, Trinitario Descalzo, del fervor de vida y perfecta observancia que reinaban en la Reforma verificada por el Beato Juan Bautista de la Concepción, pidió a los superiores y obtuvo de ellos licencia para pasarse a dicha religión.

Partió, pues, de Zaragoza, y fue al Convento de Descalzos de Pamplona, donde recibió el hábito a principios del mes de enero del año 1608. También allí mudó el apellido del siglo; llamáronle primero Miguel de San José, pero al poco tiempo escogió él mismo el de Miguel de los Santos. Desde Pamplona, pasó al noviciado de Madrid. Terminado el año, profesó en Alcalá, de donde fue enviado a Solana y luego a Sevilla. Estudió Filosofía en Baeza y Teología en Salamanca, sin que por ello se entibiasen su fervor y devoción. Terminados los estudios, hiciéronle conventual de Baeza, a donde volvió en 1616 ya ordenado sacerdote.



UNA *noche que estaba San Miguel de los Santos pidiendo al Señor que le trocase el corazón por otro más inflamado en el amor divino, apareciósele Jesús, y arrancando del propio pecho su adorable Corazón, cambiólo por el del Santo, el cual se sintió desde entonces, presa de un ardentísimo amor*

TAREAS APOSTÓLICAS. — ÉXTASIS

Seis años permaneció fray Miguel en Baeza ejerciendo primero el oficio de Vicario y después los cargos de confesor y predicador. Con sus oraciones y vida penitente atrajo sobre sus tareas copiosísimas bendiciones del Cielo. Llegó a ser tal la afluencia de fieles que acudían a los sermones de fray Miguel y tan copiosos los frutos, que no bastaban los Padres todos del convento para oír las confesiones. El joven apóstol solía decir que todos los trabajos y padecimientos en nada podían disminuir el inmenso placer que le causaba la conversión de un alma a Dios.

Eran sus sermones sencillos, apostólicos, y limpios de todo adorno y aparato literario, pero había en ellos tanto celo y piedad, que arrancaban llanto general en el auditorio. Todos se hacían lenguas ponderando los sermones de fray Miguel de los Santos y afirmaban que aquel bendito Padre tenía el verdadero espíritu de Dios.

Donde él predicaba, solía reunirse un gentío innumerable. Favorecían aquella concurrencia los éxtasis que solían arrebatarle en el epílogo del sermón. Ya siendo estudiante había tenido raptos extraordinarios. Así, en Baeza, mientras conversaba con unos señores en el huerto del convento, exclamó uno de ellos. ¿Qué sucederá cuando gocen las almas las delicias del paraíso? Bastóle a Miguel oír tales palabras para quedar al punto arrobado. En otra ocasión, siendo estudiante de Teología en Salamanca, escuchaba cierto día unas explicaciones sobre el misterio de la Encarnación, cuando dio de repente tres impetuosos saltos, y quedó en éxtasis por espacio de un cuarto de hora, levantado más de una vara sobre los demás estudiantes; éstos, atónitos, guardaron profundo silencio hasta que volvió en sí y tornó con la mayor naturalidad a su ejercicio.

Cuando fue sacerdote y predicador, los transportes se repetían a diario; y duraban quince minutos y hasta media hora. Los que tuvo celebrando misa o ante el Santísimo expuesto, fueron innumerables. Unas veces quedó arrobado mientras alzaba el cáliz, otras, al hacer la genuflexión en el *et homo factus est*, o al decir· *Verbum caro factum est.*

Creció tanto entre los baezanos la opinión de santidad de fray Miguel, que todos le llamaban «el Santo». Salió cierto día de la Catedral una gran procesión, y en ella iba Miguel con los demás Padres. En cuanto le vieron salir, de todas partes le gritaban «¡El Santo, el Santo!» Concluída la procesión, fray Francisco que le acompañaba le dijo· «Vos, Padre Miguel, debéis ser santo; me convence de ello el ver en qué opinión os tienen todos». San Miguel, riéndose, contestó: «Calla, fray Francisco, todos están como locos. Si tanto vosotros como ellos me conocierais, acabaríais por aborrecerme, porque soy un miserable, un gran pecador».

JESÚS CAMBIA SU CORAZÓN CON EL DE MIGUEL

Esta convicción que el Santo tenía de la propia flaqueza, nacía ciertamente de una humildad profundísima. No eran sólo palabras ni meras disculpas, pues de continuo pugnaba por levantarse a mayor perfección sin que su alma se diese fácilmente por satisfecha en las espirituales conquistas. Aspiraba a lo más alto en el terreno de la caridad.

Parecíale siempre que no amaba lo bastante al Señor. Y como estuviese una noche pidiendo a Jesús, con todas las fuerzas de su alma, que se dignase trocarle el corazón por otro más inflamado de su amor purísimo, aparecióselc entonces el Divino Salvador, y acercándose, le tomó del pecho el corazón, y le dio el suyo propio. Este cambio fue místico y no real; pero el corazón del Santo quedó de allí adelante tan perfectamente modelado en el de Jesús, que ya no parecía ser corazón humano, sino el Corazón mismo del Redentor.

HUMILDAD DEL SANTO

A pesar de tantos favores como recibía de Dios, de sus éxtasis maravillosos, de los copiosísimos frutos de sus predicaciones, del aplauso de las muchedumbres que se agolpaban alrededor de su púlpito y de la gran fama de santo que tenía, conservábase Miguel siempre modesto y humilde, como suelen serlo todos los Santos. Siendo estudiante en Baeza, entró Miguel en una iglesia donde exorcizaban a un poseso, el cual, así que le vio, empezó a gritar: «¡Cuánta humildad, cuánta humildad!» El padre Ministro, admirado, preguntó a Miguel qué estaba pensando en aquel momento. «Pensaba —dijo éste— que soy más abominable que los mismos demonios». Si alguien le alababa por las singulares mercedes que del Señor recibía, él interrumpía diciendo. «Soy un abismo de pecados; mi alma está más negra que el carbón. Sólo merezco desprecios».

Dos compañeros del mismo convento, le acusaron al padre Provincial de haber censurado el gobierno de los Superiores. El padre Provincial dio crédito a tales calumnias, abrió proceso contra el Santo y le llamó para que contestara a los cargos que se le hacían. Miguel se contentó con responder: ¡«Cosas peores hiciera yo, si el Señor me dejara de su mano!» Encerráronle en la celda y en ella permaneció cerca de un mes, contento de poder padecer algo por Dios. Sacáronle al fin, cuando se supo la verdad, y él, desde aquel día, se mostró tan agradecido a sus dos calumniadores y usó con ellos de tanta mansedumbre, que logró traerlos a mejores sentimientos.

SUPERIOR DE VALLADOLID

El año de 1622 fue nombrado por los Superiores Ministro del convento de Valladolid. Al tener el Santo noticia de ello, escribióles inmediatamente, renunciando a este cargo del que se juzgaba indigno. Pero fue en balde, y hubo de salir para el nuevo destino, dejando a los baezanos en grande aflicción y absoluta disconformidad con aquel despojo.

No había obrado fray Miguel a la ligera ni por humanas consideraciones, ya que la obediencia constituía su máxima preocupación.

Estaba profundamente persuadido de su incapacidad para el buen gobierno del convento. Por eso pedía al Señor, con vivas instancias, que le diese las luces, sabiduría y prudencia de que ha menester un superior para desempeñar cumplidamente el cargo. Los religiosos le obedecían de muy buena gana y aun con alegría, mandaba las cosas con tanta delicadeza y humildad, que más parecía ser el último de los Padres que no el superior del convento; y si a veces se mostraba rígido, era cuando debía reprimir inobservancias y abusos, pero, aun entonces, solía amonestar con tanta dulzura que fácilmente lograba la enmienda de los culpables.

Recomendaba mucho a sus hermanos el desasimiento de las cosas terrenas y el amor a la santa pobreza. Él mismo daba ejemplos admirables de esta virtud. Cuando fue nombrado superior, escogió para sí la celda más estrecha y oscura del convento, y, según consta en los procesos canónicos, ni aun sabía distinguir las monedas en sus diversas especies y en su valor. Acontecíale, cuando había de parar en algún mesón, tener que entregar todo el dinero que llevaba para que el huésped se cobrase.

En premio de sus virtudes, concedióle el Cielo el don de penetrar los corazones, y una tarde en que oraba con la comunidad en el coro del convento de Sevilla, levantóse de improviso y fue hacia dos jóvenes religiosos que allí en su rincón parecían rezar a coro con los demás: «No juzguéis, hermanos míos —les dijo—, y no seréis juzgados». Advertencia que impresionó grandemente a ambos, pues, sin haberse entendido para ello, revolvían en su mente y desaprobaban cosas que habían observado en el Santo. En el convento de Baeza le acaeció otro suceso notable. Y fue que encontró a un cierto Cristóbal Pérez, cuya historia no podía conocer, y le increpó diciendo ¿Eres acaso tú mi ángel malo?» Entendió Pérez el significado de la pregunta y corrió a confesarse. Al volver, se hizo encontradizo con fray Miguel, el cual exclamó gozoso al verle: «Ahora sí que eres un ángel bueno y no antes que más bien parecías como una mujerzuela sucia y desgreñada. Piensa que sólo en Dios encuentra el hombre la propia dignidad».

ENFERMEDAD Y MUERTE

De tiempo atrás había predicado el Santo que moriría a los treinta y tres años. El primero de abril de 1625 sobrevínole una inflamación que a los pocos días degeneró en tabardillo. Los médicos no lo juzgaron mortal por el momento, pero sabedor nuestro Santo de la proximidad de su muerte, rogó se le administraran los últimos Sacramentos. Antes de recibir el Viático, de rodillas, pidió perdón a sus hermanos de cuantos malos ejemplos les había dado y de las molestias que les ocasionara.

A unos caballeros que vinieron a visitarle, les dijo «Considerad, hermanos, cuán poco es la vida humana. Pronto, como yo, llegaréis vosotros al último trance. Todos los placeres y bienes terrenales son pura vanidad y un poco de barro. Pensad que de esta vida sólo habrán de servirnos las buenas obras». Con igual celo y caridad aprovechó aquella ocasión para dictar sus últimas enseñanzas a cuantos acudieron a interesarse por su salud.

A la una de la madrugada del día 10 de abril hizo su última profesión de fe «Creo en ti, Dios mío —exclamó—, en ti espero y te amo de todo corazón. Señor, me pesa en el alma de haberte ofendido». Y dichas estas palabras, expiró plácidamente teniendo los ojos puestos en el cielo.

Hiciéronsele solemnísimos funerales a los que asistieron la nobleza y el pueblo de Valladolid unidos en el común dolor y en el cariño.

Los muchos y portentosos milagros que obró el Señor por mediación de su fiel siervo, movieron al papa Benedicto XIV a declararlo Beato el 10 de abril de 1742. Pío IX lo canonizó solemnemente el 8 de junio de 1862.

SANTORAL

Santos *Antonio María Zacarías, fundador;* **Miguel de los Santos, trinitario;** *Atanasio, diácono y mártir;* Numerario, obispo de Tréveris; Floregio, obispo regionario en Auvernia; Esteban primer obispo de Reggio, Casto, hermano de San Juan de Irlanda, obispo y mártir; Pablo, obispo de Sens; Domicio solitario y mártir, en tiempos de Juliano el Apóstata, Agatón, mártir en Sicilia; Marino, Teodoro y Sedofa, mártires en la Escitia; Basilio y setenta compañeros mártires en Palestina. Beato Arcángel de Calatafino, franciscano. Santas *Cirila y compañeras, mártires en África;* Zoa o Zoe, esposa de San Nicóstrato, convertida por San Sebastián, mártir en Roma (véase las páginas 202 y 207 de nuestro primer tomo); Trifina, martirizada en Sicilia, Filomena, virgen italiana.



Cierva bondadosa — Testigo de sólo tres días

DÍA 6 DE JULIO

SAN GOAR

PRESBÍTERO Y ERMITAÑO EN TRÉVERIS († 575)

La mayoría de los autores señalan el nacimiento de Goar hacia el año 525. Sus padres pertenecían a la nobleza de Aquitania y eran, por sus virtudes, el ornato y la edificación de la provincia. Goar dio desde su infancia señales de verdadera santidad. La historia nos lo muestra orlado con la aureola de la inocencia su exquisita pureza daba a su rostro una expresión más suave que la alborada, junto a este lirio de inmaculada blancura crecía lozana y fresca la rosa de la caridad, que ya en los tiernos años inspiraba todas sus acciones e hizo que se mostrara siempre extremadamente amable y obsequioso para con los demás.

Apenas alcanzó Goar la edad de la razón, ya se entregó de lleno a la práctica de las obras buenas. Gozábase en consolar a los afligidos y socorrer a los pobres, y su corazón se inflamaba cada día en el amor al prójimo. La pureza de su vida y el ardor de la caridad le granjearon muy pronto el afecto de cuantos le rodeaban, circunstancias que él aprovechó para darse por entero al apostolado de los pobres y de los ignorantes.

Ya desde sus tiernos años hablaba de Dios con tal fervor y celo, que ponía admiración en cuantos le escuchaban, sus palabras, precedidas siempre del ejemplo, penetraban suavemente en los corazones por duros

que fuesen. Sus instrucciones, exhortaciones y consejos, encendían en las almas la llama de la virtud, y muchos pecadores, escuchándole, renunciaron a los placeres del mundo y abandonaron la senda del vicio.

SACERDOTE Y ERMITAÑO

Tan bellos comienzos atrajeron sobre Goar a atención de su obispo, que, complacido de la actuación del niño, quiso investirle del carácter sacerdotal para hacer más fecundo su apostolado.

Cuando el joven apóstol llegó a la edad requerida, recibió los órdenes sagrados. Fue siempre sacerdote celosísimo del cumplimiento de sus deberes, y muy fervoroso en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa. Ejerció, además, el ministerio de la predicación y con sus exhortaciones convirtió a gran número de personas que habían permanecido sordas a otros llamamientos y que acudieron a la primera invitación del Santo.

Los esfuerzos de Goar para hacer desaparacer los abusos y las constumbres inveteradas de la época —resabios aún de bárbaros y paganos tiempo— viéronse coronados con resultados tan satisfactorios, que le dieron motivo para temer que su humildad fuese empañada por la vanagloria, a causa de las alabanzas que le prodigaban. Para huir de semejante peligro, resolvió retirarse a la soledad, y poniendo por obra su propósito, se encaminó a un lugar desierto situado a orillas del Rin.

Tras larga correría, paróse a descansar a orillas de un riachuelo llamado Vocaire, que regaba la hermosa campiña de Tréveris. Era aquél un país sembrado de muchos templos paganos donde los falsos dioses contaban con entusiastas adoradores. El celoso sacerdote encontró en estos parajes un vasto campo abierto a su celo apostólico, pidió a Fibicio, obispo de Tréveris, licencia para construir un modesto santuario, y pronto una capillita quedó adosada a la ermita que Goar se había edificado.

Encerrándose en profundo retiro, encontró en la oración, las vigilias, los ayunos y las austeridades de la vida solitaria, las fuerzas necesarias para cumplir los trabajos del apostolado a que había de entregarse. Provisto de armas tan poderosas, abandonó luego su eremítica soledad, devorado su corazón por el celo de la salvación de las almas. Recorrió los pueblos vecinos predicando la palabra de Dios y señalando su paso con numerosas conversiones. Para dar más autoridad a su palabra, favoreciole el Señor con el precioso don de milagros. A su voz, los paganos renunciaban a sus errores y abandonaban los templos de los falsos dioses. Sin embargo, no se veía Goar al obrigo de pruebas y tentaciones. El demonio, irritado, le acometió, unas veces secretamente, y otras de manera

manifiesta, pero cada combate suponía un triunfo para el siervo de Dios, con lo cual las luchas no hacían sino aumentarle el ardor y el entusiasmo por la causa de Cristo.

CÓMO PRACTICABA LA HOSPITALIDAD

De la Santa Misa, más que de ninguna otra devoción, sacaba Goar el celo ardoroso que desplegaba en la evangelización de los pueblos. Celebraba el Santo Sacrificio todos los días en cumplimiento de una obligación que él mismo se había impuesto y rezaba, además, todo el salterio. Se le iba gran parte de la noche en vigilias y oraciones, y no bien la aurora esparcía sobre la tierra los primeros resplandores, él comenzaba el cántico de los salmos, y ofrecía luego la Víctima sin mancha.

Pronto fue aquel sitio el lugar de cita de todos los pobres y enfermos de la comarca. Cuando Goar había terminado sus largas devociones, se entregaba por completo a las obras de caridad. Hacía sentar a los pobres a su mesa, y él mismo les servía la comida, dando al propio tiempo libre curso a su celo apostólico con tal unción de fe y amor, que muchos de ellos se convertían a Dios o, por lo menos, cambiaban de conducta. Los que tenían la suerte de ser comensales suyos, recogían sus palabras y, atraídos por sus ejemplos y palabras, se hacían a menudo discípulos e imitadores suyos. Goar acogía con gusto a cuantos peregrinos llegaban a su ermita, servíalos con cariño y procurábales cuantos cuidados necesitaban, esmerándose para que la hospitalidad que ofrecía fuese lo más cómoda posible. Tan absorto estaba en predicar que con frecuencia, en el fervor de sus amonestaciones se olvidaba del propio alimento.

ES ACUSADO ANTE EL OBISPO DE TRÉVERIS

No todos veían con buenos ojos la conducta de Goar. Dos familiares del obispo de Tréveris, acudieron a la ermita, para cobrar un tributo destinado al culto y ornato de la iglesia de San Pedro. La vista de la ermita y de los pobres y peregrinos con quienes Goar repartía su pan desde la mañana, impresionó desfavorablemente a los dos emisarios, los cuales consideraron este acto de caridad como una infracción de las reglas monásticas del ayuno y de la abstinencia. Al regresar a Tréveris denunciaron a Goar ante el obispo, como a hombre amigo de comilonas y como piedra de escándalo para todo el país, pues arrastraba a muchos hombres a estos mismos excesos que con sus malos ejemplos propagaba.

El obispo creyó de buena fe cuanto le contaron sus familiares, y les

ordenó que volvieran apresuradamente a la ermita y trajesen a Goar a su presencia para pedirle cuenta de su conducta. Goar los recibió con su acostumbrada amabilidad, sin manifestar la menor extrañeza por esta visita inesperada. Cuando los enviados le comunicaron la orden del obispo, exclamó. «El Señor me dé fuerzas para que la obediencia no sufra retraso». Pasó la noche en oración, y al amanecer del día siguiente, después de celebrada la misa, dijo a su discípulo. «Hijo mío, prepara la comida para que los enviados de nuestro Pontífice puedan comer con nosotros». Cuando esto oyeron los familiares del obispo, se indignaron, y echaron en cara al sacerdote su desprecio de las leyes del ayuno y sus excesos en la comida. Goar, sin alterarse por estas acusaciones, les demostró que las leyes del ayuno no son superiores a las de la caridad.

Estaba todavía hablando cuando su discípulo introdujo a un peregrino. Goar le invitó también a sentarse a la mesa y no tuvo ningún reparo en comer con él. Cuando los familiares del obispo se disponían a salir, el ermitaño les ofreció provisiones para el camino, que ellos aceptaron gustosos. Montaron a caballo y emprendieron la vuelta a Tréveris; Goar los seguía a pie. Los dos jinetes se alejaron poco a poco hasta que se perdieron en el horizonte. Cabalgaban en silencio, cuando he aquí que se sintieron acometidos de hambre tan atroz, tan atormentadora sed, y cansancio tan extraño, que creían llegada su última hora. Sabían que por allí corría un arroyuelo, y se pusieron a buscarlo, muy presto encontraron el cauce, pero sin una gota de agua. Se acuerdan entonces de las provisiones que les diera Goar en el momento de la partida; las buscan en sus alforjas, pero habían desaparecido. En vista de ello, tratan de llegar pronto a Tréveris y redoblan la velocidad, mas pronto, uno de ellos, extenuado de fatiga, sed y hambre, cae del caballo y pierde el conocimiento. El otro compañero, reconociendo su falta, espera al ermitaño que los seguía de cerca, se echa a sus pies y le pide ayuda. Goar, siempre amable y caritativo, le escucha y accede a sus deseos. Mas antes le dice. «Acordaos de que Dios es amor el que permanece en amor está en Dios y Dios en él. Cuando esta mañana os invitaba a tomar conmigo algún alimento no teníais que haber despreciado aquel acto de amor. Dios os castiga a fin de que aprendáis a practicar la caridad, vínculo de toda perfección».

De improviso se presentaron a su vista tres ciervas. Goar les mandó que se detuvieran, y fue obedecido al punto; se acercó a ellas, las ordeñó, y después las dejó seguir su carrera a través de los bosques. Vuelto a los dos hambrientos, les ofreció la leche que la Providencia le había suministrado. «Id —les dijo luego— a buscar agua al río y llenad las alforjas de provisiones». Así lo hicieron, el riachuelo, seco pocos momentos antes, llevaba una límpida corriente, en la que se refrigeraron;



UNO *de los familiares del obispo ruega a San Goar que acuda en socorro de aquel su compañero desfallecido. El Santo se presta gustoso a ello, no sin advertirle antes: «Tened muy presente que Dios es caridad, y el que vive con caridad vive con Dios. No habéis tenido caridad esta mañana y Dios os castiga ahora».*

al mismo tiempo, las provisiones, reaparecidas milagrosamente, confortaron sus decaídas fuerzas. Este milagro les abrió los ojos; convencidos de la santidad de Goar, hablaron de él al obispo, no como acusadores, sino como amigos entusiastas y pregoneros de sus virtudes. Rústico —tal era el nombre del prelado— se resistió a creerlos, hizo reunir a todo su clero, y esperó al caritativo ermitaño. Quería proceder con discreción y conocimiento antes de formar juicio

EL SEÑOR VUELVE POR EL HONOR DE SU SIERVO

Lo primero que hizo Goar al entrar en Tréveris, fue acudir a visitar al Santísimo Sacramento en compañía de su querido discípulo, luego se encaminó al palacio episcopal. Al llegar a la sala del Consejo —según dice la leyenda— obró un prodigio: a falta de percha, colgó su manteo de un rayo de sol. El obispo tomó de ello ocasión para acusarle de magia, atribuyendo este milagro a su comunicación con el espíritu de las tinieblas. Luego le reprochó su intemperancia y el desprecio que hacía de las leyes monásticas del ayuno y de la abstinencia. El acusado escuchaba en silencio, sorprendido y asombrado del milagro que le reprochaban; él había creído suspender su manteo de un objeto destinado a ese fin.

Apenas hubo terminado el obispo su parlamento, Goar, levantando los ojos al cielo respondió. «Dios, juez justísimo, que escudriña los corazones y sondea los pensamientos, sabe muy bien que nunca fui iniciado en el arte de la magia. Si ciertos animales salvajes se detuvieron brindándome su leche, no les obligué a ello mediante culpables encantamientos. Sólo la caridad me guiaba a procurar, con el permiso divino y por su orden, salvar la vida de los que me acompañaban. Me reprocháis el comer y beber desde que apunta la aurora. Dios que ve todas las cosas, y es juez supremo, podría deciros si mis actos se inspiran en la inmortificación o en la caridad».

Mientras el ermitaño se defendía con su habitual dulzura y mansedumbre, llegó un clérigo que llevaba en brazos a un niño recién nacido, abandonado por su madre en la pila de mármol destinada al efecto en la iglesia. Al verle, volviéndose hacia los eclesiásticos, dijo Rústico con aire de triunfo: «Ahora veremos si las obras de Goar se deben a Dios o al demonio. Que haga hablar a este niño para que diga en nuestra presencia quiénes son sus padres, y creeremos entonces en la santidad de sus obras. Si no lo puede hacer, lo tomaremos como prueba palpable de que sus obras son fruto de comercio con el espíritu de las tinieblas.

El hombre de Dios se estremeció al oír tal proposición. Se esforzó en

convencer al obispo, de que no debía exigirle cosa tan extraordinaria «Además —decía— ese milagro no serviría más que para cubrir de vergüenza a los padres de la criatura. Sólo la caridad me inspira en mis obras, y en nombre de esta misma caridad, debo resistirme a ejecutar lo que me mandáis».

El obispo, rechazando tales excusas, le ordenó que se conformase con sus deseos. Goar levantó los ojos al cielo, hizo a Dios una ardiente oración, y se aproximó al niño. Luego se volvió hacia la asamblea y preguntó: «¿Qué edad tiene este niño? —Tres días» —se le respondió—. Inclinándose en seguida hacia él, le dijo: «En nombre de la Santísima Trinidad, te conjuro que nos digas, clara y distintamente, y por su nombre, quiénes son tu padre y tu madre». Entonces el niño señaló con su manecita a un personaje allí presente, infiel a sus deberes, y dijo: «He ahí a mi padre: —y le nombró—, mi madre se llama Flavia». En seguida se cambiaron los papeles. Goar vio a sus pies al culpable derramando copiosas lágrimas. Él también lloraba por haber sido el instrumento de la revelación de este pecado vergonzoso, pero en su ardiente caridad encontró palabras de consuelo y aliento. Levantóse el sacrílego con la seguridad de que el ermitaño uniría sus oraciones y penitencias a las suyas propias para obtener de Dios el perdón de tamaño pecado. En efecto, Goar le prometió hacer con él y por él una penitencia de siete años. El auditorio quedó asombrado de tanta caridad y humildad. El culpable escuchó provechosamente las exhortaciones de Goar, se sometió a todos los rigores de las reglas canónicas, dispuesto a borrar la memoria de los graves desórdenes pasados, y su austerísima penitencia le valió llegar a ser un gran Santo, honrado como tal en la Iglesia de Tréveris.

SAN GOAR EN LA CORTE DE SIGEBERTO

La noticia de este milagro se extendió rápidamente, y no tardó en llegar hasta la misma corte de Sigeberto, rey de Austrasia. El monarca quiso tener una entrevista con el taumaturgo para oír de sus propios labios los pormenores de la asamblea de Tréveris. Con este fin le envió emisarios que pronto le trajeron a su presencia. Sigeberto le rogó que le contase cuanto había sucedido. Pero la modestia prohibía a nuestro Santo manifestar las circunstancias de un hecho que tanta gloria podía reportarle, y optó por guardar silencio. Algo contrariado el monarca, le ordenó, en nombre de la autoridad que le confería el poder real, que manifestase cuanto había ocurrido en Tréveris. Goar se inclinó ante una orden tan expresa. Pero como la caridad es siempre ingeniosa, rogó al rey que le contase lo que supiera del caso. Accedió Sigeberto, y cuando hubo ter-

minado, le dijo su interlocutor. «Estoy obligado a obedeceros, pero no tengo nada que añadir a vuestro relato, ya que vos lo sabéis todo».

Esta respuesta a la vez ingeniosa y humilde, le ganó las simpatías de todos; y una voz unánime se levantó de toda la cámara del rey proclamando a Goar digno del episcopado, y proponiendo al príncipe que le elevase a la silla de Tréveris; Goar era el único que discrepaba de la opinión general, y suplicó a Sigeberto que no le apartara de su dulce soledad. El rey se mostró sordo a estas súplicas; pero el hombre de Dios redobló sus instancias hasta haber conseguido un plazo de veinte días.

Confiaba el Santo que en aquella demora habría de presentarse alguna razón o circunstancia que lo redimiera del compromiso. Porque se le hacía muy cuesta arriba a su humildad tener que cargar sobre sí el peso de aquel grandísimo honor con que se le quería distinguir. Juzgaba que no a él sino a otros más preclaros y virtuosos varones correspondía semejante deferencia, y que el Cielo iba a valerse del lapso concedido para rectificar los juicios de los hombres, más dados a juzgar por circunstancias.

Pero no quiso confiar sus esperanzas en meras razones, y se propuso hacer méritos para poner al Señor de su parte. Contaba, por lo pronto, con aquel plazo que el rey le concediera, y con el fin de aprovecharlo para sus intentos, despidióse de la Corte, quizá con esperanza de no retornar.

RETORNO A LA SOLEDAD

GOAR volvió jubiloso a las orillas del Rin, para encerrarse en su celda. Pasaba los días y las noches suplicando al Señor que le enviase una enfermedad para que Sigeberto no pudiera realizar sus planes. Y con el fin de hacer más eficaz su oración, la acompañó con grandes mortificaciones. Oyó el Señor las súplicas de su fiel siervo, y antes de que llegase a su término el plazo concedido por el rey, se vio Goar acometido por una fiebre muy violenta. Era el principio de una enfermedad que debía retenerle en cama por espacio de siete años, y conducirle al fin a la sepultura. Sigeberto no pudo, pues, elevar a su candidato a la silla episcopal de Tréveris. Libre ya de aquella preocupación, pensó Goar en satisfacer cumplidamente la promesa que había hecho en Tréveris. A tal fin, ofrecióse al Señor como víctima propiciatoria. La enfermedad que le aquejaba proporcionóle crueles sufrimientos que el Santo aceptaba de bonísimo humor y con entrega total de su voluntad en manos del Altísimo. Al mismo tiempo que ofrecía al cielo el mérito de sus dolores, no descuidaba de orar fervorosamente por la propagación de la fe, y para pedir el triunfo de la Iglesia.

MUERTE DE GOAR

PASADOS siete años, recobró Goar la salud. Apenas lo supo Sigeberto, le mandó nuevos emisarios para que aceptase la mitra que le había propuesto tiempo hacía. Goar respondió que la hora de su muerte estaba próxima, y que rogaba no se pensase más en privarle de la paz y de la dicha que se gozan en la soledad. Pidió, además, al rey le enviase dos sacerdotes para que le asistieran en sus últimos momentos. Sigeberto accedió, pero los dos enviados llegaron sólo para recoger el último suspiro del valiente soldado de Cristo, del amigo de los pobres y de los humildes.

El cuerpo de San Goar fue enterrado en la capillita edificada por el Santo. Más tarde, Pipino el Breve mandó construir a orillas del Rin una magnífica basílica para guardar en ella las preciosas reliquias. Aunque en el sepulcro se realizaron multitud de milagros, parece que Goar se complacía principalmente en salvar del naufragio a los que le invocaban en semejante trance.

Se dice que quien a sabiendas pasaba por delante de la iglesia dedicada al Santo sin entrar a dirigirle una súplica, tenía su castigo. Cuéntase que Carlomagno, durante una excursión que hizo por el Rin, dejó de ofrecer al Santo sus homenajes. Durante la travesía se levantó una furiosa tempestad, y por más de doce horas el navío del emperador perdió el rumbo sin que el piloto, a pesar de sus esfuerzos pudiera gobernarlo. Al día siguiente enviaba Carlomagno a la iglesia de San Goar veinte libras de plata y dos tapices de seda.

SANTORAL

Santos **Goar, presbítero y ermitaño en Tréveris;** *Tomás Moro, mártir; Isaías, profeta y mártir;* Paladio, primer obispo de Escocia; Astio, obispo de Durazzo y mártir, Rómulo, consagrado por el Apóstol San Pedro como obispo de Fiésoli, en Toscana, mártir en la persecución de Domiciano; Nicolás y Jerónimo, mártires en Brescia; Tranquilino, esposo de Santa Marcia y padre de Santos Marcos y Marceliano, fue convertido por San Sebastián y murió mártir por la fe (véase las páginas 202 y 207 del primer tomo); Sisoés el Tebano, anacoreta. Santas Godoleva, mártir en Flandes; Sexburga, reina de Kent y abadesa, Lucía, mártir con otros diez y ocho compañeros, en tiempo de Diocleciano; Dominica, virgen y mártir, en Campania, imperando Diocleciano; *María Goretti, virgen y mártir;* Mónica, virgen inglesa; Ángela, virgen carmelita, en Bohemia.



El papa Adriano II   Basílica de San Clemente en Roma

DÍA 7 DE JULIO

SANTOS CIRILO Y METODIO

APÓSTOL DE LOS ESLAVOS (827-869 y 820?-885)

Los Santos Cirilo y Metodio, griegos de linaje, bizantinos por su patria, romanos y apóstoles de la raza eslava por su misión, son, con justo título, considerados como las dos lumbreras de Oriente, porque allí sembraron y propagaron la semilla de la fe cristiana. En vano se ha pretendido presentarlos a la faz del mundo como enemigos del catolicismo, ya que los hechos nos los muestran como sumisos y respetuosos hijos de la Iglesia, inseparablemente unidos al sucesor de San Pedro, y dispuestos siempre a responder al primer llamamiento del Sumo Pontífice y a seguir fielmente sus directivas en la misión de apostolado que emprendieran.

En la ciudad de Tesalónica —hoy Salónica—, iluminada con la luz de la fe por el Apóstol de las gentes, vivía a principios del siglo IX un noble caballero griego, por nombre León, alto funcionario del Estado. Naciéronle dos hijos; el mayor, hacia el año 820, que fue bautizado con el nombre de Metodio, el segundo, que vio la luz primera hacia el 827, pusiéronle por nombre Constantino, pero había de ser más adelante conocido por el de San Cirilo de Tesalónica, célebre en la Historia de la Iglesia como el de su hermano.

Como ambos hablaron desde su infancia la lengua eslava, se ha supuesto haber sido su madre de esta nacionalidad, lo cual no es de extrañar, ya que eran eslavos buena parte de los residentes en Tesalónica. Constantino y Metodio fueron enviados por su padre a Constantinopla, donde pronto se hicieron célebres por su erudición y rápidos progresos. Distinguióse Constantino por la agudeza de ingenio, especialmente en las artes militares y en la Jurisprudencia, hacia las que le inclinaba su ánimo.

Pero no menos admirable que su ciencia era la santidad de ambos hermanos, por doquier se los citaba como dechados de virtud. Su humildad, piedad y mansedumbre atraían los corazones de cuantos los trataban; la misma emperatriz Teodora los tenía en muy gran aprecio y consideración.

METODIO, MONJE. — MISIÓN DE CONSTANTINO

Fue promovido Metodio a la prefectura de la provincia eslava del imperio bizantino, algunos años más tarde, renunció a ella para vestir el humilde y tosco sayal de los basilios en el monasterio de Policronio, cerca de Constantinopla. Constantino se preparaba a seguir sus huellas, cuando los kazares —pueblo que habitaba más allá de la Táurida, hoy Crimea— manifestaron a la emperatriz deseos de abrazar el cristianismo, y le pidieron que enviara algún misionero para instruirlos en la fe. Hasta entonces, su religión había sido una mezcla de judaísmo y mahometismo.

Entre los años 857 y 860, el emperador Miguel III, hijo de Teodora, escogió para aquella misión a Constantino, bibliotecario del patriarca, maestro de filosofía, y que había desempeñado varias funciones diplomáticas. Constantino aceptó el cargo que se le confiaba, y encaminóse a la región donde debía ejercer su apostolado llevando consigo a Metodio, que había ya pasado el tiempo de prueba en un monasterio del monte Atos.

A su paso por Querson —la antigua Quersoneso— detúvose una temporada para estudiar la lengua de los kazares. Allí encontró las reliquias del papa San Clemente, desterrado y martirizado en aquel país por orden de Trajano. Fue descubierto el cuerpo debajo de unas ruinas, y al lado se hallaba todavía el áncora con que el mártir fue arrojado a las olas.

Propúsose Constantino trasladar las preciosas reliquias a Roma, y mientras aguardaba la ocasión de ejecutar su proyecto, se apresuró a salir para dar término a su misión entre los kazares. Allí confundió a los sectarios judíos y musulmanes, y la nación se hizo cristiana. Mientras permaneció en el país, cifró todos sus afanes en la instrucción del pueblo, y al ser nuevamente llamado a Constantinopla, dejó sacerdotes piadosos e ilustrados para asegurar la permanencia y prosecución de su obra.

LOS DOS HERMANOS EN MORAVIA. — VIAJE A ROMA

De vuelta en Constantinopla, el celoso misionero vivió retirado cabe la iglesia de los Santos Apóstoles, Metodio llegó a ser hegómeno o abad del monasterio de Policronio, cargo al que le habían llevado los monjes, prendados de su rara virtud y exquisita prudencia.

Pero el Cielo reservaba un nuevo campo de acción para ambos hermanos. Porque habiendo llegado a oídos de Ratislao, rey de los moravos, la obra realizada por Constantino entre los kazares, envió una embajada a Teodora, para exponerle su deseo y el de su pueblo, que ansiaba abrazar la religión cristiana, por lo cual le suplicaba que enviase misioneros.

Designados, al efecto, Constantino y Metodio, se encaminaron inmediatamente a Moravia. Ambos fijaron su residencia en Velerado, donde su celo misional obró maravillas (863). Fue entonces cuando Constantino inventó los caracteres glagolíticos —alfabeto usado en Eslavia y Croacia— que tan grandísima utilidad significó para los pueblos eslavos.

Afírmase equivocadamente que la conversión de Bulgaria fue obra directa de estos misioneros. Mas si no fue obra directa de ellos, lo fue de sus discípulos, lo que les da derecho al agradecimiento de esta nación.

Los resultados del celo de ambos hermanos habían henchido de gozo el corazón del papa San Nicolás I, gozo que aumentó con la noticia del hallazgo de las reliquias de San Clemente, por lo cual el Sumo Pontífice mostró grandes deseos de verlos y de acelerar el traslado de las reliquias del Pontífice mártir, y les instó a llegarse cuanto antes a Roma.

Dirigiéronse allá los dos, pero al llegar a la capital del mundo católico, ya había muerto el papa Nicolás. Adriano II (867), su digno sucesor, seguido del clero y pueblo romano, salió al encuentro de los misioneros, recibió de sus manos las reliquias de su santo predecesor y las depositó en la basílica de San Clemente.

Excavaciones llevadas a cabo en el siglo XIX, para la edificación subterránea de la iglesia actual, permitieron encontrar la basílica primitiva, decorada todavía con los frescos que se pintaron en memoria de este traslado. Una de esas pinturas nos presenta a Constantino y Metodio, con los hábitos sacerdotales. Entre ambos está el Papa con el palio sobre la casulla, tiene las manos extendidas en actitud de paternal bondad, como atrayendo hacia sí a las multitudes que sus misioneros convertían a la verdadera fe. Es éste el monumento más elocuente, según expresión de un sabio investigador italiano, de la devoción romana hacia los apóstoles de los eslavos, y al propio tiempo una prueba irrecusable y muy expresiva de la subordinación filial eslava a la Sede apostólica.

EL RITO ESLAVO

Fueron, Constantino y Metodio, los civilizadores de los pueblos eslavos, no sólo por haberles llevado el inapreciable tesoro de la fe cristiana, sino también por haberlos dotado, como hemos dicho, de un alfabeto, por medio del cual, estos pueblos pudieron en adelante escribir en su propia lengua, con grandísima ventaja para el adelanto de su cultura.

Para luchar contra la influencia germánica, que amenazaba ahogar el sentimiento nacional so capa de religión, creyéronse ellos obligados a traducir en lengua eslava los Libros Sagrados y a emplear aquel idioma en los actos del culto. Esta innovación litúrgica, que sólo en circunstancias especiales podía justificarse, debía ser ratificada por la autoridad pontificia, y el papa Adriano II, por la Bula *Gloria in excelsis Deo,* la autorizó solemnemente. Los dos santos hermanos celebraron conforme a este rito en las grandes iglesias de Roma: San Pedro, San Pablo y San Andrés. Sin embargo, por referencias, tal vez demasiado interesadas, el Sumo Pontífice llegó a sospechar de ambos innovadores, y les dio luego a conocer las acusaciones que se habían levantado contra ellos. Explicaron Constantino y Metodio con toda claridad y franqueza su comportamiento, y terminaron con una espontánea profesión de fe católica, que luego sellaron con el más fervoroso y firme juramento.

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL. — EL MONJE CIRILO. SU MUERTE

Satisfechísimo de la entrevista, reconoció Adriano II las relevantes prendas de tan santos varones, y propúsose consolidar la magna obra comenzada. Metodio fue ordenado sacerdote en compañía de algunos discípulos suyos —febrero de 868—; luego el Papa le consagró obispo y le elevó a la sede arzobispal de Panonia. Afirman algunos, que Constantino recibió la misma dignidad, pero que no llegó a ejercer sus funciones.

De todos modos ya no volvería a ver este último las comarcas por él evangelizadas. Cuarenta y dos años tenía Constantino, y ya sus fuerzas estaban agotadas. Sintiéndose impotente para sobrellevar la carga episcopal, obtuvo del Papa el debido permiso para retirarse a la soledad del claustro, e ingresó en el monasterio griego de Roma, donde siguió llevando una vida ejemplarísima. Al hacer la profesión religiosa, tomó el nombre de Cirilo.



AL *pasar por Quersón, San Cirilo logra descubrir las reliquias del papa San Clemente, que fuera desterrado y martirizado en aquel país en tiempo del emperador Trajano. Con las reliquias estaba el áncora que había servido para martirizarle, cuando, cargado con ella, le arrojaron al mar.*

Murió nuestro Santo, según la leyenda paleoeslava, en brazos de su hermano, el 14 de febrero del 869, a los cuarenta días de ingresar en el monasterio, cuando ya se había conquistado la admiración y cariño de todos.

Roma entera lloró su muerte. Metodio pidió autorización al Papa para trasladar el cuerpo de su hermano a Constantinopla· «Nuestra madre —añadió— nos suplicó con lágrimas que nuestros cuerpos, después de muertos, descansasen en «tierras de la patria».

El Papa accedió a ello. pero el pueblo rogó con vivas instancias que no le arrebatasen el cuerpo del Santo. Entonces, Adriano II dispuso la inhumación del cuerpo de Cirilo con los honores reservados al Sumo Pontífice, y la concurrencia del clero de ambos ritos latino y oriental, en la basílica de San Pedro y en la tumba reservada a su propia persona.

Dolorido Metodio, al no lograr los mortales despojos de su queridísimo hermano, suplicó que, a lo menos, fuese inhumado en la basílica de San Clemente, en memoria del hallazgo de las sagradas reliquias por el santo misionero. El Papa no puso dificultad, y el cadáver fue definitivamente llevado a la basílica clementina, y depositado en magnífico sepulcro construído al efecto, que no tardó en ser lugar de oración para los fieles.

SAN METODIO, ARZOBISPO DE MORAVIA

Luis II el Germánico, emperador de Franconia Oriental, que ejercía la soberanía feudal en Panonia y Moravia, veía con sumo recelo el acrecentamiento del poder de Ratislao, cuyo sobrino, Esviatopluk, príncipe de Nitra, gobernaba las provincias orientales, integrantes del reino esloveno. Determinó Esviatopluk, arrebatar a su tío el cetro, para lo cual, aliado con Luis el Germánico que había invadido a Moravia, se apoderó de Ratislao (870), y lo entregó a los alemanes. Luego se volvió contra Luis el Germánico, obligándole a reconocer su independencia.

Esviatopluk tenía sumo interés en favorecer el rito eslavo, y en proteger la obra de Metodio, arzobispo de Moravia, y de sus sufragáneos, uno de los cuales residía en Nitra. ¿Por qué no lo hizo? Nada nos dice la historia. El hecho es que favoreció a los obispos alemanes que defendían su influencia en esta regiones. El eslavo Esviatopluk se trocó, pues, en instrumento de latinización. Inspirado por el obispo Viching, introdujo la liturgia latina en sus dominios. Estas pugnas entre obispos alemanes y bizantinos paralizaron en parte el apostolado de Metodio.

También surgieron en Roma nuevas dificultades. El papa Juan VIII. en 873, prohibió a Metodio la celebración del Santo Sacrificio, en rito que no fuera el latino o griego. Esta prohibición fue reiterada en 879, en el

momento en que el misionero recibía la orden de salir para Roma. Compareció, pues, ante el Pontífice en 880. Por segunda vez explicó y aclaró su comportamiento con tan convincentes razones, que el Papa autorizó en términos claros y formales el uso de la lengua eslava, no solamente para la predicación de la divina palabra sino también para la liturgia.

Fácil es comprender por qué la Iglesia Católica pone tantas dificultades para aceptar innovaciones en la liturgia sagrada, sin embargo, las aprueba y confirma una vez consagradas por el uso, o, en casos como el presente, para evitar que algunos pueblos poco instruídos, se dejen arrastrar al cisma por pastores mercenarios o perversos que apelan a la exaltación del sentimiento nacional para sus dañados fines e intereses.

Por otra parte, la Santa Sede consideró deber suyo el amparar la lengua eslava en las iglesias donde se usaba para el servicio divino; únicamente exigieron los Papas fidelidad en las traducciones con el fin de evitar errores de interpretación, y que usasen el eslavo antiguo, así se evitaría que en el transcurso del tiempo, sufriese modificaciones.

Todavía existe en nuestros días, en la liturgia latina, el rito eslavo o glagolítico, en algunas diócesis costeras del Adriático. Este privilegio ha sido confirmado por varios Papas, especialmente por Inocencio IV en 1248, Urbano VIII en 1631, Benedicto XIV en 1754, León XIII en 1898, Pío X en 1906, y parece estar en vías de extenderse por Yugoslavia.

ÚLTIMOS TRABAJOS

Celoso continuador de la obra comenzada por San Cirilo, su hermano Metodio parecía haber sido llamado por Dios para evangelizar, ya por sí mismo, ya por sus discípulos y continuadores inmediatos, toda la parte de la Europa oriental que aun no había abrazado la verdadera fe. En Bohemia, la conversión y el bautismo del príncipe Borzivoy y de su mujer Ludmila, arrastraron en pos de sí a toda la nación; que, como suele acaecer, en el buen ejemplo de quienes son cabeza y guía de los pueblos, inspíranse éstos mejor que en las palabras.

El santo apóstol tuvo que luchar contra los esfuerzos amistosos y apremiantes de Focio, patriarca de Constantinopla, que a la sazón turbaba la paz de la Iglesia, y que esperaba inducirlo al cisma. Aquellas tentativas no dieron resultado, pues lo que parecía haber originado un conflicto entre el obispo de Panonia y la Santa Sede, era sólo una cuestión disciplinaria: la libertad de un rito, distinto del latino, y no una cuestión dogmática, ni discusión alguna sobre la primacía del Sumo Pontífice. Jamás pudo tildarse a Metodio del más leve desvío para con la doctrina de la Santa

Iglesia Romana, ni para con sus verdaderos y legítimos representantes.

Bastaron, sin embargo, estos ligerísimos y muy naturales motivos, para remover las aguas de la discusión en torno de la ortodoxia de su conducta. La perfecta unión de Cirilo y Metodio con la cátedra de Pedro, ha sido, históricamente, el más firme testimonio de su rectitud y no cabe frente a ella sino reconocer la autenticidad de su doctrina, largamente aprobada por el Cielo con la santidad y con los milagros obrados por sus siervos.

MUERTE DE METODIO

Había llegado ya la hora del descanso, este celoso apóstol que estuviera tan íntimamente unido a su hermano durante la vida, iba muy pronto a juntarse con él en eterno abrazo y a recibir el galardón merecido. Al advertir la proximidad de su fin, designó a Gorazdo, uno de sus presbíteros, como sucesor suyo en el episcopado. Dio al clero y al pueblo las últimas instrucciones y consejos y durmióse en la paz del Señor el Martes Santo 6 de abril del año 885.

Su cuerpo fue llevado a Roma con la triple y majestuosa solemnidad de las liturgias latina, griega y eslava, y sepultado en la basílica de San Clemente, junto al de su hermano San Cirilo. La santidad de ambos hermanos fue corroborada por numerosos milagros obrados sobre su tumba.

CULTO DE LOS SANTOS CIRILO Y METODIO

Desde tiempo inmemorial figuran sus nombres en la liturgia eslava, en la grecobizantina no aparecen hasta el siglo XIII, Polonia, en su oficio de rito latino, los invocaba, desde mediados del siglo XIV, como a patronos y apóstoles del reino.

No obstante, en el correr de los siglos, fuese desvaneciendo la memoria de los dos Santos hasta tal punto que, desde el siglo XIII hasta el XVIII se les negó la paternidad de la liturgia eslava y del alfabeto glagolítico, tan justamente llamado «ciriliense», atribuídos durante dichos siglos a San Jerónimo el Eslavón. Los rusos ortodoxos suprimieron el oficio propio de ambos hermanos en 1682, y en el siglo XVIII, ya ni el calendario hacía mención de ellos. Su memoria fue reivindicada en 1863.

En este intervalo, los estudios eslavos inaugurados por José Dobrovski († 1829) esclarecieron los nombres de ambos apóstoles, también contribuyó poderosamente a ello la celebración de los centenarios de 1863, 1869 y 1885. El «Museo Británico» de Londres ha conservado, en copias del

siglo XII, 55 cartas del papa Juan VIII, muchas de las cuales se refieren a las misiones del arzobispo de Panonia.

En 1858, Pío IX concedió a los bohemios, moravos y croatas de raza eslava, que acostumbraban celebrar anualmente el 9 de marzo la fiesta de San Cirilo y San Metodio, autorización para celebrarla en adelante el 5 de julio. Con ocasión del Concilio Vaticano, numerosos obispos solicitaron y consiguieron que se hiciese extensiva esta fiesta a la Iglesia Universal. Actualmente se celebra el 7 de julio, en virtud de un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, que modificó el Breviario y el Misal en diciembre de 1897, y trajo a esta fecha la dicha celebración.

Hanse fundado, bajo la advocación de estos dos Santos, varias asociaciones. La primera fue instituída el año 1850 en Bruno (Moravia), otra se fundó en 1851, y prosperó bajo los auspicios del siervo de Dios Antonio Martín Slomseck, obispo de Maribor. Esta nueva cofradía fue aprobada en Roma el 12 de mayo de 1852, y se extendió rápidamente no sólo entre los eslovenos, sino también en Moravia, Hungría y Galitzia.

En Moravia especialmente fue instituída por el «Apostolado de los Santos Cirilo y Metodio», asociación fundada en 1892 por monseñor Stojan, y cuyos fines son propagar los sentimientos religiosos y nacionales, y trabajar para lograr la unión de las Iglesias entre los eslavos.

En 1927, con ocasión del undécimo centenario del nacimiento de San Cirilo, se celebraron en Praga solemnísimas fiestas en honor de ambos apóstoles eslavos. El mismo año, con la anuencia y delegación del papa Pío XI, reunióse en Velerado un congreso internacional para estudiar y redactar una fórmula de unión de la Iglesia eslava con la romana.

SANTORAL

Santos **Cirilo y Metodio, obispos, apóstoles de los esclavos;** *Panteno, apóstol de la India;* **Fermín, obispo de Pamplona y mártir** (véase su biografía el 25 de septiembre); Vilibaldo, compañero del apóstol de Alemania San Bonifacio, y ordenado por él obispo de Eichstadt; Félix, obispo de Nantes; *Odón, obispo de Urgel;* Eddas, obispo de Winchester; Apolonio, obispo de Brescia; Ilidio, obispo de Clermont; Eoldo, obispo de Viena, en Francia; Juan obispo de Ravena, y Cónsul, de Como; Valfrido, solitario y monje; Nicóstrato, esposo de Santa Zoé y mártir; Claudio y su hermano Victorino, Sinforiano, hijo de Claudio, y Castorio, cuñado de aquél, convertidos por San Sebastián y mártires de la fe (véase las páginas 202 y 207 de nuestro primer tomo). Beatos *Benedicto XI, papa*; Lorenzo de Bríndisi, capuchino, y Davanzato, terciario franciscano. Santas Ciríaca, mártir en la persecución de Diocleciano, y Edilburga, hija de un rey inglés.


Cetro y corona de reina — Cordón de terciaria — Rosas del milagro

DÍA 8 DE JULIO

SANTA ISABEL

REINA DE PORTUGAL (1271-1336)

ZARAGOZA, la Inmortal, la de los Innumerables Mártires, Pilar de nuestra raza y Columna de nuestra fe, fue la ciudad donde vio Isabel la luz primera. Andando el tiempo, había de ceñir sus sienes con la diadema real y merecer más tarde el honor de los altares por por la santidad de su vida. Nació Isabel en el castillo de la Aljafería, de la capital aragonesa, corriendo el año del Señor 1271. Fue hija de Pedro, primogénito del rey de Aragón, don Jaime I, y de Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, y nieta, por línea materna, del emperador de Alemania Federico II. Por parte de su madre, sobrina segunda de Santa Isabel de Hungría, cuyo nombre se le dio en el bautismo.

Habiéndose contraído contra la voluntad de don Jaime el matrimonio de don Pedro con Constanza, se siguieron, entre padre e hijo, una serie de desavenencias que dividían el reino. El nacimiento de Isabel vino a poner fin a estos desacuerdos Jaime I, que consintió en verla, quedó tan prendado de las cualidades de su nieta, que inmediatamente fue a visitar a su madre, a la que mostró desde entonces un afecto verdaderamente paternal.

Perdonó a su hijo, y todos los resentimientos que desde muy atrás tenía contra él fueron echados en olvido. Quiso don Jaime que la niña,

causa de la reconciliación, viviera con él en su mismo palacio. Isabel cumplió durante toda su vida esta hermosa misión de pacificadora, misión admirable que exalta la santa madre Iglesia en la liturgia de este día.

Como la aurora precede al día, así brillaba en el alma de Isabel el reflejo de la santidad antes que en ella despertara la luz de la razón. Para consolarla cuando lloraba, bastaba con que le mostrasen un crucifijo o la imagen de María Santísima. Por esto decía don Jaime que aquella niña llegaría a ser la mujer más famosa del reino de Aragón. El padre de Isabel, Pedro III, sucedió en el trono a Jaime I, el cual murió en 1276, tras largo reinado que le mereciera el dictado de Santo y Conquistador.

Ya en la corte, renunció Isabel a la magnificencia de los vestidos, al atractivo de los placeres y diversiones y a toda ocupación inútil. Aborrecía los cuentos y las historias profanas, y se gozaba, en cambio, en la lectura de los libros de piedad, y en la repetición de los salmos e himnos religiosos, se entregaba a las prácticas de devoción, a la caridad y penitencias, y socorría a los pobres con ternura y compasión verdaderamente maternales.

REINA DE PORTUGAL

La joven Isabel, que sentía gran atractivo por la virginidad, no hubiera aceptado esposo alguno terrenal, pero una luz particular le manifestó que por razón de estado debía sacrificarse y acatar el deseo de sus padres. La alianza con el valeroso rey de Aragón, llamado *el Grande* a pesar de su corto reinado, era muy solicitada. El emperador de Oriente, y los reyes de Francia, Inglaterra y Portugal, habían pedido la mano de Isabel. Para evitarse la pena que les produciría el alejamiento de su hija, buscaron los padres al rey más próximo, y, con este fin enviaron embajadores a Dionisio, rey de Portugal, para anunciarle que aceptaban su petición.

Dionisio, que se encontraba entonces en Alentejo, en guerra contra su hermano don Alfonso, cesó en las hostilidades al recibir a los enviados del rey de Aragón. Tardó mucho el rey Pedro en dejar salir a su amada hija, pero al fin cedió, y, acompañándola hasta la frontera de su reino, se despidió de ella con abundantes lágrimas. A su paso por Castilla, fue la joven princesa magníficamente recibida en todas partes. El 24 de junio de 1282 hizo su entrada solemne en Trancoso, donde la esperaba el rey, y allí celebraron la boda el mismo día con extraordinaria solemnidad y no pequeño regocijo del pueblo. Dionisio tenía a la sazón unos veinte años, y la reina frisaba en los doce.

La mudanza de estado no alteró las costumbres de Isabel. En la corte de Portugal como antes en la de Aragón, siguió siendo modelo de todas

las virtudes. Su marido le dejó amplia libertad para los ejercicios piadosos, si bien procuró moderar sus mortificaciones para que no le alterasen la salud ni amenguaran su extraordinaria belleza. El buen ejemplo de Isabel decidió a muchas damas de la corte a vivir cristianamente como su reina, los servicios de tocador se redujeron a justa medida; desterróse la ociosidad de entre los que la rodeaban; las damas de palacio trabajaban para los hospitales, iglesias, monasterios y casas pobres, y cuidaban de dar a la conversación un tono elevado y digno. Pronto la fama de estas reformas se propagó por todo el reino, excitando en todas partes santa emulación para el bien, de manera especial entre las familias nobles.

Portugal acababa de barrer de su territorio a los sarracenos, ampliando así sus fronteras hasta los límites actuales, y entraba en una nueva era de paz y prosperidad. Dionisio reparó las ruinas acumuladas por las anteriores guerras· no menos de cuarenta fueron las ciudades reconstruídas o edificadas, fundó muchos hospitales y centros de saber, entre éstos la célebre Universidad de Coímbra, y dio gran impulso a la agricultura y al comercio. La historia, con muy merecida justicia, ha calificado de «edad de oro de Portugal» a los cuarenta y tres años de este reinado.

Isabel tuvo parte considerable en esta obra de restauración, principalmente en la construcción y adorno de las iglesias, hospitales y orfanatos; y si el pueblo agradecido dio a su soberano los títulos de «Rey labrador» y «Padre de la Patria», saludó a su reina con el dictado de «Patrona de los agricultores», por el grande amor que siempre les demostró.

En 1288 tuvo Isabel el primer vástago, Constanza, la cual debía casar años más tarde con Fernando IV, rey de Castilla, y murió en el año 1313.

TERRIBLES PRUEBAS. — UN RASGO DE JUSTICIA DIVINA

TRAS de algunos años de dicha conyugal perfecta, el rey se dejó llevar de culpables pasiones. La desdichada reina soportó aquella pesadísima cruz con tan heroica paciencia, que jamás se le escapó ni la más ligera queja ni la más mínima señal de disgusto o resentiminto. Menos ofendida de sus agravios y del abandono en que se veía, que de las ofensas hechas a la majestad de Dios, se contentaba con clamar en secreto al Señor por la conversión del rey, pidiéndosela sin cesar con oraciones, lágrimas y limosnas. Al fin la paciencia y mansedumbre de la reina conmovieron el corazón del rey, el cual volvió a la práctica de sus deberes religiosos e hizo penitencia por sus pasados extravíos con sincerísimo arrepentimiento.

Tenía la reina un paje muy virtuoso, de mucho juicio y singular pru-

dencia; por estas prendas se valía de él así para las limosnas reservadas de muchos pobres vergonzantes, como para varias otras buenas obras. Otro paje, compañero de él, lleno de envidia, determinó perderle, con cuya maligna intención significó al rey que no era muy inocente la inclinación de la reina hacia aquel paje suyo, el cual abusaba de los favores de la princesa en ofensa de Su Majestad. El rey dio crédito con demasiada ligereza al calumniador. Volviendo un día de caza, pasó por una calera, y llamando aparte al dueño de ella, le previno de que a la mañana siguiente le enviaría un paje a preguntarle si había ejecutado ya aquella orden que le había dado. Al punto, sin responder palabra, debía arrojarle al horno de la calera.

A la mañana siguiente, muy temprano, el rey envió al lugar convenido al paje de la reina. Partió al instante, pero hubo de pasar cerca de una iglesia cuando la campana anunciaba el momento de la consagración, entró y oyó el final de aquella misa y aún otras dos que se celebraron a continuación. Impaciente el rey por saber cómo habían cumplido su mandato, despachó al calumniador para que se informara de ello. Llegó el emisario a la calera, y, apenas abrió la boca para preguntar si se había hecho lo que el rey ordenara, cuando los caleros le arrebataron y le arrojaron al horno. Poco después llegó el paje de la reina, y enterándose de que la orden había sido cumplida ya, volvió a palacio; asombrado el rey al verle, le hizo varias preguntas, descubrió la extraña equivocación y hubo de reconocer la singular providencia del Señor, que protege a los inocentes y castiga a los culpados, aun a pesar de las estudiadas maquinaciones de los hombres.

SANTA ISABEL RESTABLECE LA PAZ

ALFONSO, príncipe heredero de Portugal, deseoso de figurar en el campo de la política, intentó, en 1322, apoderarse por sorpresa de Lisboa. El rey conocedor de estos planes, quiso evitar la guerra y no encontró más expeditivo remedio que hacer prisionero al rebelde.

Isabel, luchando entre su amor de esposa y su amor de madre, trató de reconciliar al padre con el hijo, luego, para que no hubiera efusión de sangre, advirtió a su hijo Alfonso el peligro que corría. Algunas personas mal intencionadas la acusaron de ser partidaria del príncipe, y el rey, demasiadamente crédulo, echó a la reina del palacio de Santarem, donde él estaba, privóla de todas sus rentas y la desterró a la villa de Alenquer. En tan crítica circunstancia, muchos señores ofrecieron sus servicios a la reina, pero ella lo rehusó todo, alegando que la primera obligación que a todos cabía era la de condescender con los deseos del rey.



La santa reina de Portugal visita a los pobres enfermos y cúralos con sus propias manos sin asco ni pesadumbre. Les lava los pies, aunque tengan enfermedades enojosas, y con gran devoción se los besa. Todo le parece poco, sabiendo que Dios es digno de infinito amor y servicio.

El joven príncipe, so pretexto de defender a su madre, pidió socorros a Castilla y Aragón, mientras Dionisio preparaba un gran ejército. Ante tales extremos, marchóse la reina de Alenquer, no obstante la prohibición del rey, y fue a Coímbra a echarse a los pies de su esposo, el cual la recibió con bondad y consintió que se interpusiera cerca de su hijo. Apresuradamente fue Isabel a Pombal, donde el príncipe se hallaba al frente de las tropas rebeldes, le ofreció el perdón paterno, y se restableció nuevamente la paz.

PIEDAD Y VIRTUD DE NUESTRA SANTA.—SUS MILAGROS

La virtuosa reina comenzaba el día con un acto de piedad que tenía lugar en la capilla de palacio. Allí rezaba Maitines y Laudes, y oía luego la santa Misa. Tenía en alto grado el don de lágrimas y era su anhelo sufrir por Nuestro Señor. Durante la cuaresma practicaba ayunos rigurosos y llevaba debajo de sus vestidos ásperos cilicios. Los viernes, con licencia del rey, daba de comer en sus habitaciones particulares a doce pobres, los servía ella misma, y les daba vestidos, calzado y dinero.

En sus frecuentes visitas a los hospitales, consolaba a los enfermos, e interesábase por su salud, más de una vez, después de esta visita, los pacientes se sentían libres o muy mejorados de sus dolencias. Un día, en el monasterio de Chelas, en Lisboa, iba a visitar a una religiosa que estaba muriendo de un cáncer en el pecho; quiso la reina ver la llaga, la tocó y el mal desapareció en el mismo instante. Otro caso análogo sucedió con una sirvienta suya gravemente enferma desde tiempo atrás.

Bajo el patronato de Santa Isabel, fundó un hospital capaz para quince enfermos menesterosos. A fin de poder estar más próxima a las monjas y más cerca de los pobres, hizo construir enfrente del hospital un palacio que luego, ante notario, legó al convento, estipulando, para evitar las molestias de vecindad a las religiosas, que únicamente podrían habitarlo los reyes o los infantes. Cuando se elevaban estas edificaciones, cierto día en que Isabel llevaba algunos donativos para los obreros, habiéndola encontrado el rey, le preguntó qué ocultaba tan cuidadosamente. Por toda respuesta, entreabrió la Santa su vestido, del que cayó un puñado de rosas. En recuerdo de este milagro, se dio el nombre de «Puerta de las Rosas» a una del monasterio de Santa Clara.

Una noche, durante el sueño, Isabel recibió inspiración del Espíritu Santo, para edificar un templo en su honor. Muy de madrugada, hizo la piadosa reina ofrecer el santo Sacrificio, y rogó al Señor que le manifestase claramente su voluntad. Una vez conocida ésta, mandó algunos ar-

quitectos al sitio que le parecía más conveniente para la construcción proyectada, pero volvieron para comunicarle que los cimientos ya estaban trazados y que se podía empezar inmediatamente la construcción. Fue cosa muy sorprendente, pues la víspera no había absolutamente nada. El rey ordenó una indagación e hizo levantar acta acerca de este hecho maravilloso; cuando la reina llegó al lugar para cerciorarse de lo sucedido, tuvo un prolongado éxtasis, del que fueron muchos testigos.

Poco tiempo después, yendo Isabel a visitar los trabajos, encontró a una muchacha que llevaba un ramo. Pidióselo y repartió las flores a los obreros, éstos después de agradecer el delicado obsequio, las dejaron en lugar seguro, mas al ir a recogerlas después del trabajo, vieron que se habían convertido en doblones. La construcción de la iglesia y las fiestas solemnes de su inauguración fueron señaladas con multitud de maravillas.

Junto al parque de Alenquer corría un río en cuyas aguas la reina lavaba la ropa de los enfermos del hospital. Dice la historia que al contacto con sus manos, estas aguas adquirieron propiedades maravillosas con las cuales muchos enfermos recobraron la salud y otros mejoraron de sus dolencias.

MUERTE DEL REY

HALLÁNDOSE enfermo Dionisio y cansado del clima de Lisboa donde se encontraba en compañía de la reina, decidió ir a Santarem, pero en el viaje le aumentó la fiebre y tuvo que detenerse en el poblado de le
Villanueva. Isabel envió inmediatamente emisarios para que hicieran venir a su hijo y se apresuró a hacer trasladar al enfermo a Santarem donde se agravó de tal manera, que se le tuvieron que administrar los últimos sacramentos. La reina, que no le abandonó un momento, cuidóle con admirable solicitud y logró que se entregara completamente en las manos de Dios. Murió el rey piadosamente el 7 de enero de 1325.

Isabel se retiró a sus habitaciones para dar desahogo a su dolor; se despojó de los vestidos reales, y púsose el pobre hábito de clarisa. Desde aquel día hasta el de los funerales, que tuvieron lugar en Odinellas, hizo celebrar muchas misas y rezar muchas oraciones por el eterno descanso del alma de su marido, y dióse personalmente extraordinarias penitencias.

Con aquel suceso quedaba la santa reina libre de los compromisos a que le obligaba su vida en la corte, y ya sólo pensó en consagrarse de lleno a las exigencias de su piadosísimo corazón. Ofrecíasele así un magnífico campo a su fervor; en adelante, vacaría exclusivamente a los intereses de su alma, y a encomendar a la misericordia de Dios el descanso eterno del difunto rey. Dios había de bendecir aquella generosa resolución.

PEREGRINACIONES A COMPOSTELA. LA REINA, CON LAS MONJAS CLARAS

En medio de su luto, la reina resolvió ir en peregrinación a Compostela para visitar el sepulcro de Santiago. Quiso realizar el viaje de incógnito, en compañía de otras damas, pero, no obstante haber salido secretamente de Odinellas, la fama de su santidad la precedió por todas partes. En Arrifana de Santa María, diócesis de Oporto, una mujer se arrojó a los pies de la reina suplicándola que tocase los ojos de su hija que era ciega de nacimiento. La reina se contentó con darle una cuantiosa limosna, pero ante las súplicas reiteradas de la mujer, consintió en ver a la niña, a la cual sanó milagrosamente, la curación sólo pudo comprobarse unos días después; así lo dispuso Dios para respetar la humildad de su sierva. Una vez llegada a la vista de la catedral de Santiago, bajó Isabel de su litera, besó varias veces el suelo, y a pie llegó hasta la ciudad, en la que permaneció dos días junto a la tumba del Apóstol. Los ricos presentes que hizo el día 25 de julio, fiesta de Santiago, descubrieron la personalidad de la egregia peregrina. El obispo le regaló un bordón incrustado de plata que Isabel guardó toda la vida como preciosa reliquia.

Al regresar de Compostela, quiso nuestra Santa poner por obra su deseo de abrazar la vida religiosa y, para que su sacrificio fuese más completo, entró en la Orden de las pobrísimas monjas Claras. Fue, pues, al convento de Coímbra. Pero por consejo de sus directores, estuvo allí sólo a título de donada o terciaria.

Deseosa de repetir la peregrinación a Compostela, pensó hacerla a pie, acompañada de dos solas criadas. Tenía entonces sesenta y cuatro años. Aunque el trayecto era largo, no quiso vivir más que de limosna. En un zurrón guardaba los regojos de pan que pedía de puerta en puerta, y eso con el agua de las fuentes, era todo su alimento.

Apenas estuvo de vuelta en Coímbra, supo la reina que su nieto, Alfonso XI de Castilla, y su hijo, Alfonso IV de Portugal, estaban para declararse la guerra. Con el fin de reconciliar a los dos reyes partió al punto a Estremoz, donde se hallaba su hijo con todo el ejército.

Pero el viaje era de más de treinta leguas y los terribles calores del mes de junio le hicieron dificultosísima la marcha. La reina enfermó, y no tardó en declarársele una postema perniciosa que aumentó la fiebre. Se juzgó su estado de mucha gravedad, y a petición suya se le dieron los últimos sacramentos. Aún quedó tiempo a la Santa para conseguir que su hijo renunciase a la guerra.

SU MUERTE. — PRODIGIOS QUE LA SIGUIERON

Los médicos, que habían sido llamados con grande urgencia, encontraron muy débil el pulso de la enferma. En cuanto salieron de la habitación, quiso la reina levantarse del lecho; pero, apenas descansó los pies en el suelo, cayó desvanecida. Vuelta en sí, rezó el *Credo* y una plegaria a la Virgen, besó el Crucifijo y se durmió en la paz del Señor. Era el 4 de julio de 1336, tenía a la sazón sesenta y cinco años.

En su testamento, Isabel legaba todos sus bienes al monasterio de Santa Clara de Coímbra, en el cual pedía que se la enterrase, aunque con expresa prohibición de que embalsamasen su cadáver. A causa de los calores se temió la rápida descomposición, lo que originó algunas dudas respecto a dicho mandato, sin embargo, por no quebrantar el último deseo de la reina, su cuerpo, revestido con el hábito de Santa Clara y envuelto en una sábana, fue depositado en un sencillísimo ataúd de madera.

Junto a su tumba se multiplicaron los milagros. En el proceso de su beatificación, se reconoció la curación de seis moribundos, cinco paralíticos, dos leprosos y un loco. Isabel fue beatificada por León X en 1516. El 26 de marzo de 1612, al ser abierta su sepultura, se observó que su cuerpo incorrupto exhalaba exquisito perfume. Fue canonizada por Su Santidad Urbano VIII el día 25 de mayo del año 1625.

Muchas ciudades la han escogido por Patrona: Zaragoza donde nació, Estremoz donde murió, Coímbra donde vivió como humilde terciaria de San Francisco, y la nación portuguesa en que había brillado como reina y como santa.

SANTORAL

Santos *Quiliano* o *Kiliano, obispo* y *mártir;* Auspicio, obispo de Toul; Aquila, esposo de Santa Priscila (véase en el día 16 de enero); *Procopio, mártir en Cesarea;* Grimbaldo, primer abad de Winchester; Ducelino, venerado en la diócesis de Angers; *Colomano y Tornano, mártires;* cincuenta soldados convertidos durante el martirio de Santa Bonosa y mártires a su vez (siglo III); los monjes Abrahamitas, martirizados por los iconoclastas. Beatos Eugenio III y Adriano III, papas; Pedro Cendra, dominico. Santas **Isabel, reina de Portugal;** *Witburga, virgen;* y Landrada, virgen y abadesa de Bilsen (Holanda); Suniva, virgen y mártir en Noruega; Teodosia y doce compañeras, mártires en Oriente.



Hija de la Cruz y continua contempladora de la Pasión de Cristo

DÍA 9 DE JULIO

SANTA VERÓNICA DE JULIANIS

ABADESA CAPUCHINA (1660-1727)

Era el año 1664. Benita Mancini, piadosa madre de familia, se hallaba en sus últimos momentos, después de una vida consagrada totalmente a la práctica de las virtudes cristianas. Desposada con Francisco de Julianis, caballero distiguido de Mercantello, ciudad del ducado  de Urbino, en la Italia central, había tenido siete hijos, dos de éstos la habían precedido en el camino de la eternidad. Poco antes de morir, llamó a los otros cinco en torno a su lecho de dolor y mostrándoles el crucifijo les habló así·

—Que las sagradas llagas de nuestro Divino Salvador sean hijos míos, vuestro refugio durante toda la vida. Os lego una de ellas a cada uno de vosotros para que tengáis dónde reposar vuestras inquietudes y vuestro amor. Nunca la abandonéis, y seréis felices en la vida.

A Úrsula, que era la más pequeña de los cinco, le correspondió la llaga del costado divino. Parecía obedecer esta herencia a una disposición providente del Señor, ya que Él mismo había escogido esta alma para que constituyese uno de los florones de su corona, y la había prevenido con gracias extraordinarias en atención a la grandeza de su futura santidad.

MARAVILLOSA INFANCIA

Nacida el 27 de diciembre de 1660, Úrsula, que más tarde había de tomar el nombre de Verónica, comenzó desde la infancia a practicar el ayuno los miércoles, viernes y sábados en memoria de los sufrimientos de Jesús y en honra de la Virgen Santísima. Contaba apenas dos años, cuando, encontrándose cierto día con una criada de su madre en una tienda de comestibles, dijo con voz clara y fuerte al vendedor que quería engañar en el peso «Sea usted justo, que Dios le ve».

A la edad de tres años ya tenía comunicaciones familiares con Jesús y María. Gustábale mucho adornar un altarcito colocado delante de un cuadro que representaba a la Virgen con el Niño Jesús en los brazos. Sobre este altar depositaba muchas veces su desayuno, y, con frecuencia, antes de tomar su porción de comida, invitaba al Niño a comer con ella. El Señor, a quien tanto agradaban la inocencia y la sencillez, aceptaba complacido aquel obsequio de amor, más de una vez se animó la imagen de María, y bajando el Niño de los brazos de su Madre a los de Úrsula, hasta llegó a saborear alguna vez los manjares ofrecidos por la parvulita.

Llena de caridad para con los pobres, entregó un día sus zapatos a una niña descalza que pedía limosna. Creía haberlo hecho a una de tantas niñas desvalidas, poco después los vió en los pies de la Santísima Virgen, milagrosamente agrandados y esplendentes de pedrería.

Úrsula se había propuesto imitar a Santa Catalina de Sena y a Santa Rosa de Lima, y a su ejemplo se complacía en mortificar el cuerpo. Una vez se dejó coger los dedos al cerrar una puerta, lo que le ocasionó gran dolor y abundante derramamiento de sangre; de no haber sido por obediencia no habría aceptado cuidado alguno para la mano magullada, tan extraordinario era su deseo de sufrir por amor de Jesús.

La muerte de su piadosa madre fue para Úrsula una prueba terrible que sirvió para afianzarla más en la piedad, al mostrarle de cerca la vanidad de las cosas mundanas y las grandezas de la vida futura. Su padre, recién nombrado superintendiente de hacienda en Plasencia, trasladó el domicilio a dicha ciudad en 1668. Allí hizo Úrsula la primera comunión cuando contaba diez años. Desde aquel momento sintió su corazón tan abrasado en el amor divino que, al volver a casa, preguntó a sus hermanas si cada vez que se comulgaba se sentía un placer tan grande.

El padre, que la amaba con predilección, pensaba ya en prepararle un brillante matrimonio; muchos jóvenes nobles aspiraban a la mano de la noble doncella; pero cuantos esfuerzos se hicieron para que consintiera en tomar esposo, fueron completamente ineficaces. «Vuestras instancias son inútiles decía; pues yo he de ser religiosa».

LA HERMANA VERÓNICA

DESPUÉS de muchas resistencias, acabó su padre por ceder a las súplicas de la joven y le permitió entrar en el convento de capuchinas de Cittá di Castello. En él tomó Úrsula el hábito el 23 de octubre de 1677 con el nombre de Hermana Verónica, contaba a la sazón diez y siete años. Desde el primer día, cumplió rigurosamente las austeras observancias del convento; su entusiasmo, alegría y modestia, edificaban a todas las Hermanas. Mas no todo fue paz, que no dejó el demonio de asaltarla con muchas tentaciones para hacerla caer en la duda, tristeza y desaliento, triple arma que exige recio temple en las vocaciones primerizas.

El sostén de la piadosa novicia en medio de sus penas fue la meditación de los dolores de Nuestro Señor; en este ejercicio aprendió a inmolarse enteramente a su Divino Rey y a servirle, costara lo que costase, aun en el caso de verse privada de todo consuelo. El 1.º de noviembre de 1678, la Hermana Verónica emitió los votos de religión con una alegría inmensa. Cada año celebraba esta fecha con profundo recogimiento.

La noble hija de Francisco de Julianis cumplió a las mil maravillas los diversos empleos del convento; y según se lo exigió la obediencia, fue cocinera, despensera, enfermera, sacristana y portera, sin que ninguno de estos oficios lograra desviarla de su firme propósito de adelantar más y más en la virtud. Dulce y obsequiosa con todas las Hermanas, se aprestaba a suplirlas en sus cargos siempre que la caridad lo exigía, aun entonces, elegía para sí lo más penoso y desagradable. En los empleos de cocinera y enfermera experimentó al principio las naturales repugnancias; pero triunfó de ellas con heroica virtud. Así, por ejemplo, la mortificaba mucho y no podía soportar el olor de ciertos pescados, para vencerse, tomó uno, lo llevó a su celda, y allí lo conservó hasta que estuvo corrompido. Acostumbraba decir Todo el que quiera ser de Dios ha de morir a sí mismo», su vida fue un ejercicio continuo de vencimiento propio.

A los treinta y cuatro años, la Hermana Verónica fue nombrada maestra de novicias, empleo que desempeñó por espacio de veintidós años. Durante ellos formó una multitud de religiosas, muchas de las cuales llegaron a un alto grado de perfección. Entre otras se cita a la Venerable Florina Ceoli que le sucedió más tarde en el gobierno del monasterio.

La prudente Madre procuraba inducir a sus hijas a la práctica de la humildad según se lo había recomendado el Niño Jesús en una aparición. Ella sabía que hay que seguir siempre las vías ordinarias, a menos que el Espíritu Santo manifieste claramente otra dirección, por esto se esforzaba en instruir bien a sus novicias en lo referente a los mandamientos de Dios,

la doctrina, la regla y las constituciones. «No despreciéis —repetía— las cosas pequeñas, pues no hay cosas pequeñas a los ojos de Dios».

HIJA DE LA CRUZ

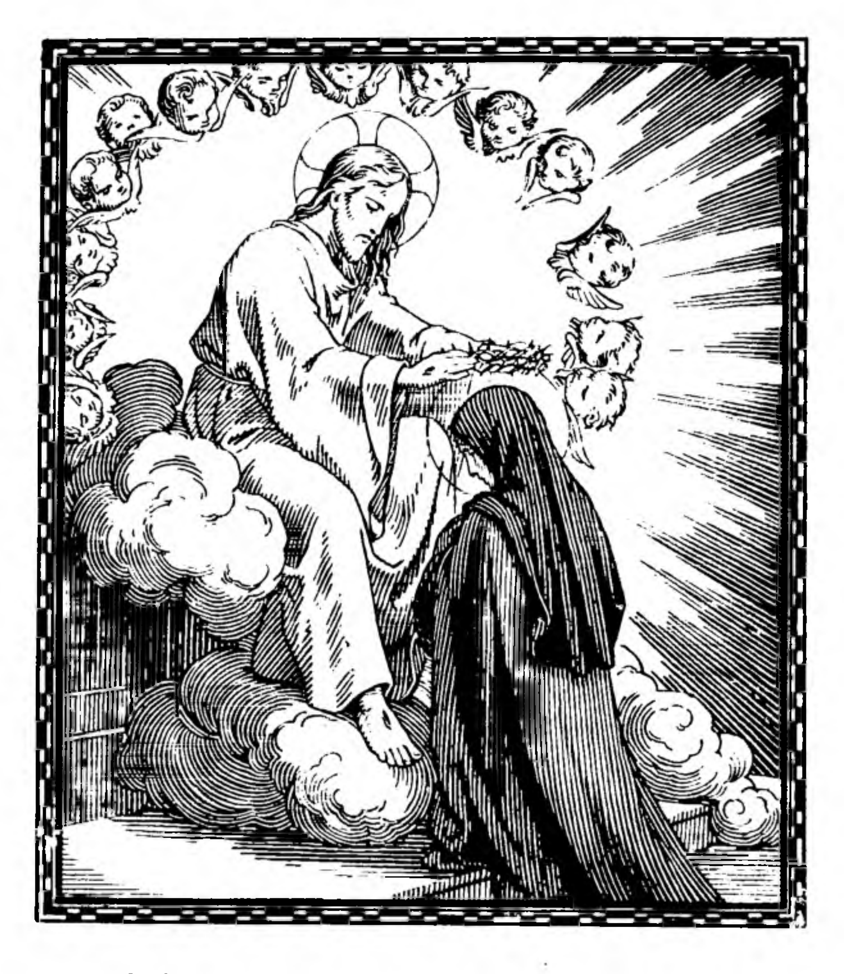
En medio de todos los empleos exteriores, la Hermana Verónica sufría un martirio de amor en unión con Jesucristo crucificado. Muchas páginas harían falta para encarecer con qué intensidad y devoción sobrellevó los lances de esta vida que tan íntimamente la unían a los dolores del Salvador. Comenzó aquel padecer en los primeros años de su vocación religiosa, y ya no la volvió a dejar. Ello hizo que firmara en sus escritos «Hija de la Cruz». Porque realmente la cruz fue como la nodriza de su adelanto espiritual.

Describe así la Santa una de las muchas apariciones con que la honró el Señor para alentarla a proseguir en su martirio

«Me pareció ver a Nuestro Señor que llevaba la Cruz sobre sus espaldas y me invitaba a compartir con Él esta carga preciosa. Experimenté ardiente deseo de sufrir, y parecía como que el Señor plantaba su cruz en mi corazón y que así me hacía comprender el precio de los sufrimientos. Me encontraba como rodeado de toda clase de penas, en el mismo instante vi aquellas penas transformadas en joyas y en piedras preciosas talladas todas en forma de cruz. Al mismo tiempo me fue revelado que Dios sólo exigía de mí sufrimientos y desapareció la visión. Apenas me hube recobrado, sentí en mi corazón un intenso dolor que ya nunca me abandonó. El deseo que yo tenía de sufrir era tan vivo, que gustosa hubiera afrontado todos los tormentos imaginables. A partir de aquel momento, no he cesado de repetir «La cruz y los sufrimientos son valiosísimos tesoros, verdaderas delicias».

La figura de la cruz y de otros instrumentos de la Pasión quedaron impresas física y realmente en su corazón, según se pudo comprobar después de su muerte. Un día, festividad de la Asunción, aparecióse la Santísima Virgen a la sierva de Dios, y tomando un cáliz de las manos de su divino Hijo, presentóselo a Verónica diciendo: «Toma, hija mía, este don precioso que Jesús te ofrece por mi mano». En esta ocasión, acompañaban a la Virgen, Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima.

El día de San Agustín, el Salvador se mostró a su sierva, acompañado por el Doctor de Hipona, y le presentó un cáliz lleno de un licor que borbotaba y vertía; licor cuyas gotas recogían los ángeles en copas de oro para ofrecerlas al trono de Dios. Verónica entendió que este licor representaba los sufrimientos que habría de soportar por amor a Nuestro Señor



DICE *Jesús a Santa Verónica: «Vengo a coronarte, hija mía». Quítase entonces la corona de espinas y se la pone a la Santa. Los dolores agudísimos que Verónica sintió en la cabeza desde entonces, solían recrudecerse e intensificarse los viernes y en otras muchas circunstancias, sobre todo en Semana Santa.*

Jesucristo. Estos sufrimientos fueron muchos, largos y terribles. Dolorosas e interminables enfermedades, tentaciones violentas del espíritu de las tinieblas, arideces, oscuridades y desolaciones interiores. Veces hubo en que le parecía que Dios, sordo a sus oraciones, se había retirado de ella para abandonarla a una agonía más cruel que la muerte.

Pero la mano divina estaba allí, sosteniendo el ánimo de su heroica sierva, la cual, invencible, repetía en medio de sus angustias: «¡Bendito sea Dios! Todo esto es poca cosa para lo que se merece su amor. ¡Viva la cruz, sola y sin adornos! ¡Viva el sufrimiento! Todo lo acepto para hacer lo que a mi Señor gusta y para cumplir su santa voluntad».

El 4 de abril de 1694, Jesucristo se le apareció coronado de espinas. A su vista exclamó Verónica «Oh Esposo de mi alma, dadme esas espinas, pues yo soy quien las merezco y no Vos, «mi soberano Bien». El Salvador le respondió: «Precisamente he venido a coronarte, amada mía». Y quitándose la corona púsola sobre la cabeza de Verónica. Experimentó ésta tal sufrimiento cual jamás lo había sentido. Desde entonces su cabeza quedó coronada de dolores que no la dejaron nunca más, dolores que aumentaban de intensidad cada viernes, por Cuaresma, sobre todo, en Semana Santa. Los médicos, al intervenir, aumentaron sus padecimientos, le aplicaron un botón de fuego a la cabeza y le cortaron la piel del cuello con una gruesa aguja enrojecida para hacerle un sedal nada lograron, y tuvieron que reconocer que aquella enfermedad les era desconocida.

Con humildad propia de una santa, Verónica manifestaba francamente a su confesor y director todo lo que le pasaba, y las gracias extraordinarias que Dios le concedía. Es éste el medio más seguro —como dice Santa Teresa— para no errar y no ser víctima de las ilusiones del demonio. Su obediencia en esto, como en todo, era perfecta.

El 5 de marzo de 1696, Nuestro Señor le ordenó que ayunase a pan y agua por espacio de tres años, pero los superiores no se lo consintieron. Habiendo renovado el Divino Maestro su orden, díjole ella· «Señor y Dios mío, yo quiero obedeceros, pero sé que vuestra voluntad es que sólo haga lo que me permiten vuestros representantes respecto a mí. Si deseáis, pues, que yo cumpla vuestras órdenes, disponed en consecuencia el ánimo de los que habéis puesto para dirigirme». Así se hizo. Poco después se le concedía a la Santa el permiso deseado.

El Viernes Santo, 5 de abril de 1697, mientras meditaba sobre los sufrimientos de Nuestro Señor, apareciósele Cristo en la Cruz de sus cinco llagas salieron sendos rayos inflamados que fueron a herir a Verónica en sus manos, pies y costado, al mismo tiempo sintió ella un gran dolor y experimentó un tormento semejante al de una persona clavada en cruz. También tuvo que sufrir varias veces el suplicio de la flagelación.

EN EL CRISOL DE LAS PRUEBAS

SABEDORA la autoridad eclesiástica de los hechos extraordinarios que se referían de Sor Verónica, quiso examinar el caso detenidamente para comprobar si estos fenómenos venían del espíritu de Dios o bien del demonio, tan hábil para engañar y seducir a las almas. Por orden del tribunal del Santo Oficio, el obispo de Cittá di Castello fue el encargado de poner a prueba la obediencia, humildad y resignación de Verónica, pues estas son las piedras de toque de la verdadera santidad.

Se empezó por destituirla de su cargo de Maestra de novicias; se la separó luego de la comunidad como si fuera una oveja enferma cuyo contacto resultase peligroso; se la encerró en un cuarto de la enfermería con prohibición de ir al coro, excepto los días de precepto, para oír misa. No podía bajar al recibidor, ni escribir carta alguna como no fuese a sus hermanas religiosas que vivían en Mercatello. Estuvo bajo la custodia de una Hermana conversa que tenía orden de mandarle con severidad. Finalmente, y fue lo que le causó más pena, se la privó de la Sagrada Comunión.

Por su parte, el demonio procuró hacerle perder la estima de sus Hermanas y presentarla a los ojos de todos como una hipócrita. Renovando una vieja estratagema, tomaba la forma y vestidos de Verónica y se mostraba a las demás monjas comiendo a hurtadillas, fuera de las horas reglamentarias, ya en el refectorio, ya en la despensa o en la cocina. Como esto sucedía precisamente en la época en que Verónica había obtenido autorización para practicar un ayuno de tres años, puede suponerse qué pensarían las religiosas viendo tales infracciones. Cierto día en que una de ellas había creído verla comiendo a escondidas, corrió al coro, pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver allí, con las otras, a Verónica, arrodillada y entregada a la oración! Así se descubrió la superchería del espíritu del mal.

Por lo demás, en medio de tantas pruebas, la Santa permanecía tranquila y apacible, y se juzgaba dichosa de poder sufrir y ser humillada. El obispo de Citta di Castello, muy edificado y admirado de cuanto observaba, escribía al Santo Oficio el 26 de septiembre de 1697:

«La Hermana Verónica continúa practicando la santa obediencia, profunda humildad y abstinencia sorprendentes, sin dar la menor señal de tristeza; antes, al contrario, aparece con una paz y una tranquilidad inalterables. Es objeto de la admiración de sus compañeras, las cuales, incapaces de ocultar la grata impresión que les produce, hablan de ello a las gentes. A pesar de que a las que más hablan las conmino con penitencias para que no alimenten la curiosidad del pueblo, que en sus conversaciones no trata de otra cosa, me cuesta gran trabajo lograr moderación».

LA ABADESA SANTA

El 5 de abril de 1716, terminado ya el ingrato episodio de las pruebas, las Hermanas la eligieron, por unanimidad, abadesa del monasterio, cargo en el que permaneció hasta su muerte, acaecida en 1727. La Madre Verónica se desvelaba para conservar en el convento el espíritu de pobreza franciscana en todo su rigor. Al morir la Hermana Constanza Dini, que había guardado en su celda algunos objetos inútiles, su alma fue al purgatorio. En tal estado fue vista por la santa abadesa, la cual subió apresuradamente a la celda de la difunta, y tomando aquellas superfluidades exclamaba con dolor: «¡Ah, si mi Hermana Constanza pudiese volver entre nosotras, qué pronto se desprendería de todo esto!». Sin embargo de este rigor, quería que la decencia y la limpieza acompañasen siempre a la pobreza de los vestidos. Mandó, además, hacer en el convento las reparaciones necesarias; ordenó la construcción de un gran dormitorio y de una capilla privada, y procuró a la comunidad todas las comodidades compatibles con el espíritu de la Regla. En estos pormenores se denunciaba su enemiga a la singularidad.

Nada igualaba a su caridad para con los pecadores. No pasaba ni un solo día sin rogar y sufrir por su conversión. Algunas veces se la vio derramar lágrimas de sangre por la desgracia de las almas en estado de pecado mortal De continuo se ofrecía a Dios como víctima por su salvación y suplicaba a las Hermanas que se unieran a ella, en tan apostólico deseo.

He aquí el fragmento de una oración que escribió con su propia sangre: «Os pido —decía a su celestial Esposo— la conversión de los pecadores, otra vez me pongo como intermediaria entre Vos y ellos. Estoy dispuesta a perder mi sangre y mi vida por su bien y por su confirmación en la fe; Señor, os ofrezco esta plegaria en nombre de vuestro amor y de vuestro Sagrado Corazón. ¡Oh almas rescatadas por la sangre de Jesús! ¡Oh pecadores!, venid todos a su Corazón adorable, fuente de vida, océano inmensurable de amor. Venid todos, pecadores; huid del pecado, venid a Jesús».

Sus confesores declararon que, según revelación tenida por la Santa y manifestada por obediencia, por sus penitencias y oraciones se convirtieron muchos pecadores al buen camino, y multitud de almas fueron libertadas del purgatorio, varias de las cuales se mostraron visiblemente por disposición de Dios. Así vio, por ejemplo, cómo salía de las llamas expiatorias el alma del padre Capellati, antiguo confesor de la comunidad; la de monseñor Eustachi, su obispo, fallecido en 1715, y la del papa Clemen-

te XI en 1721, por quienes se había ofrecido como víctima de expiación.

Llegada al más alto grado de la vida espiritual, Nuestro Señor la honró con los místicos desposorios, que son el preludio de la unión bienaventurada del cielo. En espléndida visión, el Rey de la gloria se le apareció en medio de los coros angélicos, y le puso en el dedo un anillo nupcial que llevaba grabado el nombre adorable de Jesús. Al propio tiempo le dio nuevas reglas de vida, a fin de que, muerta del todo a sí misma, se sometiese enteramente a su santa voluntad. Más de una vez recibió la Sagrada Comunión de manos de un ángel, de la Santísima Virgen o del mismo Jesucristo. Dios nuestro Señor le concedió, además, el don de milagros y el de profecía.

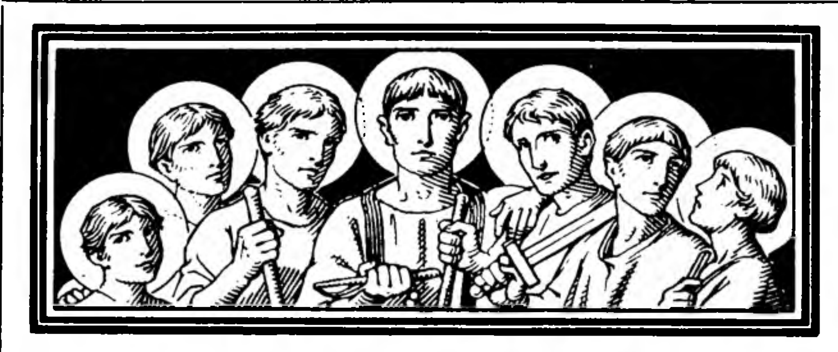
LA MUERTE

A los cincuenta años de esta vida de inmolación, llegó para ella la hora de la recompensa. Fortalecida con los últimos Sacramentos y a punto de expirar, interrogó con una mirada a su confesor. Éste se acordó que ella había declarado a menudo que no quería morir sino por obediencia, y entonces le dijo: «Sor Verónica, si es la voluntad de Dios que vayáis a gozar de Él, salid de este mundo». Al oír estas palabras, la Madre Abadesa miró por última vez a sus queridas hijas, bajó los ojos en señal de sumisión, e inclinando la cabeza, expiró. Era precisamente un viernes, el 9 de julio de 1727, cuando el Señor la llamó a su descanso.

Beatificada por Pío VII, el 8 de junio de 1804, fue canonizada por Gregorio XVI, treinta y cinco años después, el 26 de mayo de 1839.

SANTORAL

Santos *Cirilo de Gortina, obispo y mártir:* Herumberto, primer obispo de Minden; Félix, obispo de Génova, y Bricio, de Santa María de Pantano; Agilulfo, obispo de Colonia y mártir; Ponciano, obispo de Todi (Italia) y mártir, en tiempo de Diocleciano; los mártires Gorcomienses (once franciscanos, dos premonstratenses, cuatro sacerdotes y un dominico) martirizados en Gorcum por los calvinistas; Zenón y compañeros, mártires en Roma, en 298; Patermucio, Copretes y Alejandro, mártires en tiempo de Juliano el Apóstata. Beatos *Juan de España, cartujo,* y Damián de Valencia, martirizado en África por los sarracenos. Santas **Verónica de Julianis, abadesa;** *Anatolia, virgen y mártir;* Everilda, princesa y virgen; Prócula, Floriana y Faustina, vírgenes y mártires. Beata Leonor, cisterciense, en Poblet. En Colombia: NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRÁ, patrona de la nación (véase en nuestro tomo de «Festividades del Año Litúrgico», página 331).



Unidos por la sangre, y aún más unidos por la fe y el amor

DÍA 10 DE JULIO

SAN JENARO Y SUS SEIS HERMANOS

HIJOS DE SANTA FELICIDAD, MÁRTIRES († 162)

CORRÍA el año 162 de la era cristiana. Imperaba en Roma Marco Aurelio, hijo adoptivo del viejo emperador Antonino Pío. Este príncipe, que se las echaba de filósofo, era sumamente supersticioso respecto de los dioses del paganismo, y, a pesar de la segunda apología de San Justino en favor de los cristianos, inició una nueva era de persecución en la que los hijos de Santa Felicidad y esta misma heroica madre, fueron de las primeras víctimas sacrificadas por la fe.

apo-

UNA MADRE ADMIRABLE

PERTENECÍA Santa Felicidad a una de las más ilustres familias romanas, quizá a la patricia Claudia. Del que fue su marido no nos quedan otros datos que los referentes a su muerte, acaecida en el año 160, aunque parece muy verosímil que fuera también cristiano, ya que permitió a su esposa el libre ejercicio de la religión a más de consentir en que se criasen en la fe y santo temor de Dios los siete hijos que el Cielo les

había dado. Fueron éstos: Jenaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial; modelo, cada uno de ellos, de cristianas y heroicas virtudes en su corta vida y en la difícil prueba del martirio.

Cuando hubo muerto su esposo, persuadióse Felicidad de que el Señor había disuelto el vínculo matrimonial para, en adelante, ocupar Él solo todo su corazón. Hizo, pues, voto de no pasar a segundas nupcias, por parecerle el estado de viudez muy propio para santificarse; renunció a las galas, fausto y profanidad, y se dedicó a copiar perfectamente el retrato que de la viuda cristiana hace San Pablo. Desde luego, encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del día y de la noche en sus devociones, pero como sabía muy bien que el primero de sus deberes era la educación de los hijos y el gobierno de la familia, a ello se aplicó principalmente y con todo el fervor de su alma.

Hablaba a sus hijos de la brevedad, vanidad e inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, y de la gloria perdurable que gozan los bienaventurados en el cielo. «¡Qué dichosos seríais, hijos míos —les decía muchas veces después de contarles lo que tantos ilustres mártires padecían—, qué dichosos seríais vosotros, y qué afortunada madre sería yo si algún día os viese derramar vuestra sangre por Jesucristo!»

Las continuas oraciones que por ellos hacía y sus fervorosas palabras, inflamaron de tal manera a aquellas inocentes almas en el deseo del martirio, que cuando se juntaban los siete hermanos no acertaban a hablar entre sí de otra cosa. «Yo —decía Jenaro— soy el mayor de todos, y por mayor tengo derecho a dar mi sangre por la fe antes que otro alguno—. Aunque nosotros seamos los más pequeños —replicaban Vidal y Marcial— tenemos también ese derecho; y si el tirano quisiera perdonarnos por más niños, levantaríamos tanto el grito proclamando nuestra fe, que le habríamos de obligar a no negarnos la corona del martirio—. Y los demás —decía otro— ¿piensas que habríamos de estar mudos? También tenemos lengua, y también sabríamos gritar de manera que nos oyesen—. La virtuosísima señora escuchaba con indecible gusto este piadoso desafío de sus hijos, y pedía sin cesar al Señor que se dignase escogerlos para Sí.

Cumpliéronse muy presto sus deseos. Hacía tanta impresión en los corazones la fervorosa vida de Felicidad y de sus hijos, que no solamente se edificaban y confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los gentiles quedaban admirados, y persuadidos de que no podía menos de ser verdadera aquella religión que producía alma tan puras y santas, renunciaban a sus impías supersticiones y abrazaban el cristianismo. Con lo que muy pronto se corrió la fama de aquellos cambios.

Sobresaltáronse los sacerdotes de los ídolos al ver la creciente influen-

cia de aquella santa mujer, e hicieron llegar sus quejas al emperador, el cual puso la causa en manos de Publio, prefecto de Roma.

Ese desconocido Publio que citó a Santa Felicidad a su tribunal, fue Salvio Juliano, el famoso jurisconsulto redactor del edicto perpetuo.

Antes de proceder de acuerdo con los formulismos legales en práctica, quiso Publio tentar privadamente los medios persuasivos. A este fin, llamó a su presencia a la santa madre y le expuso la necesidad en que ella estaba de atender a su propio prestigio ante la sociedad romana y de velar por el futuro de sus hijos. El magistrado, que en un principio la tratara con exquisitas deferencias y amabilidad, hubo de comprender muy pronto que perdía el tiempo con tales razones, y la amonestó severamente. Tampoco esta vez halló eco en aquella alma bien templada. Amenazóla entonces con gravísimos castigos, pero, en vista de su nuevo fracaso, determinó proceder contra ella judicialmente, quizá con la esperanza de impresionarla.

ANTE EL PREFECTO DE ROMA

Al día siguiente, hubieron de comparecer Felicidad y sus hijos ante el mismo Publio en su tribunal del foro de Augusto, llamado posteriormente foro de Marte. El funcionario imperial trata de inducir a la madre a que convenza a los siete jóvenes de la necesidad en que están de ofrecer sacrificios a los ídolos. En lugar de acceder a los requerimientos del prefecto, Felicidad se dirige a ellos para disponerlos a la lucha por su fe y aun a la muerte. Y así les dijo:

—¡Mirad al cielo, hijos míos! Alzad los ojos a lo alto, pues allí os está aguardando Jesucristo con sus Santos. Combatid todos valerosamente por la salvación de vuestras almas y mostraos fieles al amor de Dios.

Irritado por aquella valerosa actitud que él toma por afrenta, ordena Publio que abofeteen a la intrépida madre y que la saquen del pretorio. A esto siguió la comparecencia de los siete hermanos. Uno a uno: acaso así resultaría más fácil vencerlos. El primero en presentarse fue Jenaro.

Publio le promete cuantiosos bienes si consiente en sacrificar a los ídolos, y le amenaza con azotes si rehusa. El joven le contesta con firmeza:

—Lo que me propones es una insensatez, y yo me guío sólo por la sabiduría de Dios, el cual me dará la victoria contra tu impiedad.

El prefecto ordena que le azoten con varas y que, ensangrentado, lo encierren en un calabozo, a fin de que piense con calma en su actitud definitiva.

Manda comparecer al segundo, Félix, y le exhorta a ser más cuerdo que su hermano si no quiere un castigo semejante.

—No hay más que un Dios, dice Félix, y es el que nosotros adoramos, y a quien rendimos el amor de nuestros corazones. No pienses arrebatarnos el amor de Jesucristo; no lo lograrán ni tus insinuaciones ni tus tormentos.

El juez lo manda a la cárcel; comprende que haría lamentable papel frente a semejante decisión. Dirigiéndose al tercero, llamado Felipe, le dice:

—Nuestros invencibles emperadores te ordenan que, como buen romano, sacrifiques a los dioses omnipotentes.

—Pero, ¡si no son dioses! —responde el joven—; ¡si no tienen poder alguno; ni son más que míseros e insensibles simulacros! Ten presente, señor, que quienes les ofrezcan sacrificios han de ser castigados con tormentos eternos. Por lo menos no nos quieras pervertir a nosotros.

Publio da señales de impaciencia y Felipe es conducido a la cárcel.

Se presenta al prefecto el cuarto, Silvano.

—Veo —le dice el magistrado— que os habéis entendido todos con vuestra madre para menospreciar las órdenes de los emperadores. Bueno está, pero tened presente que seréis todos condenados a muerte.

—Si retrocediésemos ante el suplicio de un momento —replica el muchacho con calma— nos expondríamos a castigos sin fin. Pero porque sabemos con toda certidumbre qué recompensas aguardan a los justos y qué tormentos a los pecadores, despreciamos vuestras amenazas y despreciamos vuestros ídolos; y en cambio servimos al Señor omnipotente que nos dará la vida eterna y para quien reservamos todo nuestro amor.

Al tiempo que se llevan a Silvano, ya el juez se ha dirigido a Alejandro. Le apura despachar de una vez aquel ingrato pleito.

—Supongo —le dice— que querrás salvar la vida y gozar tu juventud; pero sólo podrás conseguirlo si obedeces a nuestro emperador. No es difícil, basta con que adores a los dioses; si así lo haces, nuestros Augustos te colmarán de regalos y volverás a tu paz completamente libre.

—Siervo soy de Jesucristo, —le responde Alejandro—. Ahora, como siempre, reconozco y confieso su divinidad; y mi corazón que sólo ha sido para Él, seguirá amándole por toda la eternidad. Y en esto, Publio, de adorar al único Dios verdadero, puedes ver cuánto más vale la sabiduría de un jovenzuelo que toda la experiencia de los ancianos que se esclavizan de las falsas divinidades. Tiempo tendrás de convencerte cuando veas cómo se aniquilan, junto con esos dioses, los que hoy los adoran.

Toca el turno a Vidal, es el penúltimo. El prefecto, ya harto impaciente, aunque sin albergar mayores esperanzas, se atreve a insinuarle:

—Tú, por lo menos, tendrás ansias de gozar, y no ganas de exponer tu vida como acaban de exponerla por puro capricho tus hermanos.



MANDA *el cruelísimo juez que quiten los vestidos a Jenaro, que le azoten bárbaramente y le quebranten con plomadas hasta que expire. Asimismo murieron sus hermanos entre atroces tormentos. Cuatro meses más tarde fue decapitada su heroica madre, Santa Felicidad.*

—Y ¿quién es más razonable entre los que desean vivir —responde el niño—, el que busca la protección de Dios o el que busca el favor del demonio?

—¿Quién es el demonio? —pregunta Publio, sorprendido.

—Demonios son los dioses de los paganos —replica Vidal.

Cuando Nuestro Señor predijo a sus discípulos las persecuciones que habrían de sufrir en el mundo por su causa, les recomendó que no se inquietasen acerca de lo que habrían de responder ante los tribunales. «El Espíritu Santo —les dijo— os inspirará lo que hayáis de decir». Esta promesa acaba de realizarse de un modo sorprendente ante el prefecto. ¿Cuándo se había visto, en efecto, a un grupo de muchachos, amenazados con suplicios y la muerte misma, responder con tanta calma, cordura e intrepidez?

Faltaba el séptimo, el niño Marcial. Imaginó Publio que también con él fracasaría en su intento. En efecto, Marcial fue digno de sus hermanos y de su madre.

—Vais a morir todos —le anuncia el juez—, y por culpa vuestra. ¿Por qué en vez de obedecer a las órdenes de los emperadores os empeñáis en perder la vida negando el culto que debéis a los dioses?

—¡Oh, si supierais —dice con aire de majestad el tierno niño—, si supierais las penas reservadas a los adoradores de los ídolos! Dios, usando de paciencia, no quiere aún lanzar sobre vosotros los rayos de su indignación; pero día vendrá en que todos los que no reconozcan a Jesucristo por verdadero Dios, serán arrojados a las llamas eternas, donde no existe redención.

El juez, que se siente fracasado ante la intrepidez de aquellos decididos jóvenes, ordena que lleven a Marcial a la cárcel e inmediatamente envía a los emperadores el acta del interrogatorio para que ellos dispongan.

EL ÚLTIMO COMBATE

Poco se hizo aguardar la respuesta imperial. Marco Aurelio condenó a muerte a toda la familia. Mas, a fin de evitar en aquel momento un escándalo demasiado grande y para que no pesara toda la responsabilidad de la horrible tragedia sobre el prefecto, las causas de los condenados fueron sometidas a varios jueces subtalternos, los cuales habían de aplicar la pena en diferentes formas a los intrépidos confesores.

Jenaro, el mayor de los siete, fue azotado con cuerdas armadas de bolas de plomo. Prolongóse el cruel suplicio hasta que la inocente víctima exhaló el postrer aliento. Félix y Felipe murieron apaleados, a Silvano lo

arrojaron de lo alto de una roca; los tres últimos fueron decapitados.

Esto acaecía el 10 de julio, día en que se celebra su fiesta.

Felicidad, ya siete veces mártir con la muerte de cada uno de sus hijos, fue degollada el 23 de noviembre siguiente, en que la tiene inscrita el Martirologio. No sirvió aquella espera para vencer a la valerosa madre.

SEPULTURA. — CULTO

Por los datos anteriores, se comprenderá que los siete hermanos, entregados a jueces diferentes, no pudieron ser ejecutados en un mismo lugar de la ciudad de Roma, aunque sí lo fueran el mismo día.

Según *Actas*, al parecer apócrifas, los cuerpos de los siervos de Dios fueron abandonados a las aves rapaces y otros animales carniceros, que milagrosamente los respetaron. Según piadosa tradición exhalábase un suave perfume de aquellos sagrados miembros que, recogidos al favor de la noche por algunos cristianos, fueron honrosamente sepultados en las catacumbas próximas y honrados con profunda veneración.

Félix y Felipe, inmolados juntos, descansaron en el cementerio de Priscila; Alejandro, Vidal y Marcial, muertos en el mismo lugar, fueron colocados en una tumba común en la catacumba de Gordiano; a Silvano, que fuera martirizado separadamente, se le inhumó en el cementerio de Máximo, y cerca de él, la piedad de los fieles depositó luego los restos de su heroica madre. Hasta el siglo VIII visitaban las sepulturas de aquellos héroes de la fe numerosos peregrinos, y la veneración que se les profesaba era tan grande que se llamaba a su fiesta «el día de los mártires».

Desde principios del siglo VII, el papa Bonifacio IV, a causa de las invasiones de los bárbaros, hizo trasladar a la ciudad de Roma muchas de las reliquias veneradas en sus catacumbas; en el siglo VIII y en el IX, lombardos y sarracenos acumularon tantas ruinas sobre aquellos sagrados lugares que desde entonces quedaron casi cubiertos y olvidados.

En los tiempos modernos, y especialmente a partir de mediados del siglo XIX, volvieron a ser visitados aquellos subterráneos, testigos de la fe de los primeros siglos de la era cristiana. En 1856 el ilustre aqueólogo Juan Bautista Rossi, halló el sitio donde fue enterrado San Jenaro y luego la tumba de sus hermanos. También apareció, treinta años después, aunque en lamentable estado, la capilla subterránea donde se depositara el cuerpo de Santa Felicidad después de su martirio.

He aquí el texto, varias veces secular, con que el 10 de julio se refiere el Martirologio a este grupo admirable:

«En Roma, martirio de los siete hermanos, hijos de Santa Felicidad, también mártir, a saber: Jenaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y

Marcial. Padecieron en tiempo del emperador Antonino (Marco Aurelio), siendo Publio prefecto de la ciudad. Jenaro fue azotado con varas, sufrió los rigores de la cárcel y murió golpeado con azotes de plomo; Félix y Felipe murieron apaleados; Silvano fue precipitado de gran altura, y Alejandro, Vidal y Marcial, decapitados».

El breviario de Osnabruk, publicado en 1516, pone el 10 de agosto el oficio en que se canta la gloria de Santa Felicidad y sus siete hijos.

ELOGIO DE LOS SIETE HERMANOS

El monasterio benedictino de Ottobeuern, en la diócesis de Augsburgo, veneraba a los siete hermanos mártires como patronos especiales desde que el cuerpo de San Alejandro fue llevado al citado monasterio. Además los autores de las *Actæ Sanctorum* nos han conservado un discurso, compuesto —quizá por uno de esos monjes— en honor de los siete Santos.

El tal discurso, lleno de comparaciones ingeniosas y de piadosos donaires, podrá parecer un tanto sutil, pero no deja de ser una bella apología y una lección. Entresacamos de él algunas citas esenciales. Dice el autor:

«El primero de los hijos, el de más edad, se llama Jenaro —del latín, *Januarius;* derivado a su vez de *janua,* puerta—. Viene a recordarnos lo que dijo el Salvador: «Yo soy la puerta; quien entra por Mí, será salvo».

El segundo se llama Félix, que quiere decir *feliz.* Y añade el comentarista a manera de glosa y complemento:

«¿Quién puede aspirar a la felicidad sino el bautizado que cree en Jesucristo? Porque sólo podemos pensar en ser verdaderamente dichosos —dentro de la relatividad en que lo permite nuestra condición— si rechazamos toda vacilación contra la fe y esperamos en la palabra de aquel Señor que nos promete vida bienaventurada».

Felipe, en el concepto del autor, viene a significar *antorcha,* y en el corazón del santo mártir ardía precisamente una llama de amor que abrasaba su espíritu y que le llevó a encarar ardorosamente la última prueba.

«Dios, todo amor, al descender sobre los Apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego, inflamó más aún su corazón que su inteligencia. Parad mientes, además, en que la llama, por razón de su misma sutilidad, tiende siempre hacia arriba; de igual manera, tiende la caridad a elevarnos más y más y a separarnos de lo material para acercarnos a lo eterno».

El nombre de Silvano se refiere, etimológicamente, a ciertos dioses de la selva adorados como tales por el paganismo; y trae a la memoria del autor el recuerdo de las ermitas en que se santificaron los famosos anacoretas del Egipto. Éstos, dice el panegirista, son a manera de dioses sel-

váticos huídos de la ruindad y miserias del mundo para entregarse con casto amor en brazos de Aquel que murió por nosotros en la cruz».

Alejandro, según explica San Jerónimo, nace del griego, y equivale a *disipador de los vientos de las tinieblas.* Estas tinieblas son, a juicio de nuestro monje, las dudas y tentaciones que esparcen los ángeles malos para turbación y desaliento de quienes luchan por la causa de Dios.

Pero si aceptamos con valor esta lucha y en ella ponemos nuestra energía material y todas las reservas de nuestra alma, saldremos victoriosos de la lid; y si llegáramos a caer por influjos de nuestra natural debilidad, acabaríamos por levantarnos con mayor vigor, con más vida —que esto nos recuerda el nombre de *Vidal*— a semejanza del fabuloso Anteo, el cual, arrojado a tierra por Alcides, levantábase cada vez con más impetuosos bríos:

En fin, todo cristiano debe ser enérgico frente a las dificultades, y marchar por la vida como una atleta *marcial* y belicoso a quien nada arredra.

De esta forma, precedidos por los siete Santos Mártires y cargando airosamente con la propia cruz, seguimos al Señor en el camino de su voluntad y le servimos con nuestras palabras y con nuestras obras.

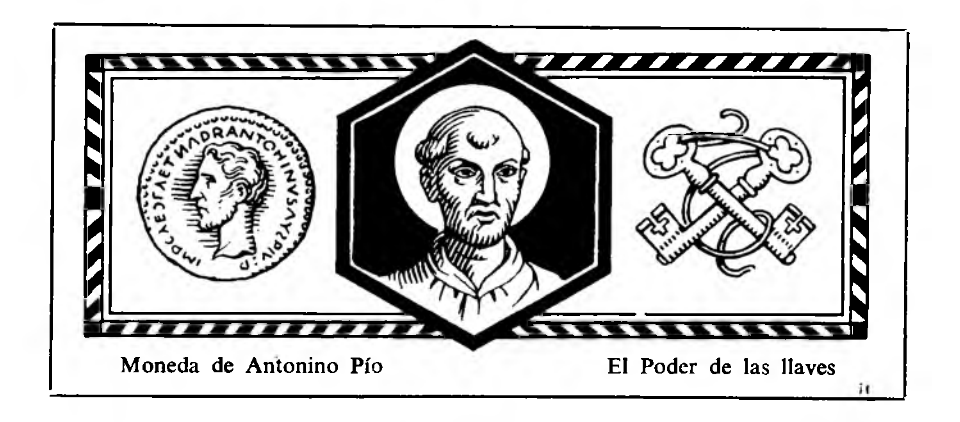
A continuación del panegírico se lee una secuencia que probablemente estuvo en uso en el monasterio de Ottobeuern. En ella, después de recordar le nombre de Santa Felicidad y el género de suplicio con que fue martirizado cada uno de sus hijos, prosigue el autor en estos términos:

«Alemania entera celebra las alabanzas debidas a San Alejandro, flor brillante, piedra preciosa, perla magnífica, cuyo cuerpo venerando, la Sede de Roma envió para nuestro bien a estas tierras alemanas».

Este discurso nos informa de cuál fue en la Edad Media, el tono de la elocuencia religiosa para enaltecer el mérito de los Santos, y nos demuestra, al propio tiempo, que la memoria de los hijos de Santa Felicidad perduraba inextinguible en el corazón de los cristianos.

SANTORAL

Santos **Jenaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial, hijos de Santa Felicitas, mártires;** *Generoso, abad;* Pascario, obispo de Nantes; Antonio, abad, fundador de un monasterio cerca de Kíef, en Rusia; Pedro, abad de Monte Caprario (Italia); Ulrico, benedictino; Jenaro y Marino, mártires en África; Leoncio, Mauricio, Daniel y compañeros, martirizados en Nicópolis de Armenia; Bianor y Silvano, en Pisidia, y Apolonio, crucificado en Iconio de Licaonia. Beatos Domingo de Cordobanal y Amador Espí, dominicos; Hermano Pacífico, franciscano. Santas *Rufina, Segunda* y Susana, mártires; *Amalberga, viuda,* y Amalia, virgen.



Moneda de Antonino Pío

El Poder de las llaves

DÍA 11 DE JULIO

SAN PÍO I

PAPA Y MÁRTIR († hacia 155)

El Pontífice romano que primero llevó el nombre de Pío —apelativo que en el correr de los siglos de la era cristiana varios Papas habían de ilustrar con su santidad y con su ciencia—fue sucesor de San Higinio en la cátedra apostólica. Su pontificado se intercala en la primera mitad del siglo II, en el reinado de Antonino Pío (138-161).

Según un documento cuya redacción primitiva se remonta a los tiempos del papa San Eleuterio (174-189) y quizá un poco más allá, el papa Pío I gobernó la iglesia durante unos quince años. Se sabe que fue elegido pocos días después de la muerte de San Higinio, pero no puede precisarse la fecha de la elección. Su muerte no debió ocurrir más allá de los años 154 ó 155, puesto que cuando San Policarpo vino a Roma para tratar del día en que había de celebrarse, era ya Sumo Pontífice San Aniceto.

Aunque la exacta puntualidad de estos datos no implica dificultades para el tema hagiográfico ni arguye contra la veracidad de los hechos, no deja de ser interesante, ya que permite encuadrar con rigor histórico una vida que da escena y carácter a muchas otras de época coincidente y que se incluyen en esta obra.

RESEÑA DEL «LIBER PONTIFICALIS»

La reseña dedicada a este Papa por el autor del *Liber pontificalis* —sucinto resumen histórico de la vida de los Papas desde San Pedro hasta Adriano II, que falleció en 872—, es tan breve como la de los demás Pontífices de los primeros siglos, esa brevedad encierra, además, oscuridad e incertidumbre. Parece que San Pío nació en Aquileya, en el noreste de Italia, a orillas del Adriático, ciudad considerada entonces como una segunda Roma y llave de Italia, a causa de su situación en la ruta de las Galias a Oriente.

El mencionado libro nos dice que San Pío, hijo de un tal Rufino, tenía un hermano llamado Pastor. El *Canon de Muratori* —catálogo oficial de los libros que la Iglesia reconoce como inspirados, fechado a fines del siglo II y publicado en 1740— atribuye la célebre obra titulada *El Pastor*, a un hermano del papa Pío I, con estas palabras. «En cuanto a *El Pastor*, que acaba de ver la luz en la ciudad de Roma, ha sido escrito por Hermas, mientras su hermano Pío ocupaba, como obispo, la sede de la Iglesia de la ciudad de Roma».

Lo que aparece como seriamente fundado, es la existencia de relaciones íntimas entre Pío y el autor de aquella obra. Dicho autor, al declarar en su libro que pertenecía a una familia griega y cristiana, y que fue vendido como esclavo a una mujer de nombre Roda, la que pronto le libertó, nos suministra informes auténticos acerca de la condición social del Papa, su contemporáneo y más probablemente hermano suyo. Sea como fuere lo cierto es que Pío y Hermas pertenecían al presbiterado romano.

LA IGLESIA EN LA ÉPOCA DE SAN PÍO I

Antonino Pío era ya de edad madura cuando sucedió a Adriano. Ningún emperador romano goza de tan buena fama como él en la Historia, y se la merece por sus cualidades y dotes de gobierno. Fue varón religioso, de costumbres austeras, sin ambición, amparador de desgraciados, amable y, a la vez firme y justo en el ejercicio del poder. Su reinado fue una época de tranquilidad para el imperio y para la Iglesia.

A pesar de los indulgentes rescriptos de Trajano y de Adriano, la religión cristiana seguía proscrita por la ley de Nerón y, en concecuencia, era precaria la seguridad de los discípulos de Cristó y de las comunidades de fieles. Antonino tuvo la cordura de dejar sin efecto en la práctica el edicto de persecución y aun llegó a publicar un decreto en el que prohibía

perseguir a los cristianos por el hecho de serlo; señalaba, además, penas para quienes sólo por tal motivo los acusaran. Muchos críticos afirman la autenticidad de este documento dirigido «a la asamblea de Asia» y publicado por el historiador Eusebio.

De todos modos durante aquel reinado el Estado dio prueba de tolerancia general para la Iglesia. Y si bien hubo algunos mártires en Roma y en provincias, fueron excepciones debidas a magistrados, celosos en demasía o débiles ante el populacho, amotinado por calumniosas acusaciones lanzadas contra los fieles por sus enemigos, especialmente los judíos.

Las tolerantes disposiciones del poder central favorecieron la multiplicación de los fieles, y la Iglesia pudo salir a la luz del día y transformar algunos edificios en lugares oficiales de oración y reunión. Llegóse incluso a establecer escuelas de filosofía en la propia Roma.

A la sombra de esta paz lograda por la Iglesia en la primera mitad del siglo II, aparecieron algunos indicios de relajación, tanto entre los fieles como en ciertos elementos del clero. Aquella obra de Hermas se refiere concretamente a este decaimiento en la pureza de la fe y en la práctica de la penitencia, males a los que puso inmediato remedio la atención vigilante de los pastores. Y si grave fue el daño provocado por aquellas debilidades, resultaron doblemente aleccionadoras las conversiones de los arrepentidos y la expiación a que debieron someterse.

También por aquel entonces, la herejía estableció su centro en la misma Roma, donde Cerdón, Valentín y Marción trataron no sólo de propagar los errores gnósticos, sino además, según varios testimonios, de apoderarse de la dirección de la Iglesia.

El enemigo que exigió mayor vigilancia por parte de San Pío, fue el heresiarca Valentín. Era de vivo ingenio, lleno de fuego, muy cultivado, de modales airosos, y de un singular atractivo· su elocuencia suspendía y enamoraba; pero sobre todo, engañaba al vulgo con su continua afectación de reforma y una bien estudiada exterioridad de virtud. Fácilmente descubrió San Pío la malignidad y el veneno de los artificios de aquel solemne embustero. Fulminó contra él todas las censuras de la Iglesia; persiguióle, y no paró hasta exterminar una secta que aniquilaba la religión, destruyendo los principos de la moral cristiana.

No menos preocupaciones y trabajos le procuró la hipocresía y maldad del heresiarca Marción. Era éste natural de Sínope, en el Ponto Euxino, e hijo de padre cristiano que al enviudar se había ordenado sacerdote y que llegó a ser obispo. En sus comienzos hizo Marción profesión de virtuoso, y hasta aparentaba grande amor a la pobreza y al retiro. No tardó, sin embargo, en descubrir la verdadera personalidad, y a tal punto llegó en su disolución que hubo de excomulgarle su mismo padre.

Guiado siempre por sus hipócritas ambiciones, llegó a Roma, mas a pesar de toda su apariencia de virtud y autoridad, no pudo conseguir se le admitiera a la comunión de los fieles. Despechado por aquella repulsa, abrazó la herejía gnóstica de Cerdón y aun añadió muchas impiedades a las de éste. Cuéntase que habiendo venido a Roma San Policarpo, hízose Marción encontradizo con él en la calle: «¿No me conoces? —le preguntó. «Sí —respondió tranquilamente el Santo—; conózcote muy bien por hijo primogénito de Satanás».

Este impío, al igual que Valentín, procuraba disfrazarse con las apariencias de arrepentido y devoto; señuelo que le sirvió para engañar a muchos sencillos ,pero también en este caso descubrió el santo Pontífice los embustes, y excomulgó al perturbador.

BAUTISMO DE LOS JUDÍOS CONVERTIDOS. — DECRETOS DISCIPLINARIOS

Tal era la situación general del imperio romano y del cristianismo en Roma al advenimiento del papa Pío I, de cuyo pontificado, que duró catorce o quince años, pocos hechos se conocen como históricamente ciertos. Pío I decretó que los que procedían directamente del judaísmo y no de una secta cristiana judaizante, se bautizaran. Esa disposición era motivada, ya que los judíos, habiendo dado siempre culto al Dios verdadero y siendo herederos de las promesas hechas a Abrahán, podían figurarse que se hallaban en mejor condición que los paganos y que, por derecho propio de la Sinagoga, podían pasar sin más requisitos a la Iglesia. El Papa declaró, pues, que el bautismo era tan necesario a los judíos como a los gentiles, para entrar en el seno de la Iglesia y para vivir dentro de la fe cristiana.

Se le atribuye otro decreto por el que imponía una penitencia a los sacerdotes que, por negligencia, dejasen caer al suelo, durante la misa, algunas gotas de la preciosa Sangre del Señor. Cuando ocurriese tal desgracia, debía recogerse cuanto se pudiera y lavar o raer lo demás, y el agua que hubiese servido, así como los pedacitos de la piedra o madera que hubiesen saltado, debían quemarse y las cenizas echarse en la piscina. Consistía la penitencia en varios días de ayuno según la gravedad de la profanación. Pero es muy dudoso que dicha decisión disciplinaria sea de este pontificado; razón por la cual, León XIII la suprimió de la leyenda o noticia que el Breviario romano dedicaba a San Pío en el día de su fiesta.

También se consideran apócrifas otras dos disposiciones que este Papa habría dictado contra los blasfemos; lo mismo que dos cartas dirigidas a



El piadosísimo papa San Pío I recibe el holocausto de Santa Práxedes, y la consagra al Señor en la iglesia fundada en su misma casa paterna. El Santo la dirige y da disposiciones acertadísimas sobre todos los puntos referentes a la disciplina religiosa que ha de guiar a las vírgenes.

San Justo, obispo de Viena de la Galias. La primera de ellas nos da a conocer que el predecesor de Justo acababa de dar la vida por la fe, y exhorta a éste a mostrarse lleno de caridad para con los fieles, los diáconos y los sacerdotes; a honrar las tumbas de los mártires, y a sostener a los confesores de la fe. En la segunda, alude el Papa a un viaje que el obispo de Viena acababa de hacer a Roma; declara los progresos de la religión en su diócesis y lamenta los estragos que causa en la Iglesia la herejía de Cerinto. Según algunas colecciones de decretales de los Papas, confeccionadas en el siglo IX, Pío I ordenó que los bienes de la Iglesia fuesen inalienables, prohibió que se empleasen los vasos y ornamentos sagrados para usos profanos y que se admitiese al voto perpetuo de castidad a doncellas menores de veinticinco años. A ninguno de estos decretos disciplinarios puede darse carta de indiscutible autenticidad.

El Breviario romano hace notar que entre los actos importantes del sucesor de San Higinio, está el de prescribir la celebración de la Pascua en domingo, en memoria de la resurrección de Cristo. Es cierto, según San Ireneo, que no sólo Pío I, sino también sus predecesores Higinio, Telesforo y Sixto, ordenaron la celebración de la Pascua en domingo y no otro día. Algunas escuelas de Oriente y ciertas autoridades eclesiásticas, por el contrario, persistían en celebrar cada año la Pascua el 14 del mes de Nisán, al estilo de los judíos, y sostenían que así había de ser. Esta divergencia entre la Iglesia de Occidente y la de Oriente desapareció poco a poco, mas no sin haber suscitado dificultades a fines del siglo II.

IGLESIAS DE SANTA PUDENCIANA Y DE SANTA PRÁXEDES

Cuando San Pedro estaba en Roma, hacia el año 42, hospedábase en casa de un patricio convertido llamado Pudencio, que vivía en el Esquilino. Pudencio era, probablemente, el abuelo de las Santas Pudenciana y Práxedes que vivieron en tiempo del papa Pío I. Sabemos su historia por el *Liber pontificalis* y por un documento titulado *Actas de las Santas Pudenciana y Práxedes*, en el que la verdad y la leyenda están tan entrelazadas que no es fácil separar una de otra.

Estas *Actas* constan de dos cartas y un apéndice narrativo escrito por un sacerdote contemporáneo de Pío I. En la primera carta, dicho sacerdote se dirige a su colega Timoteo y le manifiesta que Pudencio, en la hora de su muerte, por consejo del bienaventurado obispo Pío, había resuelto consagrar su casa al culto divino, convirtiéndola en iglesia o título, con el nombre de Pastor. Añade que habiendo muerto Pudencio, sus dos hijas Pudenciana y Práxedes, que habían permanecido vírgenes, vendieron

sus bienes a fin de darlos a los pobres, y se consagraron al servicio de Dios y de los fieles. De común acuerdo entre ellas y el sacerdote Pastor, y con la aprobación y plácemes del obispo Pío, erigióse en aquella iglesia una piscina bautismal en la que, el día de Pascua, el mismo Pontífice confirió el bautismo a los esclavos todavía paganos de ambas hermanas, después de proceder al requisito legal de la liberación. La antigua mansión de Pudencio se convirtió, pues, en lugar permanente de oración y de reunión donde, muy a menudo, celebraba Pío I los santos misterios y administraba los sacramentos.

La iglesia o título del Pastor que se designa también en algunos documentos de los siglos IV y V con el nombre de casa de Pudencio o iglesia de Santa Pudenciana, fue reconstruída o modificada en tiempo del papa San Siricio (384-398). El célebre mosaico del fondo del ábside representa al Salvador, sentado en un trono y con un libro abierto donde se leen estas palabras. «El Señor, guardián de la iglesia Pudenciana».

Ignórase cuándo murió Pudenciana, pero se sabe que fue sepultada en el panteón familiar, en el cementerio de Priscila, el más antiguo de Roma.

Práxedes continuó habitando la casa paterna. El papa Pío y muchos sacerdotes y cristianos, entre otros Novato, hombre muy caritativo con los fieles pobres, la visitaban para darle consuelo. Este Novato, antes de morir, dejó en testamento sus bienes a Práxedes y a Pastor. Éste consultó con el sacerdote Timoteo, hermano de Novato y su heredero natural. Timoteo, en una carta le contestaba confirmando aquella donación.

Habiendo tomado posesión de los bienes legados por Novato, Práxedes transformó las termas del *Vicus Lateritius* en lugar de reunión para los fieles y de ahí un segundo título o iglesia cuya consagración hizo Pío I con el nombre de Práxedes. Dichas dos iglesias, dedicadas a las santas hermanas, son de los monumentos más antiguos de la Roma cristiana.

PRIMERA APOLOGÍA DE SAN JUSTINO AL EMPERADOR ANTONINO PÍO

CADA día más amenazado por la difusión de la religión cristiana, el paganismo se atrevió a lanzar contra su terrible adversario las acusaciones más dañinas y en particular las de ateísmo, inmoralidad e inutilidad social. Estas calumniosas imputaciones no sólo provenían del pueblo más o menos excitado, sino también de gente culta que ocupaba puestos oficiales, como Frontón de Cirta, amigo de Antonino Pío y preceptor de Marco Aurelio, quien participando de los prejuicios de la plebe, impugnó al cristianismo con la palabra y con la pluma.

Entonces envió el Señor a su Iglesia los apologistas, escritores del siglo II, que no sólo refutaron las atroces calumnias de que era blanco su religión, sino que demostraron a las autoridades y a los filósofos paganos el valor racional y sobrenatural de la doctrina evangélica. Sus escritos, dirigidos ya contra los judíos, siempre prontos a calumniar a los fieles, ya contra los idólatras, son apologías propiamente dichas, obras de controversia y tesis que exponen y justifican las creencias cristianas.

Constituían, pues, no meras obras de carácter defensivo sino poderosos argumentos de apostolado. Y en esto radicaba su mérito principal, ya que, dedicadas a gentes de una cultura superior, al par que aclaraban las turbias opiniones que del Cristianismo tenían ciertos personajes influyentes, sembraban entre ellos las ideas fundamentales de una posible reacción espiritual. Porque además de desorganizar básicamente su erróneo concepto de las falsas divinidades, ponían en contraposición la ideología cristiana, tan luminosa en las exposiciones doctrinales como elocuente en la realidad de su historia. Que siempre han sido los hombres de Dios valientes en la lucha como ardorosos y precisos en el apostolado de la verdad.

El más célebre defensor fue San Justino, quien publicó su primera apología en favor de los cristianos en el pontificado de Pío I. Hacia el año 152 y a lo que parece en Roma, se dirige al emperador Antonino Pío, a Marco Aurelio su hijo adoptivo, al Senado y al pueblo romano, en favor de ciertos hombres injustamente odiados y perseguidos. Reclama que se los trate con justicia y equidad, sin prejuicio, sin atender a antiguos y pérfidos rumores. Después de protestar contra las ilegalidades de las pesquisas intentadas contra los cristianos, prueban que éstos son honrados, y leales, y que si bien no admiten el absurdo culto de los ídolos, distan mucho de ser ateos. Luego compara el cristianismo con el paganismo y demuestra positivamente la infinita superioridad del primero. Las fábulas paganas, a veces vergonzosas, las prácticas de libertinaje, de magia y corrupción ponen a los idólatras muy por debajo de los cristianos. Lo mejor del paganismo —añade— está sacado de la Biblia.

Últimamente, para demostrar que las prácticas de la religión de Jesucristo nada tienen de inmoral, habla abiertamente del Bautismo o ceremonia de la iniciación cristiana, así como de los ritos sagrados del sacrificio eucarístico celebrado en las asambleas dominicales. ¿Recibió acogida favorable del emperador Antonino Pío esta apología tan intrépida y tan científica del cristianismo? Puede creerse que por ella aquel Príncipe se mostró aún más tolerante con la nueva religión, hacia cuyos seguidores parecía inclinarle su espíritu justiciero y magnánimo. Por los menos, así parece poder deducirse del relativo sosiego que coincidió con la publicación de los famosísimos documentos.

Sin embargo, aún no había terminado la misión de los apologistas, estaba todavía la Iglesia en un período de luchas en que aquellos respiros eran simples treguas contra las que se mantenía latente el espíritu del mal.

Hacia el fin del reinado de Antonino o al principio del de Marco Aurelio, San Justino se dirigió nuevamente a los Soberanos y al Senado para protestar contra nuevas persecuciones y proclamar la inocencia de los cristianos. Es indudable que, viviendo ordinariamente en Roma, la segunda mitad de su vida, el gran apologista conocía al papa Pío, y que se inspiró en las normas de éste al defender y enseñar la doctrina católica.

MUERTE DE SAN PÍO I

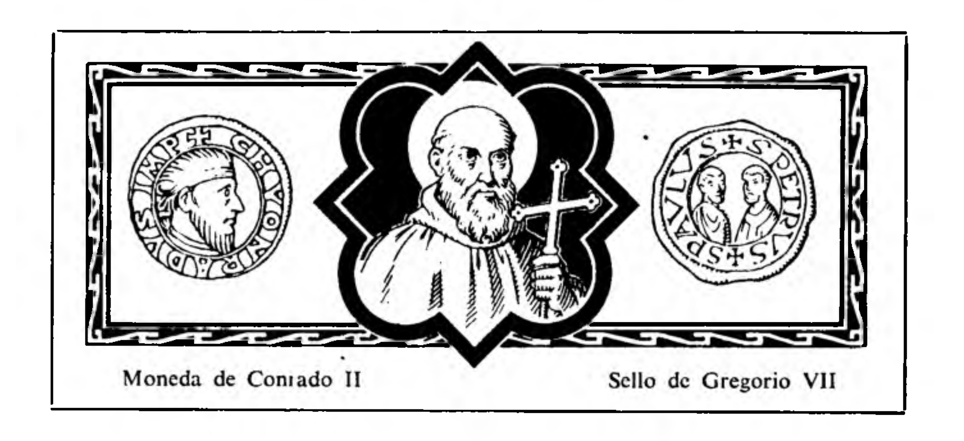
SEGÚN la cronología comúnmente adoptada en nuestros días, murió este Papa en 155. En cinco ordenaciones de diciembre había creado dieciocho sacerdotes, veintiún diáconos y doce obispos para diversos países, como consta en el *Liber pontificalis*.

No hay documento alguno que precise su género de muerte. No obstante, algunos documentos hagiográficos afirman que este pontífice tuvo la gloria de derramar su sangre por la fe en circunstancias hasta ahora desconocidas. El Breviario romano considera a San Pío I como mártir, y la Iglesia rezaba el oficio de los mártires el día de su fiesta, 11 de julio, en que habría sido sacrificado imperando aún Antonino Pío.

Su cuerpo fue depositado en Roma al lado de la tumba de San Pedro. Parte de sus reliquias fueron trasladadas más tarde a la iglesia de Santa Pudenciana. Se veneran algunas de ellas en Bolonia, en algunas iglesias de la diócesis de Amiens y en otros varios lugares.

SANTORAL

Santos **Pío I, papa y mártir;** *Hidulfo, obispo y solitario;* Juan, obispo de Bérgamo y mártir; Pedro, obispo de Creta y mártir; Dictinio, obispo de Astorga, y Leoncio, de Burdeos; *Abundio, presbítero y mártir en Córdoba;* Cindeo y Bertevino, presbíteros y mártires; Sabino y Cipriano, hermanos, mártires de los arrianos; Eutiquio, mártir en Alejandría; Jenaro, mártir en Nicópolis de Armenia; Marciano, martirizado en Iconio de Licaonia, y Sidronio, en Viena de Francia; Drostano, de familia real escocesa, abad. Santas *Olga o Elena, princesa rusa, viuda;* Golinducha de Persia, muy favorecida de Dios con el don de milagros y profecías; Pelagia, mártir con San Jenaro en Nicópolis de Armenia. Beata Juana Scopello, carmelita.



Moneda de Conrado II — Sello de Gregorio VII

DÍA 12 DE JULIO

SAN JUAN GUALBERTO

FUNDADOR DE LOS BENEDICTINOS DE VALLUMBROSA (995?-1073)

La regla de San Benito, redactada en 529 en la soledad del Monte Casino, e inspirada, al decir del papa San Gregorio, por el Espíritu Santo, pobló en poco tiempo el mundo de innumerables monjes, dedicados unos a la agricultura, entregados otros con ahinco a los estudios literarios y científicos, o a cantar las divinas alabanzas. Fue la regla de San Benito antorcha luminosa de la Edad Media, cuando florecían en Europa millares de monasterios, cada uno de los cuales albergaba, con frecuencia, a centenares de cenobitas. Más de quince mil religiosos diseminados por el planeta, siguen actualmente sus prescripciones.

Por su sabiduría, discreción y conformidad con las aspiraciones del espíritu humano en su ascenso a la perfección, ha sido la regla de San Benito como el manantial de donde han brotado buena parte de las constituciones particulares que a las distintas órdenes han dado sus fundadores. En ella inspiró las de su Orden, San Juan Gualberto, como años antes hiciera San Romualdo con la de los Camaldulenses, y, más tarde, San Roberto con la de los Cistercienses, San Silvestre de Ósimo con la de los Silvestrinos; y el Beato Bernardo Tolomei con la de los Olivetanos.

VIDA MUNDANA DE SAN JUAN GUALBERTO

VIVÍA en Florencia a fines del siglo X una aristocrática familia. Llamábase el jefe Gualberto y la madre, cuyo nombre se ignora, procedía, según se cree, de la ilustre y real alcurnia carlovingia. Hugo y Juan fueron los frutos de bendición de este matrimonio.

Es creencia general que Juan nació el año 995, aunque no faltan cronistas que apuntan su nacimiento diez años antes y otros, en cambio, tres años después. Acaso no se atendió con esmero a su primera educación religiosa, o si, como parece más natural, la recibió esmerada y cristianísimas, el ruido de las armas cuya carrera siguió, le hizo olvidar poco a poco los buenos principios recibidos. La vida cómoda y muelle de gran señor había borrado por completo de su memoria el deber primordial de todo cristiano —la salvación del alma—, cuando un trágico acontecimiento tuvo entonces para él insospechadas consecuencias la muerte de su hermano Hugo, vilmente asesinado por un caballero florentino.

Frisaba ya Juan en los treinta años. Creyó enloquecer de dolor al conocer tan alevoso crimen. El único recurso que se le ocurrió para tranquilizar su apenado corazón, fue quitarle la vida al asesino; y siguiendo la costumbre de aquella época, juró vengar a la desgraciada víctima. Pero Dios se sirvió de tan injusto afán para convertir a aquel hombre a quien llamaba, cual otro Saulo, para vaso de elección.

Efectivamente, poco después se dirigía Juan, acompañado de numerosa escolta, a Florencia. Al pasar por un estrecho sendero bordeado de altos valladares, encontróse frente a frente con el asesino de Hugo; les era imposible cruzarse sin cerrarse el paso mutuamente. Ante tal coyuntura, el corazón de Juan se estremeció de feroz alegría; inesperadamente se le presentaba la ansiada ocasión de satisfacer su venganza. Requiere su espada, y se apresta a caer sobre el indefenso caballero, cuando éste, sobresaltado, se postra de hinojos, y, con los brazos en cruz, pide perdón y clemencia en nombre de Jesús crucificado. Era el día de Viernes Santo, y Juan no pudo menos de recordar la sangrienta escena del Calvario y las palabras del *Padrenuestro:* «Perdónanos... como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Parécele ver a Jesús en la persona de aquel hombre que aguarda humilde el golpe mortal, y, en vez de herirle, arroja la espada al suelo, se arrodilla a su vez y exclama: «No puedo negarte el perdón que me pides en nombre de Jesucristo». Y dicho esto, después de abrazarle, deja que prosiga su camino.

En sentido contrario siguió Juan el suyo hasta llegar a las alturas de la orilla izquierda del Arno, desde donde se divisa el bello panorama de

Florencia. Dirigióse a ella, mas, al pasar junto a la iglesia de San Miniato, entró para desahogarse y calmar la honda emoción del pasado trance. Púsose a rezar delante de un Santo Cristo, cuando ve con asombro que la imagen del Crucificado inclina dulcemente hacia él la cabeza coronada de espinas, como aprobando el generoso acto de clemencia de poco ha, y siente en su interior que Dios le perdona los pecados en pago de haber él perdonado a su enemigo. Fue aquél un toque de gracia para el alma de Gualberto.

SAN JUAN GUALBERTO, RELIGIOSO

DESDE aquel punto iba a entregarse la fogosa alma de Juan a las austeridades de la penitencia con mayor ardor que el que antes ponía en correr tras los placeres. Pretextando un motivo cualquiera, ordenó a su comitiva que, sin aguardarle, entrase en la ciudad. Él se quedó en el convento de los cluniacenses. Al salir del templo, entró en el cenobio, echóse a los pies del abad, le refirió el prodigio obrado en su favor y le pidió el hábito monacal. El abad, hombre de gran prudencia, pintóle con vivos colores las dificultades de la vida monástica y los sacrificios que suponía la renuncia a tan regalada vida y la sumisión a la austeridad de la regla, pero como Juan manifestase estar dispuesto a todo, el abad le permitió quedarse en el monasterio, aunque no le dio el hábito.

Entretanto, llegaron los compañeros de Juan Gualberto a Florencia, y notificaron lo ocurrido, a su padre, quien, al ver que su hijo no volvía, tomó a unos cuantos hombres armados y fuéle buscando por toda la ciudad hasta que le encontró en San Miniato. Decidido a llevarse a su hijo, declaró al abad que, si no se lo entregaba, entraría a saco en el edificio. El abad le escuchó serenamente y se limitó a responder:

—Ahora mismo vendrá vuestro hijo; decidle lo que queráis, y si desea seguiros, libre es de hacerlo.

Supo Juan que su padre le aguardaba y comprendió la necesidad de acudir a medios extraordinarios. Tomó unos hábitos de fraile y entró en la iglesia; él mismo se cortó la cabellera delante del altar, despojóse entonces del traje seglar, vistió la túnica monástica y, en esta forma, se presentó a su padre; le refirió el encuentro con el asesino de su hermano y el prodigioso suceso de la iglesia de San Miniato, y acto seguido le pidió licencia para seguir el llamamiento del Señor. Emocionado por aquel relato e impresionado por el hábito monástico que llevaba su hijo, Gualberto acabó por ceder, y abrazando a Juan, le bendijo y se despidió de él.

Desde aquel momento, nadie pudo detener al nuevo monje en la carrera emprendida. Como novicio, fue dechado de obediencia, paciencia

y humildad; como profeso, admiración de todos los religiosos por su fervor en la oración y en el exacto cumplimiento de las vigilias, ayunos y abstinencias. Se había dado por entero a Dios; sólo pensaba en vivir para Él.

EN LA CAMÁLDULA

Nada más natural, por tanto, que a la muerte del abad pensasen los monjes en escoger a Juan Gualberto para sucederle y guiarles por el camino de la perfección. Pero el humilde Santo, considerando que había entrado en el convento para obedecer y no para mandar, se negó en absoluto a aceptar el cargo que sus hermanos intentaban conferirle, y para que no insistiesen, tomó un medio radical, que fue marcharse de San Miniato.

Las crónicas más antiguas de la Orden de Vallumbrosa atribuyen aquella determinación a motivos de distinta índole. Según éstas, prefirió Juan no estar bajo la jurisdicción del nuevo abad, cuya elección era tachada de simonía, abuso frecuente en el siglo XI. Pero desde que Mabillón demostró la falta de autenticidad de dichas crónicas, no cabe otra interpretación a tal salida que la humildad de Juan. Llevó consigo a otro monje que con él compartía los anhelos de perfección.

Ambos remontaron las orillas del Arno y escalaron el Apenino, al este de Florencia, siguiendo probablemente la ruta señalada hoy por los pueblos de Pontassieve, Diacceto, Borselli, Consuma, Casaccia, Pratovecchio y Stía. Cerca de uno de estos lugares ocurrió indudablemente el maravilloso suceso con el que el cielo quiso aprobar aquella determinación.

Cierto día encontraron a un mendigo que imploró su caridad.

—Hermano —dijo Juan a su compañero—, da a este pobre la mitad del pan que llevas.

—¿Pero no veis que lo necesitamos para la cena? Además, este hombre fácilmente hallará quien le dé de comer en el pueblo cercano.

—Vamos, hermano, haz lo que te digo.

Obedeció el religioso. Al atardecer, llegaron a una villa en donde Juan no quiso entrar, y mandó a su acompañante que fuese a pedir limosna. No tardó éste en volver, poco menos que con las manos vacías. Pero, al poco rato, fueron llegando uno en pos de otro tres lugareños con un pan cada uno para obsequiar a los religiosos. Y es que unos pastores, al volver a casa con sus rebaños, habían oído la conversación de Juan con su compañero; contáronlo a sus convecinos, y, admirados éstos de tanta caridad, quisieron socorrer a los religiosos.

En dos o tres días recorrieron nuestros caminantes los cincuenta kilómentros que dista Florencia de Stía. Desde aquí, atravesaron el valle del Arno, no lejos del nacimiento de este río, hasta llegar a otro valle cuya



JUAN *Gualberto, bien armado, encuentra en un camino estrecho al asesino de su hermano. El criminal, al verse perdido, arrójase a los pies de Juan y pídele que, por amor a Jesucristo crucificado, le perdone la vida. Al oír nombrar a Jesucristo crucificado, Juan, conmovido, le perdona la vida y le abraza.*

selvática y pintoresca soledad era ideal para la contemplación. Ya en 1012, San Romualdo había fundado por aquellos contornos su primer eremitorio. Dos siglos después, San Francisco de Asís, atraído por aquel apartamiento, estableció su residencia veinte kilómetros más al sur, en los montes de Alvernia.

Denominábase el lugar «Campus Máldoli», de donde ha venido a llamarse Camáldula. Al llegar allí, Juan Gualberto suplicó al abad o prior le permitiese vivir con su compañero entre los ermitaños dependientes de la Orden benedictina. Hay quien afirma haber sido recibido por el mismo San Romualdo, muerto en 1027, otros, en cambio, aseguran que ya entonces era prior Pedro Daguino. Sea como fuere, el antiguo monje de San Miniato recibido en el eremitorio, se mostró dechado perfecto de todas las virtudes. Al cabo de algunos años, quiso el abad ordenarle sacerdote, pero resistióse Juan por juzgarse indigno de tan elevado honor, y pidió licencia para ir en busca de mayor soledad. Diósela el abad con estas palabras, inspiradas sin duda por el cielo:

—Id, hermano; dad principio a la Orden que Dios os tiene destinada.

Difícil es precisar la fecha de este trascendental acontecimiento, pero puede conjeturarse que debió ser por los años de 1025 a 1039.

FUNDACIÓN DE VALLUMBROSA

ENCAMINÓSE Juan hacia el oeste, y atravesando el valle Casentino, a medio camino entre la Camáldula y Florencia, se halló con un tupido y sombrío bosque de hayas y abetos, a más de 900 metros de altitud. Allí, en la más completa soledad, construyó con ramas de árboles una choza, con intención de establecer en ella su morada sin más testigos que el mismo Dios; mas poco a poco empezó a extenderse la fama de sus virtudes, y acudió numerosa concurrencia de discípulos ansiosos de imitarle y de vivir sometidos a su gobierno. Construyéronse otras chozas alrededor de la de Juan, y una capilla común. Como el número de monjes aumentara de día en día, hubieron de dividirse en dos órdenes clérigos o de coro, dedicados a la vida contemplativa, y conversos o legos, encargados de los oficios manuales, división ésta que después fue corriente entre los religiosos de Órdenes posteriores.

Gualberto, convertido así, muy a pesar suyo, en padre de numerosos hijos espirituales, dióles la regla de San Benito, que él mismo había seguido hasta entonces, y cuya observancia exigía con toda exactitud y al pie de la letra, prescindiendo de las modificaciones introducidas en ella en el transcurso del tiempo.

Los monjes de Vallumbrosa cantaban con seráfico fervor las divinas alabanzas y cumplían los preceptos de la vida religiosa con valeroso esfuerzo. La abstinencia era observada escrupulosamente. En cierta ocasión en que carecían de pan, mandó Gualberto matar un carnero, y que lo sirviesen a la mesa. Pero el manjar quedó intacto, porque todos habían preferido quedarse en ayunas antes que romper la abstinencia. Lo mismo ocurrió en otra ocasión; pero he aquí que en aquel momento llamaron a la puerta. Salió el hermano portero y, con no pequeño asombro, encontró abundante cantidad de pan y harina. Nunca llegaron a saber quién había sido el espléndido y oportuno donante.

VIRTUDES Y MILAGROS

El fervor extraordinario del monasterio era debido a que Juan, elegido abad por aclamación, era ejemplar acabado de las más excelsas virtudes y a que Dios obraba innumerables prodigios por su mediación.

Horrorizábale soberanamente la simonía. Aconsejado por un recluso de Florencia, llamado Teuzón, denunció en la plaza pública al obispo Pedro de Pavía, reo de tal delito. Causó este suceso enorme impresión, y Juan, cediendo a las exigencias del pueblo, consintió que uno de sus religiosos, San Pedro Aldobrandini, pasase por la prueba del fuego para convencer al simoníaco. El monje salió ileso de las llamas; Pedro de Pavía, arrepentido, confesó su grave falta, e hizo de ella ejemplar penitencia.

Pero si Juan Gualberto sentía el más enconado odio contra el pecado, rebosaba de misericordia con el pecador, como lo demostró recibiendo en su monasterio a varios sacerdotes simoníacos que manifestaron verdaderos deseos de convertirse y de reparar eficazmente sus escándalos.

Poco será cuanto se diga de su amor a la pobreza, cuya práctica exigía con la mayor exactitud en todas las casas por él fundadas. Al visitar el recién construído convento de Muscerano, se encontró ante un espléndido edificio por el cual estaba muy ufano el abad. Echóle en cara el Santo su falta contra el espíritu de pobreza, y rogó al Señor que pusiese Él mismo remedio. Efectivamente, así sucedió el cercano riachuelo creció desaforadamente hasta inundar el monasterio, que se desplomó con gran estrépito.

Consecuencia de este amor a la pobreza era la ilimitada confianza que el Santo tenía en la Divina Providencia. Un año de gran escasez, los monasterios de la Orden se hallaban exhaustos de trigo. Creyó Juan que se lo suministraría el convento de Passignano, situado en la orilla oriental del lago Trasimeno. Llegado allí, rogó al ecónomo le cediese la mitad del que poseía. El buen monje, apenado, fue a enseñar a Juan el granero, poco menos que vacío, y ¡cual no sería su asombro cuando, al abrir la puerta,

vio que estaba repleto de excelente grano! Llenáronse los sacos que Juan había hecho llevar, y cuando el administrador volvió a entrar en el granero, lo encontró nuevamente lleno.

En otra ocasión, habiendo recibido visita del papa San León IX, y no teniendo nada que ofrecerle para comer, mandó a dos novicios que fueran a una laguna próxima, que por cierto era de escasísima pesca. A poco regresaban ambos novicios saltando de gozo, con dos magníficos sollos.

Interminable sería intentar referir todos los portentos que los hagiógrafos atribuyen al fundador de Vallumbrosa. Sólo traemos el siguiente: Cierto día acudió el escudero de un señor cuyas propiedades distaban poco de allí. Con lágrimas y sollozos contó al santo Fundador cómo su amo había enfermado gravísimamente y, ya desahuciado de todo humano socorro, estaba en el último trance con desesperación de familiares y criados.

Juan Gualberto habíale escuchado con profunda atención e íntimamente dolorido de aquella desgracia que se cernía sobre multitud de hogares acogidos a la sombra del castellano. Comprendió que la congoja del escudero mucho más provenía de cariño que de humano interés, y le hizo algunas reflexiones como para despertar en él la conformidad con los designios del Señor, que apuntan siempre a nuestras verdaderas necesidades.

El buen hombre, aunque ya en su corazón acataba la voluntad divina, seguía dando rienda suelta a su dolor, mientras el Santo se había recogido y oraba fervorosamente.

Después de un rato, volvió en sí Juan Gualberto, acercóse al mensajero y, cuando quiso éste tornar a sus ruegos, interrumpióle para decirle:

—Volved al palacio, que el señor Ubaldo ya está bueno y os espera.

El escudero emprendió apresuradamente la vuelta, y halló al caballero en perfecto estado de salud.

Tuvo, además, nuestro Santo, el don de profecía, y según cuentan sus biógrafos, leía como en libro abierto en el corazón de los demás. En más de una ocasión hubo de admirar a los postulantes que deseaban entrar en su Orden, cuando les descubría las verdaderas razones que los guiaban en su petición, razones que aun los mismos interesados no habían analizado a fondo.

SU MUERTE

Sus austerísimas penitencias y los grandes trabajos que padeció en el servicio de Dios y para el bien del prójimo, minaron la salud del Santo en tales términos, que al fin hubo de rendirse al peso de gravísima enfermedad, precursora de una muerte próxima.

Así lo entendió nuestro bienaventurado, y atento a la salvación de su

alma, y a la santificación de los religiosos cuya dirección le había sido confiada, preparóse a comparecer ante el Juez Supremo con la fervorosa recepción de los últimos Sacramentos. Congregó luego, al pie de su lecho, a sus hermanos en religión y los exhortó a perseverar en la santa vida que habían abrazado. Hízoles prometer que observarían puntualmente la regla de San Benito, y la perfecta caridad fraterna.

Cumplidos estos deberes se entregó por completo a la piadosa tarea de auxiliarse a sí propio a bien morir con repetidos actos de fe, esperanza y caridad. Y con el nombre dulcísimo de Jesús en los labios, exhaló el último suspiro, en Passignano, el día 12 de julio del año 1073, a los veintidós de haber fundado la Congregación de Vallumbrosa. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del convento.

Grande fue el duelo de todos sus religiosos y de cuantas personas tuvieron la dicha de tratarle, al contemplar los inanimados restos del siervo de Dios, que tanto bien había sembrado dondequiera pasara; pero esta amargura se trocó muy pronto en inefable júbilo ante los milagros que Dios obraba junto al sepulcro del Santo, y que, al confirmar su santidad, ofrecían una sólida garantía de la eficacia de su intercesión.

Dichos prodigios movieron a sus religiosos y a gran número de seglares muy calificados, a pedir que se abriera el proceso de su canonización, que, previos los trámites canónicos, fue solemnemente proclamada el 6 de octubre de 1193 por el papa Celestino III; Inocencio XI elevó la fiesta a rito doble el 18 de enero de 1680.

Buena parte de las reliquias de San Juan Gualberto se conservan en Passignano; uno de los brazos, en Vallumbrosa; una mandíbula y el Santo Cristo milagroso de San Miniato, en la iglesia de la Santísima Trinidad de Florencia.

SANTORAL

Santos **Juan Gualberto, fundador;** *Nabor y Félix, mártires en Milán; León, abad;* Jasón, discípulo del Señor; Hermágoras, discípulo del Evangelista San Marcos, primer obispo de Aquilea y mártir, en tiempo de Nerón, con su diácono Fortunato; Paterniano, obispo de Bolonia, y Vivenciolo, de Lyón; Paulino, consagrado por San Pedro como primer obispo de Lucca, en Toscana; Proclo o Próculo e Hilarión, mártires en tiempo del emperador Trajano. Beatos Witgerio, esposo de Santa Amalberga (véase día 10) y padre de San Emeberto (obispo de Cambray) y de Santas Reinalda y Gúdula; Desiderio, hermano lego de Claraval; Andrés, niño del Tirol, mártir de los judíos, en 1459; Mancio y Matías Araki, hermanos, y sus compañeros, mártires en Japón. Santas *Marciana, virgen y mártir,* y Epifania, martirizada en Sicilia.



Prelado santo, sabio y mártir

DÍA 13 DE JULIO

SAN EUGENIO

OBISPO DE CARTAGO, Y SUS QUINIENTOS COMPAÑEROS, MÁRTIRES

(† hacia 505)

POR la muerte del obispo San Deogracias, acaecida en 457, la Iglesia de Cartago quedó huérfana de Pastor durante más de cinco lustros. En la mencionada fecha —segunda mitad del siglo v— el África del Norte, que como posesión romana por espacio de seis siglos, se había entregado por completo a los placeres de la vida, según testimonio de Silviano, estaba en poder de los vándalos. Estos bárbaros, bajados como torrente del norte de las Galias y a través de España, cruzaron el estrecho de Gibraltar en 429 y fueron a sembrar inmensas ruinas en aquellas comarcas norteafricanas.

Su rey Genserico, cuyo fanatismo arriano corría parejas con su crueldad y su odio contra el catolicismo, se apoderó de Cartago en 439. Además de inundar el África con sangre de mártires, intentó dar el último golpe a la religión ortodoxa prohibiendo bajo pena de muerte la ordenación de nuevos obispos, a fin de interrumpir la perpetuidad de la jerarquía eclesiástica e impedir la sucesión del episcopado. Sin embargo, en 476, un año antes de su muerte, permitió Genserico que fuesen abiertos de nuevo los templos y que volviesen los obispos desterrados.

EUGENIO, OBISPO DE CARTAGO

A Genserico le sucedió su hijo mayor, Hunerico, tan feroz y tan arriano como su padre. Sin embargo, durante los comienzos de su reinado dio a los católicos aparente tolerancia, pues hacía veinticinco años que Cartago carecía de obispo y les permitió elegir uno, merced a la influencia de Zenón, emperador de Oriente, pero el rey vándalo lo hizo con tales condiciones que su permiso estuvo a punto de no surtir efecto alguno. El edicto en que autorizaba la elección y que fue leído públicamente por el real notario, decía así:

«En nombre de nuestro soberano, os hago saber: que a ruegos del emperador Zenón y de la muy noble Placidia, os concede que ordenéis al obispo que os plazca, a condición de que los obispos de nuestra religión, residentes en Constantinopla y en las provincias de Oriente, tengan la libertad de predicar en sus iglesias y en la lengua que quieran y de ejercer la religión cristiana conforme a sus creencias, como vosotros tenéis la libertad aquí y en vuestras iglesias de África de celebrar, predicar y ejercer vuestra religión. Si el emperador niega esta libertad en Oriente a los nuestros, nuestro monarca desterrará a Mauritania no sólo al obispo de Cartago que va a elegirse, sino a todo el clero de África, sin excepción».

Como se echa de ver, este edicto es un verdadero trueque cargado de amenazas, pues el documento establece que los católicos gozarán entre los herejes arrianos de África de los mismos derechos que los arrianos en el imperio; y si los arrianos de Oriente no gozan de libertad, los católicos de África serán entregados a los mauritanos. Condición que dejaba puerta abierta a lamentables equívocos. Ante condiciones tales, parecía preferible que la Iglesia de Cartago se quedase sin obispo. Esta conclusión, empero, no era del agrado de la cristiandad de Cartago, privada de pastor desde tanto tiempo. Así es que se sintió satisfecha en 481 al ser elegido el presbítero Eugenio, a quien recibió con indescriptible entusiasmo, y hasta con expresiones de ruidosa alegría.

TRIBULACIONES DE LA IGLESIA DE CARTAGO

NADA nos ha transmitido la historia ni de la familia ni de los primeros años de aquel Eugenio que, en circunstancias tan críticas, venía a ocupar la sede que un día honraran los Ciprianos y los Agustines. Lo cierto es que, desde el primer momento, se mostró como un pastor incomparable, a quien animaba la más ardiente caridad.

No es posible referir el triste estado a que habían reducido a la Iglesia de Cartago las desde entonces proverbiales devastaciones de los vándalos, no obstante, el buen obispo hallaba medios de repartir cuantiosas limosnas a los pobres, como si el Señor se complaciera en multiplicar los recursos en las manos de su siervo. Su nombradía le atrajo pronto la envidia de los obispos arrianos, los cuales representaron al rey cuán perjudiciales resultaban a su Iglesia las predicaciones de Eugenio. Llegaron a aconsejarle que mandase al obispo católico que no dejara entrar en su templo a cuantos no se presentasen con el traje vándalo. El santo prelado, al enterarse de aquella extraña exigencia, contestó que la casa de Dios estaba abierta para todos y que no podía dejar de admitir a los fieles que quisieran entrar en ella.

Esta noble respuesta fue la señal de nueva persecución. Hunerico apostó a la puerta de las iglesias verdugos que se abalanzaban sobre cuantos acudían vestidos a la romana, les sacaban los ojos, los golpeaban con pesadas mazas de hierro u otros instrumentos, y luego los paseaban por las calles y plazas para que sirviesen de escarmiento a los seguidores de Cristo.

La persecución, concentrada primero en el interior de Cartago, no tardó en extenderse. Quiso Hunerico obligar a todos los oficiales de su palacio a firmar una profesión de fe arriana, acto seguido, los católicos que desempeñaban cargos en la corte y que preferían la muerte a la apostasía, fueron desterrados a los llanos de Útica, y allí, casi desnudos, expuestos a los ardientes rayos del sol y sometidos como esclavos a las rudas labores del campo. A uno de ellos que no podía valerse de una mano desde hacía varios años, le señalaron aquellos bárbaros un trabajo más penoso que el de los demás. El confesor de la fe, lleno de confianza, púsose en oración, y el Señor devolvió a su mano paralizada el movimiento y la vida.

Esta primera persecución se dirigía sobre todo contra los simples fieles, pues Hunerico no se había atrevido aún a perseguir a los obispos por temor de que el emperador Zenón se portase en Constantinopla de igual manera con el clero arriano. Por lo cual Eugenio, a pesar de las incesantes vejaciones del astuto vándalo, cuyo palacio se elevaba al lado de la residencia episcopal, gozaba aún de relativa independencia, que aprovechaba para visitar consolar y animar a sus ovejas y prepararlas a nuevos combates. Por otra parte, Hunerico, príncipe egoísta y cruel, se ensañaba contra los miembros de su misma familia, y desterraba o daba muerte a sus próximos parientes, a fin de dejar a sus hijos un trono sólidamente afianzado, y cuando creyó que ya nadie se lo estorbaría, decidió establecer en Africa el arrianismo, como religión oficial. Iniciaba con ello una nueva era de persecución que había de dar innumerables santos al cielo.

DESTIERRO A MAURITANIA

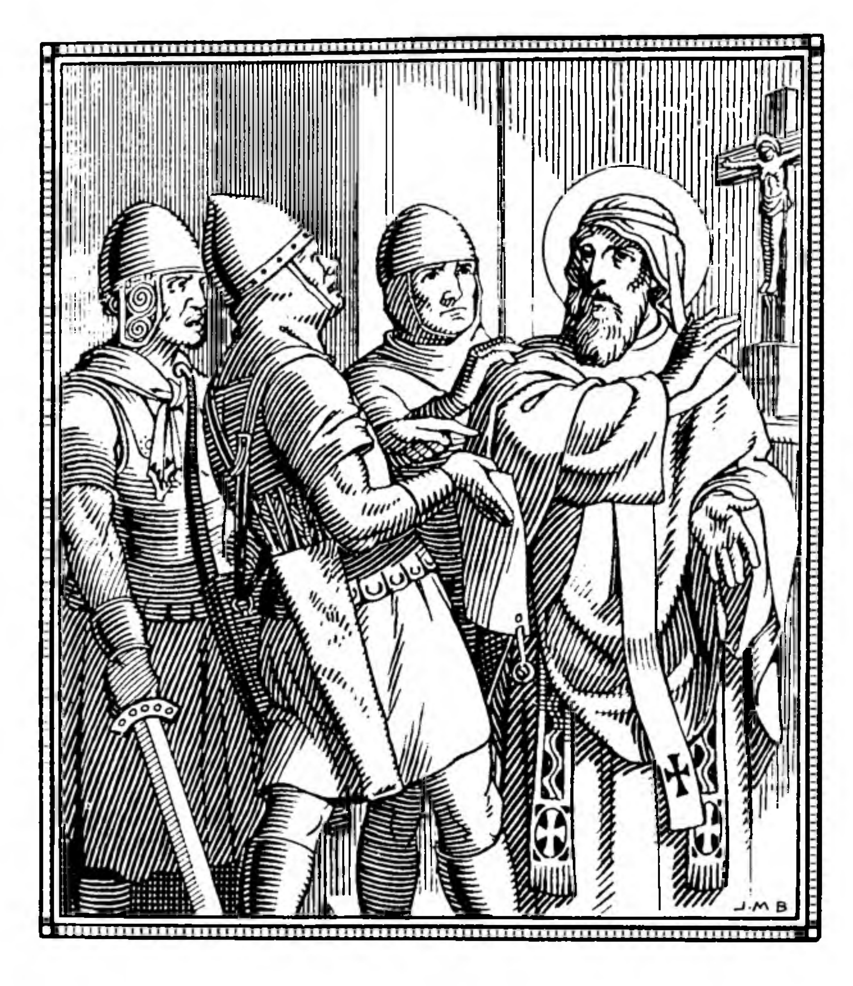
RESUELTO entonces a dirigir directamente sus ataques contra los obispos, que como fuente del sacerdocio eran el obstáculo principal para sus planes, recurrió, primero, a infames procedimientos. Hizo reunir a las vírgenes consagradas a Dios e intentó obligarlas a deponer contra el honor de los prelados y clérigos católicos. Para dar idea de los espantosos tormentos que se hizo padecer a las heroínas cristianas, bástenos decir que les ataban enormes pesos a los pies, las suspendían en el aire, y con planchas de hierro candentes les cubrían el cuerpo de horribles quemaduras. A pesar de todo, ni una palabra calumniosa salió de los labios de aquellas santas doncellas.

El feroz vándalo ya no disimuló más sus criminales anhelos. Hasta entonces no había hecho más que proferir amenazas contra el clero, pero ya en adelante dejaría las iglesias desiertas a fuerza de horribles matanzas. Con fecha de 19 de mayo del año séptimo del reinado de Hunerico, publicóse un decreto de destierro contra los obispos, sacerdotes, diáconos y católicos de distinción que permanecían fieles. En virtud del mismo fueron reunidos en números de cuatro mil novecientos setenta y seis en *Sicca Veneria* —hoy Le Kef— y en *Lares* —hoy Lorba— para ser deportados a Mauritania y allí sometidos a la más dura esclavitud. El pueblo enternecido seguía a los sacerdotes con cirios en las manos, y las madres con sus hijos en brazos se ponían a los pies de los santos confesores y les decían.

—¿Cómo nos abandonáis para correr al martirio? ¿Quién bautizará a nuestros hijos? ¿Quién nos administrará la penitencia y nos librará del peso de los pecados con el beneficio de la reconciliación? ¿Quién nos enterrará después de muertos, y quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio? ¿Qué? ¿No nos será permitido marcharnos con vosotros?

El obispo Víctor de Vite —que también fuera desterrado y perseguido— nos ha dejado el relato de los padecimientos de aquellos generosos cristianos. Es un largo martirologio escrito con espíritu de fe y caridad por la pluma de un mártir.

«No hallo palabras —dice el testigo de la persecución— para describir el espectáculo verdaderamente trágico de que fuimos objeto cuando nos entregaron en poder de los mauritanos. No nos dejaban rezar en alta voz; y si a alguno, por cansancio o enfermedad, se le hacía imposible la marcha, los bárbaros le clavaban sus venablos o le apedreaban. Por fin, al llegar a cierta población de Mauritania, nos encerraron en una cárcel que más parecía sepultura. Allí nos echaron sin miramiento alguno unos encima de otros como montones de langostas o, más bien como grano purí-



SAN *Eugenio dice con santa entereza a los enviados de Hunerico, el rey arriano: «Decíd a vuestro dueño y señor que en modo alguno puedo acatar las órdenes que de su parte me traéis. La casa del Señor está abierta para todos y, cualquiera que sea su traje, a nadie impediré la entrada».*

simo dispuesto para ser molido. Con esto se juntaban un calor sofocante y el pestilente olor ocasionado por tantos cuerpos enfermos y por la aglomeración de las inmundicias que convertían nuestro calabozo en fosa de podredumbre y de cieno...»

Hubiérase dicho que los bárbaros hacían befa de todos los sentimientos humanitarios. Aquella desgraciada cristiandad de África, diezmada con tantas muertes, se veía imposibilitada de reanudar el vínculo sacerdotal con nuevas ordenaciones, de suerte que el luto y la devastación se extendían por doquiera y las zarzas y abrojos crecían a discreción en las iglesias, convertidas en pajares y establos por los mismos perseguidores.

LA ASAMBLEA DE CARTAGO

El piloto de la nave de la desolada Iglesia de Cartago había podido permanecer en la ciudad. No es que se hubiesen amansado la furia del rey vándalo, porque el 19 de mayo de 483, fiesta de la Ascensión, mientras los católicos reunidos en el templo celebraban la solemnidad del día, un grupo de bárbaros penetró en el sagrado recinto para presentar a Eugenio un nuevo decreto real que proponía, en forma de *ultimatum*, una discusión entre católicos y arrianos para el primero de febrero de 484. Eugenio contestó a los enviados del rey que si éste quería discutir sobre religión, debería convocar a los obispos de otros países como Italia, Galia y España, a fin de que las decisiones tomadas lo fueran por unanimidad.

«Hazme monarca del universo —replicó arrogante Hunerico— y te concederé lo que pides».

«No es necesario que seáis señor del orbe —dijo el prelado—, basta con que solicitéis de vuestros amigos los príncipes arrianos que dejen venir a sus obispos, yo invitaré a los nuestros, especialmente al de Roma, Obispo de los obispos, para que todos reunidos declaren cuál sea la verdadera fe. Ya veis que la fórmula que propongo no es difícil ni exagerada».

Demasiado razonable parecía aquella proposición para que fuera del agrado de Hunerico, que, presa de la ira, hizo arrestar a varios obispos, de los cuales unos fueron desterrados y otros flagelados, y varios condenados a la pena capital. Prohibió, además, a sus súbditos, que comiesen con los católicos. Con tales providencias, como bien se entiende, lo que menos pretendía era conseguir la paz y la concordia.

Sin embargo, la asamblea de Cartago se celebró el día señalado y concurrieron a ella 466 obispos. La víspera, el rey hizo arrestar y desaparecer al santo obispo Lato, uno de los más sabios, para de esta suerte intimidar a los demás. Convocada de mala fe, aquella asamblea sirvió a Hunerico

de pretexto para renovar la persecución. Los católicos habían designado a diez de sus prelados para tomar parte en la discusión, pero no se les dejó hablar. Entonces redactaron éstos una profesión de fe que contenía la doctrina ortodoxa sobre la unidad de sustancia y trinidad de Personas en Dios; la necesidad de emplear el vocablo «consustancial», la divinidad del Espíritu Santo y demás dogmas impugnados por el arrianismo. Esta profesión de fe, enviada por duplicado al rey y a los obispos arrianos, es digna de figurar en la historia del dogma de Nicea al lado de las magistrales exposiciones de San Atanasio y de San Hilario.

En respuesta del mencionado documento, el rey vándalo publicó un edicto, firmado en Cartago a 25 de febrero, por el cual, según amenaza anterior, se aplicaban a los católicos de sus dominios las penas que en Oriente se infligían a los herejes. En consecuencia, desde el primero de junio siguiente, todas las iglesias católicas serían cerradas, sus bienes confiscados y sus obispos y clérigos llevados a los tribunales.

Todos los que habían acudido a la asamblea de Cartago fueron embarcados y transportados a Córcega, donde se les empleó en cortar árboles para la construcción de navíos. Los fieles permanecieron constantes en la fe, padecieron crueles suplicios, y ciudades enteras quedaron despobladas por haber sido sus habitantes llevados al destierro.

En Tipasa, mientras los católicos reunidos en una casa particular celebraban los santos misterios, una horda de bárbaros penetró en el recinto y cortó de raíz la lengua a todos los asistentes, que, por milagro, conservaron el habla. «Y si alguno duda del prodigio —escribe Víctor de Vite—, ruégole que se encamine a Constantinopla, allí verá a un subdiácono por nombre Reparto, que fue uno de esos confesores de la fe, que habla con maravillosa elocuencia y es hombre a quien la corte toda del emperador Zenón trata con veneración suma como a irrecusable testimonio del poder de Dios».

DESTIERRO DE SAN EUGENIO

Con todo, aún Hunerico no había destrozado lo bastante la grey de Cartago como para que se atreviese a perseguir libremente a su Pastor, se encargó de hacerlo de su cuenta el impío Cirila, jefe de los arrianos, el cual, viéndose cada día más objeto de execración pública, intentó recobrar el crédito popular perdido.

Por él fue deportado Eugenio a un desierto de Trípoli y entregado a un obispo arriano llamado Antonio, que, orgulloso y duro, le mantuvo mucho tiempo encarcelado en húmedo calabozo, donde esperaba verle sucumbir víctima de los malos tratos. Es de notar que los obispos arrianos

se presentaban personalmente como perseguidores y verdugos, y recorrían los pueblos a la cabeza de pelotones de soldados armados, multiplicando increíblemente las víctimas de su crueldad e insensato furor.

Sin embargo, el peso de la mano de Dios pareció dejarse sentir sobre los verdugos de sus siervos, Consumía poco a poco el cuerpo de Hunerico una enfermedad horrible; tratábase —según Víctor de Vite— de una úlcera que se extendía por sus extremidades inferiores, y en la que podía verse cómo los gusanos le iban devorando vivo. San Gregorio Turonense añade que, frenético, se desgarraba las carnes con sus propios dientes; y San Isidoro de Sevilla escribe que las entrañas le salían del vientre. Tal espectáculo, repugnante a los ojos de sus mismos secuaces, causó honda impresión entre éstos. Hunerico murió en medio de atroces sufrimientos el 13 de diciembre de 484. Todos señalaban su caso como ejemplo de la divina venganza. Sucedióle Gutamundo o Gombod, con el cual cesó la persecución y permitió que los desterrados volviesen a sus hogares.

MUERTE DE NUESTRO SANTO

Tras breve intervalo de paz, Trasamundo, sucesor de Gombod en 496, renovó la persecución contra los católicos. No adoptó contra sus súbditos ortodoxos el sistema de violencias públicas ni de suplicios bárbaros, ni de sangrientas ejecuciones. Trasamundo buscaba seducir a los católicos con promesas de cargos, dignidades, dinero o favores. Pero ni las seducciones ni las persecuciones corrompen la fe, antes bien, la purifican; y los artificios de aquel tirano resultaron tan impotentes como el rigor de las anteriores persecuciones para los fieles de Cartago. Despechado el rey vándalo, mandó prender al santo Obispo, mas como no pudiese reducir su constancia con la amenaza de los suplicios, lo deportó, probablemente a Cerdeña, según carta del papa San Símaco dirigida a los deportados que en aquella isla sufrían por la causa de la fe.

Es también posible que fuese desterrado a Córcega, de lo cual hay tradición, y de allí pasaría a Italia y, siguiendo la vía romana de la Galia, llegaría hasta Albí, para establecerse junto a la tumba de San Amaranto cuando pacíficamente reinaba Alarico II al sur de aquel hospitalario país. Vio el fin de sus días, el valiente atleta de la fe, el 13 de julio de 505. Fue sepultado en el monasterio por él fundado cerca de la mencionada ciudad y su nombre se hizo pronto célebre por los milagros obrados gracias a su intercesión y poderosísimo valimiento.

De San Eugenio han llegado hasta nosotros los siguientes tratados.

Exhortación a los fieles de Cartago; Exposición de la fe católica; Apología de la fe y fragmentos de la *Discusión con los arrianos.*

En 1404, Luis de Amboise, obispo de Albí, trasladó a la catedral las reliquias del santo obispo de Cartago y las de San Amaranto que en el siglo III honrara también aquella tierra vertiendo su sangre por Cristo.

MÁS DE QUINIENTOS MÁRTIRES

La figura de San Eugenio es representativa de la Iglesia de Cartago en aquellos días de gran tribulación. Como sol que centra sobre sí un sistema, el piadosísimo obispo supo conducir con celo pastoral aquella grey que hacía frente a los embates del infierno. Nunca es más peligrosa la persecución que cuando tiende a disgregar el cuerpo perseguido. Máxime si, para lograrlo, se acude a la fácil tentación del halago y a las promesas de un premio apetecido. Pero también entonces es más abundante la ayuda del cielo. Y en nuestro caso la obra de los enemigos sólo sirvió para apretar más y más aquellos fervorosos cristianos en torno a su jefe. Por eso nuestra Santa Madre la Iglesia al conmemorar en su martirologio la fiesta de San Eugenio, junta en el recuerdo a «todo el clero de aquella Iglesia, que se componía de más de quinientas personas». Todos sufrieron persecución por haber permanecido fieles a las enseñanzas cristianas. Durante la persecución de los vándalos, en el reinado de Hunerico, rey arriano, padecieron hambre y azotes. Entre ellos había muchos niños lectores y cantores que también sufrieron con alegría las penas del destierro. Los más célebres fueron el insigne arcediano Salutario, y Muritas, ministro coadjutor de aquella Iglesia, los cuales habiendo sido atormentados tres veces,y confesando otras tantas la fe católica, alcanzaron el glorioso título de confesores de Jesucristo.

SANTORAL

Santos **Eugenio, arzobispo de Cartago;** *Anacleto, papa y mártir* (véase el 26 de abril); Silas, compañero de San Pablo; *Turiano, obispo de Dol, en Bretaña;* Joel y Esdras, profetas; Arnton, obispo de Wutzburgo, en Franconia, y mártir; Salutario, presbítero y mártir, arrestado juntamente con San Eugenio de Cartago; Serapión, mártir en tiempo del emperador Severo; Esteban Taumaturgo, solitario. Santas *Maura y Brígida, vírgenes y mártires; Petronila, esposa de San Gilberto y abadesa;* Dagila, mártir de los arrianos; Mirope, martirizada en la isla de Chíos; Sara, virgen y abadesa, en Egipto; Trófima, virgen y mártir, en Alejandría.



Saludémosla con la oración del Ángel — Altísimo maestro

DÍA 14 DE JULIO

SAN BUENAVENTURA

FRAILE MENOR, CARDENAL, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA
(1221-1274)

JUAN de Fidenza, tan célebre en la Iglesia con el nombre de San Buenaventura, nació en Bagnorea de Toscana, en 1221. Cuatro años tenía cuando fue acometido por una enfermedad tan peligrosa, que los médicos perdieron la esperanza de curarle, su madre, sin embargo, resolvió salvarle por medio de un milagro. San Francisco de Asís recorría a la sazón los campos de Umbría, sembrando prodigios a su paso. A él acudió la angustiada madre para pedirle con lágrimas la curación de su hijo. Prometía, en retorno, consagrarlo a Dios en la Orden que el «Poverello» acababa de fundar. Éste tomó al niño en sus brazos, y después de curarle, previendo los misteriosos destinos que le estaban reservados en la Iglesia, exclamó «¡Oh buena ventura!» De esta efusiva exclamación le quedó el nombre de Buenaventura, con que se le conoce.

Llegado que fue a la edad de entenderlo, descubrióle su madre el voto que había hecho. Esta noticia hizo saltar de gozo a Buenaventura a quien su natural inclinación empujaba hacia el claustro. Sin embargo, antes de ingresar en el convento, hubo de prepararse con profundos estudios. Enviáronle, para ello, a las universidades más célebres de Italia. La humil-

dad y la inocencia de nuestro joven, le preservaron eficazmente de los peligros espirituales a que por desgracia suele estar expuesto el mundo estudiantil.

EN LA ORDEN DE LOS HERMANOS MENORES

ESTABA Buenaventura en los diecisiete años; era el momento de cumplir la promesa que hiciera su madre y que él de tan buen talante había aprobado. Precisaba, pues, trocar la vida cómoda del siglo por la austeridad del claustro, y nuestro mancebo se entregó generosamente a la que entendía ser su verdadera vocación. Ingresó en la Orden de los Frailes Menores y, después de un fervorosísimo noviciado, dio desahogo a sus ansias con la profesión religiosa.

Pronto notaron sus superiores las felices disposiciones y cualidades eminentes del joven profeso; por lo cual determinaron, hacia el año 1242 probablemente, enviarle a la Universidad de París, en donde fue confiado a los cuidados del célebre Alejandro de Hales, llamalo el «Doctor irrefutable». Éste, considerando la pureza de Buenaventura, su gracia y modestia, y la suavidad de sus palabras, hablando de él solía decir: «Éste es un verdadero israelita en quien parece no haber pecado Adán».

Por aquel tiempo llegó también a París Santo Tomás de Aquino, con quien Buenaventura trabó muy pronto amistad tan íntima y santa, que parecía hacer revivir la que San Basilio y San Gregorio Nacianceno se tuvieran en Atenas.

Ambos corrían, más bien que andaban, por las vías de la ciencia y de la virtud. Buenaventura pasó sin interrupción y con el más prodigioso resultado, de las escabrosidades de la filosofía a las excelsitudes y profundidades de la teología, reina de las ciencias. Muy pronto se halló apto para resolver con exacta precisión las más intrincadas dificultades, por lo que resonaron en su honor los aplausos y alabanzas de toda la Universidad. Pero su única intención al adquirir conocimientos iba encaminada a la más rápida y perfecta inteligencia de sus deberes. Las luces del estudio servían para hacerle avanzar con mayor rapidez y seguridad por las sendas de la virtud y para acercarle más a Dios. Empezaba siempre el estudio por la invocación al Espíritu Santo.

La caridad consumía su corazón. Servir a los enfermos era su más dulce anhelo. Cuidábalos con paternal amor y exquisita delicadeza haciendo caso omiso de la repugnancia natural. El valor para tan heroica abnegación hallábalo a los pies del Crucifijo, fuente inagotable de caridad. En vista de tanta virtud y de tan extraordinarios talentos no pudieron re-

signarse los superiores a que permaneciese nuestro Santo como simple lego y se propusieron elevarle al sacerdocio.

Convencido Buenaventura de que el deseo era voluntad manifiesta de Dios, pospuso toda repugnancia y temor, nacidos de su profunda humildad, y fuése a los pies del obispo para recibir la unción sagrada. Desde entonces el augusto ministerio de los altares, única y exclusiva preocupación de su espíritu, le absorbía por completo. Los ardores de su caridad inflamábanse más y más durante el Santo Sacrificio. Su corazón derretido en tierno amor a Jesucristo encendía en divino amor a los asistentes mientras celebrada. Hablaba de la Eucaristía con acentos arrebatadores.

BUENAVENTURA, DOCTOR

Poco después, encargáronle sus superiores de explicar una cátedra en las escuelas de la Orden; pero su fama traspasó pronto tan cercados límites, y cuando Juan de la Rochela dejó su cátedra en la Sorbona, en el año 1254, Buenaventura, a la sazón de treinta años, fue designado para sucederle. Allí explicó las teorías de Pedro Lombardo, el «Maestro de las Sentencias», con tal abundancia de doctrina y tanta claridad, que más bien se le hubiera tomado por autor que por intérprete. Empezaba la prueba de sus cuestiones por las Sagradas Escrituras, continuaba por la autoridad de los Padres y juntaba a ellas razones tan convincentes y sugestivas, que no daba lugar a la menor duda acerca de las materias por él explanadas. De dónde sacaba tales conocimientos, él mismo nos lo dirá. Cierto día en que fue Tomás de Aquino a visitarle, preguntóle en qué libros aprendía la profunda doctrina que tan justamente en él admiraban. Buenaventura le enseñó algunos volúmenes que leía con frecuencia. Su amigo respondióle que también él manejaba igualmente aquellos libros, pero que no veía en ellos la rica mina que con tanta fortuna explotaba. Buenaventura entonces le señaló un crucifijo que sobre su mesa tenía y le dijo: «Esta es la verdad, la fuente de mi doctrina, de estas sagradas llagas fluyen mis luces».

Con justo título es conocido por «el Doctor Seráfico», pues sus enseñanzas tenían tanto fervor y fuerza, que al mismo tiempo llevaban a los espíritus la luz y la ciencia y a los corazones el fuego del amor divino.

Tan preciosas cualidades le valieron la más completa confianza del rey San Luis. Este piadoso monarca convidábale a menudo a su mesa y le admitía en sus consejos. Buenaventura ayudaba siempre con amable candor a su real amigo. A ruegos del rey mitigó la regla de Santa Clara para las jóvenes de la Corte que quisieran consagrarse a Dios e ingresar en la abadía de Longchamps.

No le impedían, sin embargo, sus innumerables ocupaciones, participar activamente en la lucha, tristemente célebre, que ciertos espíritus habían emprendido contra las Órdenes mendicantes. En esta lucha estuvo también al lado de Santo Tomás. Escribó dos opúsculos: *Apología de los pobres* y *Pobreza de Jesucristo,* para refutar las funestas y pérfidas impugnaciones de Guillermo de Saint-Amour y del maestro Gerardo de Abbeville.

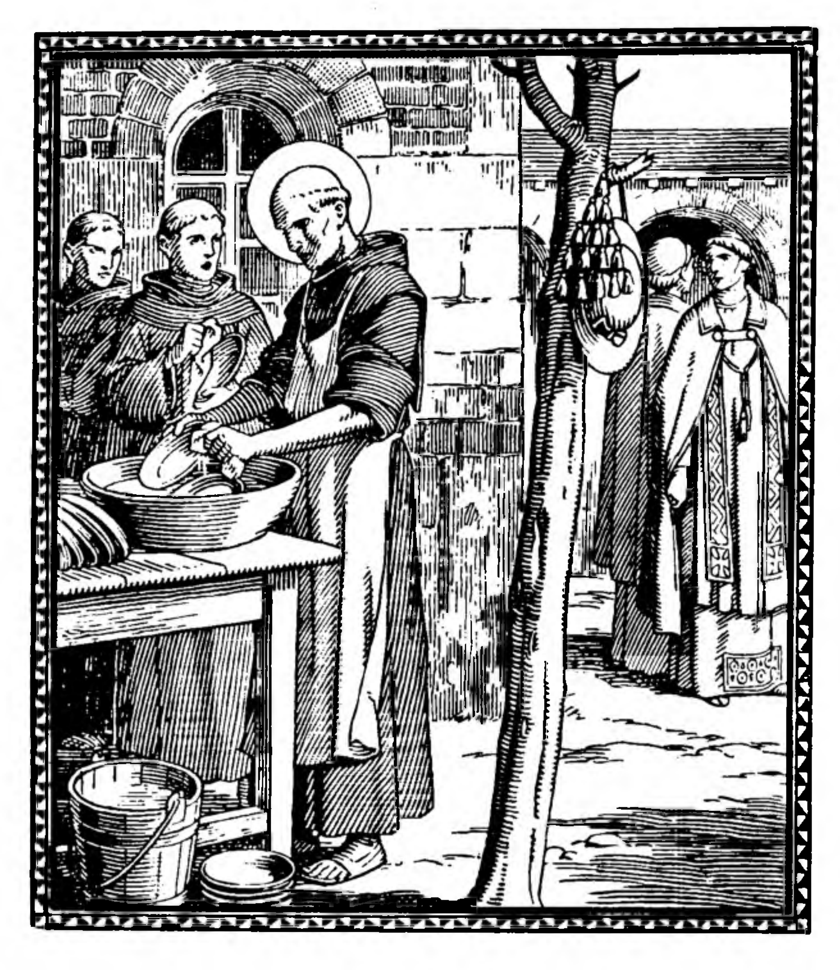
MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN

MIENTRAS el ilustre Doctor prodigaba sus luces en la Universidad de París, la Orden de Frailes Menores era presa de disensiones intestinas, producidas, en gran parte, por las sospechas de herejía que con respecto al Ministro General, Juan de Parma, alimentaban algunos.

Lamentábase principalmente el papa Alejandro IV de esta situación, y para esclarecerla convocó un Capítulo general, que reunió el 2 de febrero de 1257, en el convento de Araceli, en Roma. El General dimitió; y, por deferencia, le rogaron sus Hermanos que escogiese un sucesor. Nombró sin vacilar a fray Buenaventura como el más indicado para dirigir la Orden Seráfica. Este nombramiento fue acogido con unánimes aplausos. El Papa lo confirmó y Buenaventura, a pesar de su resistencia e insistentes súplicas, tuvo que aceptar el cargo.

El nuevo General salió inmediatamente de París para Roma, donde su presencia era de absoluta necesidad, y emprendió, sin pérdida de tiempo, la tarea de apaciguar los espíritus. Dulzura sin debilidad, firmeza sin acritud, palabras impregnadas de suavidad y fuerza: tales fueron las armas que empleó para animar a los cobardes, estimular a los tibios y sostener a los fervorosos. Gracias a esta conducta, volvió pronto la serenidad a los espíritus, y pudo nuestro Santo regresar a París. Visitó de camino todos los conventos sometidos a su jurisdicción, mostrando por doquier que no había sido nombrado superior sino para dar más perfecto ejemplo de humildad y de caridad.

Durante su estancia en París, desplegó Buenaventura prodigiosa actividad, que le permitió atender a sus múltiples ocupaciones sin perjuicio de los estudios personales. Ya Santo Tomás y San Buenaventura habían liquidado el pleito de las Órdenes religiosas y a las pasadas turbulencias habíanse sucedido la paz y la calma. Como prueba de reconciliación, brindóseles la borla del doctorado que previamente conquistaron en lucidos ejercicios. Aun hubo una pugna entre ambos santos por ver quién sería coronado primero; triunfó, por fin, la humildad de San Buenaventura al conseguir, aunque a duras penas. que aceptara la primacía su compañero.



DOS *nuncios vienen de Roma, portadores de la insignia cardenalicia para San Buenaventura. El Santo está en el patio de la cocina fregando los platos, y para no interrumpir esta humilde ocupación. ruégales que esperen un momento y que cuelguen el sombrero en un árbol vecino.*

Después de este suceso acaecido el 23 de octubre de 1257, se retiró a Nantes para gozar allí de apacible soledad que le permitió escribir varios tratados. El año 1260 convocó, en Narbona, el primer Capítulo general de su mandato, en él se dio a las Constituciones de la Orden la forma definitiva, y se determinó escribir la Vida del seráfico San Francisco. De allí pasó al monte Alvernia, con el propósito de vivir durante algún tiempo en el oratorio donde su bienaventurado Padre recibiera la impresión de las llagas. Su vida fue un éxtasis continuo, cuya sublimidad puede apreciarse en las páginas de la obra *Camino para llegar a Dios*, que compuso poco después.

Antes de salir de Italia, visitó en Asís los distintos lugares donde San Francisco viviera, y recogió informes de boca de quienes fueron testigos oculares de las maravillas obradas por el santo fundador. De vuelta en París en 1261, consagróse a su noble tarea con increíble fervor. Basta, en efecto leer la admirable Vida de San Francisco que San Buenaventura escribió, para notar que el autor poseía en grado eminente las virtudes que ensalza.

Tomás de Aquino fue cierto día a visitarle, y estando entreabierta la puerta de la habitación, vióle en éxtasis fuera de sí y levantado del suelo, penetrado de admiración y de respeto, no quiso estorbarle y se retiró diciendo «Dejemos a un santo escribir la vida de otro santo».

EL SIERVO DE MARÍA

De su ferviente devoción a la Madre de Dios dio San Buenaventura clarísimas e inequívocas muestras al principio de su generalato. Inmediatamente después de su elección puso su Orden y su persona bajo la especial protección de María; su vida fue una continua propagación de la devoción a la Santísima Virgen y todos sus escritos respiran el más puro amor y la más absoluta confianza en tan cariñosa Madre. En su *Espejo de la Virgen* describe maravillosamente las gracias, virtudes y privilegios con que María fue favorecida. Compuso asimismo en su honor un Oficio que destila las más tierna efusión de un corazón amante y respetuoso.

El Sumo Pontífice deseaba investirle con alguna dignidad eclesiástica para darle más autoridad. Habiendo vacado el arzobispado de York, en Inglaterra, Clemente IV, sucesor de Urbano IV, no encontró persona más a propósito para gobernar esta iglesia que Buenaventura. Sin consultarle. le nombró arzobispo el 24 de noviembre de 1265. Esta noticia sobrecogió al humilde religioso, que acudió espantado a echarse a los pies del Papa, para suplicarle que descargase sus débiles espaldas de tan pesada carga.

Tantas fueron sus instancias, que Clemente IV cedió, aunque a disgusto, y Buenaventrua, conservado al amor de sus hijos, se dio de lleno a guiarlos por las vías de la santidad, más con ejemplos que con palabras.

Presidía todos los actos de su vida una profundísima humildad. Convencido de su indignidad, se abstuvo durante algún tiempo de celebrar el Santo Sacrificio; pero asistiendo una mañana a la Santa Misa y mientras meditaba sobre la Pasión de Cristo, desprendióse milagrosamente una parte de la hostia consagrada de manos del sacerdote y vino a posarse en labios del Santo. Este dulcísimo favor llenó su alma de celestiales delicias.

CARDENAL Y OBISPO DE ALBANO

A la muerte de Clemente IV, en 1268, reinó la mayor indecisión y desconcierto en el Colegio de los cardenales, para designar sucesor. Lamentábase toda la Iglesia, pues tan larga vacante, se prolongó por espacio de dos años y diez meses, cuando Buenaventura decidió poner remedio. Procuró que los cardenales se inclinasen hacia el piadoso Teobaldo, oriundo de Placencia, cuya elección tuvo lugar el primero de septiembre de 1271. El recién electo tomó el nombre de Gregorio X.

Vuelto Buenaventura a París, reanudó sus trabajos. Fue entonces cuando compuso su *Hexameron* —Sermones acerca de los seis días de la Creación—, en donde se encuentra, rica y sentenciosa, toda la penetración de la sutil escolástica. Apenas hubo acabado esta obra, recibió un Breve de Roma, fechado en 3 de junio de 1273, en el que Gregorio X le nombraba obispo de Albano y cardenal de la Santa Iglesia. Para que no pudiese oponer nuevos obstáculos, el Sumo Pontífice le intimaba la orden de aceptar y de salir inmediatamente para Roma. Al mismo tiempo despachaba dos nuncios que debían encontrarle en camino y entregarle, en nombre del Papa, las insignias cardenalicias. Halláronle, efectivamente, en el convento franciscano de Muglio, cerca de Florencia. El General, que siempre buscaba los oficios más humildes, estaba ocupado, con varios de sus Hermanos, en fregar los platos. La llegada de los legados pontificios no le afectó lo más mínimo, pidióles permiso para continuar el trabajo y les rogó colgaran de una rama de árbol, que allí cerca había, el capelo cardenalicio que en aquel momento no podía tomar decentemente con sus manos. Los enviados accedieron a su deseo. Una vez que Buenaventura acabó su humilde tarea fue a rendirles los honores debidos a su dignidad.

La alegría de tan grata nueva distrajo a los religiosos hasta el punto de que dejaron pasar la hora de rezar Completas sin atreverse a abandonar a sus respetables huéspedes. Éstos no salieron del convento hasta

la tarde. Después, dirigiéronse los religiosos al refectorio, aplazando el oficio para después de la comida. No bien se hubieron sentado a la mesa cuando el General, a cuya atención nada escapaba, quiso saber si habían rezado Completas, ante la respuesta negativa, preguntóles cuál de los dos ejercicios debía prudentemente ser aplazado, y mandó suspender la comida para acudir al coro. A los religiosos gustó sobremanera tal proceder.

EN EL CONCILIO DE LYÓN

Mientras transcurrían estos sucesos llegó el Papa a Florencia, donde le fue presentado San Buenaventura. Gregorio X le exhortó a sobrellevar con valor su nuevo cargo como príncipe de la Iglesia. El nuevo cardenal recibió la orden de prepararse para hablar en el XIV Concilio ecuménico que con el fin de estudiar una forma de unión entre las iglesias griega y latina, iba a reunirse en Lyón.

Había sido llamado también Santo Tomás, pero falleció en el camino. Hondamente preocupado por los nuevos deberes que el cardenalato le imponía y perfectamente compenetrado con los deseos y propósitos del Papa, entregóse Buenaventura a una tenaz labor. Una vez abierto el Concilio, dirigió las asambleas preliminares y planteó todos los extremos que se habían de estudiar. A la llegada de los embajadores griegos, tuvo primero que conferenciar con ellos, refutar sus objeciones y defenderse de sus argucias. Su dulzura y la fuerza de su argumentación los subyugó de tal modo que acabaron por someterse a todo lo que les fue propuesto.

La intensidad de estos trabajos habían acabado por debilitar una salud hasta entonces muy robusta. Buenaventura, sin embargo, cuidóse muy poco de ella. Asistió a la apertura del Concilio el 7 de mayo de 1274 y después del Papa dirigió la palabra a los Padres, reunidos en número de quinientos tomando por tema el *Surge, Jerúsalem,* «Levántate, Jerusalén, álzate a un sitio elevado, mira hacia el Levante y ve a tus hijos reunidos desde el Oriente hasta el Occidente».

La oportunidad y precisión del texto, junto con los encantos y fluidez de su elocuencia arrastraron los corazones. Pero se temía que ciertos intereses creados impidieran a los circunstantes ponerse de acuerdo. Como por milagro, pudo Buenaventura sostenerse todavía hasta la cuarta sesión del Concilio, a principios de julio. Convenía, en efecto que el obrero del Señor gozase por un momento el admirable efecto de su obra. Durante la misa, después del canto del *Credo,* los griegos, de manera oficial, abjuraron el cisma, aceptaron la profesión de fe de la Iglesia romana y reconocieron libremente y sin restricción alguna la primacía del Papa.

MUERTE DEL SANTO

Los incesantes y duros trabajos que, no obstante su debilidad, se había impuesto el Siervo de Dios, redujéronle a un extremo abatimiento físico, y aunque el espíritu pugnaba por seguir en su ardoroso esfuerzo, hubo de rendirse ante la enfermedad.

No fueron los dolores corporales su tormento mayor. Devoto fervorosísimo del Santísimo Sacramento, hubo de privarse de la Sagrada Comunión a causa de los continuos y violentos vómitos que le molestaban, y sólo encontraba lenitivo repitiendo de continuo sus comuniones espirituales.

Con el fin de complacer los deseos que multitud de veces expresara, llevaron a su cuarto el santo copón. No bien lo hubo visto cuando, reconcentró todas sus fuerzas, elevó fijamente sus ojos al Pan de los Ángeles, y arrebatado de fe y amor, suplicó al sacerdote le acercara el Sacratísimo Cuerpo de Cristo y lo pusiese sobre su pecho. Apenas la Sagrada Hostia hubo tocado el corazón ardiente de este serafín terrenal, penetró en su pecho dejando visible señal del milagro. Después de este divino favor, en una paz inalterable alzó nuestro Santo el vuelo hacia Dios. Era el 15 de julio de 1274. Tenía entonces 53 años.

Toda la Iglesia le lloró, pues en él perdía a uno de sus más valiosos y bellos ornamentos, un Doctor incomparable, que aprendiera mucho más de las revelaciones divinas que en sus estudios, y que supo traducir su ciencia al humano lenguaje con inflamado amor.

San Buenaventura fue canonizado el 14 de abril de 1482, por Sixto IV. El 14 de marzo de 1567, Sixto V lo incluyó en el número de los Doctores.

SANTORAL

Santos **Buenaventura, Doctor de la Iglesia;** *Justo, soldado y mártir;* Heraclas, hermano del mártir San Plutarco y obispo de Alejandría; José, hermano de San Nicolás Estudita y arzobispo de Tesalónica; Focas, obispo de Sinope, y Pedro, de Creta, mártires; Ciro, obispo de Cartago; Félix, primer obispo de Como; Optaciano, primer obispo de Brescia; Madelgario, Rolando y Guillermo, abades, en Francia; Liberto de Malinas, mártir; Basino, padre de Santa Aldegunda, mártir; Marcelino, discípulo de San Wilibrordo, presbítero y confesor. Beatos *Gaspar de Bono, mínimo;* Rosnata, premonstratense, mártir en Dopel, Bohemia; Humberto de Romans, General de los Dominicos. Santas Reinofra, virgen; y Toscana, viuda. Beata *Angelina de Corbara, fundadora:* su fiesta se celebra el 21 de julio.



Emperador justo, esforzado y temeroso de Dios

DÍA 15 DE JULIO

SAN ENRIQUE

REY Y EMPERADOR (973-1024)

SAN Enrique es, cronológicamente, el décimo tercero de los veinte reyes inscritos por la Iglesia en el Catálogo de los Santos. Pero, como delicadamente observa uno de sus biógrafos, han sido tales las dificultades que han tenido que vencer estos hombres para llegar a ser santos en el lugar que ocupaban, que su número, tan exiguo aparentemente, es, sin embargo, un título de gloria para la Humanidad.



Nació Enrique el 6 de mayo de 973, probablemente en Ratisbona. Era el primogénito de Enrique II el Pendenciero, duque de Baviera y primo del emperador Otón II. Su madre, Gisela, hija de un rey de Borgoña, tuvo que preocuparse pronto de la educación de su hijo, pues apenas Enrique había llegado a los dos años de edad cuando su padre fue encarcelado por orden de su poderoso primo. Para desarmar el enojo del monarca, Gisela llevó al niño al monasterio de Hildesheim, en Sajonia, prometió consagrarlo a la vida de los Canónigos regulares. Dirigido así, oficialmente, hacia el claustro, no había lugar a los recelos de Otón II.

Allí, al contacto asiduo con los autores sagrados, con los hagiógrafos, literatos y filósofos de nota, el futuro emperador empezó a adquirir aquella flexibilidad de espíritu, aquel discernimiento de las cosas de la

Iglesia y amplitud y moderación de ideas que más tarde le sirvieron de gran ayuda en el gobierno de los hombres.

Necesario era, con todo, para la popularidad del joven príncipe, que su educación se completase en Baviera, en el ducado que su padre había gobernado y a la cabeza del cual se esperaba ver pronto al hijo. Por ello, sus padres le confiaron a San Volfango, religioso benedictino, y obispo a la sazón de Ratisbona, famoso por su sabiduría y gran piedad.

En tan magnífica escuela siguió acrecentando el caudal de sus conocimientos y sobre todo perfeccionándose en experiencia del corazón humano que tan buena ayuda presta a quienes deben dirigir a los demás

DUQUE DE BAVIERA

TENÍA Enrique veintidós años cuando los señores de Baviera le designaron para suceder, como duque de Baviera, a su padre Enrique II, muerto el 28 de agosto de 995. El difunto había dispuesto todo para preparar esta elección, la cual se hizo con tanta menos dificultad cuanto más se declaraba la tendencia a reconocer los derechos hereditarios, en un país, en donde hasta entonces, las dignidades eran electivas. El emperador Otón III, sucesor de Otón II, ratificó sin dificultad la elección de la nobleza bávara.

Por aquel tiempo, el nuevo duque, cediendo a las instancias de su pueblo, contrajo matrimonio. Encontró esposa digna de él en la persona de Cunegunda, hija de Sigfredo, conde de Luxemburgo. Como debía declararlo Eugenio III, en 1145, en la Bula de canonización, su unión fue santificada por una castidad conservada intacta hasta la muerte.

Durante los siete años que gobernó su ducado, Enrique IV, leal y abnegado, esforzóse en apaciguar las turbulencias de los señores feudales. Acompañó al emperador en 996 y 998 en sus expediciones a Italia. Existían entre Enrique y Otón III cordiales relaciones, pero esta cordialidad duró poco, pues el 21 de enero de 1002 murió Otón III, a la edad de 21 años. Su real ascendencia, así como el favor demostrado por un gran número de señores influyentes, autorizaban al duque de Baviera a pretender la sucesión del imperio. En una Dieta que se reunió en Werla, el año 1002, la asamblea reconoció que Enrique debía reinar «con ayuda de Cristo y en virtud de su derecho hereditario». Los rivales intentaron oponérsele en otras Dietas, pero fue elegido y consagrado el domingo 7 de junio de 1002, en Maguncia. El duque de Baviera, Enrique IV, llegaba a ser así Enrique II, rey de Germania. Su dignidad fue reconocida por todos poco después.

REY DE GERMANIA

A la subida de Enrique II al trono, Alemania, a más de los cinco ducados de Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena, comprendía Bélgica, Países Bajos, casi toda Suiza y algunas provincias de Italia y de Francia. Esta enorme aglomeración carecía de la homogeneidad necesaria para ser duradera. Por eso, el nuevo monarca trabajó constantemente para vencer las dificultades. En el seno del imperio agitábase una nobleza orgullosa, brutal, mal avenida con el yugo común, siempre dispuesta a rebelarse y a veces a la traición. En su misma casa, los cinco hermanos de su mujer llenaban el palacio de intrigas, en fin, Italia, y sobre todo Polonia, constituían sus mayores amenazas.

El año 1003, se entabló la lucha entre Alemania y Boleslao I el Intrépido, temible jefe de los polacos. Después de tres guerras indecisas, medió, por fin, el 30 de enero de 1018, un compromiso entre ambos reyes: a cambio de Lusacia, renunciaba Boleslao a la corona germánica.

Al mismo tiempo que hacía frente a Polonia, Enrique tenía que defenderse por el sur, en donde el rey Arduino procuraba levantar contra el imperio el sentimiento nacional. La necesidad de combatir y de rechazar a los sarracenos y a los griegos, obligó al monarca alemán a realizar tres expediciones a Italia. Durante la primera, el año 1004, recibió en Pavía la corona de Lombardía.

Como príncipe lleno de espíritu cristiano, Enrique habíase propuesto extender el reino de Dios sobre la tierra. Fiel a este ideal, buscó siempre conciliar los intereses de la Iglesia y los del Estado. Uno de sus primeros actos fue dotar a numerosos monasterios de Baviera y fundar otros nuevos. En esta época el monacato presentábase como un organismo maravillosamente adaptado a la obra civilizadora, pues, además de asegurar el bienestar de las poblaciones por el trabajo, impidió a los señores, por la inclusión de sus extensas posesiones entre las de los nobles, como zonas neutrales, adquirir una preponderancia territorial amenazadora para el soberano. Por otra parte, cada centro monástico constituía un ejemplar foco de oración y estudio. En sus viajes, gustaba Enrique de hospedarse en los conventos; edificábase de la regularidad de los monjes, pero no temía intervenir resueltamente para hacer cesar los abusos doquiera los encontrase.

Por afán de popularidad, Bernardo, abad del monasterio de Hersfeld, al norte de Fulda, dejó que su monjes vivieran con excesivo regalo. Hasta él mismo, so pretexto de salud, retiróse con sus familiares a un edificio construído en la montaña. Vivía muy holgadamente, tanto que los monjes hubieron de quejarse de que empleaba para su uso los bienes del monas-

terio. La queja fue dirigida a Enrique, el cual nombró al momento, como abad de Hersfeld, a un santo religioso llamado Godeardo, con encargo de reformar los abusos. «No es un monasterio lo que me confían —exclamó el nuevo abad, a la vista de tantas frivolidades—, antes parece una corte real». Y sin más espera, el abad convenció a los religiosos de que venía para hacer observar la regla de San Benito, y que quienes no se sintiesen con fuerza para someterse, deberían retirarse. Sólo algunos ancianos y unos pocos jóvenes se quedaron. La deserción de tantos, sin embargo, no desanimó ni a Enrique ni a Godeardo. Los fugitivos volvieron poco a poco; los bienes sobrantes fueron distribuídos entre los pobres, la sencillez monástica, reintegrada a su antiguo honor, y pronto Hersfeld volvió a florecer, con toda la austeridad de la regla benedictina.

Lo que se hizo en Hersfeld acaeció también en muchos otros monasterios, bajo el impulso del piadoso soberano, que mantenía las más íntimas relaciones con los grandes reformadores de su época, en particular con San Odilón, abad de Cluny. Comprendíanse admirablemente uno y otro, y se puede decir —escribe Lesetre— que «si en la reforma monástica de Alemania, Odilón fue la cabeza, Enrique fue su brazo derecho».

Las intrigas de los señores, sostenidas por los cuñados de Enrique y por otros miembros de su familia, le crearon muchas preocupaciones. De acuerdo con el obispo de Wurtzburgo, estos ambiciosos habían combinado el plan de un reparto de las diócesis, para despojar al arzobispo de Maguncia de la supremacía sobre las regiones fronterizas de Bohemia. Esta medida era la ruina de la obra de San Bonifacio, y, en el ánimo de los autores, el preludio de un parcelamiento del imperio en provecho propio.

A fin de malograr semejantes cálculos y «destruir el paganismo de los eslavos», el rey negoció con el papa Juan XIX la erección del obispado de Bamberg (año 1006), bajo la protección directa de la Santa Sede, pero sin sustraerlo por ello a la jurisdicción del metropolitano de Maguncia.

EMPERADOR DE ALEMANIA

Por sus brutalidades y torpezas, Arduino, el pretendido «rey nacional», había descontentado a sus súbditos italianos, los cuales empezaban a declararse por el monarca alemán, pero éste esperaba una ocasión favorable para intervenir con seguridad de éxito. Suministróle esta ocasión en 1012, la elección de Benedicto VIII, en favor del cual se declaró Enrique II contra el antipapa Gregorio, que presto perdió el poder usurpado.

La presencia del ejército alemán en Italia, a final de 1013, repercutió en toda la península. Arduino, viéndose perdido, renunció a la corona



DICE *el abad a San Enrique: «Accedo a vuestra súplica y os recibo como religioso; pero os mando, en virtud de santa obediencia, que volváis al gobierno del imperio que en vuestras manos ha puesto la Divina Providencia. Y no olvidéis que de vos depende la salvación de muchos súbditos vuestros».*

para retirarse a un monasterio. En Roma, los partidarios de Gregorio juzgaron su causa desesperada, y le abandonaron. Mientras, Benedicto VIII volvía a tomar posesión de la ciudad y de los palacios apostólicos.

El rey llegó también allá en los primeros días de febrero. El Papa, rodeado de numeroso cortejo de prelados, salió a su encuentro, llevando un globo riquísimo terminado en una cruz, símbolo del poder que el soberano debía ejercer sobre el mundo como leal soldado de Cristo. Enrique recibió el regalo con gozo, y después de examinarlo, dijo al Papa: «Santísimo Padre, lo que aquí me presentáis es muy significativo y con ello me dais una excelente lección, mostrándome, por símbolo de mi imperio, con qué principios debo gobernar». Después añadió: «Nadie es más digno de poseer tal presente que aquellos que, apartados del mundo, se dedican a seguir la cruz de Jesucristo». Y el globo de oro fue llevado a Cluny.

La coronación tuvo lugar el 14 de febrero de 1014. En la mañana de ese día, el rey con su esposa Cunegunda, dirigióse a la basílica de San Pedro. El Papa los esperaba en las gradas del peristilo, para hacer a Enrique las preguntas acostumbradas si consentía en ser el celoso patrono y defensor de la Iglesia romana y si prometía fidelidad en todas las cosas a él y a sus sucesores. Contestó Enrique afirmativamente, y fue introducido en la basílica, consagrado emperador, y después coronado solemnemente junto con la emperatriz Cunegunda. Acto seguido, donó su corona para que fuese colocada en el altar del Príncipe de los Apóstoles.

Con esta ocasión el nuevo emperador concedió al Papa una carta de privilegios. Garantizábale la Toscana, Parma, Mantua, Venecia, Istria, los ducados de Espoleto y de Benevento y, eventualmente, los territorios de Nápoles y Gaeta, que aún estaban bajo el poder bizantino. Otra cláusula estipulaba que todo el clero y toda la nobleza romana se comprometían con juramento a no proceder a la elección de los Papas sino con arreglo a las leyes canónicas, y que el nuevo elegido, antes de ser consagrado, se obligaría él mismo, en presencia de los enviados del emperador y ante el pueblo, a mantener los derechos de todos». Era, en suma, la confirmación de un derecho reconocido por Eugenio II (824-827) en favor de Ludovico Pío, y que explica, en este período de revueltas y anarquías, las dificultades de la elección pontificia. Con todo, esta tutela imperial ejercida sobre la Iglesia encerraba gravísimos peligros, pues algunos de los emperadores de Alemania se sirvieron de ella para reclamar y justificar intolerables intervenciones en los asuntos del Papado.

La buena inteligencia, así sellada entre Benedicto VIII y Enrique II, no se desmintió ni un solo instante, durante su común reinado. Esta inteligencia permitióles trabajar eficazmente en el bien de la cristiandad, particularmente en la observancia de la Tregua de Dios, instituída en el Con-

cilio de Poitiers el año 1000, y que para incorporarse a las costumbres tenía necesidad de la ayuda del brazo secular.

En los primeros años, vióse a Enrique II recorrer las provincias de Alemania, proclamando la paz local, en las grandes asambleas, como en Zurih en 1005, en Merseburgo en 1012, donde todos, desde el más humilde hasta el más poderoso, juraron «que mantedrían la paz, y que no serían cómplices de los bandolerismos». Muchos señores y obispos siguieron este ejemplo. Burkhardo, obispo de Worms, publicó un edicto de paz, a fin de someter a sus súbditos «ricos y pobres» a la misma ley. Para afianzar tan generoso intento, el emperador no titubeó en imponer severos castigos y aun despojar de su cargo a los margraves que se resistían.

El deseo de plasmar el pensamiento pontificio de una paz universal, determinó también a Enrique II a entrevistarse en Mousson, cerca de Sedán, en agosto de 1023, con Roberto el Piadoso, rey de Francia. Los dos monarcas estudiaron allí los medios de atajar los males en que continuamente se veía envuelta la cristiandad, discutieron la manera de hacer frente a tantos daños materiales y espirituales, y convinieron en pedir al Papa la celebración de un Concilio General que pusiera fin a los abusos.

El emperador de Constantinopla conservaba aún cierta pretensión sobre los Estados Pontificios. Algunas ciudades de la Italia Meridional que habían quedado bajo su dominio, estaban administradas por un gobernador. Éste, obedeciendo órdenes de su señor, invadió varias ciudades de la Apulia, que dependían de la Santa Sede, y no disimuló su intención de restablecer la influencia bizantina en la península. El Papa envió contra él a Raúl, príncipe de Normandía, el cual obligó a los griegos a retirarse.

Mas, a fin de asegurar definitivamente la independencia de Italia, Benedicto VIII pasó los Alpes y fue a exponer al emperador el estado de los negocios. La entrevista tuvo lugar en Bamberg (abril de 1020). En ella fueron examinadas cuestiones importantísimas, tanto en el aspecto social como en el religioso, y tratóse de rechazar el dominio bizantino, hostil a la Iglesia y enemigo de la unidad. San Enrique renovó al Papa sus promesas de fidelidad y le aseguró que volaría en defensa de la Santa Sede tan pronto como la viera amenazada en sus derechos sacrosantos. Estudiáronse, igualmente, diversos asuntos de disciplina y reforma del clero.

A mediados de noviembre de 1021, el emperador salió de Augsburgo para su tercera expedición por Italia, nuevamente invalida por los griegos. Esta vez la victoria fue completa. Enrique desposeyó a los enemigos de todas las plazas que habían conservado hasta entonces y las donó a la Santa Sede. Pacificada ya la península, volvió a sus Estados. Detúvose, sin embargo, algún tiempo en Monte Casino, donde arregló con el Papa diversos asuntos referentes a la administración de la célebre abadía.

LA CORONA ETERNA

Un día que Enrique visitaba en Lorena las construcciones de la abadía de San Vanne, que acababa de restaurar el abad Ricardo, profirió. entrando en el claustro, aquellas palabras del salmista «Éste es el lugar de mi reposo; aquí habitaré, en la morada de mi elección». Haimón, obispo de Verdún, que acompañaba al soberano, conocía su inclinación a la vida monástica y advirtió al abad lo que probablemente iba a suceder. En efecto, Enrique no tardó en manifestar el deseo de abandonar la vida secular para hacerse monje. Comprendió Ricardo que la vocación del imperial visitante no era la de un modesto religioso, y buscó un recurso para satisfacer la piedad del príncipe sin perjudicar al Estado. Reunió a la Comunidad y rogó al emperador que manifestara sus deseos ante todos los religiosos. Enrique declaró su resolución de abandonar las vanidades del siglo para consagrarse al servicio de Dios en aquel monasterio.

—¿Queréis —dijo el abad— . a ejemplo de Jesucristo, practicar la obediencia hasta la muerte?

—Lo quiero —respondió Enrique, con humilde firmeza y decisión.

—Puesto que así es —replicó el abad—, desde este momento os recibo en el número de los religiosos. Acepto la responsabilidad de vuestra alma si de vuestra parte prometéis seguir, para la gloria de Dios, todo lo que os ordenare como a miembro de nuestra comunidad.

—Juro obedeceros puntualmente en todo lo que mandéis.

—Quiero, pues —concluyó Ricardo—, y os ordeno, en virtud de santa obediencia, que volváis a tomar el gobierno del imperio confiado a vuestros cuidados por la Providencia divina. Quiero que procuréis, en todo cuanto de vos dependa, la salvación de vuestros súbditos, por vuestra vigilancia y firmeza en la administración de la justicia.

No esperaba el emperador aquella solución, y hubo de sorprenderle. Porque una de sus razones para abrazar el estado religioso era descargarse definitivamente de la pesada cruz que el gobierno imponía a su conciencia.

Sometióse, no obstante, a aquel primer mandato de la obediencia que acababa de jurar, y volvió dispuesto a seguir en su empresa con nuevo y más vehemente fervor.

De esta manera, aquel voto que liga al religioso estrictamente con la voluntad divina por intermedio del superior, hacía del piadoso rey un gobernante más decidido y eficaz en el cumplimiento de su graves deberes.

Pudo así continuar honrando al trono con las virtudes que, reducidas al claustro, hubieran sido, en este caso especialísimo, quizá más eminentes, pero indudablemente menos provechosas para la nación.

Empero, aquella vida, tan llena de obras meritorias, tocaba a su fin. La salud de Enrique había sido precaria siempre. Los incesantes viajes, las numerosas campañas, los desvelos de todo género y especialmente su última permanencia en Italia, habían minado sus fuerzas. A principios del año 1024 encontróse sumamente decaído. Un reposo de tres meses en Bamberg, le procuró algún alivio. Creyéndose bastante fuerte, volvió a sus tareas. La muerte le abatió en el ejercicio de los deberes de su cargo, el 13 de julio de 1024, en el castillo de Grona, no lejos de Goslar. Con él se extinguía la casa de Sajonia, cuyo fundador, Enrique el Grande, había trabajado en agrupar a su alrededor los pueblos germánicos; y cuyo último representante, Enrique el Santo, había servido noblemente a la Iglesia.

Poco más de un siglo después de su muerte, el papa Eugenio III hizo instruir el proceso de canonización y proclamó, el 12 de marzo de 1146, la santidad del soberano. En medio de la nave central de la catedral de Bamberg se ve aún el monumento erigido a la memoria del emperador San Enrique y de la emperatriz Santa Cunegunda. Esta tumba, cambiada de lugar en 1658, fue devuelta a su primitivo asiento en 1833. De los dos esposos, sólo se conserva hoy, en ese sepulcro, un poco de sus cenizas. Lo que queda de sus huesos en Bamberg, principalmente el cráneo y un fémur de San Enrique y el cráneo de Santa Cunegunda, se guarda en el tesoro de la catedral, con otros objetos que les pertenecieron. La tumba lleva esta inscripción: «A los Santos Enrique y Cunegunda, juntos en imperial y virginal unión, fundadores, defensores y patronos de esta iglesia».

El papa Pío XI, el 4 de diciembre de 1923, extendió el culto de San Enrique, elevando su fiesta a rito doble para toda Alemania.

SANTORAL

Santos **Enrique II, emperador de Alemania;** *Pompilio Pirrotti, escolapio; Wladimiro, duque de Moscovia, confesor*; Atanasio, obispo de Nápoles, Benito, de Angers, y Jaime, de Nisibi, en Mesopotamia; Félix, obispo de Pavía y mártir; Plequelmo y David, abades, Ansuero y compañeros, mártires en Ratzemburgo, en la Baja Sajonia; Antíoco, médico y su verdugo Ciríaco, mártires en Sebaste; Eutropio, martirizado con sus hermanas, en tiempo del emperador Aureliano; Catulino, diácono; Felipe, Zenón, Narseo y diez niños, mártires en Alejandría; Muritas, diácono y mártir en Cartago; Jenaro, Florencio y Abundemio, mártires. Beatos *Ignacio de Acevedo y compañeros, mártires;* Gerardo de Florencia y Pedro de San Severino, franciscanos. Santas Bonosa y Zósima, mártires, hermanas de San Eutropio; Julia y Justa, mártires en Cartago; Juana Antida Thouret, virgen y fundadora de las Hermanas de la Caridad, María Micaela, cuya fiesta se celebra el 25 de agosto. Beata Teresa, cirterciense.



Para los pobres enfermos — Para los pobres ignorantes

DÍA 16 DE JULIO

STA. M.ª MAGDALENA POSTEL

FUNDADORA DE LAS HERMANAS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS DE LA MISERICORDIA (1756-1846)

Santa María Magdalena Postel, mujer de carácter enérgico y de firme e ininterrumpida abnegación, realizó durante su casi centenaria vida, y en medio de un sinfín de dificultades, dos grandes obras de carácter religioso y social: la fundación de un Instituto dedicado a educar cristianamente a la juventud del pueblo y al cuidado de los enfermos, y la restauración de una de las antiguas abadías de Francia.

Nació Julia Francisca Catalina Postel en Barfleur, puerto del distrito de Coutances, en el departamento francés de La Mancha, el 28 de noviembre de 1756. Tan enclenque y delicada vino al mundo, que hubo de serle administrado sin demora el santo Bautismo. Los padres, labradores acomodados y pequeños propietarios de la aldea La Bretonne, próxima a Barfleur, eran asimismo ricos en fe y en virtudes cristianas, como lo evidenciaron al proporcionar a sus siete hijos sólida y religiosa educación.

En ambiente tan propicio, expansionóse maravillosamente el alma de Julia, siempre fiel a los influjos de la gracia bautismal

Solía la niña rezar el santo Rosario con su padre, mientras éste hacía cuerdas de cáñamo; y cuando acudía a los oficios de la iglesia, pasábase el tiempo absorta con los ojos clavados en el altar. Ya a los cinco años

asistía a la catequesis parroquial y a ella iba con el regocijo de quien corre a una fiesta. «Sus respuestas —decía el señor cura— pasman por la exactitud de su doctrina y por la viva espontaneidad con que las va improvisando al par de las preguntas. Más parece que habla en ella una persona mayor y altamente versada en las cuestiones religiosas».

Pero no se contenta Julia con saber; le interesa inmensamente más impregnar su conducta con las realidades aprendidas, y para ello pone en práctica la enseñanza religiosa que, por cierto, retiene con memoria extraordinaria. A pesar de su corta edad, pesa rigurosamente el pan que ha de comer durante la cuaresma, valiéndose para ello de una balanza que se ha fabricado con unas conchas, pone bajo las sábanas de su lecho una tabla y, por almohada, una piedra.

La gran pureza de su conciencia —jamás empañada por ningún pecado deliberado, dice la Bula de beatificación—, la conducta formal y el vivísimo afecto a la Eucaristía, le valieron el privilegio de recibir a los nueve años la primera comunión, en vez de a los once o doce, según la costumbre de la época. Desde entonces siguió recibiéndola diariamente.

Después de las clases, llevaba Julia a los pobres las porciones de sopa y leña que para ellos pedía de puerta en puerta. Para prepararla a su futura misión, Dios inspiró a una bienhechora la idea de pagar los gastos de su pensión en las benedictinas de la real abadía de Valognes. Allí, lo mismo que en Barfleur, fue modelo de virtud para sus compañeras y el consuelo de sus maestras. Hizo voto de consagrarse al servicio de Dios y del prójimo, aunque no en esta abadía de Valognes, cuya regla le parecía demasiado suave. Ella quería religiosas que no tuviesen más rentas que sus manos y que estuviesen obligadas a trabajar para subvenir a sus necesidades y a las de los pobres.

GUARDIANA DE LA EUCARISTÍA

En 1774, vuelve Julia a la casa paterna, decidida a hacer para las niñas lo que San Juan Bautista de la Salle hiciera para los niños. Tiene dieciocho años y su alma se halla adornada por una piedad sólida, alimentada y fortalecida por la oración y la comunión diaria. En la escuela que funda, y a la cual añade un internado especialmente destinado a las huérfanas, enseña el catecismo, el cálculo, la escritura y las labores.

La infatigable maestra cuida también a los enfermos, asiste a los moribundos, pide limosna para los pobres, y para ellos trabaja de noche hilando en la oscuridad por economía. Su única comida diaria se compone de una sopa acompañada de legumbres, a menudo reemplazadas por pan

duro y agua, nunca come carne ni pescado, y duerme sobre tablas, con un crucifijo en la mano derecha. Esta vida de austeridad la acompañará hasta su muerte, sin que la voluntad ceda un ápice en tan riguroso progama.

Cuando sobreviene la sangrienta persecución del Terror, en 1791, oculta Julia los vasos sagrados, y rehusa, a pesar de las amenazas y de la violencia, asistir a los oficios del cura intruso. En su casa de La Bretonne, debajo de una escalera de granito, dispone, para capilla dedicada a María, Madre de Misericordia, un cuartito de algunos metros cuadrados. Allí, en aquella reducida morada, deposita el Santísimo Sacramento un sacerdote; Julia será la guardiana, durante el día entero y buena parte de la noche —el jueves, toda—, hará acto de desagravio por los pecados de los hombres, y aún encontrará tiempo, en estas vigilias nocturnas, para leer las obras de los Santos Padres y de los autores místicos y ascéticos.

A pesar de las numerosas visitas domiciliarias, nunca fue descubierto ni profanado el oratorio. Sin embargo, allí iban sacerdotes a decir la Misa, a administrar los sacramentos, a dar la comunión a los niños y a los adultos que Julia había preparado y convocado. Fue facultada para darse a sí misma la comunión cada día, para llevar la Eucaristía a los moribundos cuando el sagrado ministro no podía ir a buscarla, y para distribuirla a los fieles que frecuentaban su capilla. Los ángeles custodios —a los que Julia honraba con culto particular— velaban sobre su casa, y varias veces, gracias a ellos, franqueó en pocos instantes obstáculos insuperables o difíciles de vencer. Por su oración, procuró a su padre, sepultado bajo los escombros de una casa derrumbada, la absolución de un sacerdote no juramentado.

FUNDACIÓN DEL INSTITUTO

La muerte de su madre en 1804, la adhesión de una de sus tías al cisma de la «Pequeña Iglesia», disensiones y querellas entre curas y feligreses, pero principalmente la admiración declarada e ingenua con que sus compatriotas hieren su modestia la apartan de su tierra natal. Además, acaba Dios de manifestarle su misión y particular destino, por boca de una niña de ocho años, a la que Julia, su maestra, ha preparado para la primera Comunión.

«Usted —le dice la niña en su lecho de muerte— fundará una comunidad religiosa. Durante largos años, sus hijas serán poco numerosas y no se hará ningún caso de ellas. Luego, la llevarán a usted a una abadía y allí morirá en edad avanzada, después de haberse ocupado en la restauración de una iglesia que ha sido muy célebre en la historia religiosa de Francia».

La predicción, que se realizará al pie de la letra, será luz y fuerza para la nueva fundadora, a la cual infundió grandes ánimos aquel anuncio.

Tiene Julia cuarenta y nueve años, los trabajos, las austeridades y las vigilias han alterado su salud, pero no su ánimo. Se marcha de Barfleur, prometiendo a Dios no volver más allí. En Cherburgo, guiada por la gracia, encuentra en la capilla del hospicio al capellán de la casa, Luis Cabart, que desde hacía mucho tiempo consagraba a los pobres su fortuna y su persona. Confiésase con él, le expone su intención de instruir a las muchachas pobres, de sacrificarse por los desgraciados y de fundar una Congregación que tenga ese doble fin. No posee más recursos que la Providencia, el trabajo de sus manos y la pobreza personal. El sacerdote cree haber dado con la persona que buscaba para reemplazar, al frente de las niñas desheredadas, a las Hermanas de la Providencia que aún no se han vuelto a instalar en Cherburgo, ofrécele su obra, alquila una casa y en ella establece una escuela, a la que muy pronto acudirán trescientas niñas de la clase obrera. Una de sus amigas de Barfleur, ayuda a la directora; luego llegan dos jóvenes aspirantes, una de ellas Luisa Viel, la futura Madre Plácida. El Instituto se funda con la aprobación del obispo de Coutances, bajo la dirección del celoso capellán. El 8 de septiembre de 1807, la fundadora —en adelante, Madre María Magdalena— y sus dos compañeras, profesan como religiosas. Las Hijas de la Misericordia —es el nombre que han escogido— se consagran a la instrucción y educación de las muchachas pobres y al cuidado de los enfermos, el silencio y el trabajo serán casi continuos: observarán la mayor austeridad en la comida y en el sueño; rezarán el breviario de los sacerdotes; procurarán hacer cuanto bien puedan, llevando al mismo tiempo vida oculta; vivirán de su trabajo, y trabajarán hasta por la noche, a fin de no ser carga para nadie.

Muy pronto se presentaron algunas postulantas. La fundadora pudo enviar a dos de sus hijas a dirigir la escuela de Octeville. En 1811, toda la comunidad se trasladó a esta localidad, pues las Hermanas de la Providencia reorganizaron en Cherburgo sus talleres y clases. Con una generosidad heroica, que podía ser fatal al nuevo Instituto, la Madre Postel resolvió cederles el sitio para dedicarse sólo a los campesinos.

NUEVAS FUNDACIONES. — DIFICULTADES Y PRUEBAS

La nueva casa de Octeville era un establo espacioso, del que habían sacado los animales en vísperas de llegar las Hermanas. Era la pobreza de Belén en todo su rigor. Húbose de trabajar mucho para poderse instalar en ella, y aun a pesar de todo, sólo se consiguió vivir en extrema indigencia. Una Hermana y una huérfana llevadas de Cherburgo, murie-



La administración municipal expulsa a Santa María Magdalena Postel de una casa que fuera comprada para ella y sus monjas. La Santa acata con humildad la injusta disposición. Como único bien, llévase una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, a quien pide consuelo en el desamparo.

ron en la nueva residencia, y de no poner rápido remedio, era de prever que la muerte seguiría diezmando a la ya menguada comunidad.

En tales condiciones, no les era posible a las Hermanas consagrarse a los fines de su vocación. La situación no podía durar. La antigua escuela de las Hermanas de San Vicente de Paúl de Tamerville encuadraba perfectamente para casa matriz, y así optaron por ella. El propietario se avenía cederla, pero una inquilina de conducta sospechosa la tenía en arriendo y se negaba a abandonarla. Tras muchas diligencias y ruegos, y después de severos reproches que le dirigió la fundadora, la inquilina dejó la casa. Las religiosas traspasaron allí su modesto mobiliario y tomaron a su cargo doce huérfanas. No faltaron las pruebas: falleció la Hermana Catalina Bellot, la primera compañera de Julia Postel; la maestra oficial declaróles su hostilidad desde el principio, y el propietario, que se negaba a renovar el alquiler, puso a las Hermanas en el trance de comprar la casa o abandonarla. Pero la Providencia intervino oportunamente. El príncipe Lebrún, tesorero jefe del imperio, compró el establecimiento en 1813, con la intención de dejar el disfrute del mismo a las religiosas. La administración municipal, sin embargo, las obligó a marchar en el siguiente mes de octubre. La superiora, que llevaba la imagen de la Virgen dolorosa en sus brazos, volvióse diciendo: «Te volveré a ver, Tamerville».

En Valognes, donde se instalaron en una modesta casa alquilada por el Señor Cabart, no podían hacer nada las Hermanas, por haber ya tres comunidades para la instrucción y los talleres. Viéronse obligadas a despedir a las huérfanas; y, para ganar el pan cotidiano, tuvieron que dedicarse a la fabricación de paraguas. Vivían en extremada pobreza, pues no contaban con ningún socorro. Los mismos superiores eclesiásticos que hasta entonces habían dirigido y sostenido a la fundadora, la aconsejaron abandonar su empresa. La obra no parecía tener esperanzas de vida. Había desaparecido todo apoyo humano. Julia, no obstante, lejos de amilanarse, descansaba en la Providencia. Las Hermanas tuvieron consejo: alquilaron junto a Tamerville una miserable choza y a ella fueron a vivir.

El administrador de las propiedades del príncipe Lebrún, en Tamerville, llegó a ser alcalde de este Ayuntamiento. Gracias a él, las Hijas de la Misericordia pudieron, en 1816, volver a entrar en su antigua casa y acoger algunas huérfanas. Además del cuidado de los enfermos y enseñanza del catecismo, habían tomado la dirección de la escuela municipal, y como la ley exigía de toda maestra examen oficial previo, la superiora, a pesar de sus 62 años, se sometió con toda sencillez a esta prueba para animar a sus hijas. En 1817, para hacer frente a la terrible penuria, vendió cuanto halló a mano, y aunque la comunidad tuvo que alimentarse con hierbas hervidas, nunca faltó el pan a las huérfanas ni a los pobres.

Pruebas y alegrías se entremezclaron durante la vida de la fundadora. Marcháronse varias postulantes, y algunas profesas murieron o cayeron gravemente enfermas. Por este tiempo pudo fundar dos pequeñas residencias en Tourlaville y en la Glacerie. Hacia el 1827, la Madre se vio privada de los dos sacerdotes que la dirigían hacía largo tiempo: el señor Dancel fue nombrado obispo de Bayona; y el señor Cabart, que había presidido la fundación del Instituto, murió y fue sustituído por el presbítero Lerenard.

TRASLADO DE LA CASA MATRIZ

En el convento de Tamerville se albergaban la Comunidad, noviciado, pensionistas y huérfanas, y aunque las religiosas fuesen poco numerosas, resultaba demasiado pequeño. En 1832 adquiere la Madre María Magdalena, a nombre de su ecónomo, la vieja abadía benedictina de San Salvador del Vizconde, cuya iglesia y la mayor parte de las dependencias están medio demolidas. Ni siquiera tienen con qué pagar al notario; la fundadora, como siempre, cuenta sólo con la Providencia. El 15 de octubre de 1832, acompañada de dos sacerdotes, toma posesión, con su pequeña comunidad, de aquellas ruinosas construcciones. Organiza personalmente la nueva casa; instala la capilla en el lado bajo al sur de la iglesia; arregla una extensa huerta, acomoda talleres de tejidos y de costura; recoge las huérfanas y abre una escuela de pensionistas. La extremada pobreza, el trabajo abrumador, las zozobras de todo género, la envidia, la crítica, la enemiga del municipio..., y otras muchas cruces pesan sobre la Santa.

El vicario general de Coutances, nombrado superior eclesiástico, es recibido por la Madre Postel como enviado de Dios, destinado a darle, en nombre de la autoridad diocesana, una Regla aprobada por la Iglesia; y a propuesta suya, con humildad que es uno de sus más hermosos títulos de gloria, acepta para su Instituto las Constituciones de las Hermanas de las Escuelas Cristianas. «Esta es realmente la voluntad de Dios» —afirma ella. Los votos religiosos fueron precedidos por un año de noviciado, al que siguió un retiro espiritual memorable. Ochenta y dos años tenía la fundadora cuando, el 21 de septiembre de 1838, hizo profesión con sus hijas según las Reglas definitivas. Un lazo íntimo unió desde entonces a los dos Institutos dedicados a la misma obra de la educación de la juventud. La superiora logró conservar el rezo del oficio divino, el cargo de sacristana, que le permitía vivir más unida al Sagrario, su única comida diaria, los ayunos, las noches de adoración, el justillo de mil puntas de hierro, la cama de tablas y las otras prácticas de austeridad y de humildad que solía ejercitar, y que habían sido mitigadas en las nuevas Reglas.

RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA ABACIAL

PARECE como que la Madre María Magdalena viviera de milagro. Sin embargo, y a pesar de tanta pobreza y de las pruebas y contradicciones que la cercan, emprende la restauración de la iglesia abacial. «Hagámoslo —dice— porque es voluntad de Dios». Así debe ser, pues los obstáculos que provenían de los propietarios, desaparecen, y la Providencia les envía recursos según la necesidad. Por obediencia a su Madre, la Hermana Plácida Viel, que le sucederá en el cargo de Superiora general, va en 1824 a mendigar a París, a provincias y aun fuera de Francia, y Dios protege y bendice a la humilde religiosa. Con el objeto de levantar una capilla más amplia y hermosa, la Superiora y sus hijas desbrozan el terreno, escogen las piedras y preparan los materiales con extraordinario ardor. Un simple carpintero desempeña las funciones de arquitecto, escultor y capataz: los exiguos recursos de la casa no consienten otra solución.

El 25 de noviembre de 1842, el campanario reedificado ábrese como un libro y se desploma. No hay que lamentar ninguna desgracia personal, por lo que, en acción de gracias, entonan el *Te Deum*. Como respuesta al desaliento general, dispone la fundadora comenzar de nuevo. «Vamos a reconstruir todo a la vez —dice—, el dinero no faltará hasta que la iglesia esté acabada, yo la veré terminar... desde el cielo». Se derribó y se volvió a construir. En una piedra angular, la Madre hizo grabar estas palabras, que eran toda su divisa: «Confianza en Dios». La Hermana Plácida pidió de limosna los fondos necesarios. Viéronse repetidas veces en apurada situación: algunos se empeñaban en parar los trabajos y despedir a los obreros; la Superiora se opuso terminantemente y la Providencia realizó su predicción con socorros inesperados. Reedificada la iglesia, fue consagrada en 1856 por monseñor Delamare, obispo de Luçón.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DE LA SANTA

EN los postreros años, el aumento considerable de vocaciones permitió a Magdalena Postel fundar numerosas escuelas y residencias, una de ellas en París. Contribuyó, además, a establecer la Congregación de Hermanos de la Misericordia, semejante, en los fines, a la suya. No obstante su vejez patriarcal, continuó la vida de trabajo y austeridad hasta que la fatiga acabó por rendirla definitivamente. Aún pugnó con sobrehumana entereza por imponerse al propio agotamiento; y en cuanto se lo permitía su extremada debilidad siguió compartiendo los trabajos con sus Herma-

nas y asistiendo a los ejercicios religiosos, hasta consumir el último resto de su vigor físico. Fiel a su resolución, quiso dar admirable ejemplo de constancia a sus hijas. Entendía que la solidez de las bases era esencial para el afianzamiento de aquella obra que tanto complacía al Señor.

Comprendió entonces que la muerte andaba ya muy cerca y se concentró en sí misma para prepararse al paso definitivo.

El día 2 de julio de 1846, anunció a cuantos la rodeaban que la próxima primera fiesta de la Santísima Virgen sería su día postrero en la tierra; había tenido el presentimiento de lo que realmente aconteció.

María Santísima recibió a su fidelísima sierva el 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen. Tenía más de noventa años, y pudo, siguiendo la práctica de toda su vida, comulgar por la mañana y rezar el oficio del día. Sus últimas palabras fueron: «Dios mío. en tus manos encomiendo mi alma», después de las cuales expiró plácidamente.

Durante las exequias, más bien que rezar por el descanso de su alma, se encomendaban todos a su intercesión. El cuerpo, colocado en la cripta situada en el coro de la iglesia abacial, fue luego trasladado a la capilla de la Cruz. Allí, bajo una arcada hecha en la pared, se levantó una tumba sobre la que domina la estatua de piedra de la Madre Postel, está representada de rodillas delante de una cruz, en la que están grabadas estas palabras· «Obediencia hasta la muerte». Innumerables gracias y prodigios asombrosos que se obtuvieron por mediación de la humilde fundadora en favor de su abadía, contribuyeron a propagar su devoción.

María Magdalena Postel fue beatificada el 17 de mayo de 1908, y canonizada al mismo tiempo que la fundadora de otro Instituto religioso dedicado a la enseñanza, Santa Magdalena Sofía Barat, el 24 de mayo de 1925. Celébrase su fiesta el 17 de julio, día siguiente al aniversario de su muerte.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN (véase nuestro tomo de «Festividades del Año Litúrgico», página 341). — EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ (pág. 351 del citado tomo). Conmemórase este hecho el día 17 ó 21. Santos *Sisenando, diácono y mártir; Domnión* y Justiniano, niños mártires; Eustaquio, patriarca de Antioquía; Atenógenes, obispo, y diez discípulos suyos, mártires en Sebaste de Armenia; Vitaliano, Eterio y Landerico, obispos y confesores; Hilarino, monje, martirizado en Arezzo (Toscana); Fausto, clavado en cruz, y luego asaeteado, en tiempo de Decio; Zuirardo, monje y solitario húngaro. Beato Ceslas, dominico. Santas **María Mardalena Postel, virgen y fundadora,** cuya fiesta se celebra mañana; *Reinelda* o *Reinalda, virgen y mártir.*


La Virgen del milagro — La inmortal escalera

DÍA 17 DE JULIO

SAN ALEJO

CONFESOR († hacia el 412)

APARECE en varios documentos latinos, con algunos variantes de secundario interés, una larga relación de la vida de San Alejo. Esta relación, redactada en Roma hacia el siglo X, al parecer por los monjes encargados de la iglesia de San Bonifacio, parece ser como la tra- tra- ducción, algo retocada, de una leyenda o biografía que en lengua griega fuera compuesta más de un siglo antes por un autor desconocido. La biografía griega, a su vez tiene mucho parecido, por una parte, con una narración del siglo V, posterior a la muerte de Rabula, obispo de Edesa u Orfa, en Mesopotamia († 435), y, por otra, con las *Actas* del monje San Juan Calibita que, como San Alejo, vivió varios años en la casa paterna, sin ser reconocido por sus padres hasta después de su muerte. El relato siríaco y las *Actas* han debido inspirar, muy probablemente, al redactor griego de la historia de San Alejo, aparecida a principios de la Edad Media. Aunque varias partes de esta obra se consideran históricamente discutibles, la coincidencia de ciertos datos documentales y la tradición apoyan la veracidad esencial del asunto en aquello que viene a ser como la medula de la narración. Y como quiera que es ésta la parte más interesante para nuestro estudio, a ella nos atendremos.

FAMILIA DE SAN ALEJO

SEGÚN el historiador griego, Alejo nació en Roma, hacia la segunda mitad del siglo IV. Era su padre Eufemiano, uno de los más ricos e ilustres senadores de la ciudad; y su madre Aglais, de nobleza igual a la de su esposo; pero ambos, aún mucho más recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento y bienes de fortuna. Su casa era albergue de todos los necesitados, y su caridad ilimitada. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartían entre los pobres honrados y vergonzantes, cada día daban de comer a trescientos o cuatrocientos indigentes a la puerta de su casa, de manera que todas sus grandes rentas se consumían en limosnas. Inclinábales más a esta misericordiosa liberalidad el hallarse sin sucesión y sin heredero, pero al fin les concedió el cielo uno que, desde luego, consideraron como fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alejo llenó de gozo a toda la familia, la santidad de su vida la colmó con el tiempo de gloria y esplendor. Pasó los primeros años de la niñez en compañía de sus padres, cuyos ejemplos y doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazón el amor a todas las virtudes. Pusieron ellos el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas. Con la ayuda de éstos, hizo Alejo progresos extraordinarios que acreditaron en poco tiempo la excelencia de su ingenio.

Concurrían, además, en nuestro joven la afabilidad y nobilísima índole del carácter, rara agudeza y penetración, y fácil palabra. Condiciones éstas que no tardaron en granjearle muy halagadora fama. Como, por otra parte, realzaba tales dotes con un exquisito trato y modales elegantes y finos, pronto aquel renombre acabó por formar un ambiente de popularidad que hizo de Alejo la admiración y el encanto de la ciudad entera. Lo cual no dejaba de alegrar profundamente a sus padres. Fundaban ellos todas sus humanas ilusiones en el que había de heredar las glorias familiares, y aquel feliz comienzo tenía que causarles gran satisfacción.

Heredero de inmensa fortuna, y emparentado por alguno de sus ascendientes con el príncipe que a la sazón gobernaba el imperio romano, el joven parecía naturalmente destinado a empleos y cargos distinguidos, el mundo con sus glorias y honores le sonreía. Pero todo ello le importaba poco. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecía también en virtud, y desde luego fue fácil conocer el tedio y disgusto que le causaban las cosas terrenales. Dios, que le destinaba a una gloria más sólida que la de la tierra, preparábale para que fuera en el mundo, maravilloso signo de contradicción concediéndole el don sin par de la pobreza voluntaria.

PRINCIPIO Y FIN DE UNA BODA

CUANDO Alejo llegó a la edad núbil, sus padres le propusieron en matrimonio a una doncella romana, emparentada también con la familia imperial. Competían en ella la virtud y la hermosura, y parecía destinada expresamente por el cielo para coronar las felicidades de aquella familia. A pesar de sus repugnancias por el estado de matrimonio, condescendió Alejo con la voluntad de sus padres, precisamente por el respeto que les profesaba, y por temor a disgustarlos con su resistencia. Éstos se alegraron sobremanera al ver asegurada la felicidad de su hijo, al mismo tiempo que la continuación de su casa y las tradiciones cristianas de la familia, ambiciones éstas que son muy naturales en todo hogar.

Cuando llegó el día indicado, empezáronse, con esplendor extraordinario, las diversas ceremonias o formalidades que en aquella época acompañaban a la celebración del matrimonio. Alejo se prestó a todo, pero en la noche del mismo día, en el momento de cumplir la formalidad que debía hacer definitivo el contrato empezado, vaciló el joven. En vez de acompañar a su desposada a la suntuosa habitación que les estaba destinada, Alejo se apartó de los convidados, y en ferviente oración pidió a Dios que le hiciera conocer su voluntad. Por divina inspiración, con la gracia que iluminó su alma, renovó la promesa que había hecho de pertenecer sólo a Jesucristo y de imitarle en su humildad y pobreza, consagró su cuerpo y su alma a Dios determinando permanecer virgen.

Alejo debía de dar a conocer a su desposada la decisión que acababa de tomar. A este efecto, puso en la habitación de la joven el anillo de oro, prenda de la alianza, cuya devolución, en aquella hora, según las costumbres de la época, rompía el matrimonio aún no definitivamente concluído. Libre ya del compromiso, como de una servidumbre, Alejo abandonó secretamente, aquella misma noche, la casa paterna para poder practicar la pobreza voluntaria e imitar a Cristo que, siendo dueño de todas las cosas, quiso hacerse pobre y vivir por amor al hombre en la más extremada humildad.

DE ROMA A EDESA

CON el fin de escapar más rápida y seguramente a las pesquisas que sus padres no dejarían de hacer, Alejo debió apresurarse a salir de Roma para llegar al puerto de Ostia, desde donde podía, por barco, arribar a Egipto o a Siria. Desconócese el itinerario que siguió el piadoso pere-

grino. Pero bien puede suponerse que evitaba con cuidado todo lo que pudiera darle a conocer a los mensajeros enviados por sus padres.

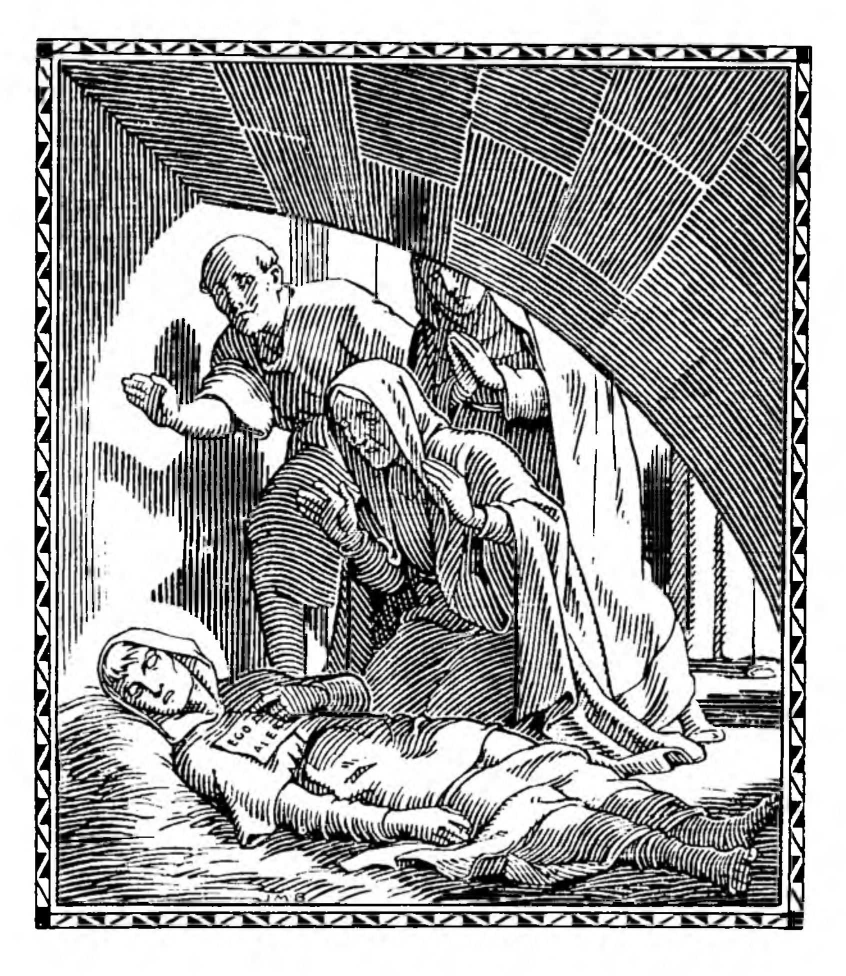
Para alejarse más aún de su familia, encaminóse a pie hacia una antigua y opulenta ciudad de la Mesopotamia septentrional. Era Edesa —hoy Orfa—, capital de Osroena, ciudad fronteriza romana que había sido evangelizada en los primeros días del cristianismo. Edesa había llegado a ser el primer centro religioso de los arameos cristianos y el foco ardiente de un movimiento intelectual, gracias a su célebre escuela o universidad. Había en ella más de trescientos monasterios fervientes en los que el culto de María se celebraba con extraordinario fervor. Esta ciudad, profundamente cristiana, fue escogida por el joven patricio romano para su asiento. Mezclóse a los mendigos que permanecían acostumbradamente cerca del santuario, muy concurrido, de la Santísima Virgen. Como ellos, pedía limosna a la puerta de esta iglesia algunas horas del día; las demás, las pasaba en oración. Por la noche dormía en el pórtico de ella tendido en el duro suelo. Contentábase con un poco de pan y algunas legumbres, y daba a los otros pobres lo demás que recibía de los fieles.

Aquel modo de vivir era muy distinto del que conociera en sus años mozos, y así, en breve tiempo, se desfiguró de manera que era imposible conocerle. Llegaron a Edesa, en busca suya, algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se había embarcado para el Oriente, conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron sin saber a quién se la daban. No estuvo escondida mucho tiempo virtud tan extraordinaria, a pesar de las diligencias que Alejo hacía para ocultarla.

El sacerdote sacristán de la iglesia quedó muy edificado de la conducta y palabras de este pobre, que un día, bajo el sello del secreto, le abrió su alma y le dio a conocer la razón de su presencia en Edesa. Si ha de creerse al autor de la vida griega, el hijo del senador Eufemiano debió permanecer diecisiete años en la abyección y el olvido entre los mendigos de Edesa. Tras este lapso de tiempo, plugo a la Santísima Virgen glorificar a su siervo revelando su gran santidad por un portentoso milagro.

SAN ALEJO SALE DE EDESA

PASANDO un día el tesorero, o tal vez el sacristán de la iglesia, bajo los pórticos del santuario dedicado a María, la imagen de la Virgen se iluminó con claridad repentina. Asombrado por este prodigio, el sacerdote se arrodilló temblando a los pies de Nuestra Señora. La Madre de Dios le tranquilizó con ademán lleno de dulzura y, mostrándole el mendigo que estaba cerca, le dijo: «Ve, prepara a este pobre una habitación



LOS *padres y la esposa de San Alejo descubren bajo la escalera de la propia casa, al hijo y al esposo a quien tanto han llorado y a quien, sin saberlo, tan cerca tenían. Todos derraman abundantes lágrimas sobre el venerando cadáver, y la ciudad de Roma, conmovida, celebra gloriosos funerales.*

conveniente, no puedo sufrir que uno de mis siervos tan devoto permanezca abandonado y desconocido a la puerta misma de mi santuario».

La noticia de esta revelación se divulgó pronto por la ciudad. Alejo, para sustraerse a las muestras de respeto y veneración de que era objeto, y para impedir que su verdadera condición viniera a descubrirse, salió inmediatamente de Edesa y, por etapas, llegó a la costa siria, y embarcóse en un navío que se hacía a la vela para Tarso. Esperaba visitar esta ciudad llena aún le recuerdos de San Pablo, pero una furiosa tempestad obligó al barco a cambiar de rumbo. Después de una travesía bastante larga, llegaron frente a las costas de Italia y no lejos de Roma, en donde la Providencia había fijado la morada definitiva del ilustre peregrino.

MENDIGO EN LA CASA PATERNA

Al entrar pobre y desconocido en esta ciudad en donde su familia ocupaba situación distinguida, concibió Alejo un pensamiento sublime. En vez de escoger para refugio, como en Edesa, el pórtico de una iglesia, se dirigió hacia la morada paterna y pidió un rincón en la casa que le pertenecía. Considerándole por menesteroso, Eufemiano, que jamás rechazaba a los pobres, no quiso que se impidiese permanecer en su casa, día y noche, al que llegaba con vestido tan pobre y roto. Preparósele, pues un aposentillo, debajo de la escalera principal, y en pago de esta hospitalidad, que el mundo juzgaba extraordinaria, el bienhechor no pidió más que un favor.

—¿Cuál? —interrogó el mendigo.

—Que ruegues por la pronta vuelta de un hijo único que nos abandonó hace mucho tiempo.

El corazón se le desgarró ante las lágrimas de sus padres, pero guardó su secreto, pensando que el Señor se había comprometido a recompensar magníficamente todo sacrificio sufrido en su nombre, y que aun el dolor de su padre se cambiaría en gozo en el cielo. Resolvió, pues, permanecer desconocido de los suyos, y distribuyó el día entre la oración, la visita a las iglesias y las obras de caridad. Tuvo que sufrir a menudo las burlas e insultos del populacho y los malos tratamientos de los criados de su padre. Vio las lágrimas de su madre, las de su desposada, que conservó inviolable fidelidad a aquel a quien había esperado pertenecer. Escuchando sus quejas y la relación de sus sufrimientos, supo sin duda consolarlas y darles una legítima esperanza. Su alma sufría lo indecible viendo sufrir a los que amaba tan ardientemente, pero guardó silencio para poder permanecer fiel al amor perfecto prometido a Jesús. Así vivió otros diecisiete años, como mendigo, en la propia casa de sus padres, en frecuente con-

tacto con ellos. Dios permitió que quedase ignorada de todos hasta la hora de su muerte. Sin embargo, llegó un día en que se ordenó pusiera por escrito su nombre y la historia de su vida. Hízolo así Alejo con sencillez y cual si ya no importase su secreto; comprendía que estaba cerca su fin.

MUERTE DE SAN ALEJO

Agotado por las austeridades a que se entregaba desde hacía tantos años, el pobre de Cristo se vio obligado por la enfermedad a quedarse en su pobre escondrijo. Alegrábase de esta última prueba, pero ansioso de llevar su secreto a la tumba, continuó aquella lucha extraordinaria con Dios, que quería glorificar a su siervo, mientras éste no se cuidaba más que de glorificar la humildad y la pobreza evangélicas.

Lucha maravillosa que sólo pueden comprender quienes se han iniciado en los misterios del divino amor. Pugna admirable en que el Santo se esfuerza por conquistar el último galardón de la virtud —la perseverancia—, por temor de que un desfallecimiento o un punto de vanidad roben un poquito de la gloria que ha querido reservar exclusivamente para Dios.

Algunos días después —cuenta la leyenda—, estando el papa San Inocencio I (401-417) celebrando misa en la basílica de San Pedro, en presencia del emperador y de gran concurso de fieles, oyóse una voz que decía: «Buscad al siervo de Dios, y rogará por Roma y el Señor le será propicio». Por toda la ciudad se buscó a ese santo desconocido, cuya existencia se dignaba el cielo revelar. Pero los esfuerzos fueron infructuosos. El pueblo, reunido de nuevo en la misma basílica, se puso a rogar, suplicando al Señor le hiciera conocer el retiro de su siervo. «El siervo de Dios que buscáis —fue la respuesta—, se encuentra en la casa de Eufemiano». El senador no creía poseer semejante tesoro, pero un esclavo, que había adquirido cierta amistad con Alejo, dijo: «Señor, el siervo de Dios, cuya existencia en vuestra casa ha revelado el cielo, debe ser aquel pobre a quien vos dais hospitalidad, porque es hombre que comulga a menudo, reza mucho, ayuna, visita las iglesias y sufre con paciencia, humildad y alegría muchas y graves molestias de los criados de casa».

Eufemiano entró en el cuartucho; en él, tendido en el suelo, cubierto el rostro con su pobre capa, estaba el Santo: Alejo había muerto pocas horas antes. Esto sucedió —según el autor de la biografía latina— en el pontificado de San Inocencio I. San Alejo moriría, pues, entre el 401 y el 417, en los primeros años del siglo v y en fecha que no se puede precisar exactamente. El Martirologio y Breviario romanos, señalan el 17 de julio como el día de su fallecimiento.

RECONOCIDO POR SUS PADRES

Comprobada la muerte del mendigo, quitaron el saco que le cubría pecho y manos. Tenía en éstas un pergamino que llenó de estupor a todos los asistentes en él se revelaba la personalidad verdadera de aquel mendigo. El hijo único del senador Eufemiano acababa de morir desconocido y casi abandonado en la casa de su propia familia. Fácilmente se adivina el dolor de los padres de Alejo ante tan dolorosa e inesperada sorpresa. Casi no podían creerlo. Hallaban, por fin, a su hijo, pero sin vida, ¡y le habían albergado, sin saberlo, durante tantos años! Reprochábanse no haber sabido reconocerle bajo los harapos que le cubrían. Era espectáculo desgarrador ver a toda la familia sumida repentinamente en tan terrible prueba. El Papa hizo celebrar funerales tan solemnes, cual no se vieron semejantes en Roma, y durante una semana, el cuerpo de Alejo quedó expuesto en la basílica de San Pedro, ante un concurso inmenso de pueblo que acudía a implorar la protección del siervo de Dios.

Algunos días más tarde —si se ha de creer el relato de varios manuscritos latinos— se le trasladó a la iglesia de San Bonifacio, donde se había desposado, y erigiósele en ella un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros. Con el tiempo, se convirtió en la iglesia de San Alejo el palacio de Eufemiano, sito en el monte Aventino; aun hoy se muestran algunos peldaños de la escalera bajo la cual estaba el aposentillo del Santo, y también una imagen de Nuestra Señora, que, según se cree, es la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa y que habló al sacristán en favor de San Alejo.

SU CULTO

El culto de nuestro Santo quedó casi desconocido para gran parte del Occidente hasta fines del siglo X. Los Martirologios y los calendarios litúrgicos que nos han llegado, no mencionan fiesta alguna en su honor. A principios de la Edad Media hállase su nombre asociado al de San Bonifacio, como titular de una iglesia de Roma. Parece ser que el obispo Sergio de Damasco, refugiado en Roma en aquella época, dio a conocer en Italia la historia de San Alejo y propagó su culto. Hacia fines del siglo X, el papa Benedicto VII puso a disposición del prelado oriental la iglesia de San Bonifacio. Sergio estableció en ella un pequeño monasterio de monjes griegos que propagaron con entusiasmo la vida extraordinaria del joven patricio romano y tradujeron, retocándola, la relación griega ya compuesta, a que nos hemos referido anteriomente.

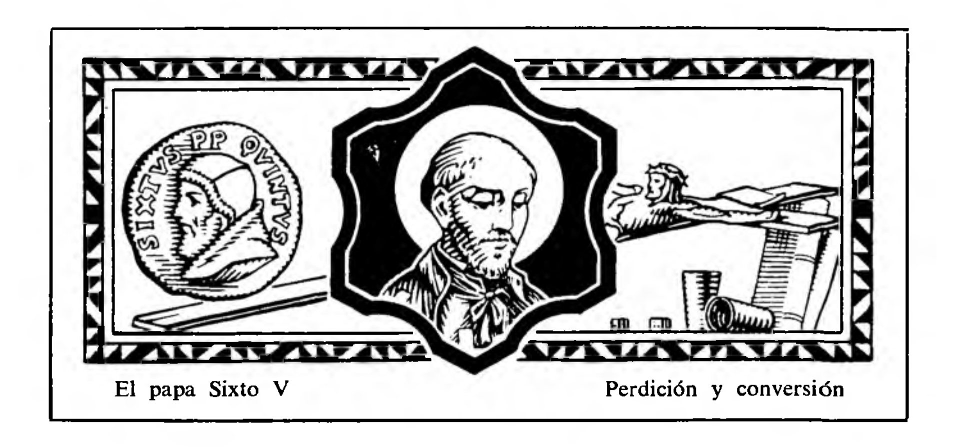
En la Ciudad Eterna, se hizo pronto muy popular la devoción a San Alejo, porque el peregrino mendicante era romano de origen y había vuelto a morir a la casa paterna. Pero esta devoción se propagó también fuera de Roma. San Adalberto, obispo de Praga, que vivió durante algún tiempo en el monasterio benedictino de los Santos Bonifacio y Alejo, en el Aventino (997), dejó una homilía sobre el Santo. Otro obispo del siglo XII, llamado Marbodio, compuso un extenso poema sobre el mismo. Baronio hace notar en sus *Anales eclesiásticos* del año 1004, un milagro obtenido por intercesión de los Santos Alejo y Bonifacio, en favor de un religioso enfermo de la peste. La cripta de San Clemente, en Roma, conserva frescos de la segunda mitad del siglo XI, en uno de los cuales se representan algunas escenas de la vida de San Alejo.

En la Iglesia latina, la fiesta de este confesor, instituída probablemente hacia el año 1200, se celebra el 17 de julio. Sólo se hizo durante mucho tiempo una simple conmemoración según el Breviario de 1550. El papa Urbano VIII, el 18 de octubre de 1637, la elevó a rito semidoble, que es el que conserva. El 31 de agosto de 1697 Inocencio XII la estableció como fiesta de precepto para la diócesis de Roma. La Iglesia griega honra a San Alejo el 17 de marzo.

En la iconografía cristiana, represéntase a San Alejo con las insignias de los peregrinos de antaño, el bordón, la cuenca y el sombrero, o como un mendigo que tiene entre las manos, rígidas por la muerte, el escrito que le hizo reconocer. Es invocado como patrono de los peregrinos y mendigos. El cuerpo de San Alejo se halla bajo el altar mayor de la iglesia de San Bonifacio, en Roma. En el altar del Santísimo Sacramento de la citada iglesia se venera una imagen de la Virgen que el peregrino trajo de Edesa.

SANTORAL

Santos **Alejo, confesor;** *León IV, papa; Fredegando, misionero;* Enodio, obispo de Pavía; Teodosio, obispo de Auxerre; Jacinto, mártir en Amestrida de Paflagonia; Generoso, martirizado en Tívoli; Turnino, monje y confesor; Juan Anglico, trinitario, Arnulfo, obispo de Tours y mártir; Quenelmo, príncipe inglés, mártir; Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino y Letancio, naturales de Escilita y martirizados en Cartago. Beatos Bartolomé de los Mártires, de la Orden de Santo Domingo, arzobispo. Benigno, abad de Vallumbrosa. Santas **María Magdalena Postel, virgen y fundadora** (véase el día de ayer); *Marcelina, virgen;* Teodora, mártir de los iconoclastas; Jenara, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, naturales de Escilita y mártires en Cartago.



El papa Sixto V — Perdición y conversión

DÍA 18 DE JULIO

SAN CAMILO DE LELIS

FUNDADOR DE LOS MINISTROS DE LOS ENFERMOS O CAMILOS (1550-1614)

ESTE gran apóstol de la caridad, padre de los pobres y de los enfermos, consagró a su servicio, en el siglo sensual y egoísta de la Reforma, sus propias fuerzas y la Congregación que fundó. El antiguo soldado a quien sólo apasionaba el juego, empleó sus días, salud, y vida en pro de los miembros doloridos del cuerpo místico de Cristo. Enfermo como estaba, el dolor y el amor le dieron un corazón de madre ante el sufrimiento, como ha pasado por el hospital, conocerá las miserias que hay que aliviar y los desórdenes que deben ser suprimidos. Pondrá a la cabecera de los desgraciados, en vez de enfermeros codiciosos y, en ocasiones, descuidados, almas complacientes, abrasadas de la ardiente llama de la divina caridad. El hospital es su elemento; su paraíso terrestre; fuera de él desfallece su vida. En el lecho de muerte, como un gesto simbólico, hará que le traigan las llaves del hospital, porque ellas le abrirán el cielo, como se lo abrirán a sus hijos y a cuantos sean en esta tierra «ministros caritativos», siervos de los enfermos. Santa y poderosa filosofía cuya verdad es el mismo amor, única fuerza de crear los grandes héroes de la fe.

SUEÑO PROFÉTICO. — INFANCIA Y JUVENTUD

CAMILO de Lelis nació, como el Divino Salvador, en un establo. Fue el 25 de mayo de 1550, en Bucchianico, villa del antiguo reino de Nápoles, verdadera fortaleza por su posición y por sus defensas. Su padre, Juan de Lelis, dedicado al ejercicio de las armas, era uno de los mejores capitanes de Carlos V, el nombre de la madre, Camila Compellio, era ilustre en la marca de Ancona.

El nacimiento de nuestro Santo fue especial don del cielo, pues su madre tenía ya sesenta años de edad, y tal debilidad de constitución, que toda razón humana debía juzgarla estéril. Pocos días antes de dar a luz a Camilo tuvo un misterioso sueño. parecióla que su hijo iba, como jefe, a la cabeza de una cuadrilla de niños que tenían como él una cruz roja en el pecho, y que llevaba un estandarte donde aparecía una cruz igual. La virtuosa madre tuvo miedo, el niño tanto tiempo deseado, ¿no llegaría a ser jefe de bandoleros, y, por tanto, vergüenza de la noble y antigua familia de los Lelis? Pero este sueño no era un presagio siniestro, sino anuncio de la maravillosa vocación del que sería padre y jefe de una familia de héroes que tendrían por distintivo la cruz roja.

Durante los trece años que vivió todavía, consagróse la madre con vigilante solicitud a la educación moral y religiosa del niño, le inculcó fe profunda y sólida piedad basada en el amor y temor de Dios y en el horror al pecado. Aunque de natural ardiente y de carácter noble y delicado, disgustóse pronto Camilo del estudio, y, muerta su madre, dejólo a un lado para entregarse a la lectura de libros de caballería y, sobre todo, para jugar a los naipes y a los dados en compañía de otros jóvenes. el juego vino ser su pasión dominante y su gran ocupación diaria.

Llegado a la edad de 19 años, resolvió Camilo, al igual que dos primos suyos, abrazar la carrera militar, en la que se habían distinguido mucho sus antepasados y a la cual le preparaba su educación. Partió, pues, con su padre, a sentar plaza al servicio de la república de Venecia. Los dos cayeron enfermos y hubieron de volverse atrás. A poco murió Juan de Lelis, en San Lupidio, junto a Loreto, en casa de un capitán amigo suyo.

Cumplidos los últimos deberes para con su padre, prosiguió Camilo su itinerario con el firme propósito de alistarse. Para colmo de desgracias, le había salido en la pierna una llaga que le hacía cojear y que comprometía su porvenir en el ejército. Enfermo como estaba, el huérfano tuvo que pararse en la ciudad de Fermo. Vio allí, casualmente, a dos religiosos franciscanos cuya compostura y modestia reflejaban vivamente la santidad de sus costumbres. Espectáculo tal le compungió el alma y le

hizo avergonzarse de su vida disipada. Reflexionó y decidió cambiar de vida, y para conseguirlo con mayor facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de San Francisco en una de las casas de la gloriosa Orden.

Deseoso de poner por obra su promesa, presentóse en el convento de San Bernardino, en Áquila. El guardián, tío suyo, no se atrevió a admitir a aquel postulante enfermo y de vocación tan repentina. Camilo tomó pie de esta negativa para abandonar su resolución de hacerse religioso. Con el fin de aprovechar para curar la pierna, entró de enfermero en el hospital de Santiago de Roma. Pero la pasión por el juego, que le hacía olvidar el cuidado de los enfermos, y su carácter fogoso fueron causa de que al cabo de un mes se le despidiera, no curado aún por completo.

Era el año 1569. En Roma se reclutaban soldados para combatir al sultán Selim, que quería arrebatar Chipre a los venecianos. Camilo se alistó y permaneció tres años al servicio de la república de Venecia. En Corfú cayó gravemente enfermo, por lo que no pudo tomar parte en la batalla de Lepanto; en el sitio de Cáttaro sufrió mucha necesidad y hasta tuvo que alimentarse de hierbas.

Después de esta terrible campaña, en la que Dios le protegió de un modo visible, pasó al servicio de la corona de España. Durante una violenta tempestad renovó —28 de octubre de 1574— el voto de hacerse franciscano. Las galeras reales sufrieron tales averías, que llegadas a Nápoles hubo que desarmarlas y licenciar a la dotación. Aunque Camilo no tenía más bienes que los vestidos que llevaba puestos, dejóse otra vez vencer por su pasión dominante, y jugó la espada, el mosquete, la tabaquera, el capote de campaña y hasta la camisa. Hubo de perderlo todo; con lo cual vióse en el mayor desamparo y en la necesidad de mendigar el pan. Dios, para convertirle, le enviaba la enfermedad, la humillación, la miseria. Este jugador empedernido no fue, sin embargo, ni impúdico, ni blasfemo, ni traidor. Permaneció casto aun en la vida licenciosa del campamento, no mancharon su labios ni la blasfemia, ni la imprecación, en el juego fue siempre justo y noble, y en su vida aventurera, permaneció fiel a la fe de su infancia.

CONVERSIÓN MILAGROSA Y DEFINITIVA

A fines de noviembre de 1574, Camilo, con un compañero llamado Tiberio, pide limosna a la puerta de la iglesia de Manfredonia. Un tal Antonio de Nicastro, encargado de la construcción de un convento de Capuchinos, le ofrece trabajo; Tiberio le impide aceptarlo y le lleva consigo hacia Barletta. Empero, instigado Camilo por una voz interior,

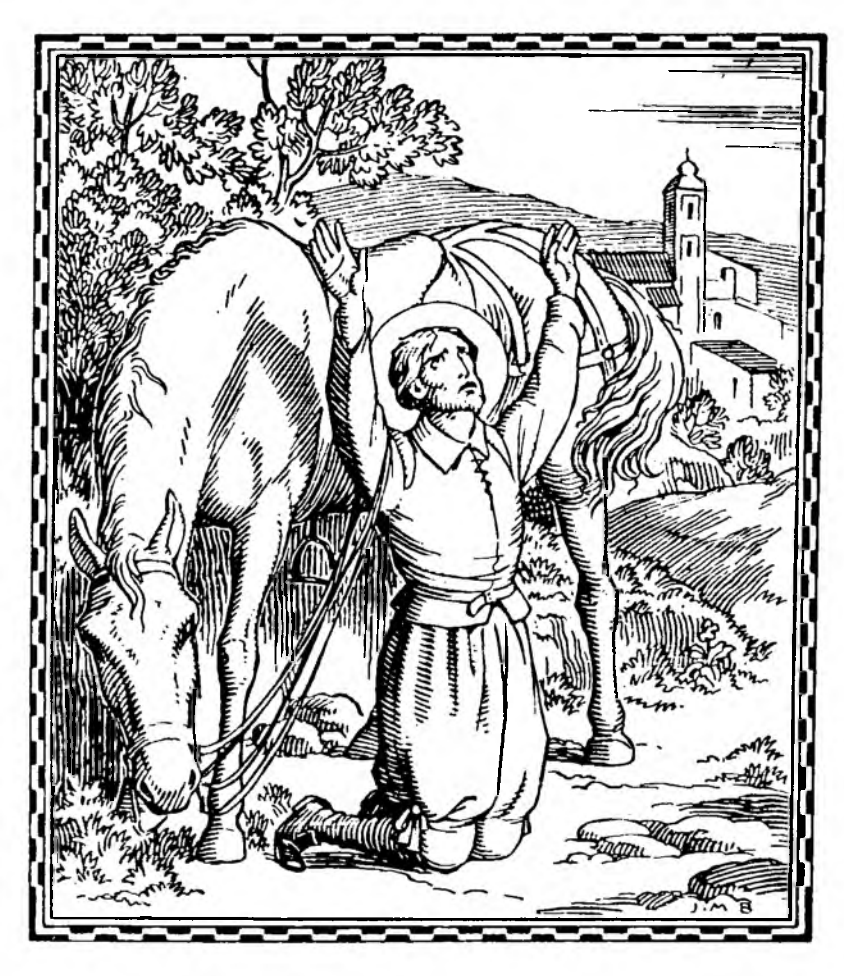
vuelve atrás y pide trabajo en el convento de los religiosos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con la ayuda de unos jumentos. Aunque el ejercicio era en sí poco penoso, costaba mucho a su arrogancia de soldado: «¡Vaya ocupación más degradante para quien ha manejado la espada!» —le repetía Tiberio—. Los pilluelos menudeaban asimismo las befas contra el militar. Fue necesaria toda la amabilidad de los buenos Padres para calmar un poco el orgullo que se encabrita. Camilo estaba resuelto a dejar el hospitalario convento por la guerra, el juego y la vida frívola y disipada, en cuanto tuviera un poco de dinero.

Así pensaba él, pero Dios iba a orientar su vida en una dirección totalmente contraria. En los comienzos de 1575 nuestro mozo va al convento de San Juan, a algunas leguas de Manfredonia, para traer de allí una carga de vino. Fray Ángel, guardián del convento, le toma aparte, le habla de la brevedad de la vida, de la cuenta que deberá dar un día del empleo del tiempo, y de cómo ha de habérselas para alejar y vencer las tentaciones. Camilo le escucha con atención. Al día siguiente, durante el camino, reflexiona sobre las palabras del religioso. Una luz extraordinaria inunda su alma: ahora se da cuenta de la bondad de Dios, de la fealdad del pecado, de la vanidad de los mundanos placeres. Conmovido y arrepentido, cae de hinojos en medio del campo. «¡Ah, desgraciado de mí! —exclama—. ¿Por qué he conocido tan tarde a mi Dios? ¿Cómo he podido ofender a un Padre tan misericordioso? Perdonad, Señor, a este miserable pecador, dadle tiempo para hacer rigurosa penitencia. No quiero quedarme más en medio del mundo que me aparta de Vos. Renuncio, Señor, renuncio a él para siempre».

Acababa de cumplir Camilo los veinticinco años, y ya nunca dejó de celebrar con fervorosa gratitud el aniversario de esta conversión tan decisiva para su vida y tan fecunda en resultados para sus proyectos de caridad.

EN EL NOVICIADO DE LOS PADRES CAPUCHINOS

En cuanto llegó a Manfredonia, pidió y obtuvo el hábito franciscano. De allí fué enviado a Trivento para hacer el noviciado como Hermano converso. Le apellidaban el Hermano Humilde por su amor a la abyección, a la obediencia y a la paciencia. Poco antes de la fecha fijada para la profesión, habiéndose renovado, con el continuo ludir del hábito, la llaga peligrosa que tenía en la pierna, no pudo continuar en aquel tenor de vida. Los religiosos, que estimaban sumamente las virtudes heroicas que advertían en él, prometieron recibirle siempre que sanase de su llaga. Esta promesa suavizó un tanto la amargura de su corazón.



DESDE *su conversación con Fray Ángel, una luz celestial ha penetrado el corazón de Camilo. El Santo apéase del caballo, y, arrodillado en medio del camino, deshecho en copioso llanto, pide a Dios perdón de sus pecados; promete hacer asperísima penitencia y entrar lo antes posible en religión.*

Volvió, pues, Camilo a Roma para hacerse curar en el hospital de Santiago. Allí sirvió a los enfermos durante cuatro años, con gran fidelidad y abnegación. Una vez curado, creyóse obligado, a causa de su voto, a volver a la orden seráfica. En el noviciado de Tagliacozzo, en los Abruzos, volvió a abrírsele la llaga, y tuvo que alejarse nuevamente como se lo había pronosticado en Roma su confesor San Felipe Neri. Nueva estancia en el hospital de Santiago, donde le dieron el empleo de mayordomo. Con una administración prudente, restableció el orden y procuró a los pobres enfermos los cuidados más asiduos. Comunicó a los enfermeros y empleados, con sus pláticas o con lecturas piadosas y, sobre todo, con el ejemplo de una vida de paciencia, de abnegación y de amor sobrenatural, algunas centellas de su ardiente caridad para con los desgraciados. Siempre preocupado por su voto, intentó, por dos veces más entrar en la Orden de San Francisco. Dos certificados de negativa motivada, expedidos por los superiores, calmaron finalmente sus inquietudes, pero conservó siempre profunda devoción hacia el Pobre de Asís, en cuyos ejemplos aprendiera bellísimas obras de caridad.

CAMILO, YA SACERDOTE, FUNDA SU INSTITUTO

TESTIGO de la negligencia con que los empleados asalariados solían atender al cuidado de los enfermos, y del abandono en que se dejaba a los moribundos así como los graves desórdenes que pudo muy a menudo observar dentro del hospital, buscaba Camilo remedio para tantos y tan graves males.

Se imponía una obra nueva. Por la fiesta de la Asunción de 1582, decidióse a agrupar a su alrededor algunos hombres de aspiraciones sobrenaturales, generosos y abnegados, prestos a servir a los enfermos únicamente por amor a Jesús. Sería su distintivo la cruz encarnada que llevarían sobre el hábito. Después de haber orado, ayunado y pasado largas noches de hinojos, para empezar mejor, escogió Camilo cinco enfermeros de los más piadosos y les comunicó su proyecto. En una habitación que había transformado en oratorio, tenía con ellos diversos ejercicios de devoción y trataban de los medios conducentes para mejorar la suerte de los enfermos. Tal fue el núcleo de la Orden de los Ministros de los Enfermos. No tardó en llegar el período de las contradicciones. Engañados los directores del hospital por delaciones calumniosas, deshicieron el pequeño oratorio. El mobiliario fue repartido, y el gran Crucifijo, arrojado sin respeto detrás de una puerta. Aunque muy afligido Camilo con esta desgracia, no cedió a la tentación de abandonar el hospital. Llevó piadosamente el Crucifijo

a su aposento; y estando delante de él vertiendo muchas lágrimas por la destrucción de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador después de desclavar las manos de la cruz, le decía con gran ternura: «¿De qué te afliges, oh pusilánime? Sigue la empresa, que yo te ayudaré en esta obra que es enteramente mía y no tuya». El milagroso Crucifijo está todavía en Roma en la iglesia de Santa Magdalena. Camilo dio parte de esta visión a sus compañeros. Desde entonces se reunieron en la capilla del hospital; sin embargo, los obstáculos y las pruebas no habían terminado.

Los alientos y las aprobaciones no escasearon tampoco. Aconsejábanle, sobre todo, que antes de fundar una Congregación, se hiciese ordenar de sacerdote. Para disponerse a ello, frecuentaba las aulas inferiores del Colegio romano, no obstante tener ya treinta y dos años. Los estudiantes se burlaban de él, diciendo: «¡Muy tarde te has acordado!» Su generoso corazón aceptaba en silencio estas afrentas. Los progresos fueron rápidos. El antiguo soldado celebró su primera misa el 10 de junio de 1584, en el altar de la Santísima Virgen en la capilla del hospital de Santiago. Algunos meses más tarde le encargaron de la pequeña iglesia llamada la *Madonnina dei Miracoli*. Allí fundó su Congregación y dio el hábito a los dos primeros discípulos. La pequeña comunidad repartía el tiempo entre la oración y el cuidado de los enfermos en el gran hospital del Espíritu Santo. Enfermo de gravedad, así como uno de sus discípulos, hubo de volver Camilo al hospital de Santiago. Dios le curó y le envió con qué poder alquilar para sus hijos un lugar más salubre en otra calle de Roma.

Hubo entonces afluencia de postulantes, pero quedaron muy pocos, porque el nuevo Instituto, muy austero, se proponía, además de cuidar de los enfermos en los hospitales, la asistencia de los moribundos, día y noche, aun en las casas particulares. Fue aprobado por el papa Sixto V el 18 de marzo de 1586. Los religiosos, que habían de llamarse «Ministros de los Enfermos», llevarían sobre la sotana y del lado derecho, una gran cruz encarnada. Así se realizó el sueño de la madre de Camilo. A fines de diciembre de 1586, el fundador instaló a sus primeros compañeros en los edificios contiguos a la iglesia de Santa Magdalena que acababa de adquirir. Esta fue definitivamente la casa matriz de su Congregación.

FUNDACIÓN EN NÁPOLES. — VOTOS SOLEMNES

Con trece de sus religiosos, fundó Camilo una casa en Nápoles. Gracias a la ardiente caridad que demostraron, pronto se despertó en toda la ciudad gran amor por los enfermos. Habían llegado al puerto soldados atacados de peste. Tres religiosos murieron cuidando a los apestados.

Esta heroica caridad atrajo a la comunidad numerosos miembros. En una sola mañana recibió Camilo a doce, entre ellos a su futuro biógrafo, Santis Cicatelli. En 1590 una fiebre maligna devastaba un arrabal de Roma habitado principalmente por obreros. Camilo no contento con enviar socorros a los desgraciados, visitábalos con sus religiosos, les daba de comer, hacía las faenas de casa, los atendía, en fin, con amor de madre. El año siguiente el hambre y la peste causaron en Roma al pie de sesenta mil víctimas. Camilo dio a los necesitados hasta lo de su comunidad, y recorrió los sótanos y los establos de Roma para asistir a los desgraciados que allí se habían refugiado. Los cardenales y los religiosos convirtieron sus habitaciones en hospitales, mas, a pesar de todo, fue preciso establecer en San Sixto, un nuevo hospicio, que el incansable hospitalario organizó y dirigió en lo temporal y en lo espiritual. Durante la terrible epidemia, veinte hijos suyos cayeron víctimas de la abnegación.

Pasados aquellos días de luto, Gregorio XIV erigió la Congregación en Orden religiosa. Camilo fue elegido Superior General, y el 8 de diciembre de 1591 hizo profesión solemne con veinticinco religiosos más. A los tres votos ordinarios, añadieron el de servir a los enfermos, incluso a los apestados. Las vocaciones abundaron y el fundador pudo establecer poco a poco casas en Milán, Génova, Florencia, Mesina, Palermo, Ferrara, etc.

Por donde quiera que iba, pasaba haciendo el bien. Apaciguó una furiosa tempestad en la que estuvieron en grave riesgo los religiosos, falto de recursos, dio lo que tenía a los enfermos y a los pobres, contando con la Providencia que hace envíos milagrosos, y tuvo siempre lo necesario para calmar a los acreedores inquietos, o alimentar a los religiosos en extrema necesidad. Dios le preservó de peligros en sus viajes, le ayudó en sus apuros pecuniarios y le asistió palpablemente en las fundaciones; pero le dejó la cruz del sufrimiento físico, cinco achaques corporales que Camilo llamaba las cinco misericordias de Dios.

ÚLTIMOS AÑOS.—LA MUERTE

En los albores del siglo XVII, Camilo considera a su Orden como definitivamente organizada. Él, empero, gastado y agobiado por los achaques, consigue que le sustituyan en el cargo de Superior General. Hasta llega a pedir insistentemente que se le trate como al último de sus religiosos. Consagra los últimos años al cuidado de los enfermos en los hospitales de Nápoles, Génova, Milán y, sobre todo, en el del Espíritu Santo de Roma. Allí pasa casi toda la noche asistiendo a los moribundos y luego la mañana toda haciendo camas, sirviendo comidas, curando llagas y

administrando los sacramentos. A este trabajo abrumador y a sus continuos sufrimientos, añade disciplinas, ayunos, largas oraciones que dice de rodillas y el servicio de los enfermos más repugnantes.

En 1612 y 1613 acompaña Camilo al Superior General en su visita a las casas de los Abruzos y de Lombardía. En la ciudad de Bucchianico, acosada por el hambre, multiplica milagrosamente la cosecha de un campo de habas en beneficio de los pobres. De vuelta a Roma, agotado ya y sabiendo que iba a morir, acudió por última vez a rezar junto a la tumba de los Apóstoles. Aún pudo cuidar con sus manos ya sin fuerzas a sus queridos enfermos del hospital del Espítitu Santo. El 14 de julio de 1614 —como lo había anunciado— expiró Camilo, con los brazos puestos en cruz, durante el rezo de las oraciones de los agonizantes. Tenía 64 años.

Sus hijos y el pueblo todo de Roma hicieron a los venerados restos del «Padre de los pobres», solemnísimas exequias. El cuerpo, depositado en un triple ataúd, fue colocado en la iglesia de Santa Magdalena, primero cerca del altar mayor y después debajo del altar dedicado al Santo.

No tardaron en obrarse milagros portentosos en la tumba de Camilo. Su intercesión, el contacto de sus reliquias y el llevar su pequeña cruz roja fueron, asimismo, motivo para ellos. En abril de 1742, Benedicto XIV beatificó al fundador de los «Ministros de los Enfermos»: cuatro años más tarde, el 29 de junio de 1746, Camilo de Lelis fue solemnemente canonizado. Su fiesta se celebra el 18 de julio con rito doble. El 22 de junio de 1886, León XIII proclamó a San Camilo, con San Juan de Dios, «Protector celestial de todos los enfermos y de todos los hospitales del mundo católico». Por breve del 28 de agosto de 1930, Pío XI dio a estos dos Santos por patronos de las asociaciones hospitalarias y de los enfermos de ambos sexos, proponiéndolos como modelos de lo que debe ser la verdadera caridad en el servicio de nuestros hermanos dolientes.

SANTORAL

Santos **Camilo de Lelis, fundador;** *Federico, obispo y mártir; Crescente, Julián, Nemesio, Primitivo, Justino, Eugenio y Estacteo, mártires, con su madre Sinforosa;* Arnulfo, obispo de Metz y solitario; Materno, obispo de Milán; Filastro, de Brescia; Bruno, de Segni; y Rufilo, de Forlimpópoli, los cuatro en Italia; Emiliano y siete compañeros, mártires en la Misia, en tiempos de Juliano el Apóstata; Pambo, discípulo de San Antonio y solitario. Santas *Sinforosa, mártir, con sus siete hijos; Marina, virgen y mártir;* Gundena, virgen, sufrió cruelísimo martirio en Cartago; Radegunda, virgen víctima de los lobos mientras acudía a cumplir una obra de caridad; Henna, madre de San Kentingerno; Segunda y Donata, mártires. Beata Berta de Marbais, abadesa.



Hermanas de la Caridad — Padres de la Misión

DÍA 19 DE JULIO

SAN VICENTE DE PAÚL

APÓSTOL DE LA CARIDAD (1581-1660)

AL formar el corazón del hombre, Dios infundió en él la bondad —dice Bossuet—. En pocos ha tenido esta verdad tan brillante manifestación como en Vicente de Paúl, cuyo nombre personifica la abnegación y caridad. Es, este hombre extraordinario y gran santo, honor de la Humanidad, y una de las glorias más preclaras de la Iglesia católica, que siempre lo ha propuesto como digno de admiración.

Nació, según se cree en Pouy, pueblecito de las Landas, cerca de Dax —Francia— el 12 de abril de 1581. Durante su infancia, y al igual que hicieran el inocente Abel y el esforzado David, guardó los rebaños de su padre. Puede muy bien decirse de nuestro Santo, a tono con la Sagrada Escritura, que había «recibido del Cielo un alma buena y que la misericordia crecía en él».

Niño aún, cada vez que volvía del molino a la casa paterna llevando harina, daba puñados de ella a los pobres que se la pedían; por cierto que, al decir de su biógrafo, «el padre de Vicente, hombre íntegro a carta cabal, nunca puso reparos a semejante proceder». En cierta ocasión —tenía el niño doce años— encontróle un pobre que parecía hallarse en extrema necesidad; movido a compasión, entróse en casa para luego volver con

una treintena de monedillas que puso en manos del mendigo: era su capital íntegro; los pequeños y laboriosos ahorros que al paso de los años lograban reunir los chicuelos del campo que en aquellas épocas coleccionaban sus parcos ingresos económicos.

Eran, en este niño de bendición, las señales primeras de la gran caridad con que había de asombrar al mundo. Estas felices disposiciones decidieron al padre de Vicente a imponerse algunos sacrificios para dedicarle a la carrera sacerdotal. El joven estudió primero en Dax; más tarde, vendió su padre una pareja de bueyes para ayudarle a continuar sus estudios en la Universidad de Tolosa, donde se graduó en Teología.

SACERDOTE. — ESCLAVO EN TÚNEZ. — PÁRROCO

Vicente de Paúl fue ordenado de sacerdote el 13 de septiembre del año 1600. Tenía a la sazón sólo 19 años, pues los decretos del Concilio de Trento no regían aún en Francia. En 1605 hizo un viaje por mar, debía desembarcar en Marsella, pero cayó prisionero de los piratas y fue llevado a Túnez. Él mismo nos cuenta el percance.

«Habíase celebrado en Beaucaire una feria que era conceptuada entre las mejores de la cristiandad. Con el fin de asaltar las embarcaciones que de aquel punto venían, habíanse juntado hasta tres bergantines turcos. Apenas nos divisaron, vinieron sobre nosotros con tal acometividad y furia que mataron a dos o tres y dejaron heridos a los demás. Yo recibí un flechazo que me servirá de reloj para toda la vida. Hubimos de rendirnos incondicionalmente. Después de lo cual desahogaron su furia descuartizando al piloto y cargándonos de cadenas a los restantes.

Curaron muy ligeramente a los heridos y emprendieron rumbo a Bervería. Llegados allí, nos pusieron en venta.»

Vicente fue primero vendido a un pescador, después a un médico y por fin a un renegado que le empleó en trabajos del campo. Una de las mujeres de este renegado que era turca, sirvió de instrumento a la Providencia para la conversión del marido. Vicente, a instancias de ella, ponderó la belleza de la religión cristiana ante su patrón y dueño.

El marido, recordando a su vez lo que un día fue su máximo contento, se embarcó en un ligero esquife y huyó de aquella tierra infiel, con Vicente su esclavo. Desembarcaron en Aigues-Mortes, y el renegado hizo su abjuración en manos del vicedelegado del Papa, en Aviñón, con gran contento de Vicente de Paúl, que no tenía poco que ver en aquella conquista.

A fines del año de 1608 la Providencia llevó al apóstol a París, emporio de todas las miserias y de sus convenientes remedios. Llegó a ser

capellán de la reina Margarita de Francia y en su nombre visitaba los hospitales. En adelante, su vida será un acto sublime y continuo de caridad en servicio de los necesitados.

Vicente sirvió a los pobres en todas las circunstancias. Primero en humildes parroquias provincianas donde ejerció la cura de almas, luego en Clichy, cerca de París, y en Chatillón, que entonces pertenecía a la diócesis de Lyón. No había lugar en que no brillase su extraordinario celo.

De tal modo se manifestaba en él la mano de Dios que transformó en contados años la población de Clichy, reconstruyó la iglesia, instituyó cofradías, y puso las bases de una escuela eclesiástica; pero principalmente trabajó para ganar para sí todos los corazones.

En Chatillón, de donde aceptó ser cura en 1617 en atención a los ruegos de su director espiritual, no empleó sino cinco meses para realizar las maravillas que había llevado a cabo en Clichy atrajo a vida ejemplar a los sacerdotes que vivían en aquella población; convirtió a multitud de herejes, y, finalmente, allí fundó las primeras asociaciones de caridad.

LAS «CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL»

Un domingo del mes de agosto, algunos días después de su llegada a la parroquia, postuló Vicente durante el sermón, en favor de una familia enferma y abandonada en una granja vecina.

Una vez acabado el sermón, la mayoría de los oyentes, provista de socorros, se dirigió a la granja. Después de vísperas, acudió también Vicente y quedó gratamente sorprendido al ver los grupos que volvían de Chatillón o buscaban bajo los árboles del camino un refugio contra el excesivo calor.

Es éste —exclamó— un caso de mucha caridad, pero mal organizada; porque esos pobres enfermos disponen ahora de demasiadas provisiones, dejarán malgastar parte de ellas y volverán después a su primera necesidad».

Y con el espíritu de orden y de método que en todo tenía, trazó un reglamento para las mujeres piadosas y caritativas de Chatillón: de esta manera, quedaban fundadas las cofradías y las asociaciones de caridad. En otras localidades de diferentes regiones, como Folleville, Courboin, Joigny, Macon, Montreuil, preparó un reglamento análogo para los hombres que quisieron reunirse bajo su dirección; de ahí nacieron más tarde las famosas y beneméritas *Conferencias de San Vicente de Paúl.*

Se conserva, escrito de su puño y letra, un reglamento referente a la organización cristiana de una fábrica, y para el mejor modo de socorrer en

sus necesidades a los pobres y darles medios de vida. También se incluyen en dicho manuscrito los deberes del maestro obrero y del aprendiz, y un método para el empleo cristiano del día, es, como se ve, un primer paso hacia la mutualidad entre patronos y obreros en el amplio sentido cristiano.

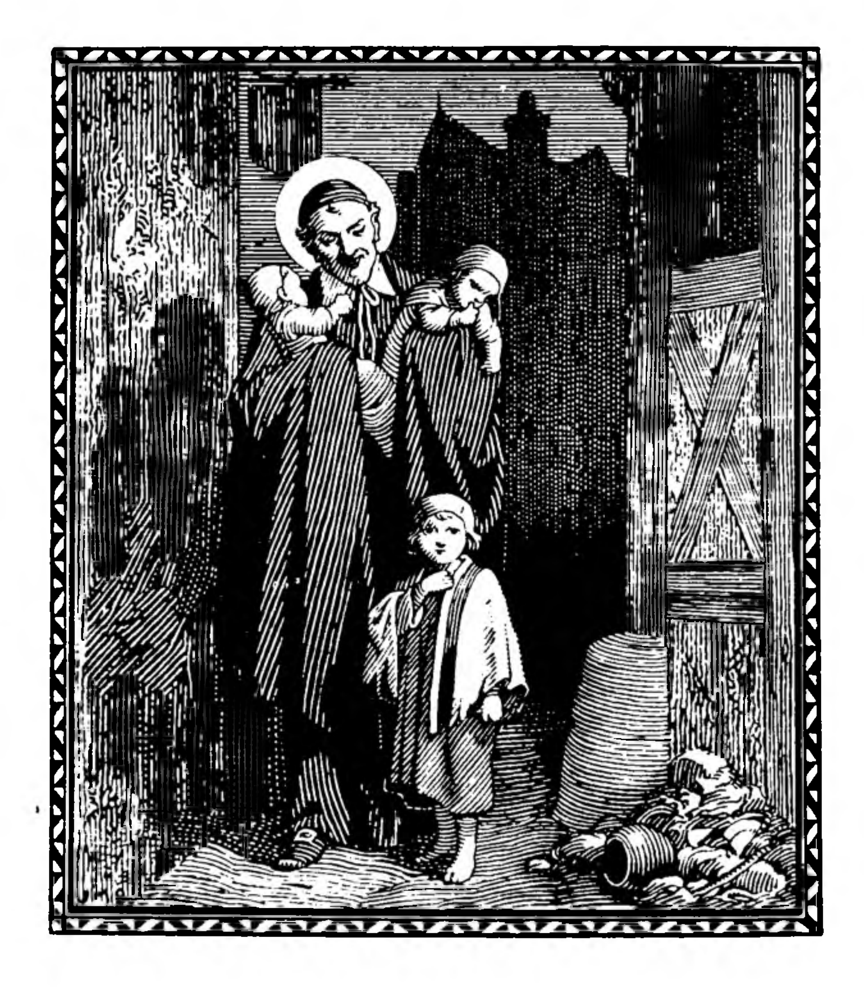
EN CASA DE LOS GONDI

Su carida era universal. También por mandato de su confesor aceptó ir a vivir con la noble familia de los Gondi, que entonces daba servidores al Estado y jefes a la iglesia de París. Vicente fue pronto como el alma de la casa. La condesa de Gondi no podía prescindir de él en la dirección de su conciencia y la práctica de las buenas obras.

El Conde era administrador general de las galeras de Francia. Vicente aprovechó de su influencia para poder visitar a los presos, evangelizarlos y procurar el mejoramiento material de los condenados a prisiones y galeras. Luis XIII le dio el título de capellán general de las galeras de Francia; título que grandemente apetecía el Santo, por abrir ancho campo a su caridad y del que supo aprovecharse generosamente en favor de los pobres.

MISIONES EN EL CAMPO.—OBRAS DE CARIDAD EN PARÍS

Los pobres son evangelizados» —había dicho Nuestro Señor. Fueron tal vez las palabras del Evangelio que más profundamente se grabaron en el corazón de Vicente. Para evangelizar a los pobres, fundó una comunidad de misioneros. Fue a principios de 1617 Encontrábase con el conde de Gondi en el castillo de Folleville, en la diócesis de Amiéns, cuando se le llamó a una aldea próxima para confesar a un labriego que se hallaba en peligro de muerte. Tenía éste fama de hombre de bien, pero una falsa vergüenza hacíale ocultar, de mucho tiempo atrás, algunas faltas en la confesión. Vicente invitó al moribundo a hacer confesión general, y devolvióle la paz, de modo que el penitente no cesó de bendecir a Dios públicamente durante los pocos días que vivió. «¡Ah!, señora —dijo a la condesa de Gondi—, si no hubiera yo hecho confesión general estaba condenado, por causa de varios pecados graves de los que temía acusarme». Emocionada y asustada por este ejemplo, la piadosa condesa instó entonces a Vicente para que evangelizara a los pueblos de la comarca. Precisamente era aquél el más ardiente deseo del hombre de Dios. A su alrededor se agruparon otros sacerdotes celosos que se dedicaron a la



CORRERÍAS *nocturnas de San Vicente de Paúl. Aprovechando las tinieblas de la noche, nuestro Santo va recogiendo los niños que por la malicia o la miseria de sus padres quedan abandonados. Su caridad le hizo hallar eficaz remedio para este mal tan extendido entonces.*

misma obra y se comprometieron por voto, bajo la dirección de Vicente, a trabajar toda su vida en la salvación de los campesinos. Así empezó la *Congregación de la Misión.* Quedaba así fundada una de las obras apostólicas más importantes de Vicente que aún hoy día produce frutos abundantes. Nuestro Santo trabajó durante toda su vida en la evangelización de los sencillos labriegos; tenía setenta y cinco años y aún seguía con las misiones. Cuando entró en París, decía, pensando en los pobres que quedaban por evangelizar: «Me parece que las murallas de la ciudad van a derrumbarse sobre mí para aniquilarme».

A fin de conservar los frutos de aquel apostolado, era necesario establecer en los pueblos buenos curas. Se imponía, pues, la reforma eclesiástica. Los ejercicios espirituales de los ordenados, los seminarios, las reuniones periódicas de que hablaremos más abajo, fueron los principales medios de que se valió para regenerar el clero.

Las obras de caridad se multiplicaban por doquier al paso de Vicente, y su reputación se extendía cada vez más. El mismo Luis XIII, ya en su lecho de muerte (1643), hizo llamar al hombre de Dios para que le preparase a comparecer ante el Supremo Juez.

Cerca de la iglesia de San Lázaro había una gran casa en la que residía una comunidad de canónigos que se extinguía; el prior, testigo de la labor emprendida por Vicente, y de la modestia y celo de sus discípulos, ofrecióles la residencia. Con esto, la nueva Congregación recibió el nombre popular de *Lazaristas*, y la iglesia de su advocación, por la presencia del Santo, vino a ser el centro de la caridad material y espiritual de París, centro a donde confluyeron las iniciativas de la generosidad cristiana.

En San Lázaro, organizó el hombre de Dios la obra de los *Niños Expósitos.* Los recién nacidos que madres desnaturalizadas abandonaban en las calles o depositaban en las iglesias, eran llevados por orden de la policía a la llamada *Casa Cuna*, en donde, por falta de alimentos y cuidados, morían casi todos. Con ayuda de las Señoras de la Caridad, tomó Vicente a su cargo aquellas criaturas y logró rescatarlas así de la muerte, luego las cuidaba hasta que estaban en edad de ganarse la vida. Esta obra hizo su nombre celebérrimo en los anales de la caridad. Fundó también, en el arrabal de San Martín, el hospital del Nombre de Jesús, de San Lázaro salieron los que de él se encargaron. Hizo lo mismo con la fundación y organización del Hospital general de París, destinado a recoger a los innumerables mendigos que plagaban la capital. En la puerta de San Lázaro, multiplicaba asimismo las limosnas, sin dejar de prodigar al mismo tiempo los socorros espirituales. Multitudes de seglares, sacerdotes y soldados acudían a San Lázaro para hacer ejercicios espirituales. El clero de París reuníase allí para las llamadas conferencias *del martes,* presididas por

Vicente; tratábanse temas científicos y de virtud. Bossuet, que era uno de sus miembros, escribía de ellas al Sumo Pontífice: «Al oír las palabras de este santo sacerdote, parecíanos estar oyendo *palabras de Dios*». Allí también organizó Vicente la lucha contra el Jansenismo, entonces en boga.

VICENTE DE PAÚL ALIMENTA A PROVINCIAS ENTERAS

DESDE 1639, durante el último período de la guerra de los Treinta Años. Vicente había realizado prodigios para acudir en socorro de Lorena, devastada por la guerra. No quedaban ya cosechas, ni semillas en aquellos campos recorridos continuamente por las tropas. Viéronse los horrores del hambre y hasta hubo casos abominables de antropofagía. Agotada por cinco cuerpos de ejército que mantenía entonces en pie de guerra, Francia no tenía qué dar a sus numerosos mendigos. Un hombre de corazón misericordioso se atrevió a soñar en el alivio de provincias enteras: este hombre era también Vicente de Paúl.

Postuló en la Corte, organizó la caridad y envió sacerdotes y hermanos de su Congregación a aquellas provincias con el pan material y los socorros de la Religión. La peste se juntó con el hambre. Vicente hacía enterrar a los muertos y distribuir entre los labradores pan y semillas. Socorría a los nobles lo mismo que a los labriegos, suministraba a los sacerdotes ornamentos para las iglesias arruinadas; y recogía a las religiosas arrojadas de sus conventos por la guerra y la miseria.

En Lorena, en Champaña, en Picardía y en otras provincias, la gente se acostumbró a mirar a Vicente de Paúl como a una encarnación de la Providencia. En la capital, hubo de renovar idénticos prodigios durante las turbulencias de la Fronda. Cuando se le agotaba la bolsa de San Lázaro, pedía limosna por sí y por otros. Este hijo de labradores pudo distribuir durante su vida, limosnas cuyo total debió de sobrepasar la cantidad de ¡veinticuatro millones de pesetas! Indudablemente, merecía el nombre de «salvador de la patria» que le dieron varias ciudades agradecidas.

«Dios —decía Salomón— me ha dado un corazón cuyo amor es extenso como las playas del mar». Vicente de Paúl, cuyo celo no conoció barreras, podría haber dicho otro tanto; envió a sus misioneros a las Hébridas, a Polonia y hasta a Berbería para cuidar a los cristinos que los turcos tenían cautivos en las mazmorras de Argelia y de Túnez.

Previendo la conquista de Argelia, impulsó a Richelieu y después a Luis XIV a llevar a cabo aquella empresa. Mientras tanto, aceptó para sus misioneros los títulos de cónsules y de prefectos apostólicos de Túnez y Argelia, que le daban medios de socorrer a los esclavos. En las mazmorras

se evangelizó primero en secreto; más tarde se celebró en ellas la santa misa y se cumplieron otras ceremonias litúrgicas. El día del Corpus era llevado en procesión el Santísimo. Escoltábanlo los cautivos que, a su modo, con sus cadenas y sus harapos, rendían a Jesucristo un espléndido homenaje. Los misioneros enviados por Vicente eran a veces condenados a los grillos o morían de la peste mientras evangelizaban en las cárceles, pero los que sucumbían eran pronto reemplazados por otros

Envió también obreros evangélicos a la isla de Madagascar, y al fin de sus días aún preparaba una expedición de misioneros para China, Babilonia, y Marruecos. Sólo le dolía no poder acudir él también como un apóstol más.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD

La obra cumbre de Vicente de Paúl fue, tal vez, la fundación de las *Hijas de la Caridad*. De acuerdo con una señora de rara inteligencia y de fe eminente, llamada Luisa de Marillac —que la Iglesia había de canonizar en 1934—, planeó y estableció esta obra con una audacia que sólo el genio de la caridad podía inspirarle. Hasta entonces, las mujeres consagradas a Dios vivían en los claustros. Vicente osó lanzar a sus hijas en medio del mundo, contando con su abnegación para asegurar la salvaguardia de la angélica caridad: «Las Hermanas de la Caridad —escribía— tendrán por monasterios las casas de los pobres, y vivirán en la calle y en los hospitales; su clausura será la obediencia, y su velo la santa modestia». Siempre prontas a entregarse a su heroico apostolado, las Hijas de San Vicente se desvivían junto a las cunas de los niños expósitos o sobre el lecho de los moribundos. Fueron enviadas por su mismo bienaventurado Padre al campo de batalla, en el sitio de Calais, y aun se las vio entre los apestados. Su grandeza de alma provocó un grito de admiración que no ha cesado de resonar en la conciencia católica. Estas humildes religiosas proclamaban así su fidelidad al servicio de los pobres, a quienes Vicente les había enseñado a mirar como a señores y amos. Una de ellas moría asistida por el santo Fundador.

—¿No tienes nada que te inquiete? —preguntó éste.

—Sólo una cosa, padre mío —replicó la moribunda—; he experimentado demasiado placer en el cuidado de los pobres. ¡Me sentía tan feliz a su servicio!

—Muere en paz, hija mía —dijo el hombre de Dios, emocionado y consolado por tanta sencillez y caridad.

Las Hijas de San Vicente de Paúl están hoy esparcidas por todo el mundo, en naciones católicas y entre pueblos infieles.

CÓMO EMPLEABA EL DÍA.—SU MUERTE

El secreto de tantas maravillas, que apenas hemos apuntado, estaba en el amor de Dios, amor práctico, que ardía en el corazón de San Vicente. «Amemos a Dios, señores y hermanos míos —decía a los miembros de su comunidad—, y amémosle con el sudor de nuestras frentes».

De hecho, el hombre de Dios, hasta su muerte —y murió a los ochenta y cuatro años— se levantó cada mañana a las cuatro. A menudo inauguraba la jornada con una sangrienta disciplina. Las horas primeras del día eran para la oración y la meditación, que hacía de rodillas, con los suyos, en la capilla de la casa de San Lázaro. Celebraba después la santa misa con extraordinaria devoción. Durante el santo sacrificio le sucedía, a veces, extasiarse con divinas visiones: un día vio el alma de Santa Juana de Chantal que subía al cielo y la de San Francisco de Sales que venía a recogerla, y cómo luego las dos almas iban a abismarse en Dios.

Cuando terminaba de decir la misa, dábase al trabajo del día sin permitirse ni una tregua. En su trato con reyes, príncipes o mendigos, fue siempre hombre de extraordinaria humildad. Inspirado por el celo, solía decir que «un sacerdote debe tener siempre más trabajo que el que puede realizar». Juntaba al trabajo una penitencia incesante; oyósele decir más de una vez cuando entraba al refectorio. «Desgraciado, ¿has ganado el pan que vas a comer?» Su día se prolongaba hasta muy entrada la noche, y antes de entregarse al sueño, poníase en la presencia de Dios y se preparaba a la muerte.

Dios le llamó a Sí el 27 de septiembre de 1660. Benedicto XIII le beatificó el 13 de agosto de 1729, y Clemente XII le canonizó el 16 de junio de 1737 Sus reliquias descansan en la iglesia de los Lazaristas de París. León XIII le proclamó, en 1885, Patrono de las Instituciones de caridad.

SANTORAL

Santos **Vicente de Paúl, fundador;** Símaco, papa, *Arsenio, solitario;* Epafras, consagrado obispo de Colosos por el Apóstol San Pablo, mártir; Martín, obispo de Tréveris y mártir; Lorenzo, obispo de Nápoles, y Félix, de Verona; Reticio, obispo de Autún, autor eclesiástico muy celebrado por San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio de Tours; Pedro, confesor, venerado en Foligno (Italia). Santas *Justa y Rufina, vírgenes, mártires en Sevilla; Macrina la Joven, virgen:* Áurea, virgen y mártir, en Córdoba, en 856.



Fiero guerrero Llave milagrosa que le libra de grillos, esposas y cadenas

DÍA 20 DE JULIO

SAN JERÓNIMO EMILIANO

FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES SOMASCOS (1481-1537)

El ilustre Santo, padre de los pobres, amparo y protector de los huérfanos, San Jerónimo Emiliano, nació en Venecia de la distinguida familia de los Emiliani, que había dado a la Iglesia varios ilustres prelados, y a la República veneciana procuradores de San Marcos, senadores y capitanes. A su natural alegre ardoroso y viva inteligencia, unía la prudencia y gravedad propias de la edad madura. Con tan sobresalientes cualidades no es de maravillar que hiciera rápidos progresos en las ciencias y en las letras, máxime teniendo presente el solícito cuidado que para conservarlas y desenvolverlas ponía su familia. Como su padre se hallaba continuamente ocupado en los negocios de la república y en el cumplimiento de los cargos principales de ella, la educación de Jerónimo quedó casi enteramente al cuidado de su madre, doña Eleonora Morosini, dama de mucha piedad, que infiltró en el corazón del niño las máximas de religión cristiana y le acostumbró desde muy temprano a los ejercicios de devoción y virtudes propias de su clase y de su edad.

Como habremos de comprobar a lo largo de su historia, aquel solícito y piadoso cariño materno fue el germen fecundo de una gran santidad.

SOLDADO A LOS QUINCE AÑOS.—VIDA MUNDANA Y DESORDENADA

Las conquistas realizadas por Carlos VIII de Francia en tierras de Italia a fines del siglo XV, inquietaron sobremanera a los venecianos, los cuales se aprestaron a la defensa de su territorio. Recabaron para ello el auxilio armado del papa Alejandro VI, del emperador Maximiliano I, del rey de España Fernando el Católico, del rey de Nápoles, del duque de Milán y del Marqués de Mantua. Trabajo costó armonizar los intereses de cada uno de los países representados, pero, ante el común peligro, firmóse la coalición el 31 de marzo de 1495, para «mantener —dice el acta oficial— la paz en Italia, salvar la cristiandad, defender los derechos de la Iglesia y salvaguardar el honor del Imperio Romano».

El entusiasmo cundió por doquier y de todas partes acudían jóvenes a los campamentos para ejercitarse en el manejo de las armas. Jerónimo Emiliano, que acababa de perder a su padre, tenía a la sazón quince años, ávido de independencia y de gloria, sintiendo el ímpetu de la sangre que le arrastraba a la defensa de su patria, dejó los estudios y se alistó en el ejército a pesar de las súplicas y lágrimas de su madre, que temía más los peligros que amenazaban el ama que el cuerpo de su hijo.

Inclinóse la victoria a favor de las armas de la Liga, y el poder de Venecia llegó a su apogeo. No cabe la menor duda de que Emiliano cumplió valerosamente en los varios encuentros y combates que tuvo con los enemigos, pero, desgraciadamente, los temores de su virtuosa madre se iban realizando. En medio del estrépito de las armas y de la licencia de los campamentos, contrajo Jerónimo toda suerte de vicios. El de la ira avasalló de tal modo su espíritu, que, a veces, traspasando los límites de la razón llegaba a los extremos del furor; y tan profundamente arraigó en él, que fue el que más le costó extirpar después de su conversión. Sus mismas dotes naturales eran un peligro para su virtud: amable, agraciado y noble, no faltaron compañeros que procuraron granjearse su amistad; y como quiera que Jerónimo no cuidase ni poco ni mucho de seleccionarlos, pronto las malas compañías le arrastraron a espantosa corrupción.

En tan deplorable estado perseveró Jerónimo hasta la edad de 30 años, en cuyo tiempo quiso la Divina Bondad mirarle con ojos de misericordia y convertir en vaso de elección al que hasta entonces lo había sido de ignominia; y como quiera que para realizar sus planes, se sirve Dios de todas las circunstancias, valióse de su desmedida ambición para frenar los desórdenes del pobre soldado veneciano.

PRISIONERO DE GUERRA. — LA CONVERSIÓN

El Senado de Venecia tenía la loable costumbre de otorgar los principales cargos de la República, no a los más ricos y ambiciosos, sino a los más virtuosos. Jerónimo, ávido de honores, entendió que no podía medrar si no cambiaba de vida. En 1508 los venecianos se levantaron en armas contra la Liga de Cambray, que el 10 de diciembre formaran el papa Julio II, Luis XII de Francia, Maximiliano de Alemania y Fernando el Católico rey de España. Confiósele a Emiliano la defensa de Castelnuovo, cerca de Treviso, seriamente amenazada por el enemigo. Tomó posesión del mando de la plaza en circunstancias verdaderamente críticas, pues el gobernador, presa de pánico, había huído cobardemente al primer ataque de los imperiales. Sin perder tiempo mandó reparar las brechas ya abiertas en la muralla, mientras rechazaba enérgicamente los furiosos asaltos de los sitiadores. Quisieron éstos intimidar el ánimo esforzado de Jerónimo, y amenazáronle con graves peligros si no rendía la plaza. Lejos de amilanarse, contestó a los emisarios: «Decid al emperador que puede poner a prueba el valor de nuestro pecho cuando guste, y lanzar contra nosotros toda suerte de metralla, pero que le conste que jamás nos verá huir».

Siguieron las hostilidades, y, no obstante la heroica defensa de los venecianos, fue tomada por asalto la ciudadela, Jerónimo Emiliano quedó prisionero de guerra, y, según el uso de aquellos tiempos, fue tratado con increíble rigor. Cargáronle de cadenas, y aherrojado con esposas y grillos y una argolla al cuello, lo metieron en lo más profundo de un torre.

En este lastimoso estado habló eficazmente el Señor al corazón de Jerónimo. Las interminables horas de cárcel le hacían acordarse de las sublimes lecciones de piedad y virtud que en la infancia recibiera de su cristiana madre, y de los consejos y buenos ejemplos de sus hermanos, y con el recuerdo de aquellos tiempos felices que para él ya habían pasado, enternecíase aquel pecho que jamás tembló en el fragor del combate. Tocado de la gracia, entró dentro sí mismo y vio claramente los desórdenes de su vida pasada, humillóse ante el Señor, reconoció su divina justicia y besó amorosamente la mano de la Providencia que de aquel modo le trataba. Al mismo tiempo, con incesantes lágrimas y suspiros, rogaba al Padre de las misericordias se apiadase de él, le perdonase sus muchos pecados y le librara de la condenación eterna que le amenazaba.

A fin de obtener con más seguridad lo que pedía, acudió Jerónimo a la que es Refugio de pecadores y Consuelo de afligidos. Recordó que en su infancia había sido consagrado por su madre a la Reina de los Ángeles, y que en otros tiempos había visitado el santuario de Nuestra Señora de

Treviso, y con el fervor de quien se ve al borde del sepulcro, cayó de hinojos, la invocó devotamente, confióle el estado y negocio de su alma, e hizo el voto de ir a pie y descalzo a visitar su imagen en dicho santuario, encargar la celebración de una misa y publicar sus favores luego que escapase de aquel peligro en que por sus males se hallaba.

Pronto experimentó Jerónimo los efectos de la confianza en María. Porque apenas hubo formulado la promesa, una luz sobrenatural iluminó el oscuro calabozo, se le apareció la soberana Señora, llamóle por su nombre y después de entregarle las llaves de la prisión, soltó los grillos, esposas y cadenas que le sujetaban, y ordenóle salir de aquella mazmorra para dar cumplimiento a su voto. Ella misma le sirvió de guía y acompañó sano y salvo por entre las huestes enemigas hasta las puertas de Treviso.

Entró solo en la ciudad, encaminóse directamente al templo, y allí, postrándose ante el altar de la Virgen María, más con lágrimas y sollozos que con palabras, dio las más rendidas gracias a su celestial Bienhechora por tan gran merced. Acto seguido, dejó sobre el altar las llaves de la prisión con las esposas, grillos y argollas, para que fuesen perpetuos testigos del beneficio recibido. Luego pregonó ampliamente el estupendo suceso y lo hizo registrar en documento público ante notario, y aun encargó a un pintor varios cuadros con las diversas escenas de su maravillosa liberación.

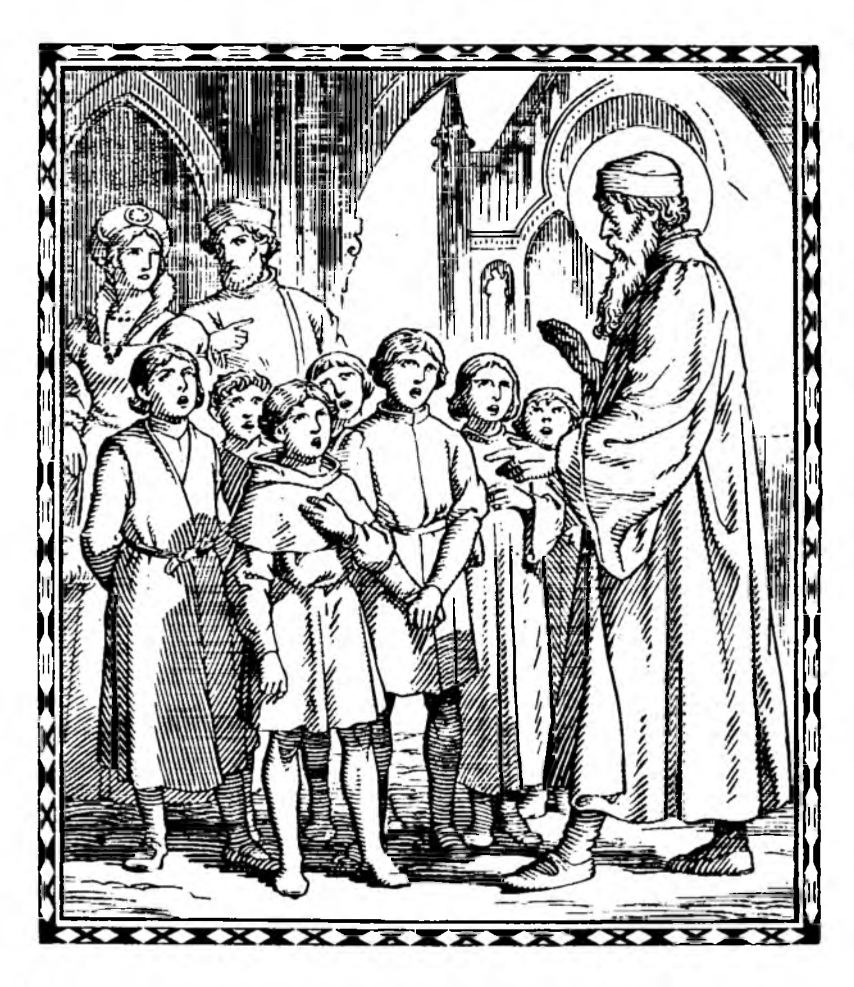
NUEVOS PROGRESOS EN LA VIRTUD

Quiso el Senado recompensar el valor y generosidad del que había sabido mostrarse tan valiente soldado, y, al efecto, nombróle «podestá» de Castelnuovo, cargo que ejerció poco tiempo, pues se trasladó pronto a Venecia para tomar sobre sí la tutela de los hijos que en tierna edad dejaba su hermano mayor al morir, y la administración de los bienes que les dejaba la herencia.

Al mismo tiempo trabajaba calladamente y sin desmayo en la corrección de los propios defectos, y escuchaba la divina palabra con gran asiduidad y gozo de su alma. Postrábase con frecuencia ante un Crucifijo, y al contemplarlo exclamaba enternecido: «¡Oh Jesús, no seas Juez mío, sino Salvador!» Otras veces se le oía repetir con San Agustín: «¡Señor, sé para mí verdaderamente Jesús! ¡Sólo Tú puedes ser mi Salvador!»

No paró ahí la devoción de Emiliano, entendiendo que en los combates del alma, como en los materiales, el soldado necesita la dirección de un experto jefe, buscó un director de conciencia y encontróle a medida de sus deseos en un piadosísimo y docto canónigo regular de Letrán.

Hecha confesión general de su vida, ya no pensó sino en vivir y sacri-



SAN *Jerónimo Emiliano recoge a los niños huérfanos, pobres y desvalidos de Venecia, y los alimenta, instruye y educa. Los días de fiesta, vístelos de blanco en honor de la Santísima Virgen, y sale con ellos por las calles y plazas de la ciudad para cantar las alabanzas de Nuestra Señora.*

ficarse por Jesús. A este fin, empezó por cerrar el paso a la ambición con la renuncia de los oficios públicos y cargos de la República, combatió la soberbia y la vanidad entregándose a obras humildes, huyendo de las alabanzas y aceptando sin quejas toda clase de humillaciones. Su liberalidad, siempre generosa, no se ciñó a socorrer únicamente a los pobres de los hospitales, sino que con solicitud verdaderamente apostólica, preveía los peligros morales que amenazaban la virtud de las jóvenes, y para evitar tamaña desventura, dotábalas y asegurábales airoso porvenir.

Poco a poco fue venciendo sus pasiones hasta el extremo de reducirlas a esclavitud. Logró dominar perfectamente la ira, que tanto le había enseñoreado, y llegó a ser el hombre más humilde y pacífico del mundo.

PADRE DE POBRES Y HUÉRFANOS

El hambre que en 1528 afligió a toda Italia, presentó a Jerónimo Emiliano ocasión muy oportuna de ejercitar su generosa caridad con los
pobres; porque, aunque en Venecia se sintió al principio menos que en 1
otras partes gracias a las copiosas provisiones con que se previniera el Senado, por la abundancia de pobres que se llegaron a aquella ciudad, sobrevino pronto la escasez. Con lo cual, agotados los recursos y los medios de proveerse, llenáronse las plazas y calles de gente tan necesitadas de humano socorro, que la muerte se cernía amenazadora sobre el pueblo.

Estremecióse el piadoso corazón de Jerónimo a la vista de aquel lastimoso espectáculo, y considerando en aquellos infelices la persona de Jesucristo, resolvió emplear todos sus bienes para aliviarlos. A tal fin, vendió tapices, muebles preciosos, plata y cuanto poseía. No reservaba nada para sí mientras hubiera a su alrededor un necesitado que socorrer; y aun solicitó el concurso de sus conciudadanos ricos, los cuales, movidos por su ejemplo, contribuyeron gustosos al sustento de los pobres. Pudo así auxiliar a los enfermos y moribundos, a los que visitaba con extremada solicitud, sin que pareciera agotarse su energía. Durante la noche, enterraba los muertos, cuyos cadáveres llevaba sobre sus hombros al cementerio.

Fueron tantas las fatigas y las incomodidades que padeció en esta obra de caridad, que al fin cayó enfermo asaltado de una fiebre ardiente, contagiosa, que en pocos días le puso a los últimos términos de su vida. Pidió al Señor la salud, no para gozar de ella, sino para satisfacer por sus pecados y trabajar en la salvación de las almas. Curó y, conforme a sus propósitos, dedicóse con nuevos bríos al desempeño de su caritativa misión.

Tantas virtudes atrajeron hacia Jerónimo a otras almas generosas, y señaladamente a San Cayetano y a Juan Pedro Caraffa —que fue más tar-

de Papa con el nombre de Paulo IV—, los cuales le ayudaron con sus consejos y protección personal. Las guerras, la carestía y el contagio habían hecho multitud de víctimas en la población, los huérfanos, numerosísimos, hallábanse reducidos a la mendicidad, sin socorro de ningún género y, lo que es peor, expuestos a todos los peligros de la corrupción. Compadecido Jerónimo Emiliano de las miserias espirituales y temporales de tantos niños, determinó recogerlos y juntarlos en una casa que compró para este fin cerca de la iglesia de San Roque, allí ejercitaba con ellos los oficios de padre y de maestro; dióles profesores que les enseñaran a leer y escribir, y él mismo se empleaba todos los días en esa misión. Quería que aprendiesen algún oficio según la condición y disposiciones de cada uno; a más de esto, alimentábalos y vestíalos; acudía para ello a la piedad y caridad de las personas ricas y hacendadas, a fin de que con sus limosnas ayudasen a sostener tan santa y provechosa obra. Si solícito andaba en procurar el bienestar material, más cuidaba todavía de las almas, acompañábalos todas las mañanas a oír misa, ejercitábalos en la oración y estableció entre ellos la confesión mensual. Consagrados a la Reina de los cielos, los días festivos recorrían las calles y plazas de Venecia vestidos de blanco, cantando las glorias de su Soberana la Virgen María, y atrayéndose las simpatías del pueblo que, como arrastrado por una fuerza invisible, acudía cabe aquellos niños para cantar con ellos las letanías lauretanas y el santo Rosario.

FUNDACIÓN DE ESTABLECIMIENTOS BENÉFICOS

Considerando suficientemente arraigada la obra, de modo que podía subsistir sin su personal asistencia, alejóse Jerónimo de sus queridos huerfanitos para recorrer otras ciudades del dominio veneciano, en la que el hambre y la peste se habían cebado de manera extraordinaria. Faltos de humano socorro, perecían a diario numerosos jóvenes y ancianos, y a remediar aquel mal acudió el hombre de Dios. Agradecido el Senado por tan desinteresada virtud, ofrecióle la dirección del hospicio de incurables, misión que Jerónimo aceptó por las reiteradas instancias de sus amigos y confiando sólo en la Divina Providencia. En sus apremiantes necesidades hacía rezar a los parvulitos; escogía cuatro menores de 8 años, y, de rodillas con ellos, impetraba los socorros que necesitaba.

Promovió la misma obra, fuera ya del dominio veneciano, en Padua; y luego, en 1531, en Verona. Encaminóse después a Brescia; allí compró una casa y recogió en ella a cuantos huerfanitos pobres pudo encontrar, e iba a buscar para ellos, de casa en casa, el sustento que necesitaban.

Puesto ya todo en marcha, pasó a Bérgamo, donde le pareció más urgente la necesidad, porque tales estragos causaron el hambre y la peste, que las cosechas se perdían en los campos por falta de brazos que las recogieran. El «Santo» —así le llamaban ya en aquellas comarcas— no vaciló en reunir cuantas hoces pudo y, poniéndose al frente de los hombres robustos, dióse tanto afán en el trabajo de la siega, que logró salvar la mayor parte de la cosecha y librar a los naturales de nuevos días de luto. Dedicó luego sus actividades a la fundación de tres casas; una para huérfanos, otra para jóvenes y la tercera para recoger las mujeres de mal vivir que, en número considerable y gracias a sus exhortaciones, se habían convertido al camino de la salvación y abrazado la penitencia.

La fama de santidad que rodeó a Jerónimo, le atrajo las voluntades. Alejandro Bezulio y Agustín Barilo, sacerdotes acomodados y famosos, abandonaron el bienestar y las riquezas para abrazar junto a Jerónimo la vida de pobreza y sacrificio. No tardaron en acudir nuevos compañeros, Bernardo Odescaldi, el cual distribuyó sus bienes entre diversas fundaciones de caridad y acabó por entregar su persona a tan benemérita obra. La Divina Providencia ponía en manos de nuestro Santo aquellos valiosos auxiliares para ayudarle a perpetuar sus fundaciones.

INSTITUCIÓN DE LOS «CLÉRIGOS REGULARES SOMASCOS»

Entendió Jerónimo Emiliano que en el reloj de la Providencia había sonado la hora de realizar un proyecto que acariciaba desde tiempo atrás fundar una Congregación religiosa que cuidara de los pobres y de los huérfanos. Se le antojaba suficientemente manifiesta la voluntad divina, y, por otra parte, sus colaboradores instábanle para que les diera una regla común. El siervo de Dios no vaciló en emprender la nueva obra. Pero no quiso que el brillo y aparato exterior acompañaran los orígenes de una empresa dedicada al servicio del menesteroso; y así, en vez de situar la casa matriz en una ciudad importante, comenzó su empresa en un lugar retirado entre Bérgamo y Milán, llamado Somasca; precisamente de aquí les viene a sus religiosos el nombre de *Somascos* dados a los clérigos regulares de su Congregación, llamados también «Clérigos regulares de San Máyolo», por la iglesia de este nombre, sita en Pavía, que les confió San Carlos Borromeo. El Santo redactó por sí mismo los puntos esenciales de la regla, tomando por modelo la de San Agustín.

De tiempo en tiempo diseminaba el santo Fundador a sus religiosos para que recorriesen los poblados vecinos y evangelizasen a las gentes, consolasen a los afligidos, socorriesen a los pobres, recogiesen a los huér-

fanos y, sobre todo, para que instruyesen a los niños, a fin de descubrir vocaciones eclesiásticas. En aquellas catequesis reclutaban postulantes para su Congregación. En seis años estableció doce casas y reunió trescientos religiosos.

ÚLTIMOS AÑOS. — MUERTE

En los postreros años de su vida, dedicóse Jerónimo Emiliano a consolidar su obra, particularmente en Como, Milán y Pavía. Visitaba a pie todas las residencias, y no tomaba otro alimento que pan y agua. Previendo ya la proximidad del término de su vida, volvió a Somasca para recoger y examinar detenidamente su conciencia. Construyóse una celda sin admitir ayuda de nadie, y en ella pasaba largas horas en fervientes plegarias y austeras penitencias. Como le invitara el cardenal Caraffa a trasladarse a Roma, contestó el Santo: «El padre Caraffa me invita a ir a Roma, Dios me invita al cielo; prefiero acudir al llamamiento de Dios».

Preparó su salida de este mundo con gran solicitud, y repetía con extraordinario fervor las palabras de San Pablo: «Quiero la muerte para vivir con Cristo». Reunió a sus discípulos; animólos a seguir sin desmayo la obra emprendida y dioles saludables consejos. Pidió, luego le administraran los Sacramentos de la Iglesia, que recibió con gran devoción. Acaeció su bendita muerte el 8 de febrero de 1537, a medianoche, teniendo las manos juntas, los ojos fijos en el cielo y conservando plena lucidez hasta el fin. Los santos nombres de Jesús y María sellaron sus labios. Fue inscrito en el Catálogo de los Santos en 1767, por Clemente XIII, que fijó su fiesta en el 20 de julio. El 14 de marzo de 1928, Pío XI proclamó a nuestro Santo, patrono universal de los niños huérfanos y abandonados.

SANTORAL

Santos **Jerónimo Emiliano, fundador;** *Elías, profeta y fundador de la Orden Carmelitana; Pablo, diácono y mártir en Córdoba;* Aurelio, obispo de Cartago; José Barsabás, llamado el Justo, discípulo de Nuestro Señor; Vulmaro y Ansegiso, abades; Pedro, Amable, Luciano, Agripiano y veintiocho compañeros, mártires en África; Sabino, Juliano, Máximo, Macrobio, Pablo y otros once compañeros, mártires en Damasco. Beato Gregorio López, madrileño, ermitaño en Méjico. Santas *Margarita, virgen y mártir en Antioquía;* Severa, virgen, hermana de San Modoaldo, obispo de Tréveris; *Librada,* virgen y mártir (véase su vida el 18 de enero); Columbra, virgen y mártir, venerada en Coímbra.



Virgen y sierva de mártires y encarcelados — Iglesia de la Santa en 1628

DÍA 21 DE JULIO

SANTA PRÁXEDES

VIRGEN ROMANA († hacia el año 164)

Las únicas preocupaciones que parecen llenar la existencia de la mujer pagana de todos los tiempos, son la frivolidad y la sensualidad. Obsérvase más acentuada esta tendencia, en los períodos y épocas de mayor decadencia; no se atiende entonces más que a las exigencias del tocador, de los vestidos, del peinado, etc., y cuídase únicamente de procurar toda clase de placeres, sin reparar en su licitud o ilicitud. Y aun mientras los cristianos de los primeros siglos son ferozmente martirizados en los potros, o devorados por las fieras en el circo, y mientras los bárbaros del norte, ministros de las divinas venganzas sobre el Imperio perseguidor y corrompido, preparan en las fronteras sus devastadoras invasiones, la mujer romana sueña solamente en el regalo del cuerpo rodéase de *cósmetas,* mujeres que la sirven y cuidan en el adorno de sus vestidos y tocados, *cinífloras,* que dan a su cabello colorido de distintos matices, y *calamistas,* que se lo rizan en las más caprichosas y variadas formas.

En el transcurso de los tiempos y a través de la vicisitudes, varían los nombres, pero las costumbres perduran, ello no obstante, en el seno de la corrupción y perversidad social, y a pesar de los obstáculos que a la

virtud se oponen, abundan las almas fieles, vírgenes puras que forman «la porción más preciada del rebaño de Cristo; gozo y prez de la Santa Madre Iglesia, que en ellas ve florecer con creces su fecundidad gloriosa» —según expresión de San Cipriano. Entre la innúmera pléyade de valientes mujeres, cuyos nombres constan en nuestros Martirologios, ocupan lugar preeminente Santa Práxedes y su hermana Santa Pudenciana, pertenecientes ambas a linajuda familia de la Roma antigua y célebres en los fastos de la Iglesia Católica.

EL SENADOR PUDENS Y SU MANSIÓN

Cuando en el año 42 de nuestra era llegó San Pedro a Roma, encaminóse al Esquilino, para hospedarse en el palacio de un tal *Pudens* o *Pudencio.* Quién sea este personaje, es cosa que no se puede precisar con certeza, probablemente es el mencionado por San Pablo en su segunda epístola a Timoteo, cuando dice «Eubulo y Pudens, con Lino y Claudia, te saludan». Alguien ha creído ver en él a un nobilísimo senador de la célebre familia de los «Cornelios», o al centurión Cornelio bautizado por San Pedro en Palestina, si bien esta última hipótesis parece quedar definitivamente desechada por parte de críticos e historiadores.

El ambiente aristocrático en que San Pedro halló tan generosa hospitalidad al llegar a Roma, prueba que la doctrina por él predicada no era patrimonio exclusivo de los judíos de condición humilde, ocultos en modestas tiendas de las tortuosas calles del Transtévere, sino que también hacía prosélitos entre las clases ricas y pudientes.

En aquella época los potentados patricios solían fabricarse en sus mansiones cuanto los demás ciudadanos debían comprar. A juzgar por las ruinas que se conservan de edificios análogos, podemos deducir lo que fue la casa del senador Pudens. Abarcaba, la finca, considerable extensión de terreno amurallado que habitaba el dueño, plazas, calles y teatros, aparte, levantábanse los establos, las vivendas de los esclavos, almacenes y otros pabellones; los jardines y foros o pórticos en los que el dueño pasaba horas de solaz con sus amigos, estaban profusamente adornados con mármoles y estatuas: es decir, que el conjunto formaba algo así como una ciudad en pequeño dotada de todos los servicios.

Ignórase si el Pudens que el año 42 hospedó al Príncipe de los Apóstoles era padre o bien abuelo de nuestra Santa. Los Bolandistas admiten la existencia de dos Pudens: el abuelo, casado con Priscila, y el padre, casado con Sabinela. Esta opinión tiene la ventaja de armonizar más fácilmente la llegada de Pedro a la Ciudad Eterna el año 42, con la época

del pontificado de San Pío I, posterior en un siglo (140-155), y que es precisamente la que honró Práxedes con sus virtudes y meritorios trabajos.

Por el contrario, un crítico moderno, apoyándose en autores más antiguos, admite que Práxedes y su hermana llegaron a edad muy avanzada, y que muy bien pudieran ser hijas del espléndido amigo de San Pedro. Ésta es la versión que adopta el Martirologio romano el 19 de mayo considera a San Pudencio como a padre de las Santas Práxedes y Pudenciana, y de él añade el texto que «revestido de Jesucristo en el bautismo, conservó inmaculada la túnica de la inocencia hasta el término de sus días».

En cualquiera de ambos casos, no cabe la menor duda de que nos hallamos en presencia de una familia de raigambre cristiana y privilegiada, y, como dice muy atinadamente el autor de *Estudio de Roma Cristiana:*

«Fue familia gloriosa hasta en el nombre, evocador de honestidad, temor de Dios, noble prosapia y renovación. A ella cupo el honor de realizar, por vez primera en la Historia, la transición de las ideas egoístas en que se fundaba el antiguo patriciado a los sentimientos de la verdadera fraternidad que constituye la igualdad cristiana. En su casa celebraban los cristianos sus asambleas, en las que el esclavo que trabajaba en las canteras sentábase junto al grande y potentado, y ambos, animados de unos mismos sentimientos, recibían los divinos misterios de manos del jefe común, San Pedro, que allí vivía. Este solo hecho es más que suficiente para ennoblecer tan preclara como dichosa familia».

Con tales antecedentes, ¿a quién puede extrañar que Pudens, cristiano fervorosísimo, procurase sin descanso infundir en sus hijas aquel amor a la virginidad y sujeción a los preceptos del Señor que las llevaron a la santidad?

FUNDACIÓN DE UN «TÍTULO» O IGLESIA EN CASA DE PUDENS

La historia de Práxedes y su hermana ha sido conservada y transmitida por un sacerdote llamado Pastor, que vivía con la familia de Pudens. A este sacerdote, consejero y sostén de Práxedes y Pudenciana, y contemporáneo y pariente del Papa San Pío I, se le atribuyen tres documentos de gran valor histórico. Va el primero dirigido a Timoteo, y es una de las más bellas páginas de la Historia Eclesiástica de los tiempos apostólicos. El segundo parece ser la respuesta de Timoteo, y el tercero es un apéndice narrativo, debido al mismo Pastor, que alcanza hasta la muerte de Práxedes, a cuyo cadáver dio él mismo honrosa sepultura.

Quizá este escrito no sea rigurosamente auténtico en esta misma forma, y parece muy posible que en el siglo V o VI sufriera ciertos retoques encaminados a edificar al lector; sin embargo, aunque la leyenda se encuentre más o menos mezclada con la historia —caso bastante repetido en los escritos de entonces—, no hay razón para desechar por falsos los interesantes pormenores con que dichos documentos nos brindan. Careciendo de fuentes más antiguas y seguras, nos atendremos a los escritos de Pastor.

«Pudens —dice—, ya viudo, quiso, siguiendo los consejos del bienaventurado obispo Pío, tranformar su casa en iglesia, y para realizar el piadoso deseo puso los ojos en este pecador. Erigió, pues, en esta ciudad de Roma, y en el *Vicus Patricii*, un *título* o iglesia, al que dio su nombre».

El Martirologio romano hace la siguiente mención el 26 de julio: «En Roma, San Pastor, presbítero, a cuyo nombre existe un título cardenalicio en el monte Viminal en Santa Pudenciana».

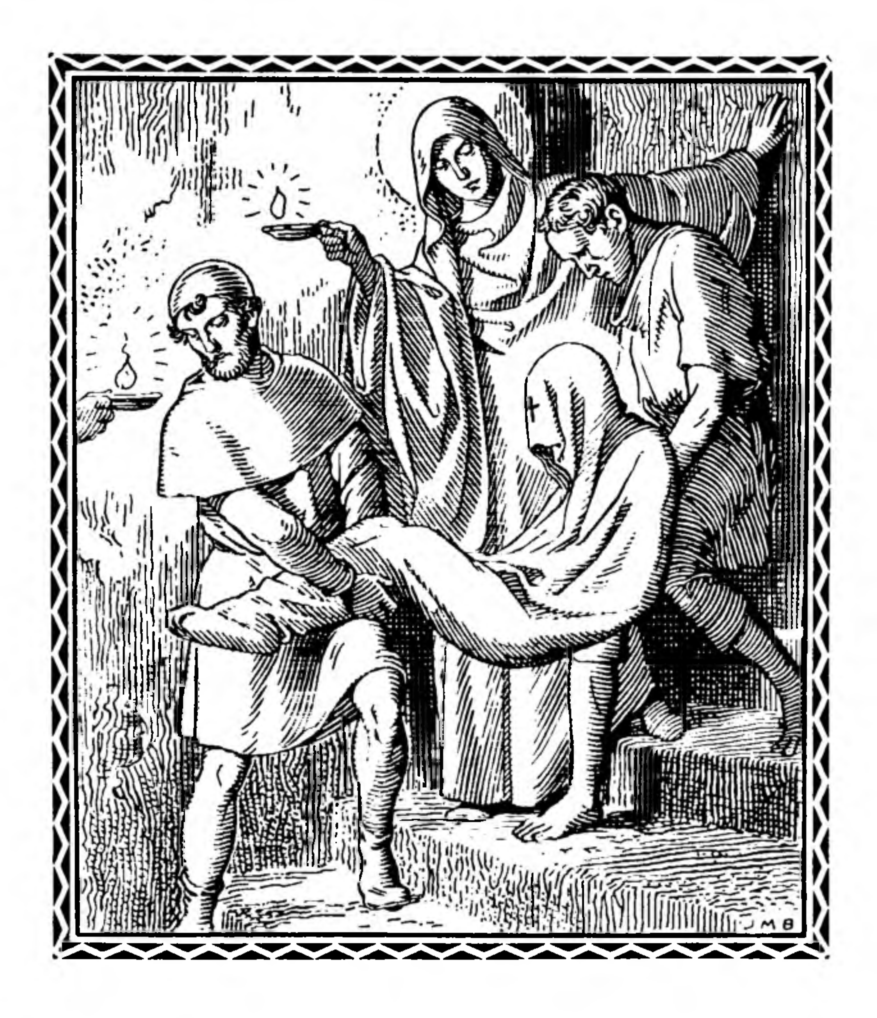
En el siglo II, y debido a las persecuciones, los cristianos se veían precisados a reunirse, para rezar y celebrar los misterios, en casas particulares o en la oscuridad de las catacumbas. Dábanse allí con gran fervor a los actos del culto y a las prácticas de devoción, esperando tiempos más propicios que les permitieran congregarse en edificios públicos llamados después basílicas.

MUERTE DE SAN PUDENCIO. — CELO APOSTÓLICO DE LAS SANTAS PRÁXEDES Y PUDENCIANA

MIENTRAS tanto —continúa el presbítero Pastor— voló Pudencio al Señor, dejando a sus hijas el rico patrimonio de la castidad y del conocimiento de la ley divina». Ambas hermanas vendieron entonces sus haciendas y repartieron el importe entre los cristianos, muchos de los cuales vivían, a causa de su fe, en extrema miseria.

Fieles al amor de Cristo, perseveraron las dos vírgenes, unidas en santas vigilias, ayunos y oraciones. Preocupánbales sobremanera el desenvolvimiento de la religión, y en alas de sus deseos, expusieron al Pontífice San Pío I el proyecto que abrigaban de erigir un bautisterio en el *título* o iglesia parroquial que su difunto padre fundara. El santo Papa acogió favorablemente la iniciativa de las piadosas hermanas, designó él mismo el sitio en que habría de emplazarse la santa piscina, y llevóse a cabo la construcción siguiendo puntualmente sus indicaciones.

Por aquel entonces reunieron ambas siervas de Cristo a cuantos esclavos tenían en Roma y fuera de ella, y al tiempo que daban absoluta libertad a los que eran cristianos, comenzaban la evangelización y cate-



SANTA *Práxedes da sepultura a los mártires con sumo respeto y veneración en un gran sepulcro, propiedad de su familia, en el cementerio de Priscila, de la Vía Salaria, en las afueras de Roma. Allí mismo fue ella enterrada, esperando la resurrección en la paz del Señor.*

quesis de los demás, muchos de los cuales abrazaron voluntariamente el cristianismo, y obtuvieron la libertad en una solemne ceremonia que el Pontífice ordenó realizar en la iglesia. Llegada la solemnidad de Pascua, fecha tradicional para la celabración, recibieron el bautismo 96 neófitos.

Imperando Antonino Pío, época que coincidió precisamente con la vida de San Pío, papa, el mundo en general y la Iglesia en particular, gozaron de relativa paz y tranquilidad. Este emperador, oriundo de Nimes, a quien se debe la construcción o la conclusión, por lo menos, del puente del Gard, era un pagano «purificado», es decir, había llegado al máximo encumbramiento moral a que un pagano podía aspirar. Dicen de él que dejó dormir los edictos persecutorios, y aun se le atribuye un rescripto, de dudosa autenticidad, sin embargo, por el que prohibía toda persecución tanto legal como ilegal en contra de los seguidores del Evangelio.

Está probado, no obstante, que cuando el populacho se amotinaba contra los cristianos y pedía su muerte, fácilmente encontraba magistrados complacientes que se prestaban a satisfacer sus sanguinarios deseos, así ocurrió repetidas veces en distintas ciudades del imperio.

No está, pues, muy claro el trato que la religión de Cristo recibía en este tiempo, pero es lo cierto que la casa de ambas vírgenes vino a ser lugar de cita para los fieles, los cuales acudían allí día y noche para sus devociones. Muchos paganos iban asimismo en busca de la fe, y recibían el bautismo con gran contento espiritual, y como quiera que las reuniones públicas estaban prohibidas a los cristianos, no a otra parte iban los Pontífices a celebrar los divinos misterios y administrar los sacramentos.

TRÁNSITO DE SANTA PUDENCIANA. — MUERTE DE NOVATO

HABIENDO fallecido Santa Pudenciana, fue amortajada por Práxedes, la cual, después de embalsamar el cadáver de su hermana, túvolo oculto en el interior del oratorio durante veintiocho días, hasta que el 14 de las calendas de junio —19 de mayo—, aprovechando las sombras de la noche, fue trasladado al cementerio de Priscila, sito en la «Vía Salaria», y enterrado junto al de San Pudencio. Este cementerio cristiano, el más antiguo de cuantos existen, fue fundado por el cónsul Glabrión, martirizado en el año 91, cuando aún regía Domiciano los destinos del Imperio, merece especial mención por recordar la primera predicación de San Pedro en Roma. La ilustre familia Pudens tenía allí sepultura propia, y a ella eran llevados los cuerpos de los mártires, en carromatos de los que solían emplear los huertanos para abastecer la Ciudad Eterna, disimulando la preciosa carga con apariencias de un montón de provisiones.

Después de la muerte de su hermana, siguió Práxedes viviendo en el *título*, entre inequívocas demostraciones de afecto por parte de los cristianos todos. También el Pontífice Pío la visitaba frecuentemente, para consolarla y darle alientos. Entre los que con más asiduidad la trataban y se encomendaban a sus oraciones, estaba San Novato, hombre rico y bondadoso en extremo, y tan caritativo que gastó su hacienda toda en beneficio y provecho de los pobres de Cristo. El Martirologio, en el 20 de junio, le llama «hermano de Práxedes», pero conviene entender esta palabra en el sentido que entonces se le daba de «hermano en Cristo».

He aquí lo que escribe San Pastor: «Un año y veintiocho días después del tránsito de Pudenciana, notóse la ausencia de Novato en las asambleas de los fieles. El obispo Pío, cuya solicitud cobijaba sin excepción a todos los cristianos, se interesó vivamente por él. Todos nos afligimos mucho al enterarnos de que una enfermedad le retenía en cama, y por esa causa no había acudido a la reunión. La virgen Práxedes dijo entonces al Pontífice: «Si lo permitís, iremos a visitar al enfermo, quizá vuestras oraciones obtengan del Señor su curación». La asamblea acogió favorablemente esta iniciativa; y aprovechando la oscuridad de la noche, el santo obispo Pío, la virgen Práxedes y yo nos presentamos en casa de Novato. En cuanto nos vio agradeció de corazón al Señor la merced que le hacía con nuestra visita. Permanecimos en aquella morada los dos días siguientes. En este intervalo tuvo a bien legar al *título* y a la virgen Práxedes cuanto poseía. Cinco días más tarde volaba al señor».

Práxedes solicitó del santo Pontífice un segundo *título* o iglesia al lado de la antigua, en las termas de Novato, ya desiertas, que ocupaban una sala grande y espaciosa. Accedió San Pío y la dedicó a la bienaventurada virgen Pudenciana. Más tarde dedicó otra en el lugar que hoy ocupa la iglesia de Santa Práxedes, estableciendo además un bautisterio.

NUEVA PERSECUCIÓN. — MUERTE DE LA SANTA

Sucesor de Antonino Pío, fue en el año 161, Marco Aurelio, emperador filósofo, hombre de rígidos principos, que encuadraba en los que se ha dado en llamar «santo laico». Derramó este emperador tanta sangre cristiana, como Nerón y Domiciano juntos. Probablemente en su gobierno acabó su carrea mortal la virgen Práxedes; así parece indicarlo el Breviario romano, al hablar de la persecución del emperador Marco Antonino, es decir, Marco Aurelio, de la familia de los Antoninos.

Algún tiempo después, desencadenóse contra los cristianos una furiosa tempestad, y muchos de ellos conquistaron la palma del martirio. Prá-

xedes, dice el Breviario, se esforzó cuanto pudo en ayudar a los siervos de Dios «Socorríalos con sus bienes, prestábales toda clase de servicios, y los consolaba en sus aflicciones. Ocultaba a unos en su casa, exhortaba a otros a guardar inquebrantable la fe, velaba porque nada faltase a los presos y condenados a trabajos forzados», y cuidaba de enterrar los cuerpos de los héroes, que, resistiendo valientemente en los combates por Cristo, habían conquistado la inmarcesible corona de los mártires.

Mas habiendo llegado a conocimiento de Marco Aurelio que los cristianos celebraban reuniones en casa de Práxedes, envió allá soldados con órdenes terminantes de actuar severamente. Muchos de ellos, entre los que se contaba el sacerdote Semetrio, fueron llevados al suplicio sin formación de causa, y sin mediar el más breve interrogatorio. Práxedes recogió sus restos por la noche y los enterró en el cementerio de Priscila.

Pero ya se acercaba el día del propicio descanso para nuestra Santa, la cual, por ser a la sazón de edad muy avanzada, no tenía más ansias ni aspiraciones que gozar el eterno galardón «en la paz de Cristo».

«No pudiendo soportar el bárbaro espectáculo de la sangrienta persecución, rogó a Dios, si era su beneplácito, no le permitiese presenciar tal desolación. Oyóla el Señor y llevósela al cielo en recompensa de su piedad». Nada más nos dice el Breviario respecto de su muerte.

Así rezan sus *Actas:* «Práxedes, virgen consagrada, voló al Señor el 12 de las calendas de agosto. Yo, Pastor, sacerdote, enterré su cuerpo junto al de su padre, en el cementerio de Priscila, en la Vía Salaria».

CULTO TRIBUTADO A SU MEMORIA

PRÁXEDES, a quien cupo el honor de levantar un templo a Jesucristo y dar un asilo a su Iglesia, merecía ser honrada después de su muerte de un modo especial. Y así fue, pues dedicóse a su memoria, en la Ciudad Eterna, una basílica, que es uno de los títulos cardenalicios más antiguos. La iglesia actual, confiada a los Benedictinos de Vallumbrosa, consta de tres naves separadas por dieciséis columnas de granito; el altar mayor está decorado con precioso baldaquino, sostenido por cuatro columnas de pórfido. Antiquísimos mosaicos adornan las tribunas y el arco principal. En la primera tribuna puede admirarse un cuadro de la Santa, obra del pintor Dominico Muratori. Es aún más admirable la esbelta capillita, adornada con mosaicos de gran valor y antigüedad. Guárdase en ella, una columna que el cardenal Juan Colonna trajo de Jerusalén el año 1234, y que, según la tradición, es la de los Azotes de nuestro Divino Redentor. En el centro de la iglesia hay un pozo donde —según piadosamente se

cree— la virgen Práxedes iba recogiendo la sangre de los mártires. Muéstrase también una esponja que le servía para lavar los preciosos restos.

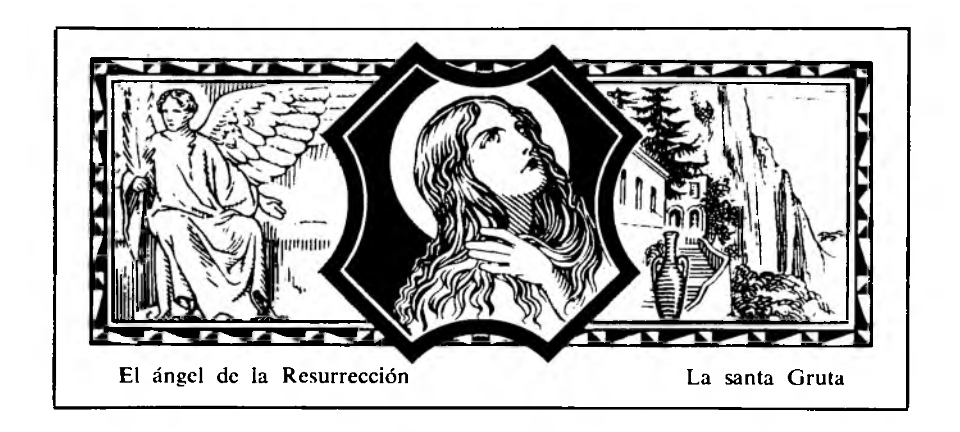
El cuerpo de Santa Práxedes, que Su Santidad Pascual I mandó sacar de las catacumbas en el siglo IX, descansa debajo del altar mayor. Ordenó además el mismo Papa que fueran trasladados a dicha iglesia los cuerpos de dos mil mártires, que, el día de la resurrección final, formarán gloriosa comitiva con la que en vida fue humilde sierva de los confesores de la fe.

Habiendo recibido San Carlos Borromeo el título cardenalicio de Santa Práxedes, enriqueció con numerosos beneficios a esta iglesia, tan cara para él por su antigüedad y por la multitud de reliquias en ella guardadas. No satisfecho con restaurarla y embellecerla, el santo cardenal construyóse en sus dependencias una habitación para cuando se viese obligado a permanecer en Roma. Una capilla, religiosamente conservada, perpetúa el recuerdo del gran arzobispo de Milán. En la puerta de bronce de la iglesia de Santa Pudenciana, hay un busto esculpido, considerado como uno de los primeros documentos de Santa Práxedes, que data del siglo V o VI, representa a nuestra Santa sosteniendo cual virgen prudente una lámpara encendida. En la misma iglesia de Santa Pudenciana encuéntrase un famoso mosaico del siglo IX, en el que Nuestro Señor aparece sentado en un trono al pie de la cruz y rodeado de los Apóstoles, detrás del grupo, dos matronas con sendas coronas. Los célebres arqueólogos Juan Bautista de Rossi y su discípulo Horacio Marucchi, reconocen en las dos mujeres, a Santa Práxedes y a su hermana Santa Pudenciana.

Así quiere la Santa Iglesia honrar a estas sus dos preclaras hijas que en tiempos de persecución supieron renunciar al propio bienestar para dedicar todos sus entusiasmos al ejercicio de la caridad. Hermanas en la sangre, en el amor y en la fe, habían de serlo igualmente en la gloria. Por eso su recuerdo las enlaza en la memoria de los fieles y las hace considerar como un ejemplo típico de unión y fraternidad cristianas.

SANTORAL

Santos *Daniel, profeta; Víctor, Alejandro y compañeros, mártires;* Arbogasto, obispo de Estrasburgo: Zótico, obispo, martirizado en Comana de Capadocia en tiempos del emperador Severo; Juan, compañero de San Simeón Estilita, monje; Víctor, Emiliano, Safo, Montano y otros, mártires en África; los tres santos mártires de Malacia; veinte otros mártires, compañeros de Santa Julia. Beatos Oddín Barotto, párroco de Josano (Italia); Juan Forestier, franciscano, mártir de Enrique VIII de Inglaterra; Benigno y caro, agustinos. Santas **Práxedes, virgen,** y *Julia, virgen y mártir* Beata *Angelina, fundadora* (véase el 14 de julio).



El ángel de la Resurrección — La santa Gruta

DÍA 22 DE JULIO

SANTA MARÍA MAGDALENA

PENITENTE (siglo I)

En los Santos Evangelios se nos habla de María la pecadora, de María hermana de Marta, y de María Magdalena. Orígenes, Teofilacto, Eutimio y otros comentaristas, creen que estos tres nombres corresponden a tres personas diferentes. San Agustín y otros identifican a la pecadora con María de Betania, hermana de Lázaro, a la que distinguen de María Magdalena. San Gregorio hace de las tres una sola persona. Este criterio es el que ha prevalecido en la Iglesia, la cual celebra la fiesta de la Santa en el día de hoy. Ello nos permite suponer que no hay razón alguna de peso, ni argumento decisivo contra la unidad de las tres Marías, razón por la cual, al igual de muchos autores y comentaristas, seguiremos esta tradición en el relato de la presente historia.

Nació María Magdalena en Betania, ciudad de Judea, en el seno de una familia rica, de la que el Santo Evangelio da a conocer a Lázaro, resucitado por Jesús a los cuatro días de haber fallecido, a Marta, la hermana mayor, que en la adolescencia recibió la administración de los bienes patrimoniales y, finalmente, a María, la menor, que vivía en su castillo de Magdala, de donde le sobreviene el sobrenombre de *Magdalena*.

Para mejor inteligencia del relato evangélico conviene no olvidar que

los romanos, al adueñarse de Judea, llevaron consigo los vicios todos del paganismo. Hasta qué límites influyeron éstos en las costumbres de Magdalena, lo ignoramos; pero nos consta positivamente por el texto sagrado que estuvo poseída de siete demonios, y el mismo Evangelio la designa con el nombre de «pública pecadora».

El Salvador había cumplido ya treinta años; la fama de sus milagros y de la santidad de su vida comenzaba a extenderse de una manera portentosa y de todas partes acudían muchedumbres a oírle. El estrépito de los placeres del mundo, no llegó a ser tan ensordecedor para María Magdalena que impidiera llegar a sus oídos las nuevas de la predicación del Divino Mesías, además, Lázaro y Marta, que ya eran discípulos muy adictos de Jesús, no cesaban de pedir a Dios para que convirtiera a su extraviada hermana. Pronto iban a ser aquellos deseos una dulce realidad.

Magdalena, atormentada más por los remordimientos de su conciencia que por los espíritus inmundos que la tiranizaban, acudió también al nuevo Profeta en busca de consuelo; y libertada por Él del yugo infernal, creyó en el Mesías. Desconocemos los pormenores de su conversión, pero sin reparo podemos creer que, al oír la dulce invitación de Jesús «No vine por los justos, sino por los pecadores», el alma tierna y delicada de María Magdalena sintió los atractivos irresistibles del amor de Cristo y se determinó a seguir al que en adelante debía ser su Maestro.

EN CASA DE SIMÓN

Un fariseo llamado Simón quiso celebrar un banquete, probablemente en Cafarnaúm, e invitó a Jesús para que le honrara con su presencia. Accedió amablemente el Salvador a aquella prueba de amistad y he aquí que entró inesperadamente en la sala del festín, una mujer que llevaba en las manos un vaso lleno de perfume delicioso. Era María Margdalena que, hollando el respeto humano, afrontaba varonilmente la indignación del rígido fariseo. Llegóse a Jesús, como hierro atraído por poderoso imán, postróse a sus pies, y comenzó a bañárselos simultáneamente con lágrimas de penitencia y perfumes de amor.

Muy a mal llevó Simón la —a su parecer— intempestiva visita de la «Pecadora» que, con su presencia manchaba el honor de aquella casa. «Ciertamente —pensaba entre sí—, si este hombre fuese profeta sabría quién es la mujer que le besa los pies». Leyó Cristo los pensamientos de de Simón, y volviéndose hacia él de dijo· «Simón, una cosa tengo que decirte—. Di, Maestro —respondió él—. Cierto acreedor tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo

ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más? —Maestro —respondió el fariseo—, me parece que aquel a quien se perdonó más—. Y díjole Jesús· —Has juzgado rectamente—. Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón —¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis pies, mas ésta los ha lavado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo Que le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho». Doctrina sublime de exaltación del amor.

No es para descrita la alegría que embargó el corazón de Magdalena al oír las absolutorias palabras del Redentor, pues que sólo la remisión de sus pecados buscaba en aquella visita. Resucitó su alma con resurrección más admirable que la que más tarde viera en la persona de su hermano Lázaro, y en su nueva vida —dice San Bernardo— la Penitente de Betania salvará más almas que perdiera la Pecadora de Magdala.

María Magdalena, una vez perdonada por Jesucristo, despojóse de sus galas y preseas de mujer mundana, y fuése de nuevo a vivir en compañía de sus hermanos Lázaro y Marta. Desde entonces, constituyeron los tres aquel hogar apacible y recogido al que, después, tantas veces se retiraría a descansar de las fatigas de su predicación el Salvador del mundo.

EL HUÉSPED DE BETANIA

JESUCRISTO vivía de los recursos con que le ayudaban María Magdalena y otras piadosas mujeres agrupadas en torno de la Virgen. En una de sus correrías, llegó el Salvador a Betania, cerca de Jerusalén. Allí estaba la casa de sus querísimos amigos Lázaro, Marta y María Magdalena, a ella se dirigió y fue, según costumbre, recibido con muestras de singular afecto. Andaba Marta muy ocupada y solícita en aderezar lo necesario para la comida; por el contrario, María estábase devotamente sentada a los pies del Maestro, saboreando con deleitable atención el néctar de la divina palabra. Atareada Marta por obsequiar al santo Huésped, iba y venía con mujeril inquietud, y llevando a mal que su hermana la dejara sola en sus faenas, paróse una vez de las que pasó junto a Jesús y le dijo como en son de reproche para María·

—Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude.

No creía, de seguro, que Jesús aprobase aquella aparente inactividad.

—Marta, Marta; tú te afanas y acongojas distraída en muchísimas cosas, y en verdad que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor suerte y jamás será privada de ella.

Lección divina en la que el Señor exalta la legitimidad y preeminencia de la vida contemplativa, tan discutida a veces por el humano criterio.

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Poco tiempo después traspasaba el dolor los umbrales de aquella casa: Lázaro se puso muy gravemente enfermo. En tal apuro, mandaron a Jesús un mensajero que le dijese: «Señor, el que amas está enfermo». Pero Jesús se contentó con responder· «Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, a fin de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado». Y como los recursos de la ciencia son ineficaces cuando Dios ha determinado que el hombre muera, de nada o poco menos le sirvieron a Lázaro los solícitos cuidados de sus hermanas; y así, murió cuando Cristo predicaba lejos de Betania. Dos días después de recibir el recado dijo el Señor a los Apóstoles. «Vamos otra vez a Judea, pues nuestro amigo Lázaro duerme».

Marta supo antes que nadie la llegada del Salvador, y saliendo a su encuentro, echóse a sus pies llorando y dijo: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano Lázaro no hubiera muerto. Pero sé que Dios te concede cuanto le pides». María, llamada por el Salvador, acudió al instante, y postrándose también como su hermana, exclamó: «Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano». Y no pudo proseguir hablando, porque el llanto anudaba su garganta. Enternecióse el misericordioso Corazón de Jesús al contemplar aquella escena hasta el punto de estremecerse y gemir. «¿Dónde le habéis puesto? —preguntó. —Ven, Señor —le dijeron—, y lo verás». Y entonces, también lloró el Hijo de Dios.

Con aquellas lágrimas nos enseña Jesús a llorar con los que lloran —dice San Ambrosio—; pero de modo especial significa aquel llanto la intensa pena que le produce la muerte espiritual de los pecadores, muerte en cuya comparación la corporal no pasa de mera figura. Algunos judíos, testigos de aquella escena, decían por lo bajo «¡Cuánto le amaba!» Otros murmuraban diciendo: «Ese hombre que ha curado tantos ciegos, ¿no podía haber impedido la muerte de su amigo?» Llegaron al sepulcro, y en medio de imponente silencio mandó Jesús retirar la piedra que cubría el cubículo, el cadáver había empezado a descomponerse. Ante la expectación de los presentes que preveían un grande acontecimiento, Jesucristo levantó los ojos al cielo y exclamó: «Padre, gracias te doy



MARTA, *Marta; tú te afanas y acongojas distraída en multitud de menesteres; y a la verdad que sólo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor suerte y ya nunca se verá privada de ella». Con estas palabras ensalza Nuestro Señor a quienes, olvidados del mundo, hunden sus inquietudes en la contemplación de Dios.*

porque oíste mi ruego». Mirando luego al difunto gritó «Lázaro, sal afuera». Y Lázaro se levantó con vida y salió del sepulcro. El portentoso milagro fue para Marta y María Magdalena recompensa de su fe, y para Cristo pretexto de su sentencia de muerte.

SEGUNDA UNCIÓN EN BETANIA

EL triunfo del Redentor en Jerusalén el domingo de Ramos, de tal manera exasperó a los fariseos que los indujo a planear definitivamente la muerte del Hijo de Dios. Jesús se hospedaba en casa de sus amigos predilectos. Estaban reunidos a la mesa con Él, Lázaro, Marta y María Magdalena, la Madre del Salvador, los Apóstoles y algunos de los discípulos más adictos. Lázaro estaba sentado frente al Señor, Marta servía como de costumbre, y María Magdalena otra vez había escogido la mejor suerte; porque habiendo abandonado momentáneamente la sala del festín, volvió luego con un vaso de alabastro que contenía delicado perfume y lo derramó sobre los benditos pies y sobre la sagrada cabeza del Maestro.

También esta vez fue mal interpretada aquella acción; Judas, inspirado por su avaricia, murmuró indignado: «¿A qué esta excesiva prodigalidad? Mejor hubiera hecho en venderlo por trescientos denarios y repartirlos entre los pobres». Asimismo, otros Apóstoles llevaron a mal el pretendido despilfarro. Pero también Cristo sale en defensa de Magdalena, que ha obrado guiada única y exclusivamente por amor: «¿Por qué amonestáis a esta mujer? —pregunta—; lo que conmigo ha hecho, bien hecho está, pues vosotros siempre tendréis pobres a vuestro lado, pero a mí no siempre me tendréis. Derramando sobre mi cuerpo ese nardo se ha adelantado a ungir mi cuerpo para el día de la sepultura. Por todo ello os declaro en verdad que dondequiera que se predicare este Evangelio, y lo será por todo el mundo, se referirá en honra suya lo que acaba de hacer.

MAGDALENA EN LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DE JESÚS

PERO donde el amor de Magdalena hacia Jesús se manifestó más intensamente si cabe fue en la Pasión. En efecto; preso el Redentor, sus Apóstoles le abandonan; uno de ellos, Pedro, se turba ante una criada y le niega tres veces. María Magdalena, en cambio, a pesar de la debilidad propia de su sexo, de las amenazas, burlas e injurias del populacho, sigue varonilmente al que los judíos maldicen, y le acompaña hasta el Calvario,

sin separarse un momento de su atribulada Madre. Y cuando Cristo, levantado en alto y sin más sostén que los terribles clavos, sufría las imprecaciones e insultos de sus enemigos, la antigua Pecadora, de pie cabe la Cruz, lloraba en silencio. Y aun después; no se apartará del que ama, hasta que ya difunto, sea enterrado por José de Arimatea y Nicodemo.

Llegó el domingo. A primera hora de la mañana iban al sepulcro María Magdalena y sus compañeras con la esperanza de poder embalsamar el cuerpo de Cristo; pero cuando llegaron al término de su piadosa peregrinación, encontráronse con que Jesús había resucitado. Junto a la piedra levantada del sepulcro, vieron a un hermoso mancebo, un ángel, que les anunció que ya no estaba allí Aquel a quien buscaban. «Y ahora —añadió el ángel— id sin deteneros a decir a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que irá delante de vosotras a Galilea: allí le veréis. Ya os lo prevengo de antemano». Ellas fueron corriendo a dar a los Apóstoles la nueva de lo que ocurría; Pedro y Juan acudieron presurosos y quedaron también sorprendidos, pues no habían penetrado el sentido de las proféticas palabras del Maestro: «Resucitaré al tercer día».

Sin embargo, María Magdalena volvió sola cerca del sepulcro vacío y comenzó a vagar por el huerto donde aquél estaba, animada por el deseo de hallar el cuerpo del Salvador, o alguien, al menos, que le diera noticias del sitio adonde había sido trasladado. De repente vió dos jóvenes vestidos de blanco que le preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras? —Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto» —respondió ella. Giróse luego, como para indagar, y topó su vista con la de Jesús, mas no le reconoció, sino que tomándole por el hortelano le dijo: «Señor, si vos lo habéis tomado, decidme dónde está, e iré por él». Miróla un instante Jesús y exclamó: «¡María!». Ella, reconociendo la voz del Maestro, postróse para besar sus pies, gritando: «¡Rabbi, Maestro! —No me toques —replicó Jesús—, no he subido todavía a mi Padre; pero ve a los míos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios». La feliz mensajera corrió a llevar el divino recado.

MAGDALENA EN LA SANTA GRUTA. — SU MUERTE

EXACTÍSIMA fue Magdalena en cumplir el encargo de Cristo, pero en la dureza de su corazón, ni Apóstoles ni discípulos —recordemos a los dos de Emaús— creyeron del todo sus noticias.

Los Evangelios no vuelven a mencionar a María Magdalena, pero podemos creer que no se quedaría al margen de los trabajos de la naciente Iglesia, sino que estaría en el Cenáculo con los Apóstoles perseverando

en la oración, y dilatando a par de ellos su amor con las comunicaciones del Espíritu Santo.

Posteriormente, según autorizada leyenda que reverentes aceptamos, los judíos prendieron a la Santa y a otros veintitrés discípulos del Señor y hacinándolos en mísera embarcación sin velas, remos ni timón, los abandonaron a merced de las olas. Quiso la Providencia que sanos y salvos arribaran a las costas de Provenza, con gran asombro de los del país, que no cesaban de mirar y admirar a aquel grupo de extranjeros llegados allí como por milagro y que alegremente cantaban las alabanzas del Señor.

En el lugar donde tuvo fin la estupenda y portentosa travesía, existe un santuario conocido con el nombre de las Santas Marías del Mar.

Los ilustres desterrados dispersáronse por el país con el propósito de sembrar la doctrina de la religión cristiana. Lázaro fue a Marsella; Maximino escogió la ciudad de Aix, Marta se dirigió a Aviñón y Tarascón; María Magdalena se despidió de Marta y ayudó a Lázaro, aunque por poco tiempo, pues abandonó Marsella, determinada a vivir solitaria.

Acompañada de ángeles o, según piadosa leyenda, llevada por ellos, se retiró a la Sainte-Baume —la Santa Gruta— enclavada entre Tolón, Aix y Marsella, donde se encerró para honrar con treinta años de heroica penitencia, los treinta años de silencio de Jesús en la tierra. Allí comenzó y acabó la antigua pecadora aquella vida más angélica que humana, incomprensible a cuantos arrastran existencia carnal. Arrodillada en la gruta, con los brazos en alto y los ojos clavados en el cielo, pasaba los días y las noches, los meses y los años en la contemplación de Cristo, sentado a la diestra del Padre. En esa postura —dice la leyenda— comulgó de manos de San Maximino, el día de su bienaventurado tránsito de este mundo.

LAS RELIQUIAS

Los despojos mortales de la Santa fueron encerrados en un mausoleo. En el siglo VIII, y por temor a los sarracenos, se llevaron a un lugar oculto para evitar posibles profanaciones. Con esta providencia púsoselos a salvo, mas perdióse así su memoria, hasta que Carlos II, rey de Sicilia y conde de Provenza, sobrino de San Luis, dio con ellos en 1272.

Por esta misma época, confióse la custodia de los lugares santificados por la penitencia a los religiosos de Santo Domingo, éstos construyeron una hermosa iglesia en el lugar denominado «San Maximino».

Vezelay, emplazado en los confines de Nivernais y Borgoña, disputa a San Maximino el honor de poseer el rico tesoro de las reliquias de la Santa, consistentes tan sólo en la venerada cabeza.

Por espacio de varios siglos se ha venerado en la iglesia de la Magdalena un cuerpo tenido por el de nuestra Santa. Allí acudieron ingentes muchedumbres de devotas peregrinaciones, allí predicó también San Bernardo la Cruzada en 1146 ante Luis VII y los grandes del reino.

En 1267 reconociéronse las reliquias en presencia de San Luis, ceremonia que tuvo como efecto el dar nuevo impulso a las peregrinaciones.

La urna de Santa María Magdalena desapareció en el siglo XVI durante las guerras de religión causantes de tantos estragos y destrozos.

ÓRDENES RELIGIOSAS. — CULTO POPULAR

Santa María Magdalena ha sido honrada en todos los tiempos con culto especial por mujeres que, sin haberla imitado siempre en la vida desordenada, quieren seguir su ejemplo en la austera penitencia.

Varias Órdenes o monasterios llevan su nombre; en Alemania existen las Religiosas Penitentes de la Magdalena, que datan del siglo XI, Metz las tenía en el siglo XV. En el siglo XVII se fundaron en París las «Magdalenas»; en esa corporación ingresaban las mujeres que luego de abandonar los vicios en que vivían, abrazaban la vida de perfección. Dirigiéronlas en un principio las religiosas de la Visitación, luego encargáronse de ellas las Ursulinas, hasta que más tarde lo hicieron las monjas de San Miguel.

Con ciertas reservas, desde luego, se admiten, aún hoy día, en algunas Hermandades religiosas, las «Magdalenas arrepentidas», ganosas de expiar, apartadas del mundo, los desórdenes de su vida pasada.

La iconografía de Santa María Magdalena es muy rica, comúnmente se la representa con un vaso en la mano, otras veces arrodillada teniendo cabe sí una calavera, no es raro verla comulgando milagrosamente o transportada al cielo por los ángeles. Además figura en la mayoría de los *descendimientos de la cruz* que nos han dejado pintores y escultores.

La tienen por Patrona los perfumistas, guanteros y hortelanos.

SANTORAL

Santos *Vandregisilo y Meneleo, abades; Platón, mártir;* Cirilo, obispo de Antioquía, y Jerónimo, de Pavía; José de Palestina, confesor; Teófilo, pretor de la isla de Chipre, martirizado por los mahometanos; Acto, abad de Oña; Hilario, Pancracio y Justo, obispos de Besanzón; Salviano, célebre escritor eclesiástico; Valfrido, solitario; Gualtero, confesor. Santas **María Magdalena, penitente**, y Levina, virgen y mártir en Inglaterra.



Instrumentos del cruel martirio — Basílica del Santo en Ravena

DÍA 23 DE JULIO

SAN APOLINAR DE RAVENA

OBISPO Y MÁRTIR († 78)

Dábase antiguamente el nombre de «pasión» a los documentos hagiográficos que relataban el martirio de los santos. Poseemos variadas y antiquísimas «pasiones», pero algunas carecen de autoridad informativa por habérseles añadido tradiciones y leyendas populares, recogidas sin gran escrupulosidad y a expensas de la historia.

De la «pasión» de San Apolinar, entresacamos el presente relato, cuyo fondo es rigurosamente verídico y está científicamente demostrado; a saber que San Apolinar fundó la Iglesia de Ravena por encargo del mismo San Pedro; que obró portentosos milagros y que alcanzó la palma del martirio imperando Vespasiano. De ello da fe el doctor de la Iglesia San Pedro Crisólogo, sucesor de nuestro Santo en la sede episcopal ravenense desde 432 a 452 y celoso guardián de su memoria entre los fieles.

Los diálogos que reproducimos han de considerarse como mera expresión literaria, detrás de la cual se esconde la realidad de una vida muy semejante en su santidad a la de todos aquellos primeros apóstoles que formaron el núcleo inicial de la Santa Madre Iglesia. Una vida plenamente saturada de Dios y digna de ser coronada con las glorias del martirio.

OBISPO EN RAVENA

FIEL y fervoroso cumplidor del precepto de Jesucristo «Id y enseñad a todas las gentes», San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, envió por todo el orbe celosos operarios a trabajar en la viña del Señor. Entre los primeros y más ilustres cuéntase a San Apolinar, infatigable cooperador del Santo Apóstol desde su traslado de la Sede de Antioquía a Roma.

Llegado a las cercanías de Ravena hacia el año 50, presentóse en casa de un soldado pidiendo hospedaje. Ireneo —que así se llamaba éste— le recibió con cariñosas muestras de afecto, mereciendo que Apolinar le contara llanamente las incidencias del viaje y le diera a conocer los proyectos que se proponía realizar en aquella población. Observando en el militar creciente interés por cuanto oía, invitóle a desechar el falso culto de los dioses y abrazar la religión cristiana, cuya doctrina le expuso.

Replicóle Ireneo: «Si el Dios que me predicas, ¡oh extranjero!, es tan poderoso como dices, suplícale que devuelva la vista a mi hijo y creeré todas esas doctrinas que tan ardorosamente proclamas».

Trajeron al ciego, y hecha sobre sus ojos la señal de la cruz recobró la vista, con gran admiración y asombro de los muchos curiosos que allí se habían congregado para contemplar de cerca al extraño forastero. Este inesperado prodigio influyó favorablemente en el ánimo de los circunstantes, los cuales se prestaron a escuchar las admirables enseñanzas del Santo.

ANTE EL GOBERNADOR

HALLÁBASE Ireneo, al día siguiente, en casa de un tribuno militar, amigo suyo, y cuya mujer, por nombre Tecla, padecía una enfermedad que los médicos reputaban incurable. Después de oír las angustiosas palabras del tribuno, dijo Ireneo: «Oye, tribuno; hospedo en mi casa a un forastero que ha curado la ceguera de mi hijo sin auxilio de medicamentos, y que puede devolver la salud a tu esposa».

Llamado Apolinar curó de cuerpo y alma a la enferma en virtud de lo cual, convirtiéronse a la fe de Cristo el tribuno con toda su familia y numerosos amigos. Desde entonces vivió el Santo en aquella casa, convertida en centro de su actividad apostólica donde secretamente se reunían cuantos deseaban oír al predicador del Evangelio. No faltó quien incluso le confiara la educación cristiana de sus hijos. De este modo se formaba en Ravena una cristiandad floreciente atendida por dos sacerdotes, Aderito y Calócero, y dos diáconos que el Santo ordenó, Marciano y Leucedio.

Los cuatro vivían en común bajo la inmediata dirección de Apolinar.

Pronto la fama de éste se esparció por toda la población, y los paganos, temerosos de que el culto de los dioses se extinguiera, prendieron al Santo obispo para llevarlo a presencia del gobernador Saturnino. Éste, influído ya por las acusaciones de los idólatras, condújole al Capitolio de Ravena para interrogarle en presencia de los sacerdotes de los ídolos.

—¿Qué intentas hacer entre nosotros? —preguntó el gobernador.

—Predicar la fe de Cristo —contestó el Santo con decisión.

—¿Y quién es ese Cristo al que quieres predicar?

—Es el Hijo de Dios, el que ha dado vida a cuantos seres existen.

—Según eso, has sido enviado para destruir el culto de nuestros dioses, ¿verdad? ¿Desconoces quizá el nombre del gran Júpiter que mora en el Capitolio y a quien debes invocar con temor?

—Ignoro en absoluto quién sea ese Júpiter de que me hablas.

—Que se venga con nosotros —dijeron los pontífices al juez— y podrá contemplar la magnificencia del templo y la hermosa estatua de nuestro dios poderoso y temible. Que venga, pues quiere conocerlo.

Accedió el juez, y acompañaron a Apolinar al templo. Al ver la espléndida construcción, sonrió y dijo a los presentes en tono compasivo.

—¿De esta magnificencia y de estos adornos os enorgullecéis? Más os valdría vender todo eso y repartir su precio entre los pobres en vez de dedicar tan cuantiosas riquezas al culto de los demonios.

Los idólatras, ciegos de furor, amotinaron al populacho contra el Santo sacaron a éste violentamente de la población y lleváronle a rastras hasta la orilla del mar. Allí, tras un brutal apaleamiento, le dejaron abandonado y medio muerto. Sus discípulos le recogieron al amparo de la noche y lleváronle a casa de una piadosa viuda. Los solícitos cuidados de ésta le devolvieron poco a poco la salud. En cuanto se halló totalmente restablecido dirigióse a Chiusi (Toscana), instado por un tal Bonifacio, a cuya hija posesa curó milagrosamente. De allí fue a Emilia para volver luego a Ravena.

EL EX CÓNSUL RUFO

Vivía a la sazón en Ravena el ex cónsul Rufo. Habíale concedido el cielo, en el ocaso de su vida, una hija en quien cifraba todas sus esperanzas, y a la que amaba entrañablemente, pero una maligna y gravísima enfermedad pugnaba por arrebatársela.

Amargado por el dolor, envió al siervo de Dios un mensajero para que expusiera su triste situación, estaba convencido que sólo el Santo podía

remediarla. Acudió Apolinar, mas llegó a casa del noble patricio cuando la doliente fallecía. El angustiado padre exclamó inconsolable:

¡Ojalá no te hubieras llegado a mi casa, Apolinar, pues Júpiter no hubiera vengado el desprecio que le hice al confiar en la virtud de tu Dios!

Y luego, descorazonado por el dolor de aquella irreparable pérdida, añadió: —¿Qué puedes hacer ya por ella?

—Ten confianza, Rufo —respondió el Santo—. Promete dejar a tu hija en absoluta libertad de seguir a Jesucristo y Él hará lo que conviene.

—Mi hija ha muerto —suspiró el ex cónsul—, pero si por un imposible volviere a la vida, no sería yo quien me opusiera a sus deseos. Aunque hubiese de abandonar mi casa por seguir los consejos y los ejemplos de su libertador, accedería de todo corazón a ello.

Triste y desoladora era la escena de dolor que aquel hogar presentaba. El más profundo silencio, sólo interrumpido por los sollozos, reinaba en torno de la difunta. Acercóse el santo obispo al lecho y elevó a Dios esta plegaria: «Señor, Tú que concediste a Pedro el don de milagros, da a su discípulo el de resucitar a esta tu criatura, pues te confieso por único Dios». Y tomando de la mano el cadáver de la joven, le dijo:

—En nombre de Cristo, levántate y confiesa que no hay más Dios verdadero que el de los cristianos en cuya virtud vuelves a la vida.

Levantóse la doncella, y con voz segura exclamó:

—Confieso no haber más divinidad que la que predica este hombre.

Los presentes quedaron estupefactos, mas luego, llenos de alegría, convirtiéronse a la fe; y con ellos, hasta trescientos. El Santo, después de catequizarlos, administró a todos el bautismo comenzando por Rufo y su hija.

ANTE EL VICARIO IMPERIAL

RUFO amaba a su bienhechor y le seguía, aunque en secreto, por temor al César, su hija habíase consagrado al Señor con el voto de castidad. El rápido desenvolvimiento del cristianismo en Ravena alarmó nuevamente a los paganos, sobre todo a los sacerdotes de los ídolos, cuya influencia había disminuído desde la llegada de Apolinar. Elevaron sus quejas al emperador Vespasiano, y éste, por complacerlos, ordenó a su vicario de Ravena que públicamente interrogara al extranjero para averiguar la verdad de la acusación. Hízolo así Mesalino y entablóse el siguiente diálogo:

—¿Cómo te llamas— —preguntóle el delegado imperial.

—Apolinar —respondió el santo obispo.

—¿De dónde vienes?

—De Antioquía.



HABÍA *fallecido la hija del ex cónsul Rufo. San Apolinar, acercóse al lecho, tomando una mano del cadáver, dijo: —En nombre de Cristo, levántate y confiesa que no hay más Dios que el de los cristianos. La difunta tornó a la vida y confesó ser Cristo verdadero Dios.*

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy cristiano, y como tal, discípulo de los Apóstoles de Cristo.

—¿Y quién es ese Cristo de quien tantas veces oigo hablar?

—El Hijo de Dios vivo, criador del cielo y de la tierra, del mar y de cuanto ellos contienen, y sustentador de todo el universo.

—¿Será tal vez aquel Jesús que los judíos crucificaron por llamarse Hijo de Dios? Si tal es, no entiendo yo cómo podía ser Dios dejándose insultar impunemente y crucificar con ignominia. Comprende que estás en grave error. Abandona, pues, esa religión, ludibrio de la humanidad, y no incurras en la locura de tener por Dios a quien muere en patíbulo infame.

—Pues mira, Mesalino, ese Cristo era Dios, lo sigue siendo y lo será siempre. Nació de una virgen, sufrió y murió por redimir al hombre de la esclavitud del demonio y de los males del pecado.

—Sí, ya nos han contado todo eso que dices, mas en modo alguno podemos admitir tal absurdo que choca con la más elemental razón.

—Atiende, Mesalino, sin prevención e imparcialmente: Ese Dios, encarnado en el seno de una virgen, obró un sin fin de milagros mientras vivió y, si bien es verdad que padeció afrentosa muerte en cruz, a manos de los judíos, únicamente padeció y murió su humanidad, no su divinidad; y al tercer día resucitó glorioso y subió a los cielos algún tiempo después por su propia virtud. Concedió a sus discípulos la potestad de ahuyentar a los demonios, curar a los enfermos y resucitar a los muertos.

—En vano tratas de persuadirme, no puedo reconocer por Dios a quien el Senado romano desecha. Cesa tu insensato discurso y sacrifica al inmortal Júpiter. Mira que si no atiendes a lo que buenamente se te aconseja, las torturas y el destierro habrán de persuadirte a que lo hagas.

—Haz de mí lo que te plazca, puesto que sólo a Cristo mi Señor ofreceré incienso en alabanza y olor de suavidad.

—Este hombre usurpa el título de pontífice que únicamente nosotros podemos tener —gritaron los sacerdotes paganos—, y además pretende seducir y engañar al pueblo. Ese crimen ha de ser castigado.

Mandó Mesalino llamar a los verdugos, y les dio orden de flagelar despiadadamente al santo obispo. Y como el mártir, firme en la fe, no cesaba de confesar a Cristo, quiso vencer su constancia a fuerza de suplicios; a la cruel flagelación siguió el tormento del potro; y luego la inmersión en aceite hirviendo. Por fin, desterróle a Iliria cargado de cadenas.

—¡Mesalino! —exclamó el Santo mártir—, ¿por qué no reconoces a Cristo y así te evitarías los tormentos eternos de la vida futura?

Mucho ofendió al vicario imperial tanto atrevimiento y juzgó del caso castigar ejemplarmente tal audacia, ordenó pues, que golpearan al santo mártir en la boca con piedras afiladas. Los cristianos testigos de tan in-

humano proceder, tomaron la justicia por su mano y arremetieron con fuerza contra los paganos, haciéndolos huir a la desbandada.

Este desagradable incidente no hizo más que reavivar la ira de los gentiles. Apoderáronse de Apolinar y lo arrojaron en un profundo y oscuro calabozo, para dejarlo morir de hambre, pero Dios quiso demostrar la santidad de su siervo, y dispuso que a la primera noche un ángel le sirviera de comer a vista de los estupefactos carceleros, que, pasmados, no podían creer lo que sus ojos veían ni se atrevían a contárselo al juez.

Cuatro días pasó en aquella mazmorra sufriendo toda clase de privaciones y atropellos antes de ser embarcado con rumbo a su destierro de Iliria.

CORRERÍAS APOSTÓLICAS.—SEGUNDO INTERROGATORIO

Ya en alta mar sobrevino una gran tormenta que hizo zozobrar la embarcación, la cual arrastró en su rápido hundimiento a la mayoría de los tripulantes. Apolinar, sostenido por «el que manda el mar y los vientos», ganó la orilla oriental del Adriático con dos o tres soldados. Éstos, convertidos a la fe cristiana por el santo naúfrago, fueron luego sus valiosos auxiliares en la evangelización de la comarca que tan extrañamente les había deparado la Providencia. El demonio, que vio tambalearse su poder donde hasta entonces había tenido tranquilo dominio, trató de malograr el apostolado de Apolinar endureciendo el corazón y torciendo la voluntad de los naturales. Pero burló Dios los propósitos del infernal enemigo; nuestro Santo curó de la lepra al hijo de un noble de Mesia, y la vista de este prodigio determinó a muchos de aquellos bárbaros a abrazar la fe cristiana que tan grande poder daba a sus santos.

No se detuvo Apolinar allí, a pesar de la hermosa perspectiva que a la religión se prometía en aquella tierra, sino que bordeó el Danubio y descendió a Tracia, convirtiendo, de paso, gran número de idólatras. Como prolongara mucho su estancia en una ciudad de esta provincia, el ídolo enmudeció. En vano indagaron las causas del extraño silencio, hasta que, a una consulta de los paganos, contestó el demonio por boca de la estatua, que no volvería a hablar ni apaciguaría su cólera en tanto que un tal Apolinar predicador del cristianismo estuviera en la comarca.

Buscaron a toda prisa al forastero, y cuando le hubieron ya en sus manos maltratáronle con cruel ensañamiento. Luego, puesto en un barco que se hacía a la mar, le expulsaron con sus compañeros a Italia.

Tres años habían transcurrido desde que Apolinar saliera de Ravena. Su vuelta fue acogida por los cristianos con singulares muestras de afecto.

Por su parte los paganos, que más aún que antes le consideraban como irreconciliable enemigo, no cejaron en su empeño de excitar al populacho en contra del Santo, a quien por fin apresaron, maniataron y arrastraron al templo de Apolo. Pero la estatua se vino estrepitosamente al suelo, tan pronto como el mártir puso pie en los umbrales.

Fue puesto entonces a disposición del pretor Tauro, a cuyo hijo curó de completa ceguera, invocando el nombre de Cristo. Agradecido el pretor, y para sustraerle a las iras de los gentiles, simuló su detencion y arrestóle en una «quinta», donde el Santo pasó cuatro años de apostolado intenso fortaleciendo la fe de los muchos convertidos, ganando nuevos adeptos a la causa de Dios y curando milagrosamente toda clase de enfermedades.

INTENTO DE EVASIÓN.—MUERTE DEL SANTO

Los sacerdotes de los ídolos descubrieron las intenciones que abrigaba Tauro al retener en su finca al obispo, razón por la cual acudieron nuevamente a Vespasiano, asegurándole que peligraban los intereses del imperio si no cesaban las activas propagandas que el cristianismo venía realizando en perjuicio de la religión de los romanos.

Ante denuncia tan grave, dio el emperador orden al patricio Demóstenes para que juzgara al supuesto criminal sin pérdida de tiempo.

En cuanto estuvo el reo ante el tribunal, preguntóle Demóstenes:

—Viejo seductor, ¿cuál es tu linaje?

—Soy cristiano y tengo a mucha gloria y satisfacción el serlo.

—¡Insensato! Ha sonado ya la hora de acabar con tus locuras y calmar la cólera de los dioses justamente irritados contra ti. Te invito, pues, a rendirles adoración y a dejar tus ridículas innovaciones.

—Lejos de mí semejante villanía. Moriré fiel a mi Dios y gustoso ofreceré mi vida en holocausto por mis hijos espirituales. Y ¡ay de vosotros, Demóstenes, y demás paganos, que rehusáis adorar a Cristo! Las llamas eternas del infierno serán el galardón que premie el culto que dais a los demonios personificados en vuestras estatuas.

Exasperó al juez confesión tan valiente. Confió la custodia del reo a un centurión, mientras él ideaba nuevos géneros de tormentos que acabaran con la vida del santo mártir. Pero el centurión, que era cristiano, aunque no manifiestamente, pensando prestar un servicio a la fe que profesaba, propuso al detenido un plan de evasión. Aceptó Apolinar, con la mira puesta únicamente en la extensión de la fe, y realizóse la aventura a medianoche. Pero otros eran los designios de la divina Providencia, que quería recompensar los trabajos de su siervo; estando ya fuera de la

población, reconociéronle unos espías paganos que andaban en su busca, y le prendieron y apalearon tan bárbaramente que le dejaron por muerto.

Recogido por sus discípulos, fue llevado a casa de un leproso, donde vivió aún siete días. Allí predijo a los cristianos grandes persecuciones contra la Iglesia, las cuales serían seguidas de la más completa calma.

Murió el atleta de Cristo el 27 de julio del año 78, y su cadáver fue enterrado en Classe —hoy día Classe Fuori—, arrabal de Ravena. Junto a su sepultura se reunían los habitantes de la ciudad en circunstancias en que se había de prestar solemne juramento, y al efecto extendían las manos sobre la tumba que guarda las reliquias de su glorioso apóstol.

RELIQUIAS DE SAN APOLINAR

CONÓCESE desde muy antiguo la historia de estas reliquias. Por testimonios fidedignos sabemos que ya en el siglo VI había en Classe una iglesia dedicada al Santo, debida a la munificencia de un devoto llamado Juliano y consagrada en 549 por el obispo Maximiliano.

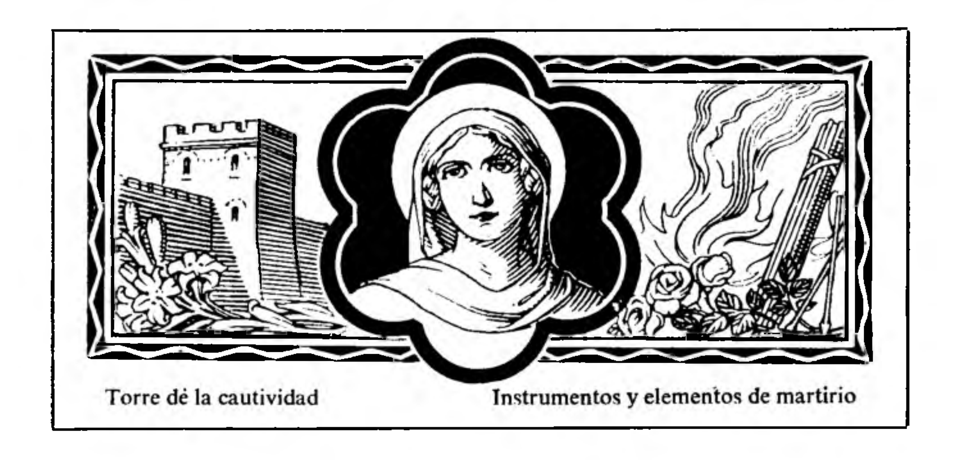
Un siglo después, otro obispo por nombre Mauro (642-671), colocó las reliquias en medio de la iglesia y grabó su historia en láminas de plata.

Reconociéronse los sagrados restos en 1173, en el pontificado de Alejandro III; y en 1511, en el de Julio II, al ser restaurada la tumba.

Cuando en el siglo XVI los religiosos de San Apolinar de Classe se trasladaron al convento de San Romualdo de Ravena, llevaron secretamente las reliquias de su ilustre Patrón y las depositaron en su iglesia. El cabildo de la catedral las reclamó alegando que los restos de su primer obispo pertenecían de derecho a la iglesia metropolitana por él mismo fundada. Llevado el pleito a Roma, ganólo el cabildo; y en 1654, por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, fueron transportadas las reliquias definitivamente a la antigua basílica y depositados en la cripta, debajo del altar mayor.

SANTORAL

Santos **Apolinar, obispo y mártir;** *Liborio, obispo de Mans,* y Donato, de Besanzón; *Bernardo y dos hermanas suyas, mártires; Teótimo y Teófilo, mártires;* Raveno, presbítero, y Rasifo, hermanos, mártires; Apolonio y Eugenio, mártires en Roma. Beatos Felipe, obispo de Badajoz, carmelita; Juan Casiano, abad de San Víctor de Marsella. Santas *María y Gracia, mártires en Valencia, con su hermano Bernardo;* Primitiva, virgen, mártir en Roma; Ana, Rómula, Redenta y Erundina, vírgenes. Beata Juana de Orvieto, de la Orden Tercera de Santo Domingo, virgen.



Torre de la cautividad — Instrumentos y elementos de martirio

DÍA 24 DE JULIO

SANTA CRISTINA

VIRGEN Y MÁRTIR EN ITALIA († hacia el año 300)

ESTA virgen mártir recibió los honores del culto casi inmediatamente después de su muerte. Las *Actas* del martirio, sólo en parte son consideradas como auténticas por algunos hagiógrafos. Brilla en ellas singularmente lo sobrenatural. ¿Quién no admirará la intrépida fe de esta doncella, fiel a Jesucristo a pesar del furor de su padre pagano y verdugo, de las lágrimas de su madre y de los horrorosos suplicios a que fue sometida? Razón tuvo el gran padre de la Iglesia, San Ambrosio, en llamar a esta esposa amada del Salvador, «campo hermoso, tierra amena, heredad del Señor fecunda en santidad y virtud». La incomparable virgen es testimonio prodigioso de la gracia del Señor, y prueba elocuente de su inmensa bondad y poder. La niña Cristina será siempre gloria inmortal del cristianismo y ornamento eterno de la Iglesia Católica. Esta alma solidísima en carne flaca, este espíritu agigantado en un cuerpecito débil, este corazón intrépido frente al poder del mundo, será siempre el honor de las mujeres por su modestia, el modelo de las vírgenes por su pureza, la emulación de los mártires por su constancia y una exaltación de la gracia por su ternura. Un milagro de la virtud llevado a lo más alto de su eficacia.

LA JOVEN RECLUSA

No se sabe a punto fijo dónde nació Cristina. Algunos historiadores afirman que era romana. Según las *Actas,* sufrió el martirio en la villa de Tiro, situada en una isla del lago de Bolsena, en Toscana. Su familia profesaba el paganismo y su padre Urbano era gobernador de la villa de Tiro. La joven Cristina había recibido del cielo, a la par que una gran hermosura corporal, las más bellas cualidades morales y grandes bienes de fortuna; en una palabra, todo cuanto puede contribuir a hacer humanamente feliz a una persona.

Sin embargo, Dios le había otorgado un don mucho más valioso aún, el don inestimable de la fe. La que parecía destinada por su nacimiento a permanecer en las tinieblas del error, halló la verdad y la abrazó con sinceridad y valor, no obstante la perspectiva de los peligros y tormentos, y consagró a Jesucristo todo su amor, decidida a serle fiel hasta la muerte.

Su familia ignoraba este cambio. Urbano, que estaba orgulloso de su amada hija, quiso ocultarla a los ojos del mundo y aun probablemente, sustraerla al proselitismo de los discípulos de Cristo, a quien odiaba, e hizo construir una especie de torre que adornó con profusión de dioses de oro y plata. Allí encerró a Cristina con algunas sirvientas, dándoles orden expresa de ofrecer incienso y sacrificios a los ídolos. Nuestra joven tenía entonces once años. Todas estas precauciones hubieran sido completamente ineficaces para hacer a Cristina virtuosa, si fuera pagana, pues el culto de los demonios no ayuda a la santificación; más Cristina era ya cristiana y tenía en Jesús la fuente de sus virtudes; por eso no temía aquella peligrosa soledad y hasta encontraba en ella un medio de unirse más a Dios.

La piadosa doncella elevaba sus pensamientos y sus miradas al cielo, para conversar en silencio con el celestial Rey de su alma, y para pedirle luz, fuerza y perseverancia. De este modo preparaba su corazón y su cuerpo para la lucha más dura y sangrienta que cabe en la imaginación y en la idea, pues el mismo que le dio la vida, había de ser el tirano cruel y desnaturalizado que por odio a la religión se hartara de su sangre inocente.

Siete días habían transcurrido ya desde su encierro y las estatuas de las divinidades paganas no habían recibido aún ningún honor. Las sirvientas comenzaron a inquietarse. Dijeron, pues, a su ama:

—Siete días llevamos aquí encerradas y no hemos ofrecido a nuestros dioses ni incienso ni sacrificios. Van a irritarse y hacernos morir.

Ciertamente que más temían la cólera de Urbano que la de los dioses, y se extrañaban de que Cristina, tan obediente en todas las cosas, desobedeciese a su padre en un punto que ellas juzgaban importantísimo.

—¿Por qué teméis? —respondió vivamente la joven—. Vuestros dioses son ciegos y no me verán; sordos y no oirán mis oraciones. Por lo que a mí toca, sólo ofrezco sacrificios al único Dios verdadero que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos se encierra.

Horrorizadas al oírla hablar de esta manera, las sirvientas se arrojaron a sus pies para decirle entre sollozos.

—Te rogamos que nos oigas. Eres de familia noble; tu padre es prefecto de la ciudad, ¿por qué adoras a un Dios que no ves? Si tu padre lo sabe, nos acusará de haberte enseñado una religión impía y nosotras sufriremos injustamente las consecuencias de su enojo.

—El demonio os ha seducido —respondió Cristina—, poneos conmigo en los brazos del Dios Todopoderoso, haced ofrenda de vuestros corazones a Jesucristo, y Él os librará del demonio y os devolverá la tranquilidad.

CRISTINA ES CONSOLADA POR UN ÁNGEL

TRANSCURRIDOS algunos días, fue Urbano a ver a su hija y a venerar a los dioses. Mas como encontrase la puerta cerrada, y no se la abriesen, golpea desesperadamente y grita amenazador. Cristina, absorta en la la oración, no le oye. Tiene los ojos levantados al cielo y contempla a su Dios en éxtasis sublime y completamente ajena a cuanto pasa a su alrededor. Por fin las sirvientas acuden a los golpes y gritos, abren las puertas y le manifiestan que Cristina es cristiana y desprecia a los dioses.

Irritado Urbano, corre cabe su hija y le dice:

—¿Cómo es eso, Cristina? ¿Es posible que te hayas cegado hasta el punto de adorar a un Dios que no pudo salvarse a sí mismo? Sacrifica a los dioses o de lo contrario te harán morir.

—Vuestros dioses no tienen ningún poder sobre mí —responde Cristina—; soy hija del Dios del cielo, único a quien ofrezco mis sacrificios.

Urbano se retiró muy encolerizado. Temiendo Cristina que vendrían días de luchas terribles, suplicó a Jesús que acudiera en su ayuda. Al punto se le apareció un ángel y le dijo: «El Señor ha oído tu oración, ten buen ánimo, pues combatirás contra tres jueces. Si triunfas, serás coronada». Mientras esto decía, el mensajero celestial iba trazando la señal de la cruz sobre la frente de la doncella como para bendecirla.

Aquel signo redentor infundió nuevos ánimos a la generosa doncella. Y si antes estaba dispuesta a esperar serenamente las dificultades, sentíase ahora con alientos como para salir en busca del martirio. Ya no pensaba en los tres jueces de que le hablara el ángel, sino en la dicha de padecer y morir por su Dios a quien sin tardar quería sacrificar la vida.

COMIENZO DE UN LARGO MARTIRIO

Indignada Cristina al ver a su alrededor las estatuas de los ídolos, rompió al atardecer todas las que pudo, e hizo distribuir los fragmentos de metal precioso entre los cristianos pobres e indigentes.

Algunos días después volvió Urbano a entrevistarse con su hija. Su furor se desbordó al saber lo que Cristina había hecho, y trocando en rabia el amor paternal, asió a la virgen niña por los cabellos, la arrastró por el suelo sin piedad, y a grandes golpes y bofetadas trató de vencer su firmeza. Fue en vano aquella crueldad del inicuo padre.

Llama inmediatamente a los verdugos y les manda que desnuden y azoten con varas a la inocente víctima. Desgarraron luego su cuerpo ensangrentado, con peines y garfios acerados, hasta hacer saltar su carne a pedazos; pero Cristina, invencible en la fe, tiene aún valor para decir al magistrado: «Ved que los que me azotan están ya rendidos; vuestros dioses no pueden ni siquiera darles fuerzas». Urbano, avergonzado de verse vencido por su hija, le hace arrojar en el calabozo y se vuelve confuso a su casa.

La madre de Cristina, informada de cuanto había pasado, fue adonde estaba la niña y le dijo: «Hija mía, ten piedad de tu madre, y no la hagas morir de pena; tú eres mi hija única y todo lo que tengo es tuyo».

Pero ni las lágrimas ni las súplicas pudieron vencer la constancia de la joven mártir. Cristina amaba tiernamente a su madre, pero sabía muy bien que es preciso amar a Jesucristo con amor infinitamente más grande y que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres.

Llamóla Urbano nuevamente a su tribunal para decirle:

—Cristina, adora a los ídolos, de lo contrario, no te llamaré hija mía.

—Soy hija de Dios —replicó la cristiana doncella—. De Él he recibido el alma y la vida, a ti sólo te debo el cuerpo.

El gobernador no pudo ya contener su indignación. Llamó a los verdugos y les ordenó que de nuevo azotasen con varas a su hija. Los miembros, todavía magullados por las flagelaciones precedentes, desgárranse con el furor de los golpes. Su cuerpo queda hecho una llaga, y su sangre inocente brota abundante de sus venas. Sostenida por una fuerza divina, la heroica joven sonríe en medio de tan atroces suplicios. Inclínase con calma, recoge sin inmutarse un trozo de carne ensangrentada que acaba de caer a tierra, y se lo enseña a su padre desnaturalizado. Mas no por esto se conmueve el inicuo juez; tal vez teme el muy ruin perder el puesto y la magistratura si perdona a una cristiana. Quiere, pues, terminar por un suplicio digno de su propia vileza. Manda tender en el suelo gran can-



EL prefecto Urbano procura con fuerzas y mañas que su hija Cristina sacrifique a los ídolos. Irritado luego por su resistencia, se desnuda de su afecto de padre y, vistiéndose del de verdugo, le da grandes bofetadas, la golpea y la hace asaetear, con lo que recibe la Santa martirio glorioso.

tidad de carbones encendidos con aceite y pez, y atando la niña a una rueda de hierro, le hace dar vueltas en el aire, para atormentarla lentamente en la fragua de la tribulación y del tormento hasta ver de rendirla.

—Señor, Dios mío, —exclamó Cristina a la vista de las llamas— no me abandonéis en este nuevo combate; miradme propicio y que vuestros santos ángeles apaguen este fuego a fin de que no reciba herida alguna.

Conforme a su súplica el fuego respetó sus doloridos miembros, y las llamas, volviéndose hacia los espectadores, consumieron a algunos, según consta en las *Actas*. Como Urbano le preguntase de dónde lo venía aquel extraordinario socorro, respondió la virgen mártir:

—De Jesucristo me viene este auxilio, Él me ha enseñado a sufrir; Él, que es luz de los ciegos y vida de los muertos. En su nombre triunfo de tus esfuerzos y de tu poder, que es poder de Satanás.

Rugió de ira Urbano al oír esta respuesta, y mandó que Cristina fuese llevada al calabozo y que en él se la abandonase.

Dios se encargó de consolar a su fiel sierva, enviándole tres ángeles que le curaron las llagas, alimentaron su cuerpo, confortaron su ánimo y la prepararon para seguir en su lucha hasta coronarla con nuevos triunfos.

NUEVOS TRIUNFOS DE CRISTINA

DURANTE la noche, cinco hombres, enviados secretamente por el prefecto, se apoderaron de la mártir y atándole una piedra al cuello la precipitaron en un lago. Pero, ¡oh maravilla!, Cristina quedó a flote sobre las aguas por las que avanzaba tranquilamente hacia la orilla. Una hermosa corona circundaba su frente; llevaba una estola de púrpura al cuello y delante de ella abrían paso los ángeles del Señor.

Al verla sana y salva, su padre, ciego de cólera, ordenó que fuera nuevamente encarcelada, pero mientras la conducían a la prisión, el cruel y desnaturalizado padre cayó mortalmente herido por la justicia divina y poco después expiró en medio de horribles dolores que nadie supo aliviar.

A Urbano sucedió Dión, pagano y perseguidor de los cristianos. Enterado Dión de los procedimientos seguidos hasta entonces con la prisionera hízola comparecer en su presencia y probó de intimidarla nuevamente.

—Cristina —le dijo—, tú eres de familia noble, ¿qué error te ciega, pues, y te lleva a abandonar a nuestros benévolos dioses, para adorar a un Dios crucificado? Ofréceles sacrificios, de otro modo me veré obligado a entregarte a suplicios, de los que tu Dios no podrá librarte.

—Espíritu malvado —respondió ella con energía—. Has de saber que Cristo, a quien tú desprecias, me librará de tus manos.

Sonrió el juez ante aquel desafío, y mandó sumergirla en una caldera de aceite hirviendo mezclado con pez, pero Dios velaba por su fidelísima sierva; hizo ella la señal de la cruz y, ante el pasmo y confusión de sus verdugos, mantúvose sin daño ni molestia en medio de aquel baño mortal.

—A los dioses debes esta defensa —le dijo Dión—; sin duda quieren salvarte la vida porque te guardan para grandes cosas.

—Te equivocas —replicó Cristina—, a solo Cristo, mi Dios, se la debo; a Cristo que te sepultará en los infiernos si continúas persiguiéndole en la persona de los cristianos como has hecho hasta ahora.

Rabioso ya el pagano juez, ordena que le corten los cabellos y le destrocen los vestidos, y que la expongan así desnuda a las burlas e insultos del populacho. Mas el pueblo, que estaba admirado del heroísmo de la intrépida jovencita, clamó contra aquella orden inhumana; sobre todo, las mujeres manifestaron ostensiblemente su indignación. Cristina dio gracias al Señor y rogó a su Divino Esposo, que continuara auxiliándola en los combates y a despecho de las industrias de aquellos sus enemigos.

DIÓN Y SUS FALSOS DIOSES. — EL FUEGO DOMINADO. RESURRECCIÓN DE UN HECHICERO

ALGÚN tiempo después, Dión hizo conducir a Cristina al templo de Apolo. Apenas la virgen hubo franqueado el umbral, cuando la estatua del ídolo se desplomó de su pedestal haciéndose añicos. Llenos de estupor ante este milagro, muchos paganos creyeron en el verdadero Dios. Dión huyó espantado, y ya meditaba el modo de vengarse de aquella derrota, cuando, herido súbitamente por la ira de Dios, cayó por tierra dando espantosos gritos. Poco después, murió, como Urbano, entre atroces dolores.

Le sucedió en la magistratura Juliano, hombre más feroz, si cabe, que los anteriores. Había leído las actas del proceso de la joven mártir, y, deseoso de conocer a esta niña extraordinaria, hízola comparecer en su presencia, seguro de que él conseguiría lo que no pudieron los otros.

—Hechicera —le dijo—, adora a los dioses o te haré morir.

—¿Tú también —respondió Cristina— tratas de amedrentarme? ¿No comprendes que tus palabras no podrán jamás hacerme perder la fe?

—Pues bien, si así es, que enciendan un horno y que la arrojen en él —dijo Juliano—; de esa manera resolveremos el asunto.

Sus órdenes fueron ejecutadas al pie de la letra, y la pobre doncella que ya tantos duelos había probado, fue precipitada en el horno ardiente.

Un ángel descendió del cielo, tomó de la mano a Cristina y cantaba con ella las glorias del Señor.

Al oír los soldados aquellos cantos impregnados de celestiales armonías, corrieron a dar la nueva al prefecto. Éste hizo abrir el horno, y ante el estupor de sus verdugos, salió Cristina llena de vida y de fuerzas, después de haber permanecido cinco días en el fuego abrasador.

No sabía Juliano cómo terminar con esta joven cristiana, victoriosa de tantos suplicios, y el demonio le sugirió una idea, hija legítima de su maldad. Decidido a ponerla en ejecución inmediata, mandó llamar a los soldados: «Haced venir a un hechicero para que arroje en el calabozo de esta joven impía, serpientes y víboras».

Hizo el mago lo que se le había ordenado Excitó cuanto pudo con sus encantamientos a los reptiles, mas éstos se llegaron a la mártir sin hacerle daño alguno; volviéronse luego y acometieron al hechicero causándole mordeduras mortales. Cristina se puso entonces de rodillas en fervorosa oración, y dijo después a las serpientes. «En nombre de mi Señor Jesucristo, marchaos lejos de aquí y no hagáis daño a nadie».

Luego rogó por el desgraciado hechicero, víctima indirecta del perseguidor Juliano. Oída su oración, el mago recobró al instante la vida y las fuerzas, reconoció el poder del Dios de los cristianos y le dio gracias.

Los espectadores quedaron atónicos a la vista de tales portentos· el magistrado, en cambio, cegado por su odio a la religión cristiana, atribuyólo todo a maleficios de Cristina, y volvió a exigirle que sacrificara a los dioses del imperio. Como la virgen cristiana se negara rotundamente, mandó que el verdugo le hiciera en el pecho varios cortes profundos y dolorosísimos.

LOS ÚLTIMOS TORMENTOS

VIENDO Juliano que ningún suplicio era bastante para quitar la vida a la invencible doncella, la hizo poner de nuevo en la cárcel. Allí convirtió Cristina a varias mujeres que fueron a visitarla.

Poco tiempo después, Juliano la hizo comparecer en su presencia y le dijo:

—Cristina, vas a morir inmediatamente si no sacrificas a los dioses.

—Es inútil que insistas: Jamás lograrás hacer que reniegue de mi fe.

—Verdugos, cortadle la lengua —rugió el tirano.

Al oír Cristina esa cruel orden, levantó sus ojos al cielo y suplicó:

—Señor, mira a tu humilde sierva y acógela ya en tu divino seno.

Oyóse, entonces, como una voz sobrenatural que dijo:

—Cristina, sierva buena y fiel, merecedora del reposo eterno, ven a recibir la recompensa que has conquistado por la heroica confesión de tu fe.

Cortáronle la lengua y, finalmente, fue atada a un gran tronco de árbol y asaeteada hasta que Dios recibió en sus manos aquella alma pura de tantos modos afligida y tan gloriosamente triunfante de los enemigos.

Sucedió esto, según los Martirologios más antiguos, el 24 de julio. El año del martirio es desconocido. Algunos relatos indican como fecha probable los principios del siglo IV, durante la persecución de Diocleciano.

CULTO Y RELIQUIAS

Los preciosos restos de Santa Cristina, recogidos por un pariente suyo, fueron llevados poco después de su martirio a la ciudad de Palermo, en donde se los tuvo en gran veneración. Su tumba exhalaba suaves perfumes y fluía de ella un aceite milagroso. Créese que la condesa Matilde —en el siglo XI— logró que fueran devueltos a Bolsena y depositados en un hipogeo próximo a dicha ciudad.

Sin embargo, lo cierto es que gran parte de las reliquias fueron robadas. La tumba de la mártir fue descubierta en 1880; el sarcófago había sido roto; en su interior se halló un vaso funerario de mármol, parecido a un cofre, con una inscripción abreviada que permitió no obstante identificar su contenido. La inscripción parece ser del siglo VIII.

El Martirologio romano recuerda el día 24 de julio, los diversos suplicios que la virgen Cristina tuvo que sufrir en Tur o Tiro, en Toscana. El mismo día se hace conmemoración de la Santa en el Breviario romano.

La iconografía representa ordinariamente a Santa Cristina con una serpiente o unas flechas en la mano, a veces aparecen junto a su imagen ídolos que caen hechos pedazos. También se la figura andando sobre las aguas acompañada de ángeles, o con una gran piedra al cuello y a punto de ser arrojada a un lago, otros la representan sosteniendo una rueda.

SANTORAL

Santos *Francisco Solano, franciscano, apóstol de los indios;* Dictino, obispo de Astorga, Valeriano de Niza, y Declano, en Irlanda; *Víctor, Antinógenes y Estercacio, hermanos, mártires en Mérida;* Ursicino, obispo de Sens, y Pavacio, de Mans; Vicente, mártir en Roma; Meneo y Capitón; Román y David, mártires, patronos de Moscú. Beatos Antonio Turriano, agustino; Bartolomé, carmelita, muerto por los turcos en Argel. Santas **Cristina, virgen y mártir;** *Sigulena, abadesa;* Aquilina y Niceta, convertidas por San Cristóbal, mártires; Cristina la Admirable, virgen, en Lieja. Beata Luisa de Saboya, viuda y monja.


Pilar angélico — Esforzado apóstol y glorioso mártir

DÍA 25 DE JULIO

SANTIAGO EL MAYOR

APÓSTOL, PATRÓN DE ESPAÑA (siglo I)

AL gloriosísimo apóstol Santiago el Mayor eligió Dios para alumbrar los reinos de España con los primeros resplandores de la luz evangélica y sembrar en ellos la semilla del cielo. Grande gloria suya es haber sido el primero de los doce Apóstoles que triunfó de la muerte dando la vida por Cristo y sellando así con su sangre la doctrina que predicaba. No se apagó con su muerte, el amor y cariño grandes que Santiago tuvo a sus hijos de España, antes puede afirmarse que desde el cielo se ha complacido en manifestarles este amor de modo singularísimo, y en forma tal, que no consta lo haya hecho otro ninguno de los Doce con las tierras que evangelizaron, porque verdad histórica es que este intrépido Apóstol, a manera de capitán y montando blanco caballo, no una sino muchas veces ha peleado delante de los bizarros soldados españoles, para defenderlos y ampararlos, y para con ellos atacar, vencer y desbaratar a los poderosos ejércitos enemigos de su amada España.

El apóstol Santiago, cuya fiesta celebra la Iglesia a 25 de julio, era hermano mayor de San Juan Evangelista. Su padre se llamaba Zebedeo y vivía a orillas del lago de Genesaret, el Evangelio nos lo presenta por primera vez ocupado con sus dos hijos en los trabajos de la pesca.

María Salomé, su madre, estaba emparentada con la Virgen María. Algunos han llegado a decir que era su hermana; lo cual no es cierto, ya que María Santísima fue hija única. No cabe duda sin embargo de que la familia de Santiago estaba unida a la de Jesús por los lazos de la sangre, y que este santo apóstol era pariente cercano del Salvador en cuanto a la carne. Por causa de este parentesco, llama el Evangelio repetidas veces a los hijos de Zebedeo «hermanos del Señor», frase que designaba entonces a los que eran meramente primos.

La Iglesia le llama el *Mayor* para distinguirlo de Santiago el *Menor* hijo de Alfeo; y quizá también para señalar alguna excelencia y superioridad de nuestro Santo respecto de su homónimo, puesto que el mismo Salvador se dignó darles a él y a su hermano Juan mayor honra distinguiéndolos de muy especial manera en varias circunstancias de su vida terrenal.

LA VOCACIÓN

Refiere el evangelista San Marcos, que andando el Señor por la ribera del mar de Galilea, vio a los dos hermanos, Santiago y Juan, que estaban en un navío con su padre, reparando las redes. A veces Jesús adelántase a sus discípulos sin aguardar a que le busquen, y así lo hizo con Santiago y Juan, porque Él mismo, de por Sí, los llamó para que le siguiesen y fuesen sus discípulos. Ellos se mostraron tan obedientes al divino llamamiento, que luego dieron de mano a todo, a su padre, a las redes, barca y ejercicio en que estaban ocupados, para ir en pos del Salvador. Y ¿cómo obrar de otro modo cuando es Dios mismo quien llama? Con todo eso, tanto las redes del mundo como los oficios u ocupaciones son muy de temer al tratarse de seguir la divina invitación, y, a veces más que nada, es temible la oposición de los propios padres y parientes. Zebedeo, en cambio, dejó que se fuesen sus hijos, y se quedó solo en la tarea. Algo debió costarle tamaño sacrificio; pero Jesús dispone de las almas como dueño soberano que es de ellas, y por eso, los lazos de carne y sangre, las ternezas y arrullos humanos han de romperse y desoírse para atender sólo la divina vocación, que, en último término, orienta y define nuestra vida según la dirección que ha de llevarla a su plenitud como valor espiritual. Santiago y Juan, no bien oyeron la voz de Jesús, comprendieron que sólo tras Él marcharían por buen camino, y sin pararse a filosofar sobre vanas teorías o humanas conveniencias, respondiéronle pronta y espontáneamente con el «Aquí estamos, Señor, a lo que mandes».

LOS HIJOS DEL TRUENO

El Señor mudó el nombre a los dos nuevos apóstoles; llamólos *Boanerges*, que quiere decir «hijos del trueno». Esta mudanza es digna de consideración, porque de todos los Apóstoles, trocó Jesús el nombre a sólo San Pedro, que había de ser cabeza de la Iglesia y piedra fundamental sobre la que se había de edificar, y a estos dos hermanos cuya sonora voz había de conmover al mundo y convertirlo. Este sobrenombre no sustituyó al que tenían, como sucedió con Simón; sirvió sólo para designar el fogoso natural de Santiago y Juan, cuyos arrebatos tuvo que corregir el Salvador alguna que otra vez, según consta en el sagrado Evangelio.

Cierto día —dice San Lucas— subía Jesús a Jerusalén para celebrar la Pascua. Estando ya cerca de la ciudad de Samaria, envió delante algunos discípulos para que preparasen lo que había de comer. Los samaritanos no quisieron recibirlos. Santiago y Juan sintieron en el alma la injuria inferida a su divino Maestro. Movidos de celo y deseosos de vengarla, hubieran querido que las iras del cielo destruyesen al punto aquella ciudad. «Señor, dijeron a Jesús, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo y que abrase a toda esa gente?» Estaba fuera del plan redentor aquella dureza, y sólo les contestó: No sabéis de qué espíritu sois».

Esa natural fogosidad de Santiago y Juan se ordenó merced al impulso de las divinas inspiraciones, pero hasta su muerte justificó el sobrenombre de *Boanerges*. El Apocalipsis de San Juan, escrito entre relámpagos y truenos, es buena prueba de ello: las sangrientas ejecuciones de los santos ángeles y las copas de oro llenas de implacable cólera amedrentran el ánimo. Y por lo que a Santiago se refiere, España le venera como a esforzado e invicto capitán que siempre defendió a sus amados españoles, dándoles al mismo tiempo ejemplo de intrépido valor y arriesgado empuje.

INTIMIDAD CON JESÚS

La familiaridad del Señor y el señalado cariño que mostraba a los dos hermanos, fueron sin duda gran parte para moverlos a esperar lugar más notable entre los Apóstoles. Y tomaron a su madre por mediadora para que hiciese al Salvador la atrevida petición. María Salomé acercóse al Señor muy confiada, por ser un deudo y estar quizá acostumbrada a que le otorgase cuanto pedía, y solicitó de Jesús nada menos que los dos preeminentes lugares de su reino: «Manda que mis dos hijos se

sienten uno a tu diestra y el otro a tu siniestra. No me lo puedes negar. Casi te obligan a ello el ser pariente nuestro y el amarles a ellos dos con singular amor.» Pidió sin duda esta merced, ya por creer que Jesús había de llegar a ser rey temporal y tener cabe sí algunos ministros y personas de alta dignidad para su servicio, ya por pretender que en el reino de los cielos fuesen sus dos hijos aventajados sobre todos los Santos.

Sabía bien el Divino Salvador que Santiago y Juan hablaban por boca de su madre. Por eso contestó: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis acaso beber mi cáliz? Habláis de gloria y no pensáis en lo que ha de precederla. El modo de alcanzar lo que deseáis no es acertado, pues queréis el triunfo antes de haber peleado y vencido, y pretendéis alcanzar por favor lo que no se da sino por merecimiento. Además, si pedís dignidad temporal, sabed que mi reino no es de este mundo, y si queréis la del cielo, menester será que la ganéis con padecimientos y quizá por la muerte.» Pero a ellos nada los arredra. Son ambiciosos, es verdad, pero también animosos y esforzados. Espontáneamente contestan: «Sí; podemos.»

No obstante de esto, Jesús no les da lo que desean, porque ve que los mueve más la gloria propia que la divina. Bien sabe Él cuánto tendrán que padecer ambos; por eso les dice: «En verdad beberéis el cáliz que yo beberé.» Pero por lo que toca a la dignidad y preeminencia, remítelos a los eternos juicios de su Padre celestial, diciéndoles: «En cuanto a sentaros a mis diestra y siniestra, no me toca a mí el dároslo; eso será para aquellos a quienes mi Padre lo ha destinado».

Los demás Apóstoles, que tenían el corazón lleno de idénticos deseos, se indignaron contra Santiago y Juan, al oírles pedir los primeros lugares. Faltábales luz para conocerse y corregirse, si bien la tenían sobrada para amonestar a sus compañeros más atrevidos que ellos. No tardó en sorprenderles el Divino Maestro cuando disputaban entre sí sobre «quién de ellos tendría el primer lugar». El Señor les dijo: «Quien quisiere hacerse mayor entre vosotros, ha de ser vuestro criado, y quien quisiere ser el primero, debe hacerse siervo de todos. Porque aun el Hijo del hombre no vino a que le sirviesen, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos». Lección que pone a la caridad como pórtico para la gloria.

Estas ambiciones y defectos de los Apóstoles fueron desapareciendo poco a poco; la mudanza se obró en ellos merced a las enseñanzas y ejemplos del Señor, y a la efusión de los dones del Espíritu Santo. De donde podemos colegir que si bien Dios no exige que seamos perfectos desde los principios, quiere que paso a paso adelantemos en la virtud.

En varias circunstancias de su vida pública dio a entender el Divino Salvador, que después de Pedro, eran Santiago y Juan sus más íntimos amigos. Cuando resucitó a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, quiso el



N*o una, sino muchas veces se ha visto al apóstol Santiago, caballero en blanco corcel, ir delante de los ejércitos cristianos, como invencible capitán protector y amparo de España, haciendo gran riza y estrago entre los enemigos grandes y poderosos.*

Señor que solamente esos tres apóstoles fuesen testigos de su divino poder. Cuando se transfiguró en el monte Tabor, sólo Pedro, Santiago y Juan tuvieron el privilegio y la dicha de contemplar la gloria del Redentor. Finalmente, cuando llegada la víspera de su muerte se retiró Jesús al huerto de Getsemaní para orar a su eterno Padre y padecer las angustias de su agonía, sólo llevó consigo a los tres predilectos, para que sólo ellos fuesen confidentes de sus mortales aflicciones y testigos de sus misteriosos desmayos.

SANTIAGO, EN ESPAÑA

CARECEMOS de testimonios positivos sobre el apostolado de Santiago el Mayor. Lo único cierto es que fue relativamente breve, pues Santiago, primer apóstol mártir, fue degollado en Jerusalén tan sólo trece años después de la muerte del Divino Maestro.

Es tradición universal, recibida y asentada de todas las iglesias de España, que este glorioso apóstol vino a evangelizar la Península, después de predicar en Jerusalén. El fruto no fue al principio muy copioso, no obstante su ardiente celo, pues el «hijo del trueno» sólo convirtió nueve españoles a la fe cristiana. Fueron éstos Torcuato, Esiquio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Atanasio y Teodoro. Motivo es esto de consuelo para los predicadores que logran poco fruto con sus sermones. Así puede a veces probar el Señor la fe y valor de sus ministros. Siembren ellos y no desmayen, otros recogerán los frutos. El Señor tenía reservado a su amado apóstol Santiago un dulcísimo consuelo.

Aún vivía por entonces la Madre del Salvador, y residía en Jerusalén, en casa de su hijo adoptivo San Juan, hermano de Santiago. Jesús la dejaba aún en el mundo, para que fuese guía y sostén de la naciente Iglesia.

Llegado el apóstol Santiago a Zaragoza, salió una noche con sus discípulos a orillas del río Ebro para orar. Estando allí, oyó de pronto en el aire un suave concierto de voces que cantaban. Era un cortejo de innumerables ángeles que acompañaban a su gloriosa Reina. Traían una columna o pilar de jaspe, sobre la que se tenía en pie Nuestra Señora. Venía la Divina Madre a retemplar los ánimos del discípulo. Conocióla al punto el santo Apóstol, y lleno de alegría postróse para reverenciarla.

Díjole entonces la Virgen María «Santiago, hijo mío, quiere el Señor que le labres en este lugar un templo que lleve mi nombre. Yo sé que España ha de ser muy devota mía y me amará con fervor. Desde ahora seré su especial protectora y abogada».

El santo apóstol hizo con gran diligencia lo que del cielo le había sido mandado, y edificó la santa capilla de Nuestra Señora del Pilar, así llama-

da por haber quedado en ella la columna de jaspe sobre la cual apareció la Virgen. Concluída la obra del Templo, Santiago puso sobre el mismo pilar una estatua de la Virgen María. Andando los años, la primitiva iglesia fue reemplazada por una suntuosísima basílica. La Virgen del Pilar no ha cesado de derramar bendiciones sobre sus hijos los españoles. En su profunda fe, inconmovible como una roca, halló siempre el indómito y noble pueblo español la audacia y firmeza que lo empujaron a sus gloriosos destinos; audacia y firmeza que hacen de cada hombre un héroe. Zaragoza debe a su Virgen del Pilar los gloriosos timbres que la ennoblecen.

MARTIRIO DE SANTIAGO

No se sabe el tiempo que estuvo en España el santo Apóstol. Lo cierto es que se hallaba de vuelta en Jerusalén el año 42, a poco de haber restaurado Agripa el reino de su abuelo Herodes el Grande. Las adulaciones y cortesanías con que Agripa consiguiera adueñarse del ánimo de los emperadores Calígula y Claudio, le habían logrado aquel favor.

El día 24 de enero del año 41, el tribuno Quereas asesinó a Calígula, patrocinador de Agripa. Éste, que se hallaba entonces en Roma, intervino para que el Senado nombrase emperador a Claudio, tío del difunto. En agradecimiento, dilató el nuevo soberano las posesiones de Agripa, añadiendo la Samaria y la Judea a las tres tetrarquías ya gobernadas por él. El reino del primer Herodes fue, así, restablecido por su nieto, con Jerusalén por capital. La conducta del abuelo encontró un digno seguidor.

Al mismo tiempo que instauraba teatros, circos y luchas de gladiadores en las principales ciudades del reino, hacía Agripa gran alarde de celo por la religión mosaica, para encubrir con capa de afectado judaísmo su origen idumeo. Cumplía puntualmente la ley, ofrecía víctimas sin número y era muy asiduo a las solemnidades judías. Ofrendó al Templo una cadena de oro que le había regalado Calígula, y cuyo peso equivalía al de otra de hierro que llevó en Roma en las cárceles de Tiberio.

Este aparente resurgir del reino de Palestina, esta solemnidad extraordinaria con que Agripa realzaba las ceremonias rituales, halagaba sobremanera el orgullo nacional de los judíos. Pensó Herodes que para ganar su estimación era lo más a propósito perseguir a los cristianos, y así dicen los «Hechos de los Apóstoles» en su duodécimo capítulo. «Por este tiempo —año 42—, el rey Herodes se puso a perseguir a algunos de la Iglesia. Primeramente hizo degollar a Santiago, hermano de Juan. Después, viendo que esto complacía a los judíos, determinó prender también a Pedro... con el designio de presentarle al pueblo pasada la Pascua.

A San Pedro le puso milagrosamente en libertad el ángel del Señor, pero Santiago, degollado por orden de su perseguidor, tuvo así la honra de ser el primero de los Apóstoles que dio su vida por Cristo. Sin duda que los judíos hicieron blanco de sus odios a este «hijo del trueno» por el ardiente celo con que predicaba la doctrina del divino Crucificado, Agripa, por su parte, pretendía con aquello ganar popularidad.

Al tiempo que le llevaban al suplicio, un paralítico le pidió la salud, y el Apóstol se la dio muy entera en nombre de Jesucristo. El escriba Josías, el que con más ímpetu y rabia había arremetido al Apóstol y el que primero acudiera a prenderle, al ver el prodigio de la curación del paralítico, se convirtió a la fe, confesó que Cristo era Dios, y pidió perdón al santo Apóstol con gran humildad y arrepentimiento. Santiago le perdonó con ternísimas palabras y le dio el beso de paz. Alteráronse los judíos viendo esto; echaron mano de Josías y le degollaron con el santo Apóstol.

El lugar donde fue martirizado Santiago el Mayor se venera todavía en Jerusalén, en la catedral que hoy gobiernan los armenios cismáticos.

LA TUMBA DEL APÓSTOL

No hay ningún documento de la antigüedad relativo a las sagradas reliquias del apóstol Santiago. Sábese que fueron enterradas en Jerusalén, donde permanecieron poco tiempo. Pero la tradición viva y arraigada en todas las iglesias de España y aun en la cristiandad entera, establece que el precioso tesoro del cuerpo de Santiago se halla en el famosísimo templo de Compostela, de Galicia. En la Edad Media acudían peregrinos de todas las naciones de la cristiandad, para visitar y venerar las reliquias del primer Apóstol mártir. Es tan universal y constante esta tradición, que en balde algunos autores modernos han querido ponerla en tela de juicio.

No puede precisarse en qué época fue traído el santo cuerpo a España. Créese que a poco de morir el valeroso Apóstol, tomaron sus discípulos el sagrado cuerpo por haberlo así dispuesto antes su maestro, o por particular revelación de Dios, y le llevaron al puerto de Jope; de allí, poniéndole en un navío, navegaron por el Mediterráneo, y pasado el estrecho de Gibraltar, entraron por el Atlántico hasta la costa de Galicia. Desembarcaron el santo cuerpo en la ciudad de Iria Flavia que ahora se llama Padrón, donde estuvo muchos años secreto y escondido. El Señor lo reveló y descubrió a principios del siglo IX, reinando en Asturias don Alfonso II el Casto, el cual lo mandó trasladar a Compostela, donde continúa siendo reverenciado. De esta traslación se hace memoria a los 30 de diciembre.

Los Papas otorgaron grandes mercedes y privilegios al santuario de Santiago de Compostela, que fue uno de los principales lugares de peregrinación en la Iglesia universal. Hasta hace poco tiempo, sólo el Sumo Pontífice podía dispensar del voto de ir en romería a Compostela. En los siglos de fe viva y pujante, solían los peregrinos de las regiones del norte de Europa empezar las grandes romerías con una visita al santuario de San Miguel del Monte (Francia), donde el peregrino se proveía de conchas. De allí pasaba a Compostela, luego a Roma, y, finalmente a Jerusalén.

Ese interminable peregrinar de los romeros semejábase a la larga cinta de estrellas que parece dividir el cielo cual si fuese un camino sin fin lleno de luminosos viandantes. Por eso quizá las devotas gentes de aquellos siglos de fe, llamaron a la Vía Láctea «Camino de Santiago».

SANTIAGO, CAUDILLO DE ESPAÑA

SIEMPRE se ha mostrado Santiago defensor celoso de la fe cristiana y de la independencia española. Muchas veces le vieron nuestros soldados pelear contra los enemigos y hacer gran estrago entre ellos. Sucedió esto por vez primera el año 859, en tiempo del rey don Ordoño I, en la batalla de Albelda. Estando en guerra con el renegado Muza de Tudela, retiróse al cerro de Clavijo, y allí encomendóse al santo Apóstol. Entrada la noche se le apareció Santiago y le dijo: «Manda que tu gente confiese y comulgue mañana, y luego acomete al enemigo invocando el nombre de Dios y el mío. Yo iré delante de tu ejército sobre un caballo blanco, con un estandarte blanco en la mano y los moros quedarán deshechos.» Así se hizo, y en aquella batalla Albelda fue tomada y destruída. Los cristianos ocuparon, además, sus reales y ganaron la ciudad de Calahorra. Desde ese tiempo empezaron los soldados españoles a dar señal para acometer al enemigo con esta invocación a su valeroso caudillo y defensor: *¡Santiago, y cierra, España!*

SANTORAL

Santiago el Mayor, Apóstol, Patrón de España; *Cristóbal, mártir; Teodomiro, monje, mártir en Córdoba;* Magnerico, obispo de Tréveris; Cucufate, mártir en San Cugat (o Cucufate) del Vallés (Barcelona), su fiesta se celebra el día 27; Pablo, mártir en Palestina, durante la persecución de Maximiano Galerio; Florencio y Félix, mártires venerados en Forconio (Italia). Beatos Pedro Moliano y Bautista de Cangiano, franciscanos. Santas *Valentina y Tea, vírgenes y mártires;* Glosinda, virgen; Olimpíada, noble viuda romana; Jerusalem, mártir, venerada entre los griegos.



Precioso relicario de Apt — Santurario de Santa Ana en Bretaña

DÍA 26 DE JULIO

SANTA ANA

MADRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Los escritos más antiguos que nos hablan de Santa Ana, son los Evangelios apócrifos, el Evangelio de la Natividad de María y de la infancia del Salvador, y finalmente el Protoevangelio de Santiago. Nos contentaremos con relatar las circunstancias que refieren esos escritos, sin entrar en la crítica de los mismos. Añadamos solamente que la Iglesia admite los tradicionales nombres de Joaquín y de Ana, con los cuales designamos los cristianos a los padres de la Santísima Virgen.

JUVENTUD DE SANTA ANA

Nació, muy probablemente, en Belén. Descendía por línea materna de la raza sacerdotal de Aarón, pues es creencia común que su padre, Matán, que era sacerdote, pertenecía como San Joaquín a la familia real de David.

La bienaventurada niña recibió en su nacimiento el nombre de *Ana,* que significa *gracia* o *misericordia;* nombre muy a propósito para la que

estaba destinada a ser madre de aquella a quien el ángel había de llamar «llena de gracia».

Ana tuvo dos hermanas· Sobé, casada en Belén, y que fue madre de Santa Isabel y abuela de San Juan Bautista, y María, desposada también en Belén, que fue madre de María Solomé, mujer de Cleofás o Alfeo, hermano de San José. Según costumbre generalizada entre los hebreos, el Evangelio llama hermana de la Santísima Virgen a María Salomé, si bien en realidad era sólo prima hermana.

Es creencia general entre los teólogos que Nuestro Señor otorgó a Santa Ana el mismo favor que a Jeremías, a Juan Bautista y probablemente a San José, es a saber, ser santificada en el seno de su madre.

Una singularísima inocencia, acrecentada sin cesar por los más valiosos tesoros espirituales, fue patrimonio de su santa vida. Se cree piadosamente que a los cinco años fue conducida al templo y que moró en él doce años, consagrada al divino servicio y al ejercicio de la propia santificación.

SANTA ANA Y SAN JOAQUÍN

El Señor, que preparaba a María una madre conforme a su dignidad, escogió igualmente al varón dichoso que había de ser su padre. «Señor —dice la Santa Iglesia en sus oraciones—, Vos que entre todos los Santos habéis escogido al bienaventurado Joaquín, para ser padre de la Madre de vuestro amado Hijo, etc.»». Era Joaquín natural de Galilea, de la casa y familia de David. El fue —dice San Juan Damasceno— el que mereció recibir en matrimonio a Ana, mujer escogida por Dios y adornada de las más excelsas virtudes, cuando apenas contaba veinticuatro años.

El afortunado hijo de David vivió con su esposa en Nazaret, en aquella misma casa donde tiempo adelante debía obrarse el gran misterio de la Encarnación del Verbo el día de la Anunciación.

«Dios, cuya mirada abarca el presente, el pasado y el porvenir —dice Santa Brígida— no halló quienes más digna y santamente merecieran ser padre de la Virgen María».

Eran ambos justos a los ojos de Dios —dice San Lucas hablando de los padres de San Juan Bautista—, *guardando como guardaban todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente.* ¿Podían ser de otra manera los padres de la augusta Madre de Jesucristo, Hijo de Dios? San Jerónimo afirma que hacían tres partes de su bienes la primera, destinábanla al templo de Jerusalén, la segunda la distribuían entre los pobres, y con la tercera atendían a las necesidades de la casa. La más exigente caridad no hubiera podido administralos mejor.

ESTERILIDAD MISTERIOSA

De este modo vivió el santo matrimonio durante largos años sin que la menor sombra alterase la serenidad de aquel cielo doméstico en el que reinaban, con absoluto imperio, la paz espiritual, el amor honesto y desinteresado, y la pureza de costumbres.

Un solo sentimiento, nacido de las preocupaciones de la sociedad mosaica más que del propio deseo, empañaba a veces la felicidad de aquel hogar, y traía al ánimo de Santa Ana motivos de resignada tristeza. La esterilidad privaba a estos esposos de la alegría más dulce que podía desear un matrimonio en Israel: la esperanza de ser los ascendientes del Mesías, o al menos de poder presenciar en su posteridad los días del Salvador.

«Dichoso seré —exclamaba el viejo Tobías moribundo— si queda algún descendiente de mi linaje para ver la claridad de Jerusalén.» Por esto la esterilidad era considerada entre los judíos como una especie de oprobio y como una maldición de Dios.

El dolor de Ana y Joaquín no era debido a aquella aparente humillación que recaía sobre ellos, pues la sobrellevaban con resignada paciencia, y con sumisión a la voluntad de Dios, sino más bien a la consideración de la venida del Mesías, tanto más que los tiempos prescritos para la realización del augusto misterio estaban ya próximos, y el Salvador, según las profecías, había de nacer precisamente de la familia de David.

Es que —como nos dicen los Padres de la Iglesia— la esterilidad de Ana obedecía a motivos sobrenaturales y misteriosos. Ana era figura del mundo, estéril hasta entonces, pero muy pronto y para la salvación del género humano iba a producir milagroso fruto, según la expresión del profeta.

Por otra parte, nada de lo acaecido en la tierra desde el principio del mundo podía compararse con la maravilla que Dios iba a realizar con el nacimiento de María. Este prodigio de prodigios, este abismo de milagros, como lo llama San Juan Damasceno, sólo podía comenzar por un milagro. Esta Virgen, cuya maternidad será tan admirable, debía nacer de modo admirable también. Además, María debía ser hija de la gracia más que de la carne y de la sangre, debía venir del cielo más que de la tierra, y sólo Dios podía dar al mundo un fruto tan celestial y divino.

Tesoro tan inestimabe reservado por divino beneplácito a San Joaquín y a Santa Ana hizo que el Cielo les prodigara de antemano bendiciones y gracias sin cuento. Pero quiso dejarles el honor de pagar, en cierto modo, el precio de tan gran distinción, con años de oraciones, promesas, ayunos, limosnas y con la práctica de virtudes admirables.

A todo esto juntaron los dos santos esposos la promesa de consagrar al Señor el ser querido que les concediera. Y aunque pasaban los años y cada día parecía disminuir su esperanza, no cesaban de suplicar y confiar en Aquel que, según la Escritura, *de las piedras del desierto puede hacer nacer hijos de Abrahán.* Dios iba a premiar aquella confianza con gran esplendidez.

VISITA DEL ÁNGEL

Celebrábase una de las fiestas legales más solemnes: la de los Tabernáculos; y al igual que la multitud de los jefes de familia que se reunían en el Templo para presentar sus ofrendas, acudieron también Joaquín y Ana a la ciudad santa. Mas, por mucha que fuese la nobleza de su estirpe, los sacerdotes se las rehusaron públicamente.

—¿Cómo pueden ser aceptas al Señor —les dijeron— las ofrendas de un matrimono al que Él no se ha dignado hacer fecundo ni concederle lo que concede a tantos otros? ¿Qué crimen oculto le ha irritado contra vuestro hogar para que os haya negado un fruto de bendición?

Joaquín no se justificó. Sumisos ambos esposos a la voluntad de Dios que los probaba, aceptaron sin murmurar tan terrible afrenta, y salieron del templo para volverse a Nazaret. Unos días después, fuese Joaquín a una montaña cercana a apacentar sus rebaños, y allí permaneció por espacio de cinco meses, llevando vida de intensa oración y ayuno.

Ana, por su parte, rogaba ardientemente al Altísimo que les concediera por fin lo que tanto deseaban. Un día en que sentada en su jardín de Nazaret, donde vivía recogida, suplicaba con mayor fervor al Señor, aparecióselc el arcángel Gabriel, y le anunció de parte de Dios que sus oraciones habían sido oídas; le predijo el nacimiento de una hija que se llamaría María, objeto de la predilección de Dios y de la veneración de los ángeles. Al mismo tiempo, era comunicada a Joaquín la grata nueva.

Pronto comprendió Ana que ella misma era un santuario en donde el Altísimo había realizado el más admirable prodigio que había salido de sus manos y que únicamente la maravilla de la Encarnación había de superar. En su seno acababa de cumplirse la inmaculada concepción de la Virgen María, misterio inefable de amor y de gracia.

Después de María, que fue objeto de la inmaculada concepción, no hay nadie más íntimamente unida a este misterio que Santa Ana, lo que nos hace suponer cuál sería su eminente santidad.

Rebosaba en Joaquín la felicidad con que el cielo había premiado sus esperanzas, y el altísimo honor que aquella traía aparejada. Tomó, pues, diez corderos y los hizo sacrificar en el Templo en acción de gracias.



CUANDO *la Santísima Virgen tiene tres años, su madre, Santa Ana, cumple la promesa que había hecho de consagrarla al Señor. Ella misma la presenta al templo de Jerusalén, para hacer al Altísimo la ofrenda de más valor que le ha sido dedicada desde los comienzos del mundo.*

SANTA ANA Y MARÍA SANTÍSIMA

Cuando se cumplieron sus días, nació de Ana la que había de ser Madre de Dios. Según opinión común, sucedió esto en Jerusalén, en la misma casa en que hoy se levanta majestuosa la basílica de Santa Ana. La alegría de aquel acontecimiento desbordó el alma de los padres.

Darás a luz tus hijos con dolor, había dicho el Señor a la primera mujer al arrojarla del paraíso terrenal. Era un castigo del pecado, pero María no tuvo nada común con el pecado, y esta ley no alcanzó a su madre, del mismo modo que no le había alcanzado a ella la ley del pecado original. De esa suerte y por modo maravilloso, brilló en el mundo la aurora incomparable del gran día de la Redención.

No se olvidó Ana del voto que junto con Joaquín había hecho, y tan pronto como María pudo pasar sin los cuidados maternales, pensaron en consagrarla al Señor que se la había concedido.

Conforme a los propios deseos de María, condujéronla al Templo. La santa niña subió las quince gradas del santuario y admitida por los sacerdotes entre las vírgenes y viudas que vivían a la sombra de la casa de Dios, consagróse de lleno a su santo servicio. Permaneció en el lugar santo, desde los tres años hasta sus desposorios con San José.

Tuvo que ser muy doloroso para la santa madre el verse separada de su excelsa Hija; mas ya que no podía habitar bajo el mismo techo que ella, trasladóse desde Belén a Jerusalén, y tomó casa lo más cerca que pudo del Templo. De este modo fuéle posible seguir cuidando de la educación de la Santísima Virgen, a quien veía diariamente, pues Santa Ana habitaba más en el Templo que en su propia casa, desde que su esposo, ya feliz por el cumplimiento de sus esperanzas, muriera dulcemente en sus brazos poco después de la Consagración de su inmaculada Hija al Señor.

Cumplida ya su misión en el mundo, pasó Santa Ana el resto de sus días entregada a continua oración y regalando su espíritu con la contemplación de las perfecciones de la Santísima Virgen. Ignoramos la fecha precisa de su muerte, créese que murió algunos años después de San Joaquín, cuando María estaba aún en el Templo.

Suponen algunos que vivió hasta después de regresar la Sagrada Familia de Egigto. Así parece que lo reveló la Santísima Virgen a Santa Brígida. Si tal fue, la bienaventurada madre pudo ser testigo de la divina misión de su Santísima Hija, y pudo con alegría inmensa estrechar contra su corazón a su nietecito amado, al Hijo de Dios, por cuya venida suspiraba el pueblo elegido, y morir llevando juntamente con las últimas oraciones de José y de María las postreras caricias y el último beso de Jesús.

SANTA ANA, PATRONA DEL HOGAR DOMÉSTICO

SANTA Ana ha sido siempre considerada como Patrona del hogar doméstico, y es piadosa y muy fundada la creencia que la invocación de su nombre convierte en hacendosas a las mujeres un tanto descuidadas, y protege a las trabajadoras hasta el punto de que la eficacia de su intercesión en este punto ha dado lugar a la frase llena de sencilla ternura con que se dirigen a ella algunas mujeres que, por necesidad, tienen que abandonar sus casas durante algunas horas.

—«Santa Ana —dicen al tiempo de salir—, cuidadme el puchero».

Frase es ésta que muy brevemente compendia y resume toda la vida de tan gloriosa Santa, modelo de la mujer honesta y recogida cuya dicha se cifra en servir a Dios desde el lugar de sus deberes, cuidando amorosamente del hogar y de los hijos, lejos del bullicio del mundo.

Dios, su marido y su hija, fueron los objetos en que se concentraron todos los afectos de Santa Ana, sin que fuera de ellos hubiera nada en el mundo que atrajera su atención. Por eso la vemos, cuando la aflicción de su esterilidad dominaba su espíritu, correr al Templo a desahogar su corazón en el seno amoroso de Dios, en vez de andar de casa en casa como suelen hacer gentes poco discretas que van dando fama a sus desventuras y buscando en charlas inútiles un lenitivo a sus penas.

La vemos también, una vez colmados sus deseos maternales, recogerse en su casa para dar gracias al Señor y prepararse dignamente a educar a su hija en el santo temor de Dios y en el amor a las virtudes domésticas que tan fielmente practicaba ella misma.

Y como la santa humildad ha sido siempre la característica de las almas grandes y de eminente santidad, podremos comprobar cómo después, al paso que se agiganta ante los hombres la figura de su benditísima Hija, cuida ella de pasar como inadvertida y olvidada ante los hombres.

Santa Ana crió a la Virgen Santísima a sus pechos, sin confiar a ninguna otra mujer esta hermosa prerrogativa de la maternidad. En el apacible hogar de Belén, los bienaventurados San Joaquín y Santa Ana y la inmaculada Virgen María, constituían, por decirlo así, tres cuerpos y una sola alma, sin que entre aquéllos y su excelsa Hija, hasta que fue ésta consagrada a Dios en el Templo, se interpusiera persona alguna. Santa Ana, especialmente, así que la futura Madre de Dios empezó a balbucir las primeras palabras, se encargó de enseñarle los mandamientos de la ley divina, los salmos y todas las demás oraciones que la ley y la costumbre habían determinado se hicieran aprender a los hijos de los israelitas.

EL CULTO DE SANTA ANA

El culto de Santa Ana se remonta a los primeros siglos del cristianismo. En aquella época tomó gran incremento, sobre todo en Oriente, en donde los Santos Padres cantaron a porfía las glorias de aquella santísima mujer a quien el Cielo había elegido para ser madre de la Virgen.

«Los primeros cristianos —dice San Epifanio— recogieron piadosamente sus veneradas reliquias, y las colocaron con gran pompa en la iglesia llamada de Nuestra Señora, en el valle de Josafat».

En 550 el emperador Justiniano, hizo construir en Constantinopla una iglesia en honor de Santa Ana y de San Joaquín, y según la tradición, dos siglos más tarde fue depositado allí el cuerpo de Santa Ana, en 710.

La Iglesia griega honra a la Santa el 4 de septiembre; el 9 de diciembre celebra su concepción, y el 25 de julio su muerte. En la iglesia, latina, celébrase la fiesta el 26 de julio, fecha en que fueron trasladadas sus reliquias a Constantinopla. El nombre de Santa Ana consta en el Breviario romano en el año 1550. Su fiesta, suprimida por San Pío V, fue restablecida por Gregorio XIII en 1584. Gregorio XV, el 24 de abril de 1622, la puso como fiesta de guardar; Clemente XI la elevó a rito doble mayor el 20 de septiembre de 1708, en fin, León XIII, cuyo nombre de pila era Joaquín, estableció, el primero de agosto de 1879, con rito doble de segunda clase, las fiestas de San Joaquín y de Santa Ana.

La ciudad de Apt, en Provenza, reivindica la gloria de poseer gran parte de las reliquias. La leyenda dice que fueron llevadas a Provenza por Lázaro, Marta y María Magdalena, y remitidas luego a San Auspicio, obispo de Apt, para sustraerlas a las profanaciones. Pero como la persecución llegara a la ciudad de Apt, San Auspicio tuvo la precaución, de abrir una cripta bajo las losas de la catedral, y de ocultar allí el precioso depósito, que de este modo sorteó las incursiones de los bárbaros y de los sarracenos, quedando ignorado durante varios siglos.

Se cuenta que Carlomagno, después de una de sus numerosas expediciones contra los sarracenos, se retiró a Apt. Era el día de Pascua del año 792, asistía el monarca a los oficios divinos rodeado de sus caballeros y de todo el pueblo. De repente un joven de unos catorce años, ciego y sordomudo de nacimiento, Juan, hijo del barón de Casanueva, del que el emperador era huésped, entró en la iglesia y conducido por mano invisible avanzó hasta el pie del santuario. Pidió con gestos que levantasen unas losas y cavasen. Quiso el monarca que se le obedeciera y conforme a los deseos del joven levantáronse unas losas y descubrióse la cripta en que yacían las reliquias. El joven, curado repentinamente, exclamó: «Aquí

está el cuerpo de Santa Ana, madre de la Santísima Virgen». Y, efectivamente, a poco de excavar apareció una caja de madera de ciprés, debajo de la cual se leían estas palabras: «Aquí yace el cuerpo de la bienaventurada Ana, madre de la Santísima Virgen María». Abierta la caja, pudiéronse contemplar las preciosas reliquias que exhalaban suavísimo perfume.

Júzguese de la intensa emoción del pueblo testigo de este prodigio estupendo. El emperador hizo escribir una relación exacta del hecho maravilloso, y la envió al papa Adriano I que la autenticó con su firma y rúbrica dando al acontecimiento carácter oficial.

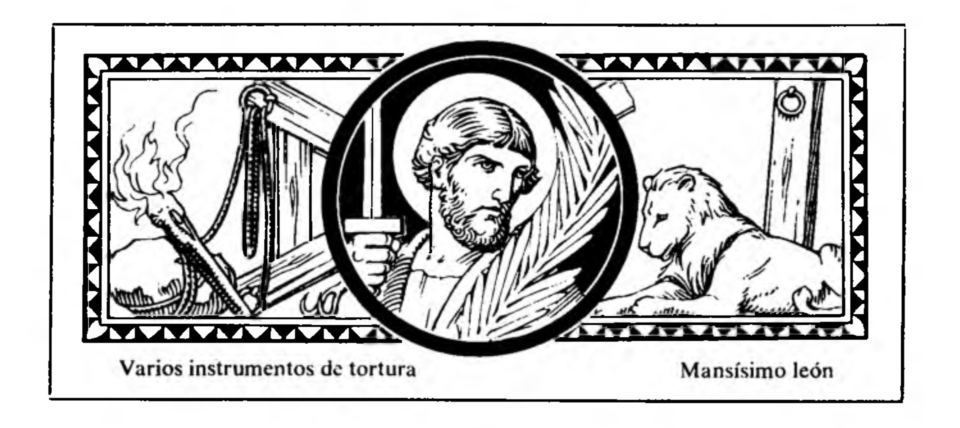
Muchos templos se han levantado en honor de Santa Ana en todo el mundo. El culto de la madre de la Santísima Virgen es uno de los más extendidos; no hay pueblo alguno en el orbe en que no se invoque su santo nombre con especial veneración. Entre los más célebres santuarios —además del de Apt de Provenza— son notabilísimos el de Santa Ana de Auray, en Bretaña, y el de Beaupré, en el Canadá, al cual acuden cada año 600.000 peregrinos del país y de los Estados Unidos.

En España existen igualmente varios templos dedicados a Santa Ana y entre ellos hemos de mencionar el existente en Granada, donde, así como en toda Andalucía, es grande y muy tierna la devoción que se profesa a la Santa. En el templo del Pilar de Zaragoza, se exponen a la veneración de los fieles algunas de sus reliquias, encerradas en riquísimo busto de plata. También se le ha dedicado la catedral de Canarias, de donde es Patrona; su fiesta se celebra allí con gran solemnidad. En Barcelona es muy venerada y hay una hermosa iglesia erigida en su honor.

Antes de la supresión de las llamadas medias fiestas en España, el día de Santa Ana era de este número; pero en realidad habíalo sido entera hasta fines del siglo XVIII. Hoy son pocas la familias verdaderamente cristianas que no siguen en este punto lo antiguamente establecido, ofreciendo a Dios el santo Sacrificio de la Misa por intercesión de nuestra bienaventurada y consagrándole un piadoso recuerdo este día.

SANTORAL

Santa Ana, madre de la Bienaventurada Virgen María. Santos *Pastor, presbítero; Sinfronio y compañeros, mártires;* Erasto, compañero de San Pablo, obispo y mártir; Valente, Fredeberto y Urso, obispos respectivos de Verona, Agen y Troyes; Monulfo y Gondulfo, obispos de Maestricht; Benigno y Lázaro o Caro, solitarios; Simeón, monje y solitario; Jacinto, mártir en Roma. Santas *Loeva, virgen;* Cristina, hija de un rey inglés, virgen.



Varios instrumentos de tortura — Mansísimo león

DÍA 27 DE JULIO

SAN PANTALEÓN

MÉDICO Y MÁRTIR EN NICOMEDIA († 303)

EL 23 de febrero del año 303, el viejo emperador Diocleciano, cediendo a las instancias de su copartícipe el césar Galerio, firmó el decreto de exterminio general de los cristianos. Esto fue el principio de la décima gran persecución, la más violenta y sanguinaria de todas, durante la cual el imperio romano —con excepción de las Galias— se vio anegado en la sangre de los cristianos.

La ciudad de Nicomedia, en Asia Menor, residencia de los emperadores de Oriente, fue testigo del martirio de miles de cristianos que vertieron generosamente su sangre por la fe. Entre estos innumerables héroes, fue uno de los principales San Pantaleón, a quien hoy honramos.

Nació Pantaleón en Nicomedia en el siglo III. Su padre, senador rico e idólatra, se llamaba Eustorgio. Su madre, Eubula, era fervorosa cristiana, mas, por su muerte prematura, sólo tuvo tiempo de dar al niño Pantaleón unas ideas confusas e incompletas de la religión. Después de haberle hecho estudiar las letras, confió Eustorgio la educación de su hijo a Eufrosino, médico primero de Diocleciano. En la escuela de maestro tan eminente, el joven discípulo de Hipócrates, que era muy despierto, hizo tan rápidos progresos, que el mismo emperador pensó en tomarlo

como médico propio. A la ciencia de la medicina unía Pantaleón trato afable y modales distinguidos, junto con notable prudencia y honestidad rara entre los paganos. A juzgar por los comienzos preparábasele brillante porvenir, pero Dios reservaba para él una palma mil veces más honrosa que los lauros de la ciencia profana y los aplausos del mundo.

En una casa humilde y apartada vivía un santo anciano llamado Hermolao, investido del sacerdocio cristiano. La persecución le había obligado a buscar un refugio en aquel lugar ignorado, y sólo salía de él cuando el bien del prójimo lo pedía. En cierta ocasión, encontróse Hermolao con el joven Pantaleón que iba a casa de su maestro Eufrosino, y admirado de su afabilidad y modestia, le invitó a detenerse un instante y solicitó el honor de una amigable entrevista. Consintió muy gustoso el estudiante. Preguntóle el anciano, quién era y a qué se dedicaba.

«Sólo tengo una ambición —le dijo el joven—: llegar a curar todas las enfermedades humanas. Tú ambición es muy digna de alabanza —respondió el santo sacerdote—, y yo te deseo mucho acierto en tus nobles propósitos. Pero ten presente, que Esculapio, Hipócrates, Galeno y otros maestros de la medicina, curan sólo los cuerpos y los curan por poco tiempo y aún no siempre. Jesucristo, al contrario, cura los cuerpos y las almas y da la vida eterna. Mientras vivió sanó a cuantos enfermos le presentaron, aunque estuvieran desahuciados por los médicos. Tiene el poder de comunicar ese don a sus discípulos, los cuales en su nombre han dado y dan aún la vista a los ciegos, oído a los sordos, habla a los mudos, el uso de sus miembros a los paralíticos y vida a los muertos.

Este lenguaje llenó de admiración al joven médico: «Mi madre era cristiana —dijo—, pero como tuve la desgracia de perderla demasiado pronto, no me fue posible aprender la divina medicina de Cristo; y mi padre, que practica la religión del imperio, me ha dado por maestro al célebre Eufrosino. Aún hablaron un rato sobre asuntos del alma y, Pantaleón se despidió del venerable anciano prometiendo volver a verle.

PANTALEÓN CONVIERTE A SU PADRE

Muy pronto otorgó Dios a su alma recta y sincera, una gracia extraordinaria. En una de sus excursiones al campo, halló en el camino el cadáver de un niño muerto y, junto a él, la víbora que le había mor- or-
dido. Lleno de compasión y viendo que la medicina humana no tenía recursos para tales males, acordóse de las palabras del sacerdote cristiano, de que el nombre de Cristo bastaba para resucitar a los muertos, y dijo con espíritu de fe digno de un verdadero cristiano: «¡En nombre de

Jesucristo vuelve a la vida, y tú, serpiente, recibe el mal que has hecho!». En el mismo punto se levantó el niño con vida y quedó la víbora muerta.

A la vista de este prodigio, corrió Pantaleón a echarse a los pies de Hermolao, contóle lo acaecido, y, cristiano ya de corazón, solicitó con insistencia el santo bautismo. Hermolao accedió gustoso a sus deseos, pero imponiéndole que completaría antes su instrucción en la fe cristiana, a este fin el anciano ministro del Señor, retúvole consigo siete días, para enseñarle las verdades de la religión. Administróle después el santo bautismo, y ambos dieron juntos gracias a Dios por aquel hermoso principio.

Volvió Pantaleón a casa de su padre con ardiente deseo de procurar la vida espiritual al que le había dado la temporal, pero juzgó que era necesario proceder con toda prudencia, con miramientos, persuasión y mansedumbre. Mientras tanto, rogaba mucho, y no perdía oportunidad de llamar la atención de su padre sobre la vanidad de los ídolos.

Cierto día, llamaron a la puerta de su casa unos hombres que guiaban a un ciego y solicitaban ver al médico Pantaleón. Tratábase de una enfermedad incurable, pero esto era precisamente lo que esperaba nuestro santo joven para convencer a su padre. Llama, pues a Eustorgio y preséntase con él ante el enfermo. «Vengo a ti —dijo éste— como a mi última y mejor esperanza. Estoy completamente ciego. He consultado a muchos médicos; he gastado inútilmente gran parte de mi fortuna para pagarlos, y sólo he conseguido perder la poca vista que me quedaba». «Si te devuelvo la vista —preguntóle Pantaleón—, ¿qué me darás?». «Todos los bienes que me quedan serán tuyos, con tal que yo vea» —respondió el enfermo. «El Padre de las luces te devolverá la vista por mi ministerio —prosiguió el médico cristiano—, y el dinero que me ofreces, lo darás a los pobres».

Puso Pantaleón sus manos sobre los ojos del infortunado al tiempo que invocaba el nombre de Jesucristo e inmediatamente abrió el ciego los ojos y recobró la vista. Ante semejante maravilla, Eustorgio y el ciego curado cayeron de rodillas, confesaron la divinidad de Jesucristo, y después de abominar del culto vano de los ídolos, declararon ser cristianos. Eustorgio recogió las estatuas de los ídolos que adornaban su casa, las hizo pedazos y las arrojó a una fosa, con inmenso júbilo y alegría de su hijo. Hízose luego instruir en la santa Religión y recibió el Bautismo. Pantaleón dio de ello infinitas gracias a Dios. Eustorgio no tuvo tiempo de perder la gracia bautismal: poco después le llamó el Señor al descanso eterno.

Era éste un magnífico premio para el joven y un poderoso estímulo para su fe. Resuelto así el problema familiar, podrá darse de lleno al fervor apostólico que inundaba su generosa alma.

ANTE EL TRIBUNAL DE DIOCLECIANO

En cuanto Pantaleón se vio en posesión de su herencia, dio libertad a los esclavos, a los que entregó con qué poder vivir honradamente, y distribuyó luego la casi totalidad de su fortuna entre las viudas, los huérfanos e indigentes que se presentaron. La oración y las obras de caridad le ocuparon todo el día. En calidad de médico visitaba a los enfermos, curábalos en nombre de Jesucristo, y lejos de exigirles salario, los socorría con largueza siempre que estaban necesitados.

Los otros médicos de Nicomedia, abandonados por los clientes, y descontentos de ver disminuir día a día sus beneficios, ardieron en celos, y como entendían que Pantaleón andaba en relaciones con los cristianos, le denunciaron a Diocleciano como partidario de una religión ilegal. Para confirmar sus asertos hicieron comparecer ante el emperador al ciego que Pantaleón había curado. —«También yo, dijo, soy cristiano, y proclamo que a Jesucristo, y no a Esculapio, soy deudor de haber recobrado la vista. Vos mismo —añadió dirigiéndose al emperador Diocleciano— que adoráis a vanos ídolos, debierais suplicar a Cristo que os curara de vuestra ceguera espiritual». —«¡Te atreves a ultrajar a los dioses!, clamó enfurecido el emperador, ¿no conoces, ingrato que a su benevolencia debes la vista?». —«Y ¿cómo, señor, vuestras divinidades, falsas y ciegas, podrán dar la vista a otros? ¿No os parece tal idea un evidente absurdo?».

Irritado por tales atrevimientos, mandó el cruel emperador que le cortasen la cabeza. Pantaleón consiguió recoger el cuerpo del mártir y lo sepultó junto a los restos de su padre Eustorgio.

Diocleciano dio orden de que compareciera el médico Pantaleón, y probó de conquistarlo con buenas palabras. «Sólo conozco —respondió el generoso cristiano— a un Dios verdadero, a Cristo; a Él sólo dirijo mis adoraciones. Convoca a tus sacerdotes, Diocleciano, y que traigan un paralítico a nuestra presencia. Yo invocaré a Jesucristo, vuestros sacerdotes suplicarán a Júpiter, a Esculapio y a todos vuestros dioses; quien de ellos devuelva la salud al enfermo, será reconocido por único Dios verdadero. ¿No te parece un buen criterio para discernir?».

Esta proposición excitó la curiosidad del tirano. Por orden suya trajeron a presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros desde mucho tiempo atrás, y a quien los remedios humanos no habían podido curar. Los sacerdotes paganos acudieron en gran número, pues no podían desoír las órdenes del emperador ni darse por vencidos antes del combate. Apuraron todas sus devociones, sus gritos y encantamientos mágicos, sus sacrificios y deprecaciones, mas todo fue inútil, pues



LLEGAN *las fieras con grande ímpetu y braveza, mas viendo a San Pantaleón, luego la pierden, y como mansas ovejas se echan a sus pies. El pueblo se entusiasma ante suceso tan extraordinario y aplaude frenéticamente. Muchos fueron los que entonces se convirtieron a nuestra fe.*

sus dioses permanecieron sordos como en otro tiempo lo hiciera Baal.

Cuando los sacerdotes paganos cedieron en su porfía, invocó Pantaleón al verdadero Dios, acercóse luego al lecho del paralítico, lo tomó de la mano y dijo con gran confianza. «¡En nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, levántate y anda!». El enfermo, recobrando al instante el uso de sus miembros, se levantó y echó a andar. Un estremecimiento de entusiasmo conmovió a la muchedumbre expectante y muchos paganos, sacudiendo la parálisis de su alma se convirtieron al cristianismo.

Furiosos los sacerdotes de los ídolos, persuadieron a Diocleciano de que si no castigaba con rigor e inmediatamente al mágico Pantaleón, la religión del imperio caería en desprestigio y sería abandonada por el pueblo.

Accedió fácilmente Diocleciano a los deseos de los sacerdotes. «Pantaleón —dijo al joven cristiano—, créeme y deja esos mágicos artificios, pues no han hecho feliz a ninguno de cuantos los han practicado». Después, recordando el nombre del santo obsipo de Nicomedia, al que había bárbaramente martirizado, añadió: «Acuérdate de Antimo, ese viejo insensato, que era jefe de los cristianos; ¿de qué le sirvió, dime, su obstinación? Pereció de muerte cruel, como también los otros compañeros enemigos de los dioses y sus imitadores en la impiedad. A los mismos espantosos suplicios debiera haberte condenado por el desprecio que de ellos has hecho. Pero te perdonaré en atención a tu inexperiencia y juventud. Sacrifica, pues, a los dioses». —«Ni tus amenazas, ni tus vanas promesas, lograrán conmover mi corazón, ¿cómo se te ocurre pensar que voy a dejarme tentar por tus bienes, si he renunciado a los que poseía? En cuanto a los suplicios con que me amenazas, no sólo no los temo, antes deseo ardientemente sufrir y morir por amor de Jesucristo. Acabas de hablarme del obispo Antimo; envidio su suerte, pues ahora está gozando de la beatitud eterna en la contemplación del único Dios verdadero. A ti, en cambio, te están reservados suplicios interminables. La muerte coronó dignamente su santa vida, y la púrpura del martirio embelleció el brillo de las canas que nimbaban su venerable cabeza. Si un viejo, abrumado por los años, pudo resistir a tu furor, ¿cómo piensas vencer con tales argumentos el ánimo de un hombre joven como yo?»

COMIENZA EL MARTIRIO

Era ya excesivo el discurso para la paciencia de Diocleciano. Los verdugos tenían preparado el potro y sólo esperaban las órdenes del emperador. Mandó éste retirar de su presencia a Pantaleón y darle tormento. Los verdugos atan al mártir en el potro, le extienden los miembros, des-

garran sus carnes con uñas de hierro, y como si tanto refinamiento les pareciera poco, aplican hachas encendidas a las llagas. Estos atroces suplicios no perturbaron la serenidad de la víctima. Para más, vino Dios en socorro de su siervo de manera sobrenatural, pues en medio de los tormentos, apareciósele Nuestro Señor al santo mártir, le consoló e hizo entrever las alegrías de la Jerusalén celestial en donde le esperaba.

Muy pronto, como fatigado por un peso invisible, adormecióse el brazo de los verdugos al mismo tiempo en que las hachas se apagaban. El paciente se reanimó entonces extraordinariamente: no sentía ningún dolor y sus carnes no conservaban señal de herida ni tortura.

—¡Mágico vil —le dijo el emperador asombrado ante aquel extraordinario suceso—, ya descubriremos el secreto de tu impostura!

—Mi ciencia es Jesucristo —repuso el mártir—, no poseo ningún otro talismán que su divino amor.

—«¿Y si yo aumento tus suplicios?» —«Mi recompensa crecerá en proporción; y así, tú mismo tejerás mi corona».

Al oír esto, dio orden el tirano, de que fundieran plomo en una gran caldera y lo arrojasen en ella. A la vista del líquido hirviente, el valiente confesor de la fe ruega al Señor con humildad y confianza. «Dios mío, escucha mi corazón y líbrame del temor de mis enemigos». Y en seguida, arrójase con intrepidez al líquido abrasador. El Señor oyó sus súplicas y al punto se enfrió el plomo, de manera que no le causó daño alguno.

Los testigos de esta escena, estaban mudos de admiración; pero Diocleciano, ofuscado por su espiritual ceguera, buscaba un medio para desembarazarse de aquel hombre a quien no podía vencer.

Varios oficiales que sabían la gran veneración que los cristianos tenían a los mártires, aconsejaron al emperador que lo mandara arrojar al mar, con el fin —decían— de que perdido su cuerpo en el abismo no pudieran los cristianos recogerlo para después darle culto.

Agradó al tirano esa proposición. Fue, pues, conducido el mártir a la costa; atáronle al cuello una gran piedra y lo precipitaron al mar. Mas el Dios que apaga la voracidad de las llamas, sabe también descubrir «sobre las olas senderos desconocidos a toda criatura». Jesucristo se le apareció por tercera vez, tomó a su fiel siervo por la mano, y caminaron ambos hacia la playa ante el pasmo de los ejecutores.

El emperador quedó en extremo sorprendido e irritado al verle llegar sano y salvo. «Qué, ¿también el mar obedece a tus encantamientos?», preguntó escamado. —«El mar, como los demás elementos, obedece a las órdenes que recibe de Dios —respondió el mártir—. Tus servidores te obedecen a ti, monarca de un día, y ¿quieres que las criaturas no obedezcan al Rey eterno que las ha criado y las conserva?»

EN EL ANFITEATRO

VEREMOS —dijo Diocleciano— de qué te sirven tus artes mágicas frente a las fieras». Y dio orden de que se le trasladara al anfiteatro. La noticia de que un cristiano iba a ser arrojado a las fieras, corrió como la pólvora por toda la ciudad, y una muchedumbre inmensa acudió para presenciar el sangriento espectáculo.

El héroe cristiano adelantóse tranquilo al medio de la arena y levantó sus ojos al cielo. Al abrirse las jaulas, varias fieras corrieron hacia él.

Mas así que llegaron, como fascinadas por un poder sobrenatural, se acercan respetuosamente al Santo, le lamen los pies, y después de recibir su bendición se retiran. Ante espectáculo semejante, aquel gentío, entusiasmado y aterrado al mismo tiempo, aplaude frenéticamente, a la vez que se oye el grito de muchas voces: «¡Qué grande es el Dios de los cristianos! ¡Ciertamente es el único Dios verdadero! ¡Que pongan al justo en libertad!» En su cólera, el tirano mandó matar a las fieras.

El mártir Pantaleón, fue luego sometido al tormento de la rueda, y como saliera sano del suplicio, le arrojaron en un oscuro y hediondo calabozo. Mientras tanto Hermolao y otros dos cristianos, Hermipo y Hermócrates, a quienes detuvieron en su casa, fueron conducidos ante el sanguinario juez. «¿Sois, pues, vosotros —les dijo— los que habéis seducido al joven Pantaleón para hacerle abandonar el culto de los dioses inmortales?» —«Jesucristo, respondieron, tiene muchos medios para atraer a la luz de la fe a los que se hacen dignos de recibirla». —«Dejemos estas fantasías absurdas. No tenéis más que un medio para obtener el perdón del crimen que habéis cometido, y es el de atraer nuevamente a Pantaleón al culto de nuestros dioses». —«Lejos de pensar en pervertir a nuestro hermano, nosotros estamos dispuestos a morir por Jesucristo». El emperador mandó que los sometieran a diversos suplicios y luego les cortasen la cabeza. Sus nombres constan en el Martirologio romano el mismo día 27 de julio.

ÚLTIMO COMBATE. — LA VICTORIA

PANTALEÓN compareció nuevamente ante Diocleciano: «Tus maestros Hermolao, Hermipo y Hermócrates —le dijo el emperador— han reconocido, por fin, sus verdaderos intereses, y han adorado a los dioses, por lo que los he recompensado espléndidamente confiriéndoles grandes dignidades. —¡No veo por ningún sitio a esos tres personajes entre los oficiales de tu corte! —respondió Pantaleón—. No es extraño —replicó cínica-

mente el emperador—, acabo de enviarlos fuera para resolver asuntos urgentes. —Dices más verdad de lo que piensas —replicó el Santo—, pues acabas de mandarlos a la ciudad de Dios, nuestra patria verdadera».

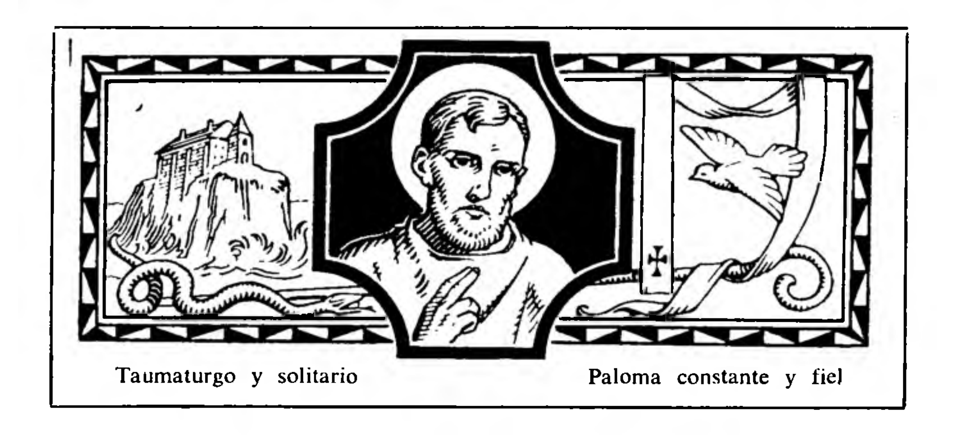
Convencido el tirano de la inutilidad de sus esfuerzos, mandó que flagelaran cruelmente al mártir, mas no porque confiara vencer su esforzado ánimo, sino únicamente para satisfacer la propia sed de venganza y saciar su cólera. Luego le condenó a ser decapitado y quemado su cadáver. Vio llegado Pantaleón el termino de sus combates y pensando en la gloria que le esperaba, fue al suplicio con rostro alegre y bendiciendo a Dios por sus muchas mercedes. Atáronle al tronco de un olivo, y un lictor levantó su espada para segarle la cabeza, pero el hierro se reblandeció como la cera y el cuello de la víctima quedó intacto. Ante este nuevo prodigio, arrojáronse los verdugos de rodillas a los pies del Santo para pedirle perdón.

Vióse entonces un espectáculo enternecedor. El mártir, deseoso de verter su sangre por Jesucristo, suplicó a sus verdugos que ejecutasen la orden. Todos rehusaban, mas, al fin, tanto insistió Pantaleón, que después de abrazarle, se decidieron a cumplir la sentencia. El olivo se vio milagrosamente lleno de frutos. Los soldados no se atrevieron a quemar el cuerpo del Santo, éste fue recogido por los cristianos y sepultado.

Más tarde, Constantinopla, y Luca en Italia, fueron depositarias de aquellas preciosas reliquias. Carlomagno obtuvo la cabeza del insigne confesor de Cristo, y la entregó a la ciudad de Lyón, otros huesos los donó a la célebre abadía de San Dionisio, próxima a París. Las numerosas gracias obtenidas por su intercesión, han hecho muy popular el culto de San Pantaleón. Los médicos le honran como a uno de sus principales patronos.

SANTORAL

Santos **Pantaleón, mártir;** *Aurelio y compañeros, mártires en Córdoba; los siete Santos Durmientes, mártires;* Eterio, obispo de Auxerre, y Deseado, de Besanzón; Mauro, obispo, y sus compañeros Pantalemón y Sergio, mártires en Italia, en tiempo de Trajano; los Mártires de Arabia, quemados vivos en tiempo del tirano Dunaán; Félix, martirizado en Nola; Hermolao, presbítero, maestro en la fe de San Pantaleón; Hermipo y Hermócrates, hermanos, mártires en tiempo de Galerio. Beatos Fernando, dominico; Rodolfo Aquaviva y compañeros, mártires; Nevolón, el cual se santificó en el humilde oficio de zapatero en Faenza, de la Romaña italiana; Hugo, niño inglés, martirizado por los judíos en 1255. Santas *Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires;* Julia y Jucundia, mártires en Nola; Antusa, que después de atormentada por los inconoclastas murió en el destierro; *Bartolomea Capitanio, cofundadora de las Hermanas de la Caridad* (véase el tomo III, pág. 612). Beatas Lucía de Amelia, terciaria agustina; María Madoz; y Cunegunda, reina virgen y religiosa clarisa, patrona de Polonia.



Taumaturgo y solitario   Paloma constante y fiel

DÍA 28 DE JULIO

EL SANTO OBISPO SANSÓN

ABAD Y PRIMER OBISPO DE DOL (480?-565?)

VARÓN es éste de sorprendente originalidad, pues que fue a la vez monje y misionero, ermitaño y peregrino, modesto abad y prelado insigne a quien caracterizó siempre una profunda humildad. Cabeza de los «siete Santos de Bretaña», se le considera como uno de los principales evangelizadores de aquella región de la Galia.

Su llegada a las costas armoricanas coincide con el período más activo del éxodo del pueblo bretón, cuando, cediendo éste al empuje violento y devastador de los sajones, vino a establecer en el país de Domnonea, que forma en la actualidad la parte septentrional de la Bretaña francesa.

Por espacio de doscientos años fueron llegando verdaderas caravanas de embarcaciones que surcaban el canal de la Mancha trayendo a aquellos voluntarios desterrados a su nueva patria. En la mayoría de los casos eran los monjes quienes tutelaban dichas emigraciones, monjes cuyo arrojo y santidad se imponían a sus conciudadanos gracias a ellos fue posible realizar aquellas penosas travesías y organizar después los nuevos núcleos de población en aquel país totalmente desconocido para ellos.

Sansón, cuya vida vamos a narrar, puede a buen título considerarse como el tipo acabado de esos hombres extraordinarios que aun hoy a pesar de la realidad de su historia, se nos ofrecen como héroes de leyenda.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

La familia de Sansón era originaria del sur de Gales. Su padre por nombre Amón Du, procedía del condado de Clamorgan, su madre, Ana, de la provincia de Gwent. Ambos consortes eran de noble alcurnia; sus progenitores habían desempeñado en la corte de los reyezuelos de aquellas provincias, el cargo de «dystain», que vale tanto como maestresala, dignidad importante que seguía inmediatamente a las de mayordomo de palacio y capellán de la casa real.

Fruto de este matrimonio fue, hacia 480, el niño Sansón, cuyo nacimiento esperaron ansiosamente los padres por espacio de muchos años. Siguiéronle cinco hermanos y una hermana.

La piadosísima madre, que había consagrado en secreto a su primogénito al servicio del altar, veló con especial cuidado sobre su tierna infancia. Cumplidos los cinco años, tratóse en familia el asunto de la educación del parvulito. Amón deseaba que su hijo mayor, a la usanza de aquellos tiempos, siguiera la carrera de las armas, pero muy otra era la voluntad divina, y así, el padre, después de algunas vacilaciones, consintió en enviar al niño a la escuela monástica. Es más, presentóse en persona con su hijo al abad Iltudo que gobernaba el monasterio de Llantwit.

Aquel santo abad e insigne educador, dióse pronto cuenta de las bellas cualidades que atesoraba el nuevo discípulo, rodeóle, pues, de tiernos cuidados y no perdonó medio para hacer fructificar al ciento por uno los talentos de aquel ser privilegiado, de manera que a los quince años el discípulo casi igualaba al maestro y por su erudición podía compararse con los más aventajados de entonces. Lejos, sin embargo, de envanecerse por ello, buscaba únicamente enriquecer su alma con aquella encumbrada sabiduría que nace de la humildad. Cierto día en que no hallaba solución a una dificultad filosófica, encomendóse a Dios de modo más apremiante, como único maestro de quien deseaba recibir enseñanza, y no sólo iluminó su entendimiento el anhelado destello de luz divina, sino que hasta la misma celda quedó inundada de claridad al tiempo que una voz le prometía despachar favorablemente cuantas gracias solicitase de lo alto.

Los milagros de Sansón demuestran bien a las claras que Dios no rehusaba cosa alguna a su siervo, y que estaba dispuesto a facilitarle los caminos para llevarlo a una gran santidad.

VIDA MONÁSTICA Y SAGRADOS ÓRDENES

Cierto día de verano en que, por orden de San Iltudo, se hallaba nuestro joven, con otros estudiantes, arrancando plantas silvestres en un campo de trigo, como uno de los niños removiese una piedra, saltó una víbora y le picó en la pierna. La muerte del niño era inminente, entonces Sansón, recordando al Señor la promesa que le hiciera de asistirle siempre que le invocara, bendijo la herida, empleando para ello agua bendita y aceite de la lámpara del santuario, e inmediatamente sanó el niño.

Tomó Sansón el hábito en el monasterio en que se educara, y al hacerlo se abrazó definitivamente con las austeridades que de ordinario se imponen los santos. San Dubricio, obispo de Caerlón —*Isla Silurum*—, confirióle el diaconado, y durante la ceremonia vióse una paloma revolotear sobre la cabeza del joven, cual si con ello quisiera manifestar el Señor cuan grato le era el nuevo diácono. La paloma volvió a verse en la ceremonia de la elevación al sacerdocio y, más tarde, en la de su consagración episcopal: Testimonio de la predilección con que el Señor amaba a su siervo.

SU FAMILIA ABRAZA EL ESTADO RELIGIOSO

No acierta uno a comprender cómo Sansón pudo tener enemigos. Sucedió, no obstante, que dos sobrinos de Iltudo, que vivían en el monasterio, ambos de costumbres depravadas, cobraron tal aversión al siervo de Dios, que no perdonaron acasión de agraviarle, llegando hasta a quererle envenenar. A tal efecto, uno de ellos, que era farmacéutico, preparó un brebaje emponzoñado y se lo ofreció cierto día en que, por prescripción de la regla, todos los monjes del monasterio debían tomar una bebida de efectos medicinales. Con gran sorpresa de los dos malvados, bebióla Sansón sin experimentar el menor daño, no obstante haber dado muerte a un perro grande al cual se lo propinaran por vía de ensayo.

Bien pronto se percató el pueblo de las extraordinarias virtudes de Sansón y de los milagros que el cielo obraba por sus manos, por lo cual nuestro Santo, que deseaba llevar vida más recogida, pidió a San Iltudo licencia para retirarse a un monasterio situado en una isla apartada, bajo el gobierno del abad Pyrón. Dicho monasterio, que se llama hoy día Caldey, conserva su gran celebridad en la historia religiosa de Inglaterra.

Quince días llevaba allí nuestro Santo cuando se presentó un correo para pedirle que acudiera a la casa paterna, pues su padre, que se encon-

traba moribundo, quería ver a su hijo antes de expirar. El abad Pyrón ordenó a su discípulo que partiera sin demora, y éste obedeció. Con tal motivo, refiere la leyenda que al atravesar un bosque el monje y su acompañante fueron perseguidos por el demonio que se presentó bajo la forma de una dama de incomparable hermosura. El tentador, que no pudo triunfar ni de uno ni de otro, para vengarse, arrastró por las peñas y las zarzas al emisario del anciano moribundo hasta dejarle en estado lastimoso. En semejante trance, acudió Sansón al Señor; y, haciendo la señal de la cruz, ahuyentó al espíritu maligno y sanó al herido sin que se notase en él rastro alguno de contusiones. Llegado que hubieron a casa de Amón, experimentó éste gran alegría, a pesar de la gravedad de su estado; mas volviendo por el interés de su alma, reprimió los demás sentimientos, y humildemente se confesó con su propio hijo. Sansón quedó admirado de las santas disposiciones de su padre y oró por él con tanto fervor que, al otorgar al penitente el perdón de sus culpas, curóle igualmente de la enfermedad que le tenía a las puertas del sepulcro.

Este inesperado favor movió al agraciado a consagrar su vida al Soberano Maestro. Cinco hijos suyos, hermanos de nuestro Santo, tomaron igual resolución, así como su madre; de esta suerte toda aquella piadosa familia emprendió el camino del monasterio, dirigiéndose cada uno hacia donde la gracia de Dios le inclinaba. Un tío y una tía del Santo no pudieron resistir a ejemplo tan avasallador e imitaron a sus familiares en el sacrificio. La hermana de Sansón fue la única que se quedó en el siglo.

Amón y Umbrafel, padre y tío respectivamente del Santo, le siguieron a su regreso al monasterio de Pyrón y allí vistieron el hábito y se consagraron a Dios. La ejemplaridad de su vida dio fe de su sincera devoción.

ES NOMBRADO ABAD. — VIAJE A IRLANDA

Pocos meses habían transcurrido en paz y tranquilidad, cuando el abad Pyrón vino a fallecer. Esta muerte contrarió sobremanera a Sansón, pues con ello perdía a un padre y a un amigo. Cerrada apenas la tumba, hubo de procederse a nueva elección, y a la voz de sus Hermanos se concertó para elegirle por abad. El elegido vio malparada su humildad, pero, al fin, hubo de rendirse a la voluntad de Dios. Apreciábanse en el nuevo abad todas las cualidades que deben adornar a un prelado: celo, caridad, prudencia; pero lo que más brilló en él en esta época de su vida, fue la caridad para con los pobres, tenía dada orden de que no se despidiera a nadie sin socorrerlo. Cierto día, como no tuviese otra cosa que darles sino la miel de las colmenas del huerto, dejóse llevar por la vehemencia de su



El padre del santo abad y obispo Sansón, se presenta en el monasterio con su hijo y solicita que se le permita pasar bajo su dirección espiritual los años que el Señor le conceda de vida. La esposa de este venturoso padre y cinco hijos suyos imitáronle tomando idéntica resolución. Toda la familia, menos una hermana de Sansón entró en un monasterio.

caridad y mandó despojarlas en provecho de los pobres. Dios, en premio, permitió que al día siguiente las colmenas se vieran tan surtidas como si no se las hubiera catado.

Diecinueve meses gobernó Sansón el monasterio. Un buen día pasaron por Llantwit unos religiosos irlandeses que regresaban de Roma y quiso el Santo acompañarlos a su tierra; en el poco tiempo que los tratara, habíase dado cabal cuenta de lo versados que estaban en las ciencias sagradas, y deseó aprender en la escuela. Así, pues, pidió licencia a su obispo San Dubricio, y pasó, por algún tiempo, a la verde Erín.

Mas no duró mucho tiempo su estancia allí. Los repetidos milagros con que el Señor le honraba, acabaron por atraerle una serie de honores y deferencias incompatibles con su humildad. Solició, pues, y obtuvo de sus nuevos superiores autorización para volverse a su monasterio.

Acababa de embarcarse e iban ya a abandonar el puerto cuando a toda prisa se presentaron dos religiosos para suplicarle que acudiera en socorro del superior, repentinamente atacado por el espíritu del mal. El capitán del barco no quería retrasar la partida. «Podéis marchar cuando queráis —dijo Sansón—, que mañana os alcanzaré». El capitán dio orden de levar anclas, y aunque trataron de hacerse a la vela, no pudieron salir al mar porque el viento los rechazaba de continuo. De manera que, cuando al día siguiente regresó Sansón, aún seguía la nave en el puerto.

HUYE A LA SOLEDAD

De vuelta a su monasterio, tuvo la satisfacción de comprobar los progresos de su padre y de su tío en la senda de la virtud, y sobreponiéndose a toda consideración humana, les mandó, en virtud de santa obediencia, que fueran al monasterio de Irlanda. Ante los ruegos de los monjes que le pedían aceptase nuevamente el gobierno del convento, rehusó él en absoluto. Después, movido por impulso de lo alto, abandonó para siempre su abadía y se puso en camino con cuatro de sus monjes que quisieron seguirle en la nueva peregrinación.

En las márgenes del Saverna, no lejos de las ruinas de un antiguo castillo, descubrieron nuestros viajeros, en el corazón de un intrincado bosque, una gruta de difícil acceso. Sansón instaló a sus cuatro compañeros en las ruinas del castillo y él se retiró a la mencionada gruta con orden expresa de que le dejaran solo. Salía los domingos para celebrar la santa Misa en el oratorio que sus monjes habían improvisado, y se volvía luego sin decir el paraje adonde se retiraba.

Por entonces celebraba sínodo el obispo de la región. Habiendo llegado a oídos de la asamblea el relato de la vida y milagros del santo monje, mandó que fueran en su busca y en atención a sus grandes virtudes, obligósele, por precepto de obediencia, a tomar la dirección del monasterio fundado años atrás por San Germán de Auxerre en aquellos parajes.

DE MONJE A OBISPO

ALGÚN tiempo después se congregaron tres obispos en el monasterio de nuestro Santo para proceder a la elección de un nuevo Pastor. Era costumbre de la Iglesia de Cambria por aquellos remotos tiempos, que en la consagración de un prelado fueran asimismo consagrados otros dos más que pudieran servirle de asesores. Esta vez el obispo titular ya estaba elegido, así como uno de los que debían compartir con él tal dignidad; pero la elección del tercero se había aplazado hasta el día de la asamblea. San Dubricio, uno de los tres prelados oficiantes, tuvo aquella misma noche una visión en la que un ángel le advertía que, por divina voluntad, había de ser Sansón el tercer obispo consagrado.

El cargo de obispo *in pártibus*, aunque muy honorífico, no bastaba al celo del nuevo pontífice, con todo permaneció en esta forma por espacio de varios años. «Cruza el mar —le dijo un ángel en una noche de Pascua— y vete al país de la Armórica, donde te aguardan las ovejas que Dios encomienda a tu custodia». Partió Sansón sin demora, y fue derramando favores a su paso durante el viaje. Al atravesar una aldea en donde celebraban una fiesta pagana en honor de un ídolo que todavía allí conservaban, sucedió que una joven que guiaba una carroza tirada por briosos corceles, dio tan espantosa caída que falleció en el acto. Sansón mandó que le trajeran el cadáver, púsose a orar por espacio de dos horas y le devolvió la vida. En vista de lo cual el vecindario renunció a sus dioses y pidió se le preparara con el fin de abrazar el cristianismo.

Más adelante halló el santo prelado un paraje que le pareció muy a propósito para edificar un monasterio; detúvose, pues, allí, y a su tiempo dio feliz término a la fundación. La cueva que eligiera para morada, era precisamente guarida de una espantosa fiera que sembraba terror y espanto por aquellas cercanías , las crónicas afirman que era un «dragón», apelativo que los antiguos aplicaban a toda suerte de animales de extraordinaria ferocidad. Sansón libró de aquella plaga a la comarca.

Terminado que hubo el nuevo monasterio, llamó a su padre para que lo dirigiera y él partió para la Armórica.

FUNDA UN MONASTERIO EN DOL

No llegó solo el infatigable monje: muchos coterráneos suyos y varios religiosos obtuvieron licencia para acompañarle. Entre ellos merecen especial mención San Maglorio y San Mein o Mevino. Tomaron tierra en la desembocadura de un río llamado Guyul y se encontraron con un señor de la región llamado Privato, cuya mujer padecía lepra y cuya hija estaba poseída del demonio. Movido a compasión, el santo viajero siguióle hasta su casa y curó a las dos enfermas. La gratitud de Privato fue tan señalada que ofreció al santo obispo parte de sus tierras para fundar en ellas un convento: el convento de Dol, que bien pronto se vio rodeado de cabañas hasta llegar a convertirse poco a poco en una verdadera aldea. Poco después levantó Sansón otro convento en Landtmor, y dejó por abad a San Maglorio. Toda la Bretaña y particularmente la parte septentrional, fueron el campo de las correrías apostólicas del infatigable apóstol; allí fundó numerosos monasterios filiales del de Dol, que no tardaron en convertirse en otras tantas parroquias adonde pudieron en su día acogerse los nuevos emigrados de allende la Mancha.

Grandes turbulencias traían por entonces dividida la Bretaña; habíalas provocado la muerte del rey Jonás a manos de su colega el rey Conomor. Los hombres más principales de la comarca fueron a rogar al abad de Dol que acudiese a París para interesar a Childeberto en favor de Judual, hijo de Jonás. Prestóse el Santo a cumplir esta misión, y si bien Childeberto, cediendo a consideraciones políticas, no se determinó a restablecer inmediatamente al joven príncipe, deferente con el santo embajador, cedióle tierras en las riberas del río Risle, en Normandía. Sansón edificó allí el monasterio de Pental, sufragáneo de Dol.

Judual entró por fin en posesión de sus Estados, y, muy agradecido, colmó de favores al monasterio de Dol. Mas no paró ahí su interés por el Santo apoyado por la autoridad de Childeberto, gestionó ante el papa Pelagio I que el monasterio fuera erigido en obispado. El Papa le otorgó este favor y envió el palio a Sansón, el cual lo recibió descalzo y de hinojos. Ocurría esto hacia el 556.

Esta prodigiosa actividad no fue impedimiento para que el santo obispo dedicara muchas horas al recogimiento y a la oración. Y, aunque en todos sus trabajos obraba con el espíritu sobrenatural, gustaba a menudo de apartarse de ellos, para concentrarse en más íntima unión con Dios y para entregarse ardorosa y profundamente al estudio de las cosas que entraban en el campo de su misión apostólica.

ASISTE AL III CONCILIO DE PARÍS.—SU MUERTE

El año 557, trasladóse nuevamente a París para asistir al tercer Concilio que se celebraba en aquella ciudad. En semejante circunstancia brilló su humildad con destellos singulares. Resistióse a firmar con los arzobispos, a pesar de que se lo autorizaba el privilegio del palio e hízolo el penúltimo entre los obispos con esta fórmula «Yo, Sansón, pecador, obispo..» Movido de los mismos sentimientos de humildad, rehusó ocupar el aposento que el rey había mandado disponer en su propio palacio, y fue a hospedarse en el monasterio de San Germán. Era a la sazón de edad avanzada y estaba encorvado bajo el peso de los años. En el viaje de regreso a Bretaña, rompióse una de las ruedas del vehículo, encontrábanse entonces en las llanuras de Chartres y era difícil dar allí con un obrero que reparase la avería. Hizo Sansón la señal de la cruz en la rueda y permitió el cielo que al instante quedase ésta en perfecto estado con lo que les permitió continuar su camino. Informado el rey Childeberto, mandó que en recuerdo de semejante prodigio se edificara un monasterio.

Llegado a su residencia, libró a ocho endemoniados y curó a dos enfermos que estaban a las puertas de la agonía. Igualmente, devolvió la vista a una señora que, sin atender a su prohibición, había penetrado en el claustro y se había quedado ciega en castigo.

Como se prolongase mucho una enfermedad que padecía, vino a entender que el término de su carrera estaba cercano. Congregó, pues, a los monjes y, después de exhortarlos vivamente a perseverar en su estado con gran entusiasmo, nombró a San Maglorio por sucesor. Recibidos, al fin, los últimos sacramentos, entregó su bendita alma al Creador el 28 de julio de 565.

SANTORAL

Santos *Víctor I, papa y mártir; Nazario y Celso, mártires;* Inocencio I, papa, **Sansón, obispo;** Peregrino, presbítero; Acacio, mártir en Mileto, en tiempo del emperador Licinio; Eustasio, mártir en Ancira (Angora); Raimundo Palmier, confesor; Botvino, mártir en Suecia; Cameliano, obispo de Troyes. Beato Antonio de Leonisa, franciscano. Santas *Catalina Tomás, virgen;* Columba, virgen y mártir, hija de un noble zaragozano; Septimia y Augusta, vírgenes. Irene, abadesa en el monasterio constantinopolitano de Crisobalante.



La «tarasca» — Iglesia de las Santas Marías del Mar

DÍA 29 DE JULIO

SANTA MARTA

VIRGEN; HERMANA DE MARÍA MAGDALENA Y DE LÁZARO (siglo I)

MARTA es el nombre de una de las santas mujeres que aparecen en el Sagrado Evangelio. Sábese positivamente que era hermana de Lázaro y de María, los tres de Betania. Como ya dijimos, el día 22 de este mismo mes, es creencia muy admitida en la Iglesia la identidad de María de Betania, María la pecadora y María de Magdala, citadas así en el Santo Evangelio. El poeta cristiano Fortunato fue el primero que adjudicó a Santa Marta el título de «virgen», apelativo hermosísimo que siempre ha sido ratificado por el pueblo cristiano.

LA FAMILIA AMIGA DEL SEÑOR

HABÍA sido convidado Jesús por Simón el fariseo a comer en su casa de Cafarnaúm. Estaba sentado el Señor en la sala del banquete, cuando he aquí que una pecadora, sobrado conocida en la ciudad y alrededores, entró en el lugar y fue a echarse a los pies de Jesús. Allí, humildemente postrada, besábaselos sin cesar mientras las lágrimas corrían abundantes

de sus ojos. Con su larga y hermosa cabellera iba al mismo tiempo enjugándolos y los ungía después con un perfume delicioso que a profusión derramaba de un vaso de alabastro.

Los espectadores de aquella escena, incapaces entonces de comprender su sublimidad, murmuraban abiertamente contra lo que juzgaban descarado atrevimiento por parte de aquella mujer.

El Maestro Divino, que leía en el fondo de aquel dolorido corazón, dijo solemnemente a la arrepentida pecadora· «Perdonados te son tus pecados». La mujer así purificada era María Magdalena, hermana de Marta. A partir de aquel día uniéronse las dos al séquito del Salvador, y fueron, con su hermano Lázaro, los amigos más privilegiados del Divino Maestro; precisamente en la casa que ellos tenían en Betania le gustaba venir a descansar de las fatigas de su predicación. En ella encontraba corazones puros y desinteresados, y el bien incomparable de un cordial y verdadero afecto.

«LA MEJOR PARTE»

EN cierta ocasión, iba el Señor a Jerusalén; de camino entró en un poblado que no se nombra en el Evangelio, pero que fue, sin duda, Betania, lugar donde vivían nuestros amigos.

Salió Marta a recibirle. Y mientras ella se entregaba con diligencia a las labores domésticas, María, su hermana, estábase a los pies de Jesús escuchando sus palabras. Marta, que no comprendió entonces el valor de aquella divina contemplación, juzgando que su hermana no llenaba los deberes de la hospitalidad y no usaba de caridad al descargar en ella todos los quehaceres de la casa, exclamó:

—Señor, ¿no ves que mi hermana se desentiende de lo que yo hago? Dile que me ayude.

María ni siquiera se defendió. parecía confiar a Cristo la respuesta.

Marta, Marta —dijo entonces el divino Maestro con dulzura y gravedad, ¿por qué te turbas y te inquietas así? Te preocupas demasiado; a la verdad una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte y no le será quitada.

Un autor glosa de este modo la respuesta de Jesús: «El Señor vitupera lo que pudiera haber de excesivo en la actividad de Marta, y ello porque ese exceso impide ocuparse en lo principal, que es el cuidado de la vida espiritual. María escogió la mejor suerte, la verdadera mejor suerte; la que Marta tomó para sí carece de esa bondad primaria. Nuestro Señor no quiere pues, que María se vea obligada a abandonar lo necesario, y a la vez excelente, por lo que tan sólo es bueno y útil».

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

FORZADO a salir de Jerusalén y amenazado de muerte por los judíos, hubo de volver Jesús a Galilea. Lázaro enfermó por entonces, y sus dos hermanas enviaron en seguida este recado al Salvador

—Señor, el que amas, está enfermo.

Pero sea por poner más a prueba la fe de Marta y de María, sea por acrecentar la fe de sus discípulos con el mayor brillo del milagro que preparaba, Jesús no se dio prisa alguna en corresponder al fraternal ruego, y cuando llegó a Betania, hacía cuatro días que Lázaro había muerto.

Para unirse al duelo de las dos hermanas habían acudido, a Betania muchos judíos. Apenas conoció Marta la llegada de Jesús, corrió a su encuentro y exclamó al verle

—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano, pero ya sé que todo lo que pidas a Dios, te lo concederá.

—Tu hermano resucitará —aseguró Jesús.

Marta, empero, abstraída en su dolor, sólo acertó a contestar·

—Sí, Señor, ya sé que resucitará en el día postrero.

—Yo soy la resurrección y la vida —replicó Jesús—, el que cree en Mí, aun cuando haya muerto, vivirá, y el vive y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Marta, entonces, iluminada por el cielo, añadió al punto:

—Sí, Señor, creo que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo.

Después de tan hermosísima confesión, corrió Marta hacia su hermana y díjole al oído:

—El Maestro está ahí y te llama.

Al oírlo, María levantóse precipitadamente y corrió a echarse a los pies de Cristo que se mantenía a cierta distancia del bullicio, en el sitio mismo en que Marta le había encontrado. Y repitió presurosa la misma dulce queja de su hermana:

—Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.

Profundamente apenado, fuése el Salvador hacia el sepulcro y mandó quitar la losa que lo cubría. Marta, temerosa de que la fetidez molestara al Señor, dijo «Ya hiede, Maestro, hace cuatro días que murió». Jesús le replicó con suave autoridad «¿No te he dicho antes que si crees verás la gloria de Dios?» Y poniéndose ante el sepulcro abierto, dio testimonio de su Padre que está en los cielos, y, con voz poderosa, gritó:

—Lázaro, sal fuera.

A la orden de Dios, levantóse el difunto incorporándose a pesar de los lienzos y ligaduras que le envolvían por completo, y adoró al que le había arrebatado de las garras de la muerte. Prodigio tan estupendo que debiera haber bastado para abrir los ojos a sus enemigos, sólo sirvió para incitarles a tramar la muerte del Señor.

Parece ser que aún enseñan en Betania un aljibe cavado en la roca denominado «aljibe de Santa Marta», junto al cual, según se cree, encontró por vez primera la Santa a Nuestro Señor. Al pie del aljibe, y un tanto elevada de la roca del suelo, existía una piedra oblonga, llamada vulgarmente «la piedra de Betania», que ha sido siempre muy venerada porque, según dice la tradición, en ella estuvo sentado el Salvador esperando a María cuando Marta fue a buscarla... Los peregrinos arrancan con respeto pedacitos de esta piedra que guardan y honran como reliquias. . Algunos autores la llaman «la piedra del coloquio o del diálogo».

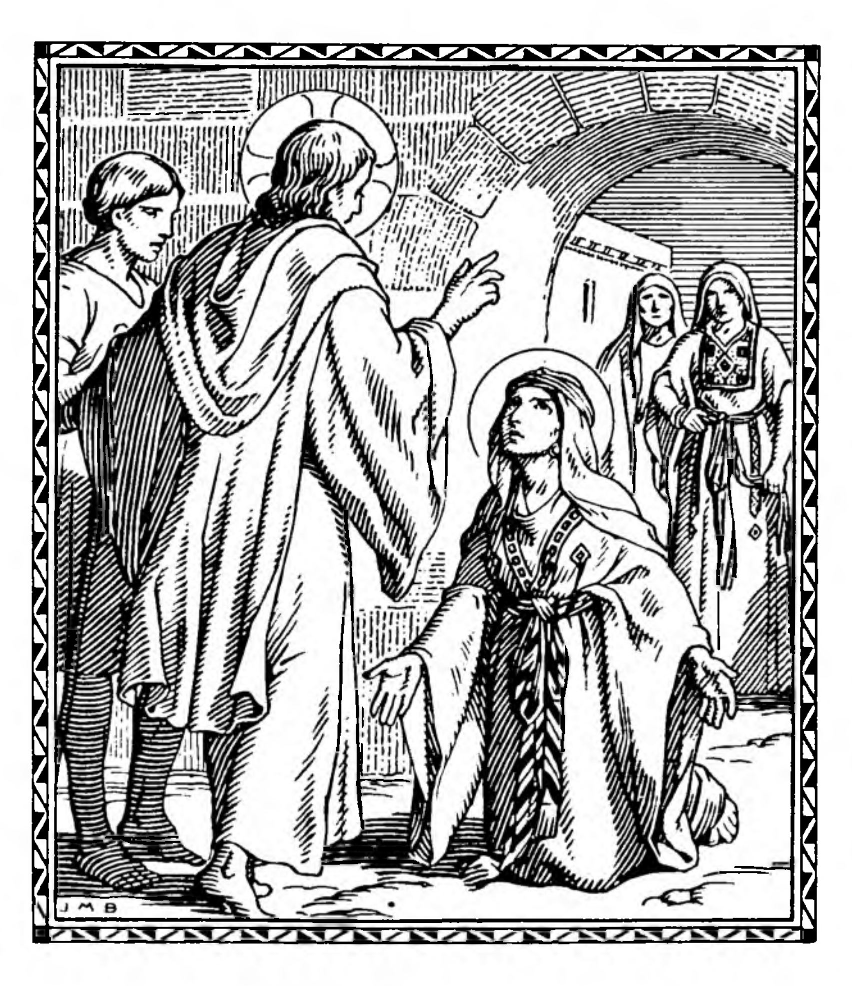
DESDE LA PASIÓN A LA ASCENSIÓN

Seis días antes de Pascua estaba Jesús de nuevo en Betania. Cenó en casa de Simón el leproso; Lázaro era uno de los convidados; Marta servía a la mesa. En esta circunstancia, María Magdalena repitió la escena del vaso precioso cuyo contenido vertió en los pies y cabeza del Salvador, utilizando sus blondos cabellos como toalla y provocando con su santa osadía murmuraciones de varios comensales, murmuraciones a las que el Señor contestó con una bellísima apología del gesto de aquélla.

La antevíspera de la Pasión no fue a Jerusalén como en los días precedentes; pasó aquellas horas supremas en Betania orando y en mutuas confidencias con María, su Madre, con sus discípulos y con la familia amiga que le brindaba hospitalidad.

Desde este momento ya no hace el Evangelio referencia alguna de la Santa. Llegada la hora definitiva de la victoria, fuése Jesús a Jerusalén. Y mientras María Magdalena, la pecadora purificada, se deshacía en lágrimas viendo sufrir por los pecados de los hombres al que ella tanto había amado, Marta, más reposada en su propia aflicción, confortaba con tierna solicitud a la Madre de Dios. Con Ella quedó al pie de la Cruz, junto con las demás santas mujeres, durante la jornada luctuosa del Viernes Santo, y formó luego en el fúnebre cortejo del entierro de Cristo.

Cuarenta días después de resucitado, abandonó Jesús esta tierra y subió a los cielos teniendo a la vista Betania, vuelto los ojos hacia sus muros, del lado del Oriente, casi a igual distancia del Calvario donde murió y de la casa en que más y mejor se le había amado.



Si hubieses estado aquí, Señor —dice Marta—, no hubiera muerto mi hermano». «Yo soy —respondió Jesús— la resurrección y la vida. El que cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto, Marta?» «Creo, Señor, que Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo que has venido al mundo».

LA TRADICIÓN DE LAS IGLESIAS PROVENZALES

ESTA segunda parte de la vida de Santa Marta ha tenido la virtud de hacer correr ríos de tinta. En ella se ha involucrado la gran cuestión de la apostolicidad de la Iglesia de las Galias. En el siglo XVII un tal Juan de Launoy —escritor de crítica tan extremada que hubieron de ser incluídas treinta de sus obras en el Catálogo del Índice publicado en el pontificado de Pío XI— daba a luz una disertación latina titulada «Sobre la ilusoria venida de Lázaro y Maximino, Magdalena y Marta a Provenza». Posteriormente, varios escritores más han roto lanzas en el mismo sentido, pero se han levantado contra ellos no pocos defensores de la opinión tradicional cuyos títulos más incontrastables remontan al siglo XII, sin que eso quiera decir que no existan otros documentos anteriores.

Y, como quiera que siempre ha de pesar más ante el buen sentido el testamento oral de los pueblos —quizá algo desfigurado por la forma misma de su propagación, pero medularmente histórico—, que no la crítica de sentido iconoclasta, traemos aquí, en estracto, las tradiciones que guardan y veneran los pueblos costeros del Mediterráneo francés.

Después de la Asunción de la Santísima Virgen, María Magdalena, Marta y su sierva Marcela, junto con María Salomé, que habían atendido abnegadamente a la Madre de Dios, alcanzadas por la sañuda persecución de los judíos, fueron embarcadas con Lázaro, Maximino y otros en una nave privada de velas y timón, y abandonada así en alta mar.

Pero Jesús, que en la más deshecha tempestad había salvado y dirigido la barca de Pedro, velaba también sobre sus amigos de Betania y las olas calmaron sus furores ante los siervos de Cristo. Los mismos ángeles pilotaron aquella embarcación hasta dejar su precioso cargamento en la costa gala. En memoria de este portentoso hecho, existe aún hoy día la aldea de las Santas Marías y su Iglesia en el lugar mismo en que abordó la nave. Allí conservan, como inapreciable depósito, los cuerpos de las Santas Salomé y Jacobé que son todavía instrumento de innúmeros prodigios.

Los santos viajeros tomaron posesión, en nombre de Dios, de la tierra que de su mano recibían Lázaro se fijó en Marsella, cuya iglesia le venera como a su primer obispo y guarda su sepulcro, Trófimo y Maximino fundaron respectivamente las hoy iglesias metropolitanas de Arlés y Aix, María Magdalena se refugió en la soledad de la Sainte-Baume para continuar allí su vida de penitencia y contemplación, entretanto que Marta y Marcela se entregaban a los trabajos evangélicos en Aviñón y más tarde en las inmediaciones de la actual ciudad de Tarascón.

SANTA MARTA ENCADENA A UN DRAGÓN

Las poblaciones ribereñas del Ródano donde Marta iniciaba su obra evangelizadora, veíanse dominadas por la presencia de un monstruo formidable, muy semejante, por las señas que la tradición nos ha dejado algo exageradas, a los que describen los tratados de paleontología.

Un día en que Marta dirigía la palabra a los habitantes de Tarascón, no lejos de donde tenía su guarida la tremenda bestia, hízole saber la muchedumbre que si lograba dar muerte al dragón abrazarían la nueva fe.

—Si estáis dispuestos a creer —replicó la virgen— no será difícil conseguirlo, porque todo es hacedero para el alma creyente.

Y avanzó tranquila y sonriente hacia el temible antro, seguida a muy y
respetable distancia por la gente, que apenas se atrevía a creer posible aquella gallarda actitud con que Marta se acercaba al peligro.

Tan sólo el signo de la cruz empleó la intrépida mujer contra el enemigo del pueblo, el feroz animal baja entonces la inmensa cabeza, y Marta sujétalo con su ceñidor, y lo lleva como trofeo de victoria a la multitud. Todos temen que sea aquello una añagaza del monstruo, y el espanto crece a medida que lo ven acercarse. La virgen cristiana los anima y entonces, cuando se han convencido de la grata realidad, precipítanse sobre la bestia cruel y la inmolan mientras dan rendidas gracias a Cristo triunfador.

Desde entonces celebran los tarasconeses su ventura con una magnífica procesión que invariablemente cierra la figura de un monstruo, que llaman «la tarasca» y es recuerdo del de antaño.

Marta fijó su residencia en aquella ciudad, se constituyó en sierva de los necesitados y estableció en su casa una comunidad de vírgenes. Pronto aquello fue un centro de atracción para las gentes y un foco de apostolado y conversiones por los numerosos milagros que el Señor obraba por su insigne sierva. Al poco tiempo levantóse allí una magnífica iglesia que, según la tradición, dedicaron San Trófimo y San Eutropio.

MUERTE DE LA SANTA

El fin de aquella vida se acercaba. Ya Marta había visto, por divina permisión, el alma de su santa hermana que volaba al cielo en compañía de los ángeles. Ella misma, enferma ya, pero penitente aún, supo la hora de su dichoso tránsito, y se preparó con gozo indecible para volar hacia el Amado de su corazón. Tardábale ya aquel momento por el que venía suspirando desde tantos años atrás.

Llegado el día designado, hizo extender bajo un frondoso árbol un lecho de paja cubierto por un cilicio; allí fue colocado su cuerpo enfermo, de conformidad con sus indicaciones. Pidió entonces el Crucifijo; volvió luego el rostro hacia los devotos venidos para recibir su postrer suspiro, les rogó aceleraran con sus rezos la hora de la liberación final. Y mientras alzaba sus ojos a la Cruz expiró en un éxtasis de amor. Era el 4 de las calendas de agosto —29 de julio—, ocho días después de la muerte de su hermana Magdalena. Marta contaba entonces sesenta y cinco años.

FUNERALES MILAGROSOS

UNA multitud incontable asistió a las exequias de la Santa. Durante ellas ocurrió un hecho extraordinario. Estaban todos reunidos para la ceremonia del entierro. San Frontón, obispo de Perigueux, que había prometido a Marta asistir a sus funerales preparábase a pontificar en su catedral. Sentado en la silla episcopal, esperaba la llegada de los fieles, cuando súbitamente se quedó traspuesto por modo misterioso. Aparecióscle Jesús y le dijo: «Ven, hijo mío, a cumplir tu promesa, ven a enterrar a Marta, mi hospedera». No bien hubo terminado de hablar el Salvador, hallóse el Prelado en la iglesia de Tarascón; a su lado estaba Cristo y los dos se mostraron al pueblo llevando un libro en la mano. El Señor ordenó a Frontón que levantara con cuidado el cuerpo de la Santa, y ayudado por Él púsolo en el mausoleo, el pueblo quedó presa de gran estupor por la vista del prodigio. Entonces acercóse un clérigo para preguntarle quién era y de dónde venía. Cristo respondió por los dos, y dejó entre las manos del sacerdote el libro que llevaba. En él se leían estas palabras. «La memoria de Marta, hospedera de Cristo, será perdurable».

Entretanto en Perigueux, cansábanse los fieles de esperar en la iglesia. Cuando el diácono fue a despertar al obispo· «No extrañéis mi tardanza, dijo éste disculpándose; vengo de Tarascón, adonde he sido transportado milagrosamente para rendir a Marta los supremos honores del sepulcro».

Este prodigio, registrado a la vez por los habitantes de Perigueux y los de Tarascón, atrajo a la tumba de la Santa innumerables peregrinos. Muchos sordos, mudos, ciegos y paralíticos curados, daban fe del gran valimiento de su intercesión ante Dios.

El primer rey cristiano de los francos, Clodoveo, aquejado de terrible dolencia, quedó curado el año 500 con sólo tocar el sepulcro de Marta. En agradecimiento por aquel insigne favor de la Santa, otorgó a la basílica todos los poblados, bosques y terrenos de ambas orillas del Ródano en tres leguas a la redonda.

CULTOS Y RELIQUIAS

Lo más esencial de todas las tradiciones que preceden, compéndialo así la lección del Breviario: «Cuéntase que después de la Ascensión del Señor, Marta, presa por los judíos junto con sus hermanos y otros muchos seguidores de Cristo, fue encerrada en un navío sin velas ni timón que llegó felizmente a Marsella. Ante semejante prodigio y por efecto de sus predicaciones, convirtiéronse a la fe los marselleses y otros pueblos vecinos. Marta, después de haberse ganado por sus extraordinarias virtudes, especialmente por su caridad, el cariño y la admiración de todos los marselleses, retiróse con algunas piadosas mujeres a un lugar apartado del humano bullicio. Allí permaneció largo tiempo, fervorosamente dada a la piedad. Finalmente, luego de profetizar con gran antelación su propia muerte, y sin dejar de acompañar su fama con insignes milagros, voló santamente hacia Dios».

El texto del Martirologio, igual en este punto en las ediciones de Gregorio XIII, y Benedicto XV, dice sencillamente;

«En Tarascón, Galia narbonense, Santa Marta, virgen, huésped del Salvador, hermana de la bienaventurada María Magdalena y San Lázaro.»

En 1187 encontróse el sagrado cuerpo de Marta y se celebró solemnemente su traslación. Su sepulcro, que se ve ahora en la cripta de la iglesia de Santa Marta de Tarascón, es honrado con culto varias veces centenario y muy visitado por los peregrinos.

Tarascón tiene a Santa Marta por patrona y celebra su fiesta con rito doble de primera clase y octava.

SANTORAL

Santos Félix y Urbano II, papas; *Simplicio y Faustino, hermanos y mártires en Roma; Guillermo, obispo de San Brieuc;* Lupo, obispo de Troyes, y Guillermo, de Orleáns; Constantino I, patriarca de Constantinopla; Faustino, confesor; Calínico, mártir, quemado vivo dentro de un horno, en Cangres de Paflagonia; Eugenio, Antonio, Teodoro y dieciocho compañeros, mártires en Roma; Olaf u Olao, rey de Noruega, mártir. Beatos, Luis Bertrán, Mancio de Santa Cruz y Pedro de Santa María, dominicos, mártires en Japón. Santas **Marta, virgen;** *Beatriz, martirizada en Roma con sus hermanos Faustino y Simplicio; Serafina convertida por el Apóstol Santiago;* Marcela, criada de Lázaro, Marta y María Magdalena; Lucila y Flora, mártires en Roma.


La «santa tumba» Instrumentos de martirio. Símbolo de triunfo

DÍA 30 DE JULIO

SANTOS ABDÓN Y SENÉN

MÁRTIRES EN ROMA († hacia 250)

La tradición ha hecho de Abdón y Senén dos príncipes o sátrapas persas, tan ilustres por su nacimiento como por sus cuantiosas riquezas y encumbrada dignidad. El historiador moderno Pablo Allard que sigue este parecer, cree que se trata de dos prisioneros hechos en la expedición del emperador Gordiano III contra Sapor, rey de Persia. Por el contrario, Alberto Dufourq, también historiador moderno, supone que eran simples obreros. Funda su opinión en el hecho de que sus tumbas estaban en las cercanías del barrio poblado por los obreros adscritos a las factorías del Tíber. Lo cierto es, como la tradición atestigua y confirman los nombres, que ambos eran de origen oriental.

Sábese que los dos padecieron martirio por la fe de Jesucristo el 30 de julio del año 250 ó 251, durante la cruel persecución del emperador Decio. Conócese, asimismo, el lugar de su inhumación.

Y como cualquiera de ambas interpretaciones puede aceptarse en nuestro caso sin perjudicar a la esencia doctrinal del suceso histórico, optaremos por la que ha encontrado más arraigo en el sentimiento del pueblo.

SON CONDUCIDOS A ROMA

SEGÚN el primitivo relato de su pasión, Abdón y Senén, aunque vencidos en la guerra y hechos prisioneros cuando la sublevación del rey Sapor, gozaron de relativa libertad, hasta que habiendo sido informado Decio, general del ejército imperial, de que habían dado tierra a unos cristianos martirizados en Babilonia y Cordula, mandó arrestarlos e hízolos comparecer ante su tribunal. Ya en su presencia les dijo con mal disimulada indignación:

—Así que, ¿también vosotros sois del número de los insensatos? Vuestra misma impiedad ha hecho que los dioses os pusieran en mis manos como a cautivos de Roma.

—Mejor sería decir que hemos alcanzado victoria con el auxilio de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo que reina eternamente —contestaron los caballeros cristianos.

—Yo creo —dijo el general— que no negaréis que vuestra existencia depende de mi arbitrio, y que sois mis esclavos.

—Has de saber, oh Decio, que sólo nos rendimos y prestamos vasallaje a Nuestro Señor Jesucristo, humillado por amor de los hombres hasta descender a la tierra.

Irritado por tan valientes respuestas, mandó el general que los dos confesores fuesen encerrados en estrecho y oscuro calabozo.

Pronto los sucesos obligaron a Decio a dejar aquel país y volver a Roma. Según costumbre llevóse consigo algunos prisioneros para que sirvieran de espectáculo al pueblo romano; entre ellos iban Abdón y Senén.

Cuatro meses duró aquel largo y penoso viaje, pero las fatigas y trabajos que en él padecieron nuestros prisioneros, quedaron compensados con la esperanza de recibir la palma del martirio. No obstante, fue disposición divina que a su llegada a Roma hallaran, no la muerte que esperaban, sino la libertad, gracias al emperador Filipo el Árabe, que sucediera a Gordiano III en 244, y que manisfestaba gran admiración por los cristianos.

ANTE EL TRIBUNAL DE DECIO

DECIO, que sucedió en el Imperio a Filipo, no heredó de éste la benevolencia para con los seguidores de Cristo, antes, llevado de la antipatía personal y política, quiso darse la cruel satisfacción de perseguir a muerte a los que aquél había protegido y honrado con su confianza. Fueron encarcelados muchos cristianos, entre ellos Abdón y Senén. Quiso

el emperador que el juicio de estos dos últimos revistiera extraordinaria solemnidad, y, según rezan las *Actas*, citó a los senadores al templo de la Tierra, anunciando que él personalmente presidiría el acto.

Reunida la asamblea, hubieron de comparecer los dos mártires. Fueron recibidos con un murmullo general, efecto de la admiración que en la asamblea despertara la magnificencia de sus vestidos y el brillante resplandor de las joyas con que se adornaban.

Decio mandó a Claudio, pontífice del Capitolio, que trajese el trípode sagrado destinado a las ofrendas. Luego, dirigióse a los caballeros de Cristo para exhortarlos a que renunciasen a la fe.

—Ofreced sacrificios a los dioses —les dijo— y al instante obtendréis la gracia del Imperio, y seréis colmados de honores y riquezas.

—Aunque indignos y miserables pecadores, nos hemos ofrecido a Dios en holocausto sempiterno. Así que ya nada tenemos que ofrendar a vuestros dioses —contestaron los valientes confesores de la fe.

—Preparad para estos miserables los más acerbos suplicios y las torturas más horribles —rugió Decio, fuera de sí—; disponed en seguida leones y osos hambrientos que acaben con tamaña insolencia.

—Haz lo que tengas por conveniente, —replicaron los Santos— porque nuestra confianza la ciframos en Cristo Señor nuestro, que tiene poder para desbaratar todos tus planes y contra cuya providencia de nada servirán tus enojos y tiránicos caprichos.

Hubo de sonreír el emperador ante aquella noble osadía de sus prisioneros. Debió juzgar desmedidas la confianza e intrepidez con que se disponían a enfrentar sus amenazas, pero pensó que la reflexión y la soledad acabarían por doblegarlos e hizo que los volvieran a los calabozos.

EL MARTIRIO

CUANDO al siguiente día bajaba el emperador del monte Palatino, camino ya del anfiteatro de Vespasiano, anunciáronle que los osos y leones destinados a los dos cristianos persas, habían sido hallados muertos en las jaulas. Encolerizóse Decio por este contratiempo, y desistió de presenciar los juegos. Al mismo tiempo, dio órdenes terminantes al prefecto de la ciudad, llamado Valeriano. «Lleva a los presos ante el dios Sol —le dijo—, y si se obstinan en no adorarle, haz que sean arrojados a las fieras que haya disponibles».

Cumplió Valeriano la orden, y conminó a los confesores, diciéndoles:

—Considerad la nobleza de vuestro linaje tan reñida con las doctrinas

cristianas, y ofreced a los dioses el sacrificio que se les debe, de lo contrario tened entendido que os arrojaré a las bestias feroces.

—Sólo a Cristo nuestro Dios adoramos, y por nada del mundo inclinaremos nuestras cabezas ante esos ídolos, fabricados por los hombres —respondieron los atletas de la fe.

No obstante la decisión y firmeza de estas palabras, los arrastraron los soldados hasta la estatua y quisieron forzarlos a sacrificar; mas ellos, llevados de santa indignación, escupieron al ídolo, y luego, encarándose con Valeriano le dijeron:

—Comprende, Valeriano, que tus vanos ídolos sólo pueden inspirarnos desprecio, así que, lo que has de hacer, hazlo pronto.

Ebrio de furor, ordenó el prefecto que los azotasen despiadadamente.

Cumplióse con exquisita crueldad aquella orden hasta ensangrentar los mismos vestidos de los valerosos mártires. Pero no consiguieron los verdugos arrancarles ni una sola queja. Parecía aquello un desafío entre el furor sanguinario de los sayones y la calma imperturbable de sus víctimas.

Ya que hubieron desfogado su rabia, condujéronlos al circo, donde esperaba ya la multitud.

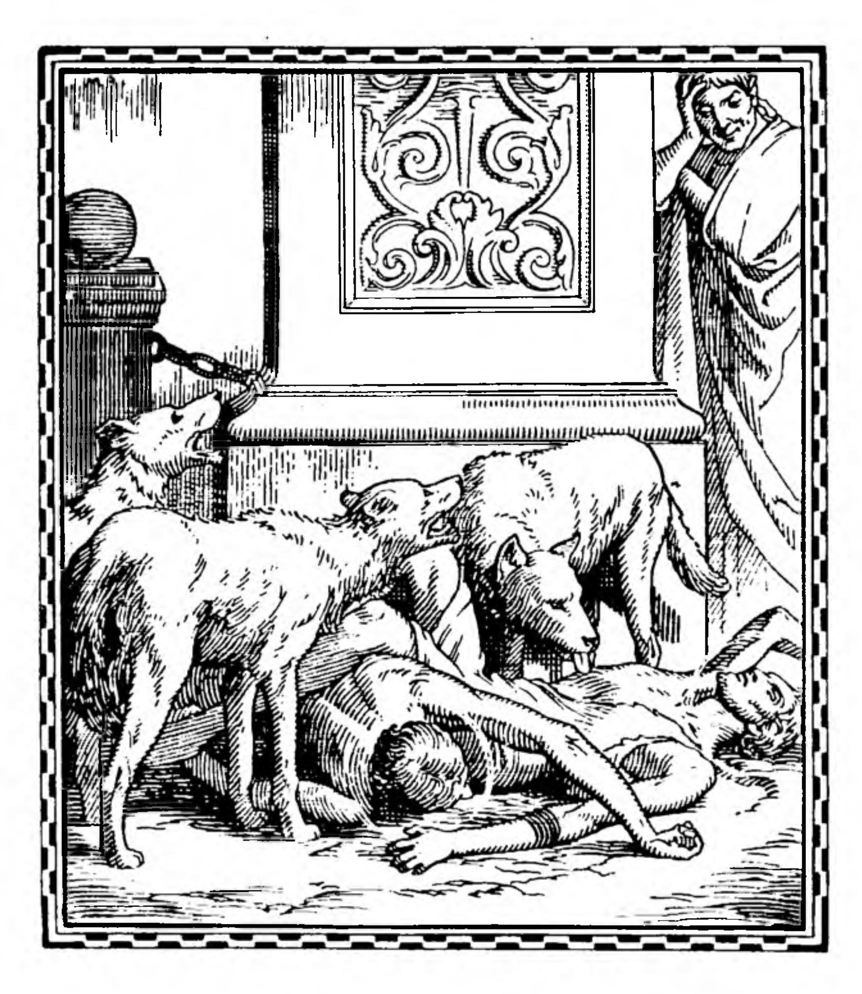
En cuanto aparecieron en el anfiteatro, recibiólos un clamoreo confuso. A una orden del heraldo, llegáronse los dos hermanos ante Valeriano, presidente del espectáculo por ausencia del emperador, para dirigirle el acostumbrado saludo de los que debían morir.

—Venimos —le dijeron— a recibir la corona que nos tiene reservada Nuestro Señor Jesucristo. Que Él te perdone el mal que piensas hacer y te conceda la gracia de conocerle un día. Ya ves con qué regocijo y serenidad acatamos tu sentencia. Gracias a ella se nos abrirán hoy las puertas del cielo, el mismo Señor por cuya fe hemos venido al suplicio, nos presta aliento y fuerza para el supremo combate. Aprende tú, ¡oh Valeriano! y aprended, romanos todos de esta lección que la omnipotencia de Jesucristo os da en sus dos humildes siervos.

Encamináronse después muy tranquilamente hacia el centro de la plaza y esperaron la muerte sumidos en fervorosa oración.

Dio el prefecto orden de soltar las fieras, y con loco regocijo de los espectadores alzáronse las rejas de los fosos subterráneos. Corrieron aquéllas con temerosa furia hacia sus víctimas, mas ya cerca de ellas paráronse cual si las detuviera alguna fuerza sobrenatural. Aproximáronse luego lentamente hasta donde los mártires aguardaban y, cual si de bestias mansas se tratase, rodeáronlos y tumbáronse a sus pies.

La muchedumbre, aquella muchedumbre frenética y voluble que de tan diversas maneras solía reaccionar ante lo extraordinario, prorrumpió en atronadora gritería maldiciendo la súbita transformación.



La saña del prefecto Valeriano no queda satisfecha con la muerte de los heroicos santos Abdón y Senén, por lo cual, así que han exhalado el último suspiro, ordena que sus cuerpos sean arrastrados por la ciudad y que se los deje luego insepultos ante la estatua que no han querido adorar.

«He ahí bien palpables los efectos de la magia», exclamó Valeriano, y ordenó a los reciarios y gladiadores que avanzaran para acabar de una vez con los atletas cristianos.

Tuvieron que habérselas primeramente contra las fieras que súbitamente recobraron su agresividad. Llegáronse después donde estaban los dos Santos; y esgrimiendo contra ellos sus punzantes armas los hirieron tan bárbara y sañudamente que en aquel suplicio murieron.

La crueldad sanguinaria de los perseguidores quedaba satisfecha, mas no así su fanatismo; porque de acuerdo con una nueva orden de Valeriano, ataron por los pies los destrozados cadáveres y los arrastraron a través del recinto hasta la puerta de la Muerte, fuera del anfiteatro, donde los dejaron abandonados junto a la estatua del dios Sol. Tres días después un subdiácono llamado Quirino, que vivía cerca de Coliseo, amparado por las sombras de la noche, los recogió cuidadosamente y los llevó a su casa.

EN EL CEMENTERIO DE PONCIANO

COSA de medio siglo más tarde y siendo ya cristiano el emperador Constantino —dicen las *Actas*— apareciéronse los santos Mártires para revelar el lugar de su tumba. Removiéronse entonces con sumo respeto y decoro las preciosas reliquias y fueron trasladadas al cementerio de Ponciano. En un Cronógrafo o Martirologio de la Iglesia romana que data del siglo IV, se lee lo siguiente con fecha 30 de julio: «Abdón y Senén, en el cementerio de Ponciano, cerca del Oso Cubierto».

Esta cita del Martirologio es el documento histórico más antiguo que poseemos sobre los dos mártires.

El *cubiculum* o cámara sepulcral de los Santos Abdón y Senén se convirtió desde el siglo IV al VII en uno de los lugares de reunión preferidos por los cristianos de Roma. Llama poderosamente la atención una pintura del siglo VI o VII que todavía se conserva y que decora la cara anterior del sepulcro, representa la apoteosis de los ilustres mártires. En terreno del cementerio edificóse una basílica hacia el siglo VII, pero como aquella parte de la ciudad fue la castigada en la prolongada lucha habida entre los lombardos y la Santa Sede, quedó el templo, como tantos otros, en lamentable estado. En vista de ello, el papa Gregorio IV determinó trasladar los santos cuerpos a la iglesia de San Marcos, en el interior de la ciudad. Llevóse a cabo la traslación en 826. Guardóse allí tan rico tesoro hasta la segunda mitad del siglo X.

SANTA MARÍA DE ARLES EN EL ROSELLÓN

POR aquella época, el monasterio benedictino de Santa María, en la actual diócesis de Perpiñán, y todo el valle de Arles de Tech, parecía experimentar los efectos de la indignación de Dios. Año tras año, asolaban los campos continuas y terribles tormentas, los lobos, osos y gatos monteses, acosados por el hambre, abandonaban sus guaridas para destruir lo poco que en las campiñas quedaba. Los damnificados hacían continuas rogativas para obtener de la divina misericordia el término de aquel azote; pero en vano; diríase que Dios no quería en modo alguno escuchar los ruegos de aquellas atribuladas gentes.

Arnolfo, abad del monasterio, determinó ir a Roma en busca de reliquias de santos, persuadido de que por ellas se aplacaría el Señor. Así, pues, a pesar de su avanzada edad, partió para la Ciudad Eterna. Los acontecimientos confirmaron que Dios le guiaba en aquella empresa.

Habiendo reparado el Papa en la presencia del abad Arnolfo durante la procesión estacional, llamóle y se informó por él de las grandes pruebas que afligían al monasterio y territorios anejos. Edificado, además, por el objeto de su largo y penoso viaje, concedióle, dice la tradición, las reliquias que deseara llevar, excepto, naturalmente, las de los apóstoles Pedro y Pablo y de los mártires Esteban y Lorenzo.

Durante el sueño fuele revelado al abad las reliquias que debía pedir. Vio una cripta, y en ella dos tumbas de donde manaba una fuente de sangre. Era la *confesión* de la basílica de San Marcos en la que la víspera había tenido lugar la estación. «Las reliquias que hay en estas tumbas, díjole una voz, son las de los bienaventurados mártires Abdón y Senén». Vuelto hacia donde partía la voz, exclamó Arnolfo: «Plázcaos, Señor, que me las lleve para remedio de los males que afligen a mi país». Sus deseos fueron cumplidos, porque informado el Papa de aquella revelación, mandó buscar las sagradas reliquias, y halladas, hizo con ellas dos lotes, uno de los cuales recibió el abad con gran contento y satisfacción.

Era, en verdad rico el tesoro adquirido, y por ende, expuesto a grandes peligros, máxime en aquellos siglos de fe viva. No lo ignoraba el dichoso abad, y para prevenir la piadosa codicia que pudiera suscitarse en los moradores de los lugares por donde debía pasar, acudió a una ingeniosa estratagema; y fue —dice la crónica— que mandó hacer un barril con tres compartimientos, puso en el del medio su preciosa carga, y llenó de vino los dos extremos.

GRANDES MILAGROS

PRONTO se manifestó la virtud que las reliquias comunicaban al vino, porque en el puerto de Génova, el demonio denunció la presencia de los mártires por boca de una posesa. El avisado abad dio a la mujer un poco de aquel vino y quedó ésta libre del demonio. Ya en alta mar desencadenóse una furiosa tempestad. En lo más recio del peligro postróse de rodillas el abad, e invocó la protección de los mártires, imitáronle los demás y juntos hicieron un voto al Señor. En un momento, experimentaron los maravillosos efectos de la oración, porque aparecieron en el barco dos jóvenes de extraordinaria hermosura, que se dieron a arreglar el palo mayor, roto a consecuencia de la borrasca; acomodaron las velas, y, por fin, apaciguaron el mar, con gran pasmo de los atribulados nautas.

Éste y otros estupendos milagros realizados abordo, despertaron la atención de todos los que en el buque iban, pero el buen abad, siempre desconfiado y con temor de que pudieran asaltar su preciado tesoro guardó absoluto secreto sobre él, de manera que pasó completamente inadvertido para cuantos viajaban.

Desembarcado que hubo en una ensenada del cabo de Creus, cargó Arnolfo el preciado barril sobre sus venerables hombros y continuó su camino por tierra. Al llegar al pie de los Pirineos, topó con dos ciegos que pedían limosna; dioles también a beber un poco del vino del misterioso barril y recobraron al punto la vista. Para atravesar la cordillera con más comodidad, trató Arnolfo con un arriero y convinieron en ir juntos hasta el convento. En cuanto pisaron tierra patrimonial del monasterio, las campanas de los lugares por donde pasaban, repicaban alegremente por sí solas, como para dar la bienvenida a los celestiales protectores. Ya se oía el alegre carillón del monasterio cuando plugo a Dios manifestar la santidad de sus siervos con otro milagro; porque cuando subían una empinada pendiente del flanco de la montaña, de tal manera aguijoneó el arriero a la pobre bestia que le hizo perder el equilibrio y rodó, entre peñas y malezas, hasta dar en el río. ¡Dios Santo! —exclamó nerviosamente el buen arriero—, si no tengo dentro de mí al mismísimo diablo, yo no sé lo que me pasa. ¿Por qué habré hecho esta barbaridad?».

Con todo, la acémila no sufrió el menor daño, sino que levantóse por sí sola, remontó el lecho del río con la carga intacta sobre sus lomos, y llegó al monasterio antes que los dos estupefactos caminantes.

Con las santas reliquias recibió el valle de Arles de Tech la bendición de Dios, pues desde entonces se vio libre de las terribles calamidades que habían venido azotándolo.

Y no sólo recibió esta gracia, sino que, además, se multiplicaron extraordinariamente los prodigios, de modo que llegó a hacerse popularísima la devoción a estos santos mártires; devoción que el cielo ha refrendado con aquellos favores debidos a su poderosa intercesión.

LA «SANTA TUMBA»

JUNTO a una capillita y en el ángulo formado por la fachada de la iglesia de Nuestra Señora de Arles y el muro exterior del claustro, hay un sarcófago de mármol blanco, que data del siglo IV o quizá del III. Dos ménsulas de piedra le aislan del suelo, y otras dos, de la pared. Según la tradición, ese sepulcro encierra las reliquias de los gloriosos Santos Abdón y Senén. Si ello no es cierto, es muy probable que en otros tiempos hubieran contenido alguna parte de las mismas. Allí existe un prodigioso manantial cuyas aguas se renuevan de continuo. Alguna vez se agotó ese manantial, pero bastó implorar con públicas oraciones el socorro de los mártires persas para que nuevamente brotara.

La Revolución francesa profanó, en 1794, la «santa tumba»; fue abierto el sepulcro y colmado de inmundicias. Dieciséis meses más tarde repararon los fieles el ultraje; limpiaron el sarcófago, lo lavaron y, efectuadas las convenientes reparaciones, viose el agua salir nuevamente de las paredes y llenar el fondo, sin que hasta el presente se haya interrumpido.

Varias veces se ha pretendido explicar, tras detenidos exámenes, la maravilla de la «santa tumba»; pero han fracasado rotundamente los distintos ensayos de la ciencia. En cambio, la sencilla fe del pueblo ve en ello una prueba manifiesta de poder de Dios que quiere así honrar a sus Santos.

SANTORAL

Santos **Abdón y Senén, mártires;** *Rufino, mártir;* Abel, hijo de Adán y Eva, a quien invocamos en las oraciones de los agonizantes; Explecio, obispo de Metz; Urso e Imerio, obispos. *Beatos Tomás de Kempis, canónigo regular, autor de la «Imitación de Cristo»;* Manés de Guzmán, hermano de Santo Domingo de Guzmán y su colaborador; Luis Gandullo, dominico. Santas *Máxima, Donatila y Segunda, vírgenes y mártires;* Julita, mártir en Cesarea de Capadocia. Venerable Luisa de Carvajal, la cual consagró su vida a sostener el ánimo de los fieles perseguidos por la Reforma en Inglaterra.



Esforzado capitán de Cristo — Iglesia del Gesú, en Roma

DÍA 31 DE JULIO

SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1491-1556)

Cuando más arreciaban contra la cristiandad los enemigos de nuestra Santa Religión, levantó el Señor las cruzadas, a cuya cabeza puso siempre, con singular providencia, un esforzado capitán. En la primera mitad del siglo XVI, eligió Dios para tan noble empresa de su gloria, al insigne caballero español Iñigo de Loyola. Siglo fue aquél de confusión y desconcierto para las inteligencias. Amenazaban a la fe católica príncipes malvados, monjes apóstatas y el desbordamiento de ideas paganas que so capa de Renacimiento se derramaron por los ámbitos de Europa. Menester era, para contener su avasallador empuje, el dique de un Renacimiento cristiano y de una cruzada intelectual, cuyos soldados juntasen a la fe la ciencia, y a las virtudes apostólicas un tacto exquisito y un perfectísimo conocimiento del campo en que habían de actuar a fin de poder combatir al enemigo con sus propias armas. Esta adaptación maravillosa de lo humano a lo sobrenatural fue papel reservado en la Iglesia de Dios muy particularmente a la ínclita «Compañía de Jesús» y a su esclarecido patriarca y fundador San Ignacio de Loyola.

.Nació San Ignacio en el castillo de Loyola de la pronvicia de Guipúzcoa, la Noche Buena del año 1491. Bautizáronle en la iglesia de Azpeitia

y le llamaron Iñigo o Ignacio. Fue el último de los trece hijos de Beltrán de Loyola y María Sáenz de Balda. Para situar más concretamente la vida de nuestro Santo, diremos que nació durante el reinado de los Reyes Católicos y murió dos años antes que el emperador Carlos V.

Mostró desde niño vivo y despierto ingenio. Enviáronle sus padres a la corte para que allí se educase con otros jóvenes de su calidad; y como era de grande y brioso ánimo, pronto se aficionó a las armas. Ya en su edad varonil, capitán de los ejércitos de don Fernando, se nos presenta como uno de tantos hidalgos, prendado de la vida cortesana y de las gestas guerreras, pundonoroso y arrogante caballero.

No cabe duda de que Ignacio tuviera buenos principios de religión y moral, pero no nos atreveríamos a asegurar que bastasen para apartarle de lamentables extravíos. Hay distintas opiniones entre los biógrafos sobre la juventud de nuestro héroe, la cual, por cierto, fue no poco mundana. ¡Trazas misteriosas de la Divina Providencia! Quizá permitió el Señor aquellos deslices y angustias morales en consideración al futuro ministerio de Ignacio, a quien destinaba para establecer una Orden que había de dedicarse principalmente a reanimar en los hombres la virtud de la esperanza.

SITIO DE PAMPLONA. — CONVERSIÓN

El año de 1521, mientras Iñigo defendía el castillo de Pamplona contra las tropas de Francisco I, fue herido de bala en la pierna derecha. Lleváronle a toda prisa al castillo de Loyola. Para no quedar cojo, se sometió heroica y calladamente a sucesivas operaciones dolorosísimas; mas, a pesar de tantos cuidados, quedóle de aquel mal una leve cojera hasta el fin de su vida. La convalecencia había sido lenta. Para matar el tiempo durante ella, y no aburrirse, pidió el *Amadís de Gaula*, novela de aventuras amorosas y bélicas muy estimada de nobles y guerreros. Mas no fue posible dar con tal libro y hubo de contentarse Ignacio con otro de *Vidas de Santos* y la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia. La inmovilidad le invitó a reflexionar; y así, de grado o por fuerza, tuvo que admirar aquellos ejemplos de pobreza voluntaria, de humildad, de desasimiento y de aparente flaqueza que ocultaba, en realidad, la más varonil y, fecunda energía. Llegó así a familiarizarse con Cristo, ideal de santidad, a quien contemplaba padeciendo otra vez la Pasión para satisfacer por los delitos de los pecadores. De esta suerte y casi sin caer en ello, fue Ignacio descubriendo los maravillosos horizontes del mundo sobrenatural.

Decíase a sí mismo «Ea, ¿por qué no he de hacer yo lo que San Francisco de Asís o Santo Domingo hicieron?» Pero a estos pensamientos religiosos se juntaban otros de vanos recuerdos del siglo. Púsose entonces a reflexionar sobre el carácter de unos y otros, y descubrió que los malos pensamientos, al desvanecerse dejan el corazón vacío, siendo así que los espirituales llenan el alma.

Pero ni reflexiones ni lecturas bastaban a esta alma ardiente y generosa. Con obras quería mostrar al mundo que estaba resuelto a mudar de vida. Pensó al principio en que se haría Cartujo en cuanto volviera de un viaje que deseaba emprender a Jesusalén; estaba determinado a dejar familia y bienes para darse de lleno a la penitencia. Habiendo sanado de las heridas, montado en una mula, fue cierto día a visitar al duque de Nájera, virrey de Navarra. Detúvose en el famoso santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, y cumplido que hubo con el duque, partióse para Nuestra Señora de Montserrat, que está cerca de Barcelona.

Pensando en la peregrinación que quería hacer a Tierra Santa, compró, al llegar al pie de la montaña de Montserrat, un equipo completo de peregrino: hábito y esclavina de sayal, cinturón y sandalias de cuerda, bordón y calabacino. Tres días permaneció en Montserrat; allí hizo confesión general de su vida, y antes de partirse colgó delante del altar de la Virgen su espada, con la que durante el viaje había estado a punto de matar a un moro que en su presencia se permitiera blasfemar de Nuestra Señora.

EN MANRESA.—EL LIBRO DE LOS «EJERCICIOS»

Antes de embarcarse para Jerusalén, salió Ignacio hacia Manresa, donde había un hospital para los peregrinos. Allí vivió de limosna mientras cuidaba a los enfermos y cumplía rigurosísima penitencia. Solía juntarse con quienes, sin duda, le baldonarían a sus anchas por lo desaliñado que a sabiendas andaba; porque pensando Ignacio en el esmero y cuidado que ponía en otro tiempo para lucir elegantes atavíos, pretendía ahora castigar aquella vanidad y vencerse en esto, andando por el hospital muy descompuesto en su persona. Tuvo, pues, que sufrir toda clase de afrentas. Mas nada fue todo ello si se compara con las grandes tentaciones por que pasó hallándose en aquel lugar. Asaltáronle los escrúpulos y hasta llegó a apretarle con fuerza el pensamiento de suicidarse, pensamiento que él rechazaba horrorizado por considerarlo ofensa gravísima al Criador. Triunfó, por fin, después de durísimos combates, de aquella impertinente molestia, y consiguió en premio aquel don singular, que le acompañó toda su vida, de saber serenar las almas escrupulosas.

Por entonces tuvo sus célebres visiones, que si bien no fueron exteriores y objetivas, por ellas «entendió maravillosamente —dice su secretario— muchísimas cosas respecto de las ciencias naturales y los misterios de la fe recibiendo allí más luces que en todas sus demás visiones y en todos los estudios de su vida juntos». Siguiéronse, por poco tiempo después, raptos y éxtasis maravillosos, uno de lo cuales le duró toda una semana, de suerte que le daban por muerto.

Entretanto, el peregrino de Montserrat había ido adentrándose en los secretos de la santidad por la dolorosa senda de la prueba interior, y por la práctica de una muy rigurosa penitencia. Por tal manera iba orientándose poco a poco en la vida espiritual, y creciendo en confianza y amor. Finalmente, creyó llegada la hora en que podía ser útil a los demás con el caudal de su propia experiencia. No era desde luego hombre sin letras, pero tampoco de sobra ilustrado; no descuidó, pues, las ocasiones de aprender: estudió gramática y se ejerció en la elocución, yendo adrede en busca de auditorio. Empezaron los del hospital a mirarle con buenos ojos; no se burlaban ya de él, ni le maltrataban, antes le dieron desde entonces muestras de benevolencia y respeto. Al advertirlo Ignacio, tomó aquello por nuevo lazo del demonio, y, para evitarlo, fuése en busca de lugar apartado donde poder vivir más retirado y oculto que en el hospital. Hallólo en el fondo de un vecino valle, en una cueva llena de malezas, *La Santa Cueva*, muy venerada aún hoy día de los fieles en Manresa, fue testigo de maravillosas y heroicas austeridades que trocaron y gastaron la robusta complexión de nuestro Santo. En ella se bosquejó una de las más prodigiosas obras maestras del ascetismo: el famosísimo libro de los *Ejercicios*, teniendo como Maestra a la Santísima Virgen a quien Ignacio profesaba ternísima devoción.

Andando el tiempo, este excelente libro se ha vulgarizado sobremanera entre los fieles. Su epígrafe tiene visos de arenga militar, y es que el pensamiento del antiguo defensor de Pamplona, fue trazar como un plan de campaña para uso de quien, queriendo vencerse y dejar el pecado, se declara a sí mismo cruda guerra, para ir consiguiendo, con la gracia de Dios, y victoria tras victoria, la perfección y santidad que sólo se logra «bajo la bandera de Cristo» y en lucha contra demonio, mundo y carne.

San Ignacio escribió el libro de los *Ejercicios* para sí mismo y para los que habían de ser sus compañeros en el apostolado. Mas también lo destinó a las personas del siglo algo ilustradas, pero cristianas a medias, que deseaban enfervorizarse en la práctica de la religión, lo mismo que a quienes, viviendo ya cristianamente, aspiran a mejorar su vida más y más. De ahí la singularidad y eficaz virtud de este excelente libro confirmado y alabado por el papa Paulo III el año 1543 y por los auditores de la Rota



E STANDO *San Ignacio en la defensa del castillo de la ciudad de Pamplona, es herido de una bala en la pierna derecha, de manera que le desmenuzó los huesos. Aquel suceso fue punto de partida para una prodigiosa conversión que hizo del capitán Ignacio un poderoso baluarte de la Religión.*

y tribunales de la Inquisición. Siglos lleva ya este precioso libro de fecunda influencia en el mundo espiritual, y hoy puede afirmarse que, a pesar del continuo progreso que viene realizando como obra de apostolado, no ha logrado todavía la cumbre a que ha de llevarla su extraordinario mérito.

JERUSALÉN, ESPAÑA, PARÍS

Hallándose ya notablemente mejorado de su dolencia, dejó Ignacio la villa de Manresa y partió para Jerusalén. Embarcóse en Barcelona, cruzó el Mediterráneo, y fue a desembarcar a Gaeta. De allí mendigando, prosiguió a pie hasta Roma, adonde llegó el domingo de Ramos del año 1523. A los quince días salió para Venecia. Dio allí con un rico español, el cual intervino cerca del dux para que reservasen a Ignacio un puesto a bordo de un navío que debía pasarle a la isla de Chipre. Aunque cansadísimo y enfermo, embarcóse el día 14 de julio. En la travesía quiso reprimir el libertinaje de los marineros, pero poco faltó para que aquellos desalmados le dejasen abandonado en un islote solitario. Llegado a Chipre, embarcó Ignacio en el navío en que solían hacerlo los peregrinos, y tras cuarenta y ocho días de navegación abordaron al puerto de Jafa, de donde nuestro Santo se dirigió a Jerusalén. Finalmente, después de cinco días de viaje llegó a la Ciudad Santa, y entró en ella el 5 de septiembre.

Lloró de consuelo a vista de los Santos Lugares y visitó muchas veces todas las estaciones de la Pasión del Salvador. Hubiera querido quedarse allí para predicar y convertir a los infieles; pero no se le permitió, y viose obligado a retornar con los demás peregrinos.

Volvió a Barcelona, y merced a la liberalidad de una insigne bienhechora llamada Isabel Roses, estudió Ignacio humanidades por espacio de dos años con el sabio maestro Jerónimo Ardébalo, sin por eso disminuir sus austeridades ni dejar de trabajar en la salvación de las almas. Pasó luego a la Universidad de Alcalá, donde se encontró con tres antiguos compañeros y un muchacho francés con quien trabó amistad. Aquí como en todas partes, vivió de limosna. Pronto llegó a tener enemigos por causa del celo que mostraba para convertir pecadores y promover la práctica de los *Ejercicios*. Acusáronle de herejía, y con malas artes lograron que se le detuviera y encerrara en la cárcel. Cuarenta y dos días quedó en ella sin saber por qué. Diéronle al fin libertad y amparado por el señor Arzobispo de Toledo pasó a Salamanca para proseguir los estudios.

Ignacio y sus tres compañeros no tuvieron mejor suerte en Salamanca, porque allí también los encarcelaron. Vínole entonces la idea de pasar a París, donde solían estudiar por entonces muchos españoles, y allá se

encaminó para llegar el dos de febrero de 1528. Asistió a los cursos del colegio de Monteagudo y luego estudió Filosofía en el de Santa Bárbara, y consiguió graduarse de Maestro en Artes a los 14 de marzo de 1535.

Entretanto, como se acercase el día en que el Señor iba a dar a su Iglesia por medio de Ignacio la ínclita Compañía de Jesús, inspiró a seis compañeros del Santo para que se le juntasen con el propósito de trabajar unidos en la salvación de los prójimos. Eran éstos Francisco Javier, a quien Ignacio ganó el corazón con su exquisita amabilidad; Santiago Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla, Simón Rodríguez y Pedro Fabro, sacerdote originario de Saboya; todos ellos hombres insignes en virtud y letras. Con todo, ni ellos ni San Ignacio tuvieron antes de 1538 el pensamiento de fundar el Instituto religioso que tan célebre y admirado sería en el mundo entero. El día de la Asunción de 1534, en la capilla del mártir San Dionisio del monasterio benedictino de Montmartre, hicieron voto de ir a Jerusalén para dedicarse totalmente a la conversión de los infieles en Oriente, y, si no les fuese posible, acudir a Roma y presentarse al Sumo Pontífice para que los emplease en servicio de la Iglesia. En el mismo lugar y fecha, renovaron este voto los años 1535 y 1536.

FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Antes de cumplirlo, tuvo el santo fundador que volver a España para arreglar algunos negocios en provecho de sus discípulos. De aquí salió para Venecia, donde habían de ir sus compañeros, citados allí por él. Pasaron varios meses antes de que llegase, y en el ínterin, juntáronse a ellos tres compañeros más. Llegaron los nueve a Venecia el día 6 de enero de 1537. Ignacio había conquistado a un bachiller español llamado Hoces, el cual ya no los abandonó hasta su muerte, ocurrida poco después.

En dicha ciudad fueron ordenados de presbíteros Ignacio y aquellos discípulos suyos que no eran todavía sacerdotes. Realizóse la ceremonia el día de San Juan del mismo año de 1537; ofició en ella el nuncio Monseñor Varallo que fue después cardenal. Un año entero pasó el Santo preparándose a recibir las sagradas órdenes, y los cuarenta días inmediatamente anteriores vivió solitario, en una casucha arruinada y expuesta a todos los vientos, entregado de lleno al ayuno y a la oración.

Declaróse entretanto la guerra entre venecianos y turcos, lo cual hizo imposible la peregrinación a Jerusalén. Ignacio, que permaneció un año en Venecia, envió a algunos de sus compañeros a las universidades de Italia para que enfervorizasen a los estudiantes, y en compañía de los demás fue a Roma para informar al Sumo Pontífice y pedirle consejo y dirección.

El papa Paulo III, que estaba por entonces preocupado por la reforma de costumbres en el clero secular y regular, blanco principal de los trabajos del Concilio de Trento, otorgó cariñosísima acogida a aquel grupo de sacerdotes, la misma ideal perfección de vida que se habían ya propuesto los Teatinos aprobados en el año 1524, y los Somascos, fundados en 1528. Ignacio y sus compañeros, aspiraban, además, a cumplir el apostolado cristiano en todas sus formas, por la predicación apostólica, la enseñanza, y las misiones dentro y fuera de Europa. El año de 1539, convinieron en fundar un nuevo Instituto, resolución que aprobó verbalmente el Papa el 23 de septiembre de 1539. A 27 de septiembre del siguiente año, 1540, por la Constitución *Regímini militántis Ecclésiæ*, Paulo III dio licencia a San Ignacio y a sus compañeros para fundar una Sociedad llamada «Compañía de Jesús», y para admitir en ella a quien estuviese dispuesto a hacer voto de pobreza, obediencia y castidad perpetua, y a trabajar por medio de la predicación, ejercicios espirituales, confesión y obras de misericordia, para que las almas adelantasen en la práctica de la vida cristiana. Esta nueva institución estaba destinada a luchar eficazmente contra el protestantismo.

DIFUSIÓN DE LA COMPAÑÍA

PRONTO repartió Ignacio a su hijos por todo el mundo: antes de publicarse la Constitución apostólica, ya San Francisco Javier corre a evangelizar las Indias, dos padres y un novicio llegan a Irlanda y empiezan la predicación con grave riesgo de su vida. Entretanto, entregábase el fundador a otras empresas: reconciliaba grandes enemigos políticos, fundaba casas de refugio para judíos conversos, otras para pecadoras arrepentidas y diversos centros de educación para los jóvenes.

El 22 de abril de 1541, con unánime sentir, fue Ignacio elegido Prepósito General en San Pablo extramuros. Recibió luego votos de sus discípulos y emitió los suyos antes de comulgar. No faltó a la Compañía el apoyo de Paulo III: en 1543, logró el fundador una Carta apostólica que suprimía la limitación del número de profesos· dos años después, por otra Carta facultábase a la Compañía para predicar y administrar los Sacramentos, en 1546, otorgóse a los Padres derecho de tener coadjutores para lo temporal y espiritual, en 1548, a petición del duque de Gandía, que fue después el padre Francisco de Borja, fue aprobado y alabado el libro de los *Ejercicios* por Paulo III. Todas estas decisiones fueron confirmadas en 1550 por Julio III, y después por muchos otros Pontífices que han colmado a la Compañía de Jesús de merecidos elogios y privilegios.

SU MUERTE

En 1547, llevado de su profunda humildad, quiso San Ignacio renunciar al generalato, y nombrar sucesor al padre Laínez; tres años después, en 1550, volvió a insistir con otra carta, pero fue también en balde. Los postreros años de su vida los pasó revisando las Constituciones de la Compañía, y escribiendo su redacción definitiva, y el comentario y aplicación de las mismas.

Sobrevínole grave enfermedad el año 1556, con lo que dejó el gobierno a tres de sus discípulos. Finalmente, habiendo recibido la bendición del Sumo Pontífice, dio con gran paz y sosiego su espíritu al Señor, a los 31 de julio del mismo año. Enterráronle en la iglesia de la casa profesa. Más tarde fue trasladado el Sagrado cadáver a la del Gesù.

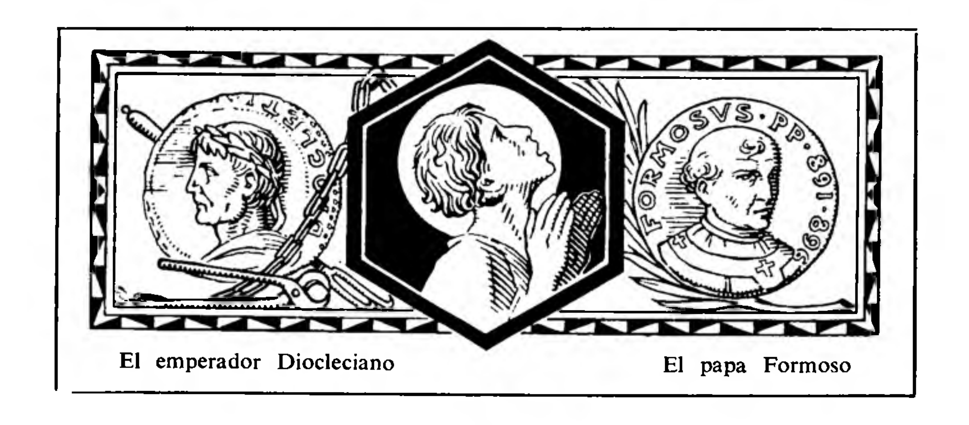
Aunque la Compañía llevaba sólo dieciséis años de fundada, al morir San Ignacio dejaba un centenar de casas distribuídas en diez provincias.

Fue beatificado por el papa Paulo V el día 27 de julio de 1609. Su Santidad Gregorio XV lo canonizó con fecha del 12 de marzo de 1622.

La historia de la Compañía es, desde sus comienzos, inseparable de la historia de la Iglesia. A mediados del siglo XVIII se concertaron contra ella todas las potestades infernales que tenían a su servicio el judaísmo, el protestantismo, la enciclopedia y la mayor parte de los soberanos de Europa; los cuales valiéndose de mil engaños y violentas amenazas, lograron al fin que el débil Clemente XIV firmara con mano temblorosa el Breve de extinción de la Compañía a 21 de julio de 1773. Pero veintiocho años después, otro papa, Pío VII, volvió por el honor de la Orden y la restableció, primero en Rusia en 1801, y en 1814, en todo el mundo.

SANTORAL

Santos **Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús;** *Juan Colombino, fundador de los Jesuatos; Germán, obispo de Auxerre;* Calimerio, obispo de Milán, mártir bajo Antonino Pío; Firmo, obispo de Tagaste, y Pedro, de Ravena; Fabio, soldado y mártir; Demócrito, Segundo y Dionisio, mártires en Sinada de Frigia; Onésimo y compañeros, mártires en Italia. Santa *Elena de Skofden, mártir.*



El emperador Diocleciano — El papa Formoso

DÍA 1.° DE AGOSTO

SAN FÉLIX DE GERONA

MÁRTIR († hacia el 304)

La última persecución general contra la Iglesia, en los primitivos tiempos del Cristianismo, fue la decretada por el emperador Diocleciano. Durante ella corrió a torrentes la sangre de innumerables víctimas, especialmente en España, donde, por haber sido tantos los que murieron por la fe, se denominó a esta época «era de los mártires» (303).

Como satélite del emperador y encargado de hacer cumplir sus crueles disposiciones, vino a la Península, Daciano, el enemigo más señalado del nombre de Cristo. Sus poderes debían de ser mucho más amplios que los de un simple gobernador, por cuanto tan pronto se le veía ocupar el estrado presidencial para condenar a los cristianos de Cartagena, como a los de la Tarraconense o a los de Lusitania. El cruel delegado aprovechó aquella amplitud de prerrogativas para cruzar en todas direcciones los territorios de nuestra nación y sembrarlos de mártires. No existe lugar donde no haya posado su garra una y mil veces sin que la fecundidad prodigiosa del Cristianismo llegara a saciar su desatado furor ignoraba que era precisamente aquella crueldad germen poderoso para el acrecentamiento de la odiada doctrina, como bien se lo explicó San Félix de Gerona.

UN HIMNO DE PRUDENCIO

El poeta Prudencio en su maravilloso himno *Peri Stephanon*, en el que corren parejas el patriotismo y el sentimiento religioso, canta las gestas gloriosas de sus compatriotas mártires, entre cuyas falanges reserva lugar de honor para ensalzar cumplidamente a nuestro Santo.

Imagínase que en el día del Juicio Universal, cuando Cristo venga al mundo a ponderar con la balanza de su justicia las acciones de los pueblos, cada una de las ciudades de su patria se pondrá en marcha para presentar en sendas canastillas las reliquias de los respectivos mártires.

«Este desfile de ciudades ante el Supremo Rey de cielos y tierra, en las actitudes más diversas, oprimiendo una contra el seno su tesoro, ofreciendo otra el suyo bajo el símbolo de magníficas coronas rutilantes de pedrería, ciñendo ésta la frente con corona de olivo, emblema de paz, ofreciendo aquélla sobre el altar con gesto confiado las cenizas de una doncella mártir, es una de las concepciones más grandiosas de la poesía cristiana. Creería uno estar contemplando esos largos desfiles de Santos que llevan en la mano o en los pliegues de su ropaje, un objeto precioso, o algún libro o corona, que en los frisos de las basílicas cristianas destacan sobre campo de oro sus elegantes líneas y parecen avanzar con paso uniforme hacia el trono de Cristo que fulgura en el fondo del ábside». (Tomado del libro de Pablo Allard, titulado *Persecuciones de España).*

Entre las poblaciones que en la creación de Prudencio figuran en esta soberbia procesión, la ciudad depositaria de las reliquias de San Félix desfila inmediatamente después de Tarragona, la cual ofrenda las coronas de Fructuoso, Augurio y Eulogio, martirizados muchos años antes en dicha ciudad, mientras estaba al frente del imperio el impío Valeriano.

Veamos de qué medios se valió la divina Providencia para conducir a nuestro Santo a esta ciudad, en que luego habría de sufrir el martirio.

EN DISFRAZ DE MERCADER.—APÓSTOL SIN SER SACERDOTE

Nació Félix en Sicilium o Scilita, ciudad del África proconsular o cartaginesa, célebre por el martirio de doce de sus hijos, condenados y muertos por la fe en Cartago en tiempos del emperador Severo. Las riquezas de su nobilísima familia le permitieron en hora muy temprana atravesar la Numidia y la Mauritania Sitifense y pasar a Julia Cesarea —hoy Cherchell, en el departamento de Argel— en compañía de su amigo y compatricio San Cucufate, para dedicarse al estudio de las artes

liberales. El tráfico comercial intenso del puerto de Cesarea con los de la Tarraconense, puso en conocimiento de Félix la horrible persecución que en ésta sufría el cristianismo y las huellas de sangre que marcaban el paso de Daciano, teniente imperial de Diocleciano. Y como bullía en su corazón mozo la ardiente sangre siciliana que tantas veces fue derramada por la fe en la plaza de Cartago, sintióse émulo de aquellos héroes de su patria y determinó acudir al foco mismo de la persecución para alentar a sus hermanos. Arrojó, pues, lejos de sí los libros que hasta entonces le ocuparan. «¿De qué me sirve —pensaba— la ciencia de los hombres? ¡Busquemos la ciencia que estudia al Autor mismo de la vida!».

Cucufate compartía los nobles sentimientos de su amigo Félix. Así, pues, disfrazados ambos de mercaderes, embarcaron con rumbo a Barcelona, en donde apenas llegados, a fines del año 303, entregáronse ávidamente a las prácticas cristianas con todo el fervor de sus corazones.

Traficantes de nuevo cuño, la caridad constituía su comercio, no vendían, que regalaban, juzgándose harto remunerados con ganar almas para Jesucristo, a cuya gloria, repartido que hubieron sus bienes, consagraron por entero sus personas, decididos a vivir enteramente para Él.

Según las *Actas* de Santa Eulalia de Barcelona, Félix hubo de confesar la fe al propio tiempo que esta noble virgen. No le olvidó Eulalia, cuyo cuerpo dejaron los verdugos pendiente del patíbulo durante tres días para que fuese devorado por las aves de rapiña. Porque al acudir los cristianos para darle piadosa sepultura, halláronlo cubierto con albo manto de nieve que milagrosamente cayera del cielo para protegerlo, y como Félix, que también estaba allí, felicitase a la heroica virgen por haber sido la primera en conquistar la palma del martirio, Eulalia —dice el cronista— entreabrió nuevamente los labios dibujando una leve sonrisa.

Dejó Félix a Cucufate en Barcelona —a la que poco después había de honrar éste con la efusión de su sangre—, y siguió él hacia el norte hasta llegar a Ampurias. Llegado a aquella ciudad, entregóse por entero al estudio de las Divinas Letras y al ejercicio de la caridad. Era —dicen las *Actas*— casto, sobrio, manso, pacífico y sincero, amado del pueblo por sus incesantes limosnas y hospitalario para con todos cuantos a él acudían. Así, los ejemplos que daba confirmaban sus exhortaciones a la compasión para con los menesterosos y a la benevolencia con todos.

No conocemos documento alguno en que conste haber recibido Félix las órdenes sagradas, mas no por eso dejó de practicar las virtudes correspondientes al estado de vida que ellas suponen, ya que fue su más grande preocupación derramar en las almas de sus hermanos los tesoros espirituales de que estaba henchido su ferviente y generoso corazón.

—¿Por qué amar la vida de este mundo tan fugaz y estéril? —de-

cía—. Busquemos más bien la que el Señor promete a cuantos le sirven en verdad. Pensad, hermanos, que los tormentos con que el impío Daciano, hijo de Satanás, nos amenaza, durarán poco y se desvanecerán como el humo.

Caminaba, pues, sin temor e iba sembrando —como dicen las *Actas*— «las perlas preciosas de la palabra evangélica». Muy pronto llegó a Gerona.

INTRÉPIDO CONFESOR DE LA FE

PRESTO logró reunir Félix en torno suyo a considerable número de cristianos a quienes exhortaba y fortalecía en la fe. Empero, el demonio no había de sufrir mucho tiempo el apostólico celo que tantas almas le disputaba. Uno de los oficiales de Daciano, Rufino, apresuróse a anunciar ante su señor la audacia de aquel africano que, a la vista de los mismos que debían abolir la nueva religión, osaba predicar la doctrina de Jesucristo. Inmediatamente dio Daciano la orden de prenderlo y proponerle la elección entre dos partidos: o conquistarse la gracia del perseguidor ofreciendo sacrificios a los dioses del imperio o ser castigado con los más crueles tormentos si rehusaba someterse a los edictos imperiales.

Rufino, a quien interesaba sobremanera apoderarse de las riquezas que Félix tan liberalmente repartía entre los pobres, acudió inmediatamente a Gerona e informado de que se había retirado a casa de Plácida noble matrona cristiana, no tardó en hacerlo detener por sus sicarios. Llevado el prisionero a su presencia trató de conquistarlo por la adulación y la astucia·

—Me han dicho que tu boca destila palabras llenas de prudencia y dulces como la miel, recibe por tanto los plácemes de Daciano a quien halaga de verdad el tener en su provincia hombres tan discretos. Quiere que yo elija para ti una esposa rica, virtuosa y noble como tú, con la única condición de que ofrezcas incienso a los dioses del imperio.

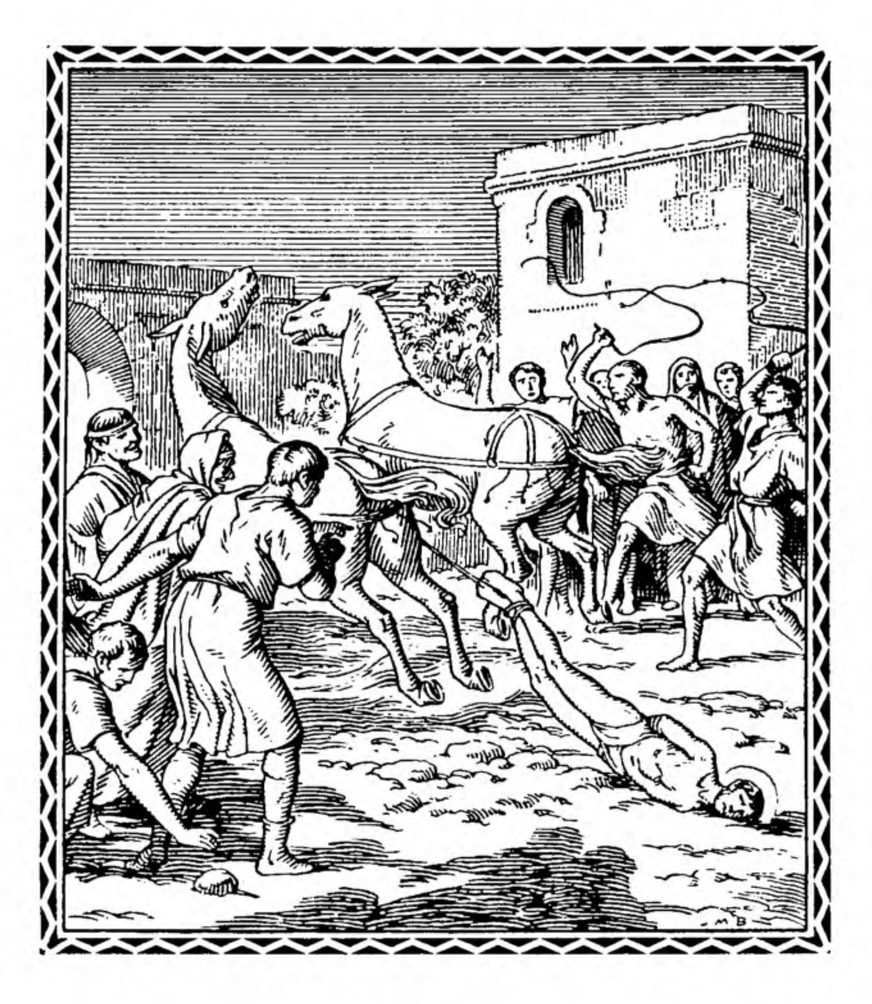
Al escuchar la impía propuesta Félix no pudo contener su indignación:

—¡Oh lengua diabólica y emponzoñada! —le responde—. Halagas tan sólo para engañar y prometes bienes terrenos para robarme los del cielo. Desprecio esas vanas riquezas; guárdalas para tus hijos si te parece, que en cuanto a mí, nadie me apartará de la caridad de Cristo.

—¡Así, pues, tu elección es irrevocable, cristiano maldito! —exclamó Rufino con rabia.

—Malditos son, replicó Félix, aquellos a quienes aprobáis tú y tu padre el diablo. Sedúcelos a ellos con tus falaces promesas y arrástralos contigo a tu vergonzosa idolatría, que muy presto arderéis juntos eternamente.

Irritado Rufino, mandó apalear brutalmente al intrépido confesor de



FUERA *ya de sí, ordena el tirano que aten los pies a San Félix y que sujeto por ellos a un par de mulos, sea arrastrado por las calles de la ciudad. Con lo cual queda tan bárbaramente destrozado el cuerpo del insigne mártir, que sólo por milagro pudo sobrevivir al tormento.*

la fe, que de tal modo se atrevía a resistírsele, y que luego se le encerrase en lóbrega cárcel. Félix, lleno de alegría exclamó: «Gracias te doy, Señor, por la suerte que me espera. En ti confío, porque tú probaste mi fortaleza y en las tinieblas me visitaste».

No dándose por vencido en su empeño, acudió Rufino a la astucia:

—Óyeme como hermano. También yo, al llegar aquí, me sentí extraño en ajena tierra y sin recurso alguno, pero la sumisión a Daciano me valió el verme muy pronto colmado de honores, riquezas y regalos.

—Aunque pudieras ofrecerme —replicó Félix— las mismas delicias del paraíso a cambio de renunciar a Cristo, no accedería a tus deseos.

EL MARTIRIO

Ya fuera de sí, ordenó el tirano que atasen a Félix por los pies, y que fuera así sujeto a los costados de un par de indómitos mulos. Éstos hostigados por los satélites de Rufino, arrastraron al santo mártir en desenfrenada carrera por las calles de la ciudad hasta dejar su cuerpo lastimosamente destrozado. Así le trajeron a presencia del inicuo juez.

Por un efecto maravilloso del poder divino aún le quedaba un soplo de vida cuando le volvieron a la cárcel. Llegada la noche, apareciósele un joven hermosísimo. «Jesús me manda venir a ti» —le dijo—, y tocando sus miembros doloridos desaparecieron al instante todas las heridas.

Quedó Félix fortalecido y consolado con esta celestial visita, y a la vez aparejado para los recios combates que aún le esperaban. Llegada la mañana, llevándole nuevamente a la presencia del juez. Lejos de conmoverse éste a vista de los prodigios obrados, renovó sus instancias y juzgando que su ejemplo sería tal vez más eficaz que las palabras, dijo al santo mártir mientras ofrecía incienso a los dioses y les sacrificaba víctimas:

—Haz como nosotros, ya ves con qué facilidad puedes dar satisfacción a los decretos imperiales y volver por los intereses de tu vida.

—¡Ciegos esclavos del demonio —replicó Félix con viveza—, abandonad a vuestros falsos dioses, hechura de hombres, que sólo los demonios han podido inspirar, y reconoced al solo Dios vivo que nos creó!

Ante tales palabras, arrojáronse los verdugos sobre el intrépido confesor y le arrancaron las uñas y parte de la piel. Colgáronlo luego por los pies y tuviéronle en esa postura desde las nueve de la mañana hasta la puesta del sol, de manera que impresionaba aun a los mismos verdugos.

La gracia divina, que hasta entonces había sido su fortaleza y sostén, impidió sucumbiera en esos espantosos tormentos. Llegada la noche lo encerraron nuevamente en la prisión. Mas renovándose el prodigio de la

noche anterior, vióse el esforzado mártir envuelto en resplandeciente luz, mientras los ángeles formaban corro en torno a él y con cánticos de alegría le alentaban a resistir nuevos combates hasta la victoria final.

Tantos y tan repetidos milagros, provocaron la admiración de los carceleros, que fueron a referir a Rufino las maravillas de que habían sido testigos. Este relato no logró, sin embargo, conmover el corazón empedernido del tirano, el cual sólo buscó nuevos modos le saciar su venganza.

Así, pues, mandó que desde Gerona fuese llevado Félix a Guíxols, y que allí, con las manos atadas a la espalda y cargado de pesadas cadenas, lo arrojaran al agua en alta mar. No por eso el miedo halló cabida en el alma del santo mártir. «Señor —decía—, tu diestra me sostendrá».

En efecto, apenas lanzado al agua, por un prodigio no menos extraordinario que los anteriores, rompiéronse sus férreas ligaduras « cual si fueran hojas de papel». Apareciósele al mismo tiempo un coro de ángeles que le ayudaron a caminar sobre las ondas hasta dejarlo salvo, en la orilla.

No es fácil expresar —dicen las *Actas*— el espanto y la admiración de los marineros ante semejante espectáculo. ¿Cómo se atreverían a comparecer delante de Rufino para confesar este nuevo fracaso y convencerle una vez más de lo inútil de sus crueldades? Menester fue, no obstante, decir toda la verdad del suceso que a ellos les parecía sobrenatural.

La ira del tirano ya no conoció límites. En un acceso de rabia diabólica, ordenó que se apoderasen una vez más del esforzado mártir y le desgarrasen las carnes con garfios de hierro hasta dejarle al descubierto los huesos, y que luego lo trajesen a su presencia. Cual si ignorase las circunstancias maravillosas en los anteriores suplicios, díjole cuando lo tuvo ante sí. —No comprendo por qué te empeñas en perseverar en tu locura. Ya ves que no has de reportar de semejante obstinación sino dolorosísimos suplicios y en último término la muerte. Considera tu propio interés, vuelve a los caminos de cordura que en tan mala hora has abandonado y entrarás de nuevo en la gracia del emperador. Ya ves cuán compasivos se muestran aún contigo nuestros dioses. Ofréceles, pues, sacrificios.

—No haré yo tal —respondió Félix con viveza—; mejor es que sigas tú en ello, ya que tan bien te va en el servicio y adoración de los demonios.

Rufino no supo ya qué contestar y hubo de confesarse vencido. Incapaz de soportar siquiera su presencia, ordenó a los guardias que alejasen al santo mártir y lo arrastrasen por abruptos caminos, así lo hicieron aquéllos hasta que, deshecho el cuerpo, sucumbió Félix a tantas crueldades mientras su alma subía triunfante a recibir la palma de la victoria.

Una piadosa cristiana recogió los sagrados despojos del mártir y los encerró en el sepulcro que él mismo había preparado para sí en Gerona. Ocurría esto el día primero de agosto del año 304.

RELIQUIAS, CULTO Y MILAGROS

Las preciosas reliquias del glorioso atleta de Cristo se guardaron siempre en Gerona, según lo atestigua antiquísima tradición, a la vez que múltiples testimonios, tales como el de San Gregorio Turonense y un diploma del papa Formoso (893) que menciona la ciudad de Gerona, «en la que el bienaventurado Félix, mártir de Cristo, descansa corporalmente».

Su devoción ha sido siempre singularísima entre los españoles tanto, que a fines del siglo VI, habiendo abrazado la fe católica el religioso príncipe Recaredo, ofreció su corona real al sepulcro del Santo, ilustrado por el Señor con repetidísimos milagros. Muchas son las iglesias parroquiales de Cataluña que le tienen por patrono, sobre todo en el obispado de Gerona, donde hay muy importantes iglesias dedicadas a su nombre.

De su sepulcro se sacaron una porción de reliquias para distribuirlas entre diversos santuarios levantados en honra de San Félix. Entre éstos, los erigidos en Torralba, pueblo tarraconense, en la Abadía de Cuxá, antigua diócesis de Elna —hoy de Perpiñán—, en Narbona, y en Portugal.

La extraordinaria celebridad del Santo se debe, indudablemente tanto al recuerdo de su heroico martirio, como al esplendor de sus milagros.

He aquí dos que refiere San Gregorio de Tours:

—Un ladrón robó muchas cosas de valor pertenecientes a la iglesia construída en Narbona bajo la advocación del ilustre Mártir. En el camino juntósele un hombre desconocido. Pronto trabaron tan íntima amistad que no tuvo el ladrón recelo en confiarle el secreto del robo y de los objetos sustraídos. Ofrecióse el viajero a poner a buen recaudo las alhajas robadas, más tarde las venderían para repartirse el importe. El expoliador convino en ello gustoso y siguió a su guía sin advertir que volvía a tomar el camino de la Basílica. En llegando a ella, díjole al acompañante: «Ve aquí mi casa, de la que te he hablado; entra y deja las alhajas». Hízolo así el ladrón y, vuelto en sí, maravillóse al ver que se encontraba con su botín en el lugar mismo de donde lo sustrajera poco antes. Creció su estupor con la súbita desaparición de su compañero, por donde comprendió que el propio Santo había sido el autor de aquel prodigio. Tuvo miedo, y para acallar su conciencia, confesó en público su crimen, contando en loa del santo mártir el prodigio de que acababa de ser objeto.

El otro prodigio, que refiere el mismo autor, fue que, habiendo un cortesano lisonjero aconsejado al rey Alarico que rebajase la altura de la iglesia de Narbona, donde se conservan las reliquias del Santo, porque impedía que desde el palacio se viese un lugar delicioso, apenas comenzaron los operarios a destruir el templo, quedó ciego de repente el que tal consejo diera.

Aun son más notables los milagros que se enumeran en los himnos de la liturgia mozárabe. El Misal del mismo rito contiene también una misa en cuyas Oraciones y Prefacio se describen, con admirables rasgos, la vida apostólica y las maravillosas cricunstancias del martirio de San Félix.

Se advierte, en todas las tradiciones, un concierto unánime de elogios al Santo por las maravillas incesantes debidas a su intercesión; y no faltan ilustres escritores, como Morales, que reprochan a los gerundenses el haber sido remisos en su loor al no consignar los recuerdos que harían más ilustre aún la memoria del valeroso mártir.

Crítica excesiva nos parece ésta. Los habitantes de Gerona hicieron algo más que celebrar en libros al Mártir. La suntuosa basílica —convertida más tarde en Colegiata— que le dedicaron poco tiempo después de su muerte, constituye una elocuentísima prueba de la veneración que aquéllos le profesaban ya en el año 1128 en que se hizo el traslado de sus reliquias. La actual iglesia de San Félix, cuyo campanario octogonal terminado en pirámide, domina la parte baja de la ciudad, data del siglo XIV.

La insigne reliquia de la cabeza de San Félix estaba colocada dentro de la cabeza de un busto de plata que desapareció en 1936, cuando el templo fue profanado. Desde 1943, el sepulcro está empotrado en las paredes del presbiterio. Ha quedado exhausto de reliquias, por las reiteradas donaciones que de ellas se han hecho.

Los títulos de Apóstol, Profeta y Doctor que recibió San Félix, aun sin ser sacerdote, testimonian su amor a la verdad y su celo en propagarla.

No se confunda a este santo mártir de origen africano, con su homónimo, diácono de San Narciso.

SANTORAL

Santos *Pedro ad Víncula* (memoria de la prisión del Príncipe de los Apóstoles); **Félix de Gerona, mártir;** *los siete hermanos Macabeos, martirizados juntamente con su madre;* Ethelwoldo, obispo de Wínchester; Exuperio, obispo de Bayeux, y Vero, de Viena de Francia; Nemesio, confesor; Pelegrino, príncipe irlandés, ermitaño; Romo, presbítero, Faustino, Mauro y otros nueve compañeros, mártires en Roma; Cirilo, Áquila, Pedro, Domiciano, Rufo y Menandro, mártires en Filadelfia de Arabia; Leoncio, Accio, Alejandro y otros seis compañeros, mártires en Perge de Panfilia; Justino, mártir. Beatos Pedro Eymard, fundador de la Congregación del Smo. Sacramento; Antonio Fontadini, célebre teólogo franciscano; y Pedro, cisterciense. Santas *Salomé, madre de los hermanos Macabeos; Fe, Esperanza y Caridad, vírgenes y mártires;* María la Consoladora, virgen, en Verona.



Nuestra Señora del Perpetuo Socorro — Doctor de la Iglesia y Fundador

DÍA 2 DE AGOSTO

SAN ALFONSO M.ª DE LIGORIO

FUNDADOR DE LOS REDENTORISTAS, OBISPO Y DOCTOR (1696-1787)

SAN Alfonso María de Ligorio estaba destinado a cumplir una múltiple y providencial misión de apostolado: evangelizar a los pobres, renovar la devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen, refutar las doctrinas de los falsos filósofos y restaurar entre los fieles la piedad verdadera, harto malparada por influjos del jansenismo.

Nació el 27 de septiembre de 1696 en Marianella, pueblo poco distante de Nápoles. Presentado a San Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús, bendíjolo el Santo y, con espíritu profético, dijo a su madre: «Este niño vivirá más de noventa años, será obispo y obrará grandes cosas».

Sus venturosos progenitores, tan ilustres por su piedad como por la nobleza de su linaje, le educaron cristianamente. Devotísimo era su padre el marqués de Ligorio, capitán a la sazón de las galeras de Nápoles, bajo la dominación austríaca. En cuanto a su madre, Ana Catalina Cavalieri, tenía por única preocupación acrecentar el amor de Nuestro Señor Jesucristo en el corazón de los cuatro hijos y tres hijas que el cielo le dio.

Alfonso, el primogénito, fue quien mejor respondió a aquella solicitud. Ya desde muy niño entregóse con ardor al estudio, llegando a sobresalir en todas las disciplinas, singularmente en literatura y en música, como lo

demostró en los piadosos y exquisitos cánticos que compuso en loor de Jesús y de María. Cuando sólo contaba dieciséis años se le confirió, con dispensa de edad, el grado de doctor en ambos derechos, canónico y civil.

Emprendió en seguida la práctica del foro y en breve llegó a ser uno de los abogados más aplaudidos e ilustres de Nápoles. Diez años continuó en este estado; diez años durante los cuales quiso Dios que se ofreciera como modelo de virtud para los hombres del siglo, al mismo tiempo que a él le mostraba cuán de temer es el contacto del mundo para quien quiere salvarse.

A pesar de los esfuerzos que realizó para conservar el fervor cristiano, iba su piedad declinando insensiblemente. Solía su padre conducirle al teatro y a reuniones profanas; con lo cual, las ideas, atractivos, halagos y lisonjas del mundo, a fuerza de batir su alma, acabaron por abrir brechas en ella. Él mismo confesaba más tarde, que de haber permanecido más tiempo en aquella situación peligrosa, presto hubiera caído en alguna culpa grave. No tardó Dios en sacarlo de ese peligro. Un amigo le propuso 1722 hacer juntos unos días de retiro espiritual; Alfonso aceptó con sumo gusto. Alumbrado por la gracia, lloró amargamente su enfriamiento en la piedad, pidió a Dios perdón y salió animado con nuevo ardor.

Fruto principal de los santos Ejercicios fue el aumento de su devoción a la Sagrada Eucaristía, amor que le hizo desprenderse paulatinamente del mundo. Asistía diariamente al santo sacrificio de la misa, se confesaba cada semana y comulgaba con frecuencia, y todos los años consagraba unos días a los santos Ejercicios. Era muy asiduo en las visitas al Santísimo Sacramento del Altar y no dejaba ningún día de adorar a Jesús Sacramentado en la iglesia en que por celebrarse el piadoso ejercicio de las cuarenta horas, estaba el Señor de manifiesto. Era de admirar el angelical fervor con que Alfonso permanecía horas enteras, con la vista clavada en el imán de sus amores, y ajeno a todo cuanto pasaba en su alrededor.

EN EL CAMINO DE LA PROPIA VOCACIÓN

La distinguida posición que en el mundo ocupaba la familia de los Ligorio y la benevolencia con que la honraba el rey de Nápoles, junto con la simpática admiración que inspiraban las virtudes y los talentos de Alfonso, indujeron a las más nobles familias a buscar con él una alianza matrimonial. Dos brillantes proyectos se le ofrecieron sucesivamente con grande alegría de su padre; pero Alfonso, que había resuelto dar su corazón a solo Dios, supo apartarlos con tanta discreción como firmeza.

Un suceso providencial acabó de mostrarle claramente el camino que

había de seguir. En el año 1723 confiáronle un pleito de mucha importancia que había de defender contra el Gran Duque de Toscana. Un mes entero empleó en el estudio de todas las piezas del proceso. Cuando ya se creyó seguro del triunfo, presentóse ante el Tribunal a defender su tesis, lo que hizo con tal elocuencia que arrancó del público los más entusiastas aplausos. Todos daban ya por ganada la causa y el presidente sólo pensaba en pronunciar sentencia en su favor, cuando el abogado de la parte contraria se levanta sonriente y, mostrándole una de las piezas del proceso, señala a nuestro brillante orador una circunstancia esencial en que no había reparado y que destruye por su base la tesis de aquella defensa.

Un rayo que cayera en aquel momento no habría producido efecto más fulminante en el joven letrado, cuya lealtad se mostró siempre tan sincera. Con el carmín de la vergüenza en el rostro: «Perdonen, señores —dijo—, me he equivocado estaba en un error». Y sale en seguida diciendo: «Mundo falaz, te conozco, en adelante ya nada serás para mí».

Acostumbraba visitar y asistir a los enfermos del hospital de incurables. El 28 de agosto de 1723, mientras ejercía este oficio de caridad, parecióle que la sala se llenaba de vivos resplandores y que una voz le decía: «¿Qué haces todavía en el mundo? —¡Señor! —contestó—, demasiado tiempo he resistido ya. Heme aquí haz de mi cuanto te plazca».

Y saliendo del hospital, entró en la iglesia de los Padres Mercedarios, que a corta distancia estaba, y en la cual se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento. Postrado Alfonso ante la Víctima divina, ofrecióse nuevamente a Dios sin reserva; y como prenda de su sacrificio, fuése a depositar su espada en el altar de la Santísima Virgen. Su director espiritual, el Padre Pagano, de la Congregación del Oratorio, le alentó a perseverar en sus propósitos, sin hacer caso de las dificultades que sobrevinieran.

Mas para seguir los impulsos de la gracia, iba a encontrar grandes obstáculos en su propia familia, cuya resistencia fue duradera y tenaz. Su padre, especialmente, parecía dispuesto a no ceder en manera alguna. Doblegóse, por fin, pero con la condición de que su hijo no había de entrar en la Congregación del Oratorio y seguiría habitando la casa paterna.

El sábado 23 de octubre de 1723, Alfonso se despojó para siempre de sus vestidos de gentilhombre. Ya antes había comenzado con ardor el estudio de la sagrada Teología. Su inteligencia poco común y su natural despejado, junto con las reglas minuciosas y severas que se impuso para la mejor distribución del tiempo de estudio, le permitieron reservar bastantes horas para dedicarse a las obras de caridad y de apostolado. Y así, era espectáculo a la par asombroso y edificante ver a ese joven noble y de porte distinguido que había renunciado a un porvenir brillante y recorría las calles y plazas públicas para recoger a los pequeñuelos, condu-

cirlos a la iglesia y enseñarles con tanto celo como paciencia y humildad los primeros rudimentos de la Doctrina Cristiana y las primeras nociones del amor de Dios.

Vestía con sencillez y modestia, ayunaba todos los sábados a pan y agua en honra de María Santísima; maceraba su carne con cilicios y disciplinas y ejercitábase en todo momento, con profunda fe e infatigable ardor, en las prácticas de penitencia y en la mortificación de los sentidos.

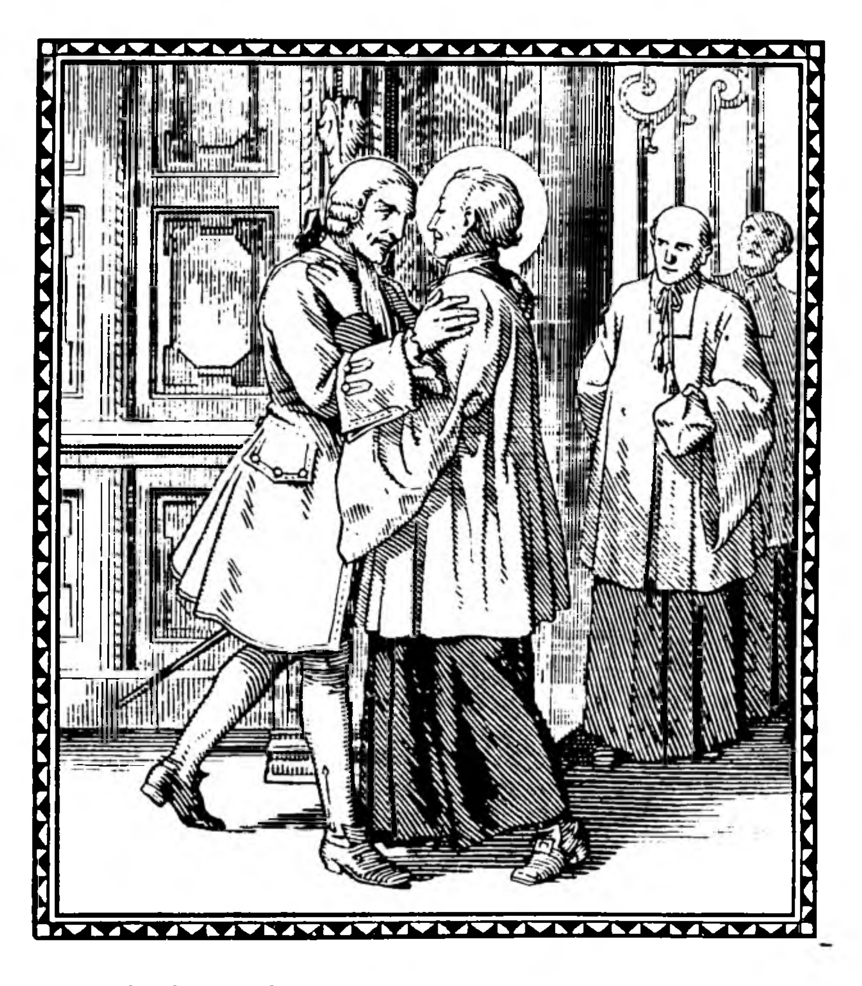
El 21 de diciembre de 1726, el cardenal Pignatelli, arzobispo de Nápoles, le confirió el orden sacerdotal. Poco después cantó su primera misa.

EN EL PÚLPITO.—GOZO DE UN PADRE

PUEDE afirmarse que desde ese día, su vida entera fue una predicación continua y una perpetua exhortación a la virtud. Sólo Dios conoce el sinnúmero de almas que convirtió, fortaleció en la vida cristiana o impulsó por los caminos de la perfección. Las multitudes acudían en masa para verle y no se cansaban de escucharle. Las parroquias y las Comunidades religiosas solicitaron de todas partes la edificación de su palabra apostólica. Clérigos y magistrados, magnates y plebeyos, caballeros y damas de la más noble alcurnia, al igual que los artesanos y las humildes mujeres del pueblo, llenaban los templos en que había de predicar.

Su palabra, a la vez noble, llana, viva y arrebatadora, fluía con unción santa de su boca, penetraba suavemente las inteligencias y los corazones de sus oyentes, y siempre producía fruto en las almas. «Un sacerdote que no predica a Jesús crucificado —decía más tarde el Santo—, se predica a sí mismo, falta a las obligaciones de su sagrado ministerio y no obtiene provecho alguno». En esta norma basó siempre sus sermones. Lo cual explica en parte la fama del encendido orador y el éxito de sus pláticas.

Pasaba cierto día el marqués de Ligorio por delante de una iglesia en que se celebraba el piadoso ejercicio de las Cuarenta Horas, y su devoción le impulsó a penetrar en el templo. Alfonso ocupaba en aquel momento la Cátedra Sagrada. No le cayó muy en gracia al padre esta coyuntura, porque él, tan aficionado en otros tiempos a escuchar los discursos de su hijo abogado, no tenía ahora valor para asistir a un sermón de su hijo sacerdote. Con todo, permaneció en la iglesia. Muy presto se apoderó de su alma honda emoción: el padre terrible, desarmado por las palabras del hijo santo, se conmueve hasta derramar dulces lágrimas. Apenas terminado el sermón, corre a la sacristía al encuentro de su hijo, le abraza y exclama «¡Hijo mío! Tú me has revelado a Dios, bendito seas, Alfonso, por haber abrazado una carrera tan santa, perdóname los disgustos que te causé al oponerme a los designios de Dios sobre ti».



EL *padre de San Alfonso María de Ligorio, muy incomodado contra él porque ha dejado la abogacía para ordenarse de sacerdote, asiste, sin quererlo, a un sermón de su hijo. Alfonso predica con tanto fervor que, terminado el acto, el padre le pide perdón y le felicita por la vida santa que lleva.*

DIRECTOR DE CONCIENCIAS

No menos consoladores eran los frutos que el santo misionero alcanzaba en el confesionario. Asustóle en un principio la idea elevada que concibió de un ministerio tan sublime y que tan eminentes cualidades requiere, y fue menester que el cardenal Pignatelli le mandase, en virtud de santa obediencia, hacer uso de los poderes que le confiriera. Alfonso obedeció y logró un bien inmenso. «Cuanto más encenagada en el vicio está un alma —decía más tarde— y más enredada con las ligaduras de la culpa, tanto más se ha de procurar, a fuerza de bondad, arrancarla de las garras del demonio para ponerla en brazos de Dios». Así lo practicaba puntualmente él mismo, y tal ascendiente alcanzaba sobre los infelices pecadores, que jamás hubo de verse en la dolorosa obligación de despachar a uno solo sin haberlo antes reconciliado con la divina Misericordia.

Bondad ha sido ésta muy característica en la obra de San Alfonso María de Ligorio, y que ha venido como herencia hasta sus hijos.

Acostumbraba dar como penitencia el volverse a confesar al cabo de cierto tiempo, la frecuentación de los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía y la asistencia diaria al santo sacrificio de la misa acompañada de la meditación en los sufrimientos de Jesucristo. No imponía en forma obligatoria las maceraciones corporales, pero procuraba en cambio que sus penitentes mortificasen los propios sentidos y se sometiesen por propia iniciativa a las necesarias expiaciones. «La meditación —decía— os descubrirá vuestros defectos como un espejo, la mortificación os ayudará a enmendarlos; sin mortificación no hay verdadera oración, ni es posible la mortificación sin el espíritu de oración. De cuantos verdaderos penitentes he tratado, no he visto uno solo que no se diera a ambos ejercicios».

Vivamente alentaba a practicar la visita cotidiana al Santísimo Sacramento, y así decía: «No existe delicia comparable con la de permanecer prosternado ante el altar y allí, en íntimo acercamiento, conversar familiarmente con Jesús, que por nuestro amor se encierra en el Sagrario, implorar perdón por los disgustos que se le han dado, exponerle las propias necesidades como un amigo a su amigo y pedirle su amor y sus mercedes».

Su celo ardiente le sugirió la idea de reunir todas las noches a los artesanos y personas de humilde condición social, después de terminado el trabajo diario, para instruirlos en los elementos de la Religión. No faltaron cooperadores celosos, tanto eclesiásticos como seglares, que se le unieron para esta santa obra social cristiana, a la que sirvió de modelo la que años antes estableciera en Roma San Felipe Neri. Con ella alcanzó Alfonso los resultados más consoladores; muchos años después de su muerte, se contaban en Nápoles cerca de ochenta reuniones de esta clase,

a cada una de las cuales asitían alrededor de ciento cincuenta personas. Aún hoy día se celebran. El programa suele ser: instrucción, canto, rezos y al final las confesiones.

FUNDA LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO REDENTOR

El celo que abrasaba el corazón de Alfonso, le inspiró el deseo de llevar a otros pueblos la fe cristiana. Resolvió, pues, ir a la China con tal objeto; mas habiéndolo consultado antes con su confesor, por no haber aprobado éste el proyecto, renunció sin más a aquel su dorado sueño.

Aconteció por entonces que una santa religiosa de Scala, sor María Celeste Costarosa, favorecida del Señor con gracias sobrenaturales, afirmaba haber tenido una visión el día 3 de octubre de 1731, vigilia de la fiesta de San Francisco de Asís; Nuestro Señor se le había aparecido con el Pobrecito a su diestra y Ligorio a su izquierda. Llevada a la presencia de éste, le dijo: «Dios os llama a fundar una Congregación de Misioneros que procuren socorros espirituales a los más desprovistos de instrucción religiosa».

Estas palabras alarmaron grandemente a Alfonso y diéronle no poca turbación. Preocupado por ellas, entregóse de lleno a la oración, y suplicó al Señor le manifestase su voluntad. Muy pronto conoció que Dios reclamaba de él la realización de aquella empresa que había de ser la mayor y más fecunda de todas su obras. En breve se agruparon en Scala, bajo su inmediata dirección, varios eclesiásticos dispuestos a dar misiones, especialmente en las parroquias rurales, que entonces estaban muy abandonadas (1732). Aunque su programa era hermosísimo, no escasearon a la nueva Congregación las contrariedades humanas y los obstáculos de todo género. La mayor parte de los amigos de Alfonso le desaprobaron. Su anciano padre, deshecho en lágrimas al pensar en el alejamiento del hijo, trató por cuantos medios halló a su alcance de disuadirle. Sus compañeros, salvo dos, le abandonaron por hallar sus programas duros de cumplir.

No arredraron, sin embargo, a nuestro santo misionero aquellas dificultades. Confiaba en que la Santísima Virgen, su refugio ordinario, le ayudaría a sortearlas. Pronto acudieron nuevos auxiliares en considerable número, de suerte que al cabo de tres años el naciente Instituto contaba ya con cuatro casas establecidas. El principal afán del fundador era fomentar las virtudes religiosas y el celo apostólico entre sus compañeros.

Al divisar un poblado en que se proponía dar la misión, rezaba con fervor las letanías de la Santísima Virgen y otras oraciones, iba directamente a la iglesia y luego de adorar al Santísimo Sacramento subía al púlpito y dirigía una ardiente exhortación al pueblo para invitarle a sacar pro-

vecho de los ejercicios espirituales que iba a predicar. Solían éstos durar de quince días a un mes. Además de las reuniones generales, celebraba otras especiales amoldadas a las distintas categorías de concurrentes.

En los tres pirmeros días, al anochecer, recorrían los Padres Misioneros las calles más frecuentadas para invitar a todos los habitantes a las instrucciones y recordarles de paso las postrimerías. Tres veces durante la Misión, en el curso de los sermones acerca del pecado, del escándalo y del infierno, el santo predicador se flagelaba en el púlpito con una soga.

El consuelo más dulce para el celoso misionero era hablar de María Santísima. Cierto día, mientras trataba en Foggia de este su tema favorito ante una muchedumbre inmensa de fieles, un rayo de luz resplandeciente que salió de un cuadro de la Virgen vino a iluminar con claridad celestial el rostro del santo predicador, que arrobado en éxtasis quedó levantado a varios codos sobre el suelo. Testigo el pueblo de tamaño prodigio prorrumpió en gritos de «¡Milagro! ¡Milagro!» y fue tal la emoción que se apoderó de algunas públicas pecadoras, allí presentes, que comenzaron a pedir a voz en grito perdón de sus pasados extravíos, y días después abandonaron el mundo para consagrar el resto de su vida a ejercicios de rigurosa penitencia.

ES NOMBRADO OBISPO

CONFIABA Alfonso María de Ligorio acabar plácidamente su vida rodeado de sus hijos espirituales, cuando en marzo de 1762 recibió del papa Clemente XIII las Letras Apostólicas en que le nombraba obispo de Santa Águeda de los Godos, pequeña ciudad situada entre Benevento y Capua. Su sorpresa sólo puede compararse con el dolor que experimentó. Suplicó al Sumo Pontífice le permitiese declinar tan pesada carga, pero sólo consiguió que el Papa le enviara, por medio del cardenal Negroni, su secretario, orden formal de aceptar. «¡Cúmplase la divina voluntad! —dijo Alfonso—. Y ya que Él me pide el sacrificio de los días que me quedan de vida, me someteré. El Papa ordena y yo debo obedecer. Dios me expulsa de la Congregación a causa de mis pecados».

Fue tal la impresión, que nuestro Santo enfermó gravemente. Ya repuesto, acudió a recibir en Roma la consagración episcopal el día 20 de junio de 1762; seguidamente marchó a la capital de su diócesis. No es para descrito el júbilo y el entusiasmo con que en ésta le recibieron cual a un nuevo San Carlos Borromeo. Su primera preocupación fue la reforma del Seminario y del clero. Empleóse luego en fundar cofradías que fomentasen la piedad y la frecuencia de sacramentos. Cada año visitaba una mitad de su diócesis. La caridad con que atendía a los pobres le lle-

vaba a desprenderse en su favor aun de las cosas más indispensables. Cierto día que regresaba a casa, viose envuelto por un grupo numeroso de necesitados que le pedían limosna. «Hijos míos —les dijo—, ya nada me queda con qué socorreros; he vendido el coche, las mulas y cuanto tenía; no tengo dinero ni encuentro una persona que quiera prestármelo». Y, profundamente dolorido, se echó a llorar.

SU MUERTE Y GLORIFICACIÓN

A los trece años de fecundo episcopado, quebrantada su salud por la edad y por graves indisposiciones corporales, logró le aceptase el papa Pío VI la dimisión de sus funciones y regresó al convento de Pagani, sito a cinco leguas de Nápoles. Considerábase feliz de morar nuevamente con sus hermanos de Religión y de volver a abrir su clavicordio.

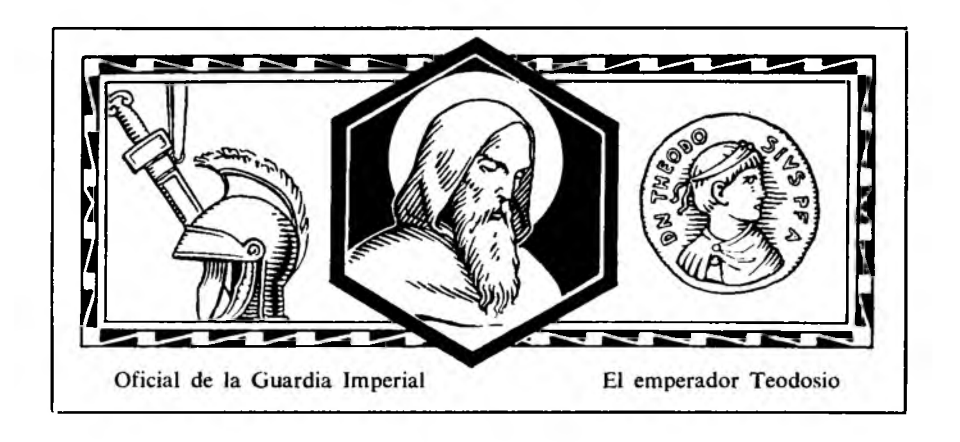
Las persecuciones, humillaciones, tentaciones y escrúpulos habían de amargar los últimos años del Santo. Al final de su vida, Dios le devolvió la paz y murió San Alfonso bendiciendo a sus religiosos, cumplidos los noventa años de edad conforme predijera San Francisco de Jerónimo. Sus venerados restos descansan en Pagani. Beatificado el 6 de septiembre de 1816, fue canonizado el 26 de mayo de 1839.

Joven aun, hizo San Alfonso María de Ligorio voto de no perder nunca ni un solo instante de tiempo. El cumplimiento estricto de este voto le permitió escribir innumerables obras de piedad sólida, de teología moral y de controversia religiosa, con las que perpetúa su apostolado a través de los tiempos. Pío IX proclamó la excelencia de tales libros al conferir a su autor, por Breve de 7 de julio de 1871, el título de Doctor de la Iglesia universal.

Pío XII le constituyó celestial patrono de los confesores y moralistas.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES (véase nuestro libro «Festividades del año Litúrgico», pág 360). Santos **Alfonso María de Ligorio, fundador de los Redentoristas;** Esteban I, papa y mártir; *Pedro, obispo de Osma; Rutilo, mártir en África;* Bertario, obispo de Chartres; Máximo, obispo de Padua, y Gunzo, de Eichstad (Alemania); Uniaco, abad en Irlanda. Beatos Gualterio, franciscano; Juan de Rieti, agustino. Santa Teodota, martirizada juntamente con sus tres hijos en Nicea de Bitinia; Eteldrida o Alfreda, virgen, en Inglaterra. Beata *Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán.*



Oficial de la Guardia Imperial — El emperador Teodosio

DÍA 3 DE AGOSTO

SAN DALMACIO

ABAD DE CONSTANTINOPLA († hacia el año 440)

En los comienzos del siglo v, surgieron en Constantinopla y en sus arrabales numerosos monasterios, merced al impulso que diera, hacia el año 383, un monje sirio llamado Isaac. Algunos de ellos contaban cincuenta y hasta cien monjes cuya principalísima ocupación era alabar a Dios. El que San Isaac estableció en la capital no conservó el nombre de su fundador, muerto éste tuvo a su frente a un hombre célebre en los fastos de la historia monástica, Dalmacio, considerado en las postrimerías del siglo iv como jefe y patriarca de los monjes de Constantinopla, y de él tomó el nombre de *Monasterio de Dalmacio.*



Dalmacio vio la luz primera en Oriente, en lugar y fecha que no hemos podido precisar. En los comienzos de la estancia del emperador Teodosio I en Constantinopla, a fines del año 380, lo encontramos en la capital del imperio de Oriente. Era a la sazón oficial de segundo orden del «cuerpo de guardias», o sea de una de las cohortes que tenían bajo su cargo la custodia del palacio de los emperadores bizantinos.

Vivía en compañía de su esposa, también oriental, y de sus dos hijos, un niño llamado Fausto y una niña cuyo nombre no ha conservado la historia, Dalmacio era joven y rico, a la vez que fervoroso cristiano.

Con un emperador como Teodosio, tan afecto a la Iglesia católica, fácil le hubiera sido aspirar a un brillante porvenir, mas el trato con el monje Isaac, a quien conoció en el curso de una visita que le hiciera en su ermita en compañía del emperador, despertó súbitamente en su alma vivas ansias de más elevada perfección. Originarios ambos de Oriente, establecióse entre ellos una amistad fuerte y tanto creció la influencia de Isaac sobre el oficial que pudo decirle un día con toda confianza:

—Preciso es que dejes todo y te encierres en adelante aquí conmigo.

—Tengo familia e hijos —contestó Dalmacio—. ¿Cómo desprenderme de ellos? ¿Crees tú que será cosa fácil romper con tantas obligaciones?

—Hijo mío —le replicó Isaac—. Dios me ha revelado que debes vivir aquí a mi lado. Ya sabes que el Divino Maestro dijo: «El que ama a su padre, o a su mujer, o a su hijo más que a mí no es digno de mí».

Harto conocía Dalmacio el consejo dado por Jesús en otro tiempo a las almas fervorosas, mas tampoco ignoraba que su mujer, a pesar de ser excelente cristiana, habría de oponerse tenazmente a la separación inmediata. Y aunque así fue, tras de repetidos ruegos, abundantes lágrimas y conversaciones prolongadas, acabó el oficial por convencerla. Retiróse, pues, la esposa, junto con su hijita, a Siria, a casa de sus padres, y Dalmacio, con su hijo Fausto, se encerró definitivamente en la ermita de Isaac. Dos años largos de lucha le había costado este sacrificio.

EL PRIMER MONJE DE CONSTANTINOPLA

El monje Isaac, cuya vida iba a compartir Dalmacio, no es un desconocido en la Historia Eclesiástica. Por un acto de cristiana audacia, que hubiera podido acarrearle terribles castigos, atrajo súbitamente sobre su persona la atención pública en muy memorable ocasión.

Un día del mes de julio del año 387, disponíase el emperador Valente, en guerra a la sazón con los godos, a emprender la campaña de Tracia en la que le esperaba una muerte atroz, cuando de repente salta delante de él un hombre que agarrando la brida de su caballo, le detiene, le increpa y le anuncia las venganzas del Cielo, prestas a descargar sobre él si rehusa hacer justicia a los católicos. Era Isaac. Tomólo el emperador por un loco y despreció la amenaza. Unos días más tarde, Valente, derrotado por las tropas enemigas, perecía abrasado en el interior de una cabaña abandonada, no lejos de Andrinópolis. Con lo cual se cumplía la predicción de Isaac.

Tuvo Isaac el mérito y la gloria de implantar la vida religiosa en la capital del imperio.

Muerto Valente (278), disfrutó la Iglesia de una era de tranquilidad con el advenimiento de Teodosio I. No obstante, Isaac había de continuar siendo, por algún tiempo todavía, el único representante de la vida religiosa en Constantinopla. Vivía en la soledad aunque sin morada fija, al menos en los comienzos. A fines del año construyéronle una ermita y, ya en el transcurso del año siguiente, acudieron a ponerse debajo de su inmediata dirección muchos discípulos, cuyo número aumentó en breve tiempo y en forma tal, que hubo de pensarse en erigir un amplio monasterio. Llevóse a inmediata realización aquella idea, merced, principalmente, a la generosidad de Dalmacio, monje desde el año 383, el cual empleó en la construcción gran parte de su inmensa fortuna. Tan preponderante fue la participación del antiguo oficial en esta obra, que ya desde los comienzos fue designado el nuevo monasterio, no con el nombre de Isaac su fundador y primer Superior, sino con el del oficial que facilitara la construción.

Así, el primero y más antiguo monasterio de Constantinopla fue el *Monasterio de Dalmacio,* cuyo archimandrita o abad, en funciones de exarca de los monjes de la capital, gozaba del privilegio de estampar su firma en los documentos y actas de los Concilios, antes de todos los superiores.

VIDA RELIGIOSA

No toda la fortuna de Dalmacio quedó absorbida por la construcción del convento. Quedábale buena parte de ella y fuéla distribuyendo en abundantes limosnas a la puerta de su celda. Cuantos pobres había en la ciudad y en su contornos, conocedores de su largueza, acudían a él como a fuente inagotable de recursos, diciéndose unos a otros

—Vayamos al señor Dalmacio.

Y tanto repitió el pueblo el nombre de su bienhechor que fue pronto uno de los más conocidos y admirados entre las gentes de la capital.

No se crea sin embargo, que el nuevo monje ambicionaba el bullicio de la popularidad y de las glorias mundanas. Apreciaba mucho más la soledad del claustro y en ella permanecía, entregado con fervoroso entusiasmo a la oración y al trabajo de la propia perfección.

Muy diferente del suyo era el carácter de su maestro. No contento con aclimatar la vida religiosa en las riberas del Bósforo, imprimió en la capital un admirable impulso hacia el monaquismo que ya nunca había de disminuir. Mientras Dalmacio y su hijo Fausto vivían en el retiro más completo, prodigábase Isaac en el exterior, e impulsado por un celo ardiente, establecía nuevas casas religiosas, que luego visitaba con frecuencia.

MILAGROSA PRESENCIA EN UNA IGLESIA LEJANA

La vida de oración, austeridades, ayunos y toda suerte de mortificaciones a que Dalmacio se había entregado, era tan rigurosa que, a no mediar la gracia, fuérale imposible sostenerse en ella. Aconteció que un año, durante el episcopado de Ático (406-425), el piadoso monje pasó la Cuaresma entera sin probar bocado, hasta el día de Jueves Santo en el que, luego de asistir a misa y de comulgar, consintió en tomar un leve refrigerio. Aunque con las fuerzas agotadas, aún permaneció cuarenta y tres días más recostado sobre el pobre camastro que le servía de lecho, musitando rezos a veces y adormecido otras, notándosele apenas una ligera respiración por la que delataba estar aún en vida. Finalmente, en el día de la Ascensión, llegóse Isaac a él para decirle: «¿Hasta cuándo piensas dormir, Dalmacio? Paréceme que ya te habrás repuesto suficientemente. Vamos, levántate».

Incorporóse algo Dalmacio al oír a su superior y respondió:

—Padre, nuestros Hermanos han acabado ahora el canto de Tercia.

—¿Cómo puedes estar tan enterado? ¿Dónde te hallabas?

—Aquí, pero antes he asistido a misa en la iglesia de los Macabeos.

—¿Y cómo puedes demostrarme que te encontrabas allí?

—Estaba yo en la segunda fila, cerca del trono patriarcal. También he visto a tres monjes nuestros que asistían a los oficios en la misma iglesia.

Isaac convocó en seguida a toda la comunidad, y resultó que en efecto tres Hermanos habían asistido a misa en la iglesia de los Macabeos, y habían ocupado precisamente el lugar señalado por Dalmacio.

SE ENCARGA DE LA DIRECCIÓN DEL MONASTERIO

La fama de este hecho maravilloso, bastó para denunciar la santidad del humilde religioso de manera que hasta los personajes más eminentes desearon conversar con él para admirar más de cerca sus virtudes. El patriarca Ático y aun el mismo emperador le visitaban en su pobre celda sin que por ello manifestase el humilde religioso emoción alguna, ni cambiase en nada su norma de vida. No ha de maravillar que al morir Isaac, fuese elegido Dalmacio para sucederle en el cargo.

Parece natural que al encargarse de la dirección del Monasterio y aceptar el sacerdocio de manos del patriarca, continuara igualmente las obras externas de San Isaac y se convirtiese en el jefe activo del mona-



EL *monje Isaac dice a Dalmacio, oficial de la Guardia Imperial: «Mira, hijo mío; el Señor me ha revelado que tú también vendrás a compartir mi vida y mis trabajos. No olvides las palabras del Maestro: El que ama a su padre, a su esposa, o a su hijo, más que a mí, no es digno de mí».*

quismo bizantino. Pero no fue así. Aficionado a su retiro, jamás consintió en abandonarlo ni en franquear la puerta de su convento. Con este riguroso ejemplo quería inculcar, en sus religiosos una estima profundísima de la clausura monacal, salvaguarda del recogimiento interior, y estímulo del espíritu conventual en su verdadero significado.

Cierto día en que un temblor de tierra sumió a la capital en el mayor espanto, aterrorizadas las muchedumbres, organizaron en seguida una de esas procesiones solemnes que tan bien cuadraban con la exhuberancia de su piedad, mas a despecho de todos los ruegos, Dalmacio permaneció encerrado en su celda. Ni siquiera quiso atender las súplicas de Teodosio II que en otra ocasión se había llegado a él en persona para rogarle saliese de su retiro.

Unánimemente declaran todos los historiadores de la vida del santo monje, que desde su ingreso en el convento, en el año 383, hasta 431 en que se celebró el Concilio de Éfeso, es decir, en el espacio de cuarenta y ocho años, ni una sola vez salió del recinto de su monasterio.

Ello no le impedía, sin embargo, el ocuparse de asuntos temporales que sometían a su criterio, de procesos cuyo fallo le encomendaban y de multitud de consultas que se le hacían por toda clase de gentes.

DEFENSA DEL CONCILIO DE ÉFESO

EL Concilio de Éfeso, presidido por San Cirilo de Alejandría, había condenado los errores de la doctrina de Nestorio, pero, debido a la precipitación un tanto apasionada que apreciaron en el examen de esta causa, los delegados imperiales y de ellos principalmente el conde Candiano, se opusieron resueltamente a la ejecución de la sentencia. Incluso llegaron a establecer una vigilancia tan estrecha en torno de Cirilo y de sus partidarios, que se vieron en la imposibilidad de escribir al emperador y a la Iglesia de Constantinopla para informarles de lo ocurrido.

Sabedor Teodosio, por medio de su representante oficial, de las irregularidades de forma habidas en la tramitación de la causa y de que San Cirilo no había aguardado la llegada del episcopado sirio ni la de los delegados del Papa, no se atrevía a aprobar las Actas del Concilo. Más aún, había hecho redactar una carta desfavorable en absoluto a los adversarios de Nestorio, y antes de cursarla a Éfeso, fuese a mostrarla a Dalmacio para conocer su opinión respecto a las proposiciones en ella contenidas.

Rogó el Santo al emperador que escribiese a los Padres del Concilio en términos más favorables y le señaló los retoques que convenía hacer.

Consintió en ello Teodosio y, redactada nuevamente la carta, hízola llevar al santo monje. Tampoco satisfizo a Dalmacio la nueva forma del escrito; mas, para evitar al emperador la molestia de venir a verle, dirigióle un memorial en el que expuso cuantas modificaciones juzgó indispensables para que se dirigiera por ellas.

Desgraciadamente los delegados imperiales estaban ganados para la causa de los adversarios de San Cirilo y no entregaron al soberano las notas de Dalmacio. Así es que la carta en que el emperador reprobaba lo hecho por el Concilio, fue expedida a Éfeso sin enmiendas ni atenuaciones.

IMPONENTE MANIFESTACIÓN POPULAR

Casi al mismo tiempo, llegaron también a Éfeso los legados del Sumo Pontífice y se declararon francamente en favor de San Cirilo y de su Sínodo. Con ello se normalizó la situación de los conciliares, lo cual les permitió llevar a buen término la obra que habían emprendido. Desde el día 31 de julio pudieron celebrar todas las sesiones del Concilio y promulgar libremente los correspondientes cánones.

No era, sin embargo, cosa fácil el informar a la corte ni a la Iglesia de Constantinopla, ya que los amigos de Nestorio y más aún los del episcopado sirio, se organizaron en guardia permanente en la capital para no dejar circular más noticias que las favorables a su causa. A pesar de estos cuidados, llegó a Constantinopla cierto mendigo, portador, en un bastón hueco, de una carta que San Cirilo escribía a Dalmacio y en la cual le describía con vivos colores la tiranía que el conde Candidiano y el episcopado sirio ejercían sobre el legítimo Concilio, y solicitábale licencia para enviar al emperador una diputación de obispos que expusiera ante él la situación.

Ya queda dicho que en el espacio de cuarenta y ocho años, y a pesar de las muchas instancias que se le hicieron, jamás consintió Dalmacio en abandonar la querida soledad de su monasterio. Pero el bien general de la Iglesia hablaba ahora con más elocuencia que sus propios deseos de tranquilidad. Parecióle, como cuenta él mismo, oír una voz del Cielo que le ordenaba salvase a la Iglesia, y al frente de sus religiosos se dirigió al palacio imperial. Los conventos, ante una noticia tan insólita, organizaron en seguida grandiosa procesión de monjes que, guiados por sus abades y archimandritas y cantando himnos, acudió a presencia del emperador. Imponente muchedumbre de pueblo seguía detrás.

Teodosio II, que profesaba a Dalmacio grande aprecio y veneración, le dispensó excelente acogida. Sorprendido al verle recorrer las calles

de la capital, siendo así que él mismo en persona jamás había logrado decidirle a abandonar su amada celda, salió a su encuentro y lo introdujo en su palacio, mientras la multitud de archimandritas, monjes y fieles esperaban ante la puerta entonando cánticos religiosos. El emperador leyó la carta recibida de Éfeso, inquirió algunos pormenores complementarios y no puso dificultad en admitir a su presencia a los representantes de San Cirilo.

Inicióse entonces entre el soberano y el recluso el siguiente diálogo, que nos relata el propio Dalmacio y que ha conservado la historia:

—Si tal es —dijo Teodosio—, no veo difícil la solución. que venga una representación de obispos del Concilio para entrevistarse conmigo.

—A ninguno de ellos se le autoriza. —¿Por qué? Nadie lo impide.

—Sí que lo impiden, puesto que los detienen y les imposibilitan el venir. Los de la fracción de Nestorio van y vienen y se mueven libremente, mas no así los Padres del Concilio, a ninguno de los cuales se le consiente acudir a Vuestra Piedad para informarle de lo que se hace.

El santo abad prosigue de este modo el relato de la audiencia imperial: «Le he dicho, además, en presencia de todos, para sostener el partido de Cirilo: «¿Qué preferís? Oír la voz de 6.000 obispos, o la de un solo impío?». He dicho 6.000, teniendo en cuenta los que dependen de los metropolitanos y con intención de alcanzar una orden para que puedan venir algunos obispos a explicar lo ocurrido. El emperador me ha dado esta respuesta: «Bien habéis hablado. Rogad por mí». Y ha accedido a la justa demanda».

Apenas hubo salido Dalmacio de la estancia imperial, cuando impacientes los monjes y el pueblo por saber el resultado de sus gestiones ante el soberano, preguntáronle con grandes voces cuál había sido la respuesta de Teodosio. Contestó aquél que fueran a la iglesia de San Mocio, situada próxima a la cisterna llamada hoy Chukur-Bostán y que allí les daría cuenta de su misión. Allí se encaminaron los archimandritas con los monjes y con todo el pueblo en masa y Dalmacio leyó desde la tribuna la Carta llegada de Éfeso y dio a conocer los pormenores de su entrevista con el emperador. La multitud, transportada de júbilo, clamó a grandes voces: «¡Anatema sea a Nestorio!» Seguidamente todos se retiraron en paz.

Gracias a la enérgica firmeza del santo monje y a su oportuna intervención, la causa de la ortodoxia había triunfado definitivamente en la capital del imperio. Con ello se aseguraba la paz interior, se abría ancho campo a la expansión de la verdad católica y podían los pastores de la Iglesia atender libremente al cuidado de su grey. Todos reconocían y admiraban a nuestro Santo como al sostén principal de aquella situación.

INFLUENCIA EN LA CORTE. — SU MUERTE

NUEVAMENTE hubo de intervenir Dalmacio en la corte, a petición del Concilio, en favor de San Cirilo de Alejandría, de Memnón obispo de Éfeso y de sus amigos; mas esta vez lo hizo por escrito. En su carta, que data probablemente del 13 de agosto de 431, aseguraba al Concilio que seguiría correspondiendo a sus deseos y que había realizado ya determinadas gestiones en defensa de los conciliares.

En otra carta, reconocía el Concilio que sólo a Dalmacio se debía el haber podido descubrir la verdad al emperador, y le rogaba que prosiguiese sus gestiones hasta lograr poner término a todas las dificultades. En esta carta se confería al monasterio fundado por San Isaac, derecho de preeminencia y supremacía sobre todas las casas religiosas de la capital.

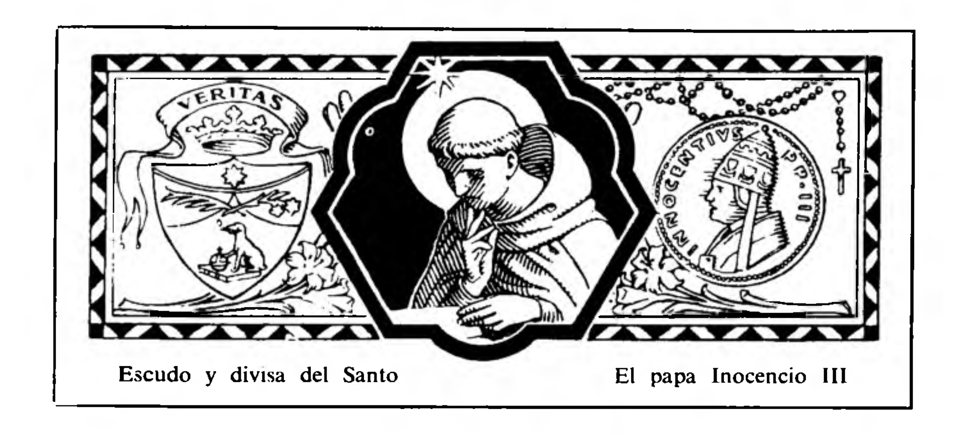
Otros documentos dan fe de la enorme influencia que Dalmacio ejercía en el imperio. En el año 433 el arcediano de Alejandría solicitaba que se hiciese intervenir al Santo cerca de Teodosio II para alcanzar que fuera borrado definitivamente de los dípticos el nombre de Nestorio. También el patriarca San Proclo habla de él en términos precisos y muy elocuentes en carta particular dirigida a Juan de Antioquía.

Este es el último documento que menciona a Dalmacio en vida y como, al parecer, se escribió en el año 437, da pie para señalar como fecha aproximada de la muerte del ilustre archimandrita, los alrededores del 440. El patriarca San Proclo presidió sus funerales. Su hijo, San Fausto, continuó dirigiendo con celo y fruto el monasterio de Isaac.

La Iglesia griega menciona a San Fausto y a San Isaac en el mismo día 3 de agosto en que se celebra al fiesta de San Dalmacio.

SANTORAL

Invención del cuerpo de San Esteban, protomártir. Santos **Dalmacio, abad;** *Nicodemo, discípulo de Nuestro Señor;* Gamaliel, maestro de San Pablo, mártir; Abibón, hijo de San Gamaliel; Asprén, milagrosamente curado por San Pedro y consagrado por él obispo de Nápoles; Pedro, obispo de Anagni, en Italia, y Eufronio, de Autún; *Agustín, dominico, obispo de Zagreb y de Nocera,* cuya fiesta se celebra el día 8; Hermelo, mártir en Constantinopla; Román y Tomás, martirizados en Gerona; Diógenes, Esteban y Albino, mártires en Roma, Walteno, abad cisterciense. Beato Pablo Ezquerra, carmelita. Santas *Maranna* y *Cira, solitarias;* Lidia, convertida en Filipos por San Pablo, a quien hospedó varias veces.



Escudo y divisa del Santo — El papa Inocencio III

DÍA 4 DE AGOSTO

STO. DOMINGO DE GUZMÁN

FUNDADOR DE LA ORDEN DE PREDICADORES (1170-1221)

FUE el glorioso patriarca Santo Domingo natural de Caleruega, lugar del obispado de Osma, en Castilla la Vieja. Nació a 24 de junio del año 1170 de muy ilustres padres, pues eran los Guzmanes de antiguo y nobilísimo linaje. Su padre se llamó don Félix de Guzmán, y fue cristiano de cuerpo entero, su madre, doña Juana de Aza, igual en la nobleza y sangre a su marido, fue muy venerada de los fieles después de muerta, lo que movió a León XII a aprobar su culto en 1828.

De tan esclarecido y santo matrimonio nacieron tres hijos, señalados en virtud como su padres. El mayor fue sacerdote y acabó recogiéndose a un hospital para servir a los pobres, el segundo tomó el hábito de Predicadores, y el menor en edad fue nuestro Santo Domingo.

Ya antes de que Domingo naciese, quiso el Señor dar muestras de tenerle destinado a grandes empresas de su gloria, porque estando encinta de él su madre, tuvo dos revelaciones de lo que había de ser el hijo que llevaba en sus entrañas. Apareciósele una noche Santo Domingo de Silos, de quien era devotísima, y le dijo que Dios le concedería un hijo de raros talentos y virtudes. Por esta revelación, pusieron al niño el nombre de Domingo. Pocos meses antes de darle a luz, doña Juana

tuvo en sueños otra visión. Vio a su hijo en figura de perro, el cual llevaba en la boca un hacha que alumbraba y encendía al mundo.

Luego que Domingo recibió el bautismo, su madrina le vio en la frente una estrella por demás clara y resplandeciente. Con estas señales quería el Señor mostrar que el Santo había de defender a la Iglesia de Dios, y alumbrarla con su santa vida y con sus enseñanzas. También se dice que estando el niño en la cuna, apareció un enjambre de abejas que se posaba en su boca como para simbolizar la dulzura que destilarían sus palabras.

Siendo de edad de siete años enviáronle sus padres a que se educase y aprendiese con un tío suyo llamado Guillermo, que era arcipreste en Gumiel de Izán. Era el niño tan dócil y bien inclinado, que antes era menester poner freno a su piedad que espolearla. En edad tan temprana ensayábase en la penitencia y asperezas de vida que había de hacer siendo mayor. Bajábase de la cama para acostarse en el suelo era sumamente sobrio en el comer y beber, y se apartaba de los deleites y pasatiempos en que solían entretenerse los demás niños. Se aficionó mucho a las letras, al canto y al oficio eclesiástico. Sólo se ocupaba en estudiar, leer, orar y servir al coro. Su recreación era ordenar y limpiar los altares y estarse orando con ternísima devoción ante el Santísimo Sacramento.

ESTUDIANTE Y CANÓNIGO

Siendo como de catorce años de edad, fue a Palencia, que era entonces la ciudad de España donde más florecían los Estudios generales. Maestros y discípulos echaron luego de ver el agudo ingenio del joven estudiante y la afición con que se daba al ejercicio de las ciencias humanas y divinas. En breve tiempo salió muy aprovechado en todas ellas. Lo que más admiraba, era ver que, a pesar de darse Domingo tan de veras a las letras, no descuidaba el aprovechamiento de su alma. Veíanle entregarse mucho a la oración, huir de las malas compañías, y ser muy compasivo y misericordioso en su trato con los prójimos.

Los pobres y los huérfanos empezaron pronto a acudir a él, seguros de hallar amparo y auxilio. Sucedió por entonces una grande hambre. Para remediar las necesidades de la gente pobre, llegó nuestro joven a vender sus alhajas y vestidos lujosos y aun los libros de estudio anotados de su mano. «¿Cómo estudiar cómodamente —decía— habiendo quienes mueren de hambre?». A ejemplo del santo mozo, muchos condiscípulos suyos y otros caballeros de la ciudad, vendieron sus haciendas

para remedio de los necesitados, con lo cual quedó muy aliviada aquella triste situación.

Vio Domingo cierto día llorar amargamente a una pobre mujer, por haber los moros llevado cautivo a un hermano suyo. No tenía ya el Santo más dinero, por lo que hizo instancias a la afligida mujer para que le vendiese a él por esclavo, y así rescatase a su hermano; pero no quiso hacerlo por no privar al pueblo de tan eximio bienhechor.

La fama de virtud y de sabiduría de Domingo se extendió pronto por toda la comarca. El obispo de Osma, que a la sazón lo era don Martín de Bazán, tomó tan a pecho la reforma de su iglesia, que en pocos años logró que los canónigos viviesen en comunidad observando la regla de San Agustín. Con mucha diligencia y cuidado buscaba hombres de gran espíritu y letras, que llevasen adelante la reforma. En el año 1194 trabajó con todo empeño para sacar a Domingo de Palencia y llevarle a Osma, y al fin salió con su intento. El santo mozo, ya sacerdote sin duda, obedeció el mandato del prelado, y partió para Osma, donde tomó el hábito de canónigo regular, y se consagró de lleno a la nueva obligación.

A poco de su llegada fue hecho por el obispo subprior de aquella iglesia. Domingo aceptó el cargo por obediencia, y en él se señaló sobremanera en toda virtud. Mostrábase humilde, manso, afable y llano con todos, pero al mismo tiempo celoso y grave reprensor de los vicios.

APÓSTOL DE LOS ALBIGENSES

El año de 1203, el rey de Castilla don Alfonso VIII envió a la corte de Dinamarca al nuevo obispo de Osma y antiguo prior de los canónigos, Diego de Acevedo, con cierta embajada y negocios de grande importancia. El prelado llevó en su compañía a Santo Domingo, que a la sazón tenía treinta y tres años. Al pasar por el mediodía de Francia, vio nuestro Santo con inmenso dolor los estragos que hacía en toda la comarca del Languedoc la herejía de los albigenses —neomaniqueos que enseñaban y defendían la doctrina de la doble divinidad, la del bien y la del mal—, la que ocho siglos antes había seducido al inquieto Agustín de Tagaste, ahora hacía presa en las provincias meridionales de Francia.

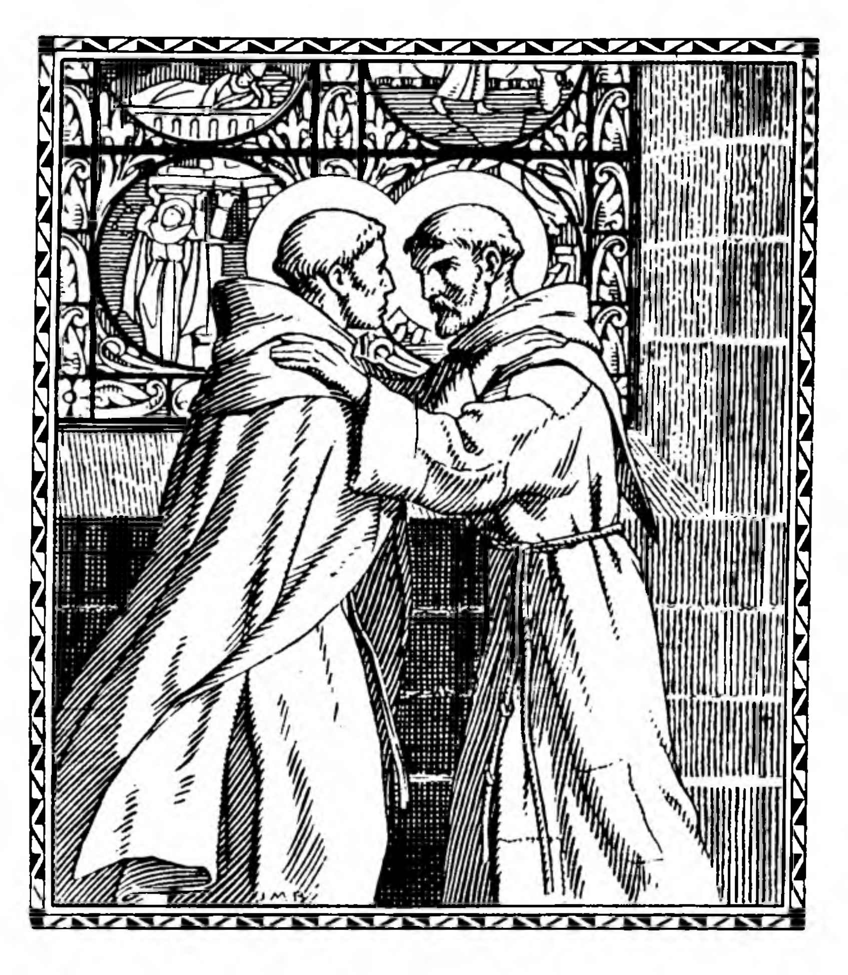
Los condes de Tolosa, con haber sido los primeros en acudir a poner sitio a Jerusalén en tiempo de las Cruzadas, se habían declarado patrocinadores de la nueva herejía; y los fieles de las provincias de la Provenza y del Languedoc querían seguir perteneciendo a la Iglesia católica, pero practicando la religión a su manera. De tanto simplificar las doctrinas del catolicismo, llegaban a destruirlo esencialmente al par que

socavaban los fundamentos de la familia y de la moral. Estos herejes eran un gravísimo peligro para la sociedad. Extendíase su influencia desde Marsella hasta los Pirineos, las ciudades de Albí, de donde tomaron el nombre, Montpeller, Beziers, Carcasona y Aviñón eran feudos suyos.

Fueron muchos los apóstoles del bien que de una u otra manera trataron de poner freno a los desmanes de la nueva secta, pero chocaron sus esfuerzos contra el furor de aquellos fanáticos sin lograr provecho.

Para conjurar aquel grave peligro, el papa Inocencio III ordenó un plan de conquista que no pudo llevar a efecto como hubiera deseado. La cruzada «de los albigenses», mandada por el esforzado capitán conde Simón de Montfort, fue con sus violencias más allá de lo que el Sumo Pontífice se proponía. Desde el año 1213 en adelante, la cruzada se convirtió en dura guerra de los condes del Norte y de los reyes franceses —Felipe Augusto en particular— contra los condes del Sur, para agregar la provincia del Languedoc a la corona de Francia. Pero el intento del Pontífice era reducir a los herejes con el arma de la persuasión, manejada por varones de probada virtud. En esa guerra espiritual lucharon Diego de Acevedo —después de cumplida satisfactoriamente la misión que le confiriera el rey de Castilla— y, sobre todo, el insigne Santo Domingo. Juntáronse a ellos algunos monjes del famoso monasterio del Cister, y emprendieron un modo de apostolado tan sobrenatural como racional y metódico, con disputas particulares y sermones públicos.

Una de esas disputas fue célebre por haber intervenido el cielo de modo maravilloso en favor de nuestro Santo. Ocurrió el suceso en la ciudad de Fangeaux, diócesis de Carcasona. En el convento de las Madres Dominicas de dicha ciudad hay todavía una capilla que llaman «del Milagro». Un día de controversia, acudió todo el pueblo a ver disputar al famoso predicador. Esta vez trajeron los albigenses una «memoria» o libro de las doctrinas de su secta, pero el Santo había escrito una soberbia réplica en la que defendía y comprobaba la verdad católica. Designáronse tres jueces para que determinasen de qué parte se hallaba la razón, mas como no lograran ponerse acordes, decidieron someter ambas memorias a la prueba del fuego. Echadas en una grande hoguera a vista de todo el pueblo, el libro de los herejes quedó en un instante abrasado y consumido, mientras el libro de Santo Domingo, saltando en alto sin que el fuego lo chamuscase siquiera, volaba por los aires hasta ir a ponerse encima de una viga que cerca de allí estaba, en la que dejó profunda huella de fuego. Tres veces volvieron los herejes los papeles del Santo al fuego, y las tres se repitió el mismo prodigio. En la iglesia de Fangeaux puede verse todavía la viga con las tres quemaduras.



SIN *haberse jamás visto, conócense al punto Domingo de Guzmán y el Santo de Asís. «Compañeros somos —dice Domingo mientras le abraza—, y criados de un mismo Señor; los mismos negocios tratamos; unos son nuestros intentos; vayamos a una y no habrá fuerza infernal que nos desbarate».*

FUNDA EL CONVENTO DE PRULLA Y PREDICA EL ROSARIO

El canónigo español que lejos de su país trabajaba sin tregua predicando la verdad, era hombre incansable en la acción, y de oración intensísima. Estas dos cualidades le caracterizaron durante su vida toda. Al paso que con todo ahinco luchaba contra la herejía por medio de la predicación, quiso que algunas almas fervorosas le mereciesen con sus plegarias al auxilio divino. A 22 de noviembre de 1206, Domingo fundó en las inmediaciones del santuario de Prulla —parroquia de Fangeaux—, consagrado a la Reina de los Ángeles, un convento de monjas claustradas que empezó a llevar vida regular al mes de fundado. No cabe duda de que este monasterio observó como su santo fundador la regla de San Agustín. También en Prulla redactó Santo Domingo las Constituciones de la Orden de Predicadores que estaba resuelto a fundar en cuanto sus trabajos le dejaran algún respiro.

Al mismo tiempo que establecía esta obra de las monjas de Nuestra Señora de Prulla, dedicadas a la oración y penitencia, trabajaba Domingo con grandísimo fruto en la propagación de la devoción del santo Rosario que la misma Virgen María le había inspirado. Frente a la herejía albigense que amenazaba a la Iglesia, la nueva devoción propagada por Santo Domingo era medio eficacísimo y muy popular para fortalecer a los fieles en la fe y alumbrar a los herejes.

FUNDA LA ORDEN DE PREDICADORES

Cuarenta y cinco años tenía Santo Domingo cuando, vencida ya la herejía, volvió a Tolosa. Era a la sazón obispo de aquella ciudad el cisterciense Fulco, el cual trabajaba ardorosamente para apaciguar su diócesis. Al celoso obispo, que alentaba con todas sus fuerzas las empresas de Santo Domingo, gustóle sobremanera la idea de formar un grupo de predicadores que observasen vida religiosa en comunidad.

Los primeros compañeros de Domingo fueron cuatro misioneros que con él trabajaban ya. Uno de ellos era el Beato Manés, hermano del Santo, otro, Pedro Seila, noble caballero tolosano, que hizo donación a la naciente Orden de su propia casa, uno de los más bellos edificios de la ciudad. Domingo juntó en ella, el 25 de abril de 1215, a los seis primeros discípulos y les dio el hábito de Canónigos regulares de Osma, que él seguía llevando: túnica de lana blanca, sobrepelliz de lino, capa y ca-

pucha de lana negra. Como iba a celebrarse el cuarto Concilio de Letrán, partió Domingo para Roma en compañía del prelado Fulco; juzgaban ambos que la fundación de Predicadores podía extenderse a toda la Iglesia. Mil doscientos ochenta y cinco prelados se juntaron en Roma. En las cartas convocatorias, Inocencio III proponía, como fin del Concilio, «la extinción de la herejía y el afianzamiento de la fe». Ése era precisamente el blanco de las actividades de Domingo, once años hacía. Pero el Papa manisfestó aún más explícitamente su voluntad. Por el décimo canon del Concilio, que trataba de la fundación y establecimiento de los Predicadores, mandó a todos los obispos que tuviesen algunos a su lado, para que les sirviesen de coadjutores en el ministerio de la predicación y en el confesonario. En atención al fin peculiar para el que había sido instituída, la nueva Orden llamóse entonces «Orden de Hermanos Predicadores», nombre oficial que ha guardado hasta el día de hoy.

En 1217, el papa Honorio III confirmó la Orden de Santo Domingo.

PRIMER ENCUENTRO DE DOS SANTOS

OTRO consuelo muy singular y maravilloso tuvo Santo Domingo en Roma el mes de septiembre de 1215. El Señor suscitó por entonces otra familia espiritual, que debía traer a vida cristiana al mundo paganizado dándole ejemplo de penitencia y de total desapego de las riquezas perecederas. Poco hacía que el insigne San Francisco de Asís había juntado a sus primeros discípulos a la sombra y amparo del santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. Él también fue a Roma con intento de hacer aprobar su Orden. Francisco y Domingo no se habían visto antes. Sucedió, pues, que estando Domingo en oración en la basílica de San Pedro, tuvo una muy extraña visión. Apareciósele Jesucristo como enojado por los pecados de los hombres y con tres lanzas en la mano para castigar con ellas al mundo. Pero la Reina de los Ángeles, que a su lado estaba, presentó a su Divino Hijo dos hombres, diciéndole que por la predicación de ambos el mundo se reformaría. Santo Domingo se reconoció a sí mismo como uno de ellos, pero no sabía quién era el otro. Al día siguiente, al entrar en una iglesia de Roma vio un pobre cuyas facciones eran exactamente iguales a las de aquel compañero a quien no conociera en la visión. Corrió a él y le abrazó con entrañable afecto, mientras le decía «Compañeros somos y criados de un mismo Señor». De allí en adelante los dos Santos se concertaron en perpetua y santísima amistad que los unió de por vida.

Este cariñoso y fraternal encuentro movió la fantasía de muchos pintores y artistas cristianos. En Roma se guarda la memoria del suceso

en forma muy singular. Cada año, el Ministro General de los Franciscanos pasa con algunos religiosos a celebrar la fiesta de Santo Domingo en el convento de los padres Dominicos; para devolver cortésmente la visita, el día de San Francisco pasa el Maestro General de los Dominicos a celebrar con los padres Franciscanos y en la residencia de éstos, la fiesta del fundador.

PROPAGACIÓN DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

SEGURO ya Santo Domingo del plan que había de llevar adelante, dejó a Roma al empezar la cuaresma del año 1217 y se volvió a Tolosa. Tras de haber pasado unos meses con sus discípulos, les declaró que se acercaba ya el día en que habían de ir a peregrinar por el mundo, decíales «El grano amontonado, fácilmente se corrompe, en cambio, sembrado a voleo, da copiosísimo fruto». En cosa de pocos meses, la nueva Orden plantó sus reales en tres lugares estratégicos de la cristiandad en Roma, donde el papa Honorio III dio a Domingo el monasterio de San Sixto, cerca del Coliseo, en París y en Bolonia, que eran a la sazón los dos famosísimos centros universitarios de Europa. En París ganó el Beato Reginaldo para la Orden a muchos ilustres catedráticos universitarios y estudiantes.

Cuarenta y ocho años contaba Santo Domingo de Guzmán cuando regresó a España, tras prolongada ausencia, y es fama que visitó y predicó en las ciudades de Pamplona, Guadalajara, Segovia, Madrid, Palencia, Zamora, Compostela, Burgos, Osma, Zaragoza, Lérida y Barcelona. En San Esteban de Gormaz y en su pueblo natal, Caleruega, detúvose más tiempo. En la mayor parte de los lugares que visitó, dejó fundados conventos de su Orden, y en estas apostólicas tareas se ocupó hasta que, terminada la cuaresma del año 1219, se despidió nuestro bienaventurado de España. Pasó luego a París, en cuyo convento de Santiago residió algún tiempo. Allí encontró un hermoso plantel de religiosos, en número suficiente como para poder distribuir algunos entre Alemania, Inglaterra, Escocia y varias comarcas de Francia.

Los excelentes servicios que los Hermanos Predicadores prestaron a la Iglesia, movieron a los Papas a nombrarlos en muchos lugares inquisidores de la fe. Para premiar los importantísimos servicios que como tales prestaron los Dominicos, tienen todavía reservados dos puestos en la curia romana: el primero y más importante es el de maestro del Sacro Palacio, el segundo, el de comisario general de la Sagrada Congregación del Santo Oficio; el Maestro de la Orden y el maestro del Sacro Palacio son, por derecho propio, consultores de esta Congregación romana.

TEMPRANO FIN DE UNA HERMOSA VIDA

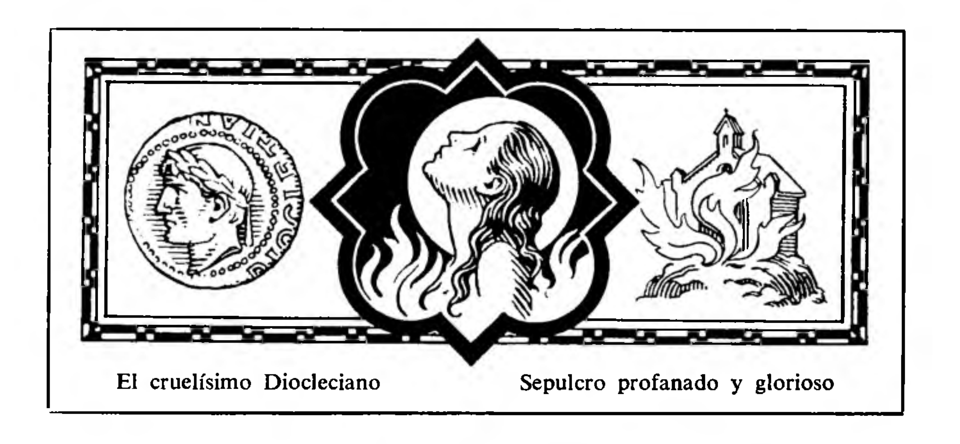
Sólo tenía Santo Domingo cincuenta años y ya sus fuerzas estaban agotadas. Después de haber evangelizado el norte de Italia y la Lombardía, pasó a Roma, donde recibió del Papa grandes muestras de aprecio y benevolencia para la familia de los Predicadores. Salió de Roma para visitar algunos conventos de Italia, y estando en Venecia cayó en gravísima enfermedad. Volvió a Bolonia y a pesar de su extremada debilidad y de las súplicas de sus hijos, quiso seguir fielmente la Regla en todos sus puntos. Trasladáronle fuera de la ciudad a un paraje muy sano, pero allí se agravó el mal que padecía. Aunque se hallaba ya moribundo, pidió que le tornasen a Bolonia. Allí murió el 6 de agosto del año 1221.

El cardenal Hugolino, legado del Papa, y grande amigo de Santo Domingo, quiso presidir personalmente los funerales. Cuando después fue elegido Papa con el nombre de Gregorio IX, dio licencia a los Dominicos para que trasladasen solemnemente las reliquias del santo fundador a la nueva iglesia de San Nicolás. Los milagros obrados por Dios mediante la intercesión de Santo Domingo de Guzmán, se multiplicaron al pie de su sepulcro, y siguieron sin interrupción durante el trascurso del tiempo, lo que movió al papa Gregorio IX, trece años después del dichoso tránsito de nuestro Santo, a dar por terminado el proceso de su canonización, con estas memorables palabras: «No dudo de su santidad más que de la de los Apóstoles Pedro y Pablo».

Su sepulcro se halla ahora en la iglesia de *Santo Doménico,* edificada por los años de 1730. Clemente VIII trasladó su fiesta al 4 de agosto.

SANTORAL

Santos **Domingo de Guzmán, fundador de los Dominicos;** *Eufronio, arzobispo de Tours; Aristarco, obispo de Tesalónica;* Agabio, obispo de Verona, y Marino, de Auxerre; Domingo Martínez, abad cisterciense; Lugilo, abad en Irlanda, Tertuliano, presbítero, mártir en Roma, Baumado, solitario en la región del Maine; Eleuterio y Protasio, mártires. Beatos Juan Barreda, mínimo; Reginaldo, de San Gil; y Querubín de Espoleto, franciscano. Santas *Flaminea, virgen y mártir;* Sigrada, madre de los Santos Leodegario y Guarino; Ia, virgen, mártir en Persia; Perpetua, romana, madre del mártir San Nazario, convertida y bautizada por el Apóstol San Pedro. Beata Paula de Montant, clarisa.



El cruelísimo Diocleciano — Sepulcro profanado y glorioso

DÍA 5 DE AGOSTO

SANTA AFRA

PENITENTE Y MÁRTIR († 304)

GRANDE es la misericordia del Señor y el poder de la gracia divina, que saca del fango del vicio a las almas sumidas en los más abyectos pecados, para conducirlas por el sendero de la virtud a las más altas cimas de la perfección. Buena prueba de ello es la vida de nuestra Santa, la cual, arrancada de su miseria moral con infinito amor y predilección para ser transportada a los vergeles de la Pureza infinita, brillará eternamente como testimonio de la bondad infinita de Dios.

Nació Afra en *Augusta Vindelicorum,* hoy Augsburgo, en Alemania. Sus padres, que eran paganos, educáronla desde la más tierna infancia según los principios de su religión. Ya mayor, tributaba culto especial a la voluptuosa Venus, y para mejor honrarla convirtió la propia casa en morada de corrupción. Al tener noticia de la guerra que Diocleciano había decretado contra los cristianos, cuya moralidad conocía, pero cuyos dogmas ignoraba, sintió un atisbo de compasión hacia ellos. Desde este momento la gracia divina comenzó su bienhechora influencia y no cesó en ella hasta conseguir su total conversión. Afra se prestó de su parte a secundar los planes divinos sin que bastaran pasiones ni tormentos para apartarla un punto de su empresa.

LAS OVEJAS DESCARRIADAS

HUYENDO de la persecución de Diocleciano, el obispo de Gerona San Narciso, salió de su patria con un diácono llamado Félix. Guiado por el Señor, fuése a Alemania con deseo de predicar el Evangelio a aquellos pueblos y convertirlos a nuestra santa Religión. Al llegar a la ciudad de Augusta, quiso tomar posada y fue encaminado a la casa de Afra, mujer principal, cuya desarreglada vida le era desconocida en absoluto.

Afra, como dueña de la casa, acogió a los recien llegados y les preparó cena abundante. Admiró, desde los primeros momentos, la gravedad y modestia de sus miradas, su porte correctísimo y su lenguaje sencillo y honesto; cualidades que tan desconocidas le eran en su habitual compañía. La admiración y sorpresa rebasaron todo límite cuando, al principiar la cena, sin falsos respetos, el más anciano bendijo la mesa. No pudo entonces Afra contener la emoción y se dirigió decidida a Narciso

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Soy —respondió éste— un pontífice de los cristianos.

Al oír estas palabras, Afra, llena de temor y vergüenza, se arroja a sus pies, y después de una breve y dolorida pausa, acabó por decir

—Señor, apartaos de esta indigna morada la mujer que os habla es la más depravada de todo el país y no merece el honor de hospedaros.

—Nuestro Señor no desecha nunca la oración del pecador arrepentido —replicó el obispo con paternal bondad—. Él, la santidad misma, ha muerto para expiar todos los pecados y purificar todas las conciencias. Recibe, hija mía, la luz de la vida, de la fe, y tus pecados te serán perdonados, mi entrada en tu casa será para ti manantial de alegría eterna.

Llena de confusión, preguntó Afra:

—¿Cómo se podrán borrar mis pecados, que no tienen número?

—Cree en Jesucristo, recibe el bautismo y te salvarás, dijo Narciso.

La pobre mujer creía soñar. Arrebatada de inmenso júbilo, llama a sus tres esclavas, compañeras de infamias. Digna, Eunomia y Euprepia «El venerable anciano que ha entrado en mi casa —les dijo—, es un obispo de los cristianos, me ha asegurado que si creo en su doctrina y recibo el bautismo, quedaré purificada de mis iniquidades. ¿Qué me decís? —Esclavas tuyas somos, respondieron, tu voluntad será la nuestra, te hemos seguido por el camino de la infamia, te seguiremos en el de la virtud».

Al clarear el día, presentáronse los emisarios del juez en busca de los dos fugitivos. «Son de los míos —respondió ella con entereza—; en estos momentos se hallan en el sacrificio». Los soldados creyeron que se encontraban en algún templo de los ídolos y se alejaron.

Satisfecha Afra de haber vencido la primera dificultad, siguió ocultando sigilosamente a los enviados del Señor; acudió a casa de su madre Hilaria, y le dijo Tengo en mi casa un obispo cristiano; durante toda la noche, con las manos levantadas al cielo, ha dirigido plegarias a su Dios, a instancias suyas hemos rogado con él. Al cantar el gallo, las luces se apagaron y por más que hice por encenderlas todo fue inútil. Entonces su acompañante me dijo· «Mujer, no busques la luz que se apaga, hoy mismo verás otra luz que no se extingue nunca». Mientras tanto el obispo rogaba a su Dios en estos términos «Oh luz verdadera, desciende de los cielos, muéstranos tus resplandores para que seamos iluminados». De repente, la sala quedó iluminada de brillantísima luz que persistió hasta la aurora, en que el pontífice terminó su oración. Desde entonces la claridad iba amortiguándose a medida que el día avanzaba. Presa de gran asombro, dije al venerable pontífice: «Indigna soy de recibirte en mi casa, soy gran pecadora. —He venido a donde Dios me ha guiado», respondió.

«Al amanecer —prosigió Afra—, varios soldados, encargados de prenderlos, registraron la casa. Para evitar el peligro de nuevas pesquisas, convendría esconderlos aquí esta noche. ¿Qué os parece?

—Haz lo que te propones, hija mía» —respondió Hilaria».

Apenas llegó la noche, Afra comunicó al venerable anciano sus propósitos, éste aceptó gustoso la invitación. En cuanto se halló en su presencia, Hilaria se arrojó a sus pies y, abrazándoselos con efusión dijo

—Os ruego, señor, limpiéis mi alma de pecado.

—Grande es tu fe —respondió Narciso—, pues antes de oír hablar de los misterios de Dios, crees en ellos, cuando tantos otros los desprecian aún después de conocerlos. Veo con satisfacción que te hallas dispuesta a recibir la verdad; prepárate, pues, desde hoy, con ayunos y oraciones. Entretanto, yo te instruiré durante siete días en los misterios de la fe, el octavo, te regeneraré en las aguas bautismales y tu alma se tornará pura e inocente como la de un niño y gozará el amor de aquel que la creara.

EL DEMONIO ANTE EL OBISPO

Si os place —dijo Hilaria—, os explicaré cuáles han sido hasta el presente nuestra religión y nuestras creencias.

—Habla —respondió Narciso—, que así encontrará desahogo tu corazón.

—Mis padres —prosiguió Hilaria—, aunque eran de la isla de Chipre, vinieron a establecerse en esta ciudad para tributar adoración a Venus, nuestra diosa preferida, a quien consagré mi hija, pensando honrarlos con ello. Por este motivo se dio a toda clase de deshonestidades y de infamias».

Al oír este relato, el santo obispo, con los ojos bañados en lágrimas, dijo a su diácono Félix: «Pidamos al Señor, hermano mío, que derrame sus gracias donde abunda la iniquidad, y que aborrezcamos y hagamos aborrecer una religión tan monstruosa e infame».

Mientras oraban apareció en la cámara el demonio con aspecto de un horrible y deforme negro, cubierto de lepra y de úlceras repugnantes.

—¡Oh santo obispo Narciso! —exclamó el espíritu infernal—. ¿Qué haces entre mis fidelísimas siervas? Las almas santas, los cuerpos puros, los sacrificios inmaculados, sean, enhorabuena, para tu Dios y Señor; pero la iniquidad, la maldad y el vicio, me pertenecen; son fruto de mi trabajo. Vete, pues, de aquí donde nada es tuyo.

—Espíritu inmundo —replicó Narciso—, en nombre de mi Señor, te ordeno que respondas a mis preguntas. Dime, malvado, ¿conoces a Jesucristo, mi Dueño, a aquel Jesús de Nazaret que fue arrestado, escupido, coronado de espinas, crucificado, muerto en la Cruz, y que resucitó al tercer día?

—Ojalá no le hubiera conocido nunca —vociferó el demonio con rabia—. Al ser crucificado vuestro Dios, nuestro jefe huyó de su presencia y fue amarrado con fuertes cadenas de fuego por el poder del Redentor.

—¿Cómo se llama vuestro jefe?

—Satanás.

—Pero, ¿qué mal había hecho Jesús para ser crucificado?

—Ninguno, pues nunca pecó.

—Si estaba exento de culpa, ¿por qué y por quién ha sufrido tanto?

—No sufría por sus pecados, sufría por los pecados de los hombres.

—Espíritu infernal, has caído en el lazo de tus propios argumentos. Si sabes que Jesucristo sufrió y murió en cruz por los crímenes de los hombres, apártate de estas mujeres, pues para ellas han sido y son los frutos del divino Sacrificio. En virtud de esta redención, reciben hoy su fe y sacian su sed espiritual en el saludable manantial de su gracia.

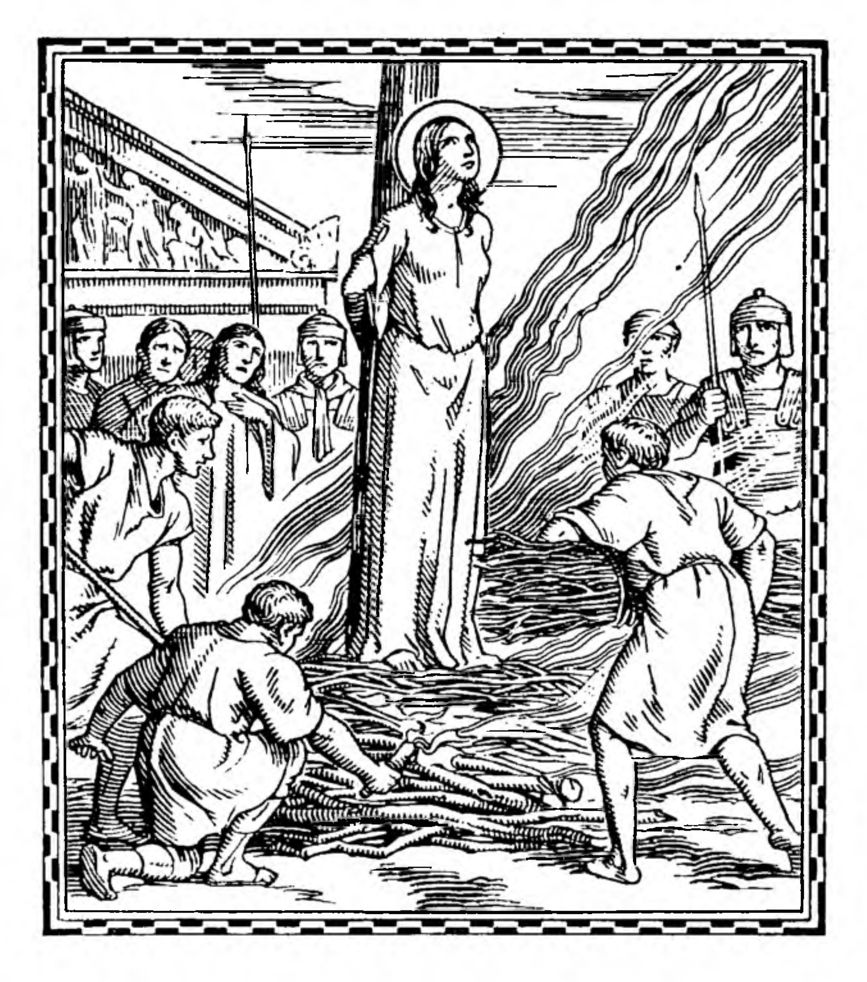
—Tu ley te prohibe tomar el bien del prójimo —rugió el demonio—. Alardeas de justo y santo, y me arrebatas las almas conquistadas tiempo ha por mis esfuerzos.

—Ladrón y salteador, condenado para siempre —replicó con energía el obispo—: estas almas son obra de Dios, tú se las has robado y yo quiero restituírselas.

—Entonces, ¿por qué no me conduces al Creador? Por ventura, ¿no soy también su criatura?

—Has de saber que Jesucristo —según tu propio testimonio— padeció por los pecados de los hombres, pero no por las maquinaciones de los demonios. Márchate, pues, y ve a juntarte con tu jefe Satanás.

—Permite, por lo menos, que me quede aquí esta noche.



LOS verdugos atan a Santa Afra al poste. Junto a él amontonan gran cantidad de leña, a la cual prenden fuego. Entretanto, la Santa, con la vista fija en el cielo, ofrece el sacrificio de su vida en desagravio de sus pasados extravíos, y da gracias al Señor por la grande merced del martirio.

—Si puedes, accedo a ello.

—Fácil me será si acabas de una vez tus oraciones.

—Espíritu eternamente maldito, toda la noche rezaré y haré rezar a los moradores de esta casa para obtener del Señor el perdón de los pecados y para desbaratar tus propósitos.

Ante tal decisión, dio el espíritu infernal un gran alarido y desapareció.

BAUTISMO DE AFRA, DE SU MADRE Y DE SUS COMPAÑERAS

Hilaria, Afra y sus compañeras, testigos de esta escena, llenas de temor y temblor, habían prorrumpido en copioso llanto y, con el rostro pegado en tierra, imploraban el auxilio y protección del Dios de los cristianos. Fortaleciólas San Narciso con paternales consejos y prudentes instrucciones. Tanto él, como su diácono, unieron a la oración el ayuno para asegurar el triunfo definitivo sobre el demonio. El Señor atendió sus súplicas días más tarde, Hilaria, su hija, las tres esclavas, todos sus familiares recibían las regeneradoras aguas del bautismo.

San Narciso permaneció nueve meses en Augsburgo conquistando almas para el cielo: los paganos acudían secretamente a casa de Hilaria y allí recibían de labios del celoso obispo palabras de vida eterna. Al establecerse definitivamente el cristianismo, la casa de Hilaria fue destinada al culto cristiano bajo la advocación del Salvador y de su santa Madre. En aquel templo se reunían los primitivos cristianos; allí confirió San Narciso el sacerdocio —y según algunos el episcopado— a Dionisio, tío de Afra, que no tardaría en dar su sangre por la fe, hombre merecedor de esta distinción y de este honor, por el celo infatigable con que continuó la obra de las conversiones. La sangre de los mártires es semilla de cristianos, por lo cual, cimentada y fertilizada esta nueva cristiandad, San Narciso y su diácono Félix se volvieron a Gerona, donde, a los tres años de apostolado, recogieron la palma del martirio. La Iglesia celebra su fiesta el 29 de octubre.

EN EL TRIBUNAL DE CAYO

La persecución de Diocleciano, sangrienta como ninguna otra, continuaba devastando el campo cristiano. Los magistrados, antiguos protectores de Afra pecadora, no bien se enteraron de su transformación, mandaron detenerla. Sin el miramiento debido a su edad, condición y sexo, fue conducida ante el juez Cayo. Sus respuestas, recogidas en las

Actas de Santa Afra, exhalan el perfume de una profunda humildad y de una confianza ilimitada en los méritos de su divino Salvador.

CAYO. — Sacrifica a los dioses, que más ventajoso te será vivir estimada de los hombres que perecer en los tormentos.

AFRA.— Bastantes pecados he cometido en mis años de desvarío, cuando desconocía a mi Dios y Señor, para que ahora le ofenda cumpliendo lo que me mandas. Nunca te obedeceré.

CAYO. — Vete al Capitolio y sacrifica a los dioses.

AFRA. — Mi Capitolio es Jesucristo, a quien tengo siempre delante de mis ojos y a quien pido, cada día, perdón de mis iniquidades. Indigna soy de ofrecerle un sacrificio inmaculado, lo comprendo; pero quiero, al menos, aunque pecadora, ofrecerme en holocausto. Feliz me consideraré, si mi cuerpo purifica, en los suplicios y en el fuego, los pecados de que ha sido instrumento.

CAYO. — Conozco la vida que has llevado, muy contraria, por cierto, a esos sentimientos que parecen animarte ahora.

AFRA. — Verdad es cuanto dices, pero mi Dueño y mi Vida descendió de los cielos por los pecadores, como dice el Evangelio. Él perdonó a la pecadora que bañó su pies con lágrimas de arrepentimiento, y nunca menospreció a las pobres mujeres ni a los publicanos, antes quiso comer con ellos· así, pues, confío que perdonará también mis pasados extravíos.

CAYO. — Déjate de tonterías; abraza, como en otro tiempo, el culto de Venus, y disfrutarás de riquezas y honores.

AFRA. — Menosprecio tus viles promesas, precio y fruto del pecado. El dinero que tenía ya lo he echado de mí, porque no lo podía guardar con buena conciencia.

CAYO. — Ese Dios que adoras te juzgará indigna de ser su sierva; en vano le servirás, ya que nunca te considerará como suya: jamás una mujer de mala vida podrá decirse cristiana.

AFRA.— Aunque ciertamente no merezco llamarme cristiana, la infinita misericordia del Señor suple con creces mis escasos méritos. Él mismo me ha concedido el honor de llevar tan glorioso nombre.

CAYO. — ¿Qué pruebas tienes de la verdad de lo que tú afirmas?

AFRA. — En este mismo instante tengo una prueba manifiesta, al otorgarme el Señor la dicha de confesar públicamente su nombre y la gracia de poder expiar mis pecados por el martirio.

CAYO. — Puras leyendas y cuentos. Sacrifica a los dioses y ellos te salvarán de este mal paso en que te has metido.

AFRA. — Mi único salvador es Jesús. Aquel que pendiente en la cruz prometió el paraíso al buen ladrón que confesó públicamente su divinidad.

CAYO. — ¡Basta de cuentos! Sacrifica a los dioses o serás azotada con varas en presencia de tus amantes.

AFRA. — Una sola cosa me sonroja: mis pecados.

CAYO. — Avergonzado estoy de haber disputado contigo tanto tiempo; obedece o morirás.

AFRA. — Eso es lo que anhelo. ¡Ojalá consiga con el martirio la gloria tan largamente esperada.

CAYO. — Sacrifica a los dioses, o mando que te atormenten, y que te quemen viva.

AFRA. — Padezca tormentos este cuerpo, instrumento de iniquidad, para que por él se purifique mi alma.

Entonces el juez, harto de razones, dictó sentencia por la cual condenaba a Afra a ser quemada viva, por el delito de declararse cristiana públicamente y negar a los dioses del imperio el culto que les era debido.

LA HOGUERA

Al punto los soldados se apoderaron de la valerosa cristiana. Condujéronla a una isla del río Lech, en las afueras de Augsburgo, y una vez llegados allí, atáronla bárbaramente a un poste. Mientras los verdugos amontonaban en su derredor la leña que había de consumirla, Afra, con los ojos elevados al cielo, pronunciaba esta hermosa plegaria, que uno de sus historiadores nos ha transmitido: «Omnipotente y eterno Señor que invitáis a penitencia a los pecadores y cuyas promesas son verdaderas; que recibís al pecador en cualquier momento, olvidado ya de sus culpas pasadas, recibid ahora el sacrificio que de mi vida os hago en espíritu de expiación. Os suplico, Señor, por este fuego temporal preparado para atormentar mi cuerpo, que me libréis del fuego eterno que devora cuerpo y alma juntamente».

Los verdugos encendieron la hoguera; por entre el crepitar de los leños encendidos, oíase la voz de la generosa mártir que continuaba su plegaria: «Señor Jesús, infinitas gracias os sean dadas por la gloria que me cabe de ser víctima indefensa de mi fe. A Vos, sacrificado en el leño de la Cruz por la salvación del mundo entero, a Vos, Justísimo Señor, ofrecido por los injustos; Bendito, sacrificado por los malditos; Manso, inmolado por los violentos y rudos, Santo, ofrecido por los pecadores, a Vos me ofrezco en sacrificio; a Vos que vivís y reináis en unidad del Padre y del Espíritu Santo por los siglos de los siglos». Pronunciaba estas últimas palabras cuando su alma, purificada con la sangre del martirio, voló al cielo para recibir la recompensa de los mártires tan esforzadamente conquistada.

SUPLICIO DE SANTA HILARIA Y DE SUS COMPAÑERAS

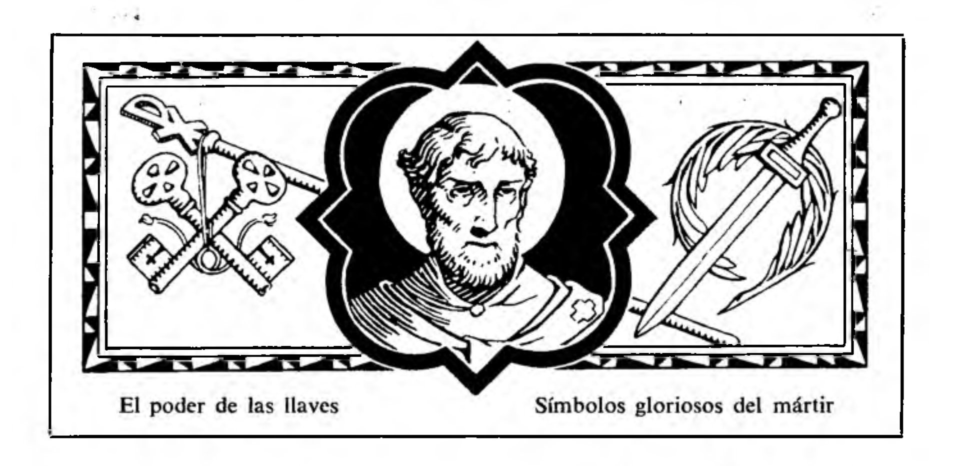
Las esclavas de nuestra Santa, trocadas en hermanas suyas por el cristianismo, presenciaron el glorioso triunfo de su ama, desde la orilla opuesta. Consumado el sacrificio, a instancias suyas, los verdugos las llevaron al lugar donde Santa Afra acabada de expirar. Quedaron atónitas las tres jóvenes al no descubrir en el santo cuerpo lesión alguna. Dios nuestro Señor había querido así glorificar aquel cuerpo que, si un día fuera carne de pecado y objeto de perdición, había sido rehabilitado por el Bautismo y en el fuego abrasador de los torturas, voluntariamente sobrellevadas en defensa de la fe y como testimonio de perfecto amor.

Hilaria, acompañada por varios sacerdotes cristianos, aprovechó la paz de la noche para recoger los preciosos restos. Trasladáronlos con santa devoción y diéronles sepultura en el sepulcro familiar, cerca de Augsburgo.

Poco tiempo después, noticioso Cayo de que algunas mujeres cristianas se reunían para orar en la capillita erigida sobre la tumba de Santa Afra, mandó un escuadrón de soldados con orden de quemarlos vivos si no rendían culto a los dioses del imperio. Ni las promesas más tentadoras, ni las más severas conminaciones pudieron doblegar la constancia de Hilaria y de sus tres compañeras. Encerráronlas, pues, en el pequeño oratorio, que llenaron al mismo tiempo de sarmientos, maleza y hierbas secas. Luego prendieron fuego y cerraron la puerta. Hilaria y sus tres compañeras Digna, Eunomia y Euprepia, en íntima unión con Dios, esperaron arrodilladas la unión definitiva en las moradas eternas. La voracidad de las llamas y la intensidad del humo, realizaron en breves momentos, tan santos deseos.

SANTORAL

Nuestra Señora de las Nieves. Santos *Osvaldo, rey;* Memmio, obispo; Teodorico y Juan XIX, obispos de Cambray y Arrás; Casiano, obispo de Autún, y Venancio de Viviers; Abel, arzobispo de Reims; Emigdio, obispo y mártir en la Marca de Ancona, Paris, obispo de Teano, en Italia: Cantidio, Cantidiano y Sobelo, mártires en Antioquía; Yon, discípulo de San Dionisio, presbítero y mártir; Eusignio, martirizado en Antioquía cuando ya tenía ciento diez años, por haber reprochado su apostasía al emperador Juliano; Ireneo, Heraclio y Dacio, mártires en Galatz (Rumania). Santas **Afra, penitente y mártir;** *Nona, madre de San Gregorio Nacianceno;* Margarita, viuda, venerada en la Marca de Ancona.



El poder de las llaves — Símbolos gloriosos del mártir

DÍA 6 DE AGOSTO

SAN SIXTO II

PAPA Y MÁRTIR († 258)

SUBIÓ San Sixto al solio pontificio ciento noventa años después de la gloriosa muerte del Príncipe de los Apóstoles, cuando el trono de San Pedro se hallaba teñido en púrpura con la sangre de los mártires. También él, como su predecesor derramó su sangre por Cristo, enrojeciendo real y materialmente la cátedra de Roma, pues fue decapitado en el trono mismo en que presidía las reuniones de los fieles.

Su pontificado duró sólo un año. Había sucedido a San Esteban I, el 30 de agosto del año 257 y recibió la palma del martirio en la persecución de Valeriano, el 6 del mismo mes del año siguiente.

Poseemos escasos datos biográficos de los primeros años de su vida. Tan sólo sabemos que nació en Atenas, que frecuentó las escuelas filosóficas de Grecia y que, convertido al cristianismo, fue ordenado sacerdote y llegó a ser arcediano de la Iglesia Romana. Al ser elevado al supremi sacerdocio, sucedióle en aquel cargo Lorenzo, mártir también según le profetizara San Sixto, cuando le conducían al suplicio. «*Post tres dies me séqueris, sacerdotem levita,* le había dicho. Dentro de tres días me seguirás en el sacrificio, ¡oh diácono!, para asistir al ministro del Señor».

EL PROBLEMA DE LOS REBAUTIZADOS

LA Iglesia cristiana de África veíase amenazada con un cisma por la cuestión de los rebautizados; una parte de Asia estaba a punto de separarse de la comunión de Roma por idéntica razón.

Esta querella, suscitada en épocas anteriores, había alcanzado mayor recrudecimiento entre el papa San Esteban, predecesor de San Sixto, y el obispo de Cartago, San Cipriano. Se ventilaba la validez del bautismo conferido por los herejes. San Cipriano, impulsado por celo excesivo en pro de la pureza del dogma católico, declaraba nulo tal bautismo. Según su criterio, la validez del sacramento dimanaba de la santidad del que lo administraba, y no de su institución divina ni de las condiciones establecidas por el Divino Maestro. Error gravísimo que comprometía toda la economía de la religión. El Papa, defensor nato de la Verdad, declaróse, como era natural, en contra de tales teorías; de ahí surgieron profundas desavenencias entre Roma y Cartago. La doctrina ortodoxa triunfó, tras agrias controversias animadas, sin embargo, por bonísimas intenciones.

Al advenimiento de Sixto II, el fuego de la discusión no estaba por completo apagado: San Cipriano vivía aún y la iglesia africana conservaba fielmente su ideas y su espíritu. San Sixto, dotado de gran paciencia y bondad, restableció la calma en los espíritus aunque sin ceder ni un ápice en las definiciones de sus antecesores, y en lo establecido en los antiguos usos romanos, reanudó las relaciones con el obispo de Cartago y volvió al seno de la Iglesia a numerosos disidentes. En el Concilio de Arlés (314) tornó a plantearse la misma dificultad, la cual sólo quedó zanjada definitivamente en el concilio de Nicea, el año 325.

En el horizonte de la iglesia, divisábanse enemigos más terribles: los enemigos de fuera.

LA OCTAVA PERSECUCIÓN PRIMER EDICTO

DESENCADENÓSE la octava persecución durante el gobierno del emperador Valeriano. Su desarrollo comprende dos fases o épocas bien caracterizadas. La primera época fue suave en apariencia. se limitó a declarar ilícita la asociación de los cristianos, prohibir sus asambleas y desterrar a los principales jerarcas. En el primer edicto persecutorio —julio de 257— se conservaban ciertos miramientos para con los cristianos y se recordaba con aparente satisfacción la antigua simpatía que hacia

ellos tuviera el emperador. Marciano, hombre impío y sanguinario, valióse de su influencia como ministro, para torcer aquellas buenas inclinaciones y arrancar el edicto que contenía los extremos anteriormente expuestos. En medio de las mil vejaciones y penalidades, la fe y constancia de los discípulos de Cristo permaneció firme e inquebrantable; más aún, con sus ejemplos y consejos ganaban muchos prosélitos para la verdadera causa.

Estos resultados tan adversos, contrariaron los planes de los perseguidores y les hicieron cambiar de táctica. Las nuevas determinaciones fueron objeto de otro edicto, promulgado por orden de Valeriano en junio del año siguiente, antes de emprender la expedición contra los persas. Desde este instante la persecución entra en su segunda fase. Nuestro Santo será de los primeros en experimentar las terribles consecuencias de aquel cambio.

SEGUNDO EDICTO

Conocemos algunos pormenores de este documento por una carta que San Cipriano dirigió a Suceso, obispo de Abbir Germaniciana, ciudad de la provincia proconsular de África, informándole de ciertos rumores que más tarde confirmaron plenamente unos emisarios enviados por él a la Ciudad Eterna con el fin de prevenir a sus hermanos.

«Los enviados a Roma para cerciorarse de la veracidad del edicto publicado contra nosotros —dice la carta—, están ya de regreso. Según ellos, el emperador Valeriano ha cursado un escrito al Senado para que sancione las siguientes medidas:

«Decapitación, sin juicio ni proceso, de los obispos, sacerdotes y diáconos cristianos, degradación e incautación de los bienes pertenecientes a los senadores nobles *(egrégii viri)* y caballeros romanos que se declaren cristianos, los cuales, si persisten en su declaración, serán igualmente decapitados, las matronas serán desposeídas de sus haciendas y condenadas al ostracismo, los empleados del palacio imperial *(cæsariani)* que hayan hecho profesión de fe cristiana y no abjuren de la misma, se harán tributarios del fisco y trabajarán encadenados como esclavos en los dominios del César. El emperador manda con este mensaje el modelo de la carta que será remitida a todos los gobernadores de las provincias romanas».

Por lo transcrito podemos juzgar de la difícil situación creada a los cristianos. A la pena de destierro, prescrita en el edicto del 257, sustituíasela por la pena capital que, en este caso, se aplicaba conculcando las leyes más elementales del derecho procesal y penal, ya que no había interrogatorio, ni juicio regular, ni sentencia legitimada por la fórmula:

in continente animadvertantur. Numerosos clérigos fueron, efectivamente, ejecutados en el acto, sin que para ello mediara ningún requisito judicial.

La aristocracia y los «cesarianos» sufrieron también el peso de la ley; en cambio, la clase baja —los *humiliores*— no fue molestada lo más mínimo. Buscábase la destrucción del cristianismo atacando a los jefes y a los cristianos influyentes; pensaban que así desorganizarían la religión.

No iban mal encaminados los enemigos de Cristo, pues, ¿qué podían hacer los simples fieles sin la dirección de los Papas y sacerdotes y sin las dádivas y larguezas de los cristianos adinerados que socorrían todas sus necesidades espirituales y corporales? Para éstos les bastaba la aplicación del edicto anterior que les prohibía tener reuniones, acudir a los cementerios y a los lugares del culto. Los senadores, los nobles, los caballeros cristianos, después de confiscados sus bienes, debían renegar de su fe o morir víctimas de su constancia. La vida de los «cesarianos» era respetada, pero a la expropiación de sus bienes seguía la condena a trabajos forzados, algunos eran encadenados, y debían trabajar para el emperador en condiciones bárbaras e inhumanas, como simples esclavos.

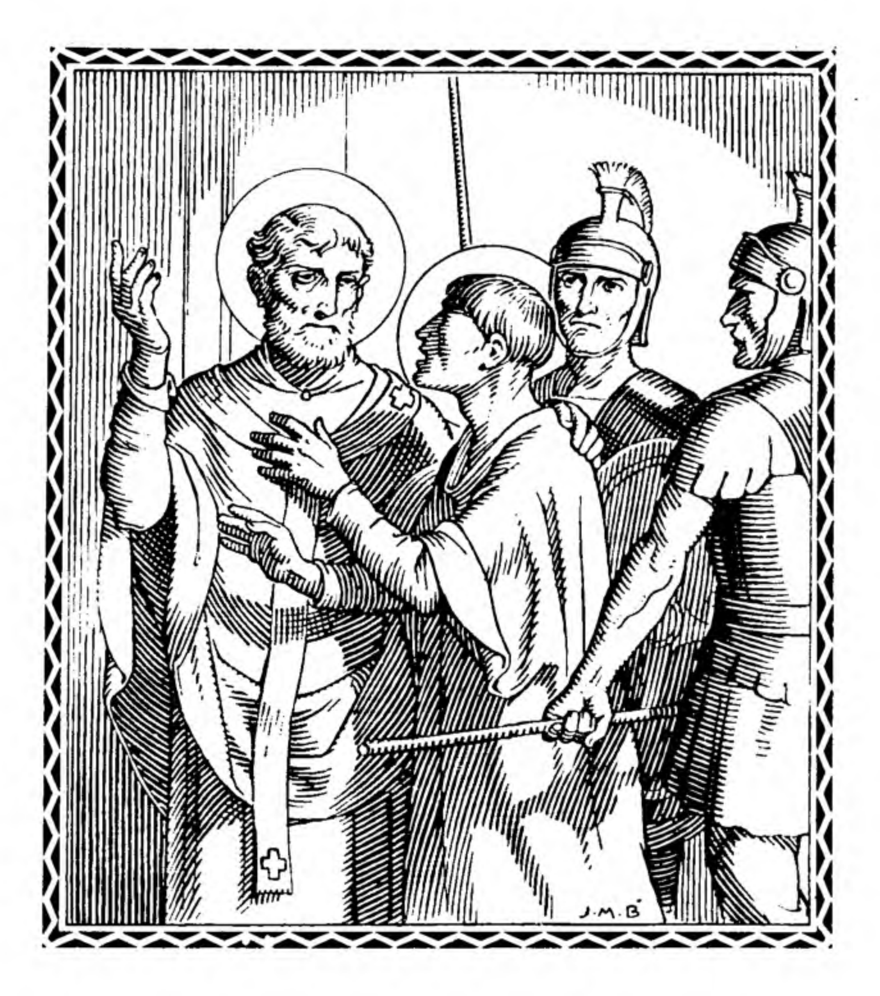
Tal es la parte dispositiva del fatal edicto del año 258.

El Senado votó cuanto propuso Valeriano y su «senatus consultus» sembró, de este modo, el dolor y la muerte en todas las provincias. Roma experimentó, antes que ninguna otra ciudad, los efectos de tan arbitraria disposición. En la misma carta a que anteriormente nos hemos referido, San Cipriano notificaba a Suceso el martirio del papa Sixto.

«Con gran dolor —le decía— te comunico que Sixto, juntamente con cuatro diáconos, ha sido decapitado en las catacumbas, el día 8 de los idus de agosto. Los prefectos de Roma, se preocupan del cumplimiento del edicto con celo incansable; cada día son condenados a muerte o privados de sus bienes muchos de nuestros hermanos. Te ruego avises a los fieles, a fin de que, en todas partes, se hallen dispuestos al combate que nos dará la victoria final». No estaba de más aquella caritativa y oportuna prevención.

TRASLADO DE LOS SAGRADOS CUERPOS DE LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO «AD CATACUMBAS»

Aquellas draconianas disposiciones amenazaban destruir los lugares destinados al culto y aun la existencia misma de la Iglesia. Una de las primeras providencias del papa Sixto fue poner a salvo los venerandos restos de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo. Sus sepulcros, universalmente conocidos, se hallaban en el monte Vaticano, junto a la



A punto ya de salir hacia el martirio, dice el pontífice San Sixto a su diácono Lorenzo: «No te abandono, hijo mío; antes te hago saber que deberás soportar otra batalla más dura y otros tormentos más rigurosos; pero triunfarás con mayor victoria del tirano. Presto me seguirás».

vía Cornelia, y en la quinta de Lucina, junto a la vía Ostia, respectivamente. La piedad de los primitivos cristianos había levantado capillitas sobre sus tumbas; se temió con fundamento fuesen profanadas sus reliquias en tan críticas circunstancias.

El 29 de junio del año 258 —según opinión autorizada— el Papa mandó trasladar los sagrados restos a una cripta de la vía Apia, en el sitio denominado *ad catacumbas*. Durante muchos años se desconoció el lugar preciso de su descanso. Los arqueólogos han emitido opiniones dispares sobre esta traslación; algunos la han negado a pesar de la tradición constante, corroborada por una inscripción del papa San Dámaso. En fin, excavaciones recientes, practicadas bajo el pavimento de la basílica de San Sebastián, han arrojado luz definitiva sobre este tema y han confirmado plenamente la creencia tradicional.

Queda otro punto por dilucidar: ¿cuánto tiempo se conservaron los venerandos restos en la cripta de la vía Apia? Lo ignoramos; muchos creen con gran probabilidad de certeza, que permanecieron allí hasta la paz de la Iglesia, y que el emperador Constantino los volvió a colocar en el primitivo enterramiento al construirse las dos basílicas de San Pedro y San Pablo. Más tarde, San Dámaso hizo colocar, para perpetua memoria del traslado, la inscripción métrica siguiente:

«*Hic habitasse prius sanctos cognoscere debes.*
Nómina quisque Petri páriter Paulique requiris...»

(«Debes saber que descansaron aquí, en tiempos pasados, los santos cuyos nombres buscas Pedro y Pablo. .»)

Esta inscripción no ha sido hallada, sólo se conoce por transcripciones antiguas, de aquí las vacilaciones para determinar con precisión el lugar de esta sepultura provisional.

Pero las recientes excavaciones han descubierto, bajo la basílica de San Sebastián, en las paredes del subterráneo, gran número de grafías —más de cien— con las cuales los piadosos peregrinos del siglo III invocaban la protección de los Santos Apóstoles. Transcribimos algunas *Pedro y Pablo, acordaos de nosotros. — Pedro y Pablo, socorred al mayor de los pecadores. — Pedro y Pablo, interceded por todos nosotros. — Pedro y Pablo, y tú que lees esto, acordaos de Sozomena. — Pedro y Pablo, conservadnos a Vicente.*

Este precioso descubrimiento —unido a la tradición constante según la cual los cuerpos de los Santos Apóstoles fueron trasladados a esta región—, nos permite afirmar rotundamente ser aquél el lugar preciso en donde fueron ocultadas las santas reliquias.

MARTIRIO DEL PAPA SAN SIXTO II

SAN Cipriano, en la carta dirigida a Suceso, no refiere más datos sobre la muerte de San Sixto. Con todo, el pormenor concreto de su decapitación en la catacumba es importantísimo y echa por tierra leyendas que habían oscurecido la historia de sus postreros momentos. *Sabed que Sixto ha sido decapitado en la catacumba el 6 de agosto* —escribe lacónicamente el obispo de Cartago; afirmación tan sucinta como elocuente.

Las circunstancias de este martirio son emocionantes: *Hallábase el pontífice en la catacumba de Pretextato,* lugar funerario privado, *para celebrar los divinos misterios.* Los agentes del emperador, celosos para impedir las reuniones de los cristianos, irrumpieron en el subterráneo y sorprendieron a San Sixto que sentado en su cátedra, dirigía la divina palabra a los fieles. Sin hacer caso de los demás, apoderáronse al punto del santo obispo y de los ministros que le acompañaban para conducirlos a presencia del prefecto más celoso y enemigo de los cristianos. Celebrada la entrevista, fueron condenados Sixto y sus compañeros a ser decapitados en el mismo lugar en que fueran sorprendidos en flagrante delito de culto ilegal. Momentos después se los condujo al suplicio.

En el trayecto encuentran a Lorenzo, primer diácono, el cual entabla con el Pontífice el sublime diálogo que San Ambrosio nos ha legado y que la Iglesia ha consagrado en su liturgia.

—¿Adónde vas, padre, sin tu hijo? ¿Adónde vas, sacerdote, sin tu diácono? ¿Vas a ofrecerte a Dios en sacrificio? ¿Pues cómo le quieres ofrecer —fuera de tu costumbre— sin ministro? ¿Qué has visto en mí por donde me deseches? ¿Hasme hallado por ventura cobarde y flaco? Dísteme cargo que administrase a los fieles el Sacramento de la sangre de Cristo; y ¿ahora quieres sin mí derramar tu sangre? Escogísteme para lo que es más, y ¿no me quieres para lo que es menos? Mira que no te reprendan de inconsiderado, aunque te alaben de fuerte, pues la falta del discípulo es deshonra del maestro. Muchos ilustres varones alcanzaron renombre de victoriosos por haber vencido; muchos capitanes triunfaron por haber peleado sus soldados valerosamente.

—No te dejo, hijo mío — respondió el santo pontífice Sixto—, ni te deshecho por pusilánime y cobarde, antes te hago saber que te queda otra batalla más dura que la mía y otros tormentos más rigurosos. Por ser yo viejo y flaco, mi tormento será breve y ligero, mas tú, que eres mozo robusto, triunfarás con mayor victoria del tirano. Deja de llorar, que presto me seguirás. Pasados esos tres días, tú, que eres diácono, seguirás a tu sacerdote. ¿Para qué buscas compañía en tu pasión, pues toda la gloria

de tu martirio se ha de atribuir a tus grandes hazañas? ¿Para qué me quieres contigo? Elías dejó a Eliseo, y no por eso le faltó virtud y fuerza para hacer grandes maravillas; lo mismo harás tú sin mí; sólo te encomiendo que los tesoros de la Iglesia que están a tu cargo, los repartas a los pobres como a ti te pareciere y con santa libertad.

La profecía se cumplió íntegramente: cuatro días después, el 10 de agosto San Lorenzo sufría por Cristo espantosos tormentos.

Al llegar a la catacumba, los soldados hicieron sentar a San Sixto sobre la silla pontifical y le cortaron la cabeza. Igual suerte corrieron sus cuatro diáconos Jenaro, Magno, Vicente y Esteban. En distinto lugar y el mismo día fueron inmolados también dos diáconos llamados Felicísimo y Agapito. Todos recibieron sepultura en la catacumba de Pretextato; pero los restos del santo Pontífice y de sus cuatro compañeros fueron trasladados a la cripta papal, en la catacumba de Calixto, tan pronto como los cristianos recobraron el uso de sus cementerios; la cátedra ensangrentada fue colocada detrás del altar. El año 1700, Inocencio XII cedió esta gloriosa reliquia a Cosme II, duque de Toscana, el cual, a su vez la donó a la catedral de Pisa, donde aún se conserva.

Encima del cementerio de Pretextato se construyó más tarde una pequeña basílica, en el lugar mismo *ubi decollatus est Xystus,* donde Sixto fue decapitado. El papa San Dámaso grabó la inscripción anteriormente citada, cuyo texto reproducimos más abajo; ratifica en ella que Sixto presentó su cabeza al verdugo. Pruebas tan convincentes confirman el testimonio de San Cipriano respecto al género de muerte de nuestro Santo. El *Liber Pontificalis,* recogiendo la doble tradición de los escritos y de los monumentos, dice en la nota biográfica que San Sixto II fue decapitado: *cápite truncatus est.* Por todo lo cual queda sin fuerza cualquier opinión que atribuya a nuestro mártir otro género de suplicio.

EPITAFIO DAMASIANO DE SAN SIXTO II

TEMPORE QUO GLADIUS SECUIT PIA VISCERA MATRIS
HIC POSITUS RECTOR CÆLESTIA JUSSA DOCEBAM
ADVENIUNT SUBITO RAPIUNT QUI FORTE SEDENTEM
MILITIBUS MISSIS POPULI TUNC COLLA DEDERE
MOX UBI COGNOVIT SENIOR QUIS TOLLERE VELLET
PALMAM SEQUE SUUMQUE CAPUT PRIOR OBTULIT IPSE
IMPATIENS FERITAS POSSET NE LÆDERE QUEMQUAM
OSTENDIT CHRISTUS REDDIT QUI PRÆMIA VITÆ
PASTORIS MERITUM NUMERUM GREGIS IPSE TUETUR

TRADUCCIÓN. — Cuando la espada desgarró las entrañas sagradas de la Madre, yo, pastor enterrado aquí, enseñaba los mandatos del cielo. De repente, se apoderan de mí sentado en mi cátedra, los soldados que habían enviado: el pueblo tendió el cuello a la espada. El anciano pronto se percató que deseaba recibir, en su lugar, la palma del martirio. Entonces él ofreció y entregó el primero su cabeza, para que el inquieto furor de los enemigos no se cebase en ningún otro. Cristo, que da la vida eterna en recompensa, atestigua el mérito del pastor y ciuda él mismo su rebaño.

LARGA VACANTE DE LA SILLA PONTIFICIA

La muerte del Papa y de sus diáconos trajo la desorganización de la Iglesia de Roma, la cual vióse imposibilitada para nombrar sucesor inmediato, porque la violencia de la persecución se cebaba en todas partes y no dejaba ni un resquicio de libertad para proceder en tan delicada coyuntura. La asistencia del Espíritu Santo —garantía de perdurabilidad y esperanza de aquellos fervorosísimos creyentes— mantuvo la fe en el porvenir. No podía estar lejana la solución del problema; pero, entretanto, hubo que realizar una ímproba labor para contrarrestar los efectos de aquella rigurosísima situación, humanamente insostenible ya.

En Roma ya no quedaban diáconos; y aunque los hubiera, es probable que no tendrían bienes que administrar, ya que, sin duda alguna, el Estado había logrado confiscarlo todo; los cristianos se congregaron tardía y clandestinamente y sin más apoyo que el propio entusiasmo.

Privado de diáconos, el clero creó un Consejo provisional, compuesto de sólo sacerdotes, según hace notar el *Liber Pontificalis: Presbyteri præfuerunt*. La historia no registra ninguna disposición durante este largo período en que estuvo vacante el trono pontificio (agosto de 258 a julio de 259).

SANTORAL

LA TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (véase el tomo de «Festividades del Año Litúrgico», pág. 370). — Santos **Sixto II, papa y mártir;** *Hormisdas, papa; Justo y Pastor, niños mártires; los Mártires de Cardeña, en Burgos;* Jenaro, Magno, Vicente, Esteban, Felicísimo y Agapito, diáconos del papa Sixto II, degollados en Roma; Santiago, ermitaño en Amida de Mesopotamia; Cremes, abad en Sicilia. Venerable Bernardino de Obregón, fundador de los Hermanos Enfermeros de la Orden Tercera franciscana.



Vida de fe y de divino amor — Barca salvadora

DÍA 7 DE AGOSTO

SAN CAYETANO

COFUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS
(1480-1547)

En Vicenza, ciudad de la República de Venecia, vivían pacífica y cristiamente, a fines del siglo XV, el conde Gaspar de Tiene y su esposa María de Porto. Gaspar había heredado cuantiosas riquezas y un nombre ilustrado por virreyes, teólogos y guerreros, María descendía también de noble linaje, realzado por sus relevantes virtudes.

Antes del nacimiento de Cayetano —segundo de sus hijos—, María, prevenida por una voz celestial, abandonó su rico palacio y se retiró a una humilde casa de su propiedad, pues no convenía que el futuro apóstol de la pobreza evangélica naciese en la opulencia y el regalo. En las aguas bautismales recibió el nombre de Cayetano, en memoria de un ilustre tío suyo, canónigo y profesor de la Universidad de Padua, y el de María, por ser consagrado a tan tierna Madre desde su nacimiento.

Este niño debía ser, andando el tiempo, soldado de Cristo, antorcha que iluminaría al mundo con sus virtudes, padre amante de los pobres y broche de oro que debía cerrar la cadena gloriosa de sus antepasados.

Cayetano sintió desde sus primeros años gran predilección por los desheredados de la fortuna. Su corazón tierno y bondadoso correspondía a las finezas de la gracia· derramaba abundantes lágrimas a vista de las

miserias humanas; todos los pobres conocían y cariñosamente llamaban «su amiguito», al que más tarde llamarían «su padre». Con generosidad infantil, prodigábales toda clase de atenciones y cuidados, repartíales los dinerillos que sus padres le entregaban a título de recompensa; y cuando éstos se le agotaban ponía en juego su santa habilidad para reponer aquel pequeño tesoro que tantas alegrías significaba para los pobres. Cuando no lograba reunir sus dinerillos, pedía limosna «por amor de Dios» a cuantos parientes y conocidos había a mano.

ESTUDIANTE

La vida modesta de Cayetano explica la penumbra que envuelve todos sus actos, y nos impide conocer los pormenores de su vida. Dos años tenía cuando murió su padre, su virtuosa madre quedó sola al cuidado de los tres hijos Bautista, el mayor, Cayetano y un recién nacido. Cayetano estudió humanidades en su pueblo natal, y terminó doctorándose en derecho civil y canónico en la Universidad de Padua. Vuelto a Vicenza, se inscribió en el Colegio de Abogados de dicha ciudad.

A medida que ensanchaba el cauce de sus conocimientos crecía también su celo por la santificación de las almas. Los habitantes de Rampazzo, pueblo enclavado en una de su posesiones, se veían privados de la Santa Misa por carecer de iglesia. El joven abogado, que posponía los bienes materiales a los espirituales, se concertó con su hermano Bautista, y ambos construyeron en aquel lugar una iglesia bajo la advocación de Santa María Magdalena, y destinaron 60 ducados al sostenimiento del culto y clero de aquel pueblo.

La Ciudad Eterna, centro y foco del catolicismo, le atraía de modo irresistible; por el deseo de imbuirse en el espíritu eclesiástico, y de perfeccionarse más en él, empredió un viaje a Roma, con determinada resolución de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, y de emplearse únicamente en los más bajos ejercicios de humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud y grande reputación le descubrieron luego, dándole a conocer por lo que era. Quiso verle el papa Julio II, y, reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito y de una eminente santidad, que algún día podían ser muy útiles al bien de la santa Iglesia, le mandó que se quedase en la corte. No era este precepto acomodado a la inclinación de Cayetano, que suspiraba por la soledad; pero le fue preciso obedecer. El Papa le dio un oficio de protonotario participante. La amistad con el Pontífice le brindó la ocasión de ultimar las condiciones de paz entre el Papa y la República de Venecia, su patria.

Cierto número de prelados distinguidos del séquito pontifical, entre ellos Jacobo Sadoleto, secretario particular de León X, y Juan Pedro Caraffa, que fue más tarde Paulo IV, y nuestro Cayetano, mostraron al mundo, con su ejemplo, que la fe y las obras no habían muerto en la Roma del Renacimiento, presentada entonces por Lutero como centro de todos los vicios. En respuesta a tan absurdas como mal intencionadas afirmaciones, sesenta prelados de la corte pontificia se agruparon en 1516 y fundaron la cofradía del «Divino Amor», que fue aprobada por León X.

La práctica constante de los ejercicios de piedad despertó en Cayetano gran inclinación hacia el sacerdocio, inclinación que se vio muy favorecida. Por indulto especial de León X, recibió la dignidad sacerdotal en cuatro días: el 27 de septiembre del año 1516 le confirieron los órdenes menores, el 28 el subdiaconado, el 29 el diaconado, el 30 el sacerdocio. Desde esta fecha caminó velozmente por el sendero de la perfección, su piedad acendrada, según testigos fidedignos, no tuvo rival. Comúnmente se decía: Cayetano es un serafín en el altar, y en el púlpito, un apóstol.

«Cuando se ama a Dios —repetía con frecuencia— todo es fácil». Su íntima unión con el Señor llegaba hasta la familiaridad. Hallábase cierta noche de Navidad (1517) orando en Santa María la Mayor, ante las reliquias de la Cuna del Niño Jesús, cuando Nuestro Señor se le apareció en forma de niño. Con la venia de la Santísima Virgen, tomóle en sus brazos, y, con el corazón fundido de amor no se hartaba de mirarle y acariciarle.

Desde entonces la fiesta de Navidad tuvo para él encantos indescriptibles· hacía pequeños belenes que adornaba con gran primor y predicaba los misterios de Navidad con tanta unción que arrancaba lágrimas a su auditorio.

EN VICENZA.—OBRAS SOCIALES OBRERAS. LOS NOBLES VENECIANOS

NUESTRO Santo hubo de salir precipitadamente de Roma, para asistir a su madre, que había caído gravemente enferma. Llegado a Vicenza, tuvo aún el consuelo de recoger sus últimos consejos y enjugar sus postreras lágrimas. Murió la virtuosa condesa el 14 de agosto de 1518. A partir de esta fecha, la caridad de Cayetano no tuvo límites. Inscribióse en la cofradía de San Jerónimo. Esta corporación obrera iba decayendo de su primitivo fervor; pero así que ingresó en ella, supo nuestro Santo de tal modo inflamar en el amor divino los corazones de los asociados, que en muy poco tiempo fueron restablecidas y aun aumentadas las prácticas de piedad que en ella habían ido cayendo en lamentable desuso.

Cayetano soportó una lluvia de burlas y desprecios, incluso de sus familiares que veían con desagrado cómo se ponía al nivel de los obreros y artesanos. Mas él, inspirado de lo alto, prosiguió su labor apostólica en pro de la clase humilde; los opimos frutos recogidos trocaron el parecer de los mismos enemigos, que se convirtieron en sus más fervientes admiradores. Inculcó en los corazones de los obreros los dos grandes amores: el amor a Dios oculto en el Sagrario, y el amor al prójimo que era víctima del sufrimiento en el lecho del dolor. Consiguió establecer la comunión frecuente entre los afiliados a la cofradía; él mismo los acompañaba al hospital y les enseñaba a curar y asistir a los enfermos.

Más tarde fundó un hospital para los incurables. La fama de su caridad corrió como reguero de pólvora hasta los confines de Italia; Verona recibió su bienhechora influencia durante todo el año 1519; en Venecia, por mandato de su director espiritual, que era dominico, reorganizó el hospital Nuevo con tanta abnegación y acierto que, en 1526, los administradores le concedieron el honroso título de «protector y conservador» de la casa, y después de su muerte colocaron su efigie sobre la puerta principal con una inscripción conmemorativa. Los ejemplos del «señor conde Cayetano» tuvieron eco en los nobles de Vicenza y de Venecia: muchos aprendieron de él a curar las heridas, a preparar medicamentos y a barrer las salas del hospital. Fue aquel un eficaz apostolado de caridad cristiana.

FUNDACIÓN DE LOS TEATINOS

Una mañana del año 1523, Cayetano, a la voz de su director espiritual, emprendía el camino de Roma sin más riquezas que una sotana remendada, un báculo y el breviario. Sintió inmensa alegría al volver a su querida Congregación del Divino Amor. Por esta fecha concibió la idea de reformar las costumbres del clero, para lo cual pensaba fundar una nueva Orden de Clérigos regulares cuyos miembros contrarrestasen, por la ejemplaridad de su vida, los graves escándalos de los eclesiásticos relajados. Compartían la misma idea eminentes personajes: Bonifacio de Cola, hábil y virtuoso abogado; el ya citado Juan Pedro Caraffa, obispo de Teati, y Pablo Consiglieri, hombre de alta alcurnia y de vida angelical.

Después de maduro examen fijaron el reglamento de la nueva Orden y sometiéronlo al beneplácito del Papa. Clemente VII acogió con benevolencia tan loables propósitos, alentó a los fundadores en su empresa y, por un breve del 24 de junio de 1524, reconoció y colmó a la naciente Orden de singulares privilegios. Manifestó al mismo tiempo el deseo de que Juan Pedro Caraffa conservase el título de obispo de Teati, en latín



CON *motivo del saqueo de Roma por el condestable de Borbón y sus soldados, hubo de padecer mucho Cayetano porque, creyendo ellos que el Santo tenía grqn cantidad de alhajas y de dinero, tomáronlo un día en la misma iglesia, y después de maltratarlo, le hicieron pasar tormentos bárbaros e inhumanos.*

Theatinus: de donde el nombre de «Teatinos» que se dio a la nueva institución. Caraffa fue nombrado primer Superior general.

Cayetano hubiera deseado que sus religiosos abrazasen la pobreza absoluta, hasta el punto de no poder mendigar, pues repetía a menudo· «El que alimenta a los pajarillos, que no siembran ni recogen, el que viste primorosamente a los lirios, no dejará perecer a ninguno de los suyos por falta de alimento y vestido». Causas ajenas a su voluntad le impidieron llevar a efecto sus propósitos. Con todo, practicaban la mayor pobreza, de tal suerte que pronto fue popular aquella famosa expresión: «vivir como un teatino».

CONQUISTA Y SAQUEO DE ROMA

DESDE la fundación, dedicáronse los religiosos al cuidado de los enfermos y a la asistencia espiritual de los ajusticiados. Estableciéronse primero en el Campo de Marte y después en el Monte Pincio. El 6 de mayo de 1527, el condestable de Borbón, con un ejército de treinta mil soldados, abigarrada mezcla de luteranos y asalariados, puso sitio a la Ciudad Eterna. El intrépido jefe, cuya bravura era digna de mejor causa, dirigió personalmente el asedio; durante el combate fue herido de muerte. Con todo, Roma, indefensa y cansada de resistir, cayó en poder de los sitiadores. Los luteranos, acuciados por su odio al catolicismo, y la advenediza soldadesca, ávida de destrucción y sedienta de sangre y de dinero, se entregaron a toda clase de desmanes. Dos meses estuvo Roma a merced de la chusma que no respetó lugares ni personas.

Cayetano y sus compañeros se desvivieron para llevar por doquier el bálsamo de la religión y los consuelos de la caridad cristiana. Por su intercesión evitaron gravísimos males que amenazaban destruirlo todo; con la palabra y el ejemplo trabajaron denodadamente en la conversión de los mismos enemigos. El espíritu del mal, envidioso del bien que hacían Cayetano y los suyos, no tardó en dirigir sus tiros contra ellos. Un antiguo criado de la casa de Tiene, que capitaneaba un grupo de soldados, reconocióle mientras iba prodigando los socorros a los desgraciados. Creyendo que su antiguo amo se había disfrazado de pordiosero para ocultar su noble linaje y sus grandes riquezas, mandóle apresar y le sometió a un severo interrogatorio. El siervo de Dios soportó tamaña insolencia con gran alegría y entereza de ánimo, sin parar mientes en la injusticia.

Burlados en su codicia de riquezas, saciaron sus perversos instintos de venganza saqueando al día siguiente el convento y atormentando inhumanamente a sus moradores, a quienes hallaron postrados al pie del altar.

No contentos con esto, condujeron a los religiosos a una torre sita en el Vaticano y allí, encerrados, los abandonaron. Un oficial español que a los pocos días pasó por aquel lugar, oyó suaves melodías que salían de la torre. Enterado de lo ocurrido y conmovido por la piedad y devoción de los religiosos, ordenó que los libertasen al momento.

Llegados al Tíber, buscaron una embarcación para ponerse a salvo; un desconocido se ofreció espontánea y generosamente para conducirlos a su destino. Un capitán romano los detuvo durante la huída, mas el temor de los primeros momentos trocóseles en gozo, pues aquel hombre, lejos de molestarlos en lo más mínimo, prodigóles toda clase de atenciones.

FUNDACIÓN EN NÁPOLES

Conducidos por la Divina Providencia, llegaron los fugitivos al puerto de Ostia. Encontraron allí al embajador de la República de Venecia, quien se brindó a reintegrarlos a su patria. En Venecia, los nobles y el pueblo, que recordaban los beneficios de Cayetano, los recibieron triunfalmente. Cayetano visitó primeramente su inolvidable hospital y lo amplió construyendo, junto a él, un convento. La peste que desoló aquel año la ciudad, le ofreció magnífica ocasión de desplegar su celo entre los apestados. San Jerónimo Emiliano se puso por esta época bajo su dirección y recibió alientos para fundar la Orden de los Somascos.

El papa Clemente VII, en bula fechada el 11 de febrero de 1533, ordenaba al entonces superior de la Orden, Caraffa, la fundación en Nápoles de un convento de Teatinos, y fue designado Cayetano para llevarla a efecto. Acompañado del Beato Juan Marinoni, conocido por el «santo de Dios», partió para aquella ciudad. Bajo el sol abrasador de agosto, hicieron la entrada solemne en la ciudad del Vesubio.

Toda la nobleza salió al encuentro de los dos humildes religiosos. El conde de Oppido los instaló en el convento e iglesia que les había preparado. Ofrecióles también algunas rentas para atender a las necesidades materiales del convento; mas el Santo, cuya confianza en Dios no tenía límites, se negó a recibirlas diciendo que «la divina Providencia le había procurado en todas partes lo necesario». El conde, con gran donaire, respondió: «Considere, Padre, que en Nápoles hay pocas riquezas y mucho lujo, mientras que en Venecia hay poco lujo y muchas riquezas, lo que permite vivir fácilmente. —Con todo —repuso Cayetano—, creo que el Dios bondadoso de Venecia seguirá siendo bondadoso en Nápoles.

Estas palabras no convencieron al generoso donante, que insistió machaconamente en sus buenos propósitos. Nuestro Santo, deseoso de prac-

ticar la regla con la más absoluta independencia, abandonó en 1535 la iglesia y el convento legados por el importuno conde, y se acomodó en un local cedido por una noble napolitana, la Beata Lorenza Longa, a corta distancia del hospital de incurables. En esta nueva residencia, llamada la *Pequeña Cuna,* curó con la señal de la Cruz a un Hermano lego a quien debían amputar una pierna, por haber fracasado los humanos remedios.

Con el aumento de la comunidad, resultó el local insuficiente, por lo que tres años más tarde, el 16 de mayo de 1538, vióse obligado a trasladarse nuevamente. Por mediación del virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, estableciéronse en la iglesia de San Pablo, lo que valió a los Teatinos el sobrenombre de «Paulinos» con que también se los llamaba.

Mientras vivió en Nápoles, veló el Santo por la pureza de la ortodoxia católica, luchó contra algunos herejes, cuya solapada influencia minaba los fundamentos de la fe, y prohibió a sus penitentes que se relacionasen con aquellos impostores. Cuando la herejía salió de la vida privada, escribió a Caraffa, elevado ya a la dignidad de cardenal, para que informase al Padre Santo de los progresos de la misma y dictase los medios de atajarla. Él mismo dirigía desde el púlpito severas diatribas contra los herejes. Los innovadores, para burlar el fallo de la Inquisición, huyeron de Italia. A ruegos de Cayetano, fundóse, en 1542, por mediación del cardenal Caraffa, la Sagrada Congregación del Santo Oficio, a cuyo cargo estaba el cuidado de velar por la pureza de la fe y las costumbres en todo el pueblo cristiano.

MUERTE Y CULTO DE SAN CAYETANO

En abril del año 1540. Cayetano fue nombrado prepósito del convento de Venecia. Antes de posesionarse de su nuevo cargo, a ruegos del obispo Giberti, amigo suyo, detúvose unos días en Verona. El prelado, hombre generoso, atendía ampliamente al bienestar material de los teatinos. Cayetano, amante de la pobreza, protestó respetuosa pero enérgicamente contra aquel generoso proceder. «Disminuya, Excelencia, sus larguezas —le dijo humildemente—; si no, me marcharé inmediatamente a Venecia con mis religiosos. Prefiero perder una casa y todas las cosas de este mundo, antes que violar lo más mínimo la pobreza».

En Venecia, en 1541, quiso el Señor confirmar la santidad de su siervo con dos portentosos milagros que le trajeron gran popularidad. Dos años más tarde volvió a Nápoles nombrado prepósito, pero su salud quebrantada, obligóle a renunciar el cargo al año siguiente.

Un grave acontecimiento precipitó el fin de sus días. El virrey, Pedro de Toledo, pretendió establecer en Nápoles el tribunal de la Inquisición, hubo un levantamiento para protestar del intento, pero la sedición fue ahogada en sangre. Las súplicas y la mediación de nuestro Santo resultaron impotentes para alejar la tempestad. Tantas calamidades le produjeron una fiebre maligna. Quisieron que se acostase en un colchón, pero el Santo se negó a ello. «Mi Salvador —decía— expiró en una cruz; bueno será que a lo menos muera yo sobre la ceniza». Por espíritu de pobreza y penitencia rehusó la visita de otro médico que era, al parecer, más hábil. «Soy —dijo— un pobre religioso de escaso valor, que no merece ser asistido». Exhortó a sus hijos a que nunca sufriesen la menor relajación en la perfección de su Instituto, y hasta el último momento no cesó de proferir actos de confianza, de amor y de conformidad con la voluntad divina. Por fin, entregó su alma al Creador el 7 de agosto de 1547 Aquel mismo día los disturbios cesaron en la ciudad de Nápoles. La muchedumbre, libre de zozobras, invadió la iglesia de San Pablo para contemplar, por última vez, al que veneraba ya como a santo y muy insigne protector. Era aquél el primer testimonio público de un culto que después sancionaría la Iglesia.

Sus últimas voluntades fueron respetadas. enterrósele sin ceremonia alguna y su cadáver fue puesto en una fosa común, cerca de la iglesia de San Pablo. El año 1588, al alargar la nave, se ocupó parte del cementerio en que descansaban los preciosos restos, los cuales fueron trasladados a un sepulcro en el interior de la iglesia; allí se construyó una cripta en el año 1625.

El siervo de Dios fue beatificado por Urbano VIII, el 22 de septiembre de 1624, y canonizado por Clemente X el 12 de abril de 1671. La ilimitada confianza que en Dios ponía San Cayetano, le ha merecido el título de *Patriarca de la Providencia.* Con esta advocación y la de *Santo de los Pobres,* le ha invocado siempre y le invoca la piedad cristiana.

SANTORAL

Santos **Cayetano, fundador de los Teatinos;** *Donato obispo y mártir; Alberto, carmelita; Carpóforo y compañeros, mártires;* Victricio, obispo de Ruán, y Donaciano, de Chalons del Marne; Domecio, monje, en Nisibe de Mesopotamia; Fausto, soldado y mártir, venerado en Milán; Pedro, Julián y dieciocho compañeros, mártires en Roma; Sigeberto, rey inglés. Beato Conrado, príncipe de Baviera, monje cisterciense de Claraval.



Trabajos forzados — Tormento de la pez hirviendo

DÍA 8 DE AGOSTO

SAN CIRÍACO

DIÁCONO, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES († 303)

EL siglo III tocaba a su fin. Maximiano, soldado advenedizo y general cruel, había sido elevado al mando del imperio por Diocleciano. Estos dos «Augustos» con los «Césares» Galerio, subordinado a Diocleciano, y Constancio Cloro, a Maximiano, formaron la tetrarquía rectora de los destinos del mundo. Este último, en agradecimiento a su bienhechor, determinó construir un magnífico edificio que perpetuara su nombre. Las Termas de Diocleciano iban a ser, sin duda alguna, el monumento más grandioso de Roma. Se iniciaron los trabajos en 302.

Hasta esta fecha, Diocleciano se había mostrado condescendiente y benévolo con los cristianos, algunos de ellos ejercían altos empleos en los diversos ramos administrativos, sobre todo en el ejército, los esclavos cristianos eran tratados con suavidad desconocida hasta entonces. La nefasta influencia de su yerno Galerio, hombre sanguinario y de instintos malvados, y la debilidad de carácter de Diocleciano, acabaron por cambiar radicalmente tan buenas disposiciones. La primera labor de Galerio fue *purificar* el ejército (297). Seis años más tarde, el emperador, lleno de años y achacoso, se dejó arrancar los edictos persecutorios. Las «Actas» de un grupo de mártires africanos de esta época ofrecen algunos detalles.

En el reinado de Diocleciano y de Maximiano, las furias infernales se desencadenaron contra los cristianos; se buscaban los Libros Sagrados para quemarlos, se demolían las iglesias y se prohibía el culto y las reuniones de los fieles. Pero la grey del Señor, al par que impedía en lo posible aquellas horrendas profanaciones, se aprestó a defender su fe.

El hierro, el fuego, las ruedas, los calabozos, los más diversos instrumentos de tortura que inspirar pudiera la perfidia humana, entraron en juego contra ellos. El valor y la serenidad de los discípulos de Cristo enardecía la cólera de sus perseguidores, los cuales, al verse vencidos, resolvieron emplear un nuevo género de suplicio, tanto más cruel cuanto más prolongado, a cuya sorda violencia, consumiéndose en la oscuridad, se extinguiría el nombre cristiano en todo el imperio. Ordenaron, pues, que el soberbio edificio de las Termas fuera erigido a costa del sudor de los cristianos, condenados a trabajar, como penados, en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de admiración del cielo ver aquel prodigioso número de confesores de Cristo de toda edad y condición: los ancianos, vilmente tratados, acarreando piedras, arena y mortero; los nobles, uncidos a pesados carros, eran bárbaramente fustigados a latigazos como animales; los jóvenes y adolescentes perdían prematuramente el vigor de la vida sometidos a trabajos impropios de su edad. La degradada y corrompida Roma contemplaba impasible esta dolorosa escena de la humanidad doliente. El prolongado martirio se acrecentaba por la escasez y mala calidad de los alimentos y por la carencia de agua. Trabajaban sin descanso todo el día, expuestos a la inclemencia del tiempo; sin embargo, era de maravillar la apacible tranquilidad con que aquellos hombres, en medio de tantas penalidades e injusticias, cumplían sin protesta su labor.

CIRÍACO Y SUS COMPAÑEROS, VÍCTIMAS DE SU CARIDAD

Vivía en Roma, por aquel entonces, un noble cristiano, rico y poderoso, llamado Trasón, que, conmovido por las vejaciones de que eran blanco los siervos de Dios, resolvió emplear sus inmensas riquezas en socorrerlos. Ciríaco, Largo, Sisinio y Esmaragdo fueron los instrumentos de que se valió para llevar a término su generoso propósito. Según refiere un antiguo autor italiano, Ciríaco era toscano de origen; de familia rica, pero pagana. Sucedió a su padre en la prefectura de su provincia y más tarde fue agregado a la corte imperial en Roma. En esta ciudad conoció la religión cristiana, aprendió secretamente sus dogmas y su moral, distribuyó sus riquezas entres los pobres, y abrazó el cristianismo para dedicar

el resto de su vida a las obras de caridad entre sus hermanos perseguidos.

El valor, la abnegación, el celo y la caridad de estos cuatro varones granjearon la confianza de Trasón. Los atletas de Cristo, burlando la vigilancia de los guardianes, depositaban en las manos y en el corazón de sus hermanos, empleados en la construcción de las Termas, la limosna material y el consuelo espiritual. El papa San Marcelino, noticioso del celo con que Ciríaco y Largo se desvivían para aliviar y socorrer a los cristianos perseguidos, premió tan desinteresados servicios elevándolos a la dignidad del diaconado que tan merecida tenían por sus virtudes.

El Señor quiso, además, recompensar con tesoros celestiales la heroica abnegación de sus siervos dándoles parte en los sufrimientos de aquéllos. Cierto día, los guardianes los sorprendieron en su caritativa ocupación, al punto fueron arrestados y se los condenó a compartir idénticas penalidades y trabajos. Al serles comunicada la sentencia se llenaron de gozo, porque entendían tener ocasión de alentar a los demás.

En adelante, no pudiendo aliviar a sus compañeros con limosnas, ayudábanles con exhortaciones y ejemplos. Risueños y sonrientes, Ciríaco y sus tres compañeros transportaban piedras y arena y arrastraban carretones. Terminada su labor, aún les sobraba tiempo para ayudar a los más necesitados y agobiados, cual si a ellos no les pesara la propia fatiga.

Cierto día un venerable anciano, por nombre Saturnino, cayó rendido de fatiga; los cuatro jóvenes levantáronle respetuosamente y le prodigaron cuantos cuidados estaban a su alcance. Este acto humanitario llenó de admiración a sus propios guardianes, los cuales, pusieron en conocimiento del emperador la virtud y entereza de nuestros Santos. Maximiano, en vez de conmoverse, se irritó en extremo. Ordenó que los arrojasen, sin demora, a un oscuro calabozo, y que allí los atormentasen sin piedad.

MARTIRIO DE SISINIO Y SATURNINO

DÍAS más tarde, el emperador hizo comparecer a Sisinio ante su tribunal para ver si lo atraía hacia el culto de los falsos dioses.

—¿Quién eres tú? —preguntóle.

—Soy —respondió Sisinio con suavidad— un pecador, me llamo el siervo de los siervos de Cristo.

—¿Qué himnos cantan los cristianos?

—Si los conocieseis, conoceríais y adoraríais a vuestro Creador.

—¿Por fortuna hay otro Creador que Hércules, el invencible?

—Me causa vergüenza oir pronunciar su nombre —replicó el Santo.

—Propongo a tu inmediata elección esta alternativa. sacrificar al dios Hércules o ser pasto de las llamas.

—Morir por Cristo es mi único deseo, ¡dichoso de mí, si consigo la corona de la inmortalidad!

Mortificado por semejante lenguaje, ordenó el emperador que le encerrasen en la cárcel Mamertina; mas, creyendo vencer su constancia, sometióle más tarde a un nuevo interrogatorio. Al comparecer ante los jueces, viéronle rodeado de una luz celestial y se oyó una voz que decía: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os tengo preparado desde el principio de los siglos.* Aproniano, testigo de este milagro, se convirtió al cristianismo y recibió de manos de Sisinio las aguas bautismales. Algunos días después fue decapitado y su alma gloriosa voló al cielo con la falange de los mártires. Sisinio y su compañero Saturnino fueron conducidos de nuevo a la cárcel, donde instruían y bautizaban a numerosos paganos que los visitaban. Enterado de ello Laodicio, prefecto de Roma, mandó que, cargados de cadenas y pies descalzos, compareciesen ante él

—¿Perseveráis aún dijo el prefecto— en vuestras vanas y ridículas supersticiones y negáis la adoración a los dioses del imperio?

—Nosotros, pobres pecadores —replicó Sisinio—, somos siervos de Cristo y por nada del mundo nos envileceremos adorando a los demonios.

Entonces Laodicio mandó traer el pebetero en que se ofrecía el incienso.

—Confunda el Señor vuestra vanidad e idolatría —exclamó Saturnino.

A esta voz cayó el ídolo en tierra, y dos soldados, llamados Papías y Mauro, movidos por la gracia de lo alto, se convirtieron a la fe cristiana.

—Verdaderamente —exclamaron—, el Señor Jesucristo que adoran Sisinio y Saturnino es el único Dios verdadero.

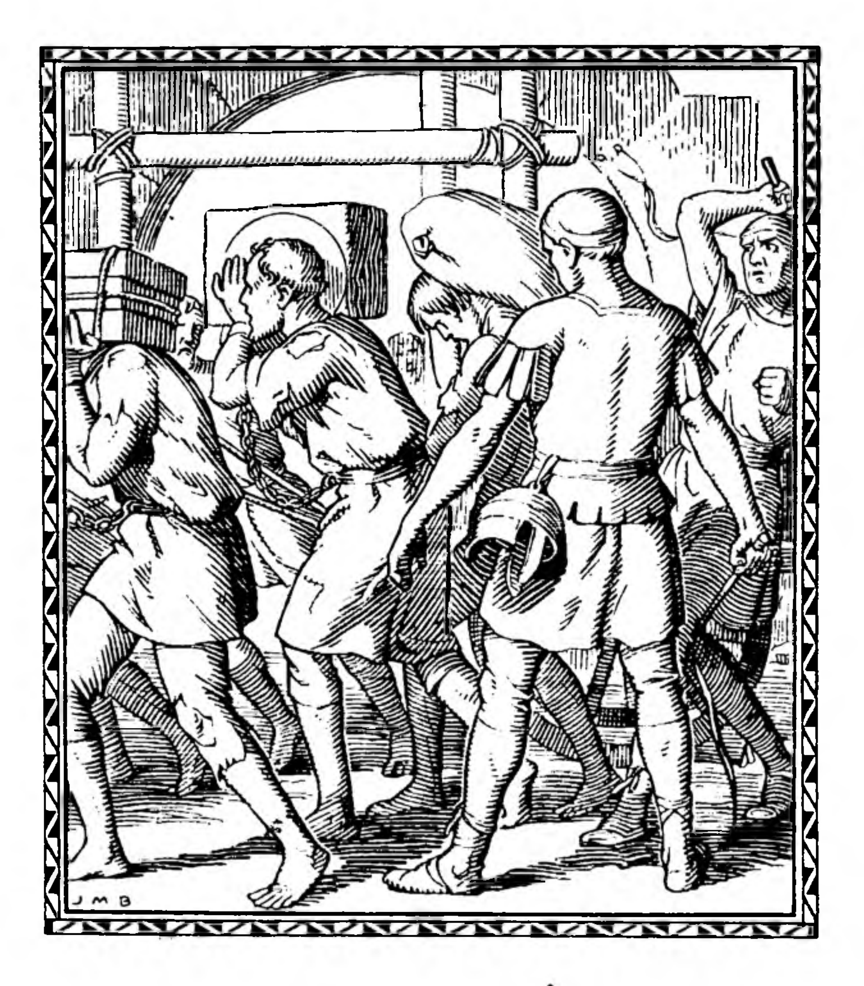
Ebrio de cólera el juez, ordenó que extendiesen a Sisinio y Saturnino en el ecúleo y que fuesen golpeados con nervios de toro y varas flexibles. Sufrieron bárbaros tormentos sin dejar de repetir «Gloria a Ti, Señor de cielos y tierra, que nos concedes la gracia de ser contados entre tus siervos».

Y dirigiéndose a los verdugos les decían

—¿Es posible que el demonio os haga ser tan crueles?

Estas palabras enfurecieron más al tirano Laodicio que mandó romperles las mandíbulas con piedras y quemarlos a fuego lento con antorchas encendidas. Estos suplicios no alteraron al paz y la alegría que se traslucía en sus rostros. Laodicio, vencido, ordenó que los decapitasen, lo cual ejecutaron los verdugos en la vía Nomentana. Como inocentes corderos se prestaron al sacrificio que les abría las puertas de la eterna gloria.

Papías y Mauro fueron arrastrados bárbaramente hasta la misma vía. Perdieron la vida en este cruel e inhumano suplicio y como consecuencia de él quedaron su cuerpos horriblemente mutilados, era el día 29 de enero.



CONDENADO *a trabajos forzados, San Ciriaco ayuda a otros compañeros más ancianos, y les lleva la carga de piedra y arena con que ellos no pueden. Es tanta su virtud, que en medio de sus penalidades canta himnos, salmos y alabanzas al Señor, sin que ni por un momento flaqueen su caridad y su alegría.*

CIRÍACO CURA A LA HIJA DEL EMPERADOR

CIRÍACO y sus amigos acompañaban sus rudos trabajos con fervientes oraciones y alentábanse mutuamente en la práctica del bien y de la virtud. El Señor recompensó su fidelidad y sus sufrimientos con el don de milagros; por su intercesión algunos ciegos recobraron la vista y otros varios enfermos volvieron a encontrar la salud.

Pero Nuestro Señor quiso manifestar por su fiel siervo Ciríaco, con mayor clarividencia, la fortaleza de su brazo. Una hija de Diocleciano, llamada Artemia, sufría horriblemente, porque era atormentada por el demonio; la medicina humana se veía impotente para curar tan gran mal. El maligno espíritu gritaba sin cesar que sólo abandonaría su presa por orden de Ciríaco, diácono de los cristianos. Convenía, por lo tanto, recurrir a la benevolencia de aquel cristiano, condenado a trabajos forzados por la crueldad imperial, grande humillación se pedía al amor paterno. Por orden del emperador, Ciríaco y sus dos amigos, Largo y Esmaragdo, vinieron al palacio escoltados por los nobles de la corte, y con toda clase de atenciones y deferencias. Llegados a la cámara imperial, acercóse Ciríaco a la joven posesa y ordenó al demonio, en nombre de Dios, que abandonase el cuerpo de su víctima. «Si me arrojas de aquí —replicó el demonio—, haré que vayas a Persia». La diabólica predicción tuvo cabal cumplimiento, para confusión suya, y mayor gloria de Dios.

El demonio cedió al poder divino y la princesa fue libertada del inmundo espíritu. La emperatriz Prisca —cristiana en secreto, según Lactancio— instruyó a su hija sobre los misterios de la fe y la bautizó sin el conocimiento de Diocleciano. Éste, reconocido por aquel milagroso favor, concedió la libertad a Ciríaco, a Largo y Esmaragdo, y mandó que les diesen una casa en Roma y se les guardase toda clase de miramientos.

VIAJE A PERSIA

AL mismo tiempo que esto ocurría en Roma, Jobía, hija del rey de Persia, se halló poseída del mismo demonio. Presa de espantosas convulsiones, gritaba: «Sólo el diácono Ciríaco, que está en Roma, puede socorrerme». El rey envió con urgencia emisarios al emperador Diocleciano, suplicándole que le enviase a Ciríaco sin perder un instante. El emperador accedió gustoso a sus ruegos. Ultimados los preparativos del viaje y nombrada la comitiva imperial, emprendieron el camino de Persia, yendo con Ciríaco sus dos compañeros. Hicieron por mar parte del viaje; y sal-

tando en tierra, no fue posible hacerles admitir el equipaje que se les daba para su comodidad. Caminaban los tres a guisa de peregrinos, con el bordón en la mano, sin dispensarse de sus acostumbradas penitencias, ayunando todos los días y cantando alabanzas al Señor.

Cuando Ciríaco llegó al palacio del monarca persa, éste se arrojó a sus pies, y le pidió humildemente la curación de su hija. El santo diácono le prometió atender a su demanda. Puesto en oración, prosternado en tierra y con el rostro bañado en lágrimas, mandó al demonio, en nombre de Jesucristo, que dejase libre a Jobía. Obedeció al instante, y ante tamaño prodigio, así el padre como la hija se convirtieron y recibieron el bautismo junto con más de cuatrocientos gentiles, testigos del estupendo milagro.

El rey de Persia, en agradecimiento, quiso otorgarles ricos presentes; mas los austeros cristianos los rehusaron, diciendo:

—Los siervos de Cristo dan gratuitamente lo que gratuitamente han recibido. No hay aquí méritos nuestros, sino sólo de Dios.

¡Hermosa confesión del poder divino y de la debilidad humana!

Para atender a los nuevos convertidos y confirmados en la fe, permanecieron en la corte de Persia cuarenta y cinco días, después de los cuales emprendieron el regreso a Roma. Eran portadores de cartas laudatorias del rey de Persia para su colega Diocleciano, el cual les dispensó honroso recibimiento y los dejó después en absoluta libertad de acción.

NUEVO ARRESTO. — EL MARTIRIO Y LA SEPULTURA

Los tres confesores de Cristo aprovecharon de esta libertad y tolerancia para proseguir repartiendo la limosna espiritual entre los pobres desgraciados y para frecuentar las reuniones cristianas. Mas esta paz pasajera preparaba furiosa tempestad. Diocleciano, viejo y achacoso, fijó su residencia en Nicomedia (Asia Menor), y dejó a Maximiano el cuidado del Occidente. Éste, árbitro de la situación, descargó sobre los cristianos las iras de su venganza contenidas por el débil Diocleciano. No se había olvidado de Ciríaco, Largo y Esmaragdo, los cuales fueron arrestados y encarcelados nuevamente. Días más tarde comparecieron ante el tribunal de Carpasio. Ni las amenazas ni la adulación de este inicuo magistrado doblegaron la voluntad indomable de los confesores de Cristo.

—Insensatos —les dijo—, reconoced, al fin, vuestro error, adorad a los dioses del imperio, que son los únicos capaces de salvaros.

—Nosotros no conocemos más que un solo Dios —repuso Ciríaco—, y este Dios es Jesucristo, Señor de cielos y tierra, muerto en la Cruz por nosotros. Confesaremos su nombre aunque nos cueste la vida.

Este lenguaje, propio de héroes cristianos, enardeció al juez, el cual ordenó al verdugo que derramara pez hirviendo sobre la cabeza de Ciríaco. El mártir daba gracias a Dios por tan señalado favor y exclamaba: «Gloria a Ti, Señor, que me has juzgado digno de sufrir por tu nombre!»

La serenidad y el valor de la víctima, enfurecieron a Carpasio:

—Que le pongan en el potro —decía—, y que desgarren sus miembros y le azoten con varas hasta que el dolor le vuelva a su juicio.

Mientras los verdugos ejecutaban la bárbara sentencia, Ciríaco no cesaba de orar. Parecía vivir en un mundo interior, ajeno a aquella escena.

—¡Oh Jesús, soberano y dueño mío —decía—, ten misericordia de este indigno siervo tuyo! Gracias te doy, ¡Dios mío!, porque me haces el honor de dejarme padecer por la gloria de tu santo nombre.

Vencido el juez por la constancia de los mártires, los volvió a encarcelar y notificó al emperador la actuación del tribunal y su fracaso.

El día siguiente, por mandato del príncipe, condujeron a Ciríaco, Largo y Esmaragdo, con otros veinte cristianos más, a la vía Salaria, no lejos de las puertas de Roma, para ser decapitados. El dichoso tránsito, según el martirologio romano, acaeció el 16 de marzo del año 303. Los sagrados cuerpos fueron recogidos por un santo sacerdote, llamado Juan y enterrados cerca de esta misma vía, excepto el de San Ciríaco, que, a ruegos de Lucina, rica y piadosa dama romana, fue colocado en la catacumba que ella misma había hecho construir en el camino de Ostia. Verificóse esta primera traslación el 8 de agosto, día en que la Iglesia celebra su fiesta. Más tarde las reliquias de San Ciríaco fueron trasladadas a Roma y depositadas en la iglesia de Santa María «in vía Lata», edificada sobre el emplazamiento de la casa donde viviera San Pablo antes de ser preso.

ÚLTIMO DESTINO DE LAS TERMAS DE DIOCLECIANO

LAS Termas de Diocleciano, comenzadas por Maximiano en nombre de su regio protector, fueron inauguradas por Galerio y Maximiano. Tenían capacidad para más de 3.200 bañistas. Estaban emplazadas en lo que hoy ocupa la iglesia de Santa María de los Ángeles, la plaza «dei Términi», el convento de los Cartujos y de los Bernardos, la cárcel, los graneros públicos, algunas casas y jardines que están alrededor y parte de la villa Mássimi; lo cual da una idea de su vasta amplitud.

Los cristianos condenados por su fe a la pena de trabajos forzados y en número de 40.000, según el cardenal Baronio, llevaron a cabo la gigantesca obra. El mismo sabio cardenal ha descubierto ladrillos marcados con una cruz. A pesar de su solidez y amplitud, las Termas estuvieron

abiertas poco más de un siglo, tal vez las inutilizó Alarico en 410, desde esta fecha han pasado a la historia con la gloria de lo que fueron. Parece que el dedo de la Providencia ha querido borrar en gran parte las huellas de este monumento que excitaba con justicia la indignación del pueblo cristiano y civilizado, como recuerdo de un crimen de lesa humanidad.

Estas construcciones estaban totalmente abandonadas en el siglo XVI, cuando el cardenal de Bellay, embajador de Francisco I, edificó en parte de su emplazamiento, una hermosa vivienda que fue adquirida poco tiempo después por San Carlos Borromeo. El santo Cardenal la cedió más tarde a su tío el papa Pío IV, el cual la donó a su vez a los Padres Cartujos.

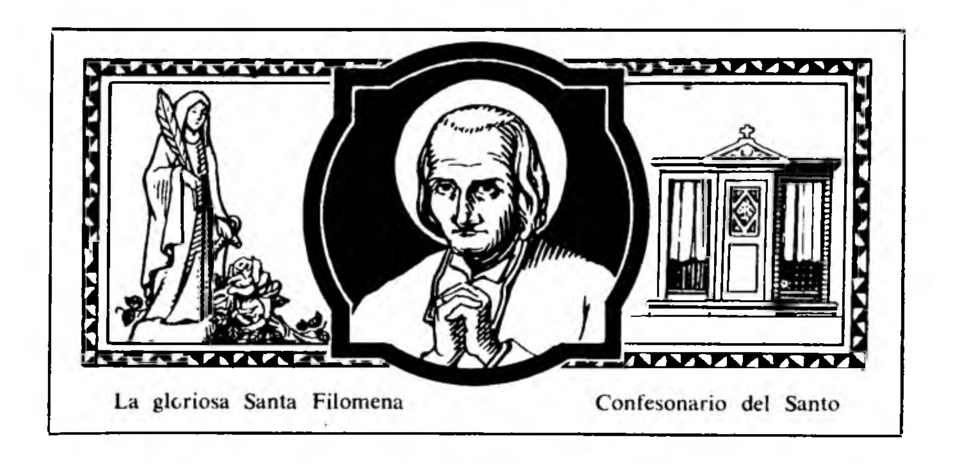
Las partes principales de estas construcciones santificadas por los sudores y padecimientos de los discípulos de Cristo, y que aún hoy desafían la implacable mano del tiempo, son: el *lacónicum,* que hoy sirve de entrada a las ruinas, el *caldarium,* transformado por Miguel Ángel en la iglesia de Santa María; la *natatio* o *frigidarium,* convertido en coro de la misma iglesia; y finalmente, inmensas ruinas esparcidas en los jardines de los Cartujos. Detrás de la basílica se halla el convento de los monjes con un claustro maravilloso que pregona las grandezas del arte cristiano.

Sobre las ruinas de las Termas de Diocleciano se construyó asimismo el vasto hospicio de Santa María de los Ángeles, fundado por el papa Pío VII, donde se educaban más de 450 niños y 500 niñas.

De tal forma aquellos muros seculares, levantados en otro tiempo por la mano de los mártires y santificados por sus padecimientos y su sangre, convirtiéronse, por admirable disposición de la Providencia, en asilo de la oración y de la caridad, y de lo que fuera un día gloria y pregón para aquellos inhumanos gobernantes, habían hecho los cristianos un monumento a la virtud y a la gloria de Dios. Que tal suele acabar el empeño orgulloso de los tiranos, para quienes no existe otra ley que sus propios desvaríos ni otra inspiración que la insolente vanidad de sus errores.

SANTORAL

Santos **Ciríaco, Largo, Esmaragdo y Sisinio, mártires;** *Agustín de Gazothes, dominico, obispo;* Emiliano, obispo de Cízico, en el Helesponto; *Marino, mártir;* Mirón, obispo de Creta, y Ternato, Cervasio y Gedeón, de Besanzón; Mumolo, abad benedictino; Hormisdas, mártir en Persia, Eleuterio y Leónides, mártires; Severo, presbítero y confesor. Beatos Altman, obispo de Passau; Ratardo, presbítero; Suanés de Persia. Santas *Asteria,* Juliana, Agape y Metrodora, vírgenes y mártires.


La gloriosa Santa Filomena — Confesonario del Santo

DÍA 9 DE AGOSTO

SAN JUAN M.ª VIANNEY

CURA DE ARS (1786-1859)

FUE, San Juan María Vianney, un serafín de amor, émulo de San Juan Bautista por las continuas y espantosas austeridades que se impuso, y modelo acabado de pastores de almas por su celo infatigable. Ars va vinculado al recuerdo de Juan María Vianney, cual título de nobleza ganado en el campo de batalla. El «Cura de Ars», esas sencillas palabras constituyen de por sí una filiación, una enseñanza.

Nació nuestro Santo el día 8 de mayo de 1786, en Dardilly, pueblo que mira a la colina de Fourvière, a ocho kilómetros al noroeste de Lyón. Bautizado el mismo día, recibió el nombre de Juan María. El padre, Mateo Vianney, que era, al igual que su consorte, excelente cristiano, siguiendo una piadosa costumbre, ofreció este nuevo vástago a la Santísima Virgen. La madre —modelo acabado de fe ilustrada y de piedad eminente— enseñóle desde la más tierna edad a hacer la señal de la cruz, a amar a Dios y a balbucear las oraciones en que se inicia el cristiano. Dotóle el Señor de un corazón tan inclinado a la piedad, que ya desde niño elevaba de continuo el pensamiento a Dios y gustaba con preferencia de cuanto tenía relación con los misterios de la vida de Nuestro Señor y con los relatos de la Historia Sagrada. Dueño Juan María de una estatuita de

la Santísima Virgen, no la soltaba ni de día ni de noche; tanta era ya su tierna devoción y acendrado cariño a la Reina del cielo.

Su piadosa madre infundió en él aquella sed insaciable de oración y aquel profundo odio que desde pequeño tuvo al pecado. Decíale a veces su piadosa madre: «Si tus hermanos ofendieran a Dios, lo sentiría en el alma; pero sufriría inmensamente más si viera que le ofendías tú». Bueno es que digamos, sin embargo, que Juanito mostraba cierta altivez y desenfado natural que la oración y prácticas piadosas no lograban desarraigar del todo; pero esforzábase por dominarse, y obedecía con tanta prontitud que la madre solía proponerle como ejemplo a sus hermanos.

INFANCIA Y PRIMERA COMUNIÓN

FRISABA apenas Juan María en la edad de la razón cuando el Terror causaba sus terribles estragos en Francia y perseguía de muerte a los sacerdotes que no habían prestado el juramento civil. De éstos había algunos en los contornos de Dardilly, y la familia Vianney albergó de momento a cuantos pudo; de ese modo el niño pudo asistir al Santo Sacrificio, celebrado a ocultas y de noche, y enterarse de que la familia tenía escondidos crucifijos e imágenes piadosas. A su vez guardó él cautelosamente su estatuita de María, y cuando le pusieron de pastorcillo del rebaño paterno, llevaba siempre consigo el preciado tesoro.

En los prados, en compañía de su hermana Margarita, y sobre todo cuando iban al hermoso vallejo de Chante-Merle, mientras cuidaba Juan María el ganado, tenía por costumbre entronizar la estatuita en el tronco de un árbol o sobre un altarcito, y le rezaba el Rosario. Poco a poco cobró ascendiente sobre los demás pastores, y les hacía rezar también; organizaba con ellos pequeñas procesiones, enseñábales las oraciones que aprendiera de su madre, y encarecíales mucho la obediencia y la corrección en el hablar. En una palabra, hízose su custodio. Lo cual no le impedía jugar a la rayuela como el que más cuando era el momento de divertirse.

En el invierno de 1795, frecuentó el niño la modesta escuela de Dardilly, en la que muy pronto descolló por su cordura y aplicación. A los once años se confesó, por primera vez, con el ilustrado Padre Gaboz, de la Compañía de San Sulpicio. Éste indicó a los padres la conveniencia de procurar al niño la enseñanza religiosa más completa y les recomendó le enviaran a la aldea de Ecully, donde se hallaban ocultas dos monjas de San Carlos que preparaban a los niños para la primera comunión. Juan María se hospedó por espacio de un año, en casa de una tía suya.

Durante la segunda época del Terror, en 1799, que coincidía con la siega del heno, hizo el niño la primera comunión. Contaba a la sazón trece años cumplidos. Los dieciséis niños que componían el grupo, fueron llevados por separado a casa de la señora de Pingón, y en un cuarto —cerrrados los postigos de las ventanas y protegidas éstas exteriormente por carretadas de heno que, para más disimular, descargaron durante la ceremonia— tuvo lugar la misa de comunión. Fue, aquél, un día muy dichoso para Juan María. Más tarde, hablaba de él con verdadera emoción y hasta con lágrimas, como de un momento sublime e inenarrable.

Inmediatamente después de la ceremonia, regresó Juan María a Dardilly. En casa no faltaba trabajo, púsose, pues, a ayudar a sus padres y a su hermano en las diversas labores de la pequeña propiedad.

Cuando no le era fácil asistir a misa, uníase al celebrante espiritualmente y por la oración; regresaba a casa rezando el rosario, y por la noche, antes de entregarse al sueño, pasaba buen rato leyendo el Evangelio y la Imitación de Cristo, y meditando lo que más le llegaba al alma en su lectura. Dios le preparaba así para una bellísima y santa vocación.

VOCACIÓN TARDÍA BIEN PROBADA.—EL SACERDOCIO

MUCHO tiempo hacía que Juan María suspiraba por ser sacerdote para ganar almas a Dios. Cuando la madre llegó a conocer las aspiraciones de su hijo, lloró de alegría y de emoción. El padre, en cambio, no quería privarse en manera alguna de quien tanto le ayudaba en las faenas de casa. Por otra parte, como era ya mucho lo que llevaba gastado en la dote de su hija Catalina y en ayudar a su hijo mayor Francisco, sujeto a las quintas, se le hacía muy costoso resolverse a sufragar los estudios de Juan María. Por fin, tras muchas consideraciones, y rendido a las reiteradas instancias del chico, le autorizó para que siguiera las clases en la preceptoría de Ecully, recién abierta por el párroco, señor Balley.

Pero a causa de la ingrata memoria del pobre muchacho, las deficiencias de sus estudios primarios y el tiempo transcurrido desde que dejara la escuela, tropezó el joven estudiante con muchas y muy serias dificultades para aprender latín. ¿Qué hace en semejante coyuntura? Orar mucho, mortificarse, estudiar con tesón, hasta con riesgo de la salud. Sin embargo, los adelantos no correspondían a tanto afán, y sintióse influir por el desaliento. Emprendió entonces una peregrinación a pie, mendigando el pan por el camino, y fue a postrarse ante el sepulcro de San Francisco de Regis, en la Louvesc. Volvió de allí con nuevos bríos y consiguió mejorar en sus estudios y en el concepto de sus profesores.

En 1809, nuestro aspirante al sacerdocio tuvo que hacer el servicio militar, y cayó enfermo en el cuartel. El año siguiente, debido a un conjunto de circunstancias en las que no cabía la menor culpa o premeditación de su parte, y en las cuales debe verse la intervención de la Providencia, resultó legalmente desertor y hubo de permancer por espacio de dos inviernos en un villorrio de los Cevenes. Pasó aquella larga temporada enseñando a los niños y edificando a todos por su piedad.

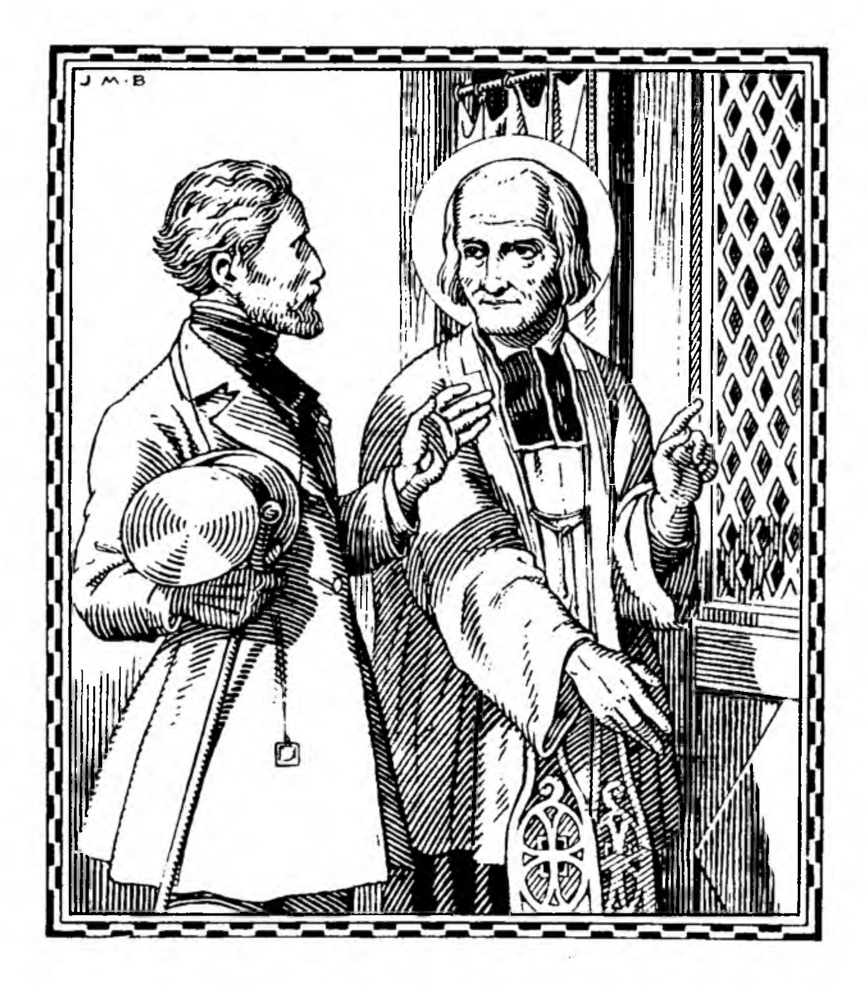
La amnistía general de 1811, y el ingreso anticipado de su segundo hermano en filas, le permitieron regresar a Ecully, donde prosiguió los estudios. De allí a poco murió su madre. Juan María, que estudiaba entonces filosofía en Verrières, tenía a la sazón veintiséis años. Sus progresos eran muy deficientes. En otoño de 1813 ingresó en el Seminario Conciliar de Lyón, y la insuficiencia de sus conocimientos de la lengua latina le perjudicaron considerablemente, tanto para el aprovechamiento de las clases, como para el resultado de los exámenes. Al cabo de seis meses aconsejáronle los profesores que se retirase. Su antiguo preceptor de latín, señor Balley, siguió dándole lecciones y le presentó al examen que precede a la ordenación, pero sin mayor éxito. Finalmente consiguió que el tenaz candidato —aturullado por lo imponente del jurado y de aquel endiablado latín— fuese examinado en lengua vulgar en la rectoría de Ecully. Esta vez el vicario general y el Superior del Seminario quedaron muy satisfechos de sus respuestas. «Ya que el joven es modelo de piedad —dijo entonces el vicario general—, le admito al subdiaconado; la gracia de Dios hará lo demás». Juan María recibió los órdenes menores y el subdiaconado en julio de 1814. Quince meses más tarde, el obispo de Grenoble le ordenó sacerdote.

COADJUTOR DE ECULLY Y PÁRROCO DE ARS

Con inmenso regocijo del señor Balley, el nuevo sacerdote fue designado para coadjutor de Ecully. La carta de nombramiento no le autorizaba para poder confesar todavía; en cuanto le fue permitido sentarse en el santo tribunal, su confesonario fue materialmente asediado, y los enfermos casi nunca llamaban más que a él. El primero que le manifestó su conciencia fue el propio señor cura párroco.

En el ejercicio de su santo ministerio, vémosle entregado al bien de las almas sin regateos; ruega por ellas, y por ellas se mortifica al par que las edifica con su piedad, abnegación y discreta sencillez. A los pobres da cuanto tiene, hasta los propios vestidos.

A principios de febrero de 1818, la parroquia de Ars fue confiada al



UNO *de aquellos incrédulos que con el apodo de «volterianos» estaban en boga entonces, declara al santo Cura de Ars que no puede ser cristiano porque no tiene fe en Dios ni cree en nada. «Arrodíllese —le contesta el santo— y confiese sus pecados, y verá cómo la fe vuelve a su alma».*

celo del coadjutor de Ecully. Al firmar el nombramiento, díjole el vicario general: «En esa parroquia hay muy poco amor de Dios nuestro Señor, ya lo infundirá usted». No se equivocaba en su confianza al hablar así.

Aquella aldea de doscientos treinta habitantes, situada a 35 kilómetros de Lyón, conservaba un fondo religioso, pero las prácticas cristianas habían sido punto menos que abandonadas. La iglesia solía estar desierta; la blasfemia era un mal profundamente arraigado; los domingos, las cuatro tabernas del lugar hacían victoriosa competencia a los divinos oficios; no se conocía el descanso dominical; la embriaguez, el baile y las veladas nocturnas eran verdaderas plagas de las buenas costumbres. En la mañana del 10 de febrero de 1818, el nuevo pastor celebraba por primera vez en la pobre iglesia de Ars el Santo Sacrificio de la misa, y en él pedía a Dios la conversión de la parroquia. El santo sacerdote pasa el día y parte de la noche en la iglesia, orando u ocupado en la preparación de sus pláticas doctrinales. El descanso de la noche lo tomará echado sobre unos sarmientos o en el duro suelo, pero antes de acostarse se disciplinará con un instrumento armado de aceradas puntas hasta derramar sangre. Sus modestos haberes son para los pobres y para el ornato de la casa de Dios. A veces, pasa dos o tres días sin probar bocado; por espacio de diez años él mismo se adereza el escaso e invariable sustento que ha de bastarle para no morir de hambre; y en todo muéstrase afable, acude presuroso a la cabecera de los enfermos y visita a los feligreses. Para hacer más atractiva la iglesia, la embellece con un nuevo altar y trae ornamentos nuevos; habilita otras capillas y, declara guerra a la ignorancia valiéndose de la catequesis y de pláticas dominicales.

Fueron menester ocho años de labor ardua y tenaz para combatir la indiferencia religiosa de los fieles, acabar casi por completo con la blasfemia y desterrar el trabajo de los días festivos y la clientela de las tabernas; tendrá empero que luchar más de veinticinco años para quitar a sus feligreses la afición al baile. Muchos proclamaban que tales placeres eran inocentes y legítimos; pero el celoso pastor abrió los ojos a aquellos infelices ciegos, lo mismo desde el púlpito que en el confesonario. «El baile —les decía—, el vestido indecente y las veladas nocturnas, tal como las usáis, son fomentadoras y encubridoras de la pasión torpe». Y no se limitaba a perorar, presentábase de improviso en la plaza pública: su sola presencia bastaba para hacer huir a los danzantes; y remuneraba al músico o al tabernero para que se ocultasen durante la diversión. En la capilla de San Juan Baustista, de la parroquia, había hecho poner esta inscripción tan evocadora: «Su cabeza fue el precio de un baile». Negábase a dar la absolución a los jóvenes que frecuentaban el baile, y aun a los que sólo eran, en tales fiestas meros espectadores.

LA HORA DE LAS GRANDES CONTRARIEDADES

El apóstol ha de fecundar su obra con el dolor si quiere hacerla eficaz. En Ars, las almas verdaderamente cristianas aceptaron gustosas las pláticas y reformas del señor cura; en la gente ignorante suscitaron, en cambio, cierta extrañeza, y aun quejas y murmuraciones, las almas pervertidas, los pecadores endurecidos fueron más lejos, esgrimieron el insulto, la calumnia, el ultraje difamante contra el humilde sacerdote, considerado por todos como un santo y llegaron hasta remitir al obispado cartas que determinaron una información canónica.

Pero la oración, el buen ejemplo y la heroica austeridad del santo cura vencieron todas las contrariedades, y obtuvieron por fin la total transformación de la aldea. «Ars, ya no es Ars, es una modesta parroquia que sirve a Dios de todo corazón» —escribía el buen párroco—, los feligreses han pasado del libertinaje a la virtud, unos, y otros, de la piedad incipiente al fervor. Ya no se conoce el respeto humano; la asistencia al templo es asidua, y los domingos se guardan con todo rigor, se reza el *Angelus* en el templo y en la calle, son más castas las conversaciones; las prácticas religiosas han reaparecido en los hogares, durante la semana está de continuo un adorador ante el Santísimo Sacramento. Muchas personas oyen diariamente misa antes de ir a la labor, la Cofradía del Santísimo Sacramento, que llevaba la vida lánguida, ha revivido, cada noche, al son de campana, congréganse los fieles en la iglesia para la oración en común. Las procesiones, y en particular la del Corpus, se celebran con la máxima solemnidad, testimonio del fervor de los fieles.

Para las niñas de la parroquia, y más tarde para la educación cristiana de las huérfanas abandonadas, se gastó el santo párroco todo su patrimonio, fundando aquella admirable Casa de la Providencia, que fue modelo de obras para la educación popular y tuvo muchos imitadores.

ROMERÍAS A ARS. — LUCHAS CON EL DEMONIO

Desde 1820, el cura de Ars predicó y confesó asiduamente en las parroquias vecinas con motivo de la Hora Santa o de las misiones que allí se daban, consiguiendo abundantísimo fruto, no retrocedía ante ninguna molestia; fuera de día o de noche, en invierno o en verano, siempre acudió presuroso a prestar servicio a sus hermanos.

Para tener el consuelo de ver y oír a este santo varón, a la vez que para pedirle consejo, acudían a Ars fieles de la Dombes, de la Bresse y del

Lyonesado. Así tuvieron principio las célebres romerías que llevaban cada año a la parroquia de Ars a millares de personas de toda condición, no sólo de Francia sino también del extranjero. sacerdotes, religiosos, funcionarios públicos, incrédulos, pecadores, almas atribuladas y almas ganosas de perfección. Todos se volvían consolados, curados, ilustrados y convertidos después de haber visitado al siervo de Dios.

Los pecadores corrían tras el humilde sacerdote; pero el demonio, despechado por las numerosas conversiones que el Santo obtenía y queriendo a todo trance impedirlas, le abrumó por espacio de treinta y cinco años, con una molestísima y pesada obsesión. Quitábale el sueño y el descanso con recios golpes, alaridos y alborotos de todo género, estremecimientos de la casa y de los muebles, injurias y otras molestias por el estilo, y aun intentó disgustarle de la oración y de la labor apóstolica. Pero el Santo replicaba a estas tentaciones dándose con más ahinco a lo que el demonio combatía en él y multiplicando su celo por las almas.

MARAVILLOSO MÉDICO DE LAS ALMAS

La muchedumbre de peregrinos que diariamente invadía la localidad —llegaban a cien mil al año—, imponía al señor Cura largas sesiones de confesonario. Dios le había comunicado el talento de dirigir las almas; sabía infundir gusto y aun ansia de la confesión; leía en las conciencias, manifestaba a cada cual su estado y aconsejaba luego con luminosas y acertadas palabras. Levantábase a media noche para sus rezos, y a la una iba a la iglesia a confesar a los que ya le aguardaban. Terminada la misa, reanudaba las confesiones y las proseguía hasta la hora de la doctrina, es decir, hasta poco antes del mediodía. A eso de la una, regresaba nuevamente al templo para confesar sin interrupción hasta el toque de oraciones. Por espacio de treinta años pasó diariamente de dieciséis a veinte horas en el confesonario. A esta labor correspondían las bendiciones divinas que caían abundantes sobre las almas y aun sobre los cuerpos de los que acudían a él con esperanza de alivio.

Todos los que a él se acercaban volvían con el corazón henchido de gozo y con el alma llena de las grandes ambiciones de la santidad; de manera que la peregrinación a Ars fue un continuo ascender a Dios.

En su profunda humildad —que a juicio de Monseñor de Segur hubiera bastado para canonizarle— el santo cura de Ars atribuía tal cúmulo de gracias a su «amada santita», la mártir Santa Filomena, una de cuyas reliquias, recientemente descubiertas, había podido conseguir, y a la que había dedicado una capillita en la iglesia de Ars.

MUERTE Y HONRAS FÚNEBRES

Repetidas veces había anunciado el santo párroco su próximo fin. El viernes 29 de julio de 1859 se sintió mal. Aunque acometido de frecuentes sofocos, siguió confesando y explicó la doctrina como de costumbre, el calor era asfixiante y la iglesia, colmada de fieles, un verdadero horno; con todo, el ministro del Señor permaneció firme en su lugar. Por la noche estaba completamente extenuado. Costóle mucho llegar a la rectoría, y se acostó tiritando por la fiebre. «Hijos míos —dijo a los presentes—, he llegado al fin de mi carrera». Mandó llamar en seguida a su confesor, el párroco de Jassans, y se confesó con su habitual fervor y tranquilidad, sin manifestar el menor deseo de curación. La enfermedad hizo rápidos progresos· el moribundo bendecía a cuantos lograban acercarse a él y a los peregrinos que se hallaban fuera, pero ya no hablaba sino con Dios nuestro Señor. Iniciáronse rogativas a Santa Filomena para que curara a su gran devoto: mas el estado del mismo empeoró, por manera que al día siguiente fuéronle administrados la Extremaución y el santo Viático. El obispo de Belley acudió a bendecir y abrazar por última vez el venerable moribundo. El jueves 4 de agosto, a las dos de la madrugada, el cura de Ars entraba en la gloria.

Millares de peregrinos desfilaron ante el venerando cadáver, para tocar en él diversos objetos de piedad. Las honras fúnebres, presididas por el señor obispo, resultaron un verdadero cortejo triunfal. Los preciosos despojos fueron colocados al pie del púlpito en una sepultura que no tardó en ser centro de romerías y de oraciones. Fue canonizado por Pío XI el 31 de mayo de 1925, y por un Breve expedido el 23 de abril de 1930, propuesto a los párrocos de todo el orbe católico como especial patrono y abogado. Celébrase su fiesta el 9 de agosto.

SANTORAL

Santos **Juan María Vianney, Cura de Ars;** *Banderico, obispo de Soissons; Román, soldado y mártir; Julián, Marciano y compañeros, mártires;* Auspicio, obispo de Apt y mártir; Atumaro, obispo de Paderborn; Domiciano, obispo de Chalons, y Sereno, de Marsella; Numídico, presbítero de Cartago; Marceliano, Secundiano y Veriano, soldados, convertidos durante el martirio de San Román, y mártires a su vez en Cívita Vecchia; Antonino de Alejandría, mártir, Firmo o Fermín y Rústico, martirizados en Verona; Falco y Nicolás, ermitaños en Calabria. Beato Juan de Salerno, dominico.



El tremendo instrumento de tortura — Basílica de San Lorenzo en Roma

DÍA 10 DE AGOSTO

SAN LORENZO

DIÁCONO Y MÁRTIR († 258)

FUE San Lorenzo español de nación y natural de Huesca. Nació como a media legua de la ciudad, en una casa de campo que hasta el día de hoy ha guardado el nombre de *Loreto*. Su padre se llamó Orencio y su madre Paciencia. De ambos hace mención el Martirologio romano el día primero de mayo, y la Iglesia de Huesca celebra su fiesta respectivamente el 11 y el 13 del mismo mes. Tuvo un hermano, por nombre Orencio, que fue obispo de Auch y se conmemora el 26 de septiembre.

De la niñez y juventud de San Lorenzo nada se sabe de cierto, solamente nos consta que siendo todavía jovencito fue a Roma, allí le criaron sus padres en virtud y letras. Salió el piadoso mancebo tan aprovechado, que se atrajo el aprecio y veneración de todos los fieles de aquella Iglesia.

A 30 de agosto del año 257, ocupó la silla de San Pedro el papa Sixto II, ateniense de nación, y arcediano de la Iglesia romana. Para sustituirle en este cargo, el nuevo Pontífice nombró a San Lorenzo.

Ya en los principios de la Iglesia, eligieron los Apóstoles siete auxiliares, encargados de lo que llamaron «ministerio», que en griego es «diaconía». Eran los diáconos, como aún lo son hoy día, clérigos investidos de cierta dignidad eclesiástica, inmediatamente inferior al presbiterado. So-

lían ejercer muy diversas funciones: por su cuenta corría, a lo menos en los principios, el proveer al abastecimiento material y asegurar el orden en la comunidad cristiana; asistían al presbítero en la celebración del culto divino, leían la Epístola y el Evangelio, despedían de los oficios, a su debido tiempo, a las distintas categorías de asistentes paganos, catecúmenos, bautizados —el *Ite misa est* es un recuerdo de lo que decimos—, distribuían la sagrada comunión, recibían las ofrendas y dirigían el canto. Los diáconos siguieron siendo coadjutores de los obispos y sacerdotes, pero andando el tiempo limitaron su actividad a la asistencia de los pobres.

Vivían con el jefe de la comunidad cristiana, y eran algo así como testigos de la pureza de su doctrina y tenor de vida. Cuando la cabeza de la comunidad era un obispo, y más al tratarse del de Roma, subían de punto las funciones y dignidades de los diáconos, y de ahí que los que ahora llamamos cardenales, por ser los consejeros del Sumo Pontífice, pueden ser mirados como legítimos herederos de aquellos diáconos que servían a los Papas en los primeros siglos de la Iglesia.

Era San Lorenzo el principal de los siete diáconos de Roma, cada uno de los cuales tenía a su cargo uno de los barrios de la ciudad; mejor dicho, era el arcediano y, como tal, tenía que encargarse en cierto modo de los 40.000 cristianos que había en Roma a mediados del siglo III.

La situación legal de la Iglesia era muy precaria por entonces. La persecución seguía haciendo estragos, pero la comunidad cristiana tenía en propiedad no pocas iglesias, casas y haciendas, que eran como un sagrado patrimonio de las viudas, huérfanos y menesterosos. Con vivir en medio de tantos bienes terrenos, San Lorenzo era pobre y vivía como tal.

EDICTO DE PERSECUCIÓN DEL AÑO 258

Un edicto de persecución del año 257, decretó ya pena de destierro contra los más ilustres miembros de la comunidad cristiana. El mes de julio del siguiente año 258, el emperador Valeriano hizo aprobar por el Senado un edicto de persecución mucho más brava y cruel que la anterior. San Cipriano, obispo de Cartago, lo trae en una de sus cartas.

«Los enviados a Roma para cerciorarse de la veracidad del edicto publicado contra nosotros —dice el Santo— están ya de regreso. Según ellos, el emperador Valeriano ha cursado un escrito al Senado para que sancione las siguientes medidas. decapitación, sin previo juicio ni proceso, de los obispos, sacerdotes y diáconos cristianos; degradación e incautación de los bienes pertenecientes a los senadores, nobles y caballeros

romanos que se declaren cristianos; los cuales, si persisten en su declaración, serán igualmente decapitados, las matronas serán desposeídas de sus haciendas y condenadas al ostracismo, los empleados del palacio imperial que hayan hecho profesión de fe cristiana y no abjuren de la misma, se harán tributarios del fisco y trabajarán encadenados como esclavos en los dominios del César».

San Cipriano puntualiza y declara más todavía

«En esta persecución —dice— no pasa día sin denuncias de cristianos a quienes se les confiscan los bienes y se les condena a la pena de muerte».

MARTIRIO DE SAN SIXTO

El 6 de agosto del año 258, el papa Sixto II celebró los santos misterios en la catacumba de Pretextato, que era probablemente uno de tantos cementerios privados a los que no se extendía la confiscación. Pero la vigilancia de los prefectos era rigurosísima para impedir que en ningún lugar hubiese asambleas cristianas. Irrumpieron de pronto en la catacumba los delegados del gobernador y hallaron al Papa sentado en su cátedra y predicando a los fieles. Sin tener en cuenta con los oyentes, detuvieron al obispo de Roma y demás sacerdotes y les hicieron comparecer ante uno de aquellos prefectos que tenían a la sazón tribunal permamente, como da a entender San Cipriano. A Sixto y sus compañeros, los condenaron a ser degollados en el mismo lugar en que fueron presos.

Salióles al camino Lorenzo, deseoso de acompañar a San Sixto en aquel sacrificio, y con muchas y tiernas lágrimas le rogó que le llevase en su compañía. Oigamos el sublime diálogo de los dos santos mártires·

—¿Adónde vas, Padre, sin tu hijo— ¿Adónde vas, santo sacerdote, sin tu diácono? ¿Por ventura vas a ofrecerte al Señor en sacrificio? Pues ¿cómo le quieres ofrecer, fuera de tu constumbre, sin ministro? ¿Qué has visto en mí que no te agrade, para que así me deseches? ¿Hasme hallado acaso flojo y remiso en el desempeño de mi cargo?

De esta suerte deseaba Lorenzo con vivas ansias acompañar en los tormentos y sacrificios de la propia vida, al santo Pontífice a quien tantas veces había asistido en el sacrificio incruento del Redentor. Enterneciose San Sixto con las palabras y lágrimas de su amado diácono, y para consolarle, dióle esperanza de que presto moriría él también por el Señor.

—No te dejo, hijo mío — le respondió—, ni te desecho por flojo y remiso; antes te hago saber que te queda otra batalla más dura que la mía y tormentos más atroces. Por ser yo viejo y flaco, mi tormento será breve y ligero; mas tú, que eres mozo robusto, triunfarás con mayor victoria

del tirano. Deja de llorar, que presto morirás tú también por Cristo.

Esto dijo el santo Pontífice, y se despidió de su fidelísimo diácono.

Apartóse Lorenzo muy afligido, y para cumplir el mandato del Pontífice, salió con gran diligencia en busca de los pobres cristianos y personas miserables que estaban escondidas, para socorrerlas conforme a su necesidad. Entró en casa de una viuda llamada Ciríaca, que tenía escondidos a muchos clérigos y cristianos. Lo primero que hizo al llegar, fue lavarles humildemente los pies. Puso luego las manos sobre la cabeza de Ciríaca, y con solo esto le quitó un fuerte dolor que padecía, después repartió cuantiosas limosnas a los pobres que allí estaban. Pasó de esta casa a otra de un cristiano llamado Narciso, donde halló gran número de cristianos angustiados, temerosos y afligidos, los consoló y esforzó, les dio limosna y a todos ellos les lavó los pies. A otros muchos cristianos visitó Lorenzo aquella misma noche, empleada toda ella en cumplir cuanto le había mandado San Sixto. Dábales el ósculo de paz, lavábales los pies, repartíales limosnas y sanaba milagrosamente a los enfermos.

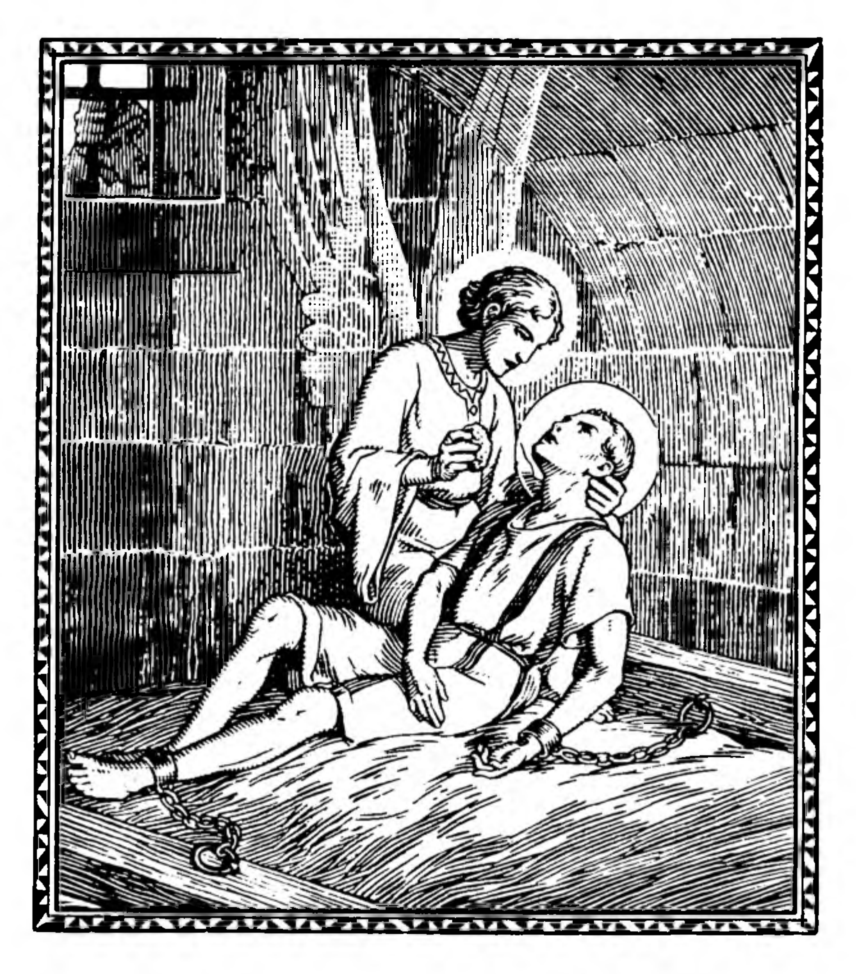
LOS TESOROS DE LA IGLESIA

SUPO por entonces el emperador Valeriano que la comunidad cristiana poseía gran copia de riquezas, y deseoso de tomarlas y hartar con ellas su codicia, mandó comparecer a Lorenzo ante su presencia.

—Oigo decir que vosotros, los cristianos, os quejáis de que os tratamos cruelmente, pero ahora no hablemos de tormentos. De ti depende el darme lo que voy a pedirte. A juzgar por las noticias que hasta mí han llegado, los Pontífices cristianos ofrecen libaciones en vasos de oro, y vierten la sangre de las víctimas en copas de plata. Me han dicho que alumbráis los sacrificios nocturnos con candelabros de oro. Traedme esos tesoros, el emperador los ha menester para pagar la soldada a las tropas.

—Confieso que nuestra Iglesia es riquísima —repuso Lorenzo—. Ni el mismo emperador posee tan grandes tesoros. Quiero mostrarte lo más precioso que hay en ella. Te pido que me dejes unos días para recogerlo.

Dióle Valeriano tres días de plazo, y mandó a un caballero romano llamado Hipólito que anduviese siempre a su lado y no le perdiese de vista en aquellos tres días. Hipólito llevó al Santo a una cárcel donde había ya muchos presos, situada en el mismo lugar en que más tarde edificaron la iglesia de San Lorenzo *in fonte*. En ella sanó el santo diácono a muchísimos enfermos y bautizó a no pocos neófitos. La conducta del nuevo preso y los grandes milagros que obraba, movieron a reflexión al caballero.



MANDA *el Señor un ángel a San Lorenzo para que con una esponja le limpie el sudor del rostro y las llagas todas de su cuerpo. Lo ve un soldado que desde fuera le guarda, y, conmovido y alumbrado con luz del cielo, pide al Santo que le bautice. Bautizóle y fue mártir de Jesucristo.*

—¡Oh Hipólito! —le dijo Lorenzo—, si crees en Dios Padre todopoderoso y en Jesucristo su Hijo, yo te prometo mostrarte grandes tesoros, y lo que es más, hacerte partícipe de la vida eterna.

El caballero pidió noticia de la verdad de nuestra santa fe y de los tesoros inestimables que tiene Dios en el cielo para sus siervos; creyó en Jesucristo, y recibió el bautismo él y toda su familia, que eran diecinueve personas. Después, dio generosamente la vida por la fe, el 13 de agosto.

Lorenzo empezó luego a recorrer la ciudad, en busca de los 1.500 pobres que sustentaba la Iglesia de Roma. Juntó todos los ciegos, leprosos, cojos, paralíticos y mendigos que pudo hallar, hízolos poner en los carros que le habían enviado y fuése con ellos al emperador, y díjole:

—Príncipe augusto, estos son los tesoros de la Iglesia; porque por sus manos suben al cielo nuestras limosnas, y alcanzamos las riquezas eternas. Aprovéchate de ellas para bien de Roma y de ti mismo.

No es fácil figurarse la saña que sintió arder en su pecho el tirano, viéndose engañado por Lorenzo y burladas sus esperanzas. Mandó que al punto desnudasen delante de él al santo diácono y rasgasen sus carnes con escorpiones, que eran látigos armados de plomadas en las puntas. Hizo luego traer los instrumentos con que atormentaban a los mártires, para que entendiese que por todos ellos había de pasar, si no se rendía.

—Bien sé que deseas la muerte —le dijo—; pero no te la daré de golpe, no; antes habrás de aguantar uno a uno todos los tormentos.

Mas el esforzado caballero de Cristo no se espantó, estaba su corazón tan encendido en el amor al Señor, que todas las penas le parecían pocas comparadas con las que él deseaba padecer.

—¿Piensas, por ventura, atemorizarme con tus tormentos? —dijo al tirano—. Pues quiero que entiendas que estos suplicios que tan horribles te parecen, para mí son regalos y suavísimos deleites. Has de saber también que siempre he deseado comer de esta mesa y hartarme de estos manjares.

Díjole el emperador que no confiase en los tesoros que tenía escondidos, porque no le podían librar de los tormentos que le estaban preparados. Respondióle Lorenzo con mucho sosiego y alegría de su alma

—En los tesoros del cielo confío yo. Son ellos la misericordia y piedad divina con que el Señor me ha de favorecer para que mi alma quede libre, mientras el cuerpo sienta los tormentos.

Mandó Valeriano que le azotasen crudamente con varas, que le colgasen en el aire y le quemasen los costados con planchas de hierro encendidas. El santo diácono, al par que se reía del tirano, diciéndole que no sentía sus tormentos, daba gracias al Señor, y decía:

—¡Oh Jesús, amor mío!, apiádate de tu siervo, porque siendo acusa-

do no te negué, y siendo preguntado te confesé en medio de los tormentos.

—Tú eres mago —le gritó el tirano—, y por arte mágica te burlas de los suplicios, pero yo te juro por los dioses inmortales que has de padecer tantas y tan graves penas, como ningún hombre hasta hoy las padeció.

—Con la gracia de mi Señor Jesucristo, nada temo. Los tormentos se han de acabar. Toma, pues, las cosas con calma; vete combinando a gusto las torturas y hazme padecer cuanto se te antoje.

Enojóse aún más el tirano, y mandó azotarle de nuevo con plomadas. Lo hicieron los verdugos tan atrozmente, que Lorenzo creyó morir, alzó los ojos al cielo y pidió al Señor que fuese servido de recibir su alma. Mas una voz que oyeron los presentes, díjole que aún le quedaba mucho por padecer. Alegró a Lorenzo la confianza que el Cielo depositaba en él.

—Varones romanos —gritó entonces el tirano—, ¿no veis cómo los demonios amparan a este sacrílego que ni teme a los dioses, ni a vuestros príncipes, ni tan atroces tormentos ?

Mandó que le extendiesen en el ecúleo, semejante a un caballete con ruedas en los extremos, para estirar y desconyuntar al mártir. Lorenzo, con rostro alegre, daba gracias al Señor y decía:

—Bendito seas, Dios mío y Padre de mi Señor Jesucristo, que usas de tanta misericordia con quien tan poco la merece. Conjúrote, Señor, por tu sola bondad, que me des tu gracia, para que todos los circunstantes conozcan que no desamparas a tus siervos en el tiempo de la tribulación.

El emperador creyó sin duda que los atrocísimos dolores de aquella prueba quebrantarían la constancia del santo mártir, y así mandó que lo apartasen ya de su presencia. Vino entonces un ángel del cielo que esforzó a Lorenzo, le dio alivio en aquel suplicio, y con una esponja le limpió el sudor del rostro y las llagas de su cuerpo. Un soldado que allí estaba, llamado Román, vio también al ángel que limpiaba las llagas del santo mártir. Ya antes había sido testigo de la heroica constancia de Lorenzo, con lo que se movió a conversión, y alumbrado ahora con luz celestial, hízose cristiano. Bautizóle el mismo San Lorenzo y fue mártir el día 9 de agosto.

EL TORMENTO DE LAS PARRILLAS

Al caer la tarde, mandó el emperador que de nuevo compareciese Lorenzo. El inicuo juez preguntóle de qué linaje era.

—En cuanto al linaje —respondió Lorenzo—, soy español, criado en Roma desde pequeño, bautizado y enseñado en la fe cristiana.

—¿Cómo —le dijo el juez— te atreves a llamar divina a una ley que te enseña a burlarte de los dioses?

—No me cansaré de repetir que hay un Dios, sólo uno —respondió Lorenzo—; y en el nombre de mi Señor Jesucristo, mantendré esta verdad, a despecho de todos los suplicios.

Amenazóle el tirano con atormentarle durante toda aquella noche.

—Si así es —le respondió el mártir—, esta noche será clara y llena de alegría para mí, y no tendrá oscuridad alguna.

El emperador no pudo ya contener su enojo, y mandó traer una cama de hierro a manera de parrillas, tan grandes que pudiesen sustentar el cuerpo del Santo, y debajo poner brasas para que poco a poco se fuese quemando. Con gran presteza y solicitud prepararon los verdugos tan dura cama, desnudaron al Santo y le tendieron sobre las parrillas. El tirano le apostrofaba, los verdugos atizaban el fuego y traspasaban el cuerpo del mártir con agudas horquillas de hierro; los circunstantes miraban el espectáculo atónicos y pasmados.

Permitió el Señor que su siervo Lorenzo, que tenía ya el cuerpo molido y magullado, padeciese este nuevo tormento del fuego sin menoscabo de la tranquilidad de su alma.

—Recibid, Señor —decía—, mi sacrificio en olor de suavidad.

Volvió los ojos al tirano y díjole:

—Entiende que este fuego es para mí suavísimo refrigerio y regalo; todo su ardor lo guarda para quemarte a ti eternamente, sin consumirte jamás.

Valeriano estaba turbado en extremo. La saña y enojo le ofuscaron el juicio, y así no reflexionó como hubiera debido hacerlo al ver la heroica constancia de aquel valeroso e invencible soldado de Cristo.

—Mira, Valeriano —le dijo el santo mártir, con un soplo de voz que aún parecía recia—, ¿no ves que está ya asada una parte de mi cuerpo? Manda que me vuelvan para que se ase la otra y puedes tú comer de mis carnes sazonadas.

Volviéronle los verdugos, y, pasados unos instantes, dijo Lorenzo.

—Ya estoy asado, ahora puedes comer.

Los cristianos recién bautizados que se hallaban presentes, vieron el rostro del mártir cercado de extraordinario resplandor, y sintieron que exhalaba su cuerpo suavísima fragancia. Finalmente, llegado el plazo que el Señor había determinado para coronarle, volvió Lorenzo a alabar a Dios, diciéndole:

—Gracias te doy, Señor mío y Dios mío, por haberme dado poder entrar en el reino de tu bienaventuranza eterna.

Diciendo esto, expiró. Era el día 10 de agosto del año 258.

No cabe describir la confusión y bochorno que hubo de sufrir Valeriano ante la humillante derrota que acababa de infligirle el fortísimo con-

fesor de la fe. Aquella serenidad e indomable constancia, habían sido para su orgullo castigo mucho más violento que el soportado por su víctima.

RELIQUIAS Y CULTO

Hipólito y el presbítero Justino cogieron secretamente el cuerpo del santo mártir y lo enterraron extramuros de la ciudad, en una heredad de Ciríaca, aquella viuda a la que Lorenzo había sanado. El emperador Constantino edificó sobre el sepulcro un suntuoso templo, que está en el Campo Verano —cementerio de Roma—, y es una de las cinco iglesias patriarcales y de las siete principales «estaciones» de la ciudad.

También el papa San Dámaso le edificó un templo llamado San Lorenzo *in Dámaso,* actualmente en el palacio de la Cancillería apostólica. Muchas otras iglesias de Roma son de su advocación.

La famosa capilla que encierra tantas reliquias y se halla en la parte alta de la *Scala sancta,* llamada hoy día *Sancta Sanctorum,* era en otros tiempos el oratorio de San Lorenzo que servía a los Papas.

La emperatriz Santa Pulqueria, en el siglo V, edificó en Constantinopla un suntuoso templo a San Lorenzo, y el emperador Justiniano lo adornó después con magnificencia extraordinaria.

El católico rey de España don Felipe II, edificó el célebre monasterio de San Lorenzo de El Escorial, distante pocas leguas de Madrid. Es un edificio suntuosísimo, digno de la grandeza y piedad de tan cristiano príncipe y tiene forma de parrillas. En los principios tuviéronle a su cargo los Jerónimos, ahora guárdanlo los Padres Agustinos.

Exornada está la literatura cristiana con muchas y bellísimas páginas que en prosa y verso ensalzan al sin par valeroso y fortísimo caballero de Cristo y esforzado mártir. De él escribieron insignes doctores y lumbreras de la Iglesia, como San Agustín, San Ambrosio, San Pedro Crisólogo, San Máximo de Turín, San Fulgencio y el poeta cesaraugustano Aurelio Prudencio, ilustre cantor del glorioso triunfo de los mártires hispanos.

SANTORAL

Santos **Lorenzo, diácono y mártir;** *Blaan, obispo; Diosdado, labrador;* Aredio, arzobispo de Lyón; Malco, obispo de Irlanda; Donoaldo y Arnulfo, mártires en Francia, Jaime, Juan y Abrahán, mártires en Etiopía. Beato Amadeo Gómez, fundador de los Amadeístas. Santas *Filomena, virgen y mártir;* Basa, Paula y Agatónica, vírgenes, mártires en Cartago; Rustícola, abadesa en Arlés.


Causa e instrumento del martirio de la castísima virgen

DÍA 11 DE AGOSTO

SANTA SUSANA

VIRGEN Y MÁRTIR EN ROMA (280?-295)

PRESÉNTASE Santa Susana como maravilloso dechado de vírgenes, como una de las mujeres fuertes y valerosas que menospreciaron el mundo y sus placeres engañosos para darse de todo en todo únicamente al amor y servicio de Nuestro Señor Jesucristo. A juzgar por la pintura que de ella hacen antiguos relatos, cuyos autores no pretendieron la precisión histórica, sino sólo dejarnos edificante ejemplo de vida, Susana fue, como significa su nombre hebreo: «flor de azucena».

Era Susana hija de San Gabino y sobrina del papa San Cayo, ambos deudos muy cercanos del mismo emperador Diocleciano. Después de nacida Susana, enviudó su padre y abrazó el estado eclesiástico; y a poco, fue promovido a las santas funciones del sacerdocio cristiano. Con sumo cuidado y diligencia educó Gabino a su hija en el amor y temor de Dios. Susana, dotada de singular ingenio, se mostró desde pequeñita muy formal y laboriosa; dio de mano a los pasatiempos mundanos y frívolas lecturas, y se afanó en estudiar la Sagrada Escritura y los Santos Padres.

Gustábale sobremanera leer el relato de las luchas y triunfos de los mártires que padecieron valerosamente los tormentos y la muerte antes que renunciar al amor de Jesucristo. ¡Cuántas veces bajaría la santa don-

cella a orar en las catacumbas, ante los sepulcros de los mártires, en compañía de otros futuros mártires! Levantábase entonces su corazón muy por encima de lo terreno y de los deleites de esta vida, para aficionarla solamente a las cosas del cielo y de la eternidad. ¡Qué hermoso comentario de los Sagrados Libros eran aquellos ejemplos de valor de los mártires! ¡Qué elocuentes lecciones para Susana! Es de imaginar con cuánta atención oiría a su padre Gabino y al papa San Cayo cuando le explicaban los misterios de nuestra religión sacrosanta y las sublimes verdades de la fe que los Apóstoles y discípulos confesaron con riesgo de su vida y sellaron con su sangre.

También ella ansiaba amar al Señor con toda su alma, vivir sólo para Él, y aun morir por aquel divino Rey que por nosotros murió en la cruz. Pero conocía su flaqueza, y por eso suplicaba al Dios todopoderoso que se dignase sostenerla en sus trabajos y pruebas.

PRETENDIENTES DE SU MANO

CUANDO tenía Susana quince años de edad, determinó consagrarse definitivamente a Jesucristo y tomarle por único esposo. Postrada al pie del altar, suplicó humildemente al Rey de las vírgenes y de las almas santas, que se dignase aceptar aquella espiritual unión.

Sobrevino entretanto la muerte de Valeria, hija de Diocleciano y mujer de Galerio constituído César por Diocleciano y hecho copartícipe suyo en el imperio. Quiso entonces el emperador que otra doncella emparentada con él fuese esposa de Galerio. En opinión de todos, la más indicada para el pretendido enlace era Susana; tenía Diocleciano noticia de las bellas prendas de su joven parienta, y así puso en ella los ojos, aunque no la conociese personalmente por no ir ella nunca a palacio. También sabía que Cayo, tío de Susana, era el jefe de los cristianos. Esto no obstante, aquel emperador que había de desencadenar más adelante una violentísima persecución y derramar tanta sangre cristiana, no era por entonces (295) tan enemigo de los fieles que no prefiriese la prosperidad de su familia y el encumbramiento de sus deudos a la ruina del cristianismo. Lo cierto es que Gabino y Cayo, con ser parientes del emperador, vivían apartados de su trato y conversación, tanto por humildad cristiana, como por prudencia y horror al paganismo y a los vicios que hallaban fácil ambiente en el palacio imperial.

Cierto día mandó llamar Diocleciano a un primo suyo, por nombre Claudio, y le encargó que propusiese a Gabino el casamiento de su hija Susana con Galerio. Gozóse mucho el pagano Claudio con tan lisonjera

y honrosa embajada. Fuése a toda prisa a casa de Gabino, y le dijo
—Oye, Gabino; los augustos emperadores nuestros soberanos, me han enviado a ti con una embajada que muestra cuánto te estiman. La obediencia que les debo me obliga a cumplir esta diligencia, pero dejado esto aparte, el vivo deseo que tengo de tu felicidad, me mueve a hablarte de un proyecto sobremanera esperanzador para tu familia. ¿Qué cosa mejor puedes desear que ver estrecharse más y más los lazos de tu parentesco con el emperador y volver a su amistad? Hiciste mal en apartarte tanto del trato de los príncipes, que al cabo son tus deudos, pero de seguro que ellos te aprecian, porque el augusto Diocleciano quiere casar a tu hija Susana con Maximiano Galerio, hijo suyo adoptivo. La mayor fortuna y nobleza del imperio se os brinda a ti y a tu hija. Yo te doy de ello el parabién, y no dudo que este casamiento será de tu gusto.

No rechazó Gabino al enviado del emperador, antes le dio muy cariñosa acogida y escuchó con suma atención cuanto le decía, pero le contestó: «Dame, Claudio, unos días, y yo mismo trataré este negocio con mi hija». Entró Gabino en el aposento de Susana y díjole. «Deseo, hija mía, que vayas a entrevistarte con nuestro Santísimo Padre y Pontífice, para que la gracia del bautismo que recibiste, produzca en ti copioso fruto».

ELECCIÓN DE SANTA SUSANA

CORRIÓ Gabino a dar noticia a Cayo del deseo de Diocleciano, y de ello hablaron los dos hermanos con mucho detenimiento.
—¿Qué hacemos? —preguntábanse llenos de zozobra—. Galerio no es, al cabo, sino un soldado advenedizo, y además enemigo acérrimo de los cristianos, pagano supersticioso, sanguinario y brutal. ¡Menguado esposo para una casta doncella cristiana que sólo aspira a la unión espiritual y virginal de su alma con Jesucristo! Por otra parte, rechazar la pretensión de Diocleciano, ¿no sería dejar escapar la ocasión, quizá única, de amansar el implacable enojo de ambos príncipes que usaban arbitrariamente de su poder y autoridad? De cierto que traería además lamentables consecuencias: sentencia de muerte contra Susana, su padre, su tío y consejeros, y quizás un decreto de persecución contra los cristianos. En semejantes circunstancias, ¿no podía por ventura el Papa otorgar a la virgen cristiana las dispensas necesarias para casarse con el hijo adoptivo del emperador?

Cayo y Gabino no quisieron determinar cosa alguna, antes de conocer el parecer de Susana; prefirieron dejar en manos de la doncella su propia suerte, dándole libertad para escoger lo que el Divino Espíritu le inspirase. Volviéronse juntos a casa de Gabino y llamaron a Susana.

—Querida hija —le dijeron, Claudio ha venido a decirnos que el emperador quiere casarte con su hijo adoptivo, Maximiano Galerio...

Asustóse Susana con tan inesperada noticia, pero pasados unos instantes, respondió a su padre con tanta humildad como resolución:

—¿En qué ha venido a parar tu prudencia, padre mío? ¿Acaso no sabes que soy cristiana? ¿No me enseñaste tú mismo los artículos de nuestra santa fe? ¿Cómo, pues, diste oído a semejante propuesta? ¿Casarme yo con ese cruel pagano de quien tú mismo no quisiste pasar como pariente para ser fiel a la fe de Jesucristo? No, de ninguna manera puedo yo hacer eso. ¡Gloria y alabanza al Dios todopoderoso que se dignó admitirme a la compañía de sus Santos! ¡Con su gracia menospreciaré yo a ese hombre, y me valdrá el honor de padecer el martirio por Cristo!

—Hija mía —le dijo Gabino, conmovido—, persevera en tu fe; y quiera Dios que tu fidelidad nos depare a nosotros también de poderle ofrecer juntos contigo el mérito de nuestro sacrificio.

—Dios ve el fondo de mi corazón —repuso Susana— y sabe cuánto deseo permanecerle fiel hasta la muerte. Tú, padre mío, me enseñaste desde niña a entregar mi corazón a Jesucristo y a guardar pureza virginal. A Él consagraré alma, vida y corazón, quiero conservarlos limpios de toda mancha. Nunca jamás tendré otro esposo que Aquel a quien me entregué.

—Ea, Susana —díjole el santo Pontífice Cayo—, pues que te entregaste por siempre a Jesucristo, quédate con Él y guarda sus mandamientos. Ten confianza y paz; el ángel del Señor guardará puro tu corazón.

CONVERSIÓN DE CLAUDIO

Pasados tres días, volvió Claudio a casa de Gabino, donde halló asimismo al pontífice Cayo. Renovó la petición en presencia de ambos hermanos y manifestóles al mismo tiempo cuán feliz se sentía de ser mensajero de embajada tan esperanzadora para toda la familia.

—No te ciegue el deseo de grandezas, Claudio —díjole Gabino—; procedamos en este negocio con sabiduría y prudencia, no sea que después tengamos que arrepentirnos. Menester es que Susana nos dé parecer.

Llamó Gabino a su hija. Al verla Claudio, acercósele para darle ósculo de paz, la santa doncella le detuvo adelantando la mano:

—No manches mis labios con un beso de tu boca —le dijo—. Los tengo consagrados a mi único Rey y Señor, Cristo Jesús; por eso no he tolerado nunca que tocase mi boca nada que fuese inmundo.

Extrañó Claudio estas palabras, y quiso disculparse: creía poder mostrarse familiar con Susana, por ser pariente muy cercano de ella.



MACEDONIO, *hombre sacrílego y cruel, va a casa de Santa Susana con orden de hacerla adorar a los dioses o de matarla. Pónele delante un ídolo de Júpiter, mas haciendo oración la santa doncella desaparece al punto el ídolo, que es luego encontrado en la vía pública lejos de la casa.*

—¿A qué manchas te refieres? —añadió—. ¿Qué culpas me reprochas? Muéstramelas, y dime cómo podré borrarlas.

—Tus labios están mancillados por los sacrificios de los ídolos —le respondió Susana—. Ese culto me horroriza, porque sé que Dios lo abomina. Si quieres quedar limpio, duélete de tus pecados y recibe el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—A vos toca instruirme y limpiarme —dijo Claudio al Pontífice—, de ser cierto que un hombre sea más puro creyendo en Jesucristo que adorando a los dioses. Hasta ahora ofrecí sacrificios a las mismas divinidades que adoran los emperadores, porque creí cumplir un deber.

—Claudio, hermano mío, escúchame —le dijo San Cayo—. Viniste a nosotros para tratar de negocios terrenos, pero Dios te trajo para que redimas tu alma; las súplicas de Susana te alcanzaron esta gracia. Así hallará nuestra familia la verdadera salvación. Créeme, Claudio, no hay maldad más horrenda que la idolatría; ¡cuánto se envilece quien ahora a las criaturas y a los demonios, y se olvida del Señor, Criador y Dios suyo! Este señor nos amó tanto, que se dignó bajar a la tierra, nacer, humillarse, padecer y morir por nosotros, luego resucitó glorioso y subió a los cielos adonde nos espera para que vivamos con Él eternamente.

—Me admira esta doctrina —dijo el pagano—, cumpliré cuanto vos queráis; pero mandad que alguien lleve pronto la respuesta al emperador.

—Hermano mío —repuso Cayo—, sigue primeramente mis consejos, el Señor, a quien juntos rogaremos, dispondrá las cosas con sabiduría para nuestro provecho. Injustamente derramaste la sangre de los Santos; menester es que te arrepientas de ello; con eso te administraré el bautismo.

—¿Lavará de veras el bautismo todos mis pecados?

—Sí, hermano mío, todos; pero es necesario que tu fe sea sincera.

Manifestó Claudio tan buena voluntad, que San Cayo le admitió en el número de los catecúmenos. Vuelto a su casa, contó a su mujer Prepedigna lo sucedido. Ella también se sintió movida de la gracia y manifestó deseos de conocer la religión cristiana. Con ese intento pasó a casa de Susana, que la recibió con mucho cariño y bondad. Tras ella fue Claudio con sus dos hijos, Alejandro y Cucias, y así toda la familia se convirtió a la fe de Cristo y recibió el bautismo de manos de San Cayo, quien inmediatamente después les administró la Confirmación y la Eucaristía.

Claudio y su familia llevaron de allí adelante vida muy cristiana y santa. Comenzaron a dar grandes limosnas a los pobres, y Claudio fue durante la noche a los que estaban encarcelados y padecían por Cristo, echóse a sus pies y les suplicó humildemente que le alcanzasen la remisión de sus pecados, y le perdonasen de haberlos perseguido. Logró la libertad de muchos y proveyó liberalmente a todas sus necesidades.

CONVERSIÓN DE MÁXIMO.—MARTIRIO DE SUSANA

PASÓ más de un mes, y Claudio no volvía a palacio. «¿Qué ha sido de él», preguntó Diocleciano muy extrañado. Respondiéronle que había caído enfermo. Sosegóse el emperador con la noticia, y como quería mucho a Claudio, mandó al hermano menor de éste, llamado Máximo, el cual era criado principal de palacio, que fuese a visitarle de su parte. Máximo halló a su hermano mayor orando de rodillas en su aposento, vestido de cilicio y anegado en llanto.

—Has enflaquecido mucho, hermano mío —exclamó—. ¿Estás acaso de luto? ¿Qué te pasa?

—Hago penitencia por mis pecados —respondió Claudio—, estoy pagando la injusticia grande que cometí al perseguir a inocentes cristianos.

—Pero ¿qué dices, Claudio? En vez de cumplir el encargo del emperador, estás perdiendo el tiempo en bagatelas.

Con viveza y fervor de neófito le refirió Claudio cómo había llegado a conocer la verdad, díjole cuánto le habían maravillado la sabiduría y las virtudes de Susana, y finalmente le invitó a que le acompañase a casa de Gabino. Aceptó Máximo la propuesta, porque ya con las palabras de Claudio se había conmovido su alma y estaba como conturbado y vacilante. Acogiólos Gabino con bondad, y habiéndolos saludado, exclamó

—Señor, Dios nuestro, Tú que vuelves a juntar a los que andaban dispersos, bendice a cuantos ahora has congregado, y derrama tu luz en el alma de tus siervos, pues Tú eres lumbre verdadera y eterna.

Pidióle Máximo que llamase a Susana, y Gabino la mandó entrar. Al llegar a la habitación, dijo la santa doncella a su padre

—Bendícenos, padre mío.

Alzó el sacerdote su mano, y bendijo a los presentes diciendo:

—Sea con nosotros la paz de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con Dios Padre todopoderoso por los siglos de los siglos.

Fueron enseguida en busca del santo pontífice Cayo, y mientras éste conferenciaba con Máximo para prepararlo a aceptar los dogmas de la fe cristiana, apartóse la Santa, y estando en pie, oraba fervorosamente. Oyó el Señor las súplicas de Susana. Máximo abrió de par en par las puertas de su alma a la verdadera fe, echóse a los pies de San Cayo, que acabó de instruirle y le bautizó. Y a ejemplo de su hermano Claudio, repartió su hacienda a los pobres, y dióse a cumplir vida de perfecto cristiano.

Un criado de Máximo, hombre malvado y adulador, dio al emperador la noticia de la conversión y de las limosnas de ambos hermanos. Embravecióse sobremanera Diocleciano y mandólos prender a todos, excepto al

papa San Cayo. Condenó al destierro a Claudio, a su mujer y dos hijos y a Máximo; pero mandó secretamente al oficial encargado de sacarlos de Roma que los quemaran vivos en el puerto de Ostia y echasen al mar sus cenizas. Mientras se llevaba a efecto tan cruel sentencia, Gabino y Susana fueron encarcelados. Cincuenta días después, sacaron de la cárcel a Susana y la llevaron a palacio· «Señor Dios mío —repetía la Santa en el camino—, no abandones a tu sierva, pues ha depositado en Ti su confianza».

Mandó Diocleciano a la emperatriz, Prisca, su esposa, que persuadiese a Susana de tomar por marido a Galerio. Por eso la llevaron a palacio y no a los tribunales. La emperatriz acogió a la virgen cristiana con cariñoso respeto. Admiróse de ello Susana, y al inclinarse para saludar a Prisca, la princesa la levantó, y abrazándola, le dijo: «Procura, hija, dar siempre gozo y contento a Cristo, único Señor a quien debemos obediencia absoluta».

Era la emperatriz secretamente cristiana. Inefable consuelo llenó el corazón de Susana al oír el saludo de la princesa. Desde entonces, las dos cristianas se ocupaban de día y de noche en oración, y platicaban de las verdades de nuestra fe y de la celestial bienaventuranza.

Supo Diocleciano que Susana persistía en no querer casarse. Mandó entonces que se volviese a casa de su padre, y dio licencia a Galerio para que fuese tras ella y viese de rendirla por fuerza a sus planes.

Fue Galerio a casa de Susana con este intento, pero al entrar en la habitación donde oraba la Santa, vio que un ángel rodeado de grande claridad y resplandor estaba de pie junto a ella en ademán de guardarla. Con esta inesperada novedad, volvióse atrás muy corrido y asustado. Dio parte de ello a Diocleciano, el cual atribuyó todo a arte de hechicería. A toda costa quería acabar con aquel negocio, pero entendió que para triunfar de la casta doncella, era menester arrebatarle la fe cristiana.

Para ver de conseguirlo, mandó a un ministro suyo llamado Macedonio, hombre sacrílego y cruel, que fuese a casa de Susana y la obligase por la fuerza a sacrificar a los dioses. Tomó Macedonio un idolillo de Júpiter y un trípode, y pasó a casa de Susana. La santa doncella, al ver el ídolo, apartó de él su rostro y, arrodillándose, pidió la ayuda de Dios.

—Señor Dios mío —dijo—, aparta de mis ojos ese escondrijo del demonio, y ven a socorrer a tu sierva.

En aquel mismo instante y como por conjuro desapareció el idolillo.

—Hechicera —gritó Macedonio—, ¿no me has robado la estatua?

—El ángel del Señor la ha apartado de mis ojos —respondió Susana.

Al poco rato llegó un criado de Macedonio, diciendo que la estatua de Júpiter se hallaba en medio de la calle, hecha añicos. Encendido en cólera el pagano, y fuera de sí de rabia y furor, arrojóse sobre la virgen

cristiana y la golpeó brutalmente destrozando a latigazos las carnes de la casta doncella. Volvió luego a dar parte de todo al emperador. El impío y cruel Diocleciano mandó finalmente degollar a la heroica virgen, pero secretamente y en su misma casa, porque temía que se indispusiesen con él los romanos si llegaban a tener noticia de la injusta y bárbara sentencia. Obedeció el verdugo, y con esta muerte dio Susana al Señor su alma virginal. Cumplióse este martirio a los 11 días de agosto del año 295.

Cuando lo supo la emperatriz, dio gracias a Dios por haberse dignado coronar para siempre a su valerosa amiga; fue de noche a casa de Susana y recogió cuanta sangre pudo con su propio velo, que guardó como precioso tesoro en una caja de plata; envolvió el sagrado cuerpo con sábanas limpias y olorosas, llenas de especies aromáticas, y le enterró en las catacumbas de San Alejandro, junto a otros muchos santos mártires.

VENERACIÓN DE LAS RELIQUIAS

MUCHAS veces celebró el pontífice Cayo el santo sacrificio en honra de Susana, en la misma casa donde había muerto la Santa. Pasada la era de las persecuciones, con advocación de esta santa mártir edificaron allí mismo un templo, al que trasladaron sus reliquias. Andando los años vino a fundarse contiguo a la iglesia un convento de monjas cistercienses. Adornaron y ensancharon aquel venerado templo los papas Juan VI, Adriano I y San León II, y lo reedificó Clemente VII el año 1603. Está en el Quirinal y es título cardenalicio.

Los catalanes suelen invocar a Santa Susana para pedir que cese la sequía y en otras calamidades públicas.

Gabino, tras larga prisión, recibió también la corona de los mártires, la Iglesia conmemora su fiesta el 19 de febrero. El papa San Cayo terminó asimismo su pontificado con el martirio en 296. Su fiesta es el 22 de abril.

SANTORAL

Santos *Alejandro el Carbonero, obispo y mártir; Tiburcio, y su padre, Cromacio, mártires;* Taurino, consagrado obispo de Evreux por San Dionisio; Gaugerico, obispo de Cambray y Arrás; Rufino, obispo de los marsos, y compañeros, mártires; Equicio, abad. Beatos Pedro Fabro, jesuíta, compañero de San Ignacio; Pedro y Juan Becchetti de Fabriano, agustinos. Santas **Susana, virgen y mártir;** Agilberta, virgen y abadesa; Atracta, virgen irlandesa.



Convento de San Damián — Sepulcro de Santa Clara

DÍA 12 DE AGOSTO

SANTA CLARA

VIRGEN, FUNDADORA DE LAS CLARISAS (1194-1253)

En una graciosa colina del hermoso valle de Espoleto, álzase la ciudad de Asís, ilustre por sus artistas, pero no menos célebre y más honrada por haber sido cuna de aquellas dos estrellas fulgentísimas en el cielo de la santidad que se llaman Francisco y Clara. Tocaba a su fin el siglo XII. El mundo parecía hundirse en la más completa ruina espiritual debido a la piqueta demoledora del lujo, de las pasiones desenfrenadas y de la más descarada impiedad. Entonces envió el cielo para inyectarle vida, para vigorizarlo y sanarlo, a esos dos ángeles, a esas dos almas fuertes que le trajeron el remedio de la pobreza absoluta, de la mortificación y humildad extremadas y de la piedad y caridad seráficas.

Ya había concedido el Señor dos hijos a la noble dama Ortolana Fiumi, esposa del conde Favorino dei Scifi, cuando hizo la peregrinación a los Santos Lugares, visitó el célebre santuario de San Miguel en el monte Gárgano y se arrodilló ante la tumba de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. De vuelta a su casa de Asís, vio que iba a ser madre por tercera vez.

Hallándose en oración en una iglesia, parecióle oír una voz misteriosa que le decía: «No temas, dichosa mujer, porque de ti nacerá una brillan-

tísima luz que disipará muchas tinieblas». Ese fue el motivo de bautizar con el nombre de Clara a la niña que vio la luz el 16 de julio de 1194.

Aquella niña predestinada, aurora de divinos resplandores, apareció sonriente y dulce como presagio de la suave e infantil alegría que nunca le había de permitir mostrar ensombrecido el semblante ni humedecidos los ojos por lágrimas de tristeza. Los ríos de sus lágrimas que tenían su manantial en un corazón lacerado por los tormentos del celestial esposo, guardólos siempre para verterlos sin tasa a los pies del Señor crucificado.

Veía la pidosa Ortolana que en el alma de aquella hija de bendición había depositado el cielo gérmenes preciosos de virtud, y puso esmeradísimo cuidado en educarla, y en cultivar y desarrollar con sus lecciones y aun más con sus ejemplos, tan felices y santas disposiciones. No es de extrañar, pues, que desde sus más tiernos años sintiese Clara los atractivos de la vida retirada, de la oración fervorosa y del amor a los pobres; que despreciase al mundo y sus vanidades, y que las ansias de sufrir por su Amado la forzasen a llevar, bajo las joyantes sedas del vestido que su categoria social le imponía, el mortificante y áspero cilicio de los penitentes.

VOCACIÓN DE SANTA CLARA

Consecuencia natural de tales disposiciones era que la corriente de aquella alma desembocase en la vida religiosa, y esos deseos ardientes de Clara, que ya había cumplido los dieciséis años, no debían tardar en verse satisfechos muy a gusto de su alma.

La fama de santidad del hijo de Bernardón, el rico mercader de Asís, transformado por la gracia divina en el pobrecito Francisco el «Heraldo del gran Rey», llegó a los oídos de Clara, que, sin duda movida por divina inspiración, fue a someterle el asunto de su vocación. El alma de Francisco sintió que aquella otra alma vibraba al unísono con la suya, que aquella joven era una joya de subido valor, digna del esposo divino; y encendido en ansias de presentársela, le habló con aquellos acentos abrasados tan propios de su inflamado pecho. Las palabras del Santo prendieron en alma tan bien dispuesta, la desasieron totalmente de todo lo terreno y la determinaron irrevocablemente a encerrarse en el claustro.

Entregada por completo a la dirección de Francisco, preparóse Clara con el mayor secreto para la solemne despedida que quería dar al mundo, y siguiendo las instrucciones del Santo, ante la admiración de sus padres, conocedores de su modestia, el Domingo de Ramos de 1212, ataviada con sus mejores galas, se encaminó a la catedral para asistir a los oficios.

En la noche de aquel mismo día y a la hora convenida, salió Clara

decidida de su casa y encaminó sus pasos a la iglesia de Santa María de los Ángeles, donde ya la esperaba San Francisco con sus religiosos. En presencia de ellos cortóle Francisco sus hermosas trenzas y la revistió con el grosero y áspero sayal franciscano. Quedaba así fundada la segunda orden franciscana, llamada de las Damas Pobres, u Orden de Santa Clara.

Sin esperar a que despuntase el día, condujo Francisco a Clara a un monasterio de benedictinas, situado en el lugar que entonces se llamaba Ínsula Romana, y que hoy se conoce con el nombre de Badía.

RUDO COMBATE CON SU FAMILIA

Al notar la huída de Clara, sobresaltáronse sus padres creyendo comprometido el honor de la familia, y cuando supieron el lugar de su refugio acudieron al monasterio de San Pablo para reclamarla. Emplearon para persuadirla amenazas y promesas halagadoras, ternuras extremas y arrebatos de cólera, sin que nada lograse quebrantar la firmeza de Clara. Mostróles ésta, como argumento decisivo, su cabeza rapada, prueba de inquebrantable resolución, y logró que, vencidos y llorosos, la dejaran seguir la vocación a que Dios la llamaba. Algunos días después trasladó Francisco a Clara a otro monasterio de la misma observancia, situado en la pendiente occidental del monte Subasio llamado *Sant'Angelo di Panso.*

Apenas habían transcurrido dos semanas desde que Clara se había encerrado en el claustro, cuando su hermana Inés, que la quería entrañablemente, fue a visitarla y a comunicarle su firme resolución de seguir su ejemplo consagrándose también al servicio del Señor. Estremecióse Clara de alegría al oir tan grata nueva, elevó al cielo acciones de gracias por la singular merced de enviarle como primera compañera a su misma hermana.

Ya estaban resignados los padres de Clara por la pérdida de su hija mayor, pero cuando vieron que no volvía la segunda, que apenas contaba quince años, no quisieron consentirlo en modo alguno; y jurando salirse con su empeño, acudieron al monasterio para arrancar de él a su hija Inés. Como nada consiguieron con blandas palabras, arrojáronse sobre ella y agarrándola por los cabellos la sacaron por fuerza del convento. Pero de repente el cuerpo de aquella niña se hizo tan pesado que no les fue posible dar con ella ni un paso más. Clara, que había estado rezando por su hermana, llegó en aquel preciso momento adonde estaba su familia; acabó de apaciguarla con blandas y cariñosas palabras, y tomando consigo a Inés la introdujo en el monasterio, contentísima ésta con haberse preparado por el sufrimiento a la unión que anhelaba consumar con Jesús, el

dulce y regalado esposo de su alma. Francisco se apresuró a consagrarla al Señor para evitar que intentasen cualquier otro atropello contra ella.

También el obispo se puso abiertamente de parte de las hijas de Ortolana y cedió a Francisco la ermita de San Damián para que fuese la cuna de la Orden de las Damas Pobres. No tardaron en unirse a las dos hermanas otras jóvenes deseosas también de consagrarse al servicio de Dios.

SUPERIORA DE LA NUEVA COMUNIDAD

NECESITABA la nueva comunidad un gobierno regular y, por lo tanto una superiora legítimamente nombrada. Francisco, que conocía la virtud y las cualidades que adornaban a Clara, juzgó que aquella primera piedra de su segunda Orden era también la que Dios destinaba para fundamento de la misma, y, con aplauso de todas las religiosas, nombróla superiora, cargo que sólo aceptó por respeto a la obediencia.

Conocedora de los caminos del cielo y de la perfección religiosa, a pesar de su juventud, dirigió Clara a sus religiosas con prudencia admirable. Ilustraba las inteligencias en todo lo concerniente a las graves obligaciones de la vida monástica, mantenía la paz en el interior y precavía a sus hijas contra los enemigos de la perfección religiosa, defendíalas del mundo por la rigurosa clausura, del demonio con la oración fervorosa y continuada, y de la carne por la recepción frecuente de los santos sacramentos. Guardaban, además, estricto silencio y acendrada caridad.

Con sus exhortaciones inflamaba los corazones en amor al sufrimiento, enarbolando en alto el madero sagrado de la cruz. Sus ejemplos, más poderosos y elocuentes que sus palabras, inclinaban las voluntades con suave violencia a obrar siempre del modo más perfecto. Procuraba a sus monjas, cuantas veces le era posible, la dicha de oir la palabra de Dios de boca de San Francisco o de otros fervorosos religiosos, y ella, por su parte, ponia tal avidez y fervor en oírla, que el mismo Niño Jesús aparecía a veces a su vera para sonreírle y acariciarla con infinito amor.

Clara iba progresando incesantemente en el camino de la perfección: su fe era firme, ilimitada su esperanza, y su caridad no conocía barreras. El corazón de aquella virgen era un horno abrasador que a veces se declaraba ya en forma de ardiente globo que planeaba sobre la cabeza, ya como aureola luminosa que nimbaba su frente, o ya también a manera de alas de fuego que le cubrían la cabeza y reflejaban en su rostro el brillo deslumbrador de sus rayos, dándole el aspecto de algo extraordinario y sobrenatural.

El ansia del sufrimiento le hacía inventar y multiplicar los modos de



ESTANDO *ya para morir Santa Clara, visítala la Santísima Virgen María acompañada de un coro de vírgenes. La gloriosa Reina la conforta y la bendice; las otras vírgenes le entregan un manto vistosísimo, para que con él se presente como desposada del Hijo del Rey de la gloria.*

mortificar su inocente cuerpo, y así, fabricóse con la piel de un animal una túnica erizada de púas que laceraban sus carnes, empleaba un cilicio hecho con crines de caballos trenzadas, e hizo habitual el uso de una disciplina de finas cuerdas guarnecidas de nudos reciamente trabados.

Se alimentaba de hierbas sazonadas con ceniza, y durante la cuaresma, tomaba pan y agua, y eso, sólo tres veces por semana. El duro y desnudo suelo fue, durante mucho tiempo, su lecho ordinario; un madero sin desbastar le servía de cabezal, las fiebres, que la consumieron durante veintiocho años, forzáronla a usar una cama que acondicionó con sarmientos.

A los ruegos de sus hermanas para que mitigase semejantes austeridades, solía contestar con muy alegre oportunidad:

—Dejadme, hijas mías, que soy deudora a Dios de vuestras almas: la superiora debe amontonar un tesoro de méritos para borrar sus culpas y las de sus hijas. Si la cabeza afloja, ¿qué harán los miembros?

Los sufrimientos morales vinieron a completar el holocausto de quien tan reciamente torturaba su cuerpo. acometiéronla las sequedades, tentaciones y arideces, aunque sin lograr impacientarla, ni alterar su serenidad que, en tan difíciles trances, era un consuelo para los corazones afligidos, una fuerza para los débiles y un remedio eficaz para cualquier dolencia.

Ella, la superiora, considerábase como la última del convento y prácticamente lo demostraba, ella despertaba a las religiosas para el Oficio, las llamaba a Maitines, encendía las lámparas, y barría el monasterio con tanto esmero que la hermana encargada de ese menester estaba quejosa porque no le dejaba nada por hacer. «Mira, hermana —le decía la superiora—, esta clase de trabajos requiere un gusto especial, y yo te aseguro que he nacido para tales ocupaciones y menesteres».

Cuando las hermanas torneras regresaban de la ciudad, lavábales los pies y luego se los besaba con inmenso cariño.

La obediencia de Clara corría parejas con su humildad. Al ser nombrada superiora, le resultaba tan embarazoso el uso de su voluntad que prometió obediencia a San Francisco, al cardenal Protector y al obispo de Asís.

Pero la perla más preciosa de joya tan rica, era, sin género de duda, la virtud que da carácter y nombre a entrambas Órdenes franciscanas. la «santa pobreza». Clara la exigía de manera absoluta· vivir al día, sin fondos de reserva, sin pensiones y en perpetua clausura; y el cielo tuvo especial complacencia en recompensar con milagros aquel heroísmo de la pobreza. Ya es el pan que se multiplica en las manos de Clara para satisfacer la necesidad de sus hijas carentes de todo alimento, o la alcuza que se vuelve a llenar de rico aceite al acabar de lavarla ella misma.

SANTA CLARA Y LA EUCARISTÍA

El Sagrario, la Eucaristía, Jesús Hostia era el encanto y las delicias de Clara. La blanca paloma pasábase horas y días arrullando ante el nido de sus amores; y cuando la enfermedad la postraba, dedicábase a confeccionar con arte primoroso corporales que distribuía a las iglesias pobres. Es caso histórico muy conocido el modo milagroso cómo libró a su monasterio de las hordas mahometanas que, al servicio del impío emperador de Alemania, Federico II, devastaban los Estados Pontificios. Desparramados por todo el valle de Espoleto, los sarracenos llegaron ante el recinto del monasterio y se aprestaron a franquearlo. Aunque estaba enferma, acudió Clara a postrarse ante el Señor Sacramentado. «No entregues, Señor —imploró—, no entregues a tus enemigos las almas de quienes en Ti pusieron su confianza». «Os guardo y os guardaré siempre», le respondió desde el sagrario una voz infantil que la colmó de alegría».

Sin embargo, los bárbaros habían traspuesto ya los muros del monasterio y habían acudido con ánimo de violentar la entrada.

—Abrid las puertas de par en par —ordena la abadesa— y veamos de frente a los que se proclaman enemigos de nuestro Dios.

Y en la ventana del dormitorio que da a la puerta de entrada, aparece ella portadora de la custodia santa, trono del Dios de la Majestad, ante quien doblan la rodilla el cielo, la tierra y los infiernos. No pudieron los sarracenos resistir aquella vista y huyeron despavoridos, mientras los que todavía escalaban los muros caían aturdidos y cegados por los resplandores que de la Hostia Santa emanaban. En pocas horas quedaron el monasterio y la ciudad libres de tan terrible y peligrosísimo azote.

SANTA CLARA Y JESÚS CRUCIFICADO

El crucifijo era el objeto de las predilecciones de Clara. El Amor crucificado había ganado el suyo de tal manera que todo su anhelo era acompañarle en sus humillaciones, compartir sus dolores, «subir al árbol triunfante de su cruz y saborear el regalado fruto entre las amarguras de su muerte». Los sufrimientos de su amado Jesús ocupaban noche y día su pensamiento, traspasaban su corazón y transportaban su alma. Hallábase un Jueves Santo meditando con el mayor fervor las angustias mortales que inundaron el alma de Cristo en el huerto de Getsemaní, cuando cayó repentinamente en éxtasis que se prolongó por espacio de dos días.

hasta la tarde del Sábado Santo, en que la hermana que le servía su pobre y mezquina comida se atrevió a decirle: «Querida madre, nuestro director le han ordenado que tome todos los días algún alimento, ¿dónde está, pues, su obediencia?». A la palabra *obediencia,* se despertó Clara como de un dulce sueño y volvió a sus ocupaciones ordinarias.

Con la señal de la cruz, la santa abadesa ahuyentaba los demonios y curaba multitud de males. Soportó con heroica paciencia varias largas y dolorosas enfermedades y considerábase muy feliz en sufrir por Cristo.

TRANQUILO ATARDECER

AQUELLA virgen predilecta del cielo y modelo de tantas y tan heroicas virtudes, aquella luz de tan vívidos resplandores no podía menos de revelarse extramuros del convento. El Papa, los cardenales y dignatarios de la corte pontificia le profesaban grandísima veneración y consideraban sus palabras como oráculos del cielo. Por eso iba creciendo también su audacia santa, y el arroyuelo que nació en Asís, convertido en río majestuoso, llevaba sus ondas por la Europa entera y bañaba muchas ciudades de la cristiandad. Ilustres princesas como Inés de Bohemia, Salomé de Polonia e Isabel de Francia, hermanas de San Luis, trocaban los esplendores de la corte por el claustro y el sayal de las Damas Pobres.

Cuarenta y dos años estuvo Santa Clara en aquel convento, rigiéndole con santidad admirable; una excelente prueba de su gran virtud fue la paciencia y alegría con que soportó, durante veintiocho años, su enfermedad, en los cuales, estando algunas veces muy apretada, nunca se vio en su rostro la tristeza, ni se oyó palabra de queja y sentimiento; el Señor, que como a esposa suya la probaba, también la esforzaba y regalaba abundantemente en las mismas penas que por su amor padecía.

En 1252 no le fue ya posible abandonar el lecho; y creció tanto la enfermedad y su flaqueza, que entendió ser llegada la hora que ella tanto deseaba de ser desatada de esta cárcel para poder gozar de su dulcísimo Esposo. En sus últimos diecisiete días fue su único alimento y sostén la sagrada Comunión. El papa Inocencio IV acudió por dos veces a visitarla y le concedió la indulgencia plenaria, que ella había solicitado.

Ante sus hijas reunidas en torno a su lecho, dictó su testamento espiritual, ponderando las excelencias de la vida religiosa y recomendando vivamente la perfecta observancia de la regla y de las virtudes de humildad y pobreza. Después, con el rostro transfigurado por el amor, dijo:

—Yo, Clara, sierva inútil de Jesucristo, mezquina planta del bienaventurado San Francisco trasplantada a los deliciosos jardines de la

religión; yo, aunque indigna hermana y madre vuestra, en nombre de la santísima y adorable Trinidad, os bendigo con todo amor.

Y mientras sus hijas derramaban fuentes de lágrimas, ella serena y sonriente, entretenía y abrasaba su alma con el pensamiento de la pasión de Jesucristo. Pero he aquí que la celda se transforma en paraíso. una procesión de vírgenes con coronas de oro en las frentes entran en aquel pobre aposento, presididas por la Reina de los cielos, radiante de belleza, incomparable de dulzura y majestad, coronada con diadema de bellísimos resplandores y ataviada con un traje de sin igual hermosura. La Santísima Virgen invitaba a Clara con celestial sonrisa a irse con ella, al mismo tiempo que las otras vírgenes desplegaban, ante su ojos extáticos, el rico manto que su divino esposo le mandaba para el momento de los desposorios. Una fragancia de suavísimos aromas inundó la celda, y la visión desapareció. Clara acababa de celebrar las bodas eternales.

Al amanecer del 11 de agosto de 1253, día en que la ciudad de Asís, vestida de fiesta, debía celebrar con músicas y alegrías la de su patrono el glorioso mártir San Rufino, toda la ciudad de Asís se agolpaba en la iglesia para los funerales de Clara. El papa Inocencio IV que se hallaba presente en la ceremonia quería que se cantase la misa de las vírgenes y no el oficio de difuntos, pero a ruegos del obispo de Ostia accedió a que no se variase la costumbre.

La virgen de Asís, la predilecta hija del pobrecito Francisco y fundadora de las Damas Pobres, fue solemnemente canonizada por el papa Alejandro IV el 26 de septiembre de 1255, dos años después de su muerte. El 3 de octubre de 1260 el monasterio de San Damián se veía privado de aquel tesoro que había santificado sus muros, de aquel cuerpo de Clara que iba a enriquecer con sus milagros el nuevo monasterio erigido dentro de la ciudad de Asís, donde actualmente se venera.

SANTORAL

Santos Herculano, obispo de Brescia, y Casiano, de Benevento; *Juniano, abad; Porcario, abad, y quinientos monjes de su monasterio, mártires; Euplio, diácono y mártir;* Quiriaco, Largión, Crescenciano y compañeros, mártires; Macario y Julián, martirizados en Siria; Aniceto, conde del imperio, mártir en Nicomedia juntamente con su sobrino San Fotino; Graciliano, mártir en Faleria de Toscana. Beato Diego de Silva, franciscano, arzobispo de Braga. Santas **Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas;** Nimia y Juliana, mártires; *Hilaria, madre de Santa Afra, y su criadas Eunomia, Digna y Euprepia o Eutropia, mártires* (véase el día 5); Felicísima, virgen, martirizada en Faleria.



Clotario I — Iglesia de la Santa, en Poitiers

DÍA 13 DE AGOSTO

SANTA RADEGUNDA

REINA DE FRANCIA (520-587)

Era hija de Bertario, rey de Turingia, en Germania, en donde nació hacia el año 519 ó 520. Fue llevada a Francia, niña todavía, en circunstancias harto trágicas como consecuencia de una victoria ganada contra su tío Hermenefrido por Thierry, rey de Metz, y Clotario I, rey de Soissons, ambos hijos de Clodoveo. Al decir de algunos escritores, Bertario había muerto asesinado por su propio hermano, mas este testimonio no está conforme con las opiniones de otros historiadores, ni tampoco con los recuerdos que Radegunda conservaba de su infancia.

Lo que parece fuera de toda duda es que, cuando sucedió la derrota de Hermenefrido, tenía éste en casa a su sobrina, la cual fue hecha prisionera de los vencedores, quienes la llevaron consigo.

Clotario, que desde un principio había puesto los ojos en la joven cautiva, se la adjudicó a sí propio en el reparto del botín y le señaló residencia en el castillo de Athies, del actual obispado de Soissons, en espera de ocasión oportuna para desposarse con ella. Hanse podido obtener algunos detalles preciosos acerca de la vida de Radegunda posteriormente a su llegada a la Galia Franca, gracias a los testimonios de San Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, que fue capellán y confidente de la reina, y de la monja Baudonivia, que vivió con ella en el mismo monasterio.

DE LA CAUTIVIDAD AL TRONO

Los propósitos de Clotario de desposarse con Radegunda no podían realizarse de momento, por oponerse a ello obstáculos insuperables; fue primero la edad de la joven princesa, que sólo contaba a la sazón de ocho a diez años, y más tarde, el matrimonio con su primera mujer Ingunda, lazo que no se había atrevido a romper públicamente no obstante sus pocos escrúpulos y los ejemplos de lamentables desórdenes que daba cada día con escándalo de todo su pueblo.

En nada se parecía Athies, residencia de Radegunda, a la corte de Soissons en donde Clotario hacía alarde de sus escándalos. Aquélla era, por el contrario, asilo de dulce paz que proporcionaba a la joven princesa cuantos recursos morales, religiosos e intelectuales podían deleitar a un alma pura e inocente como la suya. Sin sospecharlo siquiera, preparábase Radegunda de este modo para las luchas que más tarde había de sostener y ejercitaba las virtudes de que tendría que dar ejemplo en las diversas situaciones que la Providencia le depararía no mucho tiempo después.

En un principio, niña aún, repartía el tiempo entre el estudio, la práctica de las virtudes cristianas compatibles con sus pocos años y las distracciones propias de su edad. Algo más tarde, nos la muestra Fortunato dada de lleno al estudio de la Sagrada Escritura, de los Padres de la Iglesia y demás autores eclesiásticos y a la lectura de Vidas de Santos.

Radegunda, que no ignoraba los proyectos que Clotario tenía sobre ella, sabía también los vergonzosos desórdenes de que era teatro la corte de Soissons. Su alma pura y delicada se espantaba a la vista de los peligros que sobre su porvenir se cernían, y para escapar de ellos en cuanto estaba de su parte había resuelto consagrar a Jesucristo su virginidad. Llegó el fatal momento en que iba a conocerse la voluntad del rey, cuya legítima esposa Ingunda había muerto dos años antes, en el 538. Clotario mandó que fuese llevada Radegunda a la corte, en donde todo estaba ya dispuesto para la celebración de las bodas. Obedeciendo ella a un sentimiento de temor, y no siéndole posible dominar el disgusto que le causaba la vista del vencedor y verdugo de su patria y quizá verdugo de su padre, quiso la princesa valerse del silencio de la noche para huir, pero denunciada y descubierta por los mismos confidentes de su fuga, fue pronto alcanzada y llevada a la presencia de Clotario, a cuya solicitud ya no le fue posible resistir. Efectuóse, pues, el matrimonio que establecía a Radegunda por reina de los francos.

Desde ese momento ya no vio sino la voluntad de Dios en su nuevo estado, cuyas obligaciones quiso cumplir fielmente por deber de conciencia. Es natural, sin embargo, que sintiera cierta repugnancia en caminar por la via dolorosa en que estaba comprometida con un esposo cuyo espíritu, a pesar del bautismo, era bárbaro todavía. Añádanse a esta impresión los recuerdos de un pasado para ella imborrable, y se comprenderá que mirase la vida como un calvario de áspera ascensión, y su carga cual pesada cruz. Mas como era profundamente cristiana y heroica, buscaba consuelo para sus penas íntimas en los ejercicios de devoción y de caridad.

Los rigores de su penitencia, que contrastaban con los desórdenes de su esposo, exasperaban a éste en forma tal que le hacían prorrumpir en reproches y amargas quejas por haberse desposado, decía el bárbaro, con una monja y no con una reina. Lo cual no impedía que Clotario estimara y respetara a la reina de los francos, cuya virtud, al fin, le subyugaba, y no era raro que, después de haberse desfogado contra ella con intemperancias de lenguaje, le demostrara su pesar y procurara reparar la falta colmándola de agasajos, extremos propios de su carácter violento.

En una palabra, mientras vivió Radegunda en la corte, puso por obra cuantos medios le fueron posibles para llevar de frente sus deberes de reina y esposa cristiana, sin haber dado nunca el más mínimo motivo de queja. Un acontecimiento doloroso iba a decidir su alejamiento definitivo del mundo y su consagración a Dios.

SE CONSAGRA A DIOS

Entre los prisioneros que Clotario llevara de Turingia a Soissons, encontrábase un hermano de la joven princesa. La presencia de este hermano era para ella uno de los consuelos más dulces en su destierro. A pesar de los deseos apenas velados que tenía el cautivo de huir de su encierro y escapar del vencedor, consentía en permanecer junto a su hermana y dejaba para más tarde la realización de su acariciado proyecto de fuga. Tuvo acaso el rey sospecha de esos propósitos y, para acabar de una vez con semejantes tentativas, mandó quitar la vida al prisionero. Quedó roto el último lazo que pudiera retener a Radegunda en la corte.

En efecto, a consecuencia de ese acto de crueldad, creyóse la reina autorizada para separarse definitivamente de su indigno esposo. Explícitamente se lo manifestó a Clotario, de quien solicitó licencia para alejarse de la corte y consagrarse por entero a Dios. Quizá para reparar en parte su crimen, aceptó el rey la proposición y aun recomendó a Radegunda al obispo de Noyons, San Medardo, para que la ayudase en su propósito.

Aunque no se trataba con esto de pronunciar una sentencia de divorcio que la ley divina declara imposible entre cristianos, resistíase el santo pontífice a sancionar esta separación canónica; pero la reina se metió intrépidamente en la sacristía de la iglesia donde se hallaba, cortóse el cabello, echóse a sí misma el velo y de esta guisa se presentó luego al santo prelado, que estaba delante del altar, y suplicóle con lágrimas en los ojos que no le dilatara el consuelo de consagrala al servicio de Jesucristo. Prendado el Santo de aquella resolución consintió por fin en imponer sobre ella las manos y consagrar de este modo su renuncia al mundo.

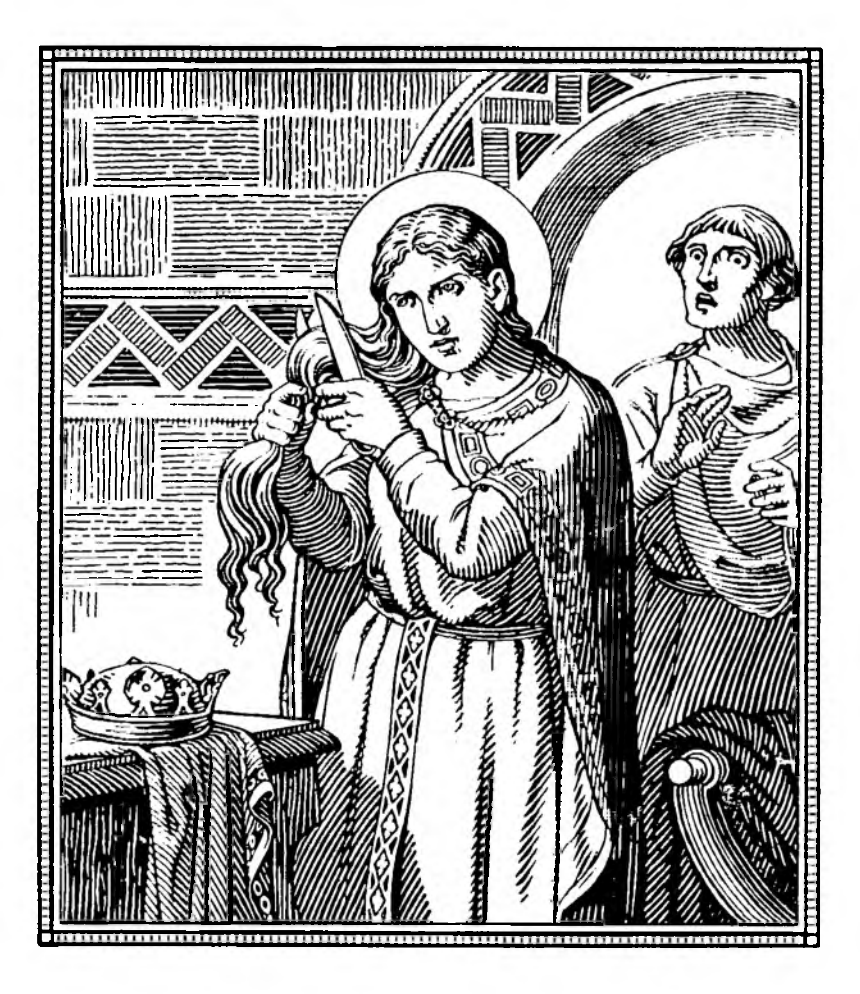
SU RETIRO EN SAIX

Esta renuncia no significaba todavía, propiamente hablando, el ingreso en la vida religiosa. Al contraer matrimonio, Clotario había dotado a su esposa con diversas propiedades, entre ellas, Saix, que Radegunda escogió para su retiro, luego de despojarse del fausto de sus vestiduras reales en beneficio de las iglesias y de los pobres, conforme al consejo de Jesucristo. De camino para Saix visitó sucesivamente los santuarios más venerados de la región: Orleáns, Tours y el sepulcro de San Martín.

Más tarde encontramos a la santa reina en Candes, luego en Chinán, residencia de un piadoso ermitaño de Bretaña, de nombre Juan, que será para Radegunda auxiliar valioso y prudente guía espiritual y, finalmente, en Saix. En esas diversas etapas practicó toda suerte de obras de caridad, eligiendo con preferencia las más trabajosas y repugnantes a la naturaleza. Su método de vida y sus austeridades recuerdan los de los antiguos monjes del desierto: pan de centeno o cebada y algunas legumbres o raíces eran su único alimento y el agua clara su sola bebida. Servíale de lecho un áspero cilicio recubierto de ceniza, una cadena de hierro le ceñía muy estrechamente la carne. Tales penitencias y mortificaciones eran realzadas por una humildad tan profunda que únicamente traslucía al exterior lo que no podía en modo alguno tener velado. Una de sus ocupaciones favoritas era la de hacer los panes que debían servir para el santo sacrificio del altar.

Un episodio que iba a turbar por algún tiempo la santa paz de que disfrutaba en aquel retiro, le hizo redoblar sus penitencias y oraciones hasta que Dios, apiadado, oyó sus ardientes ruegos e hizo disipar la tormenta que la amenazaba en aquella dulcísima soledad.

Clotario, que en medio de sus desvaríos conservaba sincero afecto a su santa esposa, e incluso, tal vez verdadero amor, no tardó mucho en lamentar la separación. Pensó, pues, en volverla a llamar, o mejor dicho,



SANTA *Radegunda declaró al obispo San Medardo su propósito de hacerse religiosa; mas, como se resistiese el Santo a acceder a sus ruegos, entróse la reina en la sacristía y se cortó por sí misma el cabello, para que nadie pudiera ya oponerse a su determinación, echóse el velo, y de esta guisa presentóse al santo obispo para que la consagrara.*

llevarla nuevamente a la corte, y tal vez dejó traslucir su propósito, por cuanto el rumor del proyecto del rey llegó a oídos de Radegunda, quien, como es fácil concebir, se alarmó sobremanera. Para conjurar tamaño peligro apresuróse a mandar un mensaje al ermitaño Juan, suplicándole intercediera ante Dios para desviar la amenaza que sobre ella se cernía. Alentóla el piadoso varón asegurándole que aunque efectivamente eran esos los propósitos del monarca, no llegaría a ponerlos por obra, pues Dios no se lo había de consentir. A pesar de todo, ante la posibilidad de que se renovasen las tentativas del rey, creyó Radegunda que era lo más prudente levantar entre ambos esposos una barrera infranqueable, como así lo hizo yendo a Poitiers con el propósito de fundar un monasterio y encerrarse en él para siempre. Confiaba en que el Señor la acompañaría en tal propósito.

EN POITIERS

El recuerdo de San Hilario y la presencia de su venerado sepulcro movieron a Radegunda a elegir a Poitiers por lugar de su retiro, y aprovechando de las buenas disposiciones que entonces veía en Clotario solicitó de éste el solar y los necesarios recursos para la construcción del monasterio. El rey poseía en aquella ciudad diversas quintas y algunos terrenos; así es que no puso reparo alguno en acceder a la petición de la reina; más aún, hizo cuanto estuvo de su parte para que la obra se realizase con premura. Rápidamente se levantaron, pues, los muros del nuevo monasterio, que, puesto bajo la advocación y amparo de la Santísima Virgen, había de servir a modo de atalaya, salvaguardia y defensa de la ciudad. Podía gozarse en su tranquilidad la santa reina.

Para mejor asegurar la perpetuidad del convenio, añadiéronsele dos fundaciones: una casa para los sacerdotes que atendieran al servicio religioso del monasterio y a las confesiones de las monjas, y un cementerio para sepultura de éstas. Como quiera que las leyes romanas, todavía vigentes en aquella época, no autorizaban la inhumación en el recinto de las ciudades, erigióse entre las murallas y el río Clain una iglesia a la que atendían los capellanes del monasterio, circundábala el cementerio de las religiosas, y así quedaba como a las puertas del monasterio.

Terminadas las construcciones en 552, la piadosa princesa tomó posesión de su nueva morada en la que entró a pie y seguida de numerosas doncellas que pertenecían a las familias más nobles del reino; no menos de doscientas contábanse al morir la fundadora. Asistió a la bendición e inauguración solemne una inmensa muchedumbre atraída por ese espectáculo, raramente visto. Cuando, terminadas las ceremonias, se cerraron

definitivamente las puertas del monasterio, Radegunda, olvidada de su carácter de reina y fundadora, no quiso admitir en adelante otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo. Hizo nombrar Superiora de la nueva comunidad a una doncella llamada Inés, que había sido dama suya, y púsose bajo su dirección, como si de una novicia se tratase.

Este nombramiento, fue ratificado por San Germán, obispo de París, llegado a Poitiers con aquella harto delicada misión. Pesaroso una vez más el rey Clotario de haber consentido en el retiro de su esposa, abrigaba el propósito de conducirla nuevamente a la corte. A este efecto, emprendió como penitente la peregrinación al sepulcro de San Martín de Tours, pero en realidad con la aviesa intención de arrancar a Radegunda de su monasterio y llevársela, de grado o por fuerza. Noticiosa de todo nuestra Santa, acudió a la oración, al ayuno y la penitencia para conseguir de Dios que mudase el ánimo de Clotario. Al mismo tiempo envió un mensaje al santo obispo de París, que acompañaba a Clotario, para suplicarle le desviase de su pensamiento sacrílego. Espantado de las consecuencias que hubiera podido acarrearle su desdichado intento, abandonó el rey el proyecto y delegó a San Germán para solicitar de la reina el perdón de su propósito y la ayuda de sus oraciones.

También los intereses temporales del monasterio reclamaban la solicitud de la fundadora, y a ellos atendió con cariño. A tal efecto, confió a San Venancio Fortunato la administración de los bienes del convento, que, merced a las liberalidades de los reyes y de los señores, habían llegado a ser considerables y necesitaban una dirección prudente.

Las altas relaciones que Radegunda había conservado en Francia, permitiéronle intervenir en diversas circunstancias cerca de los reyes y de los príncipes francos, y conseguir el cese de las discordias que entre ellos existían. Este papel de pacificadora, siempre ejercido por ella con tanta oportunidad como discreción, le mereció en la Historia el título de «Madre de la patria».

Arreglado que hubo los asuntos exteriores y tranquila ya en su retiro, no puso límites al fervor de su alma. Las penitencias a que se entregó espantaban aun a las religiosas más robustas; llevaba de continuo un cilicio armado con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino; su alimento ordinario era un poco de pan de centeno y aun de éste se privaba los días de ayuno, en los que se sustentaba sólo de raíces crudas. Por cama usaba una estera extendida sobre unas tablas y su sueño nunca pasaba de dos horas. No pareciéndole bastante el cilicio para macerar su cuerpo, se apretaba fuertemente a la cintura una cadenilla con puntas de alambre que hinchaba la carne y se metía dentro de ella tanto, que fue menester una dolorosa incisión al tener que quitársela.

DEVOCIÓN DE RADEGUNDA A LAS SANTAS RELIQUIAS

El insaciable deseo que tenía de mortificarse, crecía al par que su amor a Jesús crucificado, y no podía mirar un crucifijo sin encenderse en santos deseos de padecer cuantos tormentos padecieron los mártires. Ese mismo amor a Cristo crucificado le movió a cambiar el nombre primitivo del monasterio por el de la Santa Cruz, y le hizo concebir la noble ambición de poseer algún fragmento del sagrado madero en que se consumó nuestra redención. No había logrado Francia hasta entonces tener porción alguna de esta inestimable reliquia; Radegunda manifestó sus ansias al emperador Justino II, sucesor de Justiniano y a la emperatriz, Sofía, los cuales respondieron con magnificencia a los deseos de nuestra Santa, pues además de un trozo del leño de la verdadera Cruz le enviaron reliquias de Apóstoles y de mártires y un evangeliario adornado con muchas y ricas perlas. La recepción de la Cruz, que se verificó con toda la solemnidad y pompa de las mayores ceremonias religiosas, constituyó un acontecimiento en el seno de la fervorosísima comunidad, la cual se había dispuesto a él con ayunos, oraciones y limosnas. La insigne fundadora no cabía en sí de gozo, y deshacíase en continuas acciones de gracias por la bendición que para su monasterio suponía la posesión de tan rico tesoro. Durante las fiestas, cantóse por vez primera el himno *Vexilla regis pródeunt,* compuesto por Venancio Fortunato para aquella memorable solemnidad, y usado hoy en los oficios de Semana Santa.

Celebróse la traslación hacia el año 568, y a partir de esa fecha se conmemoró todos los años el 19 de noviembre. Desde entonces la iglesia de la Santa Cruz se convirtió en centro de peregrinaciones, en el que se obraron muchos milagros, según afirma San Gregorio Turonense.

Estas manifestaciones complacían grandemente a nuestra Santa, pero su preocupación más grave había sido siempre el buen gobierno del monasterio. Guiábase, en su maternal solicitud, por aquella sabia convicción de que el espíritu de perfección en el cuerpo, sólo se consigue por la fiel observancia de cada uno de sus miembros dentro de una órbita general, prudentemente establecida. La práctica individual y desarticulada del ritmo común, jamás podrá servir como aglutinante, es necesario vivificarla por la obediencia para que pueda servir en interés del conjunto.

Con el ansia de que en su comunidad floreciese más y más la vida religiosa, emprendió Radegunda un viaje en compañía de la abadesa Inés, para estudiar prácticamente las reglas que el arzobispo San Cesáreo había establecido en el monasterio de su hermana Santa Cesárea, en Arlés, y que, de inmediato, adoptó para su querido monasterio de la Santa Cruz.

SU MUERTE

MUCHO tiempo hacía que las grandes penitencias de nuestra Santa tenían quebrantada su salud, cuando el Señor quiso premiar vida tan pura y mortificada. Apareciósele visiblemente Jesucristo y colmándola de aquellas dulzuras inefables que son como una muestra o destello de los goces de la gloria, le dio a entender que estaba muy cercana su muerte. La piedra en que se apoyaba el divino Salvador, conservó milagrosamente la huella de su pie, y aún hoy día se venera en Poitiers en la iglesia dedicada a Santa Radegunda. Tras breve enfermedad, el día 13 de agosto de 587, entre el llanto y los sollozos de sus queridas hijas, apagóse dulcemente aquella santa vida que tanta gloria diera a Dios.

El venerando cadáver fue inhumado con gran solemnidad en la iglesia de Santa María, hoy de Santa Radegunda. Los muchos milagros que se obraron con motivo de la traslación y sobre su sepulcro, atestiguaron y propagaron muy presto la santidad de la ilustre reina de los francos.

Los preciosos despojos se conservaron en el lugar mismo en que habían sido inhumados hasta el siglo IX, pero las incursiones de los normandos habidas en esa época hicieron temer fueran profanados, por lo cual se los trasladó por algún tiempo a San Benito de Quinçay, cerca de Poitiers, de donde volvieron algo más tarde a la iglesia de Santa Radegunda. El 28 de marzo de 1412 el duque de Berry, conde de Poitiers, mandó abrir el sepulcro: a pesar de los 825 años transcurridos, yacía el santo cuerpo perfectamente incorrupto.

Las sagradas reliquias no pudieron salvarse del furor e impiedad de los hugonotes, quienes las quemaron en su basílica en el año 1562. Aún fue posible, sin embargo, recoger algunos fragmentos que, encerrados en una arca de plomo, se colocaron nuevamente en el sepulcro de la Santa.

SANTORAL

Santos *Casiano, maestro y mártir; Juan Berchmans, jesuita;* Hipólito, soldado mártir; Casiano, convertido durante el martirio de San Ponciano y después obispo de Todi, mártir; Vigberto, presbítero; Hipólito, presbítero, mártir en Roma; Máximo el Confesor; Erulfo y Ariolfo, obispos de Langres. Beato *Benildo, de las Escuelas Cristianas.* Santas **Radegunda, reina;** Centola y Elena, vírgenes, martirizadas en territorio de Burgos; Concordia, nodriza del soldado San Hipólito, y mártir el mismo día que él; Vitalina, virgen; Irene, monja de Constantinopla; Aurora, virgen.



Sepulcro milagroso — Acémila del Santo

DÍA 14 DE AGOSTO

EL BEATO SANTOS DE URBINO

HERMANO LEGO FRANCISCANO († 1390)

La vida del Beato Santos de Urbino ofrece admirables contrastes. Noble retoño de la ilustre familia de los Brancaccini, conocida más tarde con el nombre de Giuliani, morirá más tarde como humilde Hermano lego en el seno de la familia franciscana, y el hombre que en los umbrales de la vida manejó la espada para ejercer un derecho de legítima defensa, no conocerá, al final de su carrera, más armas que una pobre cruz de palo que le recuerde la Pasión del divino Redentor.

Nació en el pueblo de Monte Fabbri, diócesis de Urbino (Italia). Ilustre por su sangre, no lo fue menos por la piedad e inocencia de costumbres, a la par que por su inteligencia despejada y por los rápidos progresos que hizo en las ciencias y en las artes humanas.

Sintió especial atractivo por la carrera de las armas y se prometía brillante porvenir, cuando quiso Dios que cambiara radicalmente de idea y de género de vida, teníale destinado un lugar humanamente más humilde, pero de realidades mucho más espléndidas: la vocación religiosa. Aquel cambio repentino sobrevínole a consecuencia de un desagradable suceso que imprevistamente le ocurrió cuando contaba unos veinte años de edad.

PENITENCIA POR UN HOMICIDIO INVOLUNTARIO

Un día, por motivos y en circunstancias que la Historia desconoce, hallóse frente a frente con su padrino que, armado de espada, le amenazó de muerte. Puesto nuestro joven en trance de legítima defensa, echó rápidamente mano de su propia espada, y más ágil sin duda que su contrario, trató de reducirlo, para lo cual hirióle en la pierna. Sin embargo, a consecuencia de la herida, murió el padrino pocos días después.

En realidad, nuestro joven no era culpable, pues se había limitado a rechazar al injusto agresor, sin embargo, experimentó por ello tales remordimientos que determinó abandonar el mundo y el brillante y linsojero porvenir que la vida le ofrecía, para consagrarse enteramente al servicio del Señor, lejos de aquellos peligros que suelen acarrear las pasiones.

La Orden Franciscana le pareció la más conforme con las aspiraciones de su alma, que no eran otras que vivir vida penitente y desconocida de los hombres en la intimidad del retiro y en el trato continuo con Dios.

EL HERMANO CONVERSO

Nadie ignora que en las Órdenes religiosas, especialmente en las antiguas, hay religiosos sacerdotes dedicados a las funciones de su ministerio y otros religiosos, llamados conversos o legos, que no reciben los órdenes sagrados, y viven ocupados en los diferentes empleos y trabajos manuales propios del monasterio.

Dispuso San Francisco de Asís que entre sus religiosos no hubiera categorías, y que, por consiguiente, tanto los miembros investidos de la dignidad sacerdotal, como los simples Hermanos legos, vistieran el mismo sayal, se sentaran a la misma mesa y tuvieran igual lecho. Sin embargo, es natural que, debido a sus ocupaciones, el religioso sacerdote lleve vida más ostensible que el simple lego; y por lo mismo, puede ocurrir que las virtudes de éste permanezcan más fácilmente ignoradas o que sean menos conocidas, como consecuencia de aquella vida más retirada y humilde.

Esto era cabalmente lo que deseaba Santos; y a pesar de la nobleza de su familia y haciendo caso omiso de los estudios cursados y de los conocimientos adquiridos, pidió y obtuvo ser admitido en calidad de Hermano lego. Pensaba valerse de la humildad de aquella vida para realizar los anhelos de santidad que el Señor le infundía. Temía el peligro de lo exterior y por nada del mundo hubiera dejado la seguridad que a sus inquietudes espirituales ofrecía aquel retraimiento conventual.

ARDIENTES DESEOS DE AUSTERIDAD

Al hablar del Hermano Santos, nos dicen sus historiadores que desde los comienzos se distinguió por su santísima vida y que muy presto adelantó en perfección a los más fervorosos. Se ha dicho que ayunar a pan y agua es llevar la penitencia al último grado, pues bien, Santos fue más lejos, si cabe, ya que pasó largos años sin probar un bocado de pan, contentándose con tomar algunas legumbres y frutas en la cantidad absolutamente indispensable para conservar la existencia.

Llevado de los ardientes deseos de austeridad que llenaban su alma, suplicó a Dios que le hiciera sentir vivos dolores en su cuerpo, y en el preciso lugar en que había herido a su adversario, el recuerdo de cuya muerte no se apartaba de su memoria. Oyó el Señor el ruego de su siervo, el cual tuvo que soportar, hasta la muerte, las molestias de una dolorosísima úlcera, aparecida en el muslo, sin que, humanamente hablando, nadie pudiera explicar su origen. Cuantos medios tomaron los superiores para curarle o al menos aliviar al paciente, resultaron inútiles.

Cinco siglos han pasado desde entonces, y todavía puede observarse, en el cuerpo incorrupto del siervo de Dios, la señal de aquella llaga que fue para él señal pesadísima, pero muy gloriosa y amada cruz.

EL MAESTRO DE LOS NOVICIOS LEGOS

Generalmente, ya antes lo hemos apuntado, la vida del Hermano lego se desliza en la oscuridad y en el silencio del claustro; incluso sus virtudes parecen tener menos brillo. Sin embargo, Dios quiere a veces colocar la luz sobre el candelero a fin de que su fulgor irradie a todas partes, y fue de su divino beneplácito hacerlo así con fray Santos, cuya magnitud espiritual no podía pasar fácilmente inadvertida.

Echóse de ver desde el principio que era hombre de Dios a quien una profunda humildad ponía al abrigo de muchos peligros. Considerándole sus superiores con sólida virtud y suficiente capacidad, no quisieron reparar en la costumbre hasta allí seguida de no conferir cargos a los simples Hermanos, y le confiaron la dificíl misión de formar en la vida y costumbres religiosas a los postulantes legos en carácter de maestro.

«Así como la verdadera sencillez rehusa humildemente los cargos —dice San Francisco de Sales—, la verdadera humildad los ejerce sin jactancia». Esta sentencia del santo obispo de Ginebra tuvo exacta realidad en la persona de fray Santos. La confianza que en él habían depositado los superiores, no salió fallida, y le hubieran dejado en el

cargo mucho más tiempo si su humildad no se resistiera ante el espanto que tal responsabilidad le producía. Suplicó, pues encarecidamente a los que le habían impuesto aquella obligación, le aliviaran de ella y la depositaran en otros hombros más fuertes y robustos, ya que él quería trabajar en oficios más adecuados a su condición y a la vida de oración y silencio que, guiado por luz superior, había venido a buscar en el claustro.

UN COCINERO PRODIGIOSO

Pocos pormenores de la vida del Beato nos dan sus biógrafos, aunque nos lo muestran empleado en el humilde oficio de cocinero. Sin reparar en trabajos y fatigas, entregóse Santos de lleno a su ocupación, convencido de que «trabajar es rezar», como afirma el doctor seráfico San Buenaventura. Por lo demás, los trabajos manuales no le impedían el ejercicio de la oración, y su gran espíritu de fe le ayudaba a sobrenaturalizar todas las obras. Esta intensa vida espiritual constituía el secreto de los favores que recibía de Dios. Hubiérase dicho que el Todopoderoso había abandonado en manos del humilde Hermano su dominio sobre la naturaleza, hasta el punto de permitirle obrar estupendos milagros, siempre que las necesidades del convento o la conveniencia lo demandaban.

Cierto día en que la santa pobreza, tan amada de San Francisco, visitó el convento con la más completa penuria, era llegada ya la hora de preparar la comida y no había en la cocina ninguna provisión de boca. Recogióse el santo cocinero en la presencia de Dios por breves momentos, y luego, con la mayor naturalidad del mundo, mandó al religioso ayudante que fuera a buscar hortalizas a la huerta. El sumiso Hermano se abstuvo de hacer la menor observación, pero no pudo reprimir una sonrisa pensado en la candidez del cocinero, que le mandaba traer lo que habían sembrado juntos el día anterior.

Pero su sorpresa fue enorme al ver que las hortalizas ofrecían hermosísimo aspecto. La comida de Comunidad fue aquel día excelente, al decir del Padre Wadding, célebre cronista de la Orden Franciscana.

Una mañana, después de poner la olla al fuego, se retiró a un rincón de la huerta para entregarse a la oración. Como se acercara la hora de comer, se volvió a la cocina, pero halló la marmita rota. Puesto de rodillas suplicó al Señor le socorriera en aquel aprieto, levantóse luego y vio que en uno de los trozos quedaba como media escudilla de caldo. Sólo Aquel que en el desierto sació el hambre de cinco mil personas con cinco panes y dos peces, puede decirnos cómo pudieron alimentarse, con caldo, los dieciocho religiosos y varios forasteros que fueron comensales aquel día.



ESTANDO *cocinando el Beato Santos, un día de gran fiesta, durante la Misa Mayor, póstrase al toque de la elevación y milagrosamente se abren las paredes para que el piadoso lego pueda contemplar y adorar la Sagrada Forma, objeto de todos sus amores y deseos.*

SUS DEVOCIONES FAVORITAS

Dice el Breviario romanoseráfico el día 14 de agosto, que el siervo de Dios honraba con culto particular a la Santísima Virgen. Siempre ha sido la devoción a María Santísima una tradición en la Orden Franciscana. «Su amor más intenso —se ha dicho de San Francisco—, después del profesado a Nuestro Señor, era para su benditísima Madre, como él solía decir, «del Dios de majestad, la Virgen ha hecho nuestro hermano.. » La había constituído patrona de la Orden, y a medida que avanzaba en edad aumentaba en deseos de ver a sus religiosos protegidos por el cariñoso manto de la celestial Madre.

No menor era la devoción del seráfico Padre a la Pasión del Salvador; a su ejemplo, su fiel discípulo fray Santos, meditaba asiduamente los sufrimientos del Hombre Dios, y en esa meditación profunda encontraba los medios de crecer en el amor divino con extraordinario aprovechamiento.

SU AMOR A LA SAGRADA EUCARISTÍA

Nuestro Beato honraba también de un modo especial a la Sagrada Eucaristía, centro donde convergen los amores de todos los santos. A ello contribuyó no poco el ejemplo de su Fundador, el Estigmatizado de Alvernia, gran amante e inflamado apóstol del Dios sacramentado.

No le fue dado al humilde lego permanecer al pie de los altares largos ratos, como puede hacerlo, por regla general, el religioso sacerdote con la celebración y administración de los sacrosantos misterios, ni siquiera el acercarse a ellos con la frecuencia de otros legos, por ejemplo, el sacristán, antes al contrario, ¡cuántas veces, con gran dolor de su alma, tuvo que alejarse del santuario durante la celebración de algún oficio! ¡Cuántas otras hubiera prolongado sus adoraciones profundas y fervientes plegarias de no habérselo impedido la voz del deber que le llamaba a otra parte! Pero la obediencia era para él expresión de la voluntad de Dios, y acudía gozoso doquiera el deber le esperaba. Mas si su cuerpo se alejaba del Sagrario, su corazón no se apartaba de allí ni interrumpía los amorosos coloquios con el Divino Prisionero. Dios recompensó aquella obediencia y sacrificio con favores maravillosos, tales como el siguiente.

Era un día de fiesta Celebrábase en la iglesia del convento una misa solemne; pero, retenido en la cocina para el servicio de la comunidad, no podía fray Santos contemplar la pompa y magnificencia de las ceremonias

ni repetir sus coloquios con el Señor, que iba a descender de nuevo al altar. Sin embargo, el recuerdo de la Deidad tres veces Santa le acompañaba en medio de sus quehaceres. Súbitamente oye el tañido de la campanilla que anuncia el solemne momento de la elevación, póstrase en seguida vuelto del lado del altar y adora. . Mas, ¡oh prodigio!, en aquel instante entreábrense las paredes, y puede ver en las manos del celebrante la Sagrada Hostia, imán de su amores. La visión no duró mucho, pero fue lo suficiente para inundar el alma del cocinero de consuelos inefables.

EL LOBO QUE ACARREA LEÑA

No siempre tuvo que responder fray Santos de los trabajos de la cocina, sino que fue empleado en otros menesteres.
Durante un tiempo había sido encargado de proveer de leña al convento, y para transportarla desde las casas de los bienhechores o desde el bosque, tenía a su disposición un borriquillo. En cierta ocasión, al declinar de la tarde, dejó la acémila al raso, pues se presentaba una noche tranquila y serena y además tenía que volver al bosque muy de mañana para proseguir su trabajo. Acudió, en fecto, a primera hora conforme a sus propósitos; pero en vez del borrico se encontró con un lobo que acababa de darle muerte y se refocilaba devorando satisfecho los despojos de su víctima. Huyó la fiera a la vista del Hermano, pero éste la llamó como si de un ser racional se tratara; recriminóle el perjuicio y daño que ocasionaba a la comunidad, le puso el ronzal al cuello, cargó sobre sus lomos la leña y se la hizo llevar al convento. Dícese que el lobo, más o menos domesticado, siguió en adelante prestando buenos servicios a los religiosos. Caso éste muy semejante a otros varios de santos.

UN CEREZO CON FRUTO EN INVIERNO

Figúranse algunos que los santos desconocen en esta vida las dificultades y molestias propias a todos los hijos de Adán. Los santos no se ven exentos de los dolores, enfermedades y demás pruebas que pesan sobre todos los mortales; pero saben soportarlas con paciencia y por amor de Dios, y así sobrenaturalizadas, se les tornan más llevaderas y acaban por amarlas y abrazarlas cual si de verdaderos regalos se tratase.

El mismo cronista Padre Wadding nos muestra a fray Santos en el crisol del sufrimiento. Ya hemos visto con qué espíritu de sacrificio soportaba la misteriosa llaga del muslo. En otra circunstancia, y sólo cedien-

do a los ardores de la fiebre, tuvo que guardar cama muy a pesar suyo; sentía, además extremada inapetencia. En tan triste situación manifestó sencillamente al enfermero que quizás comiendo cerezas muy maduras se apagaría la ardiente sed que le devoraba; en consecuencia le rogaba que le procurase algunas que le sería fácil encontrar en el mismo convento.

Advirtióle el enfermero que en aquella época era de todo punto imposible acceder a su demanda. Como insistiera fray Santos, bajó el enfermero al huerto, y con gran asombro vio un árbol del que pendían cerezas hermosísimas. No dudó que Dios había obrado un milagro para aliviar los dolores de su fiel siervo. Añade Wadding que, para perpetuar el recuerdo de ese prodigio, los religiosos que fueron testigos de él pusieron en un frasco algunas de aquellas frutas y las guardaron por espacio de largos años.

PRECIOSA MUERTE

TRABAJOSA y mortificada en sumo grado había sido la vida del Hermano Santos, que nunca regateó sacrificios cuando se los exigía el servicio de Dios, además, la llaga de la pierna, fruto de ardientes plegarias, le fatigaba mucho. Todos cuantos esfuerzos se hacían para mejorar su salud y fortalecerle, resultaban inútiles. Dios nuestro Señor lo quería para Sí, y las humanas medicinas carecían de verdadera eficacia. Fue, pues, debilitándose gradualmente hasta sentirse agotado.

Tendría unos cuarenta años cuando, a mediados de agosto de 1390, se durmió en la paz del Señor, en el convento de Santa María de Scotaneto, sito en las cercanías de Monte Baracio, diócesis de Pésaro en las Marcas, lugar apacible donde había pasado casi toda su vida religiosa. A pesar de la fama y general reputación de santidad de que gozaba mientras vivió, fue inhumado, después de muerto, en el cementerio común de los religiosos.

UN LIRIO SOBRE SU TUMBA

UN lirio de extraordinaria hermosura que floreció espontáneamente sobre su tumba, atrajo la atención de los fieles, que en ello vieron un signo patente del valimiento de que ante Dios gozaba. Muchos recurieron a su intercesión y experimentaron muy pronto los efectos de su poder y patrocinio. Ante pruebas de santidad tan manifiestas, preparóse un sepulcro de piedra junto al altar dedicado a la Natividad de Nuestra Señora en la iglesia del convento, para llevar el cuerpo allí.

Cuando se quiso trasladar a dicho sepulcro el santo cadáver, hallaron que estaba intacto y sin la menor traza de corrupción. Este hecho sorprendente sirvió para acrecentar la devoción popular al bendito lego, y Dios recompensó la confianza de los fieles obrando por intercesión de su siervo innumerables prodigios que hicieron del sepulcro lugar de piadosa romería.

OTROS MILAGROS

El cuerpo del Beato Santos de Urbino se conserva todavía incorrupto y tan flexible, que aun después de más de cinco siglos, se pueden mover fácilmente sus miembros para revestirlo de ropas nuevas. Consérvanse en su tumba dos botellas que contienen bálsamo del que servía para aliviar a nuestro Santo. Hay, además, una cruz de madera, por él mismo labrada y enriquecida con preciosas reliquias, un trozo de cilicio con que afligía sus carnes y una estera que le servía de lecho.

Seríamos excesivamente prolijos si nos pusiésemos a contar sus milagros. Sólo referimos dos que relatan los historiadores franciscanos sin entrar en pormenores.

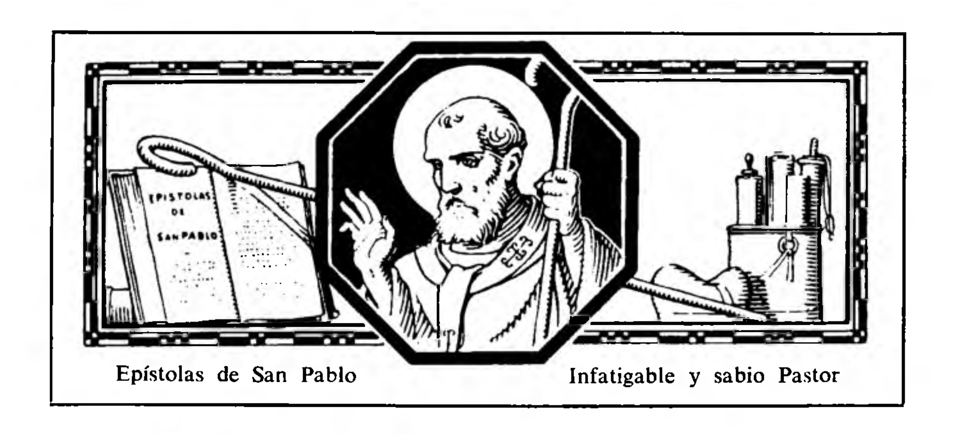
Una pobre mujer recibió de un caballo fogoso tan tremenda coz en la cara que quedó tendida en el camino como muerta. Sus parientes, que acudieron presto a socorrerla, invocaron confiados a fray Santos, y la mujer se levantó completamente curada y sin rastro de la herida.

El segundo milagro lo realizó a favor de un pobre hombre que padecía fortísimos dolores de cabeza; había perdido un ojo y corría peligro de perder el otro. En tan grave aprieto tuvo la feliz idea de acercarse al sepulcro del santo, apoyó en él la cabeza y quedó instantáneamente curado.

El papa Clemente XIV aprobó, el 18 de agosto de 1770, el culto que desde largo tiempo atrás se le tributaba. Celébrase la fiesta el 14 de agosto.

SANTORAL

Santos *Eusebio, presbítero y mártir en tiempos de Constancio;* Eusebio, también presbítero, mártir en la persecución de Diocleciano; *Ursicio, soldado y mártir;* Accio, obispo de Barcelona, mártir; Calixto, obispo de Todi, mártir; Marcelo, obispo de Apamea, en Siria, mártir; Demetrio, mártir en África; Werenfrido, misionero en la antigua región de Batavia (Holanda); Riovano, monje. Beatos **Santos de Urbino, lego franciscano,** y Lorenzo de Fermo, frasciscano también; Alano de Rupe. Santa *Atanasia, viuda.* Beata Juliana de Busto Arsicio, virgen.



Epístolas de San Pablo — Infatigable y sabio Pastor

DÍA 15 DE AGOSTO

SAN ALIPIO

OBISPO DE TAGASTE, EN ÁFRICA († 431)

No suele pecar de pródigo en los elogios el Martirologio romano cuando anuncia o comenta la festividad de sus Santos, pero en la de San Alipio manifiesta cierta delectación en exponer con detalle las relaciones de este Santo con el gran obispo de Hipona, como si el haber merecido la íntima amistad de San Agustín fuese hermoso timbre de gloria y casi garantía de santidad. Dice así:

«En Tagaste, en África, San Alipio obispo, que habiendo sido primero discípulo de San Agustín, le acompañó en su conversión, fue colega suyo en las funciones episcopales, hermano de armas denodado en los combates contra los herejes, y por fin glorioso copartícipe en la recompensa eterna del paraíso».

El mismo San Agustín nos trazó la biografía de su amigo en las páginas inmortales de sus *Confesiones*, donde celebra las virtudes de Alipio y cuenta los momentos más conmovedores de su vida. Aunque el valor exacto de esta biografía sólo adquiere su plenitud en el contexto de aquella admirable obra, la entresacamos para ajustarla a nuestro libro. Dice así:

SAN AGUSTÍN Y ALIPIO

ALIPIO nació, como yo, en la ciudad de Tagaste y pertenecía a una de las principales familias de dicha población. Era más joven que yo y acudió a mis lecciones como discípulo desde que puse cátedra en mi pueblo natal, siguiéndome después a Cartago. Me amaba mucho porque le parecía hombre de bien y muy devoto, y yo le amaba porque notaba en él natural disposición para la virtud, manifestada ya en tan tiernos años.

Pero se dejó llevar por la corriente impetuosa de las costumbres de Cartago, cuyos habitantes eran aficionadísimos a los frívolos espectáculos del circo, y en ellos participó Alipio con verdadera furia. Cuando él andaba envuelto miserablemente en esa pasión, empecé a enseñar públicamente la retórica, pero él no acudía aún a mis lecciones porque había cierto disgusto entre su padre y yo...

Un día, cuando yo enseñaba desde mi cátedra, entró Alipio, me saludó, se sentó y se puso a escucharme. Para hacer más comprensible y ameno el asunto que exponía, se me ocurrió traer a cuento lo que ocurría en los juegos del circo. burlándome con ironía de los esclavos de aquella pasión. Bien sabéis, Dios mío, que ni siquiera pensaba entonces en corregir a Alipio de aquella inclinación, pero tomó la burla para sí convencido de que había hablado sólo para él. Y lo que en otro cualquiera podía haber sido motivo para mirarme con enojo, en ese excelente mancebo lo fue para incomodarse consigo mismo y aumentar el afecto que hacia mí sentía...

Al oir aquellas palabras mías salió Alipio prontamente del abismo en que tan ciega y apasionadamente se hallaba hundido, y ya no volvió más a los juegos del circo... Poco después logró vencer la resistencia de su padre a que fuese yo su maestro, con lo cual, convertido en discípulo mío, me siguió en las supersticiones de los maniqueos, amando él en ellos aquella continencia de que hacían ostentación y que él creía verdadera, siendo sólo fingida y engañosa..

Para conformarse con los deseos ambiciosos de sus padres, Alipio se apresuró a precederme a Roma, donde cursó la carrera de Derecho, y llegó a apasionarse increíblemente en los combates de los gladiadores. Esa pasión tuvo en él una causa por demás extraña. Porque sintiendo verdadera aversión por tales espectáculos, se encontró cierto día con unos condiscípulos y amigos suyos que después de un banquete iban a asistir a esas diversiones. Invitáronle a acompañarlos, y como se resistiera con verdadera obstinación le hicieron amigable violencia logrando que los siguiese; pero les decía: «Aunque obliguéis a mi cuerpo a ir al anfiteatro y me coloquéis entre vosotros, ¿podréis por ventura forzar mi alma ni

mis ojos a que presten atención a tan bárbaros espectáculos? Yo estaré allí como si no estuviera, y triunfaré de ellos y de vosotros». Mas sus amigos no le hicieron caso y le obligaron a entrar.

Todo respiraba allí la voluptuosidad de la sangre y estaba el anfiteatro rebosante de gente, de modo que se colocaron donde pudieron. Apenas sentado, cerró Alipio las puertas de sus ojos para impedir que su alma presenciase aquellos horrores. ¡Ojalá que también hubiese cerrado los oídos! Porque en un incidente del combate se elevó de todos los ámbitos del anfiteatro tan formidable clamor que conmovió su alma y, creyéndose bastante preparado para vencerse después de haber visto, cedió a la curiosidad, abrió los ojos y quedó su alma más gravemente herida que el desgraciado a quien con ardiente mirada contemplaba desangrándose en la arena y que había provocado el ingente vocerío. En cuanto vio la sangre, bebió con los ojos la crueldad y ya no volvió la cara para no ver, sino que abrió más los ojos con ansia de contemplar aquellos furores, los saboreó con delectación apasionada y se embriagó en la voluptuosidad del espectáculo. Ya no era el mismo joven que allí había entrado, era uno de tantos de aquel populacho y digno compañero de los que allí le llevaron. ¿Qué más diré? Vio, gritó, se inflamó, salió de los juegos con un ansia loca de volver a ellos, no ya como acompañante de sus amigos, sino como capitán y guía de otros. Y, sin embargo, de ese tan hondo abismo lo sacó vuestra mano poderosa y misericordiosa y le enseñó luego a no confiar en su fuerzas, sino en Vos únicamente, aunque eso fue mucho después..

DETENIDO COMO LADRÓN. — SU PROBIDAD

Otro contratiempo le ocurrió en Cartago, cuando era estudiante y discípulo mío. Sería la hora del mediodía y Alipio se paseaba en el Foro con las tablillas y el estilo, preparando un ejercicio escolar de declamación, cuando hete aquí que un mozalbete, también estudiante, pero verdadero ladrón, provisto de un hacha que ocultaba, entró sin que Alipio le viese y llegándose a los barrotes de plomo de los salidizos de la calle de los Plateros, empezó a cortarlos para llevárselos. Al oir los hachazos, dieron voces los plateros y enviaron algunos hombres en persecución del ladrón; pero éste, notando la alarma por los gritos, huyó tirando el hacha para que no le sorprendieran con ella.

Alipio, que no le había visto llegar, le vio huir y escabullirse con precipitación, y, queriendo enterarse del motivo, se acercó de aquel lugar, vio el hacha y se puso a examinarla extrañado de hallarla allí. En esto llegaron los que buscaban al ladrón y encontraron a Alipio con el hacha

en la mano. Detuviéronle y, llamando a todos los vecinos de la calle, lleváronle a la presencia del juez, muy ufanos de haber cogido *in fraganti* al criminal. En el camino se encontraron con el arquitecto especialmente encargado del cuidado de los edificios públicos. Alegrándose grandemente y le presentaron el preso, para convencerle de que no eran ellos, como él suponía, los culpables de las fechorías que se cometían en el Foro.

El arquitecto había visto varias veces a Alipio en casa de un senador a quien él visitaba con frecuencia. Lo reconoció al instante y, cogiéndole de la mano, se lo llevó aparte y le preguntó cuál era la causa de aquel desorden. Informado por Alipio de la verdad del caso, el arquitecto se volvió a toda aquella gente amotinada que gritaba amenazadora y mandó que le siguiesen. Llegaron todos a casa del mancebo ladrón y hallaron a la puerta un niño esclavo incapaz de comprender que sus declaraciones pudieran comprometer a su amo y que había acompañado a éste al Foro. Reconociólo Alipio y se lo indicó al arquitecto, quien le mostró el hacha y le preguntó de quién era: «Es nuestra», respondió el niño, y poco a poco fue descubriendo todo lo demás, según le fueron preguntando.

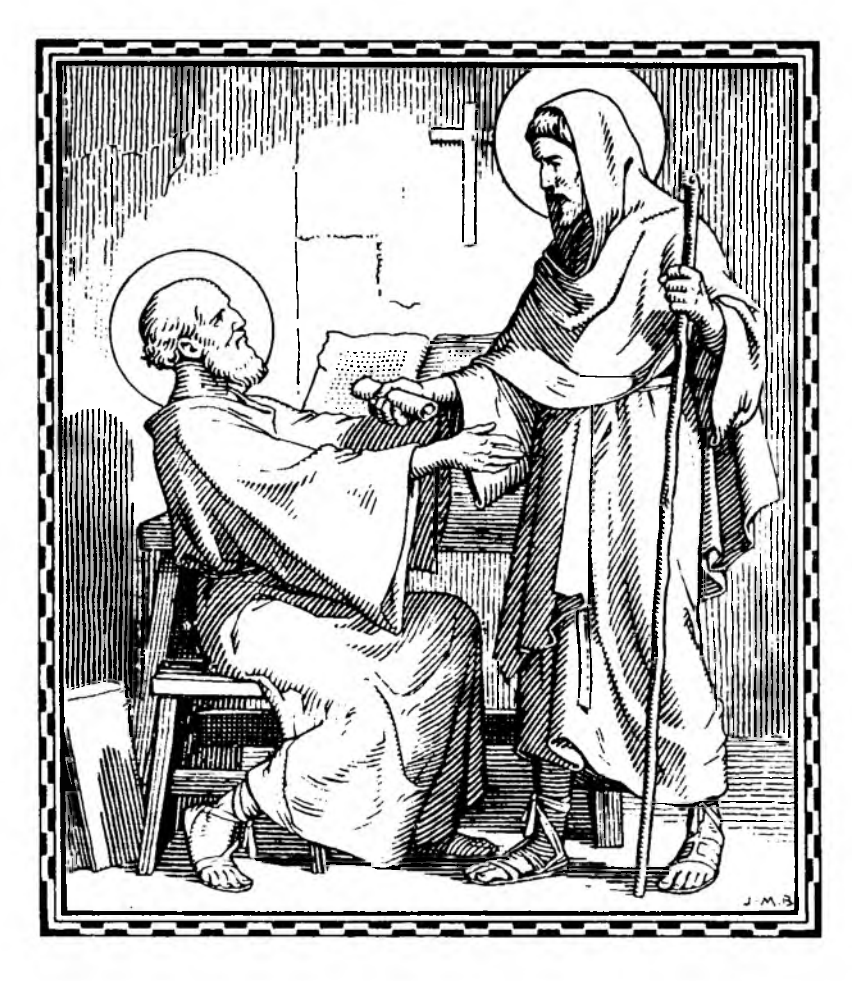
Así el delito recayó en aquella casa y toda aquella gente que tan alegre estaba de haber prendido a Alipio, quedó corrida y se retiró confusa. Y el que había de ser, ¡oh Señor!, sembrador de vuestra palabra juez de tantos negocios eclesiásticos, salió de ese peligro con más experiencia.

Volví, pues, a encontrar en Roma a Alipio, y de tal manera se estrechó nuestra amistad, que me siguió a Milán, ya por no separarse de mí, ya también para ejercitarse en la práctica de la jurisprudencia, a la que se dedicaba más por complacer a sus padres que por inclinación propia.

Mientras ejercía en Roma las funciones de asesor ante el superintendente de Hacienda, cierto senador muy poderoso por los muchos a quienes había favorecido y por el crédito de que gozaba, acostumbrado como estaba a no encontrar obstáculos en su camino, pretendió se le permitiese algo que no estaba conforme con la ley; pero no se lo consintió Alipio. Prometiéronle una recompensa si accedía y la rechazó, acudieron a las amenazas y las despreció. Admirábanse todos de un hombre de tan raro valor y rectitud que no buscase por amigo ni temiese por contrario a quien tantos medios tenía para granjearle favores o para vengarse de él...

Sólo la afición a las letras le tenía algún tanto enredado, porque pensaba procurarse manuscritos prevaliéndose de su cargo, haciendo que los notarios públicos le copiasen algunos códices; mas, tomando consejo con la justicia, se decidió por lo mejor, prefiriendo la equidad que prohibe a la ocasión que permite...

Tal era el hombre tan íntimamente unido conmigo, y, como yo, vacilante sobre el género de vida que debíamos seguir.



SAN *Alipio llega a Belén con una carta de San Agustín para San Jerónimo, y todo es satisfacción para ambos. Lo es luego para San Agustín, cuando se entera de la vida de honda quietud y suave alegría que en su retiro lleva el infatigable traductor y comentador de las Sagradas Escrituras.*

LA CRISIS SUPREMA DE SAN AGUSTÍN

APARTÁBAME Alipio del matrimonio, alegando que esos lazos no nos permitían de ningún modo vivir tranquilamente juntos, en el amor de la sabiduría, como lo anhelábamos desde hacía tiempo. Porque él guardaba una castidad perfecta tanto más admirable cuanto que en sus primeros juveniles años se había dejado vencer, pero reaccionó tan virilmente que sentía vivos remordimientos de aquellas caídas y tanto desprecio de los deleites sensuales que guardaba perfecta continencia...

Vivía yo en una ansiedad congojosa suspirando siempre hacia Vos. Alipio estaba a mi lado, descansando por la tercera vez de sus funciones de asesor... Un día en que nuestro común amigo Nebridio estaba ausente, no recuerdo por qué causa, recibimos Alipio y yo la visita de uno de nuestra tierra llamado Ponticiano, hombre principal, uno de los primeros oficiales de la milicia palatina y además fervoroso cristiano.. En el curso de la conversación hablónos de Antonio, solitario de Egipto, cuyo nombre, tan glorioso entre los de vuestros siervos, nos era desconocido.

Oíamos con admiración el relato de tan portentosas y auténticas maravillas, recientes además y obradas por vuestros siervos en el seno de la santa Iglesia Católica. Y todos quedamos sorprendidos; nosotros de oir cosas tan grandes y extraordinarias, él de que nos fuesen tan nuevas y desconocidas. Hablónos después de los muchos monjes que llevaban en los monasterios vida más angelical que humana, del perfume suavísimo de sus virtudes, que de aquellas soledades se elevaba hacia Vos, y de la maravillosa fecundidad del desierto de la que tan ignorantes nos hallábamos. Pero, ¿qué? ¡Si hasta desconocíamos que allí mismo, en Milán, extramuros de la ciudad, había un monasterio poblado de santos monjes que dirigía y cuidaba el santo obispo Ambrosio!...

Mientras Ponticiano nos refería tantas maravillas de la gracia y de la virtud, mi conciencia se hallaba torturada por los remordimientos, y la vergüenza invadía todos los senos de mi alma. En cuanto dio fin a su relato y al asunto que motivó su visita, se retiró aquel amigo, enviado sin duda por tu Providencia misericordiosa... Entonces, reflejando en el rostro la tempestad que se había levantado en mi ánimo, me volví hacia Alipio y exclamé: «¿Y qué hacemos nosotros aquí? ¿No lo has oído? ¡Levántanse los ignorantes y arrebatan el cielo, y nosotros, hinchados de nuestra ciencia, estamos aquí revolcándonos en la carne y en la sangre! ¿Es por ventura vergonzoso seguir sus huellas? ¿No es más humillante para nosotros tener el ánimo tan apocado que nos venzan en el dominio de las pasiones y en la perfección de la vida espiritual?».

Esas fueron poco más o menos mis palabras. Y la agitación que me dominaba me obligó a alejarme de él. Alipio me miraba en silencio, porque mi voz tenía un sonido y un deje para él desconocidos. Y aun más que mis palabras, la turbación de mi frente, el color de mis mejillas, la expresión de mis ojos, lo demudado de mi rostro y el timbre de mi voz, delataban la conmoción de mi alma... Me retiré al jardín y Alipio me siguió de cerca, porque comprendía que no podía dejarme solo en aquella crisis de mi ánimo, y nos sentamos lo más lejos posible de la casa.

Hablábame yo en mi interior y me decía; «Ánimo, no hay que esperar más». Y mis deseos parecían responder a mis palabras, veíame a punto de obrar y me quedaba suspenso... Los apetitos sensuales, las locas vanidades, mis antiguas amigas, me tiraban de la vestidura de mi carne y me decían por lo bajo. «¡Cómo!, ¿nos despachas?, ¿nunca jamás hemos de acompañarte?, ¿y ya desde ahora no podrás hacer esto ni aquello?» Y ¿qué era *esto* y *aquello* que me sugerían? ¡Oh Dios mío! ¡Apartad misericordioso del alma de vuestro siervo y borrad de mi memoria esas manchas, esas torpezas, esas infamias! Pero ya no las oía más que a medias, ya no se me ponían de frente y con osadía, sino que tímidamente susurraban a mis espaldas, me seguían los pasos solicitando una mirada al alejarme. Pero retardaban la decisión de mi voluntad, faltábame valor para romper con ellas con brusquedad y librarme de sus importunidades, porque la violencia del hábito me hacía repetirme a mí mismo «¿Te imaginas que has de poder vivir sin ellas? ..».

Pero eso me lo decían con poca firmeza, débilmente, porque en el camino que veía delante y por el que temía pasar descubríaseme serena, majestuosa, sonriéndome modesta y reservadamente amable la castidad, que, tendiéndome las manos pudorosas como para recibirme y abrazarme, me mostraba al mismo tiempo una multitud de niños, de vírgenes purísimas, de viudas venerables, de ancianos que ostentaban su níveo ropaje, y como haciéndome cariñosa burla, pero revestida de invitación solícita al esfuerzo, parece que me decía «¿Qué? ¿No podrás hacer tú lo que hicieron éstos y aquéllos?...» Alipio, sin apartarse de mí, esperaba en silencio en qué pararían los descompuestos movimientos y los extremos que en mí veía.

Y cuando tras las profundas reflexiones que ocuparon mi espíritu y conmovieron hasta lo más profundo de mi alma, puse ante la vista de mi conciencia todo aquel amasijo de miserias, se levantó de lo hondo de mis entrañas una como densísima nube que se resolvió en un diluvio de lágrimas. Y para darles más libre curso y comprendiendo que para descargar hasta la última gota de aquella nube, necesitaba la soledad más absoluta y que debía evitar aun la presencia de mi amigo, me levanté y me alejé de él cuanto pude. Él permaneció sentado en el mismo sitio, lleno del ma-

yor asombro. Yo me eché debajo de una higuera, no sé de qué manera, y allí di rienda suelta a mi llanto y brotó de mis ojos un torrente de lágrimas que Vos, Dios mío, recibisteis como gratísimo sacrificio..

CONVERSIÓN DE AGUSTÍN Y DE ALIPIO

Así estaba yo cuando oí en la casa vecina una voz de niño que decía cantando· «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» Cambiando entonces la expresión de mi rostro, empecé a reflexionar si acaso sería algún estribillo de juego de niños, pero no recordaba haberlo oído nunca. Y dando tregua a mi llanto, me levanté y tomé esas palabras como una orden de lo alto para que abriese la Escritura y leyese el primer capítulo que se me ofreciese. Volvíme al instante al lugar donde permanecía Alipio, porque allí había dejado las Epístolas de San Pablo, cogí el libro, lo abrí y leí para mí lo primero con que toparon mis ojos, y que decía así:

«No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo» *(Epístola a los Romanos,* XIII, 13-14).

Ni quise, ni necesitaba leer más, porque luego de leídas esas palabras brilló en mi corazón una ráfaga de luz que disipó todas sus dudas y perplejidades. Entonces, no recuerdo si con el dedo o con qué objeto, dejé señalada la página, cerré el libro y, con ánimo sosegado, conté a Alipio lo que me pasaba. Él también me refirió lo que le sucedía; me dijo que le indicase las palabras que había leído, y prosiguiendo él por el versículo siguiente, tomó para sí estas palabras: «Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe». Fortalecido con esa advertencia unióse a mí sin la menor vacilación en aquella tan buena y santa resolución que armonizaba perfectamente con la pureza de costumbres en la que desde hacía tanto tiempo me aventajaba..

Dios mío, por vuestra gracia poderosa, ya somos vuestros.. Siento placer en publicar los incentivos interiores con que habéis domado todo mi ser.. y cómo sojuzgasteis a Alipio, el hermano de mi corazón, al suave yugo de vuestro unigénito Hijo Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre quería él antes desdeñosamente apartar de nuestros escritos.. En cuanto llegó el momento de inscribirnos como cristianos, regresamos del campo a Milán. Alipio quiso ser bautizado al mismo tiempo que yo: ya estaba adornado de la humildad necesaria para recibir los sacramentos y domeñaba varonilmente su cuerpo hasta caminar con los pies descalzos por el suelo de Italia, cubierto entonces por los hielos.

PEREGRINO DE TIERRA SANTA Y OBISPO DE TAGASTE

Esa era el alma de Alipio, tan magistralmente revelada por San Agustín en las hermosas páginas que acabamos de transcribir. San Ambrosio bautizó a los dos amigos y a Adeodato, hijo de San Agustín, por Pascua del 388 ó 389.

Poco hay que añadir para completar la vida de nuestro Santo, y aun en eso poco hemos de acudir a las cartas de su amigo. Después de asistir a la muerte de Santa Mónica, Alipio y Agustín se embarcaron para África. Alipio fue uno de los discípulos escogidos que formaron el primer monasterio agustiniano, de Tagaste y de Hipona sucesivamente. Con ellos vivió hasta que fue elegido para la sede de su ciudad natal, hacia el 394.

Según el testimonio de San Paulino de Nola, conservó en su nuevo cargo la austeridad de un religioso. Hizo cuanto pudo para reprimir los abusos que se habían introducido en su diócesis, y combatió la herejía. No hubo en África concilio, sínodo, ni asamblea de importancia en la que no fuese uno de los oráculos, y en la célebre Conferencia de Cartago contra los donatistas, él fue uno de los oradores escogidos para defender la doctrina católica. Alipio visitó los Santos Lugares cuando fue a entrevistarse con San Jerónimo, el célebre y sabio solitario de Belén.

Como obispo, hizo Alipio cuanto pudo y con la más afectuosa complacencia para favorecer los trabajos de Agustín. Él hacía copiar las obras de los pelagianos para que su amigo las refutase, él le acompañó en muchos viajes como el que hicieron a Mauritania, delegados por el papa San Zósimo, para conferenciar con el obispo donatista Emérito de Cesarea.

Hay motivos para creer que, al ocurrir la invasión de los vándalos, Alipio se retiró al lado de San Agustín, a quien sobrevivió un año.

SANTORAL

La Asunción a lcs cielos de la Santísima Virgen María, Madre de Dios (véase el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 380). Santos **Alipio, obispo de Tagaste;** *Arnulfo, obispo; Tarsicio, acólito y mártir; Napoleón o Neopol y Saturnino, mártires en Alejandría;* Frambaldo, presbítero y solitario; Balsemo, sobrino de San Basolo, a quien imitó en la vida solitaria; Alfredo, obispo de Hildesheim; Macarteno, obispo irlandés. Beatos Franco de Perusa, dominico, arzobispo de Sultanieh, en Persia; Antonio de los Reyes, mínimo, de Córdoba; Ruperto, abad en Baviera.



El perro caritativo — Bordón y calabaza de peregrino

DÍA 16 DE AGOSTO

SAN ROQUE

ABOGADO CONTRA LA PESTE (1295-1327)

En los albores del siglo XIV eran ya muy intensas y frecuentes las relaciones entre los diversos países de la cristiandad. Multitud de veleros berberiscos que arribaban a los puertos de la Europa meridional, traían no pocas veces, entre sus ricos cargamentos, los gérmenes de las pestes que asolaban por entonces comarcas enteras. En esta sazón vino al mundo un hombre prodigioso que, con la sola señal de la cruz, daría la salud a los apestados; un hombre que no sólo curó mientras vivía en la tierra, sino que desde el cielo sigue protegiendo con su intercesión poderosa a los que se encomiendan a él para ser preservados o curados de tan terrible azote: este hombre fue San Roque.

Juan, gobernador de Montpeller por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragón, a quienes pertenecía por entonces aquella ciudad y su territorio, y su esposa Liberia, parecían estar en posesión de la felicidad, en cuanto se la puede gozar en este mundo; las riquezas afluían a su casa, los pobres pregonaban su caridad generosa, los peregrinos, su amable hospitalidad, y todos su ferviente devoción. Algo, sin embargo, nublaba la dicha de aquel cristiano matrimonio, avanzaban en edad y no tenían ningún hijo, bien que con instancias lo pidiese al Señor.

Su perseverante oración agradó al Altísimo y, por los años de 1295, la virtuosa Liberia llegó a ser madre de un precioso niño, al que llamaron Roque. No falta, sin embargo, quien diga que el nombre de «Roque» o «Roc» lo tenía de sus ascendientes, pues la historia dice que personajes de este nombre habían sido cónsules de Montpeller durante el siglo XIII.

Creció el niño en tan cristiano hogar e hizo suyas las virtudes de sus padres, hasta el punto de olvidarse de sí mismo por pensar en los demás, veíasele de continuo ocupado en socorrer a los pobres y a los peregrinos, sus palabras, llenas de afabilidad y mansedumbre, conquistábanle inmediatamente los corazones. Roque constituía la alegría de sus padres y de toda la ciudad de Montpeller. En día no muy lejano sería su mayor gloria.

«SI QUIERES SER PERFECTO...»

PERO un día llamó la muerte en la puerta de aquella casa. Tendido Juan en el lecho del dolor, llamó a su hijo, que ya tenía dieciocho años, y diole la última bendición, acompañándola con sabios y saludables consejos. Roque prometió guardarlos fielmente. Muerto su padre, dispuso la celebración de solemnes exequias. No había transcurrido un año entero, cuando la muerte arrebató también a su virtuosa madre.

Dentro del orden natural de los sentimientos, aquellos duros golpes tenían que haber causado en el alma del joven penosísima impresión. Su inexperiencia y la circunstancia de ser ya de por sí tan sensible a los dolores humanos, poníanle frente a una difícil contingencia. En aquel trance revelóse con todo su esplendor la grandeza de Roque. Hubo de doblegarse ante el rigor de la desgracia, pero no cedió ni un punto en su profunda y bien arraigada fe. Comprendió desde el primer momento que Dios lo había dispuesto así por ser lo más conveniente, y aceptó la prueba en absoluta conformidad con sus designios inescrutables. Según Roque entendía, aquel suceso señalaba un rumbo nuevo a sus actividades; y de acuerdo con esta idea, que era para él la voz del Cielo, decidió el futuro.

Trató entonces de poner por obra los consejos que su padre le diera y de amoldarlos a aquella sentencia del Salvador: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, da el precio a los pobres y sígueme.* Dócil Roque a esta inspiración, vendió la hacienda, distribuyó su importe entre los menesterosos y cedió a un hermano de su padre los derechos de sucesión.

Desprendida así su alma de todo cuidado terrenal, púsose un remendado hábito de peregrino y, sin más provisiones que un vacío morralillo y un ardentísimo deseo de caridad y penitencia, emprendió el camino de Roma.

CURACIÓN DE LOS POBRES APESTADOS

Guardaba Roque absoluta pobreza y sólo se alimentaba con las limosnas que él pedía por amor de Dios, considerábase dichoso si recibía afrentas e injurias, triste, en cierto modo, si una mano amiga le prodigaba cuidados que él no creía merecer. De este modo llegó a Acquapendente, ciudad de los Estados Pontificios, en donde la peste causaba grandes estragos especialmente entre las gentes pobres.

Un hombre vulgar habría cedido al movimiento de pánico que produce el solo anuncio de la proximidad de cualquier epidemia, y huiría de aquel lugar, sin tener en cuenta siquiera el puntillo de honra que mueve a muchos a afrontar el peligro. Roque era desconocido en Acquapendente; y así como había pasado inadvertida su entrada en la ciudad, de igual manera lo hubiera pasado su salida. Pero su caridad, que corría parejas con el espíritu de fervor religioso que le llevaba a visitar los sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo, le inspiró un vivo deseo de asistir a los apestados. Presentóse, pues, en el hospital para ofrecerse en calidad de enfermero; mas temeroso el administrador de que la maligna peste se cebara presto en un joven de aspecto tan delicado, púsole por delante los inconvenientes de aquella ocupación, y rehusó el generoso ofrecimiento.

Insistió nuestro Santo, diciendo «¿No puede acaso Dios dar a sus siervos la fortaleza necesaria para cumplir lo que se han propuesto, movidos por el solo deseo de su gloria?» Parecía haber fracasado en su santo propósito, pues tuvo que reiterar la súplica durante varios días. Venció, al fin, su constancia, y logró entrar al servicio de los enfermos, a cuyo cuidado se entregó desde el primer instante con abnegación heroica.

Recorrió las salas de los apestados y lavaba a éstos las heridas, hacíales la cura uno por uno y trazaba sobre ellos la señal de la cruz, con lo cual muchos de ellos se sentían repentinamente curados. Recorrió después las casas de la ciudad sanando a cuantos apestados hallaba. Corrióse por la ciudad la voz de la santidad de Roque. «Un ángel ha bajado del cielo». exclamaban todos. Roque, entonces, para evitar el peso de tanta gloria, huyó de Acquapendente sin dejar indicios de su nuevo derrotero.

Enterado luego de que en Cesena de Lombardía causaba estragos la misma enfermedad, apresuróse a llegarse allí y realizó los mismos prodigios que en Acquapendente. Un fresco de la catedral recuerda el paso de Roque por Cesena en su peregrinación de caridad.

La caridad con los apestados era la causa que iba retardando su llegada a Roma; pero este mismo motivo había de acelerarla ahora. Castigada, Roma. por el terrible azote. dirigió allí sus pasos nuestro Santo.

Por humildad no reveló a nadie San Roque su nombre ni su patria.

Tres años vivió en Roma entregado a obras de devoción, y cuando hubo satisfecho la primera por sus continuas oraciones ante los sepulcros de los Apóstoles y de los mártires, visitó otras ciudades italianas castigadas por la peste, para seguir en ellas su programa de caridad, al que acompañaron nuevos prodigios que sembraron por doquier la fama de nuestro Santo.

FRENTE A LA PRUEBA

Detúvose un día en Placencia, dirigióse al hospital y púsose a curar a los enfermos. Rendido de cansancio y vencido por el sueño, tuvo durante él una visión: envuelto en muy resplandeciente aureola, apareciósele un ángel y, en nombre del Señor, le dijo:

—Siervo fiel, tu valor ha sido grande al dedicarte por amor mío a remediar los males de tus hermanos: que no decaiga ahora que vas a padecer estos mismos males en tu persona.

Al despertarse se sintió acometido por una ardiente fiebre, al mismo tiempo que experimentaba un agudo dolor. Reconociendo en sí los síntomas de la espantosa enfermedad comprendió que había sido una realidad aquella aparición, alzó, pues, los ojos al cielo y elevó a Dios una ferviente plegaria de acción de gracias.

Fue puesto con los apestados, el mal se agravaba, el dolor le oprimía y, muy a pesar suyo, prorrumpió en ayes desgarradores. Mas por no ser ocasión de molestia para sus compañeros, se fue arrastrando trabajosamente hasta la puerta. Los transeúntes, ante el temor de quedar contagiados, pretendían obligarle a entrar, pero él, que no quería ser carga para nadie, salió a duras penas de la ciudad y dirigióse a un bosque próximo, en donde una cabaña deshabitada le iba a servir de asilo.

Al agudo dolor que experimentaba añadióse una sed devoradora, ocasionada por la ardiente fiebre, y agravada por la carencia de agua.

—¡Oh Dios de clemencia! —exclamó—. Gracias porque me das ocasión de padecer por Ti. Sólo te pido que no me desampares.

No bien hubo acabado de pronunciar esta oración, cuando de improviso brotó a su lado un manantial de agua purísima, y con ella lavó sus llagas y refrescó sus abrasados labios, con lo que sintió inmediatamente alivio. Experimentó también los efectos del hambre y Dios le deparó alimento por manera milagrosa, según cuentan los biógrafos, de este modo:

Cerca de la cabaña de Roque había magníficas casas de campo, a las que los ricos de la ciudad acudían huyendo de la peste. Uno de ellos, llamado Gotardo, noble además de rico, observó un día que, durante la co-



Al saber San Roque que en Placencia se ha declarado una peste violentísima, movido de su ardiente caridad, trasládase allí, y se encierra en el hospital para dedicarse a curar por su mano las llagas de los enfermos. Dios acompañó su caritativa abnegación con multitud de estupendos milagros.

mida, uno de sus perros tomaba de la mesa un panecillo, para desaparecer con él rápidamente. No dio Gotardo importancia al hecho, que juzgaba travesura y voracidad del animal.

Pero al día siguiente repitió el perro la misma operación, y Gotardo, creyendo entonces que los criados se descuidaban en dar de comer al can, llamó al criado encargado de la jauría y le riñó ásperamente, por lo que entendía ser culpable negligencia. Protestó el criado diciendo que a todos los perros, sin excepción alguna, daba abundante alimento, y así quedaron las cosas hasta el tercer día, en que el perro se presentó en el comedor y repitió el hurto sin atender amenazas.

En vista de ello, siguió el caballero al perro y vio que se adentraba en el bosque y depositaba el pan junto a un enfermo abandonado, el cual recibía la refección con grandes muestras de gratitud.

En la mente de Gotardo surgió esta reflexión «Gran amigo de Dios debe ser este hombre, ya que los animales le sirven y obedecen». Entonces se aproximó a Roque y preguntóle cariñosamente cuál era su dolencia.

—Soy un apestado —respondió el Santo—, por lo cual os ruego que os alejéis de mí, pues os exponéis a quedar contagiado.

De regreso a su casa, púsose Gotardo a considerar el hecho de que había sido testigo: «Mi perro —se decía— es más caritativo que yo». Y avergonzado de su cobardía, regresó adonde estaba el enfermo, el cual, viendo en ello la voluntad de Dios, aceptóle muy complacido a su lado.

EL RICO CONVERTIDO EN PORDIOSERO

GOTARDO quedó trocado en criado del pobre peregrino, ya no quiso volver a su castillo, por temor de contagiar a los suyos, pero el perro dejó de llevar la ordinaria provisión, cosa que desconcertó a Gotardo. «¿Con qué nos sustentaremos?», preguntó a Roque. «Tomad mi capa —repuso éste— e id a mendigar el sustento por esos contornos». Excesiva parecía la humillación para un personaje de todos conocido, mas obedeciendo a la voz del espíritu y al consejo del Santo, partió sin replicar.

Por lo general, Gotardo recibía injurias y malos tratos en vez de la limosna requerida, pero, ¿qué importaba? Los ángeles contaban sus pasos y presentaban a Dios la paciencia con que recibía tales afrentas.

Tras una larga jornada, pudo llevar al enfermo dos panecillos. Roque se alegró al saber que su bienhechor había padecido por amor de Jesucristo.

Acompañado del nuevo solitario, volvió a Placencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en las calles y en el hospital, en el mismo punto

sanaron los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad quedó libre de aquel terrible azote. A vista de tan portentoso prodigio, todos concurrieron en tropel y acompañaron a Roque hasta su choza, dando gracias a Dios. En el camino oyó nuestro Santo una voz del cielo que le decía:

—Roque, siervo mío fiel, ya estás sano; torna a tu patria y practica allí obras de penitencia por las que merezcas la dicha de ser contado entre los elegidos. Yo estaré contigo en todas tus tribulaciones y penas.

El Santo, limpio, al punto, de la peste, no abandonó en seguida la cuidad de Placencia. Había conquistado un alma para Jesucristo y quiso, antes de partir, asegurar su perseverancia. Gotardo escuchaba gustoso los consejos de Roque y avanzaba en el camino de la perfección. Había renunciado a las riquezas y honores de que disfrutaba, y vivía en la espesura de un bosque una vida pobre y olvidada, consagrada totalmente a Dios. Roque, su amigo y maestro, fuéle afirmando en la práctica de la oración y mortificación, hasta que le juzgó seguro en el nuevo género de vida. Determinó entonces no dilatar por más tiempo el cumplimiento de la orden que del cielo recibiera. En cuanto a Gotardo, se desconoce la fecha de su tránsito; algunos autores le dan en sus historias el título de santo.

PRISIONERO INOCENTE

De regreso a Montpeller, encontró a la ciudad en guerra, fue detenido por espía y como tal conducido al gobernador, que era su mismo tío, el cual había sucedido en el gobierno al padre de nuestro Santo. Como Roque se había obstinado siempre en no descubrir quién era, el gobernador también le tuvo por espía, y después de haberle maltratado, le condenó a cárcel perpetua. El consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro Santo cuando se vio encarcelado y tratado con tanto menosprecio en su mismo país y por su propio tío, fueron inefables.

La cárcel de Roque era un inmundo calabozo en donde no penetraba ni un rayo de luz; allí estuvo el Santo cinco años enteros sufriéndolo todo por amor de Jesucristo. Como si esto fuera poco, rehusaba por espíritu de mortificación todo alimento cocido, hería a golpes su pecho, desgarraba su cuerpo con disciplinas y pasaba en oración casi todo el tiempo del día y de la noche cual si fuese aquella su celda de penitente.

Mas he aquí que un día una luz deslumbradora disipó las tinieblas de aquella cárcel: Jesús venía a anunciarle su pronta libertad. Oyóse entonces una voz que decía con cariñoso acento:

—Roque, fidelísimo siervo mío, he aquí llegada tu hora; tus penas tocan ya a su fin; prepárate, que vas a entrar definitivamente en mi gozo.

Roque pidió perdón de sus culpas y luego suplicó al Señor que todos los que recurrieran a él, quedaran preservados o curados de la peste. Hecha esta súplica, tendióse sobre la tierra, alzó los ojos al cielo y entregó su benditísima alma al Señor. Sucedía esto el 16 de agosto de 1327

Así que murió Roque, por las rendijas de la puerta de su calabozo empezó a salir una luz clarísima que pasmó a los guardianes. Abriéronlo y hallaron que el cuerpo del Santo, tendido en el suelo, desprendía de sí aquel extraordinario resplandor.

El suceso fue referido al gobernador de la ciudad. El tío de Roque, lleno entonces de dolor y confusión, al ver que sin saberlo se había constituído en verdugo de su sobrino, no sabía qué hacer para dar cumplida satisfacción a su memoria. Públicamente se acusaba de torpe y aun de descastado, por no haber sentido los impulsos de la sangre al tener ante sus ojos a un pariente tan cercano, pues por muy desfigurado que estuviera, debió de conocerle y nunca condenarle; porque ahora que lo recapacitaba, veía bien que la humildad y compostura con que se le presentó, eran la protesta más elocuente contra la absurda acusación de espionaje a que tan ligeramente había dado crédito y ahora ya no tenía remedio su falta.

Gran trabajo costó calmarle, pero, al fin, halló algún lenitivo su pena en la suntuosidad de los funerales que ordenó para honrar a su santo sobrino. Con gran pompa y lucido acompañamiento, fueron trasladados los sagrados restos desde el palacio del Gobierno hasta la iglesia principal, después de recorrer toda la ciudad en medio de las lágrimas y aclamaciones del pueblo. Poco después su mismo tío hizo erigir una magnífica iglesia en honor de su santo sobrino, y a ella fueron trasladadas sus reliquias.

CULTO, ICONOGRAFÍA Y POPULARIDAD

Desde entonces, las ciudades, villas y pueblos de Provenza y Languedoc, lo mismo que las de las regiones de Italia, en donde había morado tanto tiempo, y las de España, recurrieron al siervo de Dios en las enfermedades contagiosas. Este culto, que era de carácter local, no tardó en extenderse a toda la Iglesia con grande alegría de sus devotos.

Dícese que mientras se celebraba el concilio ecuménico de Constanza, en el que se trataba de poner término al llamado «Cisma de Occidente», empezó a castigar a la ciudad una terrible epidemia que amenazaba con interrumpir los trabajos de los Padres, con gran detrimento de la Cristiandad. Un joven alemán propuso entonces que se acudiera a San Roque.

Acordes todos con la iniciativa, prescribiéronse rogativas y ayunos, y organizáronse públicas manifestaciones en las cuales la imagen del Santo era llevada en procesión. La epidemia cesó sin que quedara en la ciudad un solo enfermo. Roma, por su parte, sancionó la legitimidad de estos cultos en el pontificado de Alejandro VI, aprobando numerosas cofradías y la erección de un templo en honor del Santo, y posteriormente, escribiendo su nombre en el martirologio en los días de Gregorio XIII. Se honra a San Roque en la familia franciscana como a uno de los patronos de la Orden terciaria, en virtud de una tradición según la cual el Santo perteneció a la misma. Inocencio XII concedió a los Hermanos Menores la facultad de celebrar su fiesta con rito doble mayor.

La devoción y culto de los pueblos para con el siervo de Dios ha ido siempre en aumento: es una prueba de ello la iconografía del Santo, tan rica y variada. Lo mismo la pintura que la escultura no han cesado desde el siglo XIV de representar a San Roque en las épocas más características de su vida: unas veces, curando a los apestados; otras, recibiendo de un ángel el anuncio de su enfermedad; ya aceptando el pan que Dios le enviara por medio del perro; ya, en fin, acabando su vida en la cárcel.

La ciudad de Montpeller honra especialmente al santo peregrino celebrando su fiesta con gran solemnidad. Tiene allí una magnífica iglesia a la que acuden los pueblos a implorar su protección.

Debemos decir, sin embargo, en honor de la verdad, que San Roque no es solamente conocido en Montpeller, sino popularísimo en España, Francia e Italia, donde se celebra su día con extraordinaria solemnidad. Hubo un tiempo en que su fiesta se guardaba como fiesta de precepto.

Muchos pueblos le tienen por patrono, se le invoca especialmente como abogado contra las epidemias y epizootias, es decir, en favor de los hombres y para los casos de peste entre los animales.

SANTORAL

Santos **Joaquín, padre de la Santísima Virgen María** (véase la vida de Santa Ana, 26 de julio; **Roque, confesor;** *Simpliciano, obispo de Milán;* Eleuterio, obispo de Auxerre, y Nostriano, de Nápoles; *Diomedes, médico y mártir;* Tito, diácono, mártir en Roma; Ambrosio, centurión, martirizado en tiempos de Diocleciano; Raúl, monje del siglo XII; Arsacio, solitario en Nicomedia. Beato Juan de Santa Marta, franciscano, mártir en el Japón. Santas *Serena, mujer del emperador Diocleciano;* Eufemia, virgen y mártir, en Galicia. Beata Benedicta, abadesa, sucesora de Santa Clara.


León libertador y respetuoso — Piedras y antorchas del martirio

DÍA 17 DE AGOSTO

SAN MAMÉS

MÁRTIR († 275)

CON haber sido cortísima su carrera, dejó San Mamés o Mamerio en el mundo gloriosas e indelebles huellas de santidad. *Insigne mártir* le titulan las Iglesias orientales, y dos ilustres Doctores de la Iglesia, los Santos Basilio y Gregorio Nacianceno, hicieron de este Santo elocuentísima apología. Todas las maravillas mencionadas en esta vida, las traemos aquí tal como las refieren los autores de las *Actas* de su martirio, documento de valor inestimable y muy puntual en su contenido.

PADRES Y NACIMIENTO DEL SANTO

A mediados del siglo II, mientras la ciudad de Roma se revolvía en continuas guerras, vivían en Grange, aldea de Paflagonia, en Asia Menor, dos cristianos esposos llamados Teodoto y Rufina. Eran muy estimados y venerados en el país por ser ricos en bienes materiales y de noble linaje, ambos descendían de antiguos patricios romanos, y aun, si admitimos lo que afirman algunos autores, parece que estaban emparentados con antiguos reyes de aquella comarca.

Llevaban vida muy ejemplar, dados de lleno a la práctica de todas las virtudes cristianas, y aprovechándose de aquel buen crédito y fama que gozaban, para traer muchos fieles al conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo. Supo Alejandro, gobernador de Grange, que los dos patricios eran férvidos secuaces de la nueva religión, por lo cual mandó detener a Teodoto y le echó en rostro su desobediencia a las órdenes del emperador Valeriano. Tras largo interrogatorio en el que menudearon promesas y amenazas del gobernador, Teodoto se dejó encerrar en lóbrega y húmeda mazmorra, hasta que llegasen de Roma órdenes precisas.

Por el tiempo en que encarcelaron a Teodoto, su esposa Rufina estaba a punto de dar a luz. Esta valerosa dama, tan intrépida y esforzada cristiana como abnegada esposa, ansiaba compartir la suerte de Teodoto y partió para Cesarea. Vivieron juntos unos días, hablando de la dicha y bienaventuranza eterna y del insigne honor del martirio que esperaban. Pero murió Teodoto agotado por los padecimientos y las privaciones, y pasados unos días, también Rufina enfermó gravemente y murió poco después de dar al mundo un hijo que estaba llamado a ser gran santo y mártir de Cristo y a quien dejaba en muy triste orfandad.

Mientras todo esto ocurría, una dama cristiana, llamada Amia, recibió orden del cielo de enterrar los cuerpos del padre y de la madre, y encargarse de la crianza y educación del pobrecito huérfano y de adoptarlo por hijo suyo. Amia obedeció al punto, fue a la cárcel y, merced a su elevada posición social, logró fácilmente licencia para trasladar los cuerpos de los dos confesores de la fe, a quienes dio muy honrosa sepultura en un campo que le pertenecía. Tomó también consigo a la criatura, y cuidó de ella con la ternura y solicitud que requerían su edad y débil complexión.

EDUCACIÓN DE MAMÉS

FUE criado el muchacho por aquella noble señora con tanto amor y cariño, que no dio en la cuenta de que el Señor le había quitado su natural madre, pues juzgaba por tal a su madre adoptiva.

No se contentó Amia con dar a su pupilo el pan material y los cuidados corporales. La virtuosa dama despertó asimismo en el corazón del huerfanito aquellos sentimientos de fe y piedad que dan a la infancia peculiar atractivo y encanto. Cuando el niño tuvo ya cinco años, proporcionóle maestros virtuosos y capaces para coadyuvar con celo a su cristiana educación. Mamés hizo en breve tan admirables progresos en las letras y ciencias humanas, que aventajó mucho a sus condiscípulos, de los cuales

era muy querido y respetado. Con ello logró en la ciudad fama de santo y sabio mancebo. Así llegó a los trece años, habiendo ganado todos los corazones por su asiduidad al estudio y vida ejemplar. De aquella influencia que tenía en la ciudad, servíase el santo estudiante para traer a los paganos al conocimiento de Jesucristo: por eso fue encarcelado.

MAMÉS Y AURELIANO. — EL DESIERTO

HALLÁBASE por entonces el emperador Aureliano en Egea, ciudad situada en la desembocadura del río Piramo, poco distante de Capadocia. Allí mandó llevar al santo mancebo el gobernador de Cesarea. Aureliano creyó hallar ocasión propicia para triunfar del cristianismo; como tenía que pelear con un muchacho, esperaba vencer fácilmente su resistencia. Probó, pues, de doblegar la constancia del Santo con halagadoras promesas. «Amigo mío —le dijo—, se te presenta en tu juventud muy brillante carrera. La fortuna te ofrece en este día dicha y gloria. Si lo quieres, puedes desde hoy tener parte conmigo en mis grandezas y placeres, sacrifica en el altar de Serapis, y tendrás habitación en mi propio palacio, y aun comerás conmigo. Te honraré y mandaré que todos te honren de tal manera, que los hombres más nobles y principales de la nación envidiarán tu suerte. Basta, para ello, con un gesto sencillísimo».

Pero hacía tiempo que el Santo sabía menospreciar honras y placeres, no hizo caso alguno de las vanas promesas del emperador y ni siquiera se dignó contestar a lo que le decía. Este silencio mortificó a Aureliano, el cual mudó de táctica, y amenazó al santo mancebo con atrocísimos tormentos. Cuando el niño vio que su juez se había sosegado un tanto, díjole con mansedumbre y valor· «Guárdeme el Señor mi Dios, ¡oh emperador!, de dar culto a imágenes de piedra y mármol que carecen de movimiento y de vida. Podéis dar de mano a vuestras promesas y amenazas, prefiero sacrificar mi vida por mi Señor Jesucristo, que poseer las riquezas del mundo entero· mi grandeza, mi gloria y mi felicidad, serán morir por mi Dios».

Enojado y fuera de sí, mandó Aureliano que en su presencia desnudasen al niño y le azotasen cruelmente. Pronto brotó sangre, y hasta las gradas del trono imperial saltaron pedacitos de la carne del mártir. El valeroso niño permaneció impasible, como si fuera un sueño.

Ordenó Aureliano a los lictores que cesasen de azotarle, y fingiendo compadecerse del mártir, díjole: «Oye, amigo, di sólo una palabra: basta que me declares que quieres ofrecer sacrificio a los dioses y te dejaré ir. —Guardaréme mucho de renunciar a la fe cristiana. Creo en Jesucristo, y

a pesar de todos los tormentos, no puedo renegar ni de pensamiento, ni de palabra, del Dios a quien adoro. No puedo, me lo impide el amor».

Ciego de rabia, mandó el emperador que abrasasen con hachas encendidas los costados del valeroso mancebo y los miembros todos de aquel cuerpecito ya tan atrozmente herido; pero las llamas respetaron al mártir y volviéronse hacia los verdugos como si quisieran abrasarlos a ellos. Enfurecióse Aureliano al ver que nada conseguía con aquel cruelísimo tormento y mandó que apedreasen al santo niño. Pero fue en balde, porque al mártir le parecían las piedras como rosas y perlas destinadas a entretejer su corona celestial, y las recibía con muy cándida sonrisa.

El emperador desconfió al fin de poder doblegar la constancia del valeroso niño, y así mandó que le arrojasen al mar, después de atarle al cuello una pesada masa de plomo; pero un ángel se apareció en figura humana a los presentes y cercó de resplandores al niño. Los verdugos, al verle, huyeron muy asustados. Rompiéronse al mismo tiempo las ataduras del Santo, y éste, viéndose solo y libre, marchó a ocultarse en la soledad que le había mostrado el celestial libertador.

Había en los alrededores de Cesarea un encumbrado monte llamado Argeo, que servía de guarida a las bestias fieras, por lo que nadie solía acercarse a aquel lugar. En ese monte fue a esconderse el santo niño, cantando al Señor himnos de gracias, mientras Aureliano, loco de rabia, mandaba buscarlo por todas partes, mas no podían dar con él.

Allá en el silencio y la soledad, preparóse el Santo, como otro Moisés, para cumplir fielmente la voluntad del Señor. Cuarenta días estuvo sin comer ni beber, mortificando al mismo tiempo su cuerpo con muchas maneras de penitencias. Edificó un oratorio o ermita en sitio apartado del monte, y allí pasaba casi todo el día, meditando las verdades eternas ante una cruz de madera. Un ángel se le apareció, y le entregó un milagroso libro de los Evangelios. Abriólo el joven solitario y empezó a leer en voz alta el sagrado texto; ¡cosa maravillosa!, los árboles de los alrededores se estremecieron repentinamente, y las fieras acudieron a oir la voz del Santo, y le rodearon mansamente como si hubiesen perdido su natural ferocidad. Desde entonces, acudían diariamente. A su voz, juntábanse leones y osos, corderitos y ovejas, y con él permanecían mientras no los despedía. Hasta refiere Montbricio que el intrépido joven se alimentaba con la leche de las cabras y ovejas monteses, las cuales se dejaban ordeñar muy dócilmente y sin mostrar temor alguno en acercarse a él.

Tres años permaneció el hijo de Teodoto y Rufina en aquella soledad, dedicado enteramente a la oración, estudio y trabajo, aunque sin dejar de prepararse para el caso, muy posible, de que los perseguidores dieran con su refugio y volvieran para él las pruebas del martirio.



ESTANDO *en la soledad San Mamés tiene por compañeros amables y respetuosos a las fieras que ante él parecen haber perdido su ferocidad. Juntos con los leones y los osos han venido los ciervos, las ovejas y los corderitos que no se marcharán hasta que el Santo les dé la despedida.*

NUEVA DETENCIÓN. — INTERROGATORIO

No fue bastante la oscuridad y apartamiento del bosque para impedir que el gobernador de la provincia tuviese noticia de los milagros del Santo. Envió al monte Argeo dos guardias de a caballo con orden de buscar el paradero del joven cristiano rebelde a los decretos imperiales, y traerle maniatado a su tribunal. El Santo recibió aviso del cielo de lo que iba a suceder. Salió al encuentro de los soldados, los cuales le preguntaron si tenía noticia de un joven llamado Mamés, que vivía en aquellos parajes, y si podía decirles dónde se hallaba oculto. «Amigos —les dijo—, primeramente os convido a mi frugal comida campestre». Habiendo ya comido, abrió el libro de los Evangelios, y con voz potente leyó algunos versículos. Al punto acudieron las fieras del monte, para rodearlos. Los soldados, muy asustados, se acercaron a su huésped pidiendo protección. «No temáis —les dijo el Santo—, yo mismo soy aquel a quien buscáis. Id pues, volved a casa de vuestro amo, y decidle que llegaré a su presencia poco después de vosotros. Inmediatamente os seguiré».

Despidió luego a las fieras y permaneció en oración mientras huían los soldados, contentos de haber salido de aquel peligro a tan poca costa. Llegó finalmente para el valeroso mancebo la hora de la suprema lucha. fortalecido con la oración y la gracia, partió para Cesarea, y se fue derecho al palacio del gobernador. Allí se hallaban los dos soldados enviados para detenerle, los cuales estaban dando cuenta de su embajada.

—¿Eres tú por ventura —le preguntó el gobernador— el famoso mago de quien todos hablan, que sabes encantar a las fieras del desierto?

—Yo soy tan sólo un siervo de Jesucristo —respondió el santo mozo—, para los magos e idólatras es el fuego eterno; pero yo no sé de magia ni de encantamientos ni me he preocupado jamás de esas tonterías.

—Bueno, bueno —repuso el gobernador—, ¿por qué arte secreto domesticas a las fieras, y por qué persistes en no querer adorar a nuestros dioses? Contesta, que si no, te arrancaré el secreto con atroces tormentos y castigos y sin que valgan tus encantamientos para nada.

—Nada tengo que añadir a lo dicho. Adoro a Jesucristo y le serviré amorosamente, aun a costa de mi vida. Puedes atormentar mi cuerpo, pero no mi alma. Mi auxilio y mi fuerza los tiene el Señor en sus manos.

—Jura por el César que no eres hechicero y te daré libertad.

—Yo no juro ni por los hombres ni por los demonios, no tengo más Dios que el que gobierna cielos y tierra y sólo juraré en su nombre.

—Mira, joven —repuso el gobernador con tono moderado—, háblame tranquilamente. Me dan lástima tu temprana edad y tu hermosura.

—Y a mí me duele tu ceguera —le contestó el valeroso mártir.

—¡Vaya locura y temeridad! —exclamó el gobernador—. ¡Atreverte a resistir a los augustos emperadores y a ultrajarme! Los tormentos te darán sabiduría y te recordarán tus obligaciones con mejor elocuencia.

Y dicho esto, hizo preparar varas y látigos para azotarle.

MARTIRIO Y MUERTE DEL SANTO

MANDÓ el gobernador que extendiesen al mártir en el ecúleo, y le moliesen con azotes; pero el Santo mostró la misma fortaleza y constancia que antes mostrara frente al emperador, y ni siquiera abrió su boca para quejarse. El gobernador achacó la aparente insensibilidad del mártir a la poca fuerza de los latigazos y ordenó a los verdugos que arreciaran los golpes. Hiciéronlo ellos así, y azotáronle con tanta furia, que pronto se vieron las entrañas ensangrentadas del glorioso confesor de la fe. Oyóse una voz del cielo que decía. «Ánimo, Mamés; pelea valerosamente, porque ya se acerca la hora del premio».

Vencido y avergonzado, quiso el gobernador acabar de una vez, y mandó arrojar al mártir en lóbrega cárcel con la esperanza de que allí moriría después de tantos padecimientos.

El santo mozo alentó a los cuarenta cristianos que se hallaban detenidos en aquella cárcel, y luego se apartó a orar. De noche bajó un ángel del cielo, y abrió a los cautivos las puertas como en otros tiempos al apóstol San Pedro. Todos ellos salieron excepto nuestro Santo, el cual se preparó con recogimiento y sosiego al combate supremo.

Al siguiente día, supo el gobernador que aun vivía el intrépido mártir, y quedó muy admirado. Pero pensando entonces en la vergonzosa derrota de la víspera, mandó traerle de nuevo a su tribunal.

—Confío, amigo —le dijo en presencia de la muchedumbre—, que habrás reflexionado y sacrificarás hoy a nuestros dioses.

—¿A qué dioses? Yo conozco sólo a uno.

—Nosotros tenemos muchos, mira cómo te observa el joven Apolo.

—Bien dices —repuso el mártir—; vuestros dioses tienen nombre que les cuadran; Apolo significa «perdición», y efectivamente, cuantos le ofrecen sacrificios pierden su alma para siempre.

—Pero, ¿no sabes que he mandado encender un horno espantoso?

—Ruégote —le contestó el joven— que no tardes más tiempo en emplearlo. Ya no te hablaré palabra.

Adelantándose entonces a los verdugos que venían a encadenarle, el

Santo, como si a lugar de delicias entrase, se arrojó de por sí dentro de aquel horno encendido que causaba espanto a los espectadores.

Dicen los autores que el esforzado confesor permaneció en él tres días, y que «se hallaba en medio de las llamas, tan a gusto como en una pradera cubierta de flores», alabando al Señor, y convidando a todas las criaturas a celebrar su divina grandeza como los tres jóvenes hebreos del Antiguo Testamento. Todos los presentes y el mismo gobernador, fueron testigos del maravilloso prodigio. Mandó entonces el cruel juez que arrojasen al santo mozo al anfiteatro, para que muriese pasto de las fieras; pero los osos se echaron mansamente a sus pies como para besarlos, los leopardos le acariciaron y le lamieron las llagas, y los demás animales permanecieron echados en el suelo sin hacerle ningún daño.

Hubo entonces fuerte griterío en la muchedumbre; unos alababan al poderoso Dios de Mamés, obrador de aquel prodigio; otros, en cambio, gritaban contra él desaforadamente cual si de un hechicero se tratase.

De pronto se oye gran tumulto en la puerta del circo. «¡Auxilio, auxilio!», gritan de todas partes. Un león bajado del monte acaba de entrar en el anfiteatro sembrando por doquier la consternación y la muerte. Llegado ante el mártir, parece saludarlo con admiración y respeto. El Santo le acaricia, y le manda que no haga daño a nadie y que se vuelva al monte. La fiera parece haber entendido y se retira.

Con esto, el gobernador, ciego ya de cólera, mandó a un soldado que fuese a atravesar el cuerpo del enemigo de los dioses con un tridente de hierro. Obedeció al punto el soldado, y abalanzándose con furia sobre el inocente mancebo, le dio tan violento golpe, que hundió las tres puntas de hierro hasta el mango en el cuerpo del mártir. Con este tormento entregó Mamés al Señor su gloriosa alma. De noche vinieron algunos cristianos de Cesarea, tomaron secretamente el sagrado cuerpo del mártir y lo enterraron en una cueva que había cerca de la ciudad.

Sucedio su martirio, a lo que se cree, el día 17 de agosto del año 275.

SUS RELIQUIAS Y CULTO

A los pocos años edificaron los cristianos un templo sobre el sepulcro de este santo mártir. Su devoción se extendió en breve tiempo por todas las Iglesias Orientales. San Gregorio Nacianceno hizo por los años de 389 un panegírico muy elocuente de San Mamés. Los historiadores griegos Zonares, Cedreno y Nicéforo hablan a menudo en sus escritos del monasterio de Constantinopla que estaba dedicado a nuestro Santo.

No tardó en edificarse un templo en Roma con advocación de este glo-

rioso mártir de Cristo. A él fue en procesión el papa San Gregorio Magno con el clero y fieles de Roma, el día de la festividad del insigne mártir, y allí predicó su trigésimaquinta homilía.

Las reliquias de San Mamés fueron tal vez trasladadas a Jerusalén mientras imperaba Constantino. Andando los años repartiéronse entre varias iglesias. Así llegaron algunas hasta la ciudad de Poitiers por la solicitud de la reina Santa Radegunda, que era devotísima de este santo mártir y las hizo traer al monasterio de la Santa Cruz.

En tiempo de las Cruzadas, algunos caballeros que volvían de Tierra Santa fueron testigos, en el viaje, de un hecho prodigioso. Habíanse detenido en las afueras de la ciudad de Langres, y al querer proseguir el viaje, no pudieron levantar del suelo las reliquias de San Mamés que consigo llevaban. El obispo de aquella ciudad, al tener noticia del prodigio, salió en solemne procesión y pudo trasladarlas a la catedral sin dificultad ninguna. Dicha catedral se llamó después de San Mamés, y en ella se veneran algunos huesos del mártir; particualarmente un brazo y el sagrado cráneo, encerrado en preciosísimo relicario de plata dorada, el cual suele exponerse a la veneración de los fieles el día de la festividad del Santo.

El culto de este gloriosísimo mártir viene ya de muy antiguo y ha sido extraordinariamente popular entre los cristianos. Quizá explique en parte esta devoción la bella historia de su vida, algunos de cuyos pormenores aparecen en sus *Actas* con el carácter de lo sobrenatural y milagroso. Suele invocársele en los casos de rabia, pero de muy especial manera, contra los dolores de entrañas y trastornos intestinales.

La iglesia parroquial de Corro de Munt, del obispado de Barcelona, lo tiene por patrono, y por su intercesión poderosísima han obtenido los fieles singulares mercedes y muy abundantes beneficios.

SANTORAL

Santos *Jacinto, dominico;* **Mamés o Mamerio, mártir;** Anastasio, obispo venerado en Terni; *Liberato, Bonifacio, Servo, Rústico, Rogato, Séptimo y Máximo, mártires;* Estratón, Felipe y Eutiquiano, martirizados en Nicomedia; Mirón, presbítero, mártir en Acaya; Pablo, martirizado en Tolemaida, con su hermana Juliana, y con Estratónico, Acacio y Cuadrato; Amador, abad en Baviera. Beatos *Carlomán, confesor;* Francisco de Santa María, franciscano y compañeros, mártires en el Japón; Martín de Santa María, franciscano. Santa Juliana, martirizada al mismo tiempo que su hermano Pablo. Beata Emilia Bicchieri, dominica



Estandarte glorioso e instrumentos de nuestra Redención

DÍA 18 DE AGOSTO

SANTA ELENA

EMPERATRIZ (248?-328)

PRESÉNTANOS la Historia a Flavia Julia Elena como a madre de Constantino el Grande, primer emperador romano cristiano y fundador de la ciudad de Constantinopla. El recuerdo de esta ilustre matrona va, además, inseparablemente unido al acontecimiento memorable de la invención de la Vera Cruz, instrumento de nuestra Redención. Esta matrona, salida de las humildes capas sociales y encumbrada después a la más alta dignidad, preséntasenos, una vez convertida, como creyente apasionada por su Dios, animada del más vivo celo por la fe y el culto cristiano y dechado de humildad, de bondad nunca desmentida y de caridad inagotable para con los pobres y desheredados de la fortuna. En una palabra, muéstrasenos como el prototipo de la emperatriz cristiana.

Mucho se ha discutido en épocas pasadas acerca del lugar del nacimiento de Elena. Suponen algunos que nació en Inglaterra, pero en nuestros días tiénese como cosa averiguada que nació por los años 248, en Drepana —hoy Yalova—, hermosa villa de Bitinia, en la vertiente meridional del golfo de Nicomedia, y estación termal muy frecuentada. Sus padres eran paganos y de humilde condición. En esta pequeña población, que más tarde elevará Constantino a la categoría de ciudad con el nombre

de Helenópolis, en memoria de su madre, se crió la niña, ejerciendo para ganarse la vida la humildísima profesión de moza de posada.

Un tribuno militar, oriundo de Iliria, por nombre Constancio Cloro, en ocasión de pasar por Drepana, prendóse tan ciegamente de la hermosura y viveza de la joven, y se la pidió a su padre por esposa (273). Ni uno ni otra —él a causa de su profesión militar, y ella por no ser romana— podían aspirar al matrimonio que se calificaba entonces de legítimo o de pleno derecho. Por eso, cuando en 293 Constancio Cloro llegó a ser César de las Galias, de la Gran Bretaña y de España, pudo legalmente —y a ello se vio obligado para conservar el imperio y excusar otros inconvenientes— repudiar a Elena para casarse con Teodora, hijastra del emperador Maximino.

Elena acompañó a su marido en las diversas etapas de su carrera militar. En Naisus (Nish) nació Constantino, aquel hijo que debía ser su orgullo, el consuelo de su vida y gloria del imperio romano.

CONVERSIÓN DE ELENA

Tenía Elena cuarenta y cinco años próximamente cuando hubo de separarse de Constancio, su marido, y de su mismo hijo. La separación duró trece años, durante los cuales Elena desaparece de la Historia, aunque no de la leyenda. Es muy verosímil que viviera lo más cerca posible de Constantino, a quien amaba con amor exclusivo y vigilante, y, por fortuna suya, fielmente correspondido como más tarde se vio.

A la muerte de Constancio Cloro (306), Constantino fue proclamado Augusto; pero en aquel momento reinaban hasta seis emperadores a la vez. Mediante una serie de batallas victoriosas, y por procedimientos diplomáticos no siempre honrados, logró Constantino vencer en Occidente a todos los rivales que le disputaban el imperio. En 312, después de la batalla de Puente Milvio, entró en Roma ostentando en el Lábaro imperial el monograma de Cristo. Desde entonces abrazó oficialmente la fe cristiana, si bien difirió hasta el fin de su vida el recibir el bautismo.

No tardó Elena en juntarse con su hijo ya dueño absoluto de Occidente. Profunda fue la alegría que experimentó por ello, y, al fin, rindióse también al Dios de los cristianos que le había otorgado semejante dicha. El emperador —dice el historiador Eusebio— volvió a su madre, hasta entonces ignorante del verdadero Dios, tan piadosa y tan fervorosa cual si se hubiera educado en la escuela misma del Salvador. Elena ingresaba en el cristianismo en el ocaso de su vida, pues que contaba ya más de sesenta años; pero desde entonces fue cristiana con toda su alma ardiente.

LA EMPERATRIZ

Hacia el año 317, Constantino otorgó a su madre el título de *Augusta;* la colmó de bienes, de honores y consideraciones; abrióle el tesoro imperial; le adjudicó una corte y un palacio —el *Sessórium,* cerca de Letrán— e hizo acuñar moneda de oro que llevaba su efigie. Valióse Elena de la influencia que sobre su hijo tenía para moverle a tratar a la Iglesia y a sus ministros con toda suerte de atenciones y miramientos. Con su valioso concurso, construyó y adornó la emperatriz varias basílicas romanas; devolvió a los cristianos los bienes confiscados y los cargos de que habían sido despojados; interesóse por la suerte de los encarcelados y de los condenados a la minas e intervino para que Constantino suavizara la legislación sobrado cruel de entonces. Dueña de los tesoros del imperio hizo partícipes a los pobres, distribuyendo entre ellos trigo, vestidos, dinero y auxilios de toda especie. No había miseria ni necesidad a las que no pusiera remedio con el sincero cariño de las almas grandes.

Aun esperaba a la emperatriz una nueva alegría con la recuperación de los Santos Lugares para el culto cristiano: obra magnífica de Constantino.

No sin político designio, había establecido el emperador Adriano en Jerusalén una colonia romana, y había prohibido a los judíos el acceso a la ciudad, organizada a la manera de todas las demás y dotada también de termas, templos paganos, etc. Para alejar a los cristianos del sepulcro del Salvador y del Calvario hizo cubrir el suelo primitivo de dichos lugares con un terraplén como de unos cien metros de largo, donde, entre hermosos jardines, surgía en el Calvario la estatua de Júpiter, y en el Santo Sepucro, la de Venus. Dios permitió tales profanaciones para que se conservaran los Santos Lugares en aquellos siglos de violenta persecución.

Con ocasión del Concilio ecuménico de Nicea (325), varios obispos, y especialmente —a lo que parece— el de Jerusalén, hicieron presente al emperador Constantino la triste situación de los lugares santificados por la muerte y resurrección de Cristo. El emperador ordenó el derribo de estatuas, ídolos y templos paganos e hizo las más celosas diligencias para encontrar el emplazamiento de los monumentos primitivos. Lleváronse los trabajos con rapidez, durante todo el año de 326, y muy pronto aparecieron el Calvario y el sepulcro del Salvador. En carta del emperador Constantino a San Macario, obispo de Jerusalén, le indica su expresa voluntad de que en el sepulcro se levante una suntuosa basílica que por la riqueza de los materiales y por su decoración sea digna de Él. El emperador añade que se encarga de costear los gastos de la construcción.

Por aquellos días dio principio en Bitinia la celebración de las vice-

nales del emperador, que debían terminarse en Roma con grandes festejos, y, en consecuencia, la familia imperial, a excepción de Elena, se encaminó a la gran urbe. El recibimiento fue un tanto frío, pues los romanos conservaban secreto rencor a Constantino por haber abandonado su capital y su culto, y hasta ocurrió que el príncipe —en parte por culpa suya— fue objeto de violentas injurias. Fausta, su esposa, y sus cuñados aprovecharon la conyuntura para calumniar ignominiosamente a Crispo, hijo del emperador en su primer matrimonio, y Constantino, privado de los consejos de su madre, tuvo la fragilidad le dar crédito a las tendenciosas acusaciones de su mujer. El inocente Crispo fue, pues, arrestado y llevado a Pola de Istria, donde se le dio muerte sin trámite ni juicio alguno.

La emperatriz había llegado tarde a Roma para salvar la vida de su nieto. Pero al menos consiguió desengañar al desventurado padre haciéndole comprender su falta. Constantino, en lugar de arrepentirse, dejóse llevar de la ira y se vengó de cuantos le habían engañado, dándoles muerte. Elena, si bien quedó muy apenada por aquella cruel solución, no perdió la esperanza de enderezar los sentimientos del emperador, y procuró, satisfacer en su nombre a la divina justicia con grandes penitencias.

PEREGRINACIÓN A LOS SANTOS LUGARES

Hacia fines del año 326, inspirada de Dios, partió la emperatriz a Oriente por los Balcanes. Pronto cundió la noticia de que la madre del emperador se dirigía en peregrinación a Jerusalén. Sin duda la movía el deseo de dar pábulo a su piedad; pero también anhelaba dar gracias al Señor y pedirle por su hijo y por su nieto.

Elena, aunque cargada de años, cumplió su propósito con infantil ardor —dice el historiador Eusebio—. Probablemente siguió la ruta continental, pues visitó las provincias orientales del imperio. A su paso por las ciudades y pueblos mostraba una solicitud y generosidad regias, y recibía, en cambio, el respetuoso pero entusiasta homenaje de los moradores que en tropel acudían para ver a aquella princesa extraordinaria.

Es de imaginar el fervor y la piedad con que la cristiana emperatriz veneraría los Santos Lugares. Satisfecha ya su devoción, propúsose dejar allí magníficas y verdaderas pruebas de su munificencia. Habíale abierto su augusto hijo el tesoro imperial para que pudiera ella llevar a cabo sus piadosos designios, y en verdad que supo aprovechar la esplendidez con que se le brindaba, pues mandó levantar dos suntuosas basílicas, deseosa de conservar en ellas como preciada reliquia los vestigios del Señor. Una de ellas fue la de Belén, en la gruta misma donde nació Jesús; la



SANTA *Elena experimenta gran alegría y devoción con el descubrimiento de las tres cruces: la de Cristo nuestro Redentor y las de los dos ladrones; pero tan apartado se encontró el título de la cruz de Cristo, que no era posible entender cuál fuera la del Señor. Pronto lo declaró un portentoso milagro.*

otra es la célebre basílica de Eleona —o de los Olivos—, casi en la cumbre del monte Olivete, en memoria de la Ascensión, en el lugar donde solía el Señor adoctrinar a los Apóstoles. Ambos monumentos, de una belleza extraordinaria, fueron, juntamente con la basílica de la Resurrección, los santuarios más venerados de la antigüedad cristiana y centro acostumbrado de numerosas peregrinaciones.

INVENCIÓN DE LA SANTA CRUZ

En la oración fúnebre pronunciada en 395, con motivo de las honras de Teodosio el Grande, alaba San Ambrosio la dicha de Constantino por haber tenido una madre que atrajo la protección divina sobre todas sus empresas, y dice él en el mismo sermón que, movida del Espíritu Santo, fue Elena a venerar los Santos Lugares. Llegada al Gólgota —lugar del divino combate— buscó el trofeo de la victoria, el estandarte de la salvación, que el demonio ocultara por manos de sus satélites. En unas canteras, próximas al Calvario, abríase una profunda excavación bajo una roca, y en ella, la tarde misma del Viernes Santo, fueron arrojados los patíbulos de los tres crucificados. Cuando, más tarde, Adriano llevó a cabo la nivelación del Calvario, desaparecieron aquéllos bajo la tierra añadida. Con el fin, pues, de hallar las reliquias de la Pasión, mandó Elena cavar el suelo hasta que se consiguió dar con las tres cruces. No es para decir la inmensa alegría que se apoderó del corazón de la piadosísima emperatriz ante el descubrimiento y con cuánto fervor agradeció al Cielo aquel grandísimo honor que a ella tenía reservado.

Pero aún faltaba por descubrir cuál de las tres era la del Salvador.

En los comienzos del siglo v nos referirá Rufino —y el relato lo trae el Breviario romano, en las lecciones de la Invención de la Santa Cruz, día 3 de mayo— cómo una curación milagrosa obtenida al contacto del santo madero sirvió para identificarla de modo irrecusable. Halláronse asimismo en aquel lugar, el rótulo y los clavos que atravesaron las manos y pies del Salvador. Según refiere la tradición, uno de ellos fue engastado en el casco o tal vez en la corona de Constantino, para que de ese modo, el respeto tributado a la persona del emperador alcanzara también a Cristo, de quien él era sólo mandatario en el gobierno del pueblo.

La porción más considerable del Sagrado Madero se quedó en Jerusalén, en el santuario denominado de la Cruz. Otra porción con el rótulo y un clavo, fue enviada, según reza el *Liber pontificalis*, a Roma, en vida del emperador, y colocada en la iglesia erigida por Santa Elena en su palacio Sesoriano, de donde dicha basílica tomó el nombre de Santa Cruz

de Jerusalén, que ha conservado. La tradición bizantina atestigua también el envío a Constantinopla de la otra parte de la Vera Cruz.

San Cirilo, que vivía en Jerusalén a mediados del siglo IV, afirma la existencia de la cruz del Salvador en dicha ciudad. Por aquella misma época las reliquias de la cruz estaban ya esparcidas por el Oriente y el Occidente; en Constantinopla llevábanse al cuello engastadas en oro. En los siglos sucesivos, sobre todo en la Edad Media y en el Renacimiento, el arte cristiano representó en variadas formas la escena de la invención de la Santa Cruz por la emperatriz Elena. Tanto en las miniaturas como en las imágenes y pinturas y relicarios, Constantino y su madre ocupan a menudo respectivamente la derecha e izquierda de la Cruz, recordando de ese modo su papel en lo que concierne al hallazgo del lábaro glorioso de nuestra redención en aquellos memorables días.

Pasados algunos días, regresó Elena a Constantinopla feliz de haber reavivado su piedad y templado su fe precisamente en el lugar donde el Salvador muriera por sus criaturas. Antes de despedirse de Tierra Santa visitó los monasterios de vírgenes consagradas a Dios, con tanta modestia y abatimiento de su imperial persona, que ella misma, vestida pobremente, las servía cual si fuera su criada, y considerándolas como a esposas de Cristo.

SU MUERTE

Viaje tan largo era más que suficiente para agotar las fuerzas de una mujer ya casi octogenaria. Poco después de su viaje a Nicomedia y seguidamente a Constantinopla, comprendió Elena que su última hora se avecinaba. Entendiéndolo así, otorgó testamento, por el que distribuía su patrimonio entre su hijo y sus nietos —hijos de la desventurada Fausta—, y en el que recomendaba a Constantino que se portara como bueno y gobernara a sus vasallos con justicia y equidad. Pocos días después exhaló el postrer aliento, en brazos de Constantino, en el mes de agosto del año 328 ó 329, problamente el día 18, fecha en que se celebra su fiesta.

El fallecimiento de la emperatriz tuvo carácter de duelo nacional. Fue muy llorada en todo el imperio, sobre todo por la Iglesia católica, los de humilde posición y los pobres a quienes tanto socorría en vida. En atención a la dignidad de que estaba investida y a los eminentes servicios que en su larga carrera prestó, mandó Constantino solemnísimos funerales en Constantinopla. El cadáver, acompañado de numeroso cortejo, fue más tarde trasladado a Roma y colocado en el sarcófago y mausoleo que el emperador mandara disponer para sí mismo cuando no había pensado todavía fijar su residencia a orillas del Bósforo. Dicho mausoleo se ha-

llaba situado en las afueras de Roma, en la *Via Labicana*, en un paraje denominado Tor Pignattara, no lejos de la quinta Constantina. A su izquierda abríase la catacumba de los santos mártires Pedro y Marcelino, y a causa de la proximidad del sepulcro de Santa Elena, la pequeña catacumba y su iglesia fueron designadas a veces por la indicación: *Ab Sanctam Helenam*.. En la sala de la Cruz griega del Museo Vaticano puede verse un hermosísimo y artístico sarcófago de pórfido rojo, que lleva asimismo, el nombre de Santa Elena.

TRASLACIÓN DE SUS RELIQUIAS

DESDE el mausoleo imperial no tardaron en ser trasladados los restos de la emperatriz, ya sea por previsión o por otro motivo que se ignora, a la cripta vecina de los santos mártires. A mediados del siglo IV, época de tráfico y de pillaje de reliquias romanas, un presbítero de Reims por nombre Teutgis, muy devoto de Santa Elena, pues que a ella debía la curación, acertó —en ocasión de una peregrinación a su sepulcro— a traerse consigo parte considerable de su cuerpo. El diácono romano a cargo de la administración de la catacumba de los Santos Pedro y Marcelino facilitaría, a no dudarlo, semejante operación. Quedó en el sarcófago la cabeza, los brazos y las extremidades inferiores. A la llegada de las reliquias a la diócesis de Reims, el cabildo de dicha ciudad creyóse en el deber de enviar a Roma dos delegados para que hicieran una investigación discreta y concienzuda a la vez, acerca de la autenticidad de los huesos llevados por el presbítero peregrino, y dicha investigación dio al cabildo plena tranquilidad, siendo depositadas las reliquias de Santa Elena en la abadía benedictina de Hautvilliers. Pronto acudieron a venerarlas gentes de toda la Champaña, y aun de Francia entera. Las peregrinaciones más señaladas eran las del 18 de agosto y 14 de septiembre, días en que la iglesia de Oriente celebra el aniversario de la invención de la Santa Cruz. (En Occidente dicha fiesta se celebra el día 3 de mayo, reservándose la fecha 14 de septiembre para honrar la exaltación de la Santa Cruz).

Celebrábase solemne novena en la Pascua de Pentecostés, y en las tres circunstancias apuntadas, se exponía la urna a la veneración de los fieles. El 7 de febrero se conmemoraba la traslación de las reliquias de la Santa, que se hallaban envueltas en un sudario de seda con dibujos inspirados en el arte bizantino. Aun existen. Puédese fácilmente seguir la suerte de las reliquias de Santa Elena a través de los siglos en el monasterio de Hautvilliers, gracias a diversos procesos verbales de autenticidad y al relato de numerosos milagros conseguidos al contacto de dichas reliquias.

En 1820, a petición de la duquesa de Angulema, fueron cedidas por acta notarial a los caballeros de la Orden del Santo Sepulcro establecidos en París, y depositadas en la iglesia de San Lupo o Lope, donde reciben hoy la veneración de los fieles.

Los restos que Teutgis dejara en Roma, en el sepulcro de Santa Elena, ofrecían poca seguridad y por eso fueron trasladados —tal vez en el siglo XII o quizá antes— al interior de la ciudad En la parte izquierda del crucero de la iglesia «Santa María» *in Ara Cœli* de Roma, existe una capilla dedicada Santa Elena que atesora en preciosa urna de pórfido algunos restos de su cuerpo, juntamente con los de los mártires Abundio y Abundancio. La archibasílica de San Juan de Letrán y la iglesia de Santa Sabina en el monte Aventino, dan también a venerar algunos de sus huesos. La cabeza se muestra en la abadía de San Matías de Tréveris.

Todo ello atestigua la profunda veneración que siempre ha tenido el pueblo cristiano para con la memoria de aquella nobilísima señora que hizo de la cumbre del imperio un escalón para llegar a muy alta santidad.

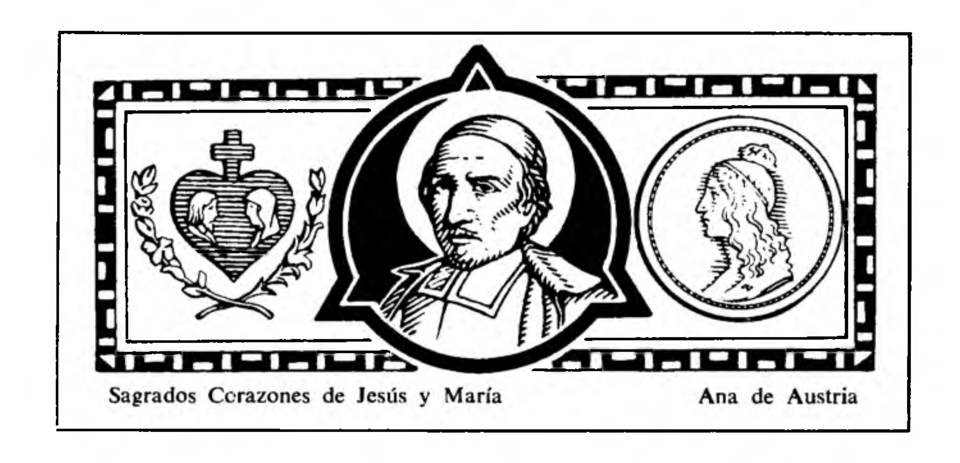
PATROCINIO Y CULTO LITÚRGICO

La historia de Santa Elena va vinculada en la tradición católica a la de la invención de la Santa Cruz. Parece, pues, muy puesto en razón, que se invoque a esta Santa para hallar los objetos perdidos. Además, por tener la cruz la virtud de arrojar a los demonios, procede asimismo invocarla también para verse protegido contra los maleficios diabólicos.

Santa Elena es patrona de los Caballeros del Santo Sepulcro y de la cofradía de la Santa Cruz en la iglesia de San Lupo, en París.

SANTORAL

Santos *Agapito, mártir; los Mártires de Córdoba y Sahagún;* Juan y Crispo, presbíteros, mártires en Roma; Fermín, obispo de Metz, y Agón, de Poitiers, **Roque, confesor** (véase día 16); Juan y Jorge, patriarcas de Constantinopla; Rainaldo, arzobispo de Ravena; Lauro y Floro, hermanos, mártires en Iliria; Hermas, Serapión y Poliano mártires en Roma, León, mártir en Mira de Licia. Beato Juan de Zumárraga, franciscano, arzobispo de Méjico, cuando la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. Santas **Elena, emperatriz;** *Clara de Montefalco, virgen;* Juliana, mártir en Mira de Licia; Pilencia, Taciana, Marciana y otras, vírgenes y mártires, en Amasia (Turquía). Beata Beatriz de Silva, fundadora de la Concepcionistas.



Sagrados Corazones de Jesús y María — Ana de Austria

DÍA 19 DE AGOSTO

SAN JUAN EUDES

CONFESOR Y FUNDADOR (1601-1680)

Suscitó el Señor en medio del siglo XVII a este santísimo sacerdote de ardiente y celoso corazón, para establecer y propagar el culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y María, formar clérigos en los Seminarios y renovar el espíritu cristiano del pueblo por medio  de la predicación y las misiones. Fundó nuestro Santo seis Seminarios, dio más de cien misiones en catorce diócesis de Francia, y dejó escritas multitud de obras ascéticas y místicas. Se sobrevivió a sí mismo en dos Institutos religiosos, el de los Eudistas y el de las Hermanas de la Caridad de Nuestra Señora, de los que es Padre y fundador. El mismo Santo escribió un *Memorial* que facilita grandemente la tarea de referir su vida.

Nació San Juan Eudes el día 14 de noviembre de 1601 en el humilde pueblecito de Ri, en la diócesis de Seez, en Francia. Su padre, Isaac, que había emprendido cuando joven la carrera del sacerdocio, pero que hubo de dejar por haber muerto su familia víctima de la peste, dedicábase a la agricultura y era médico rural. Rezaba diariamente el breviario y era notoria su piedad así como la de su esposa Marta. Juan fue el primogénito de los siete hijos que tuvieron estos virtuosos consortes. Uno de ellos, Francisco, señor de Mezeray, vino a ser con el tiempo historiador

de mérito. El nacimiento de Juan fue como la respuesta del cielo a un voto que hicieron sus padres de ir en peregrinación a una ermita de la Virgen del Socorro, distante como seis leguas del pueblo. Recien nacido este niño, «fruto de la oración más que de la naturaleza», ofreciéronle sus padres en agradecimiento a María en aquel santuario.

El Señor favoreció al santo niño con dones admirables: agudo ingenio, bondadoso corazón, voluntad recta y vigorosa, y, sobre todo, profundo temor de Dios y gusto señalado por la piedad. Acercóse por vez primera a la Sagrada Mesa el día de Pentecostés del año 1613, y comulgó luego cada mes. A los catorce años, hizo voto de perpetua virginidad. Al paso que procuraba crecer en virtudes, abría de par en par su inteligencia a las lecciones de sus maestros, los Padres Jesuítas. Cinco o seis años frecuentó el colegio de Mont, y salió aprovechadísimo en Humanidades.

Con la gracia del Señor, conservó el virtuoso mancebo, en medio de los peligros de la ciudad, la pureza de su fe y costumbres, y acrecentó sobremanera su devoción. Por los años de 1618, entró Juan en la Congregación Mariana, y aquí recibió del Señor, por medio de María, gracias extrordinarias. El fervoroso congregante de la Virgen era espejo de sus condiscípulos, los cuales a una voz le llamaban «el devoto Eudes». Desde entonces miró a la Virgen no sólo como a Reina y Madre, sino aun como a Esposa suya amantísima; seguro de que esta elección sería muy del agrado de María, puso un anillo en el dedo de una de sus estatuas, escribió el contrato de esta santa unión, y lo firmó con su propia sangre.

ABRAZA EL SACERDOCIO

ACONSEJÓLE su director espiritual que abrazase el estado eclesiástico. Este consejo fue para Juan una orden, y así de regreso al pueblo, declaró a sus padres que había resuelto hacerse sacerdote. Ellos habían olvidado la promesa que antaño hicieran a la Virgen del Socorro; ahora sólo pensaban en casar ventajosamente a su primogénito; pero vencidos por la denodada resistencia de su hijo, cedieron al fin. Por septiembre de 1620, recibió Juan en Seez la tonsura y las órdenes menores, y luego volvió a Caén para darse al estudio de la teología y demás ciencias eclesiásticas. El joven clérigo juzgó que le sería difícil santificarse viviendo en medio del siglo, por eso, previo consejo de su confesor, y venciendo heroicamente la oposición de su familia, pidió y obtuvo ser admitido en la Sociedad del Oratorio de Jesús. Ocurría esto el año 1623.

Entró Juan en el noviciado de París el día 25 de marzo de 1624. Fue maestro suyo el mismo fundador, gracias a cuyas lecciones y consejos ad-

quirió en breve la vida de oración y unión con Jesús, características de la nueva Congregación, y, con ella, todas las demás virtudes sacerdotales y religiosas. Ya desde el noviciado fue Juan modelo acabado de jóvenes y ancianos. Pasado un año de vida tan santa y fervorosa, enviáronle a la residencia de Aubervilliers, próxima a París, para que allí se preparase al sacerdocio amparado por Nuestra Señora de las Virtudes, y aprendiese del celoso padre Carlos de Condrén el secreto de la verdadera devoción al Verbo encarnado. Se ordenó de sacerdote el 20 de diciembre de 1625, y dijo la primera misa la noche de Navidad. Al año siguiente sobrevínole una enfermedad que le obligó a guardar descanso casi absoluto.

Admitiéronle definitivamente en el Oratorio el año 1627. Hallábase en París disponiéndose al ejercicio de la predicación, cuando le llegó una carta en que su padre le llamaba para que cuidase a los apestados de los pueblos del territorio de Argentán. Partió Juan con licencia del superior, y ayudado por un virtuoso párroco en cuya casa se hospedaba, recorrió aquellos pueblos, cuidaba a los enfermos, los confesaba y les administraba el santo Viático. Los meses de septiembre y octubre pasólos Juan ejerciendo tan heroico ministerio de caridad con los apestados, y fue milagro que ambos sacerdotes se librasen del contagio. Cuando hubo ya cesado aquel azote, pasó Juan al Oratorio de Caén para prepararse a la vida de misionero. Cuatro años duró esta preparación, pero la interrumpió para asistir con abnegación suma a los apestados de dicha ciudad. Por entonces otra enfermedad gravísima le puso en trance de muerte.

El año 1632, él y sus hermanos del Oratorio, dieron seis misiones en la diócesis de Coutances, en ellas predicó y confesó el siervo de Dios con mansedumbre y piedad tan eficaces, que aquellos sus primeros ensayos, fueron ya aciertos de maestro experimentado. Por eso, tras dos años más de retiro y estudio, el padre Condrén nombróle superior de las misiones del Oratorio en Normandía. Algunos obispos de aquellas tierras le llamaron para que predicase en sus diócesis los años 1635 a 1641, porque el santo misionero entusiasmaba a las muchedumbres con su férvida elocuencia, y lograba copiosísimos y consoladores frutos de penitencia.

Fueron también maravillosos los resultados conseguidos en San Pedro con las misiones de Adviento del año 1639 y Cuaresma de 1640. Cierto día en que había comovido profundamente al auditorio con un vivo y espantoso cuadro de los divinos castigos, invitó a los oyentes, en un arranque de celo, a que cayesen todos de rodillas y clamasen con él «¡Misericordia, Señor, misericordia!» Todos se arrodillaron y repitieron varias veces esas palabras tan compungidos, que las lágrimas eran generales. Igual provecho logró en la misión de Ruán el año de 1642. Muchas veces prorrumpieron en llanto sus oyentes al oírle predicar. Por espacio de tres

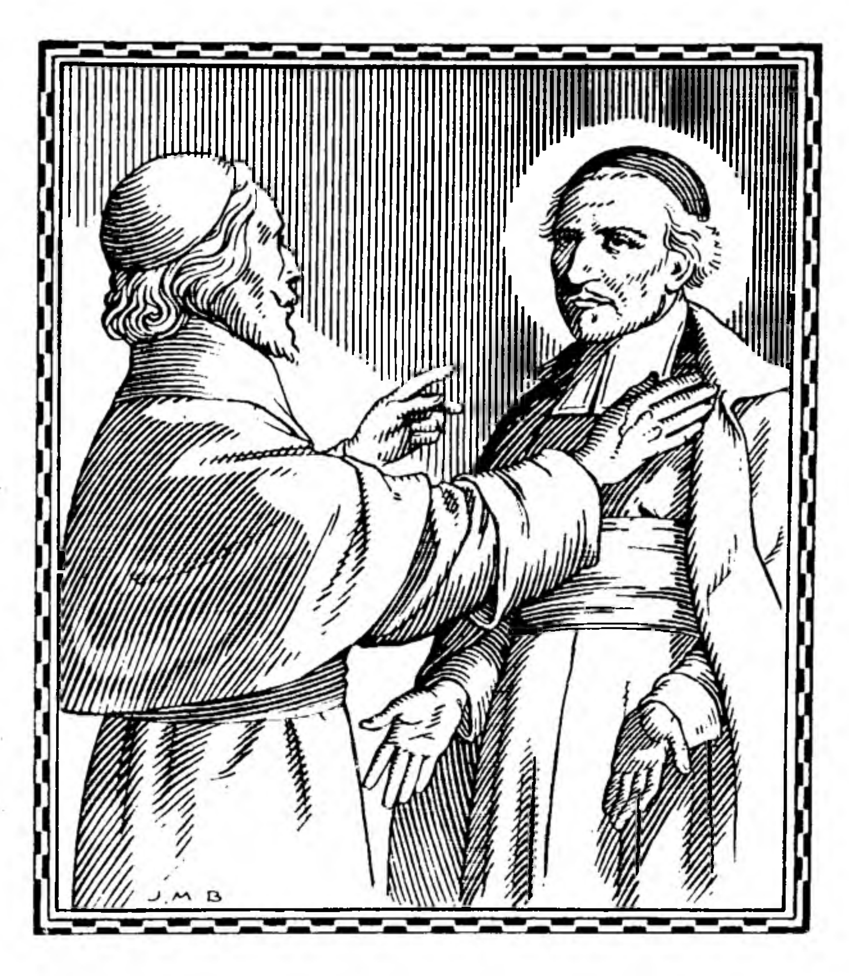
meses asaltaron los penitentes los confesonarios; las conversiones no tenían cuento: montones de libros inmorales y cuadros preciosos pero deshonestos fueron quemados públicamente delante del santo misionero. Predicó más adelante en San Malo y San Lo, en donde logró asimismo convertir a muchos calvinistas.

FUNDA LA CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA

Afligíase sobremanera el padre Juan, al ver que a veces eran poco duraderos los frutos cosechados en las misiones por él y sus colaboradores. Atribuíalo el celoso misionero a falta de pastores cultos y piadosos que tomasen a pechos el guardar con solicitud el fervor de los convertidos. Sus conferencias con los sacerdotes y los ejercicios que las acompañaban eran provechosos, pero insuficientes para remediar el mal.

Hacían falta Seminarios donde los clérigos se preparasen a recibir las virtudes de su estado y los oficios propios de su ministerio. Lo mismo pensaban San Vicente de Paúl y otros muchos: el padre Juan se determinó a fundarlos. Creyó al principio poder llevar a efecto su determinación en el Oratorio. El Señor no lo quiso así. Aconsejado entonces por algunos virtuosos prelados, doctos religiosos y otras muchas personas santas y sabias, y alentado también por las palabras de una piadosa mujer llamada María de los Valles, célebre por sus estados místicos, determinó el padre Juan dejar el Oratorio y fundar una Congregación. El Cardenal Richelieu le llamó a París, le recibió muy honrosamente, le oyó con suma atención y aprobó sus propósitos; a principios de diciembre de 1642, el padre Juan recibió las patentes del rey, facultándole para fundar la Congregación. El santo varón, lleno de gozo, volvió a Caén, e inmediatamente dispuso las cosas para la fundación del nuevo Instituto que tanto le preocupaba.

No escogió al acaso la fecha 25 de marzo de 1643 para la institución de la Sociedad. Determinóle a ello un elevado pensamiento: el de proseguir los trabajos y oficios del Verbo encarnado, y honrar principalmente la íntima unión de Jesús con su Madre Santísima. Determinado a empezar ese día con sus compañeros la vida que, consagrada al Hijo de Dios debía llevar el nuevo Instituto bajo el amparo y protección de María, despidióse de los Padres del Oratorio el día 24 por la mañana. Distante unos trece kilómetros de la ciudad de Caén, por la parte del mar, había una ermita dedicada a la Virgen María, que era lugar de peregrinación muy concurrido. Lo primero que hicieron Juan y sus cinco colaboradores fue ir en romería a dicho santuario, para consagrar a Jesús y a María sus personas y las de sus sucesores. Después pasaron a vivir en su nueva casa,



El cardenal Richelieu aprueba los proyectos de San Juan Eudes, y le promete ayuda y protección contra todos los que le critican. le calumnian o le presentan obstáculos. A los pocos meses de esta entrevista el rey manda publicar decretos en los que da carácter oficial a su Congregación.

confiados en la providencia del Señor y en el amparo de la Virgen María.

San Juan Eudes llamó a su Instituto *Congregación de Jesús y María*, nombre que en el pensamiento del Santo significaba Congregación de los Sagrados Nombres y Corazones de Jesús y María. Este nuevo Instituto, secular como lo era el del Oratorio, tenía como fin principal la formación de sacerdotes celosos en Seminarios y ejercicios espirituales, sólo después de esta obra primordial podían sus miembros misionar en las parroquias.

Seis Seminarios fundó nuestro Santo entre los años 1643 y 1670; y, aunque muchos prelados le pidieron hiciese fundaciones en sus diócesis, sólo después de muerto el Santo pudieron sus hijos satisfacer aquellos deseos. En esta empresa, como en la fundación de los «Eudistas», saliéronle al paso un sin fin de dificultades, oposiciones y contradiciones levantadas por la envidia, el odio y el vicio y el espíritu jansenista de la época, pero de todas triunfó el Santo por su piedad y heroica virtud.

Con estar tan atareados en la fundación del nuevo Instituto, no dejó de evangelizar ciudades y pueblos, y aun tomó algunos hermanos, y recorrió con ellos la Normandía y varias provincias de Francia. En todas partes se agolpaba la muchedumbre alrededor del Santo para oírle predicar; durante los años 1643 a 1676 dio más de ochenta misiones, y logró en ellas conversiones maravillosas. Habíale el Señor otorgado las cualidades y dones peculiares del misionero perfecto: temperamento fogoso y audaz, y celo abrasado en las llamas del amor divino. Los contemporáneos le miraban como a maestro de sagrada elocuencia, cuya palabra santa y enérgica, largo rato meditada en la presencia de Dios, brotaba de un corazón rebosante de caridad. Impugnaba con valor todos los vicios, cortaba de raíz los escándalos, y a todos predicaba la salvadora verdad, sin que pusieran trabas a su voz ni la dignidad, ni la nobleza de las personas. La caridad que mostraba en el confesonario atraía a los penitentes, porque, al fulminar contra los vicios, sabía apiadarse del pecador.

INSTITUTO DE LA VIRGEN DE LA CARIDAD

San Juan Eudes tuvo en sus misiones el grandísimo consuelo de volver a Dios algunas mujeres conocidas por insignes pecadoras. Ellas mismas pidieron al Santo que las dejase vivir en comunidad, como así lo hicieron, juntándose primero en casa de una santa y caritativa señora, y más tarde, el año 1641, en un edificio más amplio y apropiado a su modo de vida. No fue esto del agrado del demonio, el cual sembró desaliento y envidia en las Madres directoras: todas ellas menos una dejaron el Refugio. Fue entonces el Santo a ver a las Salesas de Caén, y les suplicó que

le diesen algunas religiosas para gobernar a las arrepentidas y formar nuevas directoras. Las Salesas vinieron en ello; el año de 1644, cediéronle tres religiosas, una de las cuales, llamada Madre Patín, era mujer de mucha virtud y talento. Merced a su ayuda y cooperación, pudo nuestro Santo fundamentar la Orden de la Virgen de la Caridad, a la que dio la regla de San Agustín. Además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, las religiosas de esta Orden debían hacer voto especial de dedicarse a la conversión de las doncellas y mujeres perdidas o expuestas a caer en graves desórdenes. Este «hospital de las almas» fue una institución santamente audaz, muy combatida y probada de mil maneras.

Tres conventos semejantes fundó el Santo y otros cuatro se establecieron después de su muerte. La Orden se extendió más todavía desde la época de la Revolución francesa; pasó las fronteras de Francia y fundó algunas residencias en Europa y América. Más aún; el convento de Angers, erigido en casa generalicia el año 1835 por Santa María de Santa Eufrasia Pelletier, forma una rama muy próspera de la Orden. Con el nombre de la Virgen de la Caridad del Buen Pastor de Angers, ha fundado en las cinco partes del mundo, conventos que prosperan.

DEVOCIÓN A LOS SAGRADOS CORAZONES

YA desde niño tuvo San Juan Eudes ferventísima devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María; hallamos vestigios manifiestos en una obra suya publicada el año de 1637 Al fundar la Congregación, ordenó en ella el culto al Sagrado Corazón, ordenando rezar algunas oraciones cotidianas como el *Ave, Cor Sanctíssimun* y la celebración de determinadas fiestas anuales. Lo propio hizo con las religiosas de la Virgen de la Caridad, especialmente consagradas al Corazón de María, como los sacerdotes lo estaban al Corazón de Jesús. Esta devoción no quedó confinada en sus comunidades: la propagó cuanto pudo en las misiones, por medio de la predicación, oraciones, publicación de opúsculos y celebración de fiestas, y no tardó en hacerse muy popular.

El año de 1648, hizo celebrar en Autún, previa aprobación del obispo, la primera festividad pública del Santísimo Corazón de María, la cual se propagó rápidamente en otras diócesis y conventos, de suerte que veinticuatro años más tarde, en 1672, el padre Juan afirmaba que la celebraba ya toda Francia. El cardenal de Vendôme, legado *a látere*, oprobó el año de 1668 esta fiesta con el oficio compuesto por el Santo, y el papa Clemente IX dio asimismo su aprobación poco tiempo después. Su sucesor Clemente X, por seis Breves promulgados los años 1674 y 1675, reconoció

y consagró la erección de las cofradías de los Corazones de Jesús y María establecidas en los Seminarios. Ya el día 29 de julio de 1672, el santo fundador mandó que en todas las casas del Instituto se celebrase con fecha 20 de octubre la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. En Rennes, venía celebrándose con un bellísimo oficio compuesto por el mismo Santo. Esta solemnidad pasó en breve a todas las diócesis y conventos donde ya se celebraba la del Corazón de María.

Con sobra de razón llamaron los Sumos Pontífices a San Juan Eudes, autor, padre, doctor, apóstol, promotor y propagador del culto litúrgico de los Corazones de Jesús y María, porque ya antes de las famosas revelaciones de Paray-le-Monial trabajó de todas las maneras para propagar esta devoción, entonces tan combatida por los jansenistas. En las parroquias donde daba misión, solía erigir cofradías de los Sagrados Corazones. Mas como en tales cofradías se admitía a todos los fieles, fundó para las mujeres que permaneciendo en el siglo deseaban hacer vida perfecta conforme al Evangelio, una pía asociación que llamó Sociedad del Corazón de la Madre Admirable, cuyos socios se proponían guardar el celibato. La porción escogida la formaron siempre algunas doncellas y devotas viudas. Aun hoy día prospera esta asociación en la Bretaña francesa y en Normandía, donde se la llama, por analogía con las Terceras Órdenes antiguas, Orden Tercera del Sagrado Corazón, de la Virgen de la Caridad y también de los Eudistas.

OPOSICIÓN AL JANSENISMO. — ESCRITOS ASCÉTICOS

San Juan Eudes fue enemigo declarado de los jansenistas, y esta actitud le atrajo cruelísimas persecuciones. No era, con todo, partidario de violentas y públicas disputas, fue de los moderados y prudentes, de aquellos que escudados en la doctrina tradicional de la Iglesia y en las constituciones pontificias, sabían hablar y obrar prudentemente cuando era menester. El capítulo de las persecuciones que le ocasionó esta conducta, aunque muy glorioso, es demasiado largo para traerlo en este lugar.

Tampoco podemos exponer debidamente sus heroicas virtudes: la fe viva y luminosa que levantaba su alma de las cosas terrenas para hacérselas ver todas ellas en Dios; aquella firme esperanza que en medio de las tormentas servía de estímulo a su fervor y decidido apostolado; aquella ardiente caridad que le consumía día y noche en provecho de Dios y de los prójimos, y le comunicaba el valor de emprender y llevar a feliz término, para gloria de Dios y salvación de las almas, obras tales que la flaqueza humana no se atreviera a concebir y menos a realizar.

No le bastó a San Juan Eudes hablar y obrar· quiso también promover con la pluma el espíritu cristiano entre los fieles, y el espíritu sacerdotal entre los clérigos; de ahí las muchas y, en expresión de León XIII, notables obras que escribió. *El Pacto del hombre con Dios por el santo Bautismo*, aunque poco extensa, es de las mejores, *Vida y Reino de Jesús en las Almas Cristianas, Meditaciones sobre la Humildad, Coloquios del Alma Cristiana con Dios, Memorial de Vida Eclesiástica, Predicador Apostólico, Buen Confesor, Admirable Corazón de la Sacratísima Madre de Dios* —obra que acabó pocos días antes de morir—.

Cuanto más se acercaba San Juan Eudes a la muerte, más pesadas y desoladoras fueron sus pruebas y cruces, inseparables compañeras de toda su vida. Enfermedades y duelos de amigos y bienhechores, murmuraciones y calumnias propagadas por los jansenistas y aun por personas consagradas a Dios; solapadas y bajas maniobras encaminadas a desacreditarle ante el Papa y el rey de Francia, publicación de un libelo infamatorio; dolorosos achaques de sus postreros años. Con esos y otros trabajos y adversidades plugo al Señor tejer la corona inmortal de su siervo. El año de 1680 renunció al cargo de Superior General. Habiendo finalmente declarado a los Padres y religiosas sus últimos deseos y recomendaciones, recibió el Viático, de rodillas en el suelo de su cuarto, y entregó a Dios su bendita alma en medio de transportes de ardiente caridad, a los 19 días de agosto del año 1680, siendo de setenta y nueve de edad.

Enterraron su cuerpo en la iglesia del Seminario de Caén. El año 1810, sus reliquias fueron trasladas a la iglesia de la Virgen de la Glorieta, capilla del antiguo Colegio de Mont, y parte de ellas vino a parar al convento de la Caridad de Caén, donde han estado en gran veneración.

Fue beatificado por Pío X, y canonizado por Pío XI, el día 31 de mayo de 1925. Desde el año 1928, celébrase su fiesta en la Iglesia universal el día 19 de agosto, que es el mismo en que voló a la gloria del cielo.

SANTORAL

Santos **Juan Eudes, fundador**; Magno, mártir en tiempo de Decio; *Luis, obispo de Tolosa; Magín, mártir;* Magno, padre de San Agrícola, después de la muerte de su esposa fue obispo de Aviñón, 644; Rústico, obispo de Cahors, y Mocteo, de Irlanda; Timoteo, y Agapito, mártires en Cesarea de Palestina; Andrés, tribuno militar, y sus compañeros, mártires; *Julio, senador romano, mártir;* Donato, presbítero; Rufino, confesor; Sebaldo de Suecia, confesor; Mariano, ermitaño; Clitaneo, rey inglés y mártir. Beatos **Pedro de Zuñiga, agustino,** *Luis Flores, dominico, y compañeros, mártires en el Japón* (véanse en 2 de marzo). Santas Tecla, mártir en Cesarea; Crescencia, virgen, honrada en París.



Hijo predilecto de María — Fundador de ciento sesenta monasterios

DÍA 20 DE AGOSTO

SAN BERNARDO

ABAD DE CLARAVAL Y DOCTOR (1091-1153)

En un valle solitario llamado Cister, en medio de los bosques de Borgoña, algunos fervorosos monjes edificaron un convento que fue famosísimo. Era una rama reformada de la Orden benedictina de Cluny. Todos ellos pretendían observar puntualísimamente la regla de San Benito. Pero ya desde su fundación por San Roberto el año de 1098, los monjes de dicho monasterio se dieron a vida tan austera, que llenaba de espanto a cuantos iban a visitarlos. Día llegó en que el reclutamiento de nuevos soldados empezó a darles cuidado a los «nuevos caballeros de Cristo», como a sí mismos solían llamarse los monjes del Cister. Ya el santo abad Esteban Harding dudaba de poder llevar adelante aquella fundación, pero el año de 1113 llegó a la puerta del monasterio un mancebo muy gallardo, de rostro hermoso y porte muy digno y noble. No iba solo. Acompañábanle unos treinta caballeros amigos, parientes o hermanos suyos. «¿Qué deseáis? —preguntó el abad. —La misericordia de Dios y la vuestra —respondió el mancebo. —¿Qué más queréis? —Observar toda la regla. —Acabe de obrar el Señor en vosotros lo que Él mismo ha comenzado —dijo el abad». *Amén* —contestó la comunidad. A los tres días, fueron admitidos todos ellos en aquel lugar de voluntario anona-

damiento, «donde sólo tenían derecho a entrar las almas, dejando fuera la carne, que allí nada tenía que hacer».

Aquel gallardo mancebo de veintitrés años era San Bernardo, hombre insigne que había de llenar de gloria a su Orden y a su patria; el mayor ingenio del siglo XII y el postrer Padre de la Iglesia latina.

Nació San Bernardo el año 1091 en el castillo de Fontana, distante dos kilómetros de la ciudad de Dijón. Fue su padre el virtuoso caballero Tescelino, dueño y señor de casi todos los feudos y tierras de Borgoña, desde Troyes hasta Dijón, y de otro predio situado cerca de Claraval. Estaba casado con Alicia de Montbardo, mujer virtuosa, dechado de hacendosa dueña de palacio y providencia visible de los menesterosos. Solía visitar ella misma a los enfermos abandonados y sin familia, y no se desdeñaba de lavarles la vajilla y prepararles la comida. Tuvo siete hijos. Bernardo fue el tercero. Cuando llegó éste a los nueve años de edad, pusiéronle a estudiar con los canónigos seculares de Chatillón de Sena. Gozóse en extremo el muchacho con tener tan buenos maestros; con ellos leyó algunos poetas latinos, y se aficionó tanto a la suave y musical cadencia de aquellos versos que, siendo ya viejo, gustaba todavía declamarlos, recordando los felices años juveniles, tan gozosamente aprovechados.

En la mirada angelical de sus grandes ojos azules, que impresionaba vivamente a cuantos le contemplaban, resplandeció toda su vida el virginal candor de los tiernos años. Caro le había costado el don de la pureza celestial. La flor de la edad, las compañías y ocasiones le habían incitado repetidas veces en su juventud a dar rienda libre a los carnales apetitos. Nunca la soltó Bernardo, antes túvola siempre tirante, sujetando con el freno de la mortificación los bríos de la concupiscencia. Un día llegó a arrojarse desnudo en un estanque de agua helada, en el que permaneció largo rato, para extinguir el fuego de una tentación que le asediaba.

PRUEBAS, COMBATES Y TRIUNFOS

Para librarse de la guerra de la carne, no veía Bernardo más remedio que apartarse del siglo, que suele ser cómplice de las pasiones y atizador del fuego de la deshonestidad. Sus hermanos creyeron adivinar su intento de retirarse al Cister, y se horrorizaron de ello. Pero, ¿cómo hacerle desistir de aquel propósito? ¿Por ventura hablándole de nobles enlaces matrimoniales? Jamás había soñado en ello. ¿Acaso interesándole en el ejercicio de las armas? Nunca manifestó aficiones de ese género. Hablándole de la Orden de Cluny, donde los monjes llevaban vida menos austera que en el Cister. «No, no —respondió Bernardo—. Mi alma se

halla tan enferma, que necesita el medicamento más eficaz». Por el otoño del año 1111, estando algunos hermanos y parientes suyos poniendo sitio a Grancey, hablóles Bernardo con tan suave elocuencia, que su tío Gandry declaró estar dispuesto a ir con Bernardo al Cister. Igual intención declararon sus hermanos, seducidos por el atractivo de la gracia divina.

A los pocos días eran ya unos treinta los que determinaron seguir a Bernardo. Por última vez volvieron a Fontana los cinco hijos de Tescelino para despedirse de su padre. Mucho se afligió con esto el virtuoso anciano, pero más todavía su hija Humbelina.

Nivardo, el menor de los hermanos, estaba jugando en la calle con otros muchachos. Como era todavía jovencito, la despedida parecía no hacer mella en su corazón. «¡Adiós, Nivardo! —le dijo Guido—; nosotros nos vamos al monasterio y te dejamos todos nuestros bienes y hacienda. —Pero, ¿cómo? —repuso el muchacho—, ¿vosotros tomáis el cielo y me dejáis la tierra? Mala partición es ésa». Y de allí a poco él también lo abandonó todo para ingresar junto a sus hermanos.

Vacío quedaba por cierto el castillo de Fontana, pero nunca fue como en ese día digno de loa y gloria. Para Dios, todavía quedaba demasiado poblado. Andando el tiempo, el anciano Tescelino y su hija Humbelina dejaron también el siglo, de suerte que, con redadas sucesivas, el Divino Pescador llevó al claustro los miembros todos de aquella virtuosa familia. Su santa madre, Alicia, que muriera cristianamente siendo Bernardo todavía mozo, inauguró en el cielo la vida de santidad que seguirían los suyos.

BERNARDO, ¿A QUÉ VINISTE?

COMENZÓ Bernardo el noviciado siendo ya de veintitrés años. Tenía siempre en el corazón y muy de ordinario en la boca estas palabras: «Bernardo, Bernardo, ¿a qué viniste a la religión?» Él mismo contestó a la pregunta dándose a un modo de vida que espanta. «Aquí sobran la carne y sus apetitos», habíase dicho. Para llevar a efecto sus propósitos, de buena gana se hubiera deshecho de sus cinco sentidos. Y a la verdad, más parecía estar muerto que sólo mortificado. Trataba a su oídos como a enemigos: para que no le distrajera demasiado la conversación en el locutorio, tapábalos con estopa. ¿Y sus ojos? Como si no los tuviese. Sólo miraba el interior de su alma. Un año entero estuvo en el salón de los novicios, y no sabía si el techo era de bóveda o liso. De tal modo mortificó su gusto que vino a perderlo. Bastábale una libra de pan y algunas legumbres cada día, sin carne, pescado, huevos ni leche. Llegó a beber aceite por agua sin caer en ello. Aun el comer la libra de pan a las

tres de la tarde le parecía glotonería: nunca la comió entera. ¿Y qué diremos de su sueño? El reglamento del dormitorio le obligaba a dormir vestido en un jergón de paja y en un aposento común, y a ello se amoldó perfectamente.

No pudiendo dedicarse por sus pocas fuerzas al cultivo del campo, ocupábase en otros humildes menesteres, ya cortando leña, barriendo y lavando los platos; y aun llegó a saber segar con gracia y destreza.

Con todo eso, en los ratos libres que le dejaban los ejercicios comunes, ¡qué oración tan intensa! ¡Qué afán de leer y estudiar la divina Escritura, hasta lograr adquirir aquella ciencia maravillosa, aquella suave elocuencia que le mereció, como a San Ambrosio, el honroso y significativo nombre de *Doctor mellifluus*, el «Doctor de lenguaje dulce como la miel»!

ABAD DE CLARAVAL

El monasterio del Cister había venido muy a menos cuando llegó a él San Bernardo; pero el solo nombre del Santo era el mejor reclamo para llevar vocaciones. Los novicios acudieron sin número. Por décima tercera vez enjambró esta colmena el año de 1115. Trece monjes salieron un día de ella. Sólo quedaban lo necesario para el culto divino. Encamináronse a un lugar solitario de Champaña, tan agreste y escabroso que le llamaban «el valle de los Ajenjos». Bernardo y sus monjes dieron gracias al Señor por haberles guiado a aquel Valle Claro, «Claraval», donde emprendieron vida monástica el día 25 de junio de 1115.

Los principios fueron duros y rigurosísimos. Las camas parecían féretros mal labrados. Bernardo, con ser abad, vivía en una celda que más parecía una mísera buhardilla, iluminada por un estrecho tragaluz. Un solo asiento había en su celda, tallado en la pared a pie del piso. Cuando el piadoso abad quería sentarse o levantarse, menester le era agachar la cabeza para no dar con ella en las vigas del techo.

Las comidas del Cister hubieran parecido espléndidos convites en Claraval, hacían la sopa con hojas de haya, y el pan era tan negro y desabrido que un religioso que allí pasó unos días se llevó uno para mostrarlo en su convento y exhortar a los suyos a penitencia. Con todo, este valle apartado, en el que vivían como encovados y crucificados aquellos santos monjes, vino a ser en breve frecuentadísimo por la gente piadosa.

Hasta vieron llegar cierto día en cuadrilla buen número de caballeros mozos, bizarros y gallardos. Iban sólo para entretenerse cabalgando y ejercitándose en las armas, pero de paso se detuvieron en el monasterio para saludar a Bernardo, de quien la fama publicaba grandes cosas. Obsequió-



La hermana de San Bernardo, casada con un hombre rico y dada a galas y pompas del mundo, se presenta muy ataviada a visitar a sus hermanos al monasterio. Muy avergonzada se queda porque no la quieren ver. Al fin, Bernardo la recibe y de tal modo la persuade, que se convierte totalmente.

les el Santo con un refresco, y antes de dárselo lo bendijo diciendo: «Brindo por la salud de vuestras almas, amigos». Rieron ellos a carcajada limpia al oir el brindis del abad, pero al salir del monasterio para proseguir el torneo, allá en sus adentros oían el eco de las palabras de Bernardo: fue el toque salvador de la divina gracia. Volvieron todos juntos al convento y pidieron ser admitidos en él, ofreciéndose al Santo para lavar los platos, barrer y hacer cuanto les mandara como a novicios.

Verdad es que en Claraval reinaba entonces una severidad excesiva. El mismo San Bernardo declaró más adelante haberse mostrado con sus monjes más riguroso de lo que convenía, y así, sin ceder un punto en lo que era disciplina religiosa, fue después más blando y suave, y trataba de sacar de cada uno lo que buenamente podía. Para sí, empero, guardó toda la entereza y rigor de vida, y excediéndose tanto en la penitencia, que vino a enflaquecer extremadamente. Menester fue que el obispo Guillermo, su amigo y su prior, le fuese a la mano. Descargóle del gobierno del monasterio por un año. A distancia como de cuatrocientos metros del convento le edificaron una cabaña parecida a la de los leprosos», para que en ella descansase y fuera asistido por un médico que gozaba de cierta fama en la comarca. Mas, ¡ay!, el tal no era sino un curandero embaucador, a quien el empirismo había acostumbrado a tales dislates y atrocidades, que San Bernardo no pudo menos que decir al obispo Guillermo humorísticamente: «Yo, que hasta ahora mandaba a seres racionales, por justo castigo de Dios, me veo condenado a tener que obedecer a un irracional». Concluído el año, aquel «irracional» abdicó, y Bernardo volvió al monasterio con el estómago deshecho para toda su vida. Ello no obstante, pasada la pretendida cura, se dio con nuevo ardor a sus antiguas austeridades, cual si se hubiera recobrado.

APÓSTOL DE LA VIDA RELIGIOSA

ENTRETANTO, no cabían ya los monjes en el estrecho recinto de Claraval. Una noche vio el santo abad en sueños una gran muchedumbre de almas que acudían a su monasterio; eran tantas, que no podían entrar en él. Al siguiente día, el virtuoso anciano Tescelino, decidido a abandonar el mundo, fue a pedir el hábito a Bernardo, gozoso de poder llamar en adelante «Padre» a quien hasta entonces había llamado hijo.

También a Humbelina, hermana menor de Bernardo, le vinieron deseos de ir a Claraval a ver a sus hermanos. Llegó, pues, al monasterio elegantemente vestida y acompañada de lucida escolta. Al verla, díjole Bernardo «¿Adónde con toda esa pompa, hermana mía? ¿Qué otra cosa

encubre todo ello sino un poco de basura?». Humbelina le contestó: «Hermano Bernardo, si menosprecias mi cuerpo, a lo menos apiádate de mi alma. No me deseches tan duramente; mándame cuanto gustes, que dispuesta estoy a cumplirlo». A los pocos días se recogió en un monasterio, donde murió santamente el año de 1141. El Martirologio galicano trae su fiesta el día 21 de agosto.

Por otra parte, no había en San Bernardo afán ninguno de corporación. Supo que un familiar del emperador de Alemania, San Norberto, quería propagar el ejemplo de vida austera y penitente. «Por mí no quedará» —dijo Bernardo—; ayudó a Norberto a juntar compañeros y le cedió los derechos que tenía sobre el famoso bosque de Premontré.

De cuando en cuando vertía el sobrante de la abadía de Claraval en otros monasterios filiales de aquél y más necesitados. El año de 1118 fundó el de Tres Fontanas, y en años sucesivos los de Fontenay y Foigny.

APÓSTOL DE LA CRISTIANDAD

NADA aborrecía tanto San Bernardo como la gloria y honra vana del mundo. De ella estaba muy a cubierto en aquel apartado rincón de Claraval. Precisamente con el intento de vivir desconocido había él dejado su señorial mansión de Borgoña. Pero las trazas del Señor, que eran muy distintas, iban a encaminarlo paso a paso por insospechadas sendas. Compuso Bernardo para sus monjes un *Tratado de la Humildad;* escudado en su larga experiencia de abad, desenmascaraba en dicho libro a la fingida austeridad para luego pisotearla, y fustigaba a la soberbia hasta en sus más escondidos reductos. Estas páginas de disecación moral circularon por todos los monasterios. Guigón, prior de la Cartuja, pidió a Bernardo que le escribiese algo sobre la Caridad; tal fue el origen de su hermoso *Tratado de amor a Dios.* El benedictino Suger, abad de San Dionisio y primer ministro que fue del rey Luis VII, se había convertido al leer una obra de San Bernardo sobre la *Conversión de los Clérigos.* De todas partes acudían a consultar al abad de Claraval; vino a ser el oráculo de toda clase de gentes, consejero de obispos y aun del mismo Papa, luz de los Concilios y árbitro de reyes y príncipes.

Un acontecimiento dio a San Bernardo ocasión de desplegar todo su celo: el peligroso cisma de Anacleto II. Muerto el papa Honorio II, fue elegido canónicamente Inocencio II el año de 1130; pero unos cuantos prelados ambiciosos nombraron a un romano llamado Pierleoni. Con esta fecha empieza San Bernardo a ser un personaje histórico en Europa.

Todos los caminos llevan a Roma, dice el refrán: Inocencio II tuvo

que huir de Roma, pero a ella volvió por los caminos de la cristiandad. Precedióle en ellos San Bernardo, para intentar que todos los príncipes europeos reconociesen al Papa. El rey de Francia Luis VI, reconocióle, en efecto, en el Concilio de Etampes: el mismo partido siguieron Alemania, Inglaterra y España. En Aquitania empero, el orgulloso duque Guillermo sostenía obstinadamente el cisma en que se había empeñado. Fue San Bernardo a Partenay a ver al duque. Dijo misa para pedir a Dios que aquel se convirtiera; tomó luego el Santísimo Sacramento en las manos y salió a verse con el duque, el cual se hallaba en la puerta de la iglesia por estar excomulgado. «Este es tu juez —le dijo—; ¿le menospreciarás también?» El duque tembló y cayó al suelo cual si le hubiese sobrevenido un ataque epiléptico. «Levántate —le dijo Bernardo—; mira a tu obispo; dale el ósculo de paz y devuelve la tranquilidad a tus estados». El duque bajó la cabeza y reconoció a Inocencio. Después hizo asombrosa penitencia y llegó a ser el insigne San Guillermo de Aquitania, cuya fiesta celebra la Iglesia el 10 de febrero.

Entretanto, el Sumo Pontífice quiso visitar la abadía de Claraval. De allí partió con San Bernardo para Italia, con el fin de arreglar algunas desavenencias políticas. Pasaron por Alemania, donde ordenó el Santo importantes negocios, y por Pisa y Milán, sembrando milagros a su paso y ganando el aprecio y veneración de las gentes. En breve vino a ser el árbitro universal, a quien acudió de allí en adelante el Papa en los asuntos más graves y enredados de la Iglesia. Finalmente logró reducir al antipapa sucesor de Anacleto; a los pocos días dejó Roma y volvió a Claraval.

Nos quedan de San Bernardo unas ochenta cartas que escribió a los papas Inocencio II, Celestino II y Eugenio III. Para dirigir a este último, que había sido discípulo del Santo en Claraval, escribió el hermoso libro *De la consideración.* También nos quedan muchos sermones suyos.

Bernardo impugnó victoriosamente los errores de Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, y del famoso filósofo Abelardo; peleó con igual valor contra Arnoldo de Brescia y los herejes de las riberas del Rin, y sosegó las iras del monje Raúl, que pedía la muerte de todos los judíos. A todos los males acudía pronto a ponerles remedio. Finalmente apaciguó el mediodía de Francia, a la sazón muy dividido con la herejía de los maniqueos.

Pero hubieran bastado sus sermones sobre la Virgen María para hacerle acreedor al aplauso y loa del mundo entero. Con San Bernardo principalmente, empiezan los cristianos a mirar a María como «el Acueducto por el que nos llegan las divinas aguas de la gracia; como la Medianera eficaz de la que nada tienen que temer aquellos mismos pecadores que temblarían de miedo ante la soberana majestad de Cristo».

LA SEGUNDA CRUZADA. — MUERTE DEL SANTO

PALESTINA, tan heroicamente conquistada con la primera Cruzada, iba a caer de nuevo en poder de los sarracenos. Poco a poco fue dibujándose en la mente de San Bernardo todo un plan de conquista y de política cristiana, cuyo eje y móvil sería el sepulcro del Salvador. Predicó la cruzada, recorrió Francia, Suiza, Alemania, y movió a las provincias y reinos a tomar las armas. Hizo innumerables milagros, hasta treinta y seis en un solo día. Pero por disposición del Cielo, la expedición, salida con grandes esperanzas de triunfo, acabó en lamentable fracaso. Bien entendía Bernardo que aun en las causas más nobles ha de contarse primordialmente con la voluntad de Dios, ya que el término último de nuestras acciones sólo Él lo conoce. Y aunque no le había faltado al santo organizador ese espíritu sobrenatural, el Señor permitió las cosas del tal manera que aquella esforzada empresa se derrumbó cuando estaba en los cimientos. Paralizáronla no poco las disensiones entre príncipes cristianos. Bernardo volvió a Claraval. Llovían sobre él murmuraciones y quejas, aunque afligido, gozábase de que los golpes diesen en él y no en el Señor.

«Buscar a Dios» fue el blanco de los anhelos de Bernardo. Al paso que se acercaba a la muerte, llegábase también al Señor. Ya ni comía, ni dormía, todo lo llenaba la contemplación del Sumo Bien. «Ya no soy de este mundo —exclamaba—. Y los monjes replicaban suplicantes Apiadaos de Claraval, padre nuestro». Parecía entonces querer vivir, como si titubeara su corazón entre el ansia grande de ver a Cristo y el amor a aquel rincón del mundo, el único pedazo de tierra que amó sin reparos. Levantó al cielo sus «ojos de paloma», y concluyó en conmovedor diálogo exclamando. «Dios decidirá». La divina determinación se manifestó el día 20 de agosto de 1153, día en que el Santo murió.

El papa Alejandro III le canonizó y le nombró Doctor de la Iglesia el día 18 de enero de 1174. Celébrase la fiesta hoy, 20 de agosto.

SANTORAL

Santos **Bernardo, abad y doctor de la Iglesia;** Pío X, papa; *Samuel, profeta; Veredemo, obispo de Aviñón; Lucio, senador romano mártir;* Osvino, rey de Northumbria, mártir; Dióscoro, Heliodoro y Dozas, mártires; Memnón, centurión romano, y Severo, mártires; Filiberto, abad; Porfirio, Máximo y Manecio, confesores. Beato Bernardo, abad de Candeleda, cisterciense.



Toda la felicidad está en hallar la cruz de Cristo y abrazarse a ella

DÍA 21 DE AGOSTO

SANTA JUANA DE CHANTAL

FUNDADORA DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN (1572-1641)

«HALLÉ en Dijón —decía San Francisco de Sales— lo que Salomón ansiaba encontrar en Jerusalén, hallé a la mujer fuerte, en la persona de la señora de Chantal». Elogio admirable que ha sido confirmado por la Iglesia, y plenamente justificado por la misma Santa con una vida llena de sacrificios y prodigiosa actividad.

Juana Francisca vio la luz primera en Dijón el 23 de enero de 1572 en la suntuosa morada de los Fremyot, noble familia cuyo jefe descollaba entre los miembros del parlamento de Borgoña. Sólo contaba dieciocho meses cuando perdió a su madre y compartió su orfandad con otros dos hermanitos. Desde los más tiernos años, notáronse, en esa niña privilegiada, amor entrañable a la Santísima Virgen y una extraordinaria afición a cuanto se relacionaba con la Santa Iglesia Católica. Contaba cinco años cuando asistió a la disputa que sostenía con su padre cierto gentilhombre protestante que negaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

—Señor —le interrumpió Juana—, se debe creer que Jesucristo está en la Santísima Eucaristía, porque Él mismo lo ha dicho; si usted no cree en las palabras de Jesucristo, le trata sencillamente de embustero.

Quiso el protestante discutir con ella, pero pronto le interrumpieron en

su porfía las sagaces respuestas de la niña; y para abreviar, obsequióle con unos bombones. Recibiólos la niña en su delantalcito para no tocarlos con las manos, e inmediatamente corrió a arrojarlos al fuego mientras decía: —Así arderán en el infierno todos los herejes, porque son gente orgullosa y necia que no cree lo que dijo Jesucristo.

Hombre de acrisolada virtud y muy elevado criterio, el señor Fremyot supo apreciar el rico tesoro que Dios le había dado. Confió la educación de sus hijos a maestros escogidos que les dieron sólida y brillante enseñanza, conforme a las tradiciones de las grandes familias de aquella época, y más aún impulsado por su caballeroso y cristiano corazón, se reservó para sí mismo el cuidado de dirigirlos por las sendas de la virtud y de inculcarles los santos principios de la doctrina cristiana y del amor de Dios.

AMA DE CASA. — AMOR A LOS POBRES

PRENDADOS no sólo de la belleza de Juana sino también de sus eminentes dotes de espíritu y corazón, muchos jóvenes de las más ilustres familias la pidieron en matrimonio, pero fue inútil su insistencia porque, según ella decía, era preferible morar en perpetua cárcel antes que entre mimos y regalos en el palacio de un hugonote cualquiera.

Quiso Dios recompensar su noble y cristiana firmeza, y le dio un digno esposo en la persona del barón de Chantal, que a la valentía, fe y gentileza de un caballero chapado a la antigua, juntaba la delicadeza moral y la cortesanía de un caballero del siglo XVI. Celebróse la boda el 29 de diciembre de 1592; pocos días después el rey Enrique IV llamó a su lado al barón de Chantal «a quien amaba y de quien hacía mucho caso».

En ausencia de su marido, la señora de Chantal se hizo cargo de todos sus bienes, y en poco tiempo puso orden en la dirección y marcha de aquellos negocios, que una negligencia larga y continuada tenía por completo descuidados. Restablecióse la celebración de la misa cotidiana en el castillo y a ella asistían, en amable consorcio, señora y criados.

Una de las ocupaciones más agradables a la señora de Chantal era la de servir a los pobres y a los enfermos. Acudía personalmente a las cabañas más pobres, llevando no sólo el socorro de sus limosnas, sino también el de sus caritativos alientos; y cuidaba a los enfermos más repugnantes con tan exquisita delicadeza, que los desgraciados de Bourbilly solían decir que «daba gusto estar enfermo para recibir la visita de la santa baronesa».

En el año 1600 hubo un hambre terrible. El castillo de Chantal fue la providencia de todos los pobres del contorno en un radio de seis leguas

y ninguno de los que allí acudían se marchaba con las manos vacías. Cuando llegaba a oídos de la santa baronesa que algunos, abusando de su magnanimidad, se presentaban dos veces seguidas en demanda de socorro, se contentaba con decir: «¡Oh Dios mío, yo también pido constantemente a la puerta de vuestras misericordias y no me gustaría que a la segunda o tercera vez me viese rechazada. Vos soportáis miles y miles de veces mi importunidad con bondad infinita: ¿por qué no he de soportar con paciencia las de vuestras criaturas, si honrándolas os honro a Vos?»

Ya no quedaba en el castillo más que un tonel de harina y al ver los criados que la señora iba a distribuirlo, prorrumpieron en amargas quejas ante el temor de verse en la necesidad que en los otros remediaban, mas la señora de Chantal «que se dé a manos llenas», ordenó, y así se hizo. Seis meses después la harina no había sufrido la menor disminución.

PRIMERAS PRUEBAS

Ocho años felices habían transcurrido para aquellos dos esposos, modelo de matrimonio cristiano y santo; ocho años de mutuo amor acendrado, delicado y tierno, cuando en el invierno de 1601, en una partida de caza, el señor de Chantal fue gravemente herido de un arcabuzazo. Tras nueve días de agonía, murió con la resignación y el valor de un fervoroso cristiano, a los treinta y cinco años de edad. Dejaba un hijo y tres hijas de los seis frutos de bendición que el Señor les había concedido. Aquel terrible dolor preludiaba una larga serie de pruebas.

Aunque resignada a la voluntad de Dios, quedó la santa viuda tan profundamente herida por aquella inesperada pérdida, y fue tan intensa la pena, que se temió le costase la vida. Ya sólo pensaba en el amor de Dios, que había de ser único y eficaz consuelo, y por eso se consagró con el voto de castidad perpetua al Esposo divino, y se dedicó por completo a la educación de sus hijos y al alivio de los menesterosos.

A fines de 1602, el anciano barón de Chantal llamó a su lado a su hija política y a sus nietos. Accedió ella gustosa a tales deseos y acudió al castillo de Montelón, cerca de Autún, para vivir en compañía de su suegro. La estancia en aquel castillo fue para la Santa un atroz y continuo sufrimiento, debido al carácter autoritario y maniático del anciano barón y a los modales imperiosos del ama de llaves, que mandaba como dueña en el castillo, sin consideración para con los nuevos familiares.

La insolencia de aquella mujer no conocía límites, y llegó a indisponer al barón contra su nuera de tal modo, que fue considerada como forastera a quien se recibe por caridad en el hogar doméstico. Siete años duró aquel purgatorio, que ella soportó con toda paciencia.

JUANA DE CHANTAL Y SAN FRANCISCO DE SALES

Con vivas instancias pedía a Dios la santa baronesa que le diese un director para su alma. El Señor oyó sus ruegos y cierto día en que con mayor fervor, si cabe, le instaba, vio pasar un sacerdote, y al mismo tiempo, parecióle oír una voz que le decía· «Éste es el guía muy amado de Dios y de los hombres en cuyas manos debes poner las cosas de tu conciencia». Aquella indicación llenó su alma de consuelo y propúsose la Santa entrar en inmediata relación con su nuevo guía espiritual.

Permitió el Señor, sin embargo, que acudiese primero a un santo y docto religioso que no acertó a dirigirla, antes le hizo pasar durante más de dos años cruelísimas penas interiores. «Todo aprovecha a las almas que aman a Dios» y Juana Francisca aprendió en esa ruda escuela a desprenderse de sí misma para no querer más que la voluntad divina.

San Francisco de Sales, que ya era obispo desde 1602, había ido a Dijón, en 1604, para predicar la cuaresma y Juana Francisca acudió a sus sermones. Ambos se conocieron sin haberse visto nunca. Aquella nueva hija se puso bajo la dirección del santo con una docilidad perfecta

Las cartas que se escribieron son uno de los más bellos monumentos literarios que existen, ofrecen el arrobador espectáculo de una santa dirigida por un santo, y presentan esa angélica amistad que es y será siempre admiración de los hombres y fuente inagotable de ascetismo para la Iglesia.

VOCACIÓN RELIGIOSA. — OBSTÁCULOS

En las relaciones que la Santa mantenía con los pobres, resplandecían siempre las virtudes cristianas de humildad, mansedumbre, mortificación y perfecto desprendimiento. En el domingo de la Santísima Trinidad de 1604, se le presentaron tres jóvenes de hermosísimo aspecto y le pidieron una limosna por amor de Dios. No llevaba un cuarto la Santa, mas como no quería despacharlos sin dejarles algún socorro, quitóse una preciosa sortija de oro, que tenía en gran estimación por ser recuerdo de su difunto esposo, y se la entregó a uno de ellos. Contestáronle agradecidos que eran muy buenos amigos y que ciertamente lo dado a uno era para los tres. Al oír esto, sintió su alma penetrada de la presencia de Dios y, comprendiendo que había allí algo de sobrenatural, cayó a sus plantas y se las besó: al levantarse, habían desaparecido. Entonces, hizo voto de no rehusar limosna a quien se la pidiese por amor de Dios.

En los pobres veía a Nuestro Señor oculto bajo los harapos del nece-



AL verse Santa Juana Francisca Fremyot de Chantal ante el santo obispo de Ginebra, recuerda la visión que noches antes ha tenido y siente que una voz interior le habla desde la conciencia cual si quisiera confirmarla en su presentimiento: «Éste es el amado de Dios a cuya dirección debes sujetarte».

sitado y por eso les servía como criada y como madre. Los casos de caridad heroica que con ellos ejercitaba son frecuentes en su vida. En las proximidades del castillo y recostado en el seto que rodeaba la finca, hallaron un día a un joven cubierto de lepra. Enterada la piadosa castellana, llevóle a su casa y cuidó con el mayor esmero de su alma y de su cuerpo. Cuando el enfermo hubo muerto, lavó su cadáver y le dió sepultura con sus propias manos. De igual manera acogió y cuidó a una joven que tenía el rostro horriblemente desfigurado por un espantoso cáncer.

Mucho más fácil era para la señora de Chantal olvidarse del mundo, que hacerse olvidar de él, y así se vio nuevamente solicitada en matrimonio. A las primeras insinuaciones contestó categóricamente que no pensaba en semejante cosa. En 1606 un noble muy acaudalado y gran amigo del señor Fremyot, pidió su mano. Todos los parientes de la Santa se concitaron para arrancarle el consentimiento. Ante acometidas tan duras, dolorosas y constantes, tomó una resolución heroica: encerróse en su habitación, echó mano de un punzón, lo enrrojeció al fuego y gravó con él sobre su corazón el nombre de Jesús. Con la sangre que brotó de la llaga escribió de nuevo sus votos y la promesa de consagrarse para siempre al puro amor de Dios. Entonces se precisaron aún más sus deseos de abrazar la vida religiosa y pensó ingresar en el Carmelo, pero Dios la destinaba a establecer la Orden de la Visitación. El proyecto quedó fijado con San Francisco de Sales en Annecy, el lunes de Pentecostés de 1607.

Para realizar esa empresa tuvo que vencer obstáculos enormes: había de separarse de su padre, de su suegro y de sus hijos, cosa dificilísima para tan tierna madre. «Veo un caos en todo esto y no sé como desembrollarlo —decía el santo obispo—, pero estoy seguro de que, cuando sea tiempo, la Divina Providencia lo arreglará todo por medios desconocidos a las criaturas». Y aquel vaticinio halló cabal cumplimiento.

Por fin, en 1609, determinóse la señora de Chantal a descubrir a su padre aquel propósito, las lágrimas del anciano le partieron el corazón. Su hermano, el arzobispo de Bourges, no le dio mayores alientos. Transcurrió un largo período de contratiempos dolorosos hasta que la Santa declaró a ambos que si lo pensaban bien y no tenían en cuenta más que a sólo Dios, hallarían un sinfín de razones para aprobar su conducta y vocación. Porque su hija mayor María Amada, casada con el barón de Thorens —Bernardo de Sales, se llevaría consigo a las otras dos hijas menores para acabar su educación, y en cuanto al joven barón de Chantal, Celso Benigno, de quince años, había decidido que el Presidente Fremyot lo tomaría bajo su cuidado. Además dejaba los bienes de sus hijos en inmejorable estado de prosperidad. Vencido el señor Fremyot y admirado de tanta prudencia y discreción, aprobó la resolución de su hija.

DOLOROSA DESPEDIDA

Determinó despedirse primero de su suegro el señor de Chantal. Echósele a los pies. Le pidió perdón de sus faltas y solicitó su bendición. El anciano hízola levantar y arrojóse en sus brazos sin fuerzas para hablar, porque aunque la amaba a su modo, la tenía por santa. Cuando apareció en la escalinata, una multitud de pobres la acogió llorando y la acompañó largo trecho en el camino, formándole cortejo de agradecidos corazones, que arrancó lágrimas a Juana Francisca.

Pero en Dijón le esperaba la más dura prueba. Celso Benigno se colgó al cuello de su madre y le suplicó con lágrimas que no le abandonase. La señora de Chantal se desprendió de los brazos de su hijo y, aunque con el corazón traspasado de pena, dirigióse a la puerta con firme resolución. Pero Celso Benigno lanzóse veloz tras ella y arrojándose al suelo en la puerta misma le dijo: «Mirad, madre mía, si no puedo reteneros tendréis que pasar por encima de vuestro hijo». Contúvose la madre temblando de dolor. «¡Cómo, señora! —le dijo uno de los testigos de la escena—; ¿os harán titubear los lloros de un hijo? —De ninguna manera —replicó la Santa—; pero, ¿qué quiere usted? Soy madre». Y con los ojos en el cielo pasó adelante, haciendo gran violencia al corazón.

Apareció entonces el Presidente Fremyot, postróse ella a sus pies y le pidió su bendición. «Dios mío —exclamó Fremyot—, no me toca a mí censurar lo que hacéis; consiento en ello con todo mi corazón, y os inmolo con mis propias manos esta hija única que me es tan querida como lo era Isaac para su padre Abrahán. Ve, hija mía, ve libremente a donde Dios te llama». La heroica madre salió de Dijón el 29 de marzo de 1610.

LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

Esta Congregación —dice San Francisco de Sales— ha sido erigida de manera que ningún gran impedimento pueda estorbar el ingreso a las débiles ni a las enfermas que quieren dedicarse a la perfección del divino amor». Ofrécese a jóvenes, viudas y señoras de edad, aunque delicadas de salud, enfermas o ancianas, en las cuales parecen no responder las fuerzas físicas a las generosas aspiraciones del alma. Pero si el nuevo Instituto nada ofrece que pueda debilitar al cuerpo por las mortificaciones y penitencias rigurosas, no olvida nada de cuanto ayuda a crucificar el espíritu por el sacrifico íntimo de los gustos y apetitos.

Al principio, la Visitación —vulgarmente llamada las *Salesas*— fue una Congregación de votos simples y no solemnes, que añadía a la vida contemplativa la visita a los pobres y a los enfermos, de donde le vino el apelativo con que se la conoce. Pero en 1615, a la llegada del primer enjambre de Visitandinas a Lyón, surgieron dificultades que determinaron una maravillosa transformación. La Visitación fue erigida en Orden puramente contemplativa con votos solemnes y clausura sin alterar por eso su primitivo nombre. Desde entonces sus casas se multiplicaron con sorprendente rapidez, y la Providencia favoreció ese desarrollo con lujo de maravillas.

PÉRDIDAS DOLOROSAS. — SU MUERTE

JUANA Francisca de Chantal aunque religiosa, no se olvidó de que era madre: desde su retiro velaba por sus hijos, administraba sus bienes, preparaba su porvenir y hasta les procuró estado conforme a su posición.

El 16 de agosto de 1611, el Presidente Fremyot terminó su larga y virtuosa carrera. Apenas conoció la gravedad de su estado, acudió Juana Francisca a su cabecera. «Oh amada hija —le había dicho San Francisco de Sales al dejarla marchar—, tratad los asuntos de la tierra con los ojos puestos en el cielo». Y así lo hizo la Santa. Arreglado que hubo todo con su acostumbrada diligencia y habilidad, después de haber dado a su hijo un ayo cuya prudencia le era conocida, volvió al monasterio sin hacer caso de las instancias con que sus parientes trataban de retenerla.

Nuevamente se vio en la precisión de salir del convento para acudir al castillo de Montelón, con ocasión de la muerte de su suegro, el cual dejaba los asuntos de su casa en deplorable estado. Allí estaba la vieja ama de llaves temerosa de ser arrojada ignominiosamente. Pero los santos sólo responden con beneficios, y la señora de Chantal pensó en los servicios que dicha sirvienta había prestado y la remuneró con largueza.

En 1617 falleció su yerno, el barón de Thorens, a consecuencia de una enfermedad mortal contraída en servicio del duque de Saboya. Su hija que se retiraba al lado de la santa fundadora siempre que el marido se ausentaba por deberes de su situación, no pudo resistir a la violencia del dolor, y cayó enferma de muerte. Pocas horas antes de expirar dijo a su madre: «Me atrevo a pediros, con toda humildad, vuestro santo hábito y el favor de ser enterrada con las religiosas de esta comunidad». No sólo le concedió esos favores el bondadosísimo San Francisco de Sales, sino también el pronunciar los votos solemnes y recibir el velo negro y la cruz de plata. Después expiró santamente en brazos de su madre.

Los esfuerzos que hizo la Madre Juana Francisca para vencer la pe-

sadumbre agotaron sus fuerzas, y cayó tan gravemente enferma que fue preciso administrarla. Pero San Francisco de Sales acudió al cielo, hizo un voto por ella a San Carlos Borromeo, le aplicó una reliquia del mismo Santo y quedó curada al instante. Aún le quedaba mucho que sufrir.

También para San Francisco de Sales llegó el término de su peregrinación y el día de la recompensa el 28 de diciembre de 1622. Llorόle la Santa mucho tiempo y se ocupó de hacerle canonizar. El 22 de julio de 1627 cayó muerto en la isla de Re, cuando combatía valientemente por la fe, su hijo el barón de Chantal; dejaba una niña que fue más tarde muy conocida con el nombre de Madama de Sevigné. Poco después murieron su nuera, su yerno, y el arzobispo de Bourges su hermano.

Era aquélla la corona previa a su glorificación. Estaba cercana su última hora. Dejaba establecidas ochenta y seis casas de su Orden y quedaba en pos de ella una brillante estela de santidad y milagros.

Al cúmulo de sufrimientos que aquellas desgracias significaron para nuestra Santa, quiso Dios unir la adversidad, y comenzó a prepararla para la muerte por una agonía de nueve años. Torturas en el espíritu y en el cuerpo; críticas malévolas de parte del mundo; de nada se libró. Por eso acostumbraba decir «que era preciso sacrificarse en la vida como los mártires se sacrificaban en la muerte». Cuando llegó su hora contestó a las oraciones de los agonizantes con tanta calma como fervor; pronunció por tres veces el nombre dulcísimo de Jesús como para mejor ponerse en sus amorosos brazos y expiró. Era el día 13 de diciembre de 1641.

En la capilla de la Visitación de Annecy descansa su cuerpo al lado del de San Francisco de Sales. La beatificó Benedicto XIV el 27 de noviembre de 1751 y fue canonizada por Clemente XIII el 16 de julio de 1767.

SANTORAL

Santos *Maximiliano, Bonoso, Joviano y Herculano, mártires; Fidel, Teogonio y Agapito, mártires juntamente con su madre; Juan, confesor;* Privato, obispo regionario en las Galias, mártir de los bárbaros; Euprepio, consagrado por el Príncipe de los Apóstoles como obispo de Verona; Adalelmo y Cuadrato, obispos; Bernardo Tolomeo, fundador de la Congregación de Nuestra Señora del Monte Olivete; Anastasio, comisario militar romano, martirizado en Salona; Luxorio, Ciselo y Camerino, mártires en Cerdeña, imperando Diocleciano; Paterno, mártir en Fondi de Italia, Julio, Julián, Vicente, Augurio y Eutodio, mártires en España. Santas **Juana Francisca Fremyot de Chantal, fundadora;** *Basa, martirizada juntamente con sus hijos;* Ciríaca, viuda, mártir en Roma; Gracia y María, vírgenes y mártires en Alcira; Humbelina, hermana de San Bernardo, abadesa.



Marco Aurelio · Catedral de Autún

DÍA 22 DE AGOSTO

SAN SINFORIANO

MÁRTIR DE AUTÚN († hacia el 180)

PRECIOSO documento son las *Actas* de San Sinforiano, de donde sacamos todos los pormenores de esta vida. Ya Gregorio Turonense, historiador del siglo VI, reconoció su autenticidad, admitida también en el correr de los siglos, por los críticos más quisquillosos y exigentes; tanto es así, que de ellas escribió autor tan severo como monseñor Duchesne: «Representan una tradición limpísima, cristalizada a mediados del siglo V en un relato cuya sustancia puede sin reparo aceptarse». A este relato del siglo V se añadieron más adelante algunos complementos, más o menos legendarios, en los que fácilmente se echa de ver la fantasía de su autor o autores, por lo que no es difícil eliminar dichos postizos.

«Un contemporáneo del Santo —escribe a este propósito un historiador moderno— no hubiese puesto en labios del gobernador un supuesto edicto que Marco Aurelio nunca promulgó, o en labios de un mártir del siglo II, una disertación contra los dioses del paganismo, que parece ser eco de la apologética del siglo IV, y señaladamente de algunos versos del cristiano poeta Prudencio. Pero lo que traen las *Actas* referente a la devoción de los de Autún a la diosa Cibeles, cuya fiesta dio ocasión al martirio de San Sinforiano, eso sí que parece ser histórico imperando

Marco Aurelio, en todo el mundo romano veneraban a la diosa frigia; popularísima era particularmente en la Galia lionesa a mediados del siglo II, y tuvo adoradores en la ciudad de Autún hasta el siglo V. Nada impide tampoco mirar como antigua tradición el episodio de la madre que desde la muralla de la ciudad exhorta a su hijo cuando va al martirio».

PATRIA Y FAMILIA DE SINFORIANO

TANTO por el linaje como por sus dignidades, hacienda y oficios, era la familia de San Sinforiano una de las más notables de *Augustodunum* —Autún—, antigua ciudad de los eduos. Pero incomparablemente más dichosa que por gozar de todas esas ventajas materiales, lo fue por haber conocido y abrazado la verdadera fe.

Cuando en el siglo II los santos misioneros Benigno, Andoquio y Tirso llegaron de Asia Menor al territorio de Autún, los padres de San Sinforiano les ofrecieron generosa hospitalidad. Fausto y Augusta, que así se llamaban aquellos virtuosos consortes, dieron tantos y tan extraordinarios ejemplos de santidad, que se hicieron acreedores a la pública veneración. Los santos huéspedes bautizaron al niño Sinforiano, y a varios deudos de aquella noble familia, ya conquistados para la causa de Cristo.

Imperando Marco Aurelio, se levantó cruelísima persecución contra las Iglesias de las riberas del Ródano y del Saona. Primer episodio de ella fue el degüello de los cristianos de Lyón y de Viena de Francia el año 177. San Sinforiano vivía por entonces en medio del fausto y esplendor propios de su noble linaje, y gozaba del buen concepto y fama merecidos por su rara virtud. El estudio de la letras desenvolvió y perfeccionó su inteligencia y la divina doctrina del Evangelio educó y moldeó su corazón. Por eso, el santo niño, en la edad que ordinariamente sólo produce flores, daba ya tempranos frutos de sabiduría que bastaran para honrar a varones maduros y ancianos, de manera que, era gala y ornato de la ciudad de Autún, de la que había de ser glorioso patrono.

En medio de los ardores y peligros de la juventud guardó Sinforiano su corazón puro y limpio cual blanquísima azucena. Los escándalos del paganismo no lograron marchitar la flor de su inocencia, por lo que muchos, maravillados de ver tanta virtud y prudencia en edad tan temprana, decían ser imposible que aquel mancebo fuese tan perfecto de por sí, y que sin duda tenía trato con los espíritus celestiales.

Su devota madre hacíale leer cada día algunas páginas de los Sagrados Libros, y le obligaba a detenerse en los pasajes más propios para

formar su entendimiento y corazón. Alegrábase y dábale mil parabienes aquella santa mujer al ver cómo se acrecían en el alma de su hijo el divino amor y la entereza con que había de sobreponerse más adelante a las pruebas y tentaciones; entereza que habría de sostenerle asimismo en el martirio.

FIESTA PAGANA EN AUTÚN

GLORIÁBASE la ciudad de Autún de su noble y antiquísimo origen, pero sus habitantes vivían totalmente entregados a vanas y sacrílegas supersticiones. Daban veneración especialísima a Cibeles, Apolo y Diana, en cuyo honor celebraban grandes fiestas.

Una chispita de la verdadera fe prendió cierto día en la vetusta urbe pagana, fue poco a poco abrasando los corazones de los autunenses y dio al traste con el culto de los ídolos. Pronto la ciudad del diablo, trocada en ciudad de Cristo, vióse coronada con una diadema de imperecedera gloria cual fue el nutrido cortejo de sus Mártires y Santos.

Llegó la solemnísima fiesta de la diosa Cibeles, que allí veneraban con el nombre de Berecintia. Un gentío inmenso, ebrio de placeres y desórdenes, acudió a ofrecer plegarias y adoraciones al ídolo que llamaban madre de todos los dioses. Paseábanlo por las calles en unas andas con gran pompa y majestad, y aquellas gentes, creadas a imagen y semejanza del Dios verdadero, postrábanse reverentes en tierra para rendir adoración al simulacro. En verdad aquel pueblo adoraba sus vicios y pasiones.

Un gallardo joven como de veinte años de edad, que topó con la infame comitiva al volver una calle, no pudo contener un gesto de indignación. Cuando pasó junto a él la estatua de la diosa, le volvió las espaldas haciendo burla de ella. era el valiente y virtuoso Sinforiano A la vista de aquel atrevido menosprecio, la muchedumbre empezó a dar gritos, enfurecida por extremo, y los más próximos echaron mano de él.

—Adora a la diosa Cibeles —vocearon todos a una.

—Al Dios vivo adoro yo, no a un ídolo mudo —respondió el mancebo.

—Éste debe ser cristiano —dijeron algunos.

Sin más, le detuvieron y le llevaron ante el tribunal de Heraclio, que era el juez especialmente enviado por el emperador a las Galias, con orden de perseguir a los cristianos. Sinforiano se había dejado maniatar y llevar sin decir palabra, confiado en Aquel que prometió particular amparo a cuantos confesasen su santísimo nombre delante de los jueces.

Los paganos, satisfechos, esperaban haber realizado buena caza.

EN EL TRIBUNAL DEL PROCÓNSUL

LLEVARON, pues, al joven cristiano ante el procónsul Heraclio.

—¿Cómo te llamas y quién eres? —preguntó el juez.

—Me llamo Sinforiano y soy cristiano.

—¡Cristiano! ¿Cómo has logrado escapar hasta hoy de nuestras manos? No sabíamos que hubiese en la ciudad quien profesase esta religión. Pero, dime· ¿Por qué no has querido adorar a la madre de los dioses?

—Ya he dicho que soy cristiano. Adoro al Dios vivo que reina en el cielo. ¿O crees tú que voy a postrarme y adorar a un vano simulacro del demonio? Al contrario; manda que me traigan un martillo y romperé en mil pedazos la estatua de vuestra diosa madre.

Extrañó al juez la firmeza del esforzado joven y dijo a un oficial·

—Este mozo, a su sacrilegio e impiedad junta la rebeldía. ¿Es por ventura ciudadano de Autún?

—Sí, señor —respondió el oficial—; su familia es de las principales.

—Quizá por eso te muestras tan altivo —dijo a Sinforiano—. ¿Acaso ignoras cuál es la expresa y formal voluntad de nuestros augustos emperadores? Léase públicamente —ordenó—.

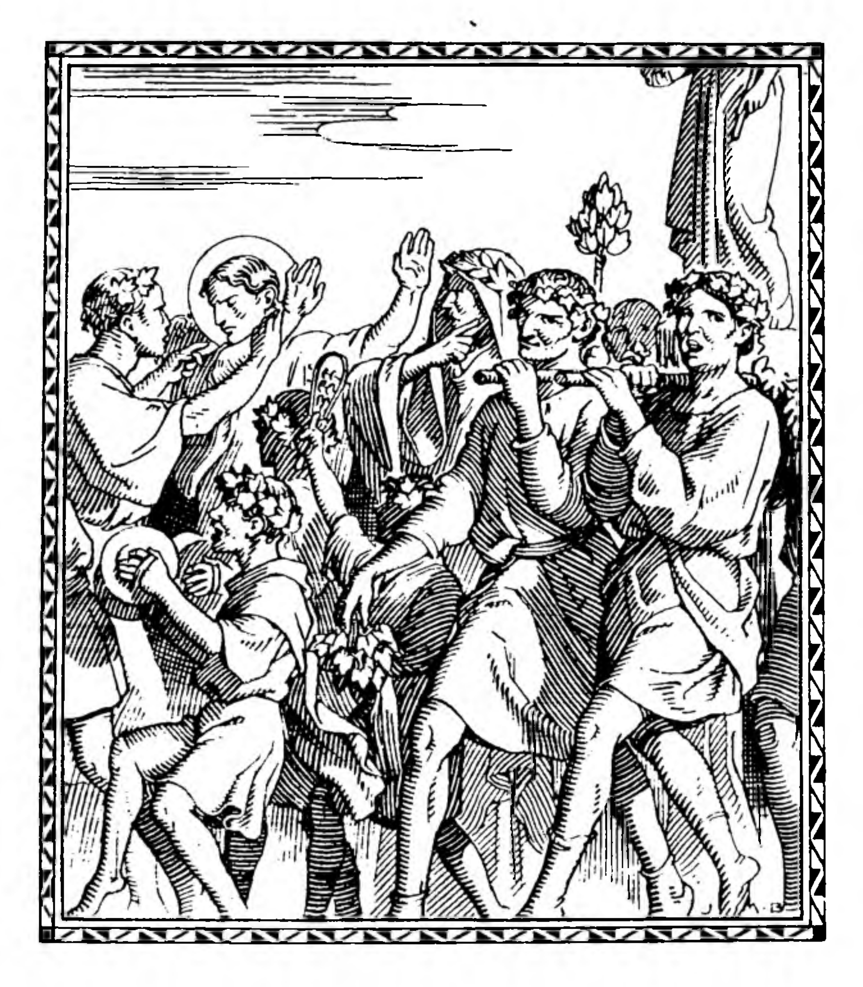
Un escribano leyó entonces aquellos decretos imperiales que mandaban perseguir con rigor, y aun atormentar con cruelísimos suplicios, sin atender a su categoría o dignidad, a quienes se llamasen cristianos y violasen las santísimas leyes del imperio referentes al culto.

Cuando el escribano acabó de leer, preguntó Heraclio a Sinforiano:

—¿Qué te parece todo eso? ¿Crees que puedo dejar incumplido un mandato tan claro y terminante? Eres reo de dos delitos; no puedes negarlo: de sacrilegio, por no querer adorar a los dioses, y de incumplimiento de la ley. Si te empeñas, pues, en desobedecer al edicto, me obligarás a dar un escarmiento ejemplar. Las leyes burladas y los dioses ofendidos, exigen tu sangre; pero aún tienes la posibilidad de rectificarte.

El valeroso mártir que, fortalecido con el auxilio divino, había escuchado sonriente aquella capciosa intimidación, respondió a las amenazas confesando la justicia y misericordia de Dios, Creador y Redentor

—Tenemos un Dios los cristianos, que es tan severo y riguroso cuando castiga el pecado, como bondadoso y liberal cuando premia el mérito. A quienes temen su omnipotencia les infunde vida, y por el contrario, castiga de muerte a quien se rebela contra su infinito poder. Mientras yo permanezca firme, declarando públicamente y sinceramente que sólo a Él adoro, seguro estoy de la eterna salvación, por más que se levante contra mí la furia del demonio y de vosotros sus secuaces.



MIENTRAS *toda la gente hace fiestas, adora y celebra la estatua de la diosa Cibeles, madre de todos los dioses, a la que llevan con gran pompa y majestad, Sinforiano vuelve las espaldas y se niega a venerarla; gesto que habrá de provocar la irritación de aquellos vanos adoradores.*

AZOTAN AL SANTO. —NUEVO INTERROGATORIO

COMPRENDIÓ Heraclio que no podría ablandar el pecho fuerte y valeroso del santo mártir, y que a pesar de todas sus razones y amenazas, aquel fortísimo caballero del Señor persistía inflexible en su determinación, y mandó a los lictores que le azotasen cruelmente cual si se tratase de un vil esclavo. Así lo hicieron aquellos desalmados verdugos.

Echáronle después en una dura cárcel· esperaban que la soledad y lobreguez de aquella hedionda mazmorra doblegarían la constancia del mártir, pero el Señor sostuvo el ánimo de su valeroso caudillo.

Terminado ya el plazo otorgado por las leyes, Heraclio hizo comparecer al preso. Habían quedado muy debilitadas las fuerzas del santo mártir con la flagelación y la cárcel. Las cadenas no apretaban ya sus miembros flacos y extenuados. Empresa fácil parecía al juez rendir la voluntad de un joven tan por extremo enflaquecido y debilitado; pero el mártir, sostenido por la gracia, podía menospreciar las promesas del magistrado romano, por halagadoras y seductivas que fuesen.

Cuando Heraclio vio delante de sí al noble mancebo, manifestó fingida compasión, mil veces más peligrosa que las mismas amenazas.

—Considera, Sinforiano —le dijo—, cuánto pierdes, y cuán sin razón te obstinas en no querer adorar a los dioses inmortales. Obedece, te prometo un cargo honrosísimo en los ejércitos del emperador. Además, tendrás derecho a esperar de su liberalidad premios proporcionados a tus servicios. Considera también el peligro a que te expones, si hoy mismo no doblas la rodilla ante la diosa Cibeles, y no rindes adoración a nuestros excelsos dioses Apolo y Diana. ¿Quieres que mande adornar con guirnaldas sus altares? Mira, créeme; ofrece incienso a nuestros dioses, y con sacrificios dignos de su inmensa majestad, procura que te sean propicios.

—Un juez como eres tú, depositario de la autoridad del príncipe y de los negocios públicos —respondió Sinforiano— no ha de andar perdiendo el tiempo en vanos y frívolos discursos. Si es peligroso no trabajar para adquirir cada día una nueva virtud, ¡cuánto más debe temer el dar de cabeza contra el escollo del vicio quien se aparta de la senda del bien!

Insistió el procónsul para ver si podía arrancar al valeroso joven palabras de apostasía, reiteró las halagadoras promesas, y le pintó con vivos colores las honras y dignidades que tendría en la corte. Ni poco ni mucho caso hizo Sinforiano de tales promesas, y respondió:

—Un juez se deshonra cuando, del poder que la justicia puso en su mano, usa él para armar trampas a la inocencia. Nuestras riquezas y honras, de Cristo las esperamos, y sabemos que el tiempo no podrá

corromperlas. A vosotros, por el contrario, con las riquezas os tiene el demonio cogidos en sus redes: el ansia de bienes caducos está corroyéndoos el corazón con incesantes zozobras. Nuestros bienes no son de este mundo; a nosotros nada nos roba la adversidad. Muy falaces y pasajeras son, en cambio, vuestras alegrías; podrían muy bien ser comparadas a un trozo de hielo que se derrite con los primeros rayos del sol. Vuestros placeres pasan veloces como el tiempo; sólo nuestro Dios puede galardonar con dicha y gloria infinitas. La más remota antigüedad no vio el principio de su eterna bienaventuranza, y la serie de los siglos infinitos nunca jamás verá su fin, pues no lo tiene.

Con este admirable discurso creció el enojo del procónsul.

—Abusas de mi paciencia, Sinforiano —gritó enfurecido y avergonzado con la derrota—; harto sabes que nada me importan tus peroratas sobre la grandeza y majestad de no sé qué Jesucristo. Obedece, adora a la madre de los dioses o dictaré contra ti fallo de sentencia capital.

Llenóse el glorioso mártir de sobrenatural alegría cuando oyó aquella conminación, que le prometía la gloria del martirio, y respondió al tirano:

—Al Dios único y todopoderoso temo yo, y sólo a Él sirvo. Tú tienes poder sobre mi cuerpo, mas nada puedes contra mi alma.

Sinforiano reprochó luego duramente a aquellos viejos romanos las abominables bacanales que solían tener en las fiestas paganas, y la vergüenza grande de adorar como a divinidades a unos hombres mortales cuya vida fue un tejido de escándalos, y cuyo culto, inspirado por el demonio, sólo se endereza a perder a los hombres, y a sembrar en sus corazones envidias, errores y toda clase de pecados.

El procónsul, inconmovible ante aquellas clarísimas y valientes razones, dictó sentencia de muerte contra el denodado joven.

—Declaramos —dijo— que Sinforiano es reo de crimen, por haberse negado a adorar a nuestros dioses, y haberse burlado de los sacros altares con sus impíos y sacrílegos dircursos, condenámosle por esta razón a perecer degollado por el cuchillo vengador de dioses y leyes.

UNA MADRE CRISTIANA EN EL MARTIRIO DE SU HIJO

La sentencia debía cumplirse inmediatamente. Los verdugos llevaron al mártir a las afueras de la ciudad, donde había de recibir la palma de los confesores de Cristo. Entonces ocurrió una escena por demás admirable y enternecedora: una madre cristiana que alentaba a su hijo a pelear denodadamente en la postrera lid.

Augusta estuvo seguramente al tanto de todas las circunstancias del interrogatorio de su hijo; en su maternal corazón padecía dolores de

muerte al verle azotar y encerrar en lóbrega cárcel; pero los sentimientos cristianos se sobrepusieron al dolor, así como presenciara impávida la pelea, quiso asistir jubilosa al triunfo. Corrió a asomarse a la muralla, cerca del portal por el que iba a salir su hijo, para decirle valerosamente el adiós postrero y animarle a coronar dignamente su santa proeza.

En esta ocasión —dicen las *Actas* del mártir—, aquella madre, tan venerable por su ancianidad como por sus excelentes virtudes, se mostró digna de la madre de los Macabeos, y desde la muralla, con gran espíritu y esfuerzo, exhortóle a que muriese alegremente por su fe.

—Hijo mío Sinforiano —le gritó—, hijo de mis entrañas, acuérdate de Dios vivo; ármate de su fortaleza y constancia. No hay por qué temer la muerte que nos lleva a la vida. Alza, hijo mío, tu corazón, y mira a Aquel que reina en los cielos. ¡Oh hijo! No se te quita la vida, antes se trueca en otra mejor; y aunque el camino es estrecho y la senda por donde has de pasar, dura y llena de espinas, acuérdate de que por ella pasaron todos los Santos; con tu sacrificio matarás y vencerás la muerte. No temas los tormentos, porque durarán poco, y por ellos alcanzarás la gloria perdurable y la corona inmortal. Adiós, hijo mío. El Señor te bendiga.

El ejemplo de Augusta, madre según la sangre, pero más aún según el corazón de Dios, lo vemos repetido en la historia de los mártires. Y no deja de ser profundamente aleccionadora aquella valentía y superior ánimo que alienta en el pecho de tan nobles heroínas. Pasma considerar la fuerza con que obra la fe sobrenatural en quienes, a despecho del clamor de la sangre, saben poner a Dios por encima de sus sentimientos. La ocasión solemne de este rasgo exalta más aún la grandeza moral de quien desafiando el peligro quiso ensalzar los derechos divinos.

Empujado por la propia fe y alentado por el sublime amor de su madre, ofreció Sinforiano su cuello al verdugo, a los 22 de agosto, hacia el año 180.

CULTO Y RELIQUIAS DEL SANTO MÁRTIR

HABÍA una fuente no lejos del lugar donde fue martirizado San Sinforiano. Cerca de ella enterraron los cristianos el sagrado cuerpo del mártir, en espera de más apacibles tiempos que permitiesen levantarle le un monumento digno de su encumbrado mérito. A fines del siglo IV, San Simplicio, obispo de Autún, y San Amador, obispo de Auxerre, erigieron y consagraron una capillita sobre el sepulcro del santo mártir.

A principios del siglo V, San Eufronio edificó allí cerca un monasterio y un templo donde depositó las sagradas reliquias del santo patrono de la ciudad de Autún. En el siglo VII, San Leodegario mandó edificar otro

sepulcro dentro del antedicho templo, y a él trasladó el cuerpo del glorioso mártir, y lo hizo colocar entre los cuerpos de sus padres.

Por los años 1467, el cardenal Rolín, obispo de Autún, halló en la cripta del templo tres sepulcros de piedra con una inscripción latina redactada en estos términos: «Fausto y Augusta descansan en estos dos sepulcros; el cuerpo entero e intacto de Sinforiano descansa en el de en medio». El prelado sacó una porción de las reliquias, que mandó engastar en un relicario de plata y guardar en la iglesia para veneración de los fieles.

El año de 1570, el almirante Coligny, jefe de los protestantes, saqueó el monasterio, le puso fuego y mandó echar a la hoguera las sagradas reliquias de San Sinforiano y las de sus padres. Sacrilegio horrible que se repitió durante aquellos días de vandálico destrozo en que el odio y la perfidia se cebaron a mansalva sobre las venerandas sepulturas de muchos mártires, para vergüenza y baldón de aquellos empedernidos herejes. Con todo, aún consiguieron, los católicos poner a salvo algunos restos de huesos medio calcinados, que son los que hoy día reciben piadoso culto en aquella catedral.

La fiesta de San Sinforiano se celebró siempre con gran solemnidad. En los siglos de mayor fe, muchísimos cristianos iban en romería a su sepulcro. San Casiano acudió a venerarle desde el corazón de Egipto; San Martín se arrodilló ante el sepulcro del santo mártir cuando fue al territorio de Autún; San Germán de Auxerre, en su juventud, caminaba cada noche varias leguas para ir a rezar al monasterio. Por los siglos VI a XI, hubo en Francia muchas abadías bajo la advocación de San Sinforiano. Los Martirologios y demás libros litúrgicos dan fe de la popularidad del culto de este glorioso mártir. Multitud de parroquias le honran y veneran como a su especial y poderosísimo patrono, siempre pronto a corresponder con sobrenaturales dones a la confianza y amor que se le tributan.

SANTORAL

El Inmaculado Corazón de María. Santos **Sinforiano, mártir;** Timoteo, presbítero de Antioquía, mártir en Roma; Hipólito, obispo de Ostia, mártir; *Cristóbal y Leovigildo, mártires; Atanasio, obispo de Tarso, Carisio y Neófito, mártires;* Filiberto y Fabriciano, mártires; Saturnino, Marcial, Félix, Mapril, Epiceto y otros compañeros, mártires en Ostia; Agatónico, Zótico y compañeros, martirizados en Nicomedia; Guniforte, sufrió martirio, así como dos hermanas y un hermano suyos; Antonino, verdugo de San Eusebio y compañeros, durante cuyo martirio se convirtió a la fe, por lo que fue degollado; Mauro y compañeros, mártires en Reims; Eptato, Sigfrido y Lamberto, abades. Beato Bernardo de Óffida, capuchino. Santa *Antusa, mártir.* Beata Clara María de la Pasión, carmelita.



Visión de pavor y sobresalto — Maravilla de piedad y sabidudía

DÍA 23 DE AGOSTO

SAN FELIPE BENICIO

QUINTO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS SERVITAS (1233-1285)

NACIÓ Felipe, de la familia florentina de los Benizi, el 15 de agosto de 1233. Llamábase su padre Jacobo, y era varón de acrisolada virtud; su madre, Albanda, unía a su alta nobleza la más exquisita piedad. No es de extrañar, por tanto, que Felipe, educado en tan tan buena escuela, diese, desde sus más tiernos años, claras muestras de aquella extraordinaria santidad que un día le llevaría a los altares.

Al cumplir Felipe los cinco meses, presentáronse en la casa de los Benizi dos hermanos limosneros de la Orden de los Servitas de María. Al verlos entrar sonrió el niño, agitó luego sus manecitas en señal de júbilo, y rompió a hablar «Mamá —exclamó—, éstos son los siervos de la Virgen María, dales limosna». Maravillada de semejante prodigio, dio la dichosa madre abundante limosna a los pobres religiosos, consagró al privilegiado niño a la Santísima Virgen y puso desde entonces todo cuidado y atención en enseñarle la doctrina cristiana y guiarle por los senderos de la virtud.

Dios premió aquella solicitud, pues a medida que el niño crecía en edad, veía Albanda desarrollarse en él todos los gérmenes que ella había sembrado. piedad, castidad, inocencia, humildad y, sobre todo, una devo-

ción muy tierna a la Santísima Virgen. El niño estaba dotado, además, de una inteligencia privilegiada, de espíritu vivo y penetrante y de una dulzura inalterable de carácter que hacía agradabilísimo su trato.

Terminados los estudios de Humanidades en Florencia, fue Felipe a cursar los de Medicina en París. Allí sobresalió por sus brillantes éxitos y, más aún, por una pureza de costumbres nada común. Vuelto a Italia, frecuentó la Universidad de Padua para acabar los estudios. Coronólos allí con aplauso de condiscípulos y maestros, y recibió el título y el birrete de doctor.

ADMIRABLE VOCACIÓN DE FELIPE

SONREÍALE a Felipe un brillantísimo porvenir y una fortuna extraordinaria, pero ni la una ni el otro le deslumbraban y aun los mismos halagos del mundo le tenían harto despreocupado. La gracia, que obraba en él poderosamente, impelíale a más altas perfecciones, a bienes más seguros, a más durable y perfecta felicidad.

Hallábase cierto día en oración en una iglesia de Fiésole, suplicando a Dios con fervor que le iluminase para conocer el estado de vida que debía abrazar y parecióle oir una voz que decía «Entra en la Orden de los Servitas de mi Madre». Al volver de Fiésole, detúvose en la capilla de aquellos religiosos de Cafaggio, cerca de Florencia, para oir misa. Era el jueves infraoctava de Pascua de 1254. Conmovióle profundamente la lectura de la Epístola del día en donde se refiere la maravillosa conversión del ministro de la reina de Etiopía. Las palabras del Espíritu Santo al diácono Felipe: *Acércate y sube a ese carro,* le parecieron dichas a él, y con el alma llena de ese pensamiento suplicó a la Virgen le diese a conocer la divina voluntad, y permaneció largo rato en oración.

De súbito fue arrebatado en éxtasis: vióse en un extenso y solitario campo rodeado de precipicios y de rocas inaccesibles, cubierto de lodo e infestado de serpientes. Lleno de terror ante visión tan espantosa, púsose a gritar con todas sus fuerzas y vio acudir a la Virgen en su socorro. Estaba la Señora sentada en magnífica carroza y rodeada de ángeles y bienaventurados que cantaban a coro: «Felipe, acércate y sube a ese carro».

Volvióle a la realidad San Alejo Falconieri, uno de los fundadores, quien, tocándole paternalmente con la mano, le invitaba a retirarse porque se había terminado el oficio. A la mañana siguiente, después de una nueva visión, volvió Felipe a la misma iglesia, echóse a los pies de uno de los religiosos y le suplicó tuviese a bien admitirle en el número de sus hijos.

EL HERMANO LEGO. — EL SACERDOTE

Veinte años habían transcurrido desde la fundación de la Orden de los Servitas de Florencia. Siete ricos comerciantes de la ciudad, elevados posteriormente a los altares, se habían retirado del mundo, a la Villa Camarzia, primero, y después a más apartada soledad en el Monte Senario, para honrar con especialísimo culto los dolores de la Santísima Virgen. Ella misma les había ordenado que tomasen como base de sus constituciones la regla de San Agustín, y les había mostrado el hábito negro que debían vestir, en recuerdo de la Pasión de su Divino Hijo.

El Padre Buenhijo, a quien se había dirigido Felipe, vacilaba en admitir entre los conversos a un postulante de tal valía, aunque así lo solicitara el interesado. Consultó el caso con los demás religiosos, y oído su parecer, cedió a sus instancias. Y puesto que aquel joven parecía llamado a tan alta perfección, sería preciso cimentarla en profundísima humildad. Además, si la Providencia quería sacarle del rango inferior que como lego había de ocupar, Ella hallaría medios para realizar sus designios.

Era costumbre que los postulantes admitidos en el monasterio esperasen algún tiempo antes de recibir el santo hábito; en ese período de espera sometíase a prueba su vocación con toda clase de actos de obediencia, mortificación y humildad. A pesar del fervor con que Felipe había suplicado ser admitido en la Orden, y de los prodigios que precedieran y acompañaran a tal resolución, el Padre Buenhijo no creyó conveniente dispensarle de la acostumbrada prueba, y le sometió a ella. A petición del mismo postulante, le ocupó en los trabajos más penosos y humildes. Felipe los desempeñó con diligencia y celo tan acabados que maravillaron a los religiosos, a pesar de estar ellos acostumbrados a este espectáculo.

El tiempo de prueba no fue muy largo. Considerando el fervor y la perfección con que el postulante obedecía y lo extraordinario del llamamiento divino, determinaron los superiores anticipar el momento de revestirle con las libreas de su Instituto y conservarle el nombre con el que la voz celestial le había llamado al servicio de la religión.

Por humildad, y para evitar las visitas de amigos y familiares, demasiado frecuentes, a pesar suyo, pidió y obtuvo Felipe el favor de ser trasladado de Cafaggio al eremitorio de Monte Senario. Estuvo allí bajo la dependencia del Padre Amadeo, encargado de la formación de los novicios, y vivió a la vista y en la intimidad con otros varios fundadores que fueron para él, durante más de cuatro años, venerados modelos de santidad.

Regocijábase Felipe con el pensamiento de servir a Nuestro Señor en la paz de aquella vida oscura durante todo el resto de su vida. Pero Dios,

que le destinaba a ser el propagador de su Orden, no quiso dejar por más tiempo tan viva luz debajo del celemín. No tardaron los superiores del humilde hermano converso en reconocer en él una sabiduría poco ordinaria y una virtud eminente, por lo cual el Padre Jacobo Poggibonzi, cuarto Prepósito general de la Orden, determinó que fray Felipe fuese ordenado sacerdote, lo que se verificó en Florencia el 12 de abril de 1259. Cantó la primera misa el día de Pentecostés, con ocasión del Capítulo General y después de cincuenta días de esmerada preparación en el Monte Senario.

ES NOMBRADO GENERAL DE LOS SERVITAS

OTRA vez quedó patente la eminente santidad del nuevo sacerdote en su primera misa. En el momento de la Elevación todos los asistentes oyeron distintamente voces angélicas que cantaban: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Gran consuelo fue para nuestro Santo comprobar que el cielo ratificaba su elevación al sacerdocio, pero su humildad sufrió ruda prueba, porque desde aquel momento no le fue posible sustraerse a los honores y veneración de sus Hermanos. Lo que podría parecer estímulo plausible en el criterio humano, chocaba de lleno con la santidad.

En el Capítulo general de 1259 el Padre Jacobo Poggibonzi recibió un *Socius*, un compañero en la dirección de la Orden, que fue San Buenhijo Monaldi, el cual a su vez pidió un auxiliar, para cuya función fue designado el Padre Felipe Benicio. Éste pasó por todos los cargos de la Orden; fue definidor, asistente general y, finalmente, aclamado por unanimidad Superior General de la Orden el 5 de junio de 1267.

Todas sus lágrimas, todas las resistencias, todas las industrias que le sugería su humildad para rehusar tal honor y responsabilidad, fueron inútiles. Según una tradición, la misma Santísima Virgen le intimó la orden de obedecer a la voluntad de sus Hermanos, y el Santo obedeció sin replicar.

Jamás superior alguno fue más digno de serlo. El espíritu divino guiábale visiblemente en todos sus actos. Bajo su dirección el Instituto de los Servitas y el culto a la Santísima Virgen, fin del mismo, adquirieron un desarrollo extraordinario. Aquella obra que a los treinta y cuatro años de existencia sólo contaba seis casas en Italia, empezó a adquirir celebridad en cuanto Felipe tomó las riendas del gobierno; y no sólo en Italia sino también en Francia, en España y en los demás países cristianos. La fama del talento y de la santidad del nuevo General llevaban a la Orden numerosos postulantes de gran valía. Las ciudades se disputaban la honra de contar con una representación de la Orden. Por lo cual, aunque Felipe fue el quinto general, se le considera como a un verdadero fundador.



SABEDOR *San Felipe de que los Cardenales reunidos en Viterbo están determinados a nombrarle Papa, huye secretamente con un solo compañero aquella misma noche y permanece escondido durante tres meses en las asperezas del monte Juniato. entregado a rigurosa penitencia.*

REHUSA LA TIARA

La Santísima Virgen parecía complacerse en manifestar la santidad de su siervo con innumerables milagros. Un día que Felipe se dirigía a Roma, encontró en el camino a un pobre leproso que le pidió limosna. Lleno de compasión a la vista de aquel miembro doliente de Jesucristo, le dijo como dijeran en otro tiempo San Pedro y San Juan al cojo de la puerta del Templo

—No tengo oro ni plata, pero te daré lo que tengo.

Y, quitándose la túnica, vistió con ella al leproso, que al instante se vio curado, cual si jamás hubiera habido en su cuerpo enfermedad alguna.

No es fácil describir la emoción de quien, por manera tan inesperada, se sentía libre de aquel oprobioso mal. Deshacíase el feliz curado en muestras de gratitud hacia su bienhechor y besábale las manos repetidamente.

—Guárdate bien —le dijo el Padre— de contar a nadie esta maravilla.

Pero el agradecimiento del pobre venció la humildad del religioso y en toda Italia resonó muy pronto la fama de aquel estupendo milagro.

Cuanto más se empeñaba Nuestro Señor en exaltar al fiel discípulo que lo había dejado todo para seguirle y tomar su cruz, tanto más se esforzaba éste en desaparecer, en sustraerse a los honores y en pasar inadvertido. Lucha admirable en la que a veces la bondad del Divino Maestro era vencida por la humildad del discípulo, como nos lo prueba el caso siguiente·

Habían transcurrido cerca de tres años desde el fallecimiento del papa Clemente IV (1268) y los cardenales reunidos en conclave en Viterbo no llegaban a entenderse para nombrar sucesor, cuando un día sin consultarse, todos los sufragios recayeron en el General de los Servitas. No les dio tiempo el humilde religioso para ejecutar su designio, porque en cuanto supo la noticia huyó secretamente a las montañas de Siena, se ocultó en el hueco de una roca, y allí permaneció hasta que, perdida la esperanza de hallarle, dieron los cardenales otro pastor a la Iglesia en la persona de Teobaldo Visconti, que tomó el nombre de Gregorio X (1271).

Mientras permaneció en su retiro, se entregó Felipe con nuevo ardor a las más austeras penitencias. Era su alimento el ayuno, las vigilias su alivio y descanso, y el trato con Dios su recreo. No comía pan, sino únicamente hierbas silvestres e insípidas, y no bebía más que agua: y aun ésta le llegó a faltar. Pero el Señor no abandonó a su siervo en ese trance. Lleno de confianza en Aquel que hizo brotar de la roca del desierto el manantial abundante que remediara la necesidad de los hebreos, hirió Felipe por tres veces el suelo con su báculo, y surgió tan abundante cantidad de agua, que se formó en aquel sitio un pequeño lago, que aún existe con el nombre de Baños de San Felipe, y cuyas aguas tienen virtudes curativas.

APÓSTOL DE MARÍA. — MISIÓN PACIFICADORA

En la soledad le dio a conocer el Señor que debía dilatar su nombre y propagar la devoción a la Santísima Virgen por las provincias y reinos extranjeros. Felipe, que para nada tenía en cuenta las penas y fatigas cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, obedeció al instante. Dejó un vicario general en Italia y partió en compañía de dos religiosos a predicar por todas partes la grandeza y las glorias de la Reina de los Ángeles y Madre de Dios.

Francia fue la primera que tuvo el honor de recibirle, y todas sus ciudades le abrieron las puertas. Considerábanle como mensajero del cielo que llegaba acompañado de innumerables milagros de conversión. Los más endurecidos pecadores acudían a sus plantas llorando sus culpas e implorando perdón. Recibíalos con suma bondad, los reconciliaba con Dios y los consagraba a María Santísima. Las ciudades de Aviñón, Tolosa y París, conservaron durante mucho tiempo el recuerdo de su paso.

De Francia pasó Felipe a los Países Bajos, a Alemania, a Sajonia, y en todas partes dio a conocer con el mismo feliz éxito las grandezas de la Virgen, fomentó la devoción a esta Madre, y fundó numerosos conventos de su Orden, durante los dos años completos de aquella misión.

De regreso a Italia, en un Capítulo general de los Servitas reunidos en Borgo, se esforzó por descargarse del generalato, pero sus Hermanos, en lugar de atender sus reiteradas súplicas, le nombraron General vitalicio. Como tal, acudió al segundo Concilio general de Lyón, en 1274, para pedir al papa Gregorio X la aprobación de su Orden. Conseguido que hubo su propósito, regresó inmediatamente a Italia, donde le esperaban nuevos trabajos y no pequeñas preocupaciones.

Era la época en que la península se hallaba desgarrada por las luchas entre güelfos y gibelinos. Dios se sirvió del Padre Felipe para apaciguar aquellas disensiones, y las ciudades de Pistoya y Florencia, en donde ambas facciones tenían diariamente duros y sangrientos combates, conocieron la paz y la concordia gracias a los buenos oficios del Santo.

Terminada su misión en Florencia, pasó el siervo de Dios a Forli para reducir a los habitantes de la ciudad a la obediencia al papa Martín IV, su legítimo soberano. Logró su propósito, aunque a costa de grandes sufrimientos. Un día los rebeldes a quienes se les hacía costoso soportar la vehemencia de sus predicaciones. hiciéronsele encontradizos, se arrojaron sobre él, le arrancaron los vestidos, le arrastraron por las calles sin cesar de golpearle, y, por fin, le expulsaron ignominiosamente de allí.

El siervo de Dios soportó aquellas violencias sin quejarse, dichoso de

sufrir por la causa del Vicario de Jesucristo, su paciencia no tardó en recibir el merecido premio. Porque los habitantes de Forli se sometieron al Papa, y uno de los más obstinados perseguidores del santo religioso, fue a echarse a sus pies, le pidio perdón y le suplicó que lo recibiera en uno de sus conventos, para hacer digna penitencia el resto de sus días.

En el año 1284, Felipe dio el hábito de la Orden de los Servitas de María a Juliana Falconieri, sobrina de Alejo, uno de los siete fundadores de la Orden, doncella de catorce años que debía ser la fundadora de las Servitas *Mantellate*, y a la que Clemente XII canonizó en 1737

ÚLTIMOS ACTOS DE HUMILDAD Y DE APOSTOLADO

Los numerosos trabajos y las austeridades habían debilitado considerablemente al Padre Felipe, y todo hacía prever que no tardaría en volar al cielo. Antes de su muerte quiso recibir, por vez postrera, la bendición del Sumo Pontífice y se dirigió a Perusa. El papa Honorio IV le acogió con los mayores honores y otorgó a la Orden nuevos privilegios.

De Perusa se encaminó a Todi, cuyos habitantes, noticiosos de su llegada, salieron a recibirle en masa, pero, conocedor de ello, el siervo de Dios tomó otro camino. Ese acto de humildad fue recompensado por la Virgen, pues le dio ocasión de convertir en el trayecto a dos públicas pecadoras.

Extendióse rápidamente la fama de tal conversión y la penitencia que ambas hicieron, con lo que otras muchas resolvieron imitarlas en aquella decisión, quién para expiar sus pecados, quién para apartarse de los peligros del mundo, de manera que las dos convertidas se vieron pronto a la cabeza de un grupo edificante y altamente fervoroso. Así se fundó uno de los primeros conventos de religiosas claustradas de la Orden de Servitas. Elena y Flora, las dos primeras convertidas, perseveraron con invencible constancia en su propósito y terminaron sus días en la práctica de las más santas virtudes, y son honradas en la Orden con el título de Beatas.

Esta fundación fue el último acto de apostolado del Padre Felipe en tierras de Italia. De vuelta al monasterio, apresuróse a visitar la Iglesia, y postrado de hinojos ante el altar de la Virgen pronunció aquellas palabras del real Profeta: «Éste es para siempre el lugar de mi descanso».

Al siguiente día, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, cogióle la fiebre. Pasó toda la octava en los sentimientos más vivos de amor a Dios y de ternura para con la Santísima Virgen y, cuando el último día recibió el santo Viático, dijo a su divino Salvador: «Vos sois, Señor Dios mío, aquel en quien he creído, Vos el que he predicado, Vos a quien he buscado y amado siempre con ternísima devoción y con incansable afán».

LUCHA CONTRA EL DEMONIO. — FELIZ TRÁNSITO

Dichas estas palabras quedóse desvanecido y durante tres horas creyósele muerto. Vuelto en sí, dijo radiante de júbilo a sus religiosos reunidos en torno a su lecho: «Hermanos míos, acabo de sostener una lucha tremenda con el demonio. Quería ese enemigo hacerme caer en la desesperación poniéndome a la vista todos los pecados de mi vida, pero Jesucristo, mi Salvador, y María Madre Santísima, han rechazado las flechas de ese cruel enemigo, me han animado y fortalecido en la fe y me han hecho ver el reino eterno que me está preparado».

Pidió entonces «su librito» —que así llamaba al crucifijo—, y mientras se estaba estrechándolo amorosamente contra su corazón, entregó su hermosa alma a Dios. Era el 23 de agosto de 1285. Tenía sesenta y dos años.

La celda en donde acababa de expirar el Santo se halló al instante embalsamada dc suavísimo aroma y su cabeza apareció luminosa. Tuvieron que dejar el cuerpo expuesto durante varios días para dar satisfacción a la piedad de los fieles que acudían de todas partes para venerarlo.

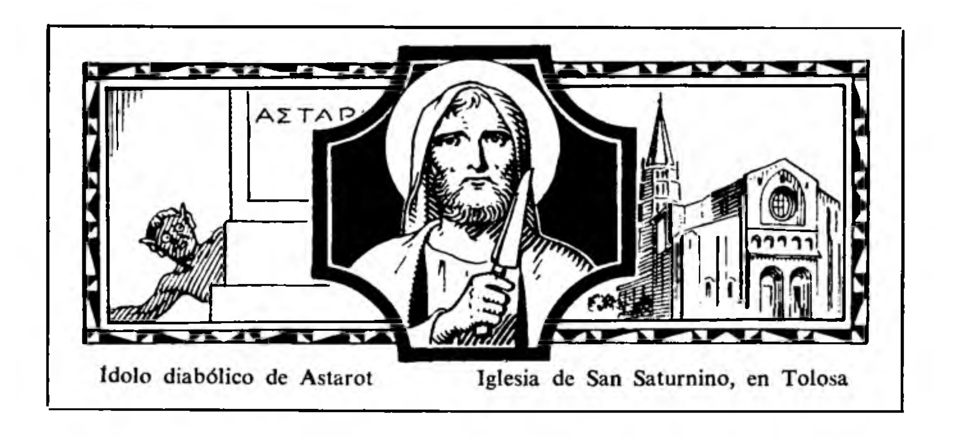
Numerosos prodigios fueron recompesa de esa piedad, de modo que el 23 de agosto, en vez de la misa solemne de *Requiem* que correspondía, el obispo diocesano permitió que se cantase la de los santos confesores.

Sin embargo, la fiesta anual de San Felipe Benicio no se empezó a celebrar hasta que en 1516 la autorizó el papa León X.

Canonizado por el papa Clemente X el 11 de abril de 1671, su fiesta fue elevada a rito doble por Inocencio XII el 2 de octubre de 1694.

SANTORAL

Santos **Felipe Benicio, de la Orden de los Servitas, confesor;** *Santiago de Mevania, dominico; Claudio, Asterio y Neón, hermanos mártires;* Quiríaco, obispo, Máximo, presbítero, Arquelao, diácono, y compañeros, martirizados en Roma; Teonas, obispo de Alejandría, y Víctor, de Útica, en África; Flaviano, obispo de Autún, y Sidonio, de Auvernia; Zaqueo, cuarto obispo de Jerusalén; Calínico I, patriarca de Constantinopla; Eleázaro, con sus ocho hijos, y Minervo, mártires en Lyón; Timoteo y Apolinar, mártires en Reims; Restituto, Donato, Valeriano y Fructuoso, mártires en Antioquía; Lope o Lupo, también mártir; los tres niños Abundio, Inocencio y Merendino, mártires en Italia, bajo Diocleciano. Santas *Dominica y Teonila, mártires; Ascelina virgen.*



Ídolo diabólico de Astarot — Iglesia de San Saturnino, en Tolosa

DÍA 24 DE AGOSTO

SAN BARTOLOMÉ

APÓSTOL (siglo I)

Los tres Evangelios llamados sinópticos y el libro de los Hechos de los Apóstoles, traen la lista completa de los miembros del Colegio apostólico. Los doce Apóstoles están repartidos en tres grupos encabezados por Simón (Pedro), Felipe y Santiago el Menor. En cada grupo hay los mismos nombres, si bien no se hallan en el mismo orden en las cuatro listas. Pero en todas ellas, excepto en la del libro de los Hechos, el nombre del apóstol San Bartolomé sigue al de San Felipe. Lo propio ocurre en la lista de los Apóstoles que hay en el Canon de la misa. Esa constante unión de los nombres de los dos Apóstoles no deja de tener importancia. Los sagrados expositores no hicieron al acaso la lista de los discípulos inmediatos del Salvador. Debieron sin duda reparar, al hacerla, en los lazos de parentesco o amistad que unían entre sí a algunos de ellos, y más todavía en el grado de intimidad de sus relaciones con el Divino Maestro.

Conviene parar mientes en estas coincidencias, sin duda intencionadas, para mejor conocer la personalidad de los doce Apóstoles y, en nuestro caso, deducir la identidad entre el Natanael llamado a seguir a Jesús en su misión y el Bartolomé citado en el Evangelio entre los otros discípulos.

QUIÉN ERA SAN BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ es nombre patronímico judío. En hebreo viene a ser *Bar-Tolmaï*, es decir, hijo de Tolmaï o Tholmi, así como Simón *Bar-Jona* designa a Simón hijo de Jonás. Fuera de la lista de los doce Apóstoles o Enviados, no se halla el nombre Bartolomé en ningún Evangelio sinóptico. San Juan, autor del cuarto Evangelio, ni siquera nombra a Bartolomé en la lista incompleta que trae de los doces Apóstoles. En cambio, con gala de pormenores refiere al final del primer capítulo de su Evangelio, la vocación de Natanael de Caná de Galilea, después de las de Andrés, Juan, Simón Pedro y Felipe. Asimismo en el último capítulo del relato evangélico, al hablar el discípulo amado de la aparición de Jesús a los discípulos que estaban pescando en el lago de Tiberíades, menciona al mismo Natanael con los apóstoles Simón Pedro, Tomás, los los hijos de Zebedeo y otros dos más a quienes no nombra.

Dos cosas podrá comprobar quien leyere los Evangelios. Por una parte, en las listas que traen los evangelistas sinópticos, no consta el nombre de Natanael, pero nombra siempre a Bartolomé junto al apóstol San Felipe. Por otra, San Juan, como hemos dicho, no menciona a Bartolomé en su Evangelio, pero salta a la vista que entre los doce pone a Natanael, pues refiere su vocación apostólica, como antes refirió la de Simón, Juan, Andrés y Felipe, lo intercala entre los demás Apóstoles y lo distigue de los discípulos. Fuera en verdad extraño que habiendo sido llamado Natanael a seguir a Jesús con los otros Apóstoles, habiendo reconocido a Jesús por Mesías desde el punto en que fue llamado, y siendo nombrado con los demás Apóstoles, hubiese podido quedar excluído del Colegio de los Doce. San Agustín, San Gregorio y otros Santos Padres dicen que Natanael no fue escogido por apóstol, en la elección de que habla San Marcos, porque era doctor de la ley y el Señor quería que su Apóstoles fuesen gente pobre y sin letras, para manifestar así más a las claras el divino origen de su Evangelio y de su Iglesia. Observación de peso es ésta, pero de todo punto insuficiente y que no acaba de convencer.

Los excelentes sentimientos de Natanael, la buena disposición de su voluntad, y su fidelidad al Mesías, hubieron de compensar con creces, a los ojos del Salvador que veía en él al verdadero Israelita sin engaño, el peligro, si tal puede llamarse, de ser docto en la ciencia de las Escrituras. También Saulo era doctor de la ley de Moisés y, a pesar de ello, Jesús le escogió para que anunciase su nombre a las naciones y a los hijos de Israel.

Concluyamos que si Natanael fue uno de los doce Apóstoles, tiene que constar en las listas traídas por los Evangelios sinópticos y el libro de los

Hechos. De hallarse en ellas, le corresponde estar nombrado junto a Felipe que le llevó a Jesús. Ahora bien, el nombre que sigue al de Felipe en los mencionados libros es el de Bartolomé. Podemos, pues, creer que Natanael y Bartolomé son dos nombres de la misma persona, uno patronímico, Bartolomé, y el otro, su verdadero nombre propio, Natanael. San Juan no le llama sino Natanael. Los Evangelios sinópticos emplean para designarle sólo la palabra Bartolomé, quizá para no poner juntos dos nombres del mismo significado etimológico: Natanael y Mateo, los cuales pueden traducirse «Teodoro», que quiere decir «don de Dios».

Comúnmente suele admitirse esta identificación de Bartolomé con Natanael. Ichodad, autor del siglo IX, la da por segura. De ahí que los exegetas acostumbren a designarle con sus dos nombres: *Natanael Bartolomé.*

JESÚS LLAMA A NATANAEL

FUE Natanael natural de Caná de Galilea —hoy día Kefr Kenna—, aldea distante como ocho kilómetros de Nazaret. No merece ningún crédito la leyenda según la cual Natanael fue el esposo de las bodas de Caná. Es probable que descendía de familia pobre. Después de resucitado el Salvador, los Apóstoles dejaron a Jerusalén para darse de nuevo, a lo menos parcialmente, a sus antiguos oficios. Al decir Pedro a sus compañeros, una tarde que se hallaban a orillas del lago de Tiberíades: «Voy a pescar», todos, incluso Natanael, aceptaron gustosos esta invitación. Ya de tiempo atrás era Natanael amigo de Felipe, el cual, como Pedro y Andrés, había nacido en Betsaida, situada en la ribera del lago. Tan pronto como Felipe hubo hallado al Mesías anunciado por los profetas, corrió a dar la noticia a su amigo y le invitó a que fuese a ver a Jesús.

El Salvador hallaría a Felipe cerca de Betsaida. «Sígueme» —le dijo—, y Felipe le siguió. En cuanto vio Felipe a Natanael, comunicóle la buena nueva: «Hemos hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y anunciaron los profetas; es Jesús de Nazaret, el hijo de José». Erraba Felipe al creer que Jesús fuese hijo de José; pero érale imposible entonces llamarle de otra manera, porque él y los de Nazaret ignoraban el origen divino del Mesías. Nazaret, la patria chica de Jesús, perdida entre los montes, era considerada como un villorrio sin importancia. Por eso, sin duda, respondió Natanael a Felipe: «¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? —Ven y lo verás —repuso Felipe. Y es que estaba cierto de que la sola vista de Jesús bastaría para convencer a su amigo de la verdad.

Natanael siguió a Felipe. Al verle llegar con su amigo, dióle Jesús pruebas de que lee en el fondo de los corazones y de que había dado al olvido aquella desconfianza primera. Delante de todos los presentes hace

Jesús este sublime elogio de Natanael: «Éste es verdadero israelita, en quien no hay engaño». No por eso pierde Natanael su natural suspicacia; al cabo, poco cuesta elogiar al prójimo, aunque de un desconocido se trate; de ahí que, un tanto receloso todavía, pregunte a Jesús: «¿De dónde me conoces?» El Divino Maestro le responde, manifestándole el sobrenatural conocimiento que tiene de personas y cosas: «Antes que Felipe te llamara te vi cuando estabas debajo de la higuera». Natanael, impresionado por la mirada penetrante y misteriosa de Jesús, exclamó: «*Rabbi, Maestro,* tú eres el Hijo de Dios, el rey de Israel», que era decir el Mesías vaticinado y esperado, porque Natanael conocía perfectamente los libros de los Profetas. No juzgó mal Felipe cuando pensó que su compatriota y amigo, con sólo ver a Jesús, creería en la embajada mesiánica del Nazareno. Prodigios más notables confirmarán muy pronto la fe del nuevo apóstol. Jesús se lo advierte: «Por haberte dicho que te vi bajo la higuera, crees, mayores cosas que éstas verás». Luego empezó a cumplirse esta profecía; porque en las bodas de Caná hizo Jesús el primer milagro, y a ellas asistieron su Madre y sus primeros discípulos, entre ellos Natanael.

DISCÍPULO DEL DIVINO MAESTRO

De Caná pasó Jesús a Cafarnaúm. Sus primeros discípulos galileos, entre los cuales se contaba Natanael Bartolomé, le acompañaron y le siguieron ya por Galilea, Samaria, Judea, y aun por el valle del Jordán. De allí adelante, casi se confundió la vida de nuestro apóstol con la vida pública del Salvador. Con el roce y ejemplo de Jesús aprendieron los Apóstoles a tener en mucho los padecimientos, la humildad, mansedumbre y caridad con los pobres y los desgraciados. Con sus palabras, con su conducta y aun con reproches, cuando era menester, enseñábales el divino Maestro poquito a poco la ley de su reino, ley de amor y confianza en el Padre celestial, ley de desasimiento de sí mismo y del mundo, ley de honestidad y de odio al pecado y a los escándalos, ley de absoluta pobreza y total obediencia. Constantemente fueron los Apóstoles aprovechados testigos de las oraciones, abnegación y predicaciones de Jesús. Al igual que sus compañeros, Bartolomé presenció las muchas curaciones y resurrecciones obradas por el Mesías. Con ellos asistió a la última Cena, pero huyó cuando detuvieron a Jesús en el huerto de Getsemaní.

En el Cenáculo se hallaba Bartolomé cuando Jesús se apareceió a los Apóstoles la tarde misma de su resurrección y a los ocho días de resucitado. Con otros seis compañeros estaba en una barca en el lago de Tiberíades, cuando al amanecer apareció Jesús en la ribera el día de la pesca



ENTRA *el santo Apóstol Bartolomé en el templo de Astarot acompañado del rey, de los sacerdotes y de gran concurso de gentes y les muestra claramente el engaño del demonio. Comprenden ellos la vanidad de su ídolo y derríbanlo en tierra. Poco después bautízanse el rey y todos los de su casa.*

milagrosa. En aquella circunstancia recibió del Salvador su ración de pan y pez asado, en el almuerzo que les preparó el Señor. A los pocos días el Divino Maestro decía a los Apóstoles: «Id, pues, enseñad a todas las gentes; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar cuanto Yo os he mandado».

Bartolomé fue educado y enseñado por Jesús: antes de subir al cielo dióle el Salvador poderes divinos, el día de Pentecostés llenóle el Espíritu Santo de su divina luz y fortaleza, y dejóle dispuesto para cumplir su misión y ser, con su vida, doctrina, milagros y durísimo martirio, testigo de Jesús en Jerusalén, Judea y Samaria y hasta los últimos confines de la tierra.

APOSTOLADO DE SAN BARTOLOMÉ

Ni los Hechos de los Apóstoles, ni la historia de los primeros siglos de la Iglesia dicen qué territorio cupo a San Bartolomé para predicar el Evangelio. Cuando los Apóstoles se fueron por el mundo, eran ya muchos cristianos en Jerusalén, Siria y aun en Asia Menor. Pero con haber copia de documentos claros y precisos respecto a la evangelización de los grandes centros como Antioquía, Alejandría y Roma, hay poquísimos por los que podamos llegar a conocer la historia de los orígenes cristianos en los pueblos alejados de esas famosas metrópolis.

Todos los relatos y tradiciones que hablan de nuestro Apóstol, declaran a una que evangelizó la India. A juzgar por lo que trae el Breviario romano ésa fue la parte que le cupo cuando los Apóstoles dividieron entre sí las provincias del mundo pagano. A fines del siglo II, el obispo de Alejandría envió a la India a San Panteno, fundador de la escuela catequística de aquella metrópoli. Refiere el historiador Eusebio que el Santo halló en aquellas lejanas tierras cristianos adoctrinados por San Bartolomé. Al volverse a Alejandría, trajo consigo una copia del Evangelio hebreo de San Mateo, la cual le aseguraron haber sido llevada a la India por aquel Apóstol. Ello parece indicar que ambos evangelizaron juntos la India, o que, por lo menos, quedarían una temporada. Pero ¿cuál fue exactamente la parte de aquel inmenso país que cupo evangelizar a San Bartolomé? Unos dicen que Etiopía del Irán, otros, que la India oriental, algunos creen que evangelizó la Arabia Feliz. En suma, no se sabe cosa cierta, pues sólo existen datos probables.

El Martirologio y el Breviario romanos afirman, que habiendo evangelizado la India, el santo Apóstol volvió al Asia Menor y se detuvo en la Armenia Mayor, que es una extensa meseta montañosa situada al norte de Siria, entre el mar Caspio, el mar Negro y las provincias orientales de la Turquía asiática, y que predicó allí.

También hay tradiciones armenias y nestorianas según las cuales fue San Bartolomé a Armenia o a las provincias confinantes con el Ponto Euxino con itinerarios más o menos distintos. Empezó a predicar la religión cristiana a los idólatras, exhortándolos a que dejasen el vano culto de Astarot, que era un demonio muy astuto. Para probarles que Jesús era verdadero Dios, sanó a innumerables enfermos y mandó al ídolo que confesase y declarase sus embustes y artificios. Estaban presentes en el templo el rey, los sacerdotes y mucha gente que había concurrido ese día. Confesó el demonio que no era dios, antes un ángel rebelde y eternamente desventurado. Todos quedaron admirados y muchos paganos se convirtieron.

Polemón II, rey de aquel país, tenía una hija lunática y muy enferma. Noticioso de los prodigios que obraba San Bartolomé, mandóle ir a palacio y le suplicó que curase a su hija. Ofrecióle ricos presentes, pero el Santo no los quiso aceptar. Exhortó el Apóstol al rey a que dejase el culto de los ídolos y creyese en Jesucristo, y luego sanó a la enferma. Con este milagro y las exhortaciones y demás prodigios que obró el Santo, determinó el rey abrazar la religión cristiana, y recibió el Bautismo junto con su familia y muchísimos vasallos. Refiere la tradición, que el santo Apóstol dejó sacerdotes y diáconos en algunas poblaciones de Armenia.

SU MARTIRIO

ENOJÁRONSE grandemente los sacerdotes de los ídolos por la conversión del rey y porque el rápido crecimiento de la religión cristiana significaba menoscabo del culto de los dioses. Resueltos a vengarse del Apóstol, fueron a ver a Astiages, hermano del rey convertido, y le incitaron a que detuviese a Bartolomé. Era Astiages gobernador de una provincia comarcana, y así fuéle muy fácil prender al santo Apóstol, a quien reprobó haber pervertido el alma de su hermano Polemón, ultrajado a los dioses de la nación y destruído su culto, siendo con ello causa de que los dioses afligiesen al reino con grandes plagas y males sin cuento.

Declaró el Santo que el Dios que predicaba era el único verdadero, y que al arruinar el culto de los ídolos, pretendía solamente echar de aquel reino al demonio, causador de los males que afligían a los ciudadanos y a todo el país. Pero Astiages no quiso dar oídos a tales razones, y le mandó que sacrificase a los dioses protectores de la nación. El santo y valeroso Apóstol se negó a ello con iquebrantable fortaleza, e hizo ante los presentes admirable profesión de la fe que predicaba.

Encendióse con ello el furor de Astiages, el cual mandó primeramente que azotasen con varas de hierro al insigne mártir. Después, a juzgar por

una tradición declarada en el Martirologio y en el Breviario romanos, tendiéronle y le desollaron vivo de pies a cabeza. Fue éste un tormento atrocísimo que mostró a los presentes la fortaleza y admirable paciencia del esforzado mártir de Cristo. Finalmente, fue degollado. Otro relato de su martirio nos dice que, después de haberle desollado vivo, le crucificaron.

De allí a pocos días, Astiages y los sacerdotes paganos que pidieron la muerte del Santo Apóstol, tuvieron, por disposición del Señor, muy horrible y espantosa muerte, pues perecieron ahogados por manos invisibles. El rey Polemón fue consagrado primer obispo de Armenia, según reza la leyenda, y trabajó con todas su fuerzas para convertir a sus conciudadanos.

El cuerpo del Santo fue enterrado en el mismo lugar donde padeció el martirio, quizá la ciudad de Albanópolis, como trae el Breviario romano.

RELIQUIAS Y CULTO. — EVANGELIO APÓCRIFO

No se sabe de cierto adónde fue a parar el cuerpo de San Bartolomé, después de martirizado el Apóstol. Pero de seguro que lo tomaron los cristianos, le dieron honrosísima sepultura y le tuvieron grandísima devoción. Refiere San Gregorio Turonense que al ver las gentiles que de todas partes concurrían los cristianos a reverenciar las reliquias del santo Apóstol, pusieron aquel sagrado cuerpo en una arca de plomo, y lo echaron al mar diciendo. De hoy más no engañarás al pueblo». Pero Dios, que es Señor del mar y glorificador de los Santos, guió aquel tesoro y lo llevó milagrosamente en su arca a la isla de Lípari, cerca de Sicilia.

Un historiador griego, Teodoro el Lector, dice que a principios del siglo VI, el emperador Anastasio mandó edificar, en la ciudad de Dara de Mesopotamia, un suntuosísimo templo para guardar y honrar las sagradas reliquias de San Bartolomé.

Por los años de 830, cuando los sarracenos amenazaban la isla de Lípari, un santo monje tomó las reliquias del Apóstol y las trasladó con grande pompa y solemnidad a Benevento, ciudad del reino de Nápoles.

El emperador Otón III (983-1002), que edificara una iglesia en honra del mártir San Adalberto, en el islote que hace en Roma el río Tíber, trasladó a ella algunas reliquias de aquel santo obispo. Cuando saqueó la ciudad de Benevento, sacó de ella el cuerpo de San Bartolomé con propósitos de trasladarlo a Alemania. Provisionalmente lo dejó en la iglesia de San Adalberto de Roma, con otras reliquias que tomó consigo a su paso por Nola y Espoleto. Pero murió el emperador al poco tiempo, y todas aquellas reliquias quedaron en la iglesia del islote del Tíber, que andando los años se llamó iglesia de San Bartolomé de la Isla y pasó a

ser título cardenalicio. El papa Pío IX la restauró espléndidamente.

El altar mayor contiene una preciosa urna de pórfido muy antigua en la que están encerradas las sagradas reliquias del Apóstol. Dicen, no obstante, algunos historiadores, ser dudoso que los de Benevento hubiesen entregado al emperador Otón el cuerpo de San Bartolomé, así lo declaró Orsini, arzobispo de Benevento, antes de ser Papa con el nombre de Benedicto XIII. Varias ciudades de Italia, Francia e Inglaterra se glorían de venerar importantes reliquias de San Bartolomé.

En la Iglesia latina no se celebró la fiesta de este santo Apóstol antes del siglo X. Ahora se conmemora, como la de los demás Apóstoles, con rito doble de segunda clase. La lección del Santo que traía el Breviario romano fue retocada por el papa San Pío V

Los griegos, coptos y sirios celebran la fiesta de San Bartolomé el 11 de junio. La ciudad de Roma y otras diócesis hacen conmemoración el 25 de agosto, pero el calendario general de la Iglesia latina trae su fiesta el día 24 de dicho mes. Ninguna de esas dos fechas señala el aniversario del martirio del santo Apóstol, sino el de la traslación de sus reliquias.

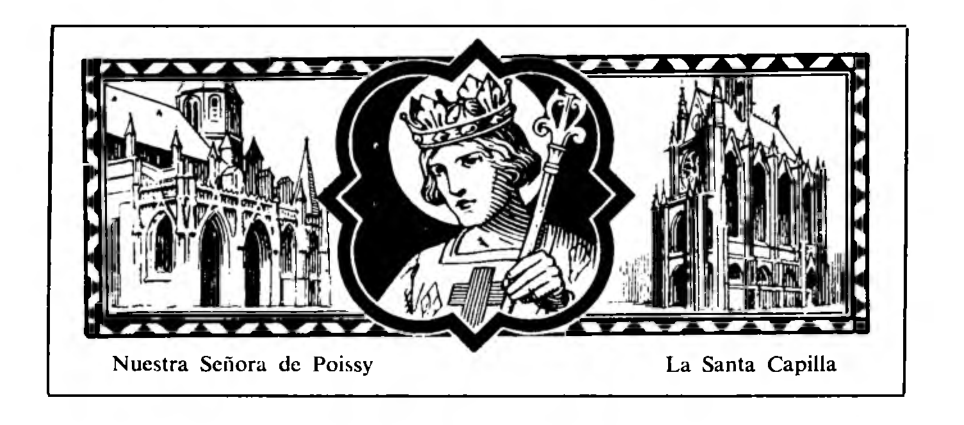
El arte cristiano suele representar al Santo ya desollado vivo, ya sólo llevando en la mano el cuchillo que fuera instrumento de su martirio.

De un Evangelio que andaba con nombre de San Bartolomé, hablan San Jerónimo y el papa San Gelasio, éste último, en un precioso documento del siglo V, llamado el decreto gelasiano. No cabe duda que es éste un Evangelio apócrifo, escrito mucho tiempo después de muerto el santo Apóstol, en el siglo IV probablemente. El texto griego de esta obra en nada se parece a los cuatro Evangelios inspirados, fue sin duda escrito por un autor de secta disidente de la Iglesia de Alejandría.

Quedan importantes fragmentos de él en griego, eslavo, latín y copto.

SANTORAL

Santos **Bartolomé, apóstol;** *Audoeno (Ouen), obispo de Ruán; los trescientos Mártires de Útica, en África;* Tolomeo, obispo de Nepeto o Nebi (Toscana), consagrado por el Apóstol San Pedro; Román, convertido y consagrado por San Tolomeo, y sucesor suyo en el episcopado; Evergisto o Evergisilo, obispo de Colonia, Ircardo, de Escocia; Eutiquio, milagrosamente librado, como su maestro, San Juan Evangelista, de los tormentos a que fuera sometido; Jorge Limniota, mártir de los iconoclastas; Cenobio, Capitolino, Emérito, Itálico, Julio y Juviano, mártires en Antioquía; Tación, mártir en Isauria; Patricio, abad. Beato Sandrade, abad de Gladbac. Santas *Áurea, virgen y mártir;* Ansoalda, virgen y religiosa; Alicia,; Suporina, venerada en Clermont; Juliana Antida Thouret, virgen y fundadora; Emilia de Vialar, virgen y fundadora de las Hermanas de San José de la Aparición.



Nuestra Señora de Poissy — La Santa Capilla

DÍA 25 DE AGOSTO

SAN LUIS

REY DE FRANCIA (1214-1270)

CABE a este insigne varón y valeroso príncipe, la gloria de haber logrado ser Santo en medio de los esplendores de la corte, en la familia, a la cabeza de los ejércitos y entre los múltiples cuidados inherentes al buen gobierno de un grande y poderoso reino. Fue espejo de reyes, esforzado capitán, ejemplarísimo esposo, recto y prudente en el administrar justicia, verdadero padre de su pueblo, y, por todo ello, prez y ornamento de la corona de Francia y gloria de toda la Iglesia.

SAN LUIS Y DOÑA BLANCA DE CASTILLA

NACIÓ San Luis en el castillo de Poissy el 25 de abril de 1214 y fue bautizado en dicha ciudad, a la que tuvo siempre profundo cariño, tanto que muchas veces, en memoria de haber sido en ella bautizado, solía firmar *Luis de Poissy*. Fueron sus padres Luis VIII, apellidado el *León*, y la insigne doña Blanca de Castilla, santa y valerosa princesa, madre ejemplarísima, hija de Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa.

Recibió esmeradísima cultura intelectual que no cesó de acrecentar durante toda su vida. Leía el latín corrientemente, cosa rara en aquella épo-

ca en que la nobleza se daba exclusivamente a las armas. Llevado de su gusto e inclinación a las letras, fundó más adelante la biblioteca de la Santa Capilla, con multitud de volúmenes copiados a sus expensas. A ella daba entrada a todos los sabios del reino, y él mismo solía pasar los ratos libres dedicado con profundo afán a los estudios.

Siendo de edad de doce años perdió a su padre, con lo que doña Blanca quedó encargada del gobierno del reino y de la tutela del joven príncipe. Crióle aquella santísima reina en la piedad y santo temor de Dios, y repetíale continuamente estas admirables palabras, que Luis guardó en su corazón toda la vida y que son un poema de integridad cristiana:

—Hijo mío, aunque te quiero más que a todas las cosas criadas, antes quisiera verte muerto que culpable de algún pecado mortal.

San Luis fue consagrado en Reims el 29 de noviembre de 1226 y declarado mayor de edad en el año 1234. Por consejo de su virtuosa madre y de los grandes del reino, se casó en la ciudad de Sens, a 27 de mayo del mismo año y previa la dispensa correspondiente, con doña Margarita, hija de Ramón Berenguer, conde de Provenza, y de ella tuvo once hijos.

EN EL TRONO DE FRANCIA

San Luis fue siempre muy querido y estimado por su encantadora mansedumbre, por su arrojo y valor en los peligros, ecuanimidad inalterable, grande amor a la justica, y, más que nada, por su admirable piedad y tierna devoción. Cada día rezaba él mismo las horas canónicas o hacíalas rezar por los religiosos de Santo Domingo o de San Francisco, con quienes tenía asiduo trato y comunicación. Durante toda su vida mantúvose fiel a esta práctica sin que los viajes, ni las muchas expediciones guerreras que emprendió, ni aun las enfermedades fueran motivo para permitirle dispensarse de ella. Cada viernes, y aun más a menudo si nada se lo impedía, acercábase al tribunal de la penitencia. Recibida la absolución, presentaba la espalda al confesor, y le suplicaba que le disciplinase con plomadas que a veces le producían heridas. En una época en que por la fuerza de la costumbre estaba en desuso la comunión frecuente, el santo rey comulgaba con regularidad, a lo menos, en las grandes fiestas.

Los sábados tenía por costumbre lavar los pies a muchos pobres; con preferencia, a los ciegos y desvalidos. Era testigo de aquellos actos de humildad su amigo y confidente el senescal Joinville, el cual le manifestó un día su asombro. El rey le preguntó: «¿Lavas tú por ventura los pies a los pobres, a los menos el día de Jueves Santo? —Dios me guarde de lavar nunca los pies a gente tan miserable —respondió el senescal con su

acostumbrada llaneza. —Mal está, amigo —repuso el rey—; ¿cómo desdeñas hacer lo que Dios hizo para enseñanza nuestra? Ruégote por amor de Dios y mío, que te vayas acostumbrando a lavárselos».

Otra vez preguntó San Luis al mismo Joinville: «¿Qué es Dios?» «Dios —respondió aquél— es algo tal bueno que mejor no puede ser. —Bien has dicho, senescal, y ¿qué preferirías tú, ser leproso, o reo de pecado mortal?» —«Preferiría tener treinta pecados a ser leproso. —Has hablado como muchacho irreflexivo —le dijo el santo rey—, porque no hay lepra tan repugnante y hedionda como el pecado mortal, el alma que se halla en tal estado, es semejante al demonio con toda su fealdad».

A quienes le echaban en cara que daba demasiado tiempo a sus rezos, solía contestarles con profunda convicción:

—Extraño vuestras palabras, miráis como un delito el que sea yo asiduo a la oración; nada diríais si gastase doblado tiempo jugando a los dados o corriendo por los montes para entretenerme en la caza.

Tan admirable y sabiamente como su alma gobernaba San Luis sus Estados, nunca, ni antes ni después de él, gozó Francia de mayor paz y de prosperidad tan extraordinaria. El papa Urbano IV le llama en una carta «ángel de paz». Efectivamente, en su reinado de treinta y seis años no se vieron en Francia rebeliones y guerras como en igual época hubo en las demás naciones de Europa.

Tal confianza despertaba en los ánimos su espíritu de justicia y desinterés, que el rey de Inglaterra, con los grandes del reino, fueron el año de 1264 hasta al ciudad de Amiens para que el santo rey compusiera los pleitos que ellos entre sí tenían. También fue árbitro en las desavenencias habidas entre el duque de Bretaña y el rey de Navarra.

Blanco principal de su gobierno fue desarraigar de sus Estados, por medio de sabias leyes, toda clase de desórdenes y vicios, los juegos de azar, la blasfemia, el lujo exagerado y los pleitos y embrollos en los procesos.

Su delicada conciencia, no le permitía en este punto debilidad alguna.

Los embajadores que ejercían justicia en su nombre en todas las provincias, debían dar al santo rey severa cuenta de su gestión. Siempre estaba dispuesto a oír las quejas de sus vasallos, y todos ellos podían acercársele sin dificultad ninguna. Cuando se paseaba por sus jardines de París o en el bosque de Vincennes, solía sentarse a la sombra de un árbol, y allí administraba justicia sin formalidades jurídicas. Ni la riqueza ni la nobleza de quienes a él acudían eran parte para doblegar su conciencia; no una sino muchas veces defendió a pobres viudas y personas miserables contra las injusticias y violencias de algunos señores principales del reino.

La moneda de buena ley que acuñó, se hizo legendaria y es ejemplo de su amor a la justicia. Cuando en el reinado de Felipe el Hermoso

recaudó el Estado las contribuciones en moneda corriente para acuñar ésta de nuevo con el mismo nombre pero con menor ley, el pueblo arruinado por este proceder innoble, reaccionó contra aquel inicuo atropello y pidió a gritos que le devolviesen la moneda de San Luis.

Mostrábase respetuosísimo con el Sumo Pontífice, seguía dócilmente sus consejos y se ayudaba, para el buen gobierno del reino, de las luces de eminentes religiosos y sacerdotes como Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Guido Foucaud y Simón de Brión que fueron después los papas Clemente IV y Martín IV, y el insigne teólogo Roberto Sorbón que instituyó en París el famoso colegio de la Sorbona. Con todos ellos tenía el piadoso monarca frecuente trato y comunicación.

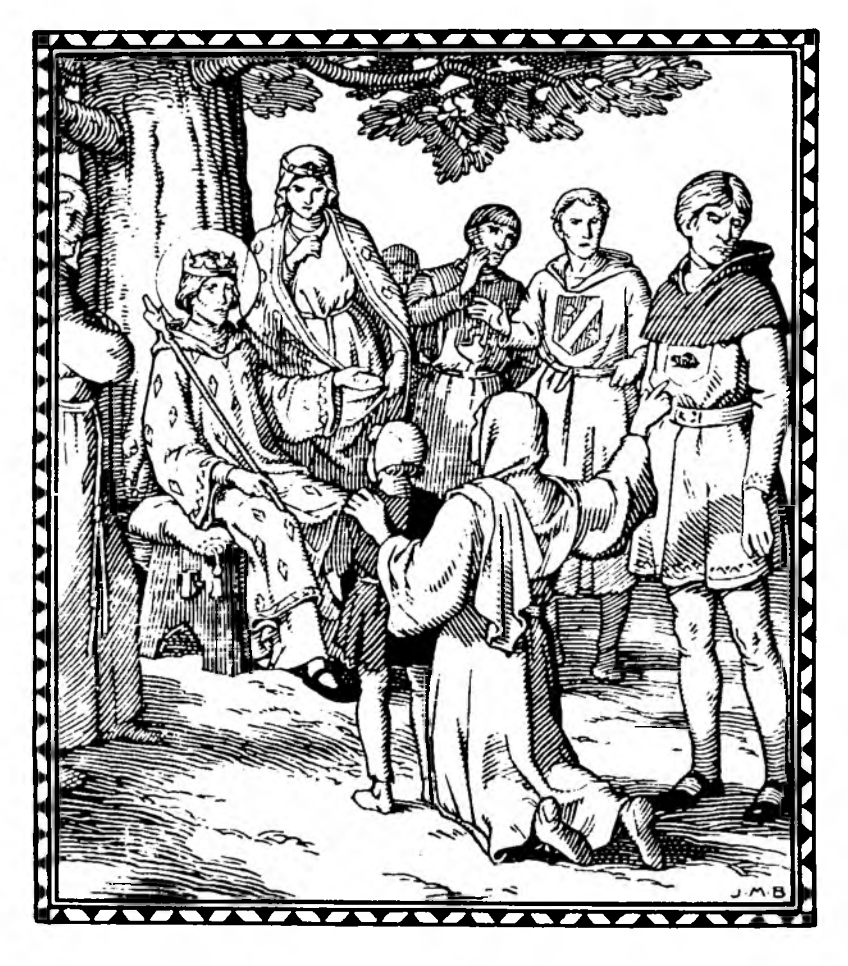
Edificó muchos hospitales, el más célebre de los cuales fue el hospicio fundado el año 1260 en París y que se llamó de los *Trescientos* por estar destinado a recibir igual número de ciegos, en recuerdo de los trescientos caballeros de su ejército, a quienes sacaron los ojos los sarracenos en las tristes jornadas que siguieron a la toma de Damieta. Fundó asimismo muchos monasterios y conventos, hizo grandes limosnas, y cada día se daba de comer en su palacio a más de cien pobres, a quienes con frecuencia servía personalmente con gran sencillez y cristiana humildad.

Aun a tierras de Oriente se extendía la liberalidad de San Luis. En agradecimiento de tanta largueza, el emperador de Constatinopla le regaló algunas reliquias de la Pasión, entre ellas la santa Corona de espinas. Salió el rey al encuentro de los religiosos Dominicos encargados de trasladar tan precioso tesoro, y al verlos no pudo contener las lágrimas. Cargó a cuestas sobre sus hombros aquellas insignes reliquias y, descalzo, entró con ellas en la ciudad. Para guardarlas decorosamente edificó en su mismo palacio de París un oratorio suntuosísimo que se llamó «la Santa Capilla». Allí solía retirarse siempre que podía, y a menudo pasaba noches enteras en oración y enteramente dado a meditar sobre la Pasión de Cristo.

PRIMERA CRUZADA

Aun con llevar vida tan santa, cuidaba San Luis el ejercicio de las armas, con lo que vino a ser valeroso y esforzado capitán. Dio grandes muestras de su valor el año de 1242, cuando sujetó por fuerza de armas al conde Hugón su vasallo y al ejército del rey de Inglaterra que ayudaba a los rebeldes. La misma intrepidez mostró más adelante en las guerras que hubo de emprender por causa más noble y santa.

A fines del año 1244, sobrevínole una grave enfermedad que a los pocos días le puso en trance de morir. Su santa madre doña Blanca



CUANDO *San Luis sale de paseo por los campos y bosques cercanos a su palacio, gusta de recibir a quienquiera que venga a exponerle sus cuitas. Sentado al pie de alguna encina oye las quejas de sus súbditos y administra justicia sin atender más que al verdadero derecho.*

mandó traer la Cruz del Salvador, la Corona de espinas y la sagrada Lanza, y acercándolas al cuerpo de su hijo, exclamó: «Alabanza y gloria, ¡oh Señor Jesús!, no a nosotros, sino a tu santísimo nombre. Por estos sagrados instrumentos con los que aparecerás el día del tremendo juicio, salva en este día el reino de Francia, salvando a su monarca». En acabando doña Blanca esta oración, empezó el rey a mover los labios, y luego todo el cuerpo; hizo esfuerzos para hablar y oyósele decir: «El Oriente se ha dignado visitarme desde el alto cielo, y sacarme de la compañía de los muertos». Habiendo sanado de aquella dolencia, juzgóse obligado como por sagrado juramento a emprender la conquista de Tierra Santa.

El día 12 de junio de 1248 estuvo dispuesto para la empresa. Fue primeramente a la iglesia de San Dionisio acompañado por su esposa, hermanos y principales señores que habían de ayudarle en aquella gloriosa Cruzada. San Luis recibió de manos del legado pontificio la oriflama con el zurrón y el bordón que eran las insignias del peregrino y dejó a París. Detúvose en Lyón para confesarse con el papa Inocencio IV y recibir con la absolución de sus pecados la bendición apostólica.

Embarcóse el ejército cristiano en Aguas Muertas, el día 28 de agosto de 1248, y a 17 de septiembre desembarcó en la isla de Chipre, elegida para centro de las expediciones militares; permaneció allí hasta el día 30 de mayo del año 1249. Habían juzgado necesaria la conquista de Egipto para poder mejor librar a Tierra Santa y permanecer de asiento en ella, por lo cual, el día 4 de junio, abordaron al puerto de Damieta. Defendían la costa los sarracenos en número incalculable. Como en este lugar es el mar poco profundo, fue menester prescindir de los navíos, y pasar a las galeras y barquichuelas, pero ni aun éstas pudieron llegar a la costa; en vista de lo cual dio San Luis el grito de guerra, y con su casco en la cabeza, el escudo en el cuello y espada en la mano saltó al agua.

Todo el ejército siguió el ejemplo del valeroso capitán. Al poco rato, los infieles, vencidos, huyeron a la desbandada: fue tal su pánico, que de noche dejaron despavoridos la ciudad de Damieta, donde al día siguiente entraron los cristianos. El santo rey mandó cantar un *Te Deum* para dar gracias a Dios por la victoria. Por desgracia, no imitaron los vencedores las virtudes de su capitán. Dados al libertinaje y a toda clase de excesos, atrajeron el castigo de Dios con sus pecados. Lo que había empezado con tan magnífico triunfo hacía de acabar desastrosamente.

Los cruzados alcanzaron contra los mulsumanes la victoria de Mansurah el día 8 de febrero de 1250. «Nunca vi tan apuesto caballero —dice Joinville admirado, al hablar de San Luis, en aquella jornada—, campeaba sobre sus huestes, sobresaliendo sus hombros encima de todos los soldados, con el yelmo dorado en la cabeza y una espada alemana en la

mano. Seis turcos agarraron la brida del caballo del rey para llevarle preso; pero él, con su espada, los mató a todos. Al ver los soldados cuán valerosamente se defendía su rey, cobraron nuevos ánimos para la lucha».

Una epidemia obligó a los vencedores a retroceder. Esta retirada fue desastrosa. Los cristianos se vieron envueltos totalmente por sus enemigos. El único medio de librarse de la muerte era la rendición; pero San Luis contestaba a quienes eso le aconsejaban: «No quiera Dios que me rinda a hombre pagano o sarraceno. —Ya veis, señor —decíanle sus hermanos los condes de Poitiers y Anjou—, que nos faltan mantenimiento y municiones, y que aquí moriremos todos de hambre o enfermedad, siendo así que con ceder ante lo imposible podríamos rescatarnos fácilmente».

Los demás caballeros juntaron sus instancias a las de los hermanos de San Luis, por lo que el intrépido monarca cedió finalmente. Mandó llamar a uno de los caudillos moros y le declaró que se rendiría con todo su ejército a condición de que les dejasen con vida, a él y a los soldados.

EL REY CAUTIVO

DESPOJARON de sus vestidos al vencido rey dejándole casi desnudo, y ataron pesadas cadenas a sus pies y manos. Movióse a compasión un pobre moro al ver que así maltrataban al rey cristiano y le echó sobre los hombros una capa. Pero el Santo parecía no sentir sus propios padecimientos: no salió de sus labios ni queja, ni murmuración; veíasele palidecer sólo cuando los infieles blasfemaban del nombre de Cristo. Con todo, cierto día que aquellos desgraciados pisoteaban una cruz por odio a la fe cristiana, se incorporó el santo rey en su camilla; y aunque no dijo palabra, leíase en sus ojos encendidos el enojo santo que sentía en su corazón.

Admirábanse los moros de su magnanimidad, paciencia y fortaleza de ánimo en las adversidades, como antes se habían admirado del valor que mostrara en las batallas. Los moros, que habían dado muerte al sultán, trataron de elegir para tal dignidad al propio rey de Francia, a quien Dios había devuelto ya la salud, y ciertamente le hubieran elegido, de haber San Luis renegado de Cristo. Finalmente, hizo paces con los moros con estas condiciones. pagaría un millón de pesos oro para libertar a todos sus soldados, y para su propio rescate devolveríales la ciudad de Damieta; porque, decía: «Al rey de Francia no se le rescata con dinero».

Cuando iba a realizarse lo estipulado, el sultán Almoadán fue asesinado por los mamelucos. Siguióse a ello un período de anarquía que puso en grave riesgo la vida del rey, a quien varias veces amenazaron con la muerte. La invencible paciencia del santo monarca acabó por desarmar a sus enemigos, los cuales aceptaron finalmente el anterior convenio.

PERMANENCIA EN SIRIA

TERMINADO su cautiverio, quedóse San Luis cuatro años en Siria, ocupado en rescatar cristianos cautivos de los moros enseñando la doctrina cristiana por sí mismo, o por los clérigos, a los infieles que querían convertirse, haciendo con fervor frecuentes romerías a los Santos Lugares de Palestina, y levantando ciudades y fortalezas. Con todo, no se atrevió a ir a Jerusalén, por no haber tenido la dicha de conquistarla.

La fama de sus virtudes se extendió por doquier. Gentes de las más apartadas tierras venían a verle. Cierto día, una cuadrilla de armenios que iban a Jerusalén fueron a suplicar a Joinville que les mostrase al «rey santo». El senescal corrió a la tienda donde estaba San Luis, y le dijo:
—Señor, acaba de llegar una tropa de armenios. Me piden que les muestre *al rey santo*. Por mi parte no pienso besar todavía vuestras reliquias.

El monarca rió de buena gana y le dijo que podía introducirlos. Luego de conversar con él, los armenios salieron muy edificados de su gran virtud.

Recibió por entonces noticia de la muerte de su santa madre doña Blanca, acaecida el 26 de noviembre de 1252, esto le determinó a volver a Francia para ordenar los negocios del reino. Hizo levantar en el navío un altar con un sagrario suntuosamente adornado, y el legado pontificio dio licencia para poder reservar en él la Sagrada Eucaristía. Allí solía retirarse a orar San Luis, sobre todo en las horas de peligro. También cuidaba del alma de los demás viajeros y marinos; mandó que todos oyesen tres sermones cada semana y él mismo solía exhortarlos a que se confesasen.

—Si sucediese —añadía— que durante la confesión tuvieran necesidad de alguno de vosotros para las faenas de a bordo, de buena gana iría yo en su lugar para tirar de los cordajes, y hacer cuanto fuese menester.

MUERTE DEL SANTO REY

A los pocos años de estar en Francia, tuvo noticia de los grandes trabajos que padecían en Siria los cristianos que allí quedaban, los cuales imploraron del santo rey que volviese a auxiliarlos con su ejército. Determinó, pues, emprender otra Cruzada, y habiendo hecho su testamento, se embarcó en febrero de 1270.

Prometióle el rey de Túnez hacerse cristiano si pasaba al África, por lo que San Luis, que deseaba ardientemente «ser padrino de tal ahijado», navegó hacia aquel puerto. Pero como todo había sido un engaño del de Túnez, este traidor que le había llamado, no le dejó desembarcar. San

Luis le envió una embajada con su capellán, declarándole la guerra con estas palabras: «Este es el bando de Nuestro Señor Jesucristo y de su sargento Luis de Francia». Pero no pudo llevar a efecto su propósito, porque a los pocos días enfermó de la calentura pestilencial que andaba por aquella tierra, causada por el aire malsano y los calores sofocantes.

Cuando estaba ya para morir, mandó llamar a su primogénito y heredero Felipe, y le entregó una *Enseñanza* escrita de su mano, en la que juntó consejos sapientísimos para el acertado gobierno de sí mismo.

También exhortó a sus ministros a que viviesen como verdaderos siervos de Cristo, y no siguiesen el ejemplo de los moros, ya que profesaban públicamente el cristianismo y ponían a riesgo su vida por la santa Iglesia.

Mandó que le acostasen sobre ceniza, y habiendo dicho lo del Profeta: «Entraré, Señor, en tu casa y alabaré tu santo nombre», entregó su alma a Dios, a los 25 de agosto de 1270. Su hijo Felipe III trajo a Francia el sagrado cuerpo y lo sepultó en el insigne templo del monasterio de San Dionisio, cerca de París, donde recibió veneración de los fieles.

Canonizóle el papa Bonifacio VIII el domingo 11 de agosto de 1297, en la ciudad de Orvieto. Algunas reliquias de San Luis fueron trasladadas a la «Santa Capilla». Su corazón se quedó en el monasterio de Monreale de Sicilia, por haberlo pedido Carlos de Anjou, hermano del Santo. En el día de hoy, la catedral de Nuestra Señora de París posee algunas reliquias del santo rey la mandíbula inferior, una costilla, un trozo de su cilicio y su disciplina de hierro. Están guardadas en preciosísimo relicario, y suelen exponerse a la veneración de los fieles el día 25 de agosto.

El año 1693, Luis XIV declaró a San Luis patrono y protector de la Orden de Caballería destinada a premiar el mérito militar.

SANTORAL

Santos **Luis, rey de Francia**; *Geroncio, obispo y mártir; Ginés, comediante, y* Ginés de Arlés, mártires; Menas y Epifanio, patriarcas de Constantinopla; Gregorio, obispo de Utrecht; Nemesio, diácono y mártir en Roma; Eusebio, Peregrino, Vicente y Ponciano, mártires en Roma; Julián, mártir en Siria; Marciano, Severo y Adredo, abades. Beatos Miguel Carvalho, jesuíta, y sus cinco compañeros (tres franciscanos, un dominico y un catequista), mártires en el Japón. Santas *María Micaela del Santísimo Sacramento, fundarora del Instituto de las Adoratrices;* Patricia, virgen, nieta del emperador Constantino Magno; Lucila, hija de San Nemesio, virgen y mártir; Unegunda, virgen, Ebba, abadesa en Inglaterra; Rufina y Eutiquia, mártires.


Guerrero esforzado   Mártir de santos arranques

DÍA 26 DE AGOSTO

SAN ALEJANDRO DE BÉRGAMO

OFICIAL DE LA LEGIÓN TEBEA, MÁRTIR († por el año 296)

ESTÁN acordes los autores antiguos y los modernos en declarar que San Alejandro pertenecía a la legión tebea o tebana, tropa de soldados valientes y escogidos que los romanos reclutaban en Egipto, en la región de la Tebaida, cuya capital era Tebas.

Capitaneábala San Mauricio, y es opinión generalmente admitida, que todos los soldados que la componían fueron pasados a cuchillo por mandato del emperador Maximiano. Ejecutóse la sentencia en Agauna —hoy día San Mauricio—, distante nueve millas de *Octodurum* —Martigny de Suiza.

San Alejandro padeció aisladamente por la fe de Cristo. El cardenal Baronio dice que ocurrió el martirio de la Legión tebea el año 297, y es muy probable que nuestro Santo lo padeció con anterioridad a esa fecha, si bien hay autores que opinan haber acaecido en fecha posterior.

Las dos *Pasiones* de este glorioso mártir fueron escritas por autores anónimos, naturales de la ciudad de Bérgamo. Una se halla en la Colección de Leyendas perteneciente a la Biblioteca Barberini, la otra la trae un Leccionario de la catedral de Bérgamo. La mejor y más segura es sin duda la primera, cuyos pormenores hallan confirmación en otras versiones.

ALEJANDRO Y SUS COMPAÑEROS

DIFÍCIL es determinar la categoría militar de Alejandro en la Legión; algunas versiones de las *Actas* del Mártir, y el oficio litúrgico, le llaman *signifer*, es decir, abanderado; en otros escritos se le llama *primipilus*, que era en el ejército romano el jefe de la primera centuria o compañía de cien soldados.

El primero de los documentos anteriormente mencionados, empieza con el relato de la comparecencia de Alejandro ante el emperador Maximiano, el segundo trae más gala de pormenores, y dice así

Por los días en que el cruel Maximiano se acercaba a su imperial residencia de Milán, fueron encerrados en la cárcel Alejandro, oficial de la primera centuria de la legión tebea, y sus compañeros Casio, Severino, Segundo y Licio. Según una antigua tradición, estuvieron a verlos en ella un cristiano llamado Fidel, y San Materno, entonces obispo de Milán.

El carcelero, Silano, sorprendido al ver que los presos pasaban el día y la noche rezando, fuése al palacio imperial y refirió cuanto había visto. Entretanto, dos oficiales de la guardia palatina llamados Carpóforo y Exanto, por mera curiosidad, o quizá impulsados misteriosamente por la divina gracia, habían pedido licencia para entrar a ver a los gloriosos confesores de la fe, y con ellos se entretuvieron largo rato.

Vueltos a Palacio, admiraron a todos por lo atrevido de sus discursos y el menosprecio que mostraban hacia los dioses del imperio, que ellos juzgaban ser vanos simulacros dignos de odio y execración.

Mientras esto sucedía, llegó a Milán el emperador Maximiano Hércules. Primera providencia del tirano fue citar a su tribunal a los cinco soldados tebeos que en la ciudad se hallaban presos a causa de su fe.

Púsolos en el trance de sacrificar a los ídolos o morir. Los cinco se negaron a ello con palabras enérgicas, por lo que fueron de nuevo llevados a la cárcel en espera de que el emperador determinase con qué género de tormentos debían ser castigados.

Pero la noche siguiente, ayudados por los oficiales de palacio Carpóforo y Exanto y por el valeroso cristiano Fidel, salieron de la cárcel y huyeron de Milán, camino de la ciudad de Como. Al amanecer del siguiente día, se encaminaron a Bérgamo, donde esperaban hallar asilo seguro.

Estando de camino —prosigue el sobredicho relato—, Alejandro topó con un cortejo fúnebre; a ejemplo de Jesucristo, Señor nuestro, mandó parar a los que llevaban el féretro, y rogó a sus compañeros que implorasen el divino auxilio; soltó al punto la muerte a su presa y el difunto, vuelto a la vida, aclamó alborozado al Dios de los cristianos, y pregonó

por doquier la existencia y poder del Señor. A los pocos días, el resucitado recibió el bautismo de manos de San Materno.

Los cristianos prosiguieron camino de Bérgamo, y penetraron en un bosquecillo donde, al poco tiempo, fue descubierto y detenido Alejandro por los enviados de Maximiano y conducido a Milán.

Sus compañeros, los Santos Carpóforo, Exanto, Casio, Severino, Segundo y Licinio lograron huir y se encaminaron a Como. Cuando el emperador Maximiano supo su fuga envió emisarios a todas partes para buscarlos, y habiendo dado con ellos en una casa cercana a Como, allí mismo, después de castigarlos cruelmente, en vista de su perseverancia cortáronles la cabeza.

COMPARECE ALEJANDRO ANTE EL EMPERADOR

Aquí dejamos al segundo biógrafo para seguir con las *Actas* de San Alejandro, las cuales traen el interrogatorio del martirio:

—Si mandé que parecieses ante mí —le dijo Maximiano— fue únicamente para que adoraras a los dioses inmortales de quienes blasfemaste; porque he sabido que has renunciado a nuestro culto para abrazar el cristianismo.

Hizo traer la mesa de los sacrificios que llamaban sagrada y añadió:

—Acércate a ofrecer incienso, si quieres librarte de los crueles tormentos reservados a quienes menosprecian a nuestros dioses.

Alejandro le respondió: —Me propones un delito abominable, ¡oh emperador!, de buen grado te respeto y honro como a príncipe, pero no me es lícito venerarte como a dios.

Díjole Maximiano:

—Piensa que si no sacrificas, pronunciaré contra ti sentencia de muerte.

Alejandro respondió:

—La muerte con que me amenazas, se trocará para mí en vida, allá en el seno de Dios. Porque apenas haya dejado yo este mundo, iré a gozar de vida verdadera y perdurable junto a los ángeles del cielo, y de la visión de aquel justo y equitativo Rey que es mi Creador y también el tuyo.

Estas palabras del esforzado militar cristiano impresionaron un tanto al emperador, el cual repuso con inesperada afabilidad.

—No es mi ánimo obligarte a sacrificar por tu propia mano. Pero lo que bien puedes hacer, es asociarte a los sacrificios que otros ofrecen.

Como no respondiera Alejandro, creyó Maximiano haberle convencido; y mandó acercar la mesa y disponer lo necesario para el sacrificio. Pero en aquel instante levantó el mártir los ojos hacia el emperador y exclamó

—¡Cuán insigne gracia me concedería Dios, que por Jesucristo otorga

los bienes, si pudiese yo traerle al conocimiento del Dios verdadero, y arrancar de tu entendimiento los vanos pensamientos y deseos!...

Algo admirado ya el cruel Maximiano de la osadía y valor del fortísimo confesor de la fe, no pudo ocultar su humillación y dijo:

—Mira, hasta ahora he aguardado con paciencia a que consintieses en ofrecer sacrificios; pero como veo que abusas de mi bondad y condescendencia, tendré que tratarte como a enemigo de nuestros excelsos dioses.

—¡Oh César! —respondió Alejandro—, agrádanme más tus amenazas que las más seductoras promesas; los tormentos que con ánimo de castigarme prepares contra mí me coronarán de gloria inmortal.

Irritado Maximiano por semejante respuesta, mandó a sus ministros que agarrasen al cristiano, y por fuerza le obligasen a participar en el sacrificio. Quieras que no, le arrastraron hasta el altar del ídolo, pero al llegar a la mesa donde estaban depositadas las ofrendas, y a falta de otro modo con que defenderse, dióle Alejandro tal puntapié, que la mesa, con gran estrépito, se vino al suelo con cuanto sobre ella había.

—¡Hase visto audacia! —grito el emperador ebrio de cólera—; es menester matar inmediatamente a este cristiano sacrílego.

Un oficial llamado Marciano fue designado para asestarle el golpe. Tenía ya el cuchillo levantado para herir de muerte al valeroso caudillo; de repente pareció titubear y se detuvo como si hubiese perdido el juicio y no cayese ya en la cuenta de lo que hacía ni de lo que había de hacer.

—¿Qué ocurre?, soldado cobarde —vociferó Maximiano—; ¿acaso no te atreves a matarle por miedo a sus maleficios?

—No, por cierto, ¡oh emperador! —repuso Marciano asustado y tembloroso—. Pero sucede que al quererlo hacer he sentido muy raras impresiones.

EL MARTIRIO

AQUELLA confesión del soldado que debía ejecutar la sentencia, hubo de influir en el ánimo del emperador, ya que mandó aplazar la ejecución por entonces. Pero sucedió que mientras los guardianes volvían con Alejandro a la prisión, zafóseles éste sin que pudieran volver por el fugitivo. Harto sabía el futuro mártir que no tardarían en dar con él, pero, juzgando que aun faltaba mucho por hacer antes de su muerte, había aprovechado una buena coyuntura para correr nuevamente a su labor de apostolado. El cielo estuvo de su parte en semejante dificultad.

Salió, pues, de la ciudad de Milán y se encaminó hacia Bérgamo. Allí, en una hacienda llamada *Prætoria*, comenzó tranquilamente y con redo-



El cruel Maximiano ordena que a la fuerza lleven a San Alejandro ante el altar, y le obliguen a sacrificar a los dioses. Indignado el santo mártir, derriba de un puntapié la mesa del sacrificio y hace caer por tierra las ofrendas. El emperador da orden de que al punto y allí mismo sea decapitado.

blado celo a combatir las falsedades de la idolatría y a predicar la doctrina del Cristianismo.

No tardaron los paganos en descubrir al impugnador de sus errores y causante de tantas bajas en el culto de los ídolos. Juntáronse en cuadrilla y corrieron a prenderle en su retiro. Apoderáronse de él violentamente y, luego de maniatarle, arrastráronle hasta los pies de un altar levantado no lejos de allí en honor de *Plotatio,* nombre enigmático de uno de tantos dioses venerados por el pueblo.

Intentaron obligarle a sacrificar a viva fuerza, pero fue inútil empeño.

En vez de obedecerles, Alejandro les pidió agua, y se lavó las manos delante de los presentes. Levantólas luego al cielo, hincó en el suelo las rodillas, y con un cántico de alabanzas al Señor expuso la inmensa alegría que inundaba su alma. Tráelo su biógrafo en estos términos:

«Alabado seas, omnipotente Criador de todas las cosas, que premias con la bienaventuranza eterna a quienes te sirven dignamente.

»Alabado seas, Rey paciente, que aguantas a los impíos y a los pecadores, y muestras al mundo la luz de tu verdad, para que los descarriados por las sendas del error puedan volver a caminar por las veredas de la justicia.

»Alabado seas, ¡oh supremo Rey!, que levantas bondadoso a los caídos.

»Alabado seas, ¡oh Rey glorioso!, que te anonadaste tomando forma de esclavo, y te dignaste obedecer a tu santísimo Padre por nosotros hasta la muerte y muerte de Cruz; que habiendo con ella ahuyentado el infierno y destruído el imperio de la muerte, ascendiste triunfante a los cielos, donde, en favor nuestro, y por nosotros tus verdugos, has preparado un puesto al arrepentimiento.

»Alabado seas, ¡oh Señor misericordioso!, que prohibes la inmolación de animales, y te dignas acoger favorablemente las oraciones de tus Santos.

»Alabado seas, fortísimo Señor de las virtudes, que arrojas a los pies de tus Santos los artificios de los demonios.

»Alabado seas, ¡oh Dios benigno!, que das la gracia del arrepentimiento a cuantos salen de veras del abismo de la culpa, y te dignas otorgar cabal premio a los obreros de la hora undécima.

»Alabada sea, ¡oh Señor!, tu sabiduría infinita, por haberme librado en este día de la ignorancia de la impiedad, y haberme admitido misericordiosamente entre los que te adoran y reverencian.

»Alabadas sean, Señor, tus misericordiosas entrañas, por haberme apartado tu mano del impío culto de los ídolos, haberme levantado al conocimiento de las obras buenas, y librado del príncipe de este mundo y de cuantos le siguen.

»Alabado seas, ¡oh excelente Pastor!, que trajiste sobre tus hombros

la oveja descarriada al escogido redil de tu Iglesia, con lo que por mi causa alegráronse los santos ángeles del cielo.

»Alabado seas, ¡oh Padre infinitamente bueno!, que te dignaste concederme en un instante la abundancia de tan grandes bienes, y coronarme de gloria, por Jesucristo Señor y Rey mío, a mí que peleo por el triunfo en el estadio de la verdad.

»Alabado seas, Rey poderosísimo, que me trocaste en atleta vigoroso por los discursos y el trabajo del sano juicio, por el auxilio de tu divino Espíritu, y que embotaste el aguijón del demonio.

»¡Oh Señor!, dame tu divina gracia, como te dignaste prometerla a quienes te aman.

»Alábente, Señor, los cielos, la tierra, el mar y cuanto en ellos tiene ser y vida, porque Tú creaste todos los bienes por tu Hijo único Jesucristo para gloria de tu santísimo nombre, como fue de tu mayor agrado».

Alejandro, con no pequeña rabia de sus enemigos, gozábase ante la inminencia de su triunfo y cantaba alegre pregonando la gloria del Señor.

Poco se le importaba de toda aquel aparato con que habían querido impresionar su imaginación: soldado hecho ya a los combates de la vida, quería, en aquel trance supremo, y a despecho de cualquier diabólica insinuación, mantenerse firme en sus ideales: todo por Dios y sólo por Él.

Entretanto que el esforzado mártir daba así desahogo al fervor, sus verdugos habían estado tratando sobre la suerte que correspondía a quien de tal manera había despreciado con público alarde a los dioses del imperio.

Convinieron, pues, en sacrificarlo como víctima propiciatoria y en defensa de las leyes imperiales que tan abiertamente conculcara.

El Santo no opuso resistencia, antes, con alegría prestóse a rubricar, con la sangre y con la vida, la fe que alentaba en su pecho y su amor a Aquel que por pura caridad se hiciera hombre y muriera en la cruz.

Con lo cual, sus sayones, sin más preámbulo ni formalidades, cortáronle la cabeza. Sucedió esto en Bérgamo, a 26 del mes de agosto.

Algunos historiadores han afirmado que Alejandro, después de su huída de Milán, predicó públicamente la fe cristiana durante bastante tiempo. Los documentos más antiguos no registran esta tradición, la cual parece no avenirse con la brevedad de su estancia allí. Por lo que es de suponer que tuvo que reducirse al pequeño círculo de influencia vecino de la casa.

Si aquella predicación no fue real como quisieron entenderla los tales historiadores, lo es, y muy evidente —como nota el comentador del *Acta Sanctorum*—, que fue apóstol por la efusión de su sangre y por los milagros innumerables que obró el Señor en el correr de los siglos por su intervención. En este sentido bien puede afirmarse que San Alejandro trocó aquel reducto del paganismo en tierra fecundísima para la Iglesia.

CULTO A SAN ALEJANDRO

Una vez consumado su crimen, los paganos abandonaron el cuerpo del santo mártir, quizá por ver si algún cristiano se atrevía a acercarse a él. Pocos días después, y cuando ya no pensaban ellos en su víctima, una piadosa matrona llamada Grata, ayudada por algunos familiares, apoderóse del venerando cadáver y llevólo a una heredad sita en la afueras de Bérgamo y dióle allí honrorísima sepultura en presencia de muchos cristianos.

Parecióle después que aquél era muy pequeño homenaje y determinó levantar, a propias expensas, un suntuoso templo donde fuera honrada la memoria del fortísimo caballero de Cristo. De modo que vino a ser la tal construcción el primer oratorio alzado a la memoria del Santo.

Muy pronto fue aquel lugar centro de piadosa romería por parte de los cristianos. La devoción de los visitantes y el sinnúmero de prodigios obrados por el Señor en honra de su siervo, extendieron más y más el culto del insigne mártir hasta hacerlo muy popular en Italia. El paso de los peregrinos fue extendiendo luego aquella fama por toda la cristiandad.

Es San Alejandro patrono principal y protector de la ciudad de Bérgamo. El religioso benedictino e historiador fray Ruinart declara y comprueba la antigüedad y gran celebridad del culto de este glorioso mártir. Como queda dicho, en el correr de los siglos atribuyéronse muchísimos milagros a la intercesión de San Alejandro. Dos lugares de la diócesis de Como se salvaron de las invasiones de lobos hambrientos por intercesión del Santo, y en agradecimiento fueron llevadas procesionalmente a dichos pueblos las reliquias de Santa Grata y San Alejandro. Carlos el Gordo, emperador de Alemania, habiendo hecho voto al Santo, sanó de gravísima enfermedad por los años de 883, y en prueba de gratitud edificó un templo a San Alejandro y lo enriqueció con una preciosa corona de oro.

Pero la protección de este bienaventurado mártir se deja sentir principalísimamente en Bérgamo. El año 1505 puso sitio a la ciudad Raimundo Cardona, virrey de Nápoles, el cual se hallaba por entonces en guerra contra Venecia; tras una aparición del glorioso mártir San Alejandro, tuvo que pactar con ventaja para los de Bérgamo.

El año 1576, cuando la peste diezmaba a Italia y sobre todo a Venecia y Milán, solamente murieron en Bérgamo dos docenas de personas. Todos lo atribuyeron a la intercesión del inclícito patrono de la ciudad.

En Roma es San Alejandro patrono de la iglesia de San Bartolomé de la plaza Colonna; la fábrica de esta iglesia solía dotar antiguamente a algunas doncellas de Bérgamo el día de la fiesta del Santo.

RELIQUIAS DE SAN ALEJANDRO

El oratorio levantado por Santa Grata permaneció en pie hasta principios del siglo x. Por entonces, el obispo de Bérgamo, San Adalberto, ansioso de remediar los desastres causados por la invasión de los húngaros, determinó emprender la reconstrucción de los templos más arruinados. Reedificó la Basílica de San Alejandro, y trasladó las reliquias del mártir de su antiguo sepulcro a la Confesión. El traslado se verificó muy solemnemente; presidió la ceremonia Berengario, rey de Italia.

El año de 1561 efectuóse un nuevo traslado a la catedral de San Vicente. La república veneciana, so pretexto de fortificar la ciudad de Bérgamo, necesitó echar abajo la iglesia edificada por San Adalberto.

Más adelante se reedificó la catedral de San Vicente y se le dieron mayores dimensiones. Por decreto del papa Inocencio XI, fue dedicada únicamente a San Alejandro, patrono de la ciudad y de la diócesis.

Existe un relato circunstanciado de la «invención» de las reliquias del mártir verificada con ocasión de su traslado a la nueva catedral. A ras de tierra, cerca del altar, había una placa que, sobre cuatro columnitas de mármol, sustentaba un arca de madera chapeada de hierro. Quitaron este monumento y el altar, y hallaron un trozo de mármol hincado en el suelo, en el que estaban grabadas estas dos palabras: *Miles Thebanus,* soldado tebeo. Medio codo más abajo, descubrieron una gran losa, la tapa del sarcófago.

Todo el sepulcro era de mármol. La naturaleza de las incripciones, orlas y adornos en él esculpidos da pie para afirmar que se trataba de un sarcófago pagano destinado después a sepulcro de un mártir.

SANTORAL

Santos *Ceferino, papa y mártir;* **Alejandro de Bérgamo, soldado y mártir;** Víctor, *solitario y mártir; Adrián, mártir;* Euladio, obispo de Nevers, y Rufino, de Capua; Justino y Gelasio, obispo de Poitiers; Félix, presbítero, en Pistoya; Simplicio y sus hijos Victoriano y Constancio, mártires en Italia; Ireneo y Abundio, martirizados en Roma cuando querían rescatar el cuerpo de Santa Concordia; Ático, Sisinio, Basilio, Mercurio, Quintín y otros, mártires; Segundo, mártir con sus compañeros de la Legión Tebea; Amador, solitario Beato Bartolomé de Nieva, dominico. Santas Tenestina, virgen y monja; Pelagia, viuda; Juana Isabel Bichier, virgen y cofundadora de las Hermanas de San Andrés. (Véase San Andrés Huberto, 13 mayo, pág. 140).



Especialísima protectora del Santo — Maestro insigne en piedad y letras

DÍA 27 DE AGOSTO

SAN JOSÉ DE CALASANZ

FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES DE LAS ESCUELAS PÍAS (1556-1648)

La vida de San José de Calasanz puede compendiarse en estas pocas palabras fue un sacerdote español de ilustre cuna, que llamado a las más altas dignidades, renunció a toda gloria humana para dedicarse por amor de Dios a la enseñanza y educación de los niños pobres, y que para desarrollar y perpetuar su obra fundó una Orden religiosa a costa de muchas y dolorosas pruebas animosamente sobrellevadas.

Nació José el 15 de septiembre de 1556, en el palacio de Peralta, en Aragón, de una ilustre y cristiana familia que entroncaba con los primeros reyes de Navarra. Inspiráronle sus progenitores respeto a las cosas santas, amor a Dios y horror al pecado. Cuentan los historiadores de su vida, que ya a los cinco años, sintiendo hervir en sus venas la sangre de sus mayores, empuñaba una diminuta espada y, al frente de sus compañeros, iba por los campos y caminos de las cercanías a hacer la guerra al diablo y derrotarlo. También por entonces rezaba ya diariamente y con devoción el santo rosario y gustaba lo rezasen con él los de su casa.

Ya algo mayorcito tenía entre su diversiones favoritas la de reunir a sus amigos junto a un altarcito que había arreglado y, desde su púlpito, repetir las lecciones de catecismo que los maestros le habían enseñado.

Además, a imitación de los predicadores excitaba a sus oyentes a amar a Dios y huir del pecado. Terminaba el ejercicio con el rezo del rosario y con algún cántico. En esos actos ponía José tanta piedad y convicción, tal gravedad y compostura, que causaba admiración a las personas mayores. Sabía atraer y retener a sus compañeros con obsequios y regalos.

En la familia Calasanz se leía la Vida de los Santos; José escuchaba esa lectura con avidez y delectación y ardía en ansias de imitar la penitencia, piedad y caridad de los héroes del cristianismo. Hallaba modo de mortificar su cuerpo con penitencias ingeniosas en el comer, en el dormir y en variedad de sacrificios y molestias. Privábase a veces de la cama y se acostaba en una mesa. Ejemplarísimo en la obediencia a sus padres y maestros, fue igualmente tan grande su amor a la pureza desde que tuvo uso de razón, y tal su recato, que ni de su madre se dejaba ver si no estaba del todo vestido. Delicadeza extremada que guió siempre su conducta.

ESTUDIANTE MODELO

En Estadilla, población cercana a Peralta de la Sal, estudió José Gramática y Humanidades; y en todo el curso de su estudios fue para sus condiscípulos modelo de virtud y aplicación, de modo que le apellidaban «El Santito». Y cuando a los quince años terminó los estudios de Retórica, con brillantísimo e indiscutible resultado, era un adolescente perfecto, vigoroso de cuerpo y espíritu, de más que regular talla y de agraciado y noble semblante que respiraba inocencia, talento y valentía. Tal conjunto de bellas prendas regocijaban a su padre, que en él creía descubrir el futuro capitán émulo de las proezas guerreras de sus mayores.

Pero la gloria mundana no conmovía el corazón de aquel joven que sentía los atractivos de una carrera más excelente y sagrada que la de las armas. Además su hermano mayor Pedro pagaba ya la deuda de familia siguiendo las banderas de su patria y de su rey. Por eso no halló dificultad por parte de su padre para cursar filosofía en la Universidad de Lérida. ¡Gloriosos tiempos de España cuando guerreros, políticos, poetas, sabios y santos en hermandad perfecta de voluntades, emulaban a quién daría más gloria y esplendor a la Iglesia y a la Patria!

Para precaverse contra las pasiones de la juventud y contra los asaltos del demonio, que ya en alguna circunstancia le había acometido en forma visible, trazóse José un reglamento severo y lo cumplió con la mayor fidelidad. Frecuentaba los sacramentos; no hacía más que una comida al día, comida que a menudo se reducía a pan y agua, llevaba cilicio, se disciplinaba, no concedía más que breves horas al sueño, sirviéndole de cama,

a veces, una silla o el duro suelo, y se entregaba con ardor a la oración y al estudio. Todavía hallaba tiempo para enseñar la doctrina a los ignorantes, para visitar a los pobres y socorrerlos, para cuidar a los enfermos en los hospitales y predicar la caridad en cuantas formas estaban a su alcance, sin que hubiera trabajos capaces de anular sus santos propósitos. Los triunfos alcanzados por Calasanz en la facultad de filosofía, fueron verdaderamente extraordinarios, de modo que sus compañeros le eligieron presidente de su cofradía, o, como entonces se decía, «Príncipe de los aragoneses».

VOCACIÓN ECLESIÁSTICA

Conocidos por su padre aquellos ruidosos triunfos, vino en autorizarle para seguir estudiando en Lérida ambos derechos canónico y civil, movido por sus incesantes ruegos, consintió también en que vistiese traje talar y recibiese la tonsura de manos del obispo de Urgel, en Balaguer, el 11 de abril de 1575. Fue uno de los grandes acontecimientos de su vida. Apartado que hubo ya de su corazón toda esperanza mundana, postróse ante el altar de la Santísima Virgen e hizo voto de castidad perpetua. A los veinte años recibió el grado de Doctor en Derecho canónico y civil, en la universidad de Lérida, de donde, con la venia de su padre, pasó a Valencia para estudiar Teología en la célebre universidad levantina.

Quiso vengarse el enemigo malo, tantas veces humillado por José, y tendióle sutilísimo lazo por medio de una próxima pariente suya; pero el vigilante mancebo esquivó el peligro y frustró una vez más los planes del diablo huyendo lejos de la ciudad. Calasanz había ido a la universidad de Alcalá para terminar los estudios de Teología, cuando un acontecimiento doloroso pareció querer cambiar el rumbo de su vocación. Su hermano mayor, oficial superior del ejército, acababa de morir sin dejar herederos, y su padre llamó a su segundón, deseoso, sin duda, de que tomase en la familia el lugar que le correspondía. Pero el tesón aragonés del joven teólogo logró, por lo menos, que de momento le permitiese terminar los estudios teológicos. Obtenido el grado de doctor en esas disciplinas, acudió al palacio de Peralta para consolar a su dolorido padre.

Hallábase en sus veinticinco años y no estaba ligado por ninguno de los grados eclesiásticos. Puede colegirse, por tanto, lo que su padre y la familia toda pondrían en juego para persuadirle a que sustituyera a su hermano y contrajese matrimonio, y cuán grande lucha tuvo que sostener el Santo con todos y consigo mismo por el dolor que su resolución causaba a aquel padre a quien amaba con la mayor ternura. La vocación exige a veces sacrificios heroicos que templan las almas, y José de Calasanz

los hizo y triunfó aun a costa de su corazón; guardó el voto de castidad que secretamente había hecho, y con penitencias, ayunos y plegarias a su madre la Virgen Santísima, logró permanecer fiel a su vocación sacerdotal.

Ayudóle el cielo por medio de una enfermedad tan grave que los médicos habían perdido la esperanza de salvarle. Su buen padre se hallaba abrumado de dolor. Entonces el enfermo le pidió permiso para hacer el voto de ordenarse si recobraba la salud, y apenas obtenido aquel beneplácito, se vio completamente sano. En 1582 recibió los primeros órdenes.

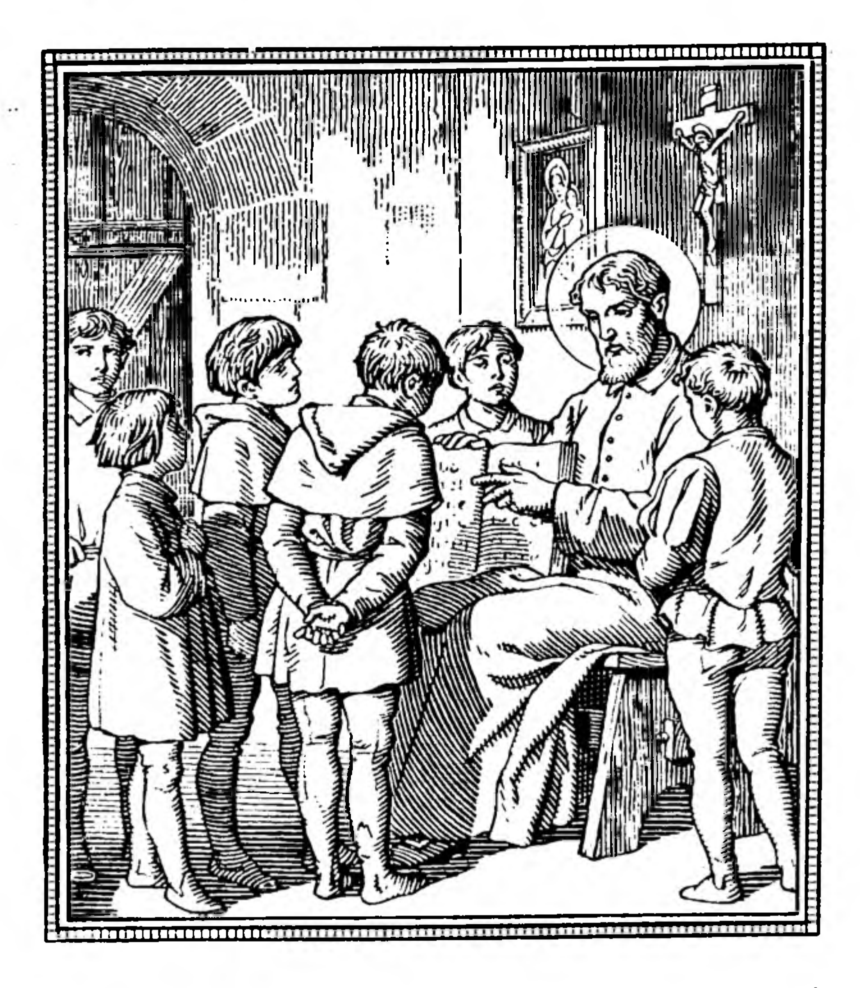
EL SACERDOCIO. — VIAJE A ROMA

ORDENADO sacerdote el 17 de diciembre de 1583, entregóse con alma y vida a cuantas obras de caridad y apostolado estaban a su alcance. Pero donde dejó desbordar toda la ternura de su corazón de hijo amante, fue al prestar a su padre los cuidados más exquisitos en su última enfermedad y al prepararle para comparecer ante Dios.

Sin tener en cuenta su juventud; sólo su valer, el obispo de Albarracín le escogió por confesor. Poco después el de Urgel le nombró Vicario.

El bien que hizo a los sacerdotes y fieles de esas dos diócesis por la santidad, ciencia, actividad y prudencia en los negocios durante los ocho años que en ellas ejerció su apostolado, fue incalculable. El rey de España le tenía destinado un obispado importante, pero el humilde y piadoso vicario general oía frecuentemente una voz interior que le decía: Vete a Roma, José; vete a Roma». Y a Roma se fue sin ni siquiera sospechar la misión a que Dios le llamaba. Renunció para ello a todos los cargos y beneficios eclesiásticos, repartió entre los pobres una parte de la herencia, dejó lo restante a sus hermanas por una módica pensión, y partió como peregrino pobre y desconocido en 1592.

Inútilmente procuró ocultarse en Roma, porque reconocido por algunos compatriotas suyos, tuvo que presentarse ante el cardenal Marco Antonio Colonna, quien le nombró preceptor de su sobrino el príncipe Felipe. Aceptó José esa misión en espera de más claras manifestaciones de la Providencia, y en Roma, como en España, desplegó tal actividad y de tal modo se entregó a la oración y a las obras de celo, que sería increíble la labor por él realizada si no se hallase declarada en documentos fidedignos. Levantábase a media noche para entregarse a larga meditación ante el Santísimo Sacramento, rezaba después de rodillas maitines y laudes, y seguidamente hacía la peregrinación de las siete basílicas de Roma, es decir, de doce a quince kilómetros a pie y sin que el tiempo fuese factor capaz de detenerle en su cotidiano recorrido. Durante ese tiempo rezaba



San José de Calasanz se consagra a la instrucción y educación de los indigentes. Durante cincuenta y un años, con el cebo de las letras enseña a los pobres la doctrina cristiana con tanta virtud y tesón, que renuncia repetidas veces la mitra y el capelo para no perder ocasión de apostolado.

prima, decía la misa en San Juan de Letrán o en Santa Práxedes, y terminaba la piadosa romería en San Pedro, donde permanecía a veces horas en oración. Visitar, servir y consolar a los enfermos en los hospitales, a los presos en las cárceles, y a los pobres en los humildes tugurios, ocuparse en sus funciones de preceptor y de teólogo, entregarse al estudio y a nuevos ejercicios de piedad, era más que suficiente programa para ocupar todo el resto del día y principio de la noche. Hacia la una de la tarde tomaba su única comida, reducida con frecuencia a pan y agua.

A vida tan laboriosa y sacrificada, añadía sangrientas disciplinas y ásperos cilicios, régimen durísimo que observó hasta su vejez. Y en la terrible peste de 1596 se entregó de noche y de día al cuidado de los apestados. El amor de Dios que embargaba su corazón le impulsaba ardorosamente a poner por obra cuanto podía contribuir a la salvación de las almas. «¡Oh, cuánto vale ganar un alma! —repetía con frecuencia— y ¡cuán del agrado de Dios es tan bella empresa! Agregóse a varias cofradías de apostolado y caridad, como la Congregación de la Doctrina Cristiana que tenía por fin reunir a los niños del pueblo todos los domingos para enseñarles la doctrina cristiana y disponerlos a recibir los sacramentos de Penitencia y Eucaristía. José de Calasanz no se contentaba con los domingos, lo hacía todos los días, y no sólo en la iglesia sino en cualquier parte donde pudiera reunir auditorio, hasta en la plaza pública, y su celo no se limitaba a los niños, también atendía a los obreros, campesinos y mendigos.

Cinco años de ministerio tan humilde como penoso, dieron a Calasanz gran conocimiento de las necesidades del pueblo y le hicieron ver con dolor que muchos niños, por la incuria y pobreza de sus padres, vivían en la más crasa ignorancia de la religión, y que los ya mayores sentían vergüenza de estudiar lo que consideraban propio de niños y, como consecuencia de la ignorancia, vivían en la degradación y en el desenfreno. Cuando esos desgraciados llegaban a formar una familia, no se ocupaban de que sus hijos se intruyesen en la doctrina, de modo que el mal se agravaba de continuo. Ciertamente no escaseaban las escuelas en Roma, pero los maestros admitían pocos alumnos gratuitos y no se preocupaban lo bastante de la enseñanza de la religión ni la educación moral.

De ahí, para Calasanz, la necesidad urgente de fundar escuelas gratuitas donde aprendiesen los niños las verdades de la religión y se los acostumbrase a la práctica de las virtudes cristianas, aunque sin descuidar la enseñanza de las ciencias profanas que habían de atraerlos y facilitarles medios de ganarse honradamente la vida. Expuso su idea a varios personajes eclesiásticos, a algunos superiores de Órdenes religiosas y a buenos y celosos maestros, y a todos pareció excelente, pero todos se excusaron, unos porque no podían, otros porque no se atrevían a lanzarse a una

empresa que les parecía erizada de dificultades. De todas sus consultas dedujo Calasanz que la idea que le obsesionaba era del agrado de Dios y había de servir para su gloria, al faltarle el concurso de los hombres, resolvió confiar sólo en la Providencia, y la emprendió sin vacilaciones. Por fin a los 40 años había dado con su vocación definitiva e iba a ser el fundador de la Orden religiosa que entonces más necesitaba el mundo.

Corría el año 1597 y, para disponerse a tan grandiosa misión, decidió marchar a pie en peregrinación a Asís, a fin de recabar la protección del gran Patriarca. Allí, ante la tumba de San Francisco, oró con tal fervor que mereció que se le apareciese el Santo y le invitara a contraer indisoluble alianza con tres vírgenes angélicas que le mostró y que no eran otras que las tres virtudes de Pobreza, Castidad y Obediencia.

ESCUELAS PÍAS

Sin pérdida de tiempo volvió José de Calasanz a Roma, donde, de acuerdo con el señor cura de Santa Dorotea, abrió junto a esta iglesia, en el barrio popular del Transtévere, una escuela gratuita que muy pronto se vio poblada por un centenar de niños. Diole ánimos y le bendijo el papa Clemente VIII. Con su dinero y con las limosnas que recogía, compró todo el material necesario: mesas, bancos, papel, libros, etc., y premios que atrajesen a los niños, y que a la vez sirvieran de elemento religioso educativo. Prestáronle cooperación algunos hombres de buena voluntad, ya por módica paga, ya por sólo el alimento, ya también, arrastrados por el ejemplo de aquel santo varón, sin retribución alguna y procurándose ellos mismos el proveer a sus propias necesidades. Como el fin de la obra era ante todo formar a los niños a la piedad, a la virtud y las buenas costumbres, dio el fundador a sus escuelas el calificativo de *pías*, es decir, piadosas y caritativas, y sus religiosos se llamaron familiarmente «Escolapios», por contracción de las palabras *Escuelas Pías* —en italiano, *Scuole Pie*— por el que muy pronto fueron conocidos y designados.

El éxito obtenido por los nuevos maestros fue resonante. Tuvieron que fundar varias casas en Roma, alguna muy importante, como la de San Pantaleón, que llegó a tener más de mil alumnos. Enseñábanles a todos doctrina cristiana, lectura, escritura, cálculo y gramática, y a muchos latín y humanidades. Los colaboradores de Calasanz aumentaron con el número de niños, y algunos como Gellio Ghellino, Glicerio Landriani y Pablo Curtini murieron en olor de santidad después de una vida enteramente dedicada a la obra. Esos piadosos maestros, a ejemplo de los religiosos, vivían bajo una disciplina común con autorización de Paulo V

La Congregación de Clérigos regulares de la Madre de Dios, fundada en Luca en 1574 por San Juan Leonardo, se unió en 1614 con los compañeros de Calasanz, con inmenso gozo del piadoso fundador de las Escuelas Pías. Entonces se introdujo en el reglamento de la naciente Orden un artículo que exigía de los niños que se presentaban en sus escuelas un certificado de indigencia. Muchas familias tuvieron vergüenza de someterse a esa formalidad y el número de alumnos disminuyó rápidamente, y, como consecuencia, los «Padres Luqueses» volvieron a separarse, pero Dios multiplicó la familia Calasancia, que fue canónicamente erigida como Orden regular por el papa Gregorio XV en 1621. El primero que hizo los votos solemnes fue el mismo José de Calasanz, el cual, para abrazar la pobreza perfecta, renunció a la pensión que recibía de España.

Tomó los pergaminos que acreditaban sus títulos eclesiásticos universitarios y los rompió en tiras, con las que hizo azotes para corregir a los niños indisciplinados, porque en aquellos tiempos sabían los hombres servirse del castigo con inteligencia y sabiduría, según el precepto de los Libros Santos que aconseja servirse de él con oportunidad y caridad.

La Orden de los «Pobres Clérigos regulares de la Madre de Dios y de las Escuelas Pías» —así se llamaba el nuevo Instituto religioso— adquirió rápido desarrollo e hizo por doquier un bien inmenso. Los Príncipes y los Obispos de Italia, Sicilia, España, Austria, Moravia y Alemania, conocedores de la obra realizada por la nueva institución, solicitaban a porfía la fundación de escuelas en sus territorios. En 1621, José de Calasanz fundó en Roma el Colegio Nazareno o Colegio de Nobles, que aún subsiste.

CONTRADICCIONES. — MUERTE

Pero en este valle de lágrimas no puede hacerse el bien sin lucha con el enemigo de Dios y con las debilidades y flaquezas de los hombres. Si los éxitos de José de Calasanz fueron inmensos y sorprendentes, las tribulaciones, penas y contrariedades a que se vio sometido fueron inauditas, y para narrarlas habría que llenar un no pequeño volumen. Tentaciones de desaliento, sequedades, enfermedades graves que le pusieron a las puertas del sepulcro; un percance en una pierna, en 1601, a consecuencia del cual quedó mal herido para todo el resto de su vida; enredos con un estafador el cual falsificó su firma y le desacreditó en varias provincias; apreturas; falta absoluta de recursos para el sostenimiento de las obras. Pero en estos casos, su santidad y confianza en Dios obtenían frecuentes milagros. En cambio, la difusión excesivamente rápida de su Orden, ocasionó dolorosas y muy arduas dificultades.

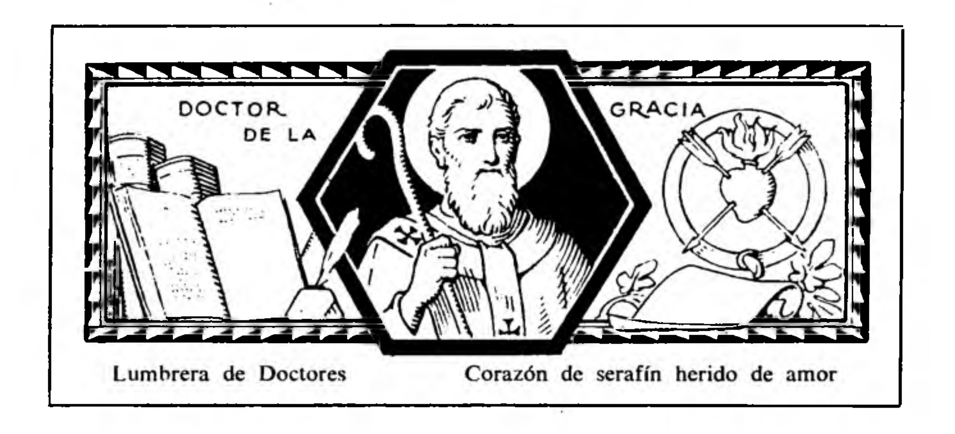
Llevados del deseo de atender a tantas nuevas fundaciones, los maestros de novicios se mostraron a veces demasiado fáciles para recibir sujetos, y los coadjutores, admitidos a la clericatura, pretendieron llegar al sacerdocio, los criados, a su vez, aspiraron a cargos menos materiales. Dos intrigantes, hábiles hipócritas, llamados Mario Sozzi y Esteban Querubini, aprovechando en beneficio de su orgullo la ilustración y prestigio de las Escuelas Pías, obtuvieron puesto preponderante en la Orden e introdujeron en ella la irregularidad y la división. Por último, algunos personajes influyentes se dejaron seducir de tal modo por los enemigos del santo fundador que, no obstante el favorable informe del jesuíta Padre Silvestre Pietrasanta, designado como Visitador, y la benévola opinión de una comisión cardenalicia, el papa Inocencio X creyó de utilidad el reducir la Orden al estado de simple Congregación sin votos, por un Breve de 16 de marzo de 1646. Tan rudo golpe alcanzó al Padre Calasanz cuando llegaba a los noventa años, pero éste lo sobrellevó con resignación.

Dios le glorificó con numerosos milagros fruto de sus oraciones, con el don de profecía y con favores celestiales. Apareciósele la Santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos, rodeada de innumerables ángeles, María y su Hijo Divino miraban complacidos a los niños que con él rezaban y el dulcísimo Jesús levantó su manecita y los bendijo. Predijo el santo fundador que su Orden sería restablecida diez años después de su supresión y que poco a poco lograría mucho mayor florecimiento, y así se verificó, aunque él no fue testigo en vida de aquella rehabilitación.

Provisto de la bendición papal, dejó santamente este valle de miserias el 18 de agosto de 1648, a la edad de noventa y dos años, después de haberse dedicado durante cincuenta y dos a la educación de los niños. Toda la ciudad de Roma acudió a sus funerales y numerosos enfermos recobraron la salud milagrosamente. Clemente XIII lo inscribió en el Catálogo de los Santos en 1766, Clemente XIV elevó su fiesta a rito doble, y Pío XII lo constituyó patrono de las escuelas populares cristianas del mundo.

SANTORAL

Santos **José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías;** *Cesáreo, obispo de Arlés; Pemón, anacoreta;* Licerio, obispo de Lérida; Rufo, obispo de Capua, mártir; Narno, bautizado y consagrado obispo por San Bernabé; Siagrio, obispo de Autún; Malrubio, solitario y mártir; Carpóforo y el tribuno Rufo, mártires en Capua; Marcelino, tribuno romano, martirizado en el Ponto, juntamente con su esposa Manea y sus hijos Juan, Serapión y Pedro. Santas *Eulalia* y Antusa la Joven, vírgenes y mártires; Manea, martirizada al mismo tiempo que su esposo y sus tres hijos; Margarita, viuda; Emérita, mártir, venerada en Antioquía.



Lumbrera de Doctores — Corazón de serafín herido de amor

DÍA 28 DE AGOSTO

SAN AGUSTÍN

OBISPO DE HIPONA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (354-430)

AGUSTÍN —*Aurelius Augustinus*— nació el 15 de noviembre de 354, en Tagaste, ciudad de Numidia —hoy Suk-Ahras, al sudeste de Bona—. Su padre, llamado Patricio, era pagano, tenía un carácter violento que poco a poco fue modificando gracias a la paciencia y mansedumbre de su esposa Mónica. Ésta obtuvo de él, que Agustín se hiciera catecúmeno, es decir, que fuera destinado al cristianismo. Segun costumbre de la época el bautismo quedó diferido para más adelante.

Mónica se encargó personalmente de criar a su hijo, y de inculcarle al mismo tiempo el amor de Dios. Las lecciones de esta madre tiernamente amada dejaron un huella imborrable en el alma de Agustín. Mientras su padre, atento solamente al porvenir terrenal, hacíale aprender las letras profanas, su madre se preocupaba ante todo por su salvación.

Al salir de la infancia, sufrió una grave enfermedad y pidió el bautismo. Pero habiéndose mejorado, Mónica juzgó más acertado retardar aún el sacramento regenerador. Agustín se dolió más tarde de esta determinación de su madre, aunque ella obedecía al temor, excusable en una cristiana, de que el bautismo fuese luego profanado por los arrebatos de la juventud.

VIDA DE PECADO. — LA NOSTALGIA DE CRISTO

Las previsiones de Mónica tuvieron cumplimiento. Agustín cedió casi sin resistencia al cebo de los placeres prohibidos. Su arrogancia natural, sin embargo, le retenía en los límites de cierto decoro, que hubiera sido virtud para un pagano, pero que, en realidad era incompatible con la pureza cristiana.

Romaniano, «preceptor de la ciudad», se interesó por los éxitos escolares de Agustín y le ofreció la pensión necesaria para que pudiese ir a Cartago a perfeccionar los estudios. Llegó allí hacia fines de 370, a la edad de diecisiete años. Al año siguiente se quedó huérfano de padre; Mónica había logrado convertir a su esposo a la fe cristiana.

Si Cartago era centro de estudios de primer orden, también lo era, y más, centro de placeres. Ávido a la vez de éxitos intelectuales y de éxitos mundanos, el joven estudiante llevaba a la par y con igual ardor la vida de estudio y la vida de placer.

Una amistad culpable vino a moderar, sin suprimir, esta vida desordenada. Nació un hijo de esta unión ilegítima, Adeodato —el hijo de su pecado, como él le llamaba—, al que amó entrañablemente y del que nunca se separó. Aunque no tuviese el valor de abandonar esta existencia tan poco digna de un catecúmeno, continuaba sintiendo el vacío de ella y no gustaba sin inquietud de los placeres prohibidos.

El primer aviso de la conciencia se lo dio la filosofía pagana. El *Hortensio* de Cicerón, caído por casualidad en sus manos, le reveló la posibilidad de una eterna bienaventuranza y le mostró que la ocupación más noble del sabio es la de esclarecer este misterio: Si todo acaba con la vida presente no es ya pequeña dicha el haber ocupado la existencia en el estudio de asunto tan importante; si, como todo parece indicarlo, nuestra vida continúa después de la muerte, la investigación constante de la verdad es el medio más seguro para prepararnos a esa otra existencia». En vano pidió a los maestros paganos esas claridades de que tan ávido estaba.

«Una cosa enfriaba mi ardor —escribe— y era que el nombre de Cristo no estaba en los libros de los filósofos, y este nombre, por vuestra misericordia, ¡oh Dios mío!, este nombre de vuestro Hijo, mi Salvador, mi corazón lo había mamado con la leche de mi madre y lo guardaba profundamente; por eso, todo lo que estuviese escrito sin este nombre, me causaba desagrado, aunque tuviese todos los atractivos de la elocuencia y aun de la verdad.»

Pero esta necesidad de Cristo, para quedar satisfecha, reclamaba de él, como de todos, un doble sacrificio: la sumisión de la inteligencia y la pureza de vida. Ahora bien, Agustín aún no estaba dispuesto a realizarlo.

EN LA ESCUELA DE LOS MANIQUEOS

La sabiduría pagana no le satisfacía de ningún modo. Se volverá, pues, hacia los Libros Santos. Pero ¿quién le dará la inteligencia de ellos? La Iglesia Católica se la ofrece; pero la Iglesia procede por vía de autoridad; impone dogmas y creencias que confunden la razón. Enfrente de la Iglesia se alza la herejía maniquea, que no impone ningún dogma a la razón y cuyos maestros están infatuados por las letras y ciencias profanas. Cada cual cree a su antojo y según el grado de su perspicacia. Y los maestros maniqueos —gente locuaz, hipócrita, carnal y extravagante— prometen a Agustín aclarar poco a poco y con seguridad todas sus dudas.

El maniqueísmo le ofrece todavía un atractivo más seductor. Al admitir la coexistencia de un Dios bueno y de un Dios malo, explica el pecado en el hombre por influencia ajena. ¡Ya no hay responsabilidad de sus faltas para el hombre que ama al Dios bueno! ¡Todo el mal que puede cometer es imputable al Dios malo! De donde se deduce amplia libertad para el desahogo de las pasiones dentro del campo de la fe y la moral predicadas por aquella herejía.

Como se ve, no era pequeña tentación la que una tal doctrina suponía para los jóvenes, en quienes el ímpetu pasional tropieza con los valladares de la conciencia. Ése fue el estímulo para la caída de muchos incautos.

Agustín, aunque sin estar plenamente convencido, se hizo apóstol del error maniqueo (374). Y no contento con alistar a sus amigos, esforzóse en convertir a su madre al mismo. Fue trabajo perdido. En un sueño maravilloso que Mónica tuvo, díjole un ángel refiriéndose a Agustín: «Donde tú estás, él también está». Estas palabras alentaron sus esperanzas. Una nueva seguridad dio a Mónica un santo obispo, a quien ella confiaba sus angustias y temores respecto del porvenir espiritual de aquel a quien tanto amaba. —Vete en paz —le dijo—, sigue rezando, que no puede perecer el hijo de tantas lágrimas.

En la época en que Agustín se entregaba a los sectarios de Manes, su situación había cambiado. De alumno había pasado a ser maestro. Abrió cátedra de elocuencia en su ciudad natal; luego, en Cartago, donde obtuvo brillantes éxitos, pero la indisciplina de los alumnos se le hizo inaguantable. Supo que en Roma estaba mejor dispuesta la juventud y resolvió ir allí. No fue ajena a esta determinación la esperanza de conseguir más brillantes éxitos en un campo que le ofrecía mayores perspectivas.

Antes de abandonar el África, se había separado de los maniqueos cuya ignorancia y locas pretensiones terminaba por descubrir. Dolorosamente desengañado en sus íntimas aspiraciones, determinó esperar, antes de sujetarse a otro culto, a que la verdad se le presentara con plena certeza.

EN LA ESCUELA DE PLATÓN

AGUSTÍN se valió de un subterfugio para embarcarse sin saberlo su madre. Cuando llegó el momento de su partida, le hizo creer que iba simplemente a despedirse de un amigo e indujo a Mónica a que pasara la noche cerca de la costa, en una capilla consagrada a la memoria de San Cipriano. Luego que llegó a Roma, cayó enfermo de una enfermedad peligrosa, que le puso a las puertas de la muerte; pero sin manifestar esta vez, por desgracia, deseos de recibir el bautismo.

Cuando hubo recobrado la salud, abrió cátedra de retórica. A los discípulos que le habían seguido de Cartago, se juntaron nuevos oyentes, dóciles y disciplinados, pero no pagaban las lecciones. Agustín obtuvo por entonces (384) una cátedra de elocuencia en la ciudad de Milán, adonde vino a juntársele su madre. Su acierto fue completo, a pesar de la pronunciación africana, de que no había podido despojarse del todo.

Al propio tiempo que derramaba ampliamente la ciencia en los demás, el ilustrado profesor no descuidó la propia formación. Profundizó la doctrina del filósofo griego Platón, cuyas obras acababan de ser vertidas al latín por Victoriano. Este estudio le desligó más completamente de los errores maniqueos. Hasta entonces se había formado de Dios una idea puramente material; la herejía de Manes le había confirmado en este bajo concepto de la divinidad. Platón le reveló la espiritualidad de Dios y su belleza inefable. Ya se abrasaba su corazón cuando oía decir al filósofo:

«El que en los misterios del amor ha llegado al último grado de la iniciación, verá aparecérsele súbitamente una hermosura maravillosa, hermosura eterna, ni engendrada, ni perecedera, exenta de decadencia como de incremento, que no es bella en tal parte y fea en tal otra, hermosa para éste y despreciable para aquél; hermosura que no tiene forma sensible, cara, manos, nada corporal, que no reside en ningún ser mudable, como el animal, la tierra, un cuerpo celeste; absolutamente idéntica a sí misma e invariable por esencia; de la que participan todas las demás hermosuras, sin que el nacimiento o destrucción de éstas le aporten ni disminución, ni aumento, ni el cambio más mínimo.»

En Milán tuvo Agustín la dicha de conocer a San Ambrosio, de cuya elocuencia quedó prendado, y cuyas virtudes, pregonadas por una santísima vida, habían despertado dormidas emociones en nuestro inquieto retórico

Los ojos de Agustín se abrieron a un mundo de ideas nuevas, antesala de otro infinitamente superior. Aquella doctrina le pareció tan próxima, por ciertos lados, a la sabiduría evangélica, que hasta se llegó a preguntar si no había estado el filósofo griego en la escuela de los Libros Santos.



OYE *San Agustín una voz que, cantando, le dice y le repite muchas veces: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». Entendiendo que Dios se lo manda, toma Agustín el libro, ábrelo y lee una sentencia de San Pablo; con lo cual un rayo de luz penetra su corazón y le deja completamente cambiado.*

EN LA ESCUELA DE JESUCRISTO

Pero al mostrarle el verdadero Dios, Platón no le procuraba el medio de elevarse hasta la vida divina. Para lograrlo, era preciso entregarse al Maestro que es «el camino, la verdad y la vida»; a Jesucristo, Mediador entre Dios y los hombres. Agustín iba penetrando en el terreno de la verdad, pero sólo especulativamente. Faltaba el paso a la acción.

Las oraciones de su madre debían obtener esta gracia de las gracias. No habiendo podido resignarse a vivir separada de su hijo, Mónica había ido a buscarle a Milán, mucho más preocupada de la salud eterna que de los éxitos temporales de Agustín. Lo primero que Mónica trató de vencer, fue el mayor obstáculo que se oponía a la conversión de aquél la unión ilegítima con la madre del pequeño Adeodato. Esta última, dotada de un alma generosa, comprendiendo cuánto interesaba a todos aquella resolución, consintió en separarse de su hijo y del que tanto había amado, y, vuelta al África, se consagró en el retiro al servicio de Dios.

Agustín no tenía aún fuerzas para imitarla. En vano su amigo más fiel, Alipio, alma de exquisita pureza, le apremiaba para que viviese en perfecta castidad y renunciara al matrimonio para consagrarse totalmente a la amistad y al estudio de la sabiduría: Agustín se sentía incapaz de dominar las pasiones alborotadas por tantos años de omnímoda libertad.

Por mediación de Mónica, el joven y brillante profesor trabó amistad con Ambrosio, el santo obispo de Milán. Ambrosio le felicitaba por tener semejante madre, y este elogio a menudo repetido le ganaba poco a poco la confianza del hijo. Las exposiciones del obispo quedaban impresas de modo imborrable en su alma y le descubrían el verdadero sentido de las Escrituras, que su orgullo le había tenido oculto hasta entonces, las volvió a leer asiduamente y se interesó más particularmente por las Epístolas de San Pablo, en las cuales encontraba remedio contra las tentaciones.

Determinó Agustín ir a verse con un sacerdote llamado Simpliciano, varón santísimo que había sido padre espiritual de San Ambrosio. Expúsole sus dudas, manifestóle su corazón, hízole patentes las llagas de su alma y contóle muy por menor los grados por donde había llegado al al estado en que se hallaba y las dificultades que a la sazón le oprimían. Díjole cómo había leído algunos libros de Platón, que un profesor de Roma, Victorino, había traducido al latín. Alegróse Simpliciano de ver cuán bien se encaminaba aquella inteligencia y dióle a su visitante el parabién por haberse aficionado a tan selectos estudios, y le refirió la conversión maravillosa de aquel gran filósofo Victorino, a quien Simpliciano había tratado muy familiarmente en Roma.

Agustín se retiró conmovido, pero no se había decidido aún.

«TOMA Y LEE»

SE acercaba el momento decisivo. Agustín vivía en Milán con su madre, su hijo y cierto número de amigos entre los que se encontraban Licencio hijo de Romaniano, Nebridio, Navigio su propio hermano y Alipio, el gran confidente de sus inquietudes y problemas espirituales.

Un día que estaba solo con este último, un cristiano y paisano suyo llamado Ponticiano, que fue a visitarle, al ver sobre la mesa de juego las Epístolas de San Pablo, sorprendióse de que estuviera tal libro en poder de Agustín, le dio la enhorabuena y le manifestó la alegría que sentía de verle complacerse en aquella lectura. Luego giró la conversación sobre la vida heroica y penitente de los solitarios. Ponticiano refirió algunos casos recientes de conversiones motivadas por sus arrebatadores ejemplos.

Terminado que hubieron las conversaciones, y cuando el visitante se hubo retirado, Agustín, turbado y como fuera de sí, se volvió hacia Alipio

—¿Qué es esto que pasa con nosotros? —preguntó—. ¿Qué acabamos de oír? Levántanse los ignorantes y se apoderan del cielo; y nosotros con toda nuestra ciencia, sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando con miserable afán en el cieno de la carne y sangre

Los dos se fueron a un jardincito contiguo a la casa. Incapaz de dominar su emoción, Agustín se alejó algunos pasos para dar curso libre a sus lágrimas. Estando sólo bajo una higuera, oyó de repente como una voz de niño que parecía venir de una casa vecina y que cantaba y repetía muchas veces: —¡Toma y lee! ¡Toma y lee!...

No era el estribillo de juego infantil. Persuadido de que aquella voz era del cielo, Agustín se levanta, vuelve al sitio donde había dejado a Alipio, toma el ibro de las Epístolas de San Pablo lo abre al azar y da con este versículo: «No en banquetes ni en embriagueces; no en disolución ni en deshonestidades; no en contiendas ni emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no os cuidéis de satisfacer los apetitos del cuerpo».

No quiso Agustín leer más, ni fue necesario; pues luego que acabó de entender esta sentencia del Apóstol, se disiparon todas las nubes y dudas que ofuscaban su alma y un rayo de luz la llenó de celestiales resplandores. La conversión de Agustín determinó la de sus amigos. Preparáronse juntos al bautismo en una casa de campo conocida con el nombre de Casiciaco, que un amigo de Nebridio puso a su disposición. Mónica estaba con ellos y tenía parte en sus doctas y piadosas pláticas.

Agustín, Adeodato y Alipio fueron bautizados por San Ambrosio el Sábado Santo de 387. Cuenta una piadosa tradición que en aquella solemnísima función el santo obispo de Milán y su ilustre neófito Agustín com-

pusieron el cántico *Te Deum laudamus*, que debía ser en adelante el himno litúrgico solemne y universal de acción de gracias en la Iglesia católica.

Adeodato murió poco después con todo fervor, conservando inmaculada la blancura de su estola bautismal.

Hecho cristiano, Agustín no pensó más que en volver al África para vivir allí en el retiro y el servicio de Dios. Partió de Milán en compañía de su madre, y se detuvo en el puerto de Ostia, en espera de embarcación. Allí tuvo con su santa madre una plática suprema que ha sido inmortalizada por el arte. Sentados los dos a la ventana, frente al mar, se elevaron en un delicioso éxtasis hasta las puertas de la eternidad bienaventurada. Cinco días después, Mónica, colmados ya sus deseos, cayó enferma y murió.

Agustín no pudo contener su dolor y prorrumpió en torrentes de lágrimas, mientras que su fe le mostraba a la que tanto había amado, triunfante en la patria hacia la cual, en alelante, debían tender todos sus esfuerzos.

MONJE, SACERDOTE, OBISPO

Ya en África, retiróse Agustín con algunos amigos suyos, para realizar su proyecto de vida religiosa. No pudo permanecer oculto. El obispo de Hipona, Valerio, le confirió el sacerdocio del que aquél se creía indigno (391). Ya sacerdote instituyó una Orden religiosa dedicada a unir los trabajos del apostolado a los ejercicios del claustro. También fundó un convento de religiosas de las que su hermana fue la primera superiora. La regla de San Agustín, una de las cuatro únicas reglas reconocidas por la Iglesia en 1215, ha sido adoptada por gran número de Institutos religiosos.

La Orden por él fundada sigue viviendo con diversas formas: Canónigos regulares, Ermitaños, Clérigos regulares, Congregaciones.

Todavía hizo más Valerio. Confirió a Agustín la consagración episcopal (395) y antes de morir dejóle el gobierno de la Iglesia de Hipona.

La actividad del santo obispo fue dividida en tres partes: la dirección de sus monasterios, la instrucción de los fieles, la defensa de la Iglesia contra las herejías. La parte consagrada a sus fieles era la más absorbente. Sus días se pasaban casi íntegramente en el cumplimiento del cargo de obispo: presidir los oficios de su Iglesia, instruir al pueblo, conceder audiencia a los que iban a pedirle consejo o a someterle sus litigios. Dedicaba buena parte de la noche a la oración y a la composición de libros. Durante las comidas hacía leer o discutir un punto de doctrina. No podía sufrir, sobre todo, que se hablase mal de los ausentes. Y así, en su refectorio, hizo escribir estas palabras: «Ninguno del ausente aquí murmure, antes, quien en esto se desmandare, procure levantarse de la mesa».

DOCTOR DE LA GRACIA. — SU MUERTE

La lucha por la defensa de la fe nos ha valido gran número de obras, la más notable y célebre es la *Ciudad de Dios*, libro inmortal en el cual San Agustín describe con mano maestra la lucha incesante del bien y del mal sobre la tierra. No hay herejía de su tiempo que no haya tenido pleito con este valiente atleta. Arrianos, maniqueos, pelagianos y donatistas, recibieron golpes mortales de aquel impugnador vigoroso a quien por su energía e invencible lógica se ha llamado «martillo de los herejes».

Tuvo la dicha de volver a la verdadera fe a uno de los principales jefes de los maniqueos, al sacerdote Félix, y tanto por su mansedumbre como por la fuerza de sus razones, puso fin, con la vuelta al seno de la Iglesia, al cisma de los donatistas, que había destrozado el África cristiana.

La herejía de los pelagianos, que negaba la necesidad de la gracia divina para la salvación, halló en Agustín un adversario formidable. Fulminó este nuevo error con tanta profundidad y saber, que mereció desde entonces el título de *Doctor de la gracia* que la posteridad le ha reconocido.

Un inmenso dolor oprimió los postreros días del santo obispo. Su África querida, que durante cuarenta años había evangelizado, fue invadida por los vándalos, cuyas hordas, mandadas por Genserico, estaban al servicio de la secta impía de Arrio. Los bárbaros lo saquearon e incendiaron todo. Hipona fue sitiada a su vez. Agustín, que tenía setenta y seis años de edad, cayó gravemente enfermo y se durmió santamente antes de finalizar el asedio, el 28 de agosto de 430.

Su cuerpo fue trasladado más tarde a Cagliari, en Cerdeña, luego el 28 de febrero de 722, a Pavía, en Lombardía, donde se venera todavía. San Agustín es uno de los cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina.

SANTORAL

Santos **Agustín, obispo, confesor y doctor de la Iglesia;** *Hermes prefecto de la ciudad de Roma, mártir; Alejandro, patriarca de Constantinopla;* Bibiano, obispo de Saintes; Ezequías, rey de Judá; Julián de Brioude, mártir; Fortunaciano, Fabriciano, Aroncio y Honorato, hermanos mártires; Fortunato, Cayo y Antés, mártires en Salerno; Pelayo o Pelagio, mártir en Constanza; Moisés, anacoreta; Guarino, abad. Venerables Juan y Tomás Felton —padre e hijo—, mártires de la Reforma en Inglaterra. Santas *Inés, virgen y mártir, en Inglaterra;* Adelina, abadesa, en Francia.



Nobilísima viuda mártir — Iglesia de Santa Sabina, en Roma

DÍA 29 DE AGOSTO

SANTA SABINA

VIUDA Y MÁRTIR († hacia el 122)

HACIA el año 120, reinando el emperador Adriano, la noble viuda Sabina hacíase notar entre las más célebres matronas de Roma. Su palacio estaba situado en el Aventino. Era Sabina viuda del patricio Valentín e hija de un explotador de minas —*metallarius*— llamado Herodes, que había sido bastante rico como para dar tres veces, a sus expensas, fiestas públicas al pueblo en el reinado de Vespasiano. Pero la riqueza y nombradía habían sumido el alma de Sabina en gran pobreza espiritual, pues, era pagana. La Providencia sirvióse de una joven siríaca, llamada Serapia, para atraer a nuestra Santa a la fe cristiana.

SANTA SERAPIA

SABINA había recibido en su palacio a una joven originaria de Antioquía. El historiador no nos dice qué circunstancias trajeron a Serapia desde la lejana Siria y le habían abierto en Roma la casa y la amistad de Sabina; pero parece ser que Serapia siempre fue cristiana ferviente y virtuosa. A menudo conversaba de religión con su amiga, y acabó felizmente

por disipar su prejuicios paganos. Sabina recibió el bautismo y entró con paso rápido en los caminos de las virtudes cristianas.

No fue ésta la única conquista de la piadosa virgen. Pero en Roma se habló tanto de esta conversión, que Serapia fue denunciada al prefecto como una propagadora peligrosa de la religión de Cristo. Cierto día, Sabina vio llegar a la puerta de su palacio una escuadra de soldados que venían a detener a Serapia. La patricia, temblando por la joven siríaca a quien amaba como a su hija, hace cerrar inmediatamente la puerta, llama a todos los criados de la casa, les ordena que pongan barricadas en la puerta de entrada y que resistan a la violencia de los invasores. Pero, pronto Serapia llega y le dice:

—Señora y madre de mi vida, permite que me vaya adonde me llaman; no me quites la preciosa e inestimable corona del martirio, tú haz oración y confía en Nuestro Señor Jesucristo, que te será esposo, padre y maestro, supliendo aquello que mi corta capacidad no ha alcanzado a enseñarte. Yo creo y tengo gran confianza en mi divino esposo Jesús, que aunque soy indigna y pecadora, me ha de recibir por su esclava, y me dará la fuerza de caminar por los senderos de sus siervos, los Santos.

—Serapia, maestra e hija mía —replicó Sabina—, quiero vivir o morir contigo, por nada del mundo me separaré jamás de ti.

Entretanto los soldados golpeaban violentamente las puertas. La patricia ordenó entonces preparar su litera; Serapia se entregó a los satélites y Sabina detrás del cortejo hasta las puertas mismas del pretorio.

Cuando el prefecto, llamado Berilo, supo que la ilustre viuda de Valentín venía siguiendo a la acusada, levantóse inmediatamente y salió a su encuentro, debajo del pórtico del pretorio.

—Pero, noble señora —le dijo—, ¿en qué piensas? Así degradas tu linaje. ¿No sabes de quien eres hija? ¿Has perdido el recuerdo de tu marido? ¿No temes, acaso, la cólera de los dioses al adherirte a la secta de los cristianos, tan despreciada? Vuelve a tu casa y cesa de proteger a esa hechicera que con sus malas artes te ha engañado y sacado de juicio.

—¡Quisiera el cielo que esta pretendida hechicera te hubiese seducido como a mí; que te hubiese apartado del culto abominable de los ídolos y hecho conocer al Dios único y verdadero que remunera con vida eterna a los buenos, y castiga con perpetua pena a los malos!

No se atrevió Berilo, sin órdenes superiores, a castigar a una patricia, aparentó, pues, calmarse, y le permitió llevarse a su amiga.

Pero aquello sólo significa postergar la hora del combate. Tres días después, Serapia fue nuevamente detenida y llevada ante el prefecto. Sabina, a quien la suerte de su amiga preocupaba, la siguió a pie y osó echar en cara al magistrado su injusticia al perseguir a una inocente.

—Tú y tu emperador —le dijo abusáis inicuamente del poder, pero llegará vuestro día y Cristo nuestro Señor sabrá castigar tanta crueldad.

El prefecto aparentó no oírla. Dirigióse a Serapia, le ordenó sacrificase a los dioses, pero habiendo rehusado la joven con energía tal proposición, fue entregada por el prefecto a dos subalternos egipcios, a los que dio todo poder sobre ella. Pero Jesucristo veló sobre su sierva.

Tras diversos suplicios, el prefecto condenó a Serapia a morir al filo de la espada. Degollaron a la animosa virgen, cerca del arco de Faustino —dice el hagiógrafo—, el día 4 de las calendas de agosto (el 28 de julio).

VIRTUDES DE SABINA

Sabina recogió como tesoro inestimable el cuerpo de la virgen y mártir, lo embalsamó con aromas y perfumes y le dio sepultura en el rico sepulcro que se había hecho construir para sí misma junto al solar de Vindiciano, en el Aventino.

El ejemplo de su santa amiga pesó desde entonces definitivamente sobre su actividad. Las enseñanzas que de ella recibiera en los coloquios diarios, habían adquirido plena eficacia por la virtud de aquel generoso y voluntario sacrificio; pues aunque hubiérale sido fácil a Serapia escapar del peligro, no pensó ni un momento en aquella resolución. Como buena maestra de la fe, prefirió confirmar con el propio sacrificio las verdades predicadas. Fue la última y más elocuente lección.

Así lo entendió la noble matrona. Ya para ella tenían las cosas del mundo un significado muy distinto del que hasta entonces les había dado. Toda la grandeza y opulencia que entran por los ojos hasta colmar la imaginación eran humo y vanidad despreciables para el alma.

A partir de este día, no pensó más que en la patria celestial a donde esperaba ir a juntarse un día con su santa amiga y ahora protectora. Dióse a la práctica de las buenas obras con ardor y generosidad infatigables, empleando los medios de su posición y riqueza le procuraban. Distribuía limosnas, visitaba a los enfermos y se metía hasta en los más miserables tugurios para socorrer y consolar a los desgraciados y particularmente a los cristianos presos por la fe. Esto era exponerse al martirio, bien lo sabía ella, pero no le asustaba semejante perspectiva. Impulsábala un aliento sobrenatural que la hacía sentirse superior a cualquier sentimiento de flaqueza, y hasta deseaba encontrarse en la ocasión para confirmar su fe y dar testimonio público de amor a Jesucristo.

Con esta efusión de su fervor, preparábase a cualquier contingencia. El cielo iba templando su corazón para el combate decisivo.

SU MARTIRIO

DETENIDA por orden del prefecto, se la condujo al pretorio. He aquí tal como reconstituyen el hecho las *Actas* de la mártir, y el diálogo que se mantuvo entre ella y el juez Elpidio

ELPIDIO. — ¿No eres tú, Sabina, viuda del ilustre Valentín?

SABINA. — Sí, lo soy.

ELPIDIO. — ¿Por qué, pues, has olvidado la dignidad de tu posición para unirte a los cristianos, raza digna de muerte, y por qué no respetas a los dioses que nuestros emperadores adoran?

SABINA. — Doy gracias a Nuestro Señor Jesucristo, de que por intercesión de su sierva Serapia, se ha dignado purificarme de mis pecados, librarme de la servidumbre de los demonios y sacarme de los errores en que estáis todos sus adoradores.

ELPIDIO. — ¿Pretendes, pues, que no sólo nosotros, sino también los augustos césares, nuestros señores, adoran a demonios y no a dioses?

SABINA. — Así es, y te digo que es lástima que no adoréis al verdadero Dios, Creador y Señor de todos los seres, en vez de adorar a las ridículas e insensibles estatuas de los demonios, con los cuales tú y tus crueles emperadores iréis a quemaros en las llamas del infierno.

Arrebatado entonces Elpidio, exclamó:

—Juro por los dioses, que si no les sacrificas, tu condenación a muerte no se hará esperar, y que no han de valerte los títulos y la nobleza de tu sangre para librarte de ella. Piensa, pues, que te es indispensable rendirles culto de inmediato, o perecerás a espada.

—No, no sacrificaré a tus demonios —replicó Sabina—; soy cristiana. Cristo es mi Dios, a Él adoro, a Él sirvo y no sé sacrificar más que a Él.

Entonces el prefecto pronunció la sentencia.

—Mandamos —dijo— que Sabina, por haber sido rebelde a los dioses y haber blasfemado contra los augustos emperadores, nuestros señores, sea atravesada por la espada y sus bienes confiscados.

Del mismo modo que a Serapia, cortaron la cabeza a la noble matrona, junto al Arco de Faustino. Los cristianos tomaron su cuerpo y le pusieron en la misma sepultura donde ella había sepultado a su amiga. Sucedía esto el 29 de agosto, probablemente el año 122, es decir, uno después del martirio de su maestra en la fe. Con esta misma fecha —29 de agosto— consta en el Martirologio. Por error, algunos calendarios o misales del siglo XV ponen en el 31 de marzo la fiesta de Santa Sabina; en ello hay confusión manifiesta, verosímilmente se refieren a Santa Balbina, virgen romana, venerada en dicho día.



AMADÍSIMA *madre y señora mía —dice Santa Serapia a Santa Sabina—: Deja que vaya a donde me llaman y encomiéndame solamente al Señor. Pongo en Jesucristo toda mi confianza y espero que con su gracia divina tendré fuerza para imitar las virtudes de sus siervos los mártires».*

CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA DE SANTA SABINA

En 425, en el pontificado y por los cuidados del papa San Celestino I, un sacerdote oriundo de Iliria, llamado Pedro, que «huyendo de los dioses caducos de la presente vida», como más tarde rezara una inscripción, distribuía generosamente sus riquezas en buenas obras, sustituyó por una iglesia dedicada a Santa Sabina, el oratorio primitivamente erigido sobre la tumba de las dos Santas, en el monte Aventino, y adornó ricamente su sepultura. La dedicación de esta iglesia, que fue terminada en el pontificado de San Sixto III († en 440), tuvo lugar el 3 de septiembre y desde entonces se estableció la costumbre de celebrar la fiesta de Santa Serapia ese día, aunque su martirio ocurrió el 28 de julio.

No obstante hallarse en esta iglesia las reliquias de la Santa, no fue dicho lugar el de su muerte, como por error se creyó algún tiempo.

Esta iglesia es una de las antiguas basílicas romanas mejor conservadas, se la considera como hermana de la iglesia de Santa María la Mayor —basílica liberiana—, pues las dos se acabaron durante el mismo pontificado, sin embrago, Santa María la Mayor es más antigua, ya que se empezó a mediados del siglo IV. El origen de la basílica de Santa Sabina se perpetúa en una gran inscripción esculpida en mosaico con letras de oro sobre el fondo azul, que se encuentra en el interior del edificio, por encima del dintel de la portada, y que parece datar del tiempo de Pedro Ilírico.

LA BASÍLICA DE SANTA SABINA, IGLESIA ESTACIONAL

Esta basílica es una de las iglesias estacionales de Roma, a donde, desde la pacificación de la Iglesia, los cristianos iban en procesión los días de ayuno y en donde asistían a la misa celebrada por el Sumo Pontífice. Como tal, figura ya en el Sacramental de San Gregorio Magno a fines del siglo VI. Desde entonces la estación se celebró el miércoles de Ceniza; más tarde se hizo simultáneamente en la iglesia de San Alejo, designada por Urbano VIII, y en Santa María «in Cosmedin». Tiene concedidas indulgencias parciales en número de quince años. De estas tres estaciones, la de Santa Sabina era la más célebre, a causa de la lucida «cabalgata» en que procesionalmente participaban los Sumos Pontífices, en ese día imponían allí la ceniza al pueblo. Benedicto XIV fue varias veces, Clemente XIII hizo lo mismo el primer año, pero desde entonces los Papas celebran el miércoles de Ceniza en el Palacio apostólico.

EN TIEMPOS DE SAN GREGORIO MAGNO

ENTRE las ceremonias que presenciara la iglesia de Santa Sabina, ninguna sin duda fue más imponente que la procesión expiatoria que se verificó en 590, por mandato de San Gregorio Magno. Acababa de subir al trono de San Pedro este ilustre Pontífice cuando se declaró en Roma una peste espantosa. Las víctimas eran innumerables y el azote no podía ser conjurado. El Papa decidió entonces que se hiciesen en Roma procesiones solemnes en las cuales participase durante tres días consecutivos toda la población civil. Fueron las famosas procesiones «septiformes», así denominadas porque el pueblo fiel participó en ellas en siete grupos o «letanías» distintas. La primera, la de los clérigos, salía de San Juan de Letrán; la segunda, de los hombres, salía de San Marcelo; la tercera, de los monjes, salía de los Santos Juan y Pablo; la cuarta, de las religiosas, salía de los Santos Cosme y Damián; la quinta, de las mujeres casadas, salía de San Esteban; la sexta, de la viudas, salía de San Vidal; y la séptima, de los pobres y niños, salía de Santa Cecilia.

Todas se reunían en Santa Sabina para dirigirse, cantando salmos de penitencia, hasta Santa María la Mayor. Una inscripción en mármol conservada en la iglesia de Santa Sabina, recuerda este linaje de procesión.

La víspera de esas grandes rogativas, el 29 de agosto, fiesta de Santa Sabina, el Papa pronunció en la iglesia del Aventino una alocución que se ha hecho célebre. A esta procesión está unida ua tradición romana que cree en la aparición del arcángel San Miguel en el mausoleo de Adriano, más tarde Castillo de Santángelo, o del Santo Ángel.

LOS DOMINICOS EN SANTA SABINA. TÍTULO CARDENALICIO

EN tiempos de Carlomagno, el papa San León III (795-816) dio prueba de extraordinaria generosidad con la iglesia de la santa mártir, y el *Liber pontificalis* enumera con visible complacencia los presentes que le hizo; a saber: «una gran cortina de seda, cinco arañas de plata de catorce libras de peso, dos canastillos de plata de tres libras y media de peso, nueve bandejas cinceladas de once libras de peso, un velo de púrpura que representaba la Ascensión, otro velo de seda, una araña de plata de ocho libras de peso, un gran velo de seda blanca adornado de rosas y destinado a ser suspendido encima del altar», etc.

En 1219, la iglesia de Santa Sabina fue confiada a Santo Domingo de Guzmán que acababa de fundar la Orden de los Hermanos Predicadores. Con la iglesia le fue dado, para que sirviese de convento, una parte del Palacio apostólico que está adosado a ella. Todos los hombres ilustres en ciencia y en santidad del siglo XIII parecían haberse dado cita en este convento; en él, el santo fundador dio el hábito religioso a San Jacinto y a San Ceslao. El príncipe de los teólogos, Santo Tomás de Aquino, residió también en este convento. Puédese visitar aún la celda de Santo Domingo, convertida hoy en capilla; en el jardín, se ve un naranjo, plantado en el siglo XIII, por mano de este bienaventurado patriarca.

Pero, cuando los dominicos hicieron construir el convento de Santa María de la Minerva, el de Santa Sabina pasó un período de oscuridad, y en el siglo XIX recuperó en parte el esplendor de otras épocas. Aún se visita en él la celda de San Pío V

Santa Sabina era uno de los veinticinco títulos presbiterales primitivos que existían en Roma en el siglo V, y cuyo número permaneció sin variaciones notables hasta principios del siglo XII, es decir, hasta el pontificado de Calixto II. A causa de esta antigüedad, se le ha asignado un título cardenalicio del orden de presbíteros.

ESTADO DE LA BASÍLICA.—RELIQUIAS DE LAS SANTAS SABINA Y SERAPIA

A pesar de la serie de transformaciones que en el correr de los años ha sufrido, la antigua basílica es aún uno de los monumentos más notables y dignos de veneración de la Roma cristiana. Su nave central está sostenida por veinticuatro columnas de mármol de Paros, estriadas y terminadas por capiteles corintios. Estas columnas proceden probablemente del templo de Juno, que se levantaba en el monte Aventino. Sostienen arcos esbeltos, decorados con mármoles raros, pórfidos y serpentina verde. Es de lamentar que parte de sus ventanales hayan sido tapiados; los muros que antiguamente estuvieron cubiertos de pinturas al fresco, han sido blanqueados con cal, y de su decoración interior sólo queda un recuerdo. No obstante, en 1900 se hicieron reconocimientos y raspaduras que han permitido reconstruir, al menos en parte, la vieja decoración. El visitante puede ver, en el fondo de la iglesia, las partes halladas, y darse idea de lo que fue esta basílica en los tiempos de esplendor.

La confesión subterránea ocupa el puesto de la antigua cripta en la que tantas veces Santo Domingo iba a rezar y donde se entregaba a sus rudas mortificaciones. Entre la Confesión y el altar superior hay una ins-

cripción que dice «Aquí yacen los cuerpos de los santos mártires el papa Alejandro, Evencio, Teódulo, Sabina y Serapia». Están conservados debajo del altar mayor; de ellos se hizo un reconocimiento por el cardenal Mathieu, titular de la iglesia, en junio de 1906, cuando se construyó el nuevo altar. Descubrióse entonces la primera urna, que data del pontificado de Eugenio II; y la segunda, señalada con el sello de Sixto V Todo fue religiosamente vuelto a poner en su puesto.

El muro del ábside está dividido en cinco grandes lienzos recubiertos de pinturas. El lienzo central está ocupado por un cuadro de Silvagni: *Santa Sabina llevada al suplicio*. La Santa, de rodillas, rechaza con su ademán a un sacerdote pagano que la exhorta a sacrificar a los dioses, mientras que, por orden del tirano, un verdugo que tiene un puñal en la mano derecha, coge a la mártir con la otra en ademán de empujarla.

Los otros están ocupados por los retratos de pie de Serapia y de los tres santos cuyos cuerpos se veneran allí. Fueron pintados por Cesaretti. En un amplio fresco que recubre toda la bóveda del ábside, y que pintó Tadeo Zuccheri en el siglo XVI, se hallan Santa Sabina y Santa Serapia en un grupo de santas que forman la corte del Salvador, sentado en un monte.

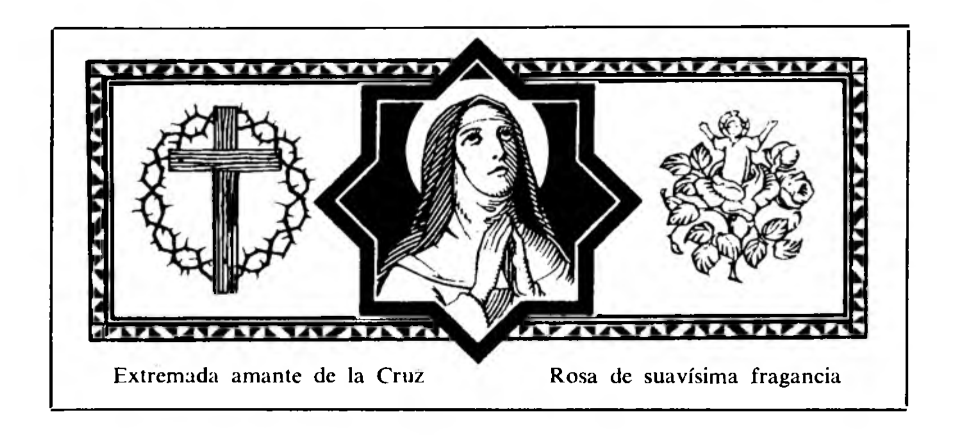
A mitad del siglo XII, en Francia, la iglesia de San Martín de Lassey (Côte-d'Or) recibió parte de la cabeza de Santa Sabina; con esto empezó a convertirse el lugar en sitio de peregrinación extraordinariamente frecuentado, y pronto se hizo popular con el nombre de la Santa, que sirvió para designar no sólo la dicha iglesia, sino al pueblo mismo.

La ciudad de Perigueux celebra también con gran fervor la fiesta de Santa Sabina, a la que considera como a Patrona desde muy antiguo.

En Italia es venerada también como Patrona de las amas de casa, quizá en recuerdo del cariño con que defendió ante los jueces a su huéspeda Santa Serapia.

SANTORAL

La Degollación de San Juan Bautista, por Herodes Antipas (véase en 24 de junio). Santos *Hipacio, obispo, y Andrés, presbítero, mártires; Mederico, abad; Juan y Pedro, franciscanos, mártires;* Adelfo, obispo de Metz; Eutimio, confesor, y su hijo Crescencio, de once años, mártir; Niceas y Pablo, mártires en Antioquía; Alberico, solitario; Sebbó, rey y monje. Santas **Sabina, matrona romana, y Serapia, su sierva, mártires;** Basilia o Basilisa, hermana de Santa Librada y Santa Quiteria (véase en 22 de mayo, página 230), y Cándida, vírgenes y mártires; Forigia, Gemelina y compañeras, mártires en Roma.


Extremada amante de la Cruz — Rosa de suavísima fragancia

DÍA 30 DE AGOSTO

SANTA ROSA DE LIMA

VIRGEN, TERCIARIA DOMINICA (1586-1617)

ROSA, que recibió en el bautismo el nombre le Isabel por ser el de su abuelita, nació el 20 de abril de 1586, de una familia acomodada de Lima, capital del Perú. Cierto día en que la niña descansaba en su cuna, contemplábala amorosa su feliz madre en compañía de familiares y amigos, cuando vio admirada entreabrir en su lindo rostro los rojos y frescos pétalos de una rosa magnífica. Extraordinariamente sorprendida, tomó gozosa en brazos a su hijita, y acariciándola y colmándola de besos le dijo «Tú serás mi Rosa». Y cuando el gran Santo Toribio, arzobispo de Lima y apóstol del Perú, le administró el sacramento de la Confirmación, llamóla también Rosa, aunque desconocía aquella milagrosa circunstancia con que el cielo se adelantara a distinguirla.

Llegada a la adolescencia, oía la niña ponderar su hermosura, e ignonorante del prodigio referido, creía que por ser bella la llamaban Rosa. Temió su casta humildad y, postrada a los pies de la Virgen, contóle con infantil sencillez de la causa de su pena. Aparecíósele entonces la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos y le dijo «Gusta a mi divino Hijo que te llamen Rosa, pero desea que a tan precioso nombre añadas el mío; por tanto, de hoy en adelante habrás de llamarte *Rosa de Santa María*».

PRIMERAS PRUEBAS

Tres años contaba Rosa, y un día cogióse los dedos con la tapa de un baúl, cerrado incautamente. Tan bien supo disimular el dolor de aquel magullamiento, que no lo advirtió su madre hasta varios días después. El cirujano, a quien llamaron a toda prisa, aplicó a la uña un ungüento que la corroyó casi por completo y arrancó después la parte magullada, sin que en tan dolorosa operación exhalase la niña queja alguna ni manifestase el menor susto. Meses después tuvo mal en una oreja y hubo que sajarle la parte dañada, tampoco entonces dio señales de dolor. Apenas curada de esta dolencia, tuvo su madre la imprudencia de espolvorearle la cabeza con un producto preparado a base de mercurio para curarle unas erupciones. Desaparecieron las costras pero el mercurio penetró en las carnes y las royó, originó en la niña molestas convulsiones para las que no quiso alivio alguno, a pretexto de que el dolor no era mucho. Creyóla su madre, pero fue muy grande su pena al ver la extensa y profunda llaga que las aplicaciones del violento cáustico le habían producido y de las que tardó cuarenta y dos días en curarse. Después hubo de serle extraída una excrecencia en las fosas nasales. Durante la operación tuvo que soportar los vivísimos dolores consiguientes. Todos los circunstantes lloraban de compasión, sólo ella se mantuvo en calma.

Tanta constancia en el padecer fue recompensada con muy grande acopio de favores espirituales, en cuya comparación nada son los dolores y penalidades de la vida. Iluminada con luz sobrenatural en las vías de extraordinaria perfección a que el Señor la llamaba, comprendió Rosa desde sus más tiernos años, que los favores extraordinarios deben ser motivo ante todo para cumplir con la mayor perfección los deberes del propio estado. Aquel su anhelo por seguir con absoluta fidelidad las inspiraciones de la gracia, fue para la santa niña causa de una serie de ingentes sufrimientos, y, por lo tanto, de méritos aquilatados; porque hallándose igualmente dispuesta a obedecer a su padres y a seguir las inspiraciones de la gracia y los impulsos interiores, cuya fuerza aquéllos ni sospechaban siquiera, surgían para la valerosa niña constantes tribulaciones.

Desde los cinco años había consagrado su virginidad al Señor. Era natural, pues, que a Él sólo quisiese agradar, y que las vanidades y complacencias mundanas fuesen para ella un suplicio, pero tales trazas sabía darse que lograba complacer a Dios sin disgustar a su madre.

Forzada en cierta ocasión a adornarse con una corona de flores, dióse maña en poner con disimulo un alfiler que se le hincaba en la cabeza y trocaba aquel ornato de vanidad en instrumento de tortura.

La madre, demasiado preocupada tal vez en realzar la belleza de su hija, reprochábale vivamente el poco cuidado que ponía en perfumarse las manos. Hízoselas bañar una noche en agua odorífera, envolvióselas después cuidadosamente, y mandóle que las conservase en aquella forma hasta la mañana siguiente. Obedeció la humilde niña, pero a poco de haberse dormido, despertó presa de vivísimo dolor; de sus manos salían llamas que le causaban terribles quemaduras. No daba crédito la madre a lo que llamaba sueños de la niña, hasta que la vista de las heridas la llenó de espanto. En adelante dejó que su hija descuidase el aliño de las manos; pero no por eso cedió en el empeño de obligar a su hija a vestir con elegancia; y aun la castigaba severamente cuando, no por desobediencia, sino por indiferencia de las cosas de este mundo, descuidaba la niña el atavío de su persona. A fuerza de paciencia, logró, por fin, Rosa que su madre se allanara a permitirle usar un manto de tela basta.

Ejercitábase en casa en todas las prácticas dignas de la más ferviente religiosa. Así, se había impuesto la obligación de no beber jamás sin permiso de su madre. Ese permiso lo pedía una vez cada tres días, y si en alguna de ellas su madre, como prueba, no se lo daba, permanecía otros tres días sin volverlo a solicitar y soportaba aquella dura privación con gran contentamiento de su alma, sin que llegara a flaquear su ánimo un instante.

TERCIARIA DE SANTO DOMINGO

Una serie de reveses de fortuna privó a los padres de Rosa de cuanto tenían. Entonces dio muestras la amante hija de todo su valor y abnegación, no sólo sirviendo a sus padres, sino también ayudándoles en el trabajo, a fin de ganar lo necesario para la subsistencia de todos. Dios acudía en su ayuda milagrosamente, porque, a pesar de la precaria salud y de los frecuentes éxtasis, hacía Rosa diariamente la labor de cuatro personas, sin que sus energías cedieran ante el esfuerzo.

Sin embargo —¡oh ceguera e inconsecuencia del espíritu humano!—, su madre no podía resolverse a que renunciara al matrimonio, y como la belleza extraordiaria de Rosa, no quebrantada por tantas austeridades, le atraía numerosos pretendientes, la piadosa joven tuvo que sostener largas y penosas luchas con los suyos. Ayudábale en éstas su protectora Santa Catalina de Sena, a quien había tomado por modelo. Como recompensa de esa fidelidad, Dios le dio a conocer que sin abandonar la casa paterna, podía consagrarse a Él y observar todas las virtudes monásticas. Por eso, como la Virgen de Sena, vistió el hábito de la Orden Tercera de Santo Domingo el 10 de agosto de 1610, y a partir de aquel memorable día, entregóse, como ella, a una vida contemplativa y penitente.

AUSTERIDADES. — HUMILDAD

Desde sus tiernos años practicó el ayuno más riguroso. ¡Cuánta verdad es que las exigencias de nuestro cuerpo y de nuestra salud, crecen o disminuyen en proporción de lo que les concedemos!

Siendo pequeñita no comía nunca fruta. A los seis años ayunaba a pan y agua los viernes y sábados. A los quince, hizo voto de no comer nunca carne, salvo el caso de mandato formal de santa obediencia. Más tarde no comía más que sopas hechas sólo con pan y agua y sin condimento ninguno, ni siquiera sal, y como esa mortificación no le parecía suficiente, añadía un brebaje tan amargo que no podía tragarlo sin verter lágrimas. Pasábansele a menudo varios días sin comer; y esos ayunos extraordinarios eran ciertamente en ella efecto de una gracia especial, a la que respondía con generosidad; pues si sus padres la obligaban a tomar algún alimento sustancioso, pronto tenían que reconocer que con aquel cuidado y oficiosidad, lejos de aliviarla, aumentaban considerablemente sus dolores.

Cada noche se disciplinaba con cadenas de hierro, y se ofrecía a Dios como víctima propiciatoria por la Iglesia, por el Estado, por las almas del purgatorio, por la conversión de los pecadores y por los intereses de la fe católica. Y era tan constante en esta penitencia que no daba tiempo a las heridas para curarse, de modo que su cuerpo era una pura llaga.

Íntimamente compenetrada con la pasión de su amante Salvador, ingeniábase sobremanera para inventar penitencias que la acercasen más y más a su divino Modelo. Siendo pequeñita suplicaba a una buena persona le pusiera sobre las espaldas una carga de ladrillos, para comprender mejor —según decía— lo que sufrió Jesucristo bajo el peso de la cruz. Y así agobiada con aquel peso, poníase en oración y se mantenía firme, hasta que, rendida y agotado su débil cuerpecito, caía sin aliento ni fuerzas.

A los catorce años cambió esa práctica por otra; salía de noche al jardín con las espaldas martirizadas por las disciplinas, como lo habían sido las de Jesús, y, cargándose con una pesada cruz a ejemplo de su Maestro, caminaba con los pies descalzos y con paso lento, meditando sobre la subida de Cristo al monte Calvario, y dejándose caer de cuando en cuando para imitar con mayor perfección a su Ejemplar y Modelo.

Ciñóse la cintura con tres cadenitas que cerró con un candado, cuya llave arrojó al aljibe para que no se las pudieran quitar. Las cadenas atravesaron pronto la piel y penetraban en las carnes al paso que éstas iban creciendo, con lo que se le producían dolores acerbísimos que soportó durante muchos años en silencio; hasta que una noche no pudo contenerse y prorrumpió en sollozos. Vióse entonces obligada a descubrir su se-



SANTA *Rosa de Lima fue muy regalada de la Santísima Virgen. No sólo se le apareció repetidas veces, sino que, durante largas temporadas, vivía casi de continuo con ella. Rosa merecía este trato, porque no sabía hablar de la Divina Madre sin verter lágrimas e inflamar a todos en su amor.*

creto a una criada, con cuya ayuda intentó vanamente romper las cadenas; sólo acudiendo a la oración consiguió que se quebraran; pero aun así, no se las pudo quitar sin arrancar partes vivas de su carne.

Muchas veces ponía los pies desnudos en la piedra ardiente del hogar y hacía larga meditación sobre las penas del infierno. Con una lámina de plata se fabricó a manera de un cerquillo, practicó en él tres filas de treinta y tres orificios en cada una, y por ellos introdujo clavos con las puntas hacia dentro. Los treinta y tres clavos representaban los treinta y tres años que vivió Cristo en la tierra. Esa corona se la ponía todos los viernes, y apretábala cada vez con mayor fuerza, a fin de que los clavos penetrasen en la cabeza, y para que el cabello no ofreciese su débil protección, se lo cortó. Acaso habría quedado ignorada esa penitencia heroica, si cierto día no se hubiese caído Rosa, hiriéndose en la cabeza, de la que se escaparon tres hilos de sangre que denunciaron el martirizador instrumento.

Pareciéndole poco austero el lecho de madera en que por mucho tiempo descansó, fabricóse otro con trozos de tabla unidos con cuerdas, y llenó los intersticios con fragmentos de teja y de vajilla de modo que las aristas más cortantes quedasen hacia arriba. Cuando por la noche se acostaba en ese lecho de tormento, llenábase la boca de hiel en memoria de la que dieron a su amante Salvador en la Cruz. Ella misma confesó que ese brebaje le ponía la boca tan ardorosa y desecada que al levantarse no podía hablar y respiraba con muchísima dificultad. Tal repugnancia le producía aquella cama que sólo el verla o pensar en ella le hacía temblar, y por la noche al prever lo que en ella iba a sufrir le acometía una fiebre abrasadora. A tanto llegó su temor cierto día, que antes de decidirse a sufrir aquel martirio quedóse largo tiempo pensativa. Entonces le habló claramente Jesús y le dijo: «Acuérdate, hija mía, que el lecho de mi cruz fue mucho más duro, más estrecho y más espantoso que el tuyo. Verdad es que yo no tenía como tú piedras bajo la espalda, pero acerados clavos atravesaban mis manos y mis pies. Ni me perdonaron la hiel. Me la presentaron los sayones cuando la fiebre devoradora me angustiaba. Medita eso en tu lecho de dolor y la caridad te dirá que, comparado con el mío, tu lecho es de flores».

Fortalecida con tales palabras nunca más decayó la constancia de Rosa durante los dieciséis años que todavía vivió. Por eso dormía muy poco y el insomnio fue para ella, como lo había sido para Santa Catalina de Sena, una de las mortificaciones más difíciles de soportar.

De las veinticuatro horas del día, dedicaba doce a la oración, diez al trabajo manual y dos al sueño. Cuando estaba de rodillas se cerraban sus párpados muy a pesar suyo, y para triunfar del sueño se hizo construir

una cruz algo más larga que su estatura, clavó en los brazos de la misma dos clavos resistentes que pudiesen soportar el peso de su cuerpo, y cuando quería rezar de noche, alzaba la cruz, la apoyaba contra la pared y se suspendía de los clavos mientras duraba la oración.

Daríamos una idea muy imperfecta de la santidad de Rosa, si expusiésemos sus austeridades extraordinarias sin añadir que las sometía a la obediencia y estaba siempre dispuesta a dejarlo todo si se lo mandasen, porque la verdadera santidad no consiste en la penitencita corporal, sino en la del corazón, que es imposible sin humildad y obediencia.

No ha de sorprender que permitiesen usar tan crueles austeridades a una jovencita de tan débil constitución. Siempre que quisieron oponerse a ello sus confesores, viéronse impedidos por una luz divina; y la madre, que la maltrataba cuando descubría alguna nueva penitencia, se veía misteriosamente impedida cuando quería obligarla a tomar algunos cuidados.

No era menor en Rosa la humildad que la obediencia. La palidez de su rostro, la alteración de sus facciones, aquellos ojos que habían perdido su brillo a fuerza de llorar, en una palabra, toda su persona desfigurada por la penitencia, atrajo la atención del público, y Rosa supo con grandísima confusión que todos la veneraban como santa. Acudió a Dios desolada y le pidió con instancia que sus ayunos no le alterasen en nada la fisonomía. Dios la escuchó y le devolvió la lozanía y los colores. Sus apagados ojos se reanimaron y todos sus miembros adquirieron nuevo vigor. Así sucedió que después de haber ayunado una cuaresma a pan y agua y de haber pasado treinta horas sin tomar alimento, viéronla unos jóvenes y se burlaron de ella diciendo: «¡Vaya con la religiosa célebre por sus penitencias! Cara tiene de haber banqueteado, a pesar de hallarnos en tan santo tiempo». Rosa dio gracias a Dios desde el fondo de su alma.

EL EREMITORIO DE ROSA

La soledad era un verdadero regalo para la piadosa virgen de Lima, y como en casa de sus padres no hallaba lugar alguno bastante oculto para vivir lejos del mundo y totalmente olvidada de él, hízose construir una pequeña ermita en un rincón del jardín, adonde llevó su pobre lecho, una silla y algunas imágenes piadosas, allí distribuyó ordenadamente su tiempo entre la oración y el trabajo manual.

Como no se le permitía ir sola a la iglesia y su madre no siempre la podía acompañar, hubo quien la compadeció al verla privada de aquella dicha, pero Rosa contestó que Dios le hacía asistir diariamente a varias misas, ya en la iglesia del Espíritu Santo, ya en la de San Agustín.

Frecuentemente gozaba de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo que se le aparecía en forma de niño pequeñito, y lo veía mientras rezaba o leía o trabajaba, ya sobre su mesita de labor, ya en el libro donde leía o en el ramo de rosas que tenía en la mano. El Divino Niño le tendía sus manecitas y le hablaba con familiaridad. También recibió Rosa en aquel retiro la visita de la Santísima Virgen y de Santa Catalina de Sena.

Envidioso el demonio de tanta santidad y de tal abundancia de gracias, hízole sufrir los tormentos de que nos dan noticia a veces las vidas de los Santos. Llegó hasta mover contra ella la sospecha de la autoridad eclesiástica. El tribunal que hubo de examinar su conducta sacó en conclusión que se hallaba ante una verdadera santidad. Pero al ver que tan codiciada presa se le escapaba, volvía sin cesar a la carga el maligno espíritu, ya haciendo sentir a la Santa los más inhumanos tratos, como golpearla con violencia, apretarla contra la pared hasta sofocarla, o arrastrarla por el suelo. Reíase Rosa de aquella inútil cólera, convencida de que Dios no permite jamás que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.

SU CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

La caridad de Rosa por la salvación de las almas, crecía en proporción a su amor a Jesucristo. Consideraba a sus semejantes como miembros vivos del Salvador, sabía a qué precio los había rescatado su Esposo divino, y sentía un dolor acerbísimo con sólo pensar en tantas almas como se pierden después de haber sido redimidas por la sangre divina.

¡Qué de veces, dirigía su vista hacia la ingente Cordillera habitada por indios sumidos en las tinieblas de la idolatría! El territorio de Chile, que después de haber conocido el cristianismo había recaído en el culto abyecto de los ídolos, le causaba profundísima aflicción, dolíase también de la triste suerte de los chinos, de los turcos y de numerosas sectas heréticas y cismáticas que desolaban a Europa después de haber desgarrado a la Iglesia de Jesucristo. Oíasela a veces exclamar que «para salvar las almas consentiría en dejarse cortar en pedacitos, y que quisiera poder colocarse a las puertas del infierno para impedirles caer en él. «¡Ah! —añadía—, caen las almas en ese abismo de perdición como las hojas de los árboles en los violentos vendavales del otoño; y, sin embargo, Nuestro Señor Jesucristo pagó con su vida el rescate de cada una de ellas».

Declaróle un día uno de sus confesores que se sentía impulsado a llevar la luz del Evangelio a los idólatras. Muy lejos de pensar en sí misma y de entristecerse al ver que perdía a su padre espiritual, recibió Rosa aquella confidencia con la mayor alegría, y apartándose de la reserva

propia de su humildad, le prometió sin vacilar hacerle partícipe de todas sus buenas obras, con tal que por su parte la asociase al mérito de su apostolado entre los infieles. Aceptó el misionero la proposición, y sostenido por las oraciones y heroicas penitencias de la Santa trajo muchas almas a Dios.

Tanto había importunado a Dios para que en su ciudad se estableciese un convento de religiosas dominicas, que el Señor le reveló, por fin, que sus deseos serían cumplidos, pero sólo después de su muerte, según ella misma había predicho, se llevó a cabo esa fundación. En él tomó el velo, al quedarse viuda, la madre de nuestra Santa, doña María de Oliva; y, poco después, más de doscientas religiosas ofrecían al Señor, en aquel santo recinto, el fervoroso tributo de sus plegarias y de sus amores.

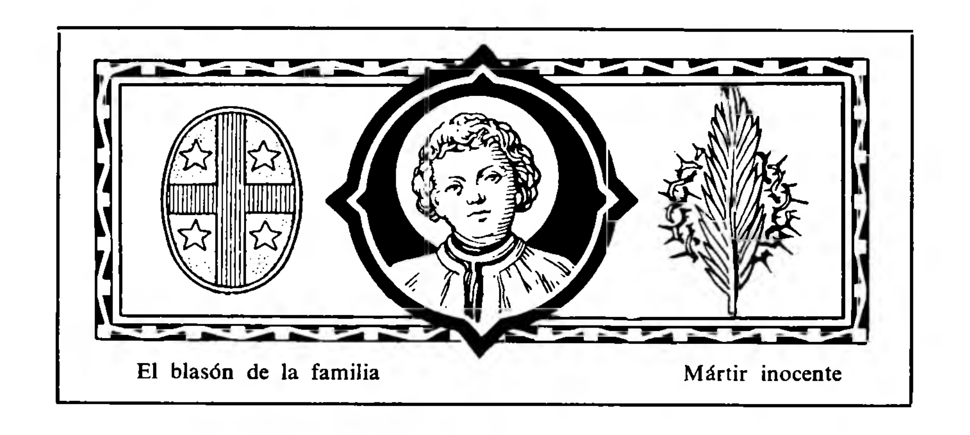
MUERTE Y GLORIFICACIÓN DE ROSA

El 24 de agosto de 1617, a la edad de treinta y un años, entregó su hermosa alma al Creador aquella Rosa fragantísima del Perú. Sus funerales produjeron multitud de conversiones. Todo era oír hablar de restituciones, de cesación de escándalos, de obras de caridad y de mortificación. Y no solamente en la capital pudo apreciarse tan maravillosa renovación de las almas, sino que se extendió a todo el Perú y aun alcanzó al virreinato de Méjico su bienhechora y grande influencia.

El 15 de abril de 1668 fue beatificada por Clemente IX. El mismo Pontífice le dio al año siguiente el título de Patrona principal del Perú e inscribió sus alabanzas en el Martirologio romano. Clemente X la canonizó el 12 de abril de 1672. Es Patrona de Hispanoamérica.

SANTORAL

Santos *Félix, presbítero, y Adaucto, mártires; Bonifacio, martirizado juntamente con su esposa y sus doce hijos; Pelayo, Arsenio y Silvano, mártires;* Filónides, obispo y mártir, en Chipre; Félix y Regiolo, mártires en Numidia, con Santa Eva; Fiacro, príncipe irlandés, solitario; Bononio, abad; Fantino, monje; Pamaquio, presbítero, en Roma; Pedro Pescador, venerado en el Ampurdán; Pedro, confesor, en Trevi (Italia). Beato Ero, cisterciense, abad de Armentera. Santas **Rosa de Lima, Patrona de Hispanoamérica;** *Tecla, esposa de San Bonifacio, mártir;* Gaudencia y compañeras, mártires en Roma; Sigelinda, virgen y mártir, venerada en Colonia. Eva, mártir en Numidia.



El blasón de la familia — Mártir inocente

DÍA 31 DE AGOSTO

SANTO DOMINGUITO DE VAL

MÁRTIR, PATRÓN DE LOS NIÑOS DE CORO (1240-1250)

Desde la memorable escena del Calvario, ¿beben por ventura los judíos con la leche materna el odio a los cristianos? Así lo creeríamos al ver la saña y sanguinario furor con que algunos de ellos persiguieron, en el correr de los siglos, a los tiernecitos y cándidos infantes. fan- El israelita Samuel, en el famoso proceso incoado el año de 1475 contra los judíos de la ciudad de Trento, afirmó que, al empezar a extenderse por todo el mundo la Religión cristiana, los rabinos de Babilonia y sus contornos tuvieron junta para tratar de los medios más conducentes a dar estabilidad a la Sinagoga, cuarteada y próxima a derrumbarse con la dispersión general de los miembros de su secta.

Por consejo de los más sabios, decidióse que debían sacrificarse por Pascua un niño cristiano. La sangre de esta víctima, inmolada como Jesucristo, debía mezclarse con los acostumbrados manjares de la cena. Declararon dicho rito obligatorio, y como tal lo consignaron en el *Talmud de Babilonia.* Los judíos de Occidente, por temor a la justicia, no dejaron escrito este rito, pero transmitíanlo a sus hijos verbalmente.

Tal afirmaba el judío Samuel, que intervino en el martirio del santo niño Simón o Simeón, de Trento, el año de 1475. Se diría que furiosos y

corridos de su fracaso con Nuestro Señor quieren vengarse en las inocentes criaturas que tienen la dicha de seguir la doctrina del divino Crucificado. ¿Puede darse tormento más atroz que la crucifixión, para los delicados miembros de un niño de corta edad? Pues con este cruel suplicio, martirizaron a innumerables infantes cristianos, entre ellos a Santo Dominguito de Val, gloria de Zaragoza y de España.

NIÑEZ DE SANTO DOMINGUITO

A mediados del siglo XIII, vivían en Zaragoza dos virtuosos consortes, Sancho de Val, infanzón o gentilhombre, vasallo leal de don Jaime el Conquistador, y su esposa Isabel. Ejercía Sancho en su ciudad natal el cargo de *tebelión* o notario público, al que iba anejo un empleo en el Capítulo de la catedral. El cargo de que estaba revestido prueba la nobleza de su origen, porque, como dice el historiador Andrés, «para ocupar aquel sitio, entonces considerado entre los más honrosos, era preciso haber probado limpieza de sangre».

Bendijo el cielo la unión de Sancho e Isabel, otorgándoles en el año de 1240 un hijo al que bautizaron con el gracioso nombre de Dominguito, sin duda por ser su padre muy devoto del santo Fundador de los Dominicos, el cual era patrón de la Cofradía de notarios de Zaragoza.

Vino Dominguito al mundo en circunstancias tan maravillosas, que de ellas dedujeron sus cristianos padres la vida extraordinaria a que el Señor le destinaba. La primera vez que aquella dichosa madre tuvo en brazos a su hijito, admiróse al ver marcados en el inocente cuerpo de la criatura algunos instrumentos de la Pasión del Salvador. Alrededor de su cándida cabecita veíanse como las señales de una corona de espinas, y en su hombro derecho el signo sagrado de nuestra redención.

Alentados por tan extraordinarios indicios, Isabel y su virtuoso marido se desvelaban para criar al niño en la piedad y santo temor del Señor. ¿Quién sabe si nuestro Dominguito será algún día llamado a las sublimes funciones del sacerdocio al igual que su santo Patrono, para anunciar al mundo el amor de Jesús crucificado? —preguntábanse ambos consortes.

Así se interpretaría sin duda Sancho de Val las milagrosas señales que a su hijo acompañaron en la infancia, porque ya en su más tierna edad le juzgó digno de ser iniciado en los preludios del divino ministerio. Al cumplir Dominguito los seis años, con grande júbilo de su alma le admitieron entre los niños de coro de la catedral, llamada vulgarmente la Seo.

Cuanto de él se sabe, nos induce a creer que se señaló entre sus compañeritos por su modesta compostura y angelical piedad. Contentísimo

estaba el santo niño con el nuevo empleo, y lo cumplía con fervor y espíritu de fe dignos del joven Samuel. Ora mezclaba su voz sonora y angelical en los cantos a la Reina de los cielos, ora balanceaba el incensario delante del altar, ora presentaba el agua y el vino para el Santo Sacrificio de la Misa. Ya en aquellos momentos en que veía inmolarse al divino Crucificado del Calvario, levantaría su corazón al cielo, uniéndolo al fragante olor del incienso, gozoso de ofrecer al Señor este interior sacrificio hasta tanto que pudiese ofrendarle todo su cuerpo como hostia viva.

Y por cierto que no tardó en llegar para el niño la hora del holocausto. El divino Jardinero gusta a veces de recoger en la tierra lozanas y fragantes flores con que adornar su hermoso cielo y recrear a los angelitos; y así fue de su grado tronchar y llevar a los jardines de la gloria el delicado y bellísimo capullo apenas entreabierto en un bello rosal zaragozano.

LOS JUDÍOS CRUCIFICAN A DOMINGUITO

Es antigua y constante tradición en Zaragoza, que para volver de la Catedral a su parroquia de San Miguel, Dominguito solía pasar cada día por el barrio judío, entonando, en medio del silencio de la noche, cantos de alabanza a la Madre del Señor. Ya los judíos airados quisieron poner término a aquella ingenua manifestación de amor a María valiéndose de sus cánticos y amontonando con ello sobre su cabeza recia tempestad de la que iba pronto a ser gloriosa víctima.

Los judíos, que eran por entonces muchos y poderosos en Zaragoza, concibieron, aquel año de 1250, el odioso designio de matar a un niño cristiano, por faltarles sin duda la sangre indispensable para la celebración de la Pascua, y por el odio racial que tenían a Cristo. Era ése un crimen abominable, pero se lo permitía la ley detestable del Talmud.

Con el fin de premiar de algún modo a quien tuviese astucia y valor para secuestrar y matar a un niño cristiano, la Aljama o Sinagoga prometió eximirle de todo tributo. Halagado por la promesa y cegado por el creciente odio que tenía a Dominguito, Mossé Albayucet prometió a los rabinos ayudarles en su intento y darles pronta satisfacción en aquel deseo.

Vivía este malvado en el callejón por donde pasaba cada tarde el inocente muchacho, el cual había sido ya muchas veces blanco de sus rencorosas invectivas. El miércoles 31 de agosto de 1250, al anochecer, púsose el traidor al acecho del niño que salía de la Catedral y apresuraba el paso como para abrazar pronto a sus padres.

Entró Dominguito en el callejón. De repente se echó sobre él Albayucet, le maniató y amordazó, y aguardó a que fuese ya muy entrada la

noche para llevarlo a una casa judía, distante pocos pasos de la Sinagoga. Temblaría de pies a cabeza el tierno infante al verse en medio de aquellos cruelísimos hombres, que le saludaban con burlas y sarcásticas risotadas.

Por fin tenían ya en sus manos a un cristiano, a un partidario de aquella religión que tan de veras odiaban. No era menester deliberar sobre el género de muerte que habían de darle. Moriría crucificado como Cristo su Dios. No iban a necesitar instrumentos especiales: la cruz sería la pared misma de la sala donde celebraban junta aquellos hombres infames.

El feroz Albayucet no aguardó más; ya le tardaba a su perversidad y aberración realizar aquel nefando sacrilegio. Desnudó al inocente niño, púsole en la cabeza la corona de punzantes espinas; pidió ayuda a uno de sus congéneres para que sostuviese en alto el cuerpecito de la víctima, y de cuatro martillazos dejó pegada al muro con recios clavos la carne virgen del santito mártir.

Cuatro fuentes de sangre cristiana brotaron de aquellas gloriosas heridas, ¡Oh, qué estremecimientos de alegría satánica experimentarían aquellos odiosos criminales al ver correr la sangre que necesitaban para cumplir el rito infame de su Pascua! ¡Con qué afán llenarían de ella los vasos de antemano preparados, mientras el cruel Albayucet, todavía con el martillo en la mano, profería dicterios y blasfemias contra la tierna víctima y contra Jesucristo, su Dios!

«¡Oh crimen inexplicable! —exclama un poeta aragonés—, no bastaba ya al pueblo deicida haber desgarrado con azotes, cargado con larga y pesada cruz, y oprimido con un sinnúmero de penas a Jesús, el Hombre Dios. Las hienas, descendientes de aquella raza, que Zaragoza albergaba dentro de sus muros, porque no podían sacrificar a Jesús por segunda vez, apoderáronse del niño Dominguito para saciar en él su saña... Al ser la medianoche, clavaron en una pared su tiernecito cuerpo. . Y durante este cruel tormento, es indudable que aquellos monstruos profanarían con impuras manos los hermosos cabellos y las sonrosadas mejillas del niño. ¿No le tejieron por ventura una corona de espinas? ¿No se atrevieron a manchar con inmundos salivazos la cándida frente de Dominguito? ¿No destrozaron su cuerpecito con repetidos golpes?...»

Sí, todo eso lo harían con Santo Dominguito, como solían hacerlo con todos los niños cristianos que crucificaban, porque aquellos malvados estaban persuadidos de que cuanto más crueles tormentos hiciesen padecer a los cristianos, más crecido sería el premio que recibirían de Jehová en la vida futura. Y así, una vez crucificados, solían arrancarles con tenazas pedazos de carne y los pinchaban con alfileres el cuerpo hasta que expirasen.

Dominguito, entretanto, a los ayes de dolor juntaba palabras de perdón para sus verdugos, y acordábase de las postreras que pronunció el Sal-



SANTO *Dominguito de Val, al frente de otros amigos, recorre las calles del barrio judío y canta himnos litúrgicos que despiertan la ira de sus moradores. Mossé Albayucet forma el propósito de apoderarse del angelito para repetir en él las crueldades de la pasión de Nuestro Señor.*

vador en la Cruz, y que él aprendiera un día de memoria en el claustro de la Catedral, de labios del Maestrescuela. Y cuando ya no pudo hablar, siguió mirando con ternura a los crueles verdugos que en flor tronchaban su vida, hasta que fue poco a poco, apagándose la luz de sus bellísimos y limpios ojuelos, y su alma angelical voló a unirse con los «seises» celestiales, eternos cantores y servidores del Señor.

Faltaba sólo una circunstancia para que la crucifixión del inocente niño fuese del todo parecida a la del Salvador. Empuñó uno de aquellos malvados una lanza, y, al tiempo que con ella traspasaba el pecho y corazón del mártir, dijo con ronca voz la fórmula blasfema y espantosa que solían: «¡Esto se hizo también al Dios de los Cristianos, que no es el Dios verdadero!» Con esto acabó el papel de los verdugos, ahora tocaba al Señor glorificar al heroico niño que tan santamente le diera la vida.

ENTIERRO Y HALLAZGO DEL SANTO CUERPO

DIÉRONSE prisa los judíos, mientras era todavía noche, para hacer desaparecer las huellas del horrendo crimen. Desprendieron el glorioso cuerpecito de la pared, cortáronle manos y cabeza, y metido el tronco en un saco lleváronlo fuera de la ciudad, a la confluencia del río Huerva con el Ebro. Aquel terreno estaba por entonces cubierto de tamariscos. Cavaron allá una fosa y enterraron al mártir, seguros de burlar con ello la justicia. Las manos y cabeza las echaron a un pozo.

Pero a la noche siguiente, en tanto que Sancho de Val y su esposa lloraban al hijo que suponían perdido para siempre, los guardas del Puente de barcas echado sobre el Ebro, vieron en la parte opuesta, donde yacía el cuerpo de Dominguito, una aureola muy resplandeciente, y como igual maravilla se repitiese las noches siguientes, contaron el hecho a sus conciudadanos, porque creían ver en él un aviso del cielo.

Por otra parte, el dolor de los padres y deudos de Dominguito fue muy presto público y compartido en Zaragoza; lo cual, junto con saber lo que sucedía cada noche a orillas del Ebro, dio que pensar a los magistrados y al clero de la Catedral. Fueron al lugar señalado por la misteriosa luz, cavaron la tierra donde parecía haber sido recientemente removida, y a la vista de todos apareció, dentro de un saco, una masa informe atada con cuerdas: era el mutilado tronco del inocente niño.

Milagrosamente se hallaron también las manos y cabeza, porque refiere el historiador Andrés, que el pozo donde estaban se llenó de hermosa luz, y que sus aguas crecieron y mostraron, al elevarse, el tesoro que guardaban.

TRASLACIÓN. — CONVIERTE A ALBAYUCET

ZARAGOZA entera se conmovió con estas nuevas, y un gentío innumerable se juntó en el lugar del prodigio. Trasladaron el cuerpo del mártir primero a la iglesia de San Gil, que era la más próxima, y allí fueron llevadas también la cabeza y las manos.

Sancho e Isabel reconocieron afligidísimos en aquellos mutilados despojos al amado hijo que habían perdido, pero acordándose de las misteriosas señales de la infancia de Dominguito, entendieron al punto su significado, y cristianamente resignados y aun gozosos, dieron gracias al Señor por haberse dignado coronar con diadema de mártir al primer fruto de su matrimonio. Era aquella una dolorosa pero muy singular bendición.

A pocos días del hallazgo del cuerpo de Dominguito, el obispo de Zaragoza don Arnaldo de Peralta quiso glorificar al Mártir de Cristo con solemnísima traslación de sus reliquias. Toda la ciudad concurrió a la procesión que de la Catedral pasó a la iglesia de San Gil: nobleza, pueblo y soldados se agolpaban alrededor del Prelado y del clero. Todos llevaban gruesos cirios en honor del inocente niño mártir, y aclamaban ya a Dominguito como a santo e ínclito patrono de Zaragoza.

Pero el alborozo de los pechos rompió en voces de fervoroso entusiasmo cuando, repentinamente, ante el pueblo agrupado junto a la puerta de San Gil, reanimóse el cuerpecito del mártir, y, arrodillado encima de las angarillas, mostróse lleno de vida y con las manecitas juntas como si orase por los presentes. Milagro que presenció todo el pueblo.

En medio de férvidas aclamaciones y al son de suaves y acompasadas músicas, recorrió la procesión las calles de Zaragoza, a la que había entrado por el portal de Cineja abierto en la antigua muralla levantada por César Augusto. En todas las iglesias se detenía el santo cuerpo como para honrarlas con su presencia, y todos corrían a contemplar de cerca las señales de los gloriosos tormentos del mártir. Llegaron finalmente a la Catedral. Las reliquias de Santo Dominguito fueron colocadas en un nicho preparado en la capilla dedicada al Espíritu Santo.

Los fieles empezaron a venerarle y a encomendarse a él en sus necesidades, y el santo niño, desde el cielo, premió la fe y devoción de los zaragozanos con muchos y grandes milagros. Fue uno de ellos la conversión del propio secuestrador y verdugo Mossé Albayucet, el cual, luego de haber visto el triunfo y milagros de la inocente víctima, arrepintióse de su crimen, y pidió el bautismo. Llevó después vida cristiana y guardó profundo agradecimento a Santo Dominguito, que, no contento con haberle perdonado su horrendo delito, se vengaba de él tan noblemente endere-

zando sus pasos por la senda que lleva al cielo. Las gracias obtenidas por su mediación fueron numerosísimas. Un concurso de fieles cada vez mayor, visitaba la tumba del mártir con extraordinaria devoción y muchos hallaron allí el consuelo del alma junto con la curación de los males que afligían su cuerpo.

CULTO DE SANTO DOMINGUITO

AL poco tiempo de ser trasladado el cuerpo del mártir a la Catedral, el obispo, don Arnaldo de Peralta, mandó depositarlo en magnífica urna, en la que se grabó esta inscripción: «Aquí yace el bienaventurado niño Dominguito de Val, martirizado por odio a Cristo Señor Nuestro».

El día 26 de septiembre de 1496 se verificó el traslado de las reliquias a la sacristía mayor de la catedral, donde permanecieron ocultas hasta principios del siglo XVII.

El mes de abril del año 1600, don Diego de Espés, racionero y secretario de la Seo, hombre muy versado en las antigüedades que contenía Zaragoza, y muy devoto del santito mártir, trabajó para que el Capítulo sacase del olvido aquellos preciosos restos. Logró felizmente su intento, y a 21 de julio del mismo año, siendo arzobispo don Alfonso Gregorio, el Capítulo verificó con solemnidad la traslación de las reliquias desde la sacristía mayor a la capilla del Espíritu Santo, donde antes estaban.

A mediados del siglo XVI, tenían los fieles especialísima devoción a la cabeza de Santo Dominguito. Estaba encerrada en precioso relicario de plata dorada, que permitía ver la cabeza del mártir por un cristal. En días solemnes del año, solíase llevar dicha reliquia a las casas de los enfermos, y Santo Dominguito premiaba la devoción de aquellas gentes con favores señaladísimos que lo hicieron de más en más popular.

Pero fue sobre todo desde mediados del siglo XVII cuando creció de manera portentosa la devoción al niño mártir. El año de 1671 se edificó un altar a Santo Dominguito en una de las capillas de la Catedral de la Seo. El cuerpo, depositado en hermosa urna de alabastro, fue colocado encima del altar, hacia la mitad del muro, dentro de un hueco protegido por una reja de hierro con orlas doradas. Un ángel representado delante del sepulcro sostiene una bandera con la antedicha inscripción.

El año de 1794, don Miguel Esteban del Val, abuelo de don Rafael Merry del Val, propagó la devoción a Santo Dominguito en Sevilla, donde llegó a ser muy popular. Trece años más tarde, en el de 1807, Pío VII autorizó en Sevilla el rezo del Oficio del Santo con lecciones propias.

No faltan auténticos testimonios de que esta devoción se propagó tam-

bién en el Nuevo Mundo, y principalmente en Méjico. Al llegar a dicha ciudad don Jerónimo López de Arbisu a principios del siglo XVIII, honrado por el rey con el título de maestrescuela de la catedral, halló en el coro de la misma una silla cuyo bajo relieve representaba el martirio del Santito. Los niños de coro de dicha basílica, llamados *Colonitados*, tenían en su colegio un oratorio cuyo altar estaba dedicado a Santo Dominguito de Val, a quien veneraban especialísimamente.

Buena prueba de que esta devoción fue creciendo sin cesar en Zaragoza es la antigua *Cofradía* establecida en honor suyo. Su fundación se remonta a la época misma del martirio de Dominguito. El rey don Jaime I de Aragón tuvo a honra ser inscrito en ella. Todas las clases sociales acudían a las piadosas juntas dé los cofrades. Los niños de coro de la Seo festejaban a su amadísimo patrono el día 31 de agosto con mucho fervor.

En nuestros días está muy lejos de disminuir el culto que Zaragoza tributa a Santo Dominguito ·la fiesta, comprendida entre las de primera clase, celébrase con pompa no inferior a la de los pasados siglos.

No hace aún mucho tiempo, mostrábase de la manera más conmovedora la devoción que profesan los habitantes de Zaragoza a nuestro Santo. Las madres, cuando, después que Dios les había concedido un hijo, salían por primera vez a misa, llevábanlo a la casa donde naciera el pequeño mártir a fin de colocarlo bajo la protección del santo compatricio.

Por toda España es actualmente popular el culto de Santo Dominguito, y contribuye a ello el que los niños de coro le hayan elegido por Patrón.

SANTORAL

Santos *Ramón Nonato, mercedario;* **Dominguito de Val, mártir;** *el santo conde Osorio Gutiérrez, confesor;* Paulino, obispo de Tréveris, mártir; Amado o Amato, obispo de Nusco, y Siro, de Padua; Aidano, obispo de Lindisfarne, y Optato, de Auxerre; Cesidio, presbítero y compañeros, mártires; Robustiano y Marcos, mártires, en Tréveris, *Teodoro, esposo de Santa Rufina y padre de San Mamés, mártir* (véase 17 de agosto); Arístides, filósofo, apologista del cristianismo ante el emperador Adriano. Beatos Bonajunta, uno de los siete fundadores de los Servitas (véase 12 de febrero); Bartolomé Martín y Jerónimo Contreras, mínimos; Juan Micó, dominico. Santas *Isabel, hermana de San Luis, rey de Francia;* Rufina y Amía, madre y nodriza respectivamente de San Mamés (véase 17 de agosto); Florentina, virgen y mártir, venerada en una comarca de los Alpes; Eamvida, abadesa en Inglaterra.